

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Moderna, Sección de Historia



TESIS DOCTORAL

Buenos Aires, un ejemplo de urbanismo ilustrado

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

María Dolores Pérez Baltasar

Madrid, 2015

María Dolores Pérez Baltasar

TP
1981

101



* 5 3 0 9 8 5 5 8 1 3 *

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

x-49-039680-0

BUENOS AIRES, UN EJEMPLO DE URBANISMO ILUSTRADO



ARCHIVO

Departamento de Historia Moderna
Sección de Historia
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
1981



© María Dolores Pérez Baltasar
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1981
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-6301-1981

BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
SECCION DE HISTORIA MODERNA

BUENOS AIRES, UN EJEMPLO DEL URBANISMO ILUSTRADO
=====

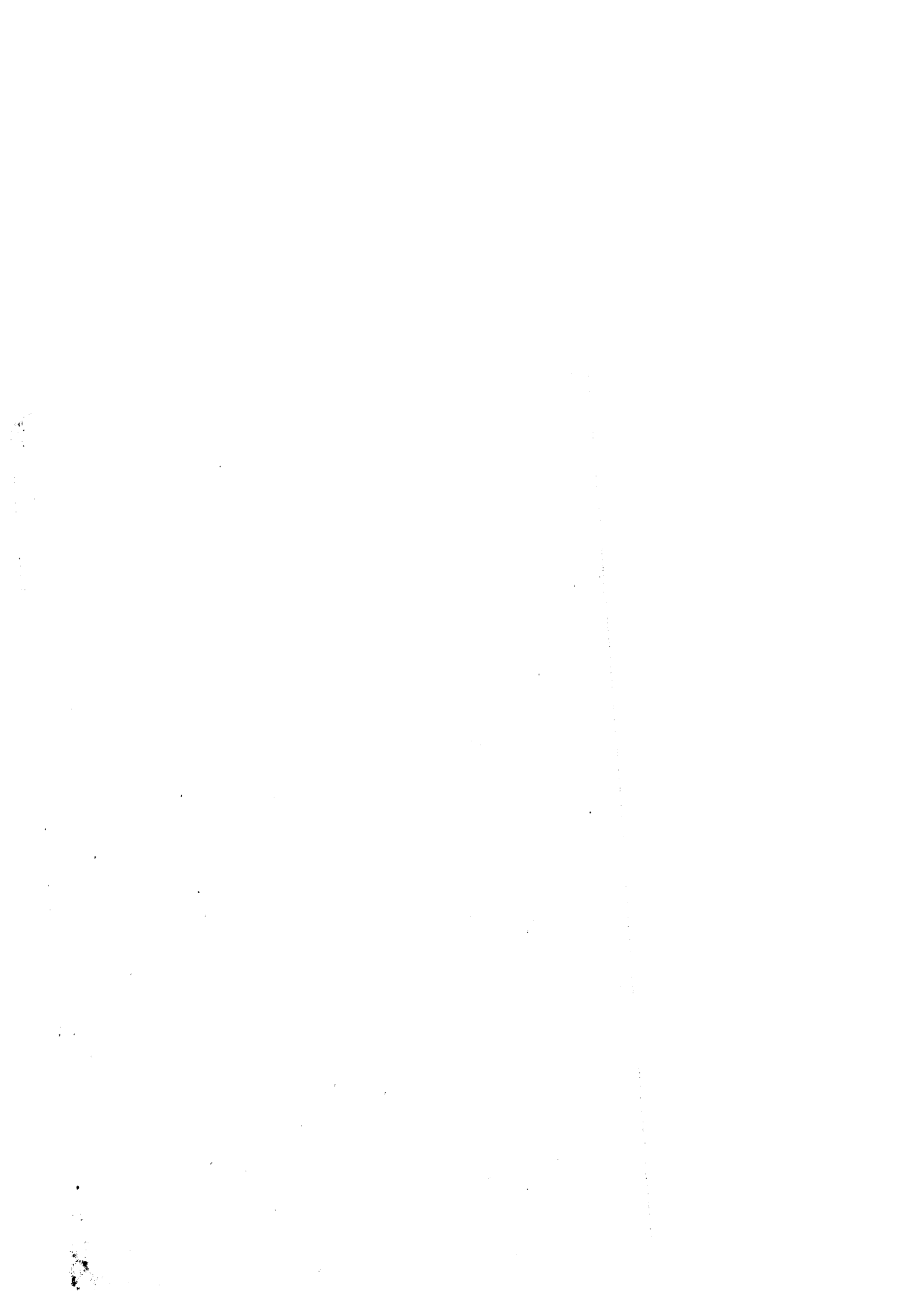
TOMO I

TESIS DOCTORAL
=====

PRESENTADA POR MARIA DOLORES PEREZ BALTASAR

DIRECTOR PONENTE: PROF. DR. D.JUAN PEREZ DE TUDELA Y BUESO

MADRID, 1980



I N D I C E G E N E R A L

= = = = =

TOMO I

Páginas

INTRODUCCION.....	1
-------------------	---

La fundación de Pedro de Mendoza y la de Juan de Garay: diferencias esenciales, 2.- Las Ordenanzas de población y el urbanismo desarrollado en Indias: orígenes e influencias, 4.- La fundación de Garay. La planta de Buenos Aires y su trazado en damero. El reparto de chacras y estancias. La importancia de la plaza mayor en las Ordenanzas de población, 8.- La administración de la ciudad y su organización desde los primeros años de su fundación. La institución del Cabildo, 13.- El origen del nombre de Buenos Aires, 15.- La andadura de la ciudad en los primeros años de su existencia. Factores económicos y políticos que influyeron en su definitiva consagración como capital del Virreinato, 17.- NOTAS: de la 1 a la 26, 26.

CAPITULO I. ASPECTOS GENERALES DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN EL SIGLO XVIII.....	34
--	----

La estructura urbana en los primeros años del siglo. Planos de 1708 y 1713. La casa urbana. Los edificios públicos más representativos. El estado de las vías públicas: la calle, 36.- El puerto. Su influencia en la vida de la ciudad. Sistema de comunicación fluvial y actividad astillera, 54.- El medio de transporte terrestre: la carreta. La red viaria: construcción de puentes y caminos, 60.- La ciudad de Buenos Aires: su carácter de ciudad abierta. Internación del campo en la ciudad. Sistema de fortificaciones, 67.- La población:

Páginas

su carácter múltiple. Población civil, militar y eclesiástica. Los censos y empadronamientos, 77.- Organos administrativos. El Cabildo. La erección de la Audiencia. El Consulado, 97.- Vicisitudes políticas en el siglo XVIII y su influencia sobre la economía. Sistema de propios y arbitrios, 107.- El abastecimiento en la ciudad. El abasto de carne. El trigo. Abastecimiento de sal y las expediciones a las salinas. Legumbres, hortalizas y frutos. La pesca. La pesca de la ballena. Bebidas no alcohólicas y bebidas alcohólicas, 122.- NOTAS: de la 1 a la 175, 139.

CAPITULO II. ASPECTOS DE LA ORDENACION URBANA DE BUENOS AIRES EN EL SIGLO XVIII..... 165

La higiene en la ciudad. Los problemas originados por las basuras y suciedad en la vía pública. Problemas de higiene urbana en Madrid: Sabatini y la instrucción de 1761. Los nuevos proyectos de limpieza y recogida de basuras en Buenos Aires, 167.- El abastecimiento de agua potable en Buenos Aires. La contaminación y suciedad del río, 183.- La contaminación producida por las industrias, fábricas y hornos. Los problemas que de ella se derivaban. El peligro del fuego, 190.- Las plagas: el daño que constituían para la salud pública, 195.- La langosta, 195.- Los ratones y las hormigas, 198.- Los perros. El peligro de los perros cimarrones. Los perros domésticos, 202.- Los Alcaldes de barrio: su creación inspirada en los modelos ofrecidos por la Corte madrileña, 207.- El problema del tráfico. Su regulación en la ciudad, 218.- Hacia un nuevo concepto de la pavimentación. Los proyectos de empedrado y las influencia de la instrucción de 1761 sobre limpieza y empedrado de Madrid, 226.- Las normas de construcción

Páginas

para edificios públicos y particulares, 235.-
La creación de los paseos públicos: la Alameda, 239.- El alumbrado: su inauguración en Madrid. Su instalación en Buenos Aires, 243.-
La construcción de cementerios en el siglo XVIII. Criterios acerca de su establecimiento en Buenos Aires, 251.- NOTAS: de la 1 a la 185, 256.

CAPITULO III. EL ORDEN SOCIAL Y LAS NORMAS
DE POLICIA CIUDADANA..... 283

La legislación sobre el uso de armas: regulación de su venta y tenencia en Madrid y Buenos Aires. La prohibición de introducir armas entre los indios, 285.- La lucha contra la peligrosidad social. Medidas de seguridad ciudadana en Buenos Aires: horarios de cierre. Vagos, vagabundos y pobres "fingidos". Disposiciones legales sobre la mendicidad en España. Providencias sobre vagos y "arrimados" en Buenos Aires. La expulsión de extranjeros o forasteros sin licencia. El caso de los gitanos, 294.- La lucha contra el alcoholismo y la embriaguez, 311.- La reglamentación del juego en España. El juego en Buenos Aires: prohibición de los juegos de envite, azar y suerte, 317.- Ordenanzas sobre la utilización de la pólvora: cohetes y fuegos de artificio, 326.- Salvaguarda de la moral en las costumbres y diversiones populares. Las comedias: normas para las representaciones teatrales en Madrid en el siglo XVIII. Buenos Aires y las representaciones escénicas: la Casa de Comedias, 330.- Bailes y reuniones de sociedad. Prohibición de los fandangos y los bailes de "tambo". Prescripciones sobre los bailes de máscaras, 337.- Pasquines, sátiras y libelos, 344.-

Páginas

La práctica de los baños en el río y la descendencia pública, 347. NOTAS: de la 1 a la 161, 351.

TOMO II

CAPITULO IV. LA BENEFICENCIA.....

376

El Hospital de Buenos Aires y sus orígenes, 378.- El proceso del Hospital. La Casa de Doncellas, 379.- La definitiva estructuración del Hospital. La etapa de instauración de los betlemitas, 381.- La administración betlemita. El largo trámite de ampliación del Hospital. El expediente de Fray Felipe de los Dolores, 393.- El tema de la pobreza. Su regulación jurídica en España, 418. La mendicidad en Buenos Aires, 422.- Concepto de la "mujer pública" en el ámbito hispanoamericano. Creación de las Casas de corrección y de recogidas. Su institución en Buenos Aires, 428.- La Hermandad de la Santa Caridad. El Colegio de Huérfanas de Buenos Aires y la atención social de la mujer, 438.- La ocupación del Hospital de San Martín por las huérfanas. Definitiva creación del Colegio. Los largos trámites para su legalización. El Colegio y sus constituciones: la jornada diaria de trabajo en el Colegio, el vestuario, la administración del Centro, 443.- El hospital de mujeres, 459.- El concepto del expósito en la legislación española, 465.- La legislación sobre los expósitos en Indias, 472.- Los expósitos en Buenos Aires. Los primeros pasos para la fundación de una Casa-cuna, 475.- El establecimiento de una imprenta en beneficio de la Casa de expósitos, y la venta de catones, cartillas y catecismos, 482.- Los diferentes arbitrios en favor de la Casa de expósitos: el producto de la Casa de Comedias, de

Páginas

las corridas de toros, de las peleas de gallos.
Otros arbitrios propuestos, 484.- NOTAS: de
la 1 a las 273, 532.

CAPITULO V. MEDICINA Y EVOLUCION SANITARIA EN
EL BUENOS AIRES DEL SIGLO XVIII..... 533

La ciencia médica y el siglo XVIII. América y
su influencia en la medicina europea, 534.- Los
médicos del siglo XVIII en Buenos Aires, 542.-
Las boticas, los boticarios y los fármacos, 549.-
La creación del Protomedicato y la instauración
de cátedras de Medicina, 558.- Cronología de
las enfermedades epidémicas habidas en Buenos
Aires en el siglo XVIII. Incremento de la medi-
cina preventiva. El descubrimiento de la vacu-
na y su introducción en Buenos Aires, 569.-
NOTAS: de la 1 a la 153, 590.

CONCLUSIONES..... 609

NOTAS a las conclusiones: de la 1 a la 5,
618 bis.

ARCHIVOS CONSULTADOS..... 619

FUENTES CONSULTADAS..... 619 bis

Fuentes manuscritas, 619 bis.- Fuentes im-
presas, 642.- Catálogos, inventarios y colec-
ciones, 644.

BIBLIOGRAFIA..... 648

TOMO III

APENDICE DOCUMENTAL..... 651

Documentos, 651.- Planos y mapas.

I N T R O D U C C I O N

=====

- LA FUNDACION DE PEDRO DE MENDOZA Y LA DE JUAN DE GARAY; DIFERENCIAS ESENCIALES.

- LAS ORDENANZAS DE POBLACION Y EL URBANISMO DESARROLLADO EN INDIAS: ORIGENES E INFLUENCIAS.

- LA FUNDACION DE GARAY. LA PLANTA DE BUENOS AIRES Y SU TRAZADO EN DAMERO. EL REPARTO DE CHACRAS Y ESTANCIAS. LA IMPORTANCIA DE LA PLAZA MAYOR EN LAS ORDENANZAS DE POBLACION.

- LA ADMINISTRACION DE LA CIUDAD Y SU ORGANIZACION DESDE LOS PRIMEROS AÑOS DE SU FUNDACION. LA INSTITUCION DEL CABILDO.

- EL ORIGEN DEL NOMBRE DE BUENOS AIRES.

- LA ANDADURA DE LA CIUDAD EN LOS PRIMEROS AÑOS DE SU EXISTENCIA. FACTORES ECONOMICOS Y POLITICOS QUE INFLUYERON EN SU DEFINITIVA CONSAGRACION COMO CAPITAL DEL VIRREINATO.

& &

&

LA FUNDACION DE PEDRO DE MENDOZA Y LA DE JUAN DE
GARAY: DIFERENCIAS ESENCIALES.

Cuando don Pedro de Mendoza fundaba, en 1536, el puerto de Nuestra Señora del Buen Aire, en las márgenes del Río de la Plata, no podía imaginar que aquel mismo poblado, constituido por unos cuantos barracones de barro y paja, llegaría a ser, con los años, una de las ciudades de mayor importancia comercial y capital de un dilatado Virreinato.

La idea fundamental que dio lugar a aquella fundación fue, sin duda, según se especificaba en las instrucciones reales, la de establecer una avanzadilla en un punto neurálgico de la Mar del Sur que hiciese las veces de barrera defensiva y se adelantase a las expediciones y amenazas de los portugueses internados en el Brasil. El puerto que fundó el Adelantado tenía, pues, todas las características propias de un "asiento" con fines defensivos, tal y como lo entiende Lafuente Machain (1). Era un reducido núcleo destinado principalmente al resguardo de las embarcaciones y sin más ambición que la de constituir un pequeño baluarte, y aunque se ha especulado, sin embargo, con su carácter, no podemos movernos más que sobre el terreno de las conjeturas, por no existir su Acta de fundación.

Las dificultades, de sobra conocidas, que siguieron a la creación de este puerto, dieron al traste con las directrices de su propio nacimiento, pero su resurgir, años más tarde (en 1580), con don Juan de Garay, tendrá otras características y distintas concepciones más sólidas, que darán lugar a su erección definitiva. Con Juan de Garay se crea verdaderamente un núcleo urbano en toda regla que se atenderá, en todo momento, a las normas y leyes fundacionales que para tales casos existían, contenidas en las Ordenanzas de Población que establecieron las Leyes de Indias.

El resultado fue el nacimiento de una pequeña ciudad portuaria cuyos fines eran ya distintos a los marcados por las capitulaciones de 1534; no se trataba ya de crear un bastión constituido, según se especificaba en aquéllas, por "tres fortalezas de piedra", sino de un lugar adecuado que sirviese de punto de apoyo en el itinerario propicio para el comercio limeño y de puerto de salida de todos los productos de las provincias del interior. Y en efecto, así ocurrió: la segunda fundación fue la decisiva; se creó una ciudad apropiada para los fines específicos que se requerían, y de aquí la distinción que puede hallarse entre la primera y la segunda fundación, diferencias que claramente señala Lafuente Machain:

"El Real de Mendoza había sido de carácter puramente militar"

Y respecto a la fundación de 1580, dice:

"El general Garay hizo fundación civil y política, teniendo todos los requisitos de forma y fondo establecidos por las Leyes de Indias" (2).

Juan de Garay confeccionó un plano y trazó la planta de lo que comenzaba a ser el embrión de una ciudad. Repartió los solares que habían sido adjudicados a cada poblador, señaló el ejido, los emplazamientos del Cabildo, la Catedral, etc. El plano consistía en una cuadrícula integrada por 250 manzanas, cada una de las cuales tenía unas 140 varas de medir, y las calles de 11 varas.

& &
&

LAS ORDENANZAS DE POBLACION Y EL URBANISMO DESARROLLADO EN INDIAS: ORIGENES E INFLUENCIAS.

Si queremos acercarnos al significado de la fundación de Garay, es imprescindible hacer una breve síntesis de lo que supuso el urbanismo que España llevó a Indias.

En efecto, la fundación de ciudades en el Nuevo Mundo es un hecho destacable en la historia del urbanismo, por las particularidades especiales que ello conlleva. En primer lugar hay que señalar que para la confección de plantas de las nuevas ciudades, las Le-

yes de Indias y, concretamente, las Ordenanzas de Población establecen unas normas determinadas a las que debían ajustarse los fundadores y que variaban solamente en cuanto a las características físicas del terreno, o por los fines específicos para las que habían sido creadas; así, por ejemplo, dentro de los aspectos físicos o morfológicos del lugar en que se pretendía ubicar una ciudad, se tendría muy en cuenta la tipología del terreno, la proximidad del mar, de un río, la existencia de alguna cadena montañosa, etc., y, junto a ello, el planteamiento de los objetivos determinantes de su nacimiento: proximidad a un centro minero o agrícola para su explotación, lugar estratégico para la defensa, localización junto a un puerto que pudiera desarrollar el comercio; todo ello con el fin de favorecer, en la mayor medida posible, los intereses que habían promovido su creación y, por supuesto, previniendo el normal desenvolvimiento de su posterior subsistencia.

En la época del descubrimiento de América, las nuevas teorías del Renacimiento en materia urbanística recorren Europa y penetrarán en España; influyen también ciertas concepciones utópicas sobre lo que debiera ser la ciudad "ideal" y cuyos antecedentes pueden observarse en "La Utopía" de Tomás Moro. Pero ¿cuál es la aportación de estas corrientes renacentistas a la creación de las ciudades americanas o a las Orde-

nanzas de Población de Felipe II? El tema ha sido ampliamente estudiado, y, para muchos, los derroteros urbanísticos seguidos en la Península tuvieron unas características muy especiales. El hecho de que en las ciudades americanas se adopte el sistema de trazado en cuadrículas o "damero", ha dado diferentes tipos de versiones; George Kubler, por ejemplo, ha querido ver en este trazado una clara influencia de las "bastidas" o ciudades fortificadas de Provenza, que responde a este sistema de cuadrícula, y al mismo tiempo señala como ineludible la inspiración de las Leyes de Indias en el canon Vitruviano. (3).

Erwin Palm, por su parte, afirma que el trazado en cuadrícula se debe a la ola de romanidad que se extendió en Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVI, llegando a España, donde se vio reforzada esta corriente por una clara "conciencia de un destino imperial" . (4).

Lo cierto es que la adopción de este nuevo trazado empieza a ser desarrollada en un período crítico, en el momento del último y definitivo avance del poder cristiano, bajo el reinado de los Reyes Católicos, frente al musulmán, y es en el Campamento de Santa Fe donde se hace patente, quizá en forma experimental, y asemejándose su trazado al de los campamentos que durante la invasión romana había conocido la Península, tal y como sostiene Zapata Gollán, quien afirma, no obstante, la existencia de antecedentes sobre la creación de

campamentos durante la Edad Media, como el caso del fundado por Fernando III el Santo al sitiar Sevilla . (5).

Con el descubrimiento de América se intenta llevar al Nuevo Continente estos arquetipos urbanísticos, abandonándose el hasta entonces utilizado sistema radiocéntrico, cuya principal característica es la convergencia de todas las calles en un mismo punto, y se asiste, pues, a la utilización del trazado en "damero", aunque con ligeras variantes que responden a diversos factores, como ya hemos apuntado.

El llamado sistema en "damero" ha sido, por tanto, tema de investigación, y dentro del mismo se han delimitado unos modelos tipológicos muy concretos que definen esas variantes a las que aludíamos. Así Hardoy establece dentro del mismo los modelos clásico, regular e irregular, lineal, radial y el tipo de aglomeraciones sin esquema definido; en todos ellos la ubicación de la plaza mayor (7) será una de sus principales condicionantes.

De este modo establece su definición:

-Modelo clásico: formado por dos tipos, uno con plaza céntrica o central, el otro con plaza excéntrica, adyacente o próxima a la costa.

-Modelo regular: con iguales elementos que el anterior, pero con menos rigidez en su composición. Influencia del origen espontáneo, apareciendo en ciertos casos otras plazas principales.

- Modelo irregular: en zonas de crecimiento es-

pontáneo, centros mineros, pueblos de indios, puertos.

-Modelo lineal: desarrollo espontáneo o poblaciones construidas en medios indígenas.

-Modelo radial: las aglomeraciones no se ajustan a forma alguna, desarrollándose sin esquema definido. Las ciudades que lo representan carecen de importancia. (8).

Aunque los esquemas que implantaban las Leyes de Indias y las Ordenanzas de Población se ajustaban a reglas precisas y determinadas, existía cierta elasticidad para casos particulares, no descartándose, pues, la fundación espontánea de ciudades o el aprovechamiento de ciertas poblaciones indígenas. De este modo se insertó en América el acoplamiento de las teorías urbanísticas adoptadas por España, que se harían viables en el suelo americano, de acuerdo con las posibilidades y los rasgos peculiares de cada paisaje, dando lugar al desarrollo de unos nuevos conceptos de urbanismo que tendrían su campo de pruebas en el Nuevo Mundo.

& &

&

LA FUNDACION DE GARAY.- LA PLANTA DE BUENOS AIRES
Y SU TRAZADO EN DAMERO.- EL REPARTO DE CHACRAS Y ESTAN-
CIAS.- LA IMPORTANCIA DE LA PLAZA MAYOR EN LAS ORDENAN-
ZAS DE POBLACION.

En el caso concreto de la fundación de Juan de Garay, la ciudad fue construida en una zona más alta que

en la fundación de Mendoza (9); su planta se extendía en una zona llana que lindaba con la barranca, bañada en su parte Este por el Río de la Plata. El plano de Garay constituía un damero formado por veinticuatro cuadras, de Sur a Norte.

Garay repartió y adjudicó entre los pobladores (10) los solares de la misma; por el acta de fundación y el plano se observa el reparto en cuadrícula y la adjudicación a cada vecino de un solar.

Posteriormente se señaló el reparto de tierras para la labranza, para explotación agrícola; estas tierras que componían las denominadas chacras se instalaron en la zona que hubiera debido ser de propios de la ciudad, por las razones que el mismo Garay aducía de necesitar el poblador unas tierras para trabajar y visitar todos los días y que no estuviesen muy retiradas de la población, por el peligro que ello podía suponer, debido a las incursiones de los indios hostiles:

"Y por que conviene por el riesgo que al presente ay delos naturales alterados, que para hacer sus lavores mas seguras y con menor riesgo de sus personas, y de sus sienteras de cada vecino y poblador de esta Ciudad de la Trinidad, y Puerto de Buenos Ayres tengan un pedazo de tierra donde con facilidad lo puedan labrar y visitar cada día, y siembren en nombre de Su Magestad y de la manera y forma que dicho tengo, les señab y hago merced en nombre de Su Magestad, y en la forma

que dicho tengo son los pedazos de tierras por la vera del Gran Paraná arriva en la forma siguiente: " (11).

A continuación Garay señalaba los lotes de tierra y el nombre de cada propietario, anotando la cantidad de varas que adjudicaba a cada uno. Estos lotes oscilaban entre las 500, las 400 y 350 varas de frente y, por lo general, de una legua de fondo. (12).

Las llamadas suertes de estancias tenían 3.000 varas de frente y legua y media de fondo, y se señalaron en el Valle de Santa Ana 8 lotes de 3.000 varas; en el Valle de Santiago "que por otro nombre llaman los Indios la Isla de las Canoas", 20 suertes de estancias; después, en el Valle de Corpus Christi o del río Luján, 8 lotes para estancias, también de 3.000 varas. En la otra "vanda del Riachuelo", 11; un lote en la otra "vanda de Luján"; en el Riachuelo de la Trinidad, uno; en el río del "Socorro de las Canoas", 5; sobre el Río del Espíritu Santo o Río de las Palmas, 4; y por último, 3 en la linde del "Riachuelo arriba del Espíritu Santo". (13) .

En cuanto al plano de la ciudad, constituido por un damero de 24 cuadras de Sur a Norte, no faltaban los lugares que Garay adjudicaría para el emplazamiento de los edificios más representativos de la ciudad: la Catedral, el Cabildo, el fuerte y, como es lógico, la ubicación de la plaza mayor, elemento principalísimo, dentro del cual quedaban instaladas las principales edificaciones del municipio y del gobierno de la urbe.

Las Ordenanzas de Población señalaban las condiciones que aquéllas debían reunir:

" La plaça maior de donde se a de començar la poblacion siendo en costa de mar se deve hazar al desembarcadero del puerto y siendo el lugar mediterraneo en medio de la poblacion la plaça sea en quadro prolongada que por lo menos tenga de largo una vez y media de su ancho porque desta manera es mejor para las fiestas de a cavallo y cualesquiera otras que se hayan de hazer." (14).

A ello se ajustó Garay, y la plaza fue trazada en el lugar idóneo, como correspondía a una ciudad portuaria. (15). Por este motivo, a la vista del plano de Garay y según los esquemas ya mencionados que Hardoy establece para las ciudades, podemos enmarcar a Buenos Aires como ciudad de modelo clásico, de trazado en damero, cuya característica es el estar formado casi en su totalidad por manzanas idénticas de forma cuadrada o rectangular, y dentro del tipo cuya plaza mayor ocupa un lugar excéntrico. (16).

Las Ordenanzas de Población hacían también referencia a que el emplazamiento de las nuevas fundaciones se efectuara en el lugar más adecuado en orden a su futuro desarrollo y a la salubridad pública. Así se dice, por ejemplo, que el sitio elegido sea "sano y fuerte", que no tenga el mar al Mediodía ni al Poniente, que la planta se construya de tal forma que la población pueda crecer y extenderse siempre sin ninguna dificultad. Ha de procurarse fundar la ciudad en lugar que disponga de agua cercana, con el fin de que pueda ser abastecida la población con normali-

dad, y las tierras elegidas sean propicias al desarrollo de la agricultura y la ganadería. Igualmente se aconsejaba que la construcción no se hiciera en terrenos muy altos, para evitar "la molestia de los vientos", o en zonas muy bajas, porque esto traería consigo el peligro de numerosas enfermedades. Lo ideal serían aquellos lugares " medianamente levantados que gocen descubiertos los Vientos del Norte y Mediodía". (17).

Todos estos requisitos se daban en Buenos Aires. Por su situación geográfica la nueva ciudad respondía a esas condiciones reglamentarias, pues asentada junto al litoral atlántico y aunque azotada a veces por los fuertes vientos pamperos, su clima templado y lluvioso era una garantía de habitabilidad; lo mismo que su posición junto a un gran río, único caudal de abastecimiento, por la casi inexistencia de otras fuentes naturales, pero que constituyó por sí solo su principal recurso de supervivencia, tanto por ser centro de comunicaciones como por su estratégica situación para el comercio.

En cuanto a los terrenos en que se levantaba la ciudad y especialmente en su entorno, las tierras arcillosas y, sobre todo, las sedimentarias y aluviales, enriquecidas por el loess, proporcionaban un suelo apto para la agricultura, y sus praderas de gramíneas el elemento más que suficiente para el desarrollo de la ganadería.

& &

&

LA ADMINISTRACION DE LA CIUDAD Y SU ORGANIZACION
DESDE LOS PRIMEROS AÑOS DE SU FUNDACION.- LA INSTI-
TUCION DEL CABILDO.

Buenos Aires contaría igualmente, desde su creación, con los órganos necesarios para el gobierno y administración de toda comunidad civilizada. Así nace el Cabildo, institución claramente inspirada en los modelos ofrecidos por los Concejos de Castilla, de cuya fundación en las nuevas ciudades se hacen también eco las Leyes de Indias y de cuya organización se encargaba a los pobladores y fundadores, quienes estaban obligados a nombrar los principales cargos como eran los oficios de Alcaldes y Regidores, tomándoseles juramento. (18).

Los Alcaldes, bajo cuya responsabilidad quedaba todo lo relacionado con la función judicial y, en parte, también ejecutiva, tenían competencia en los asuntos de carácter civil, criminal, y de orden público. Los Regidores, los aspectos administrativos: recaudación de impuestos, administración de propios, bienes comunales, etc., así como otros factores relacionados con los problemas urbanos y de saneamiento de la ciudad, higiene, beneficencia y reglamentación de los sistemas penitenciarios.

En Buenos Aires el Cabildo contaría, pues, con estos oficios concejiles: Regidores, dos Alcaldes (de

primero y segundo voto), oficiales menores y otros funcionarios como el defensor de pobres y el defensor de menores. El Cabildo de Buenos Aires nacía, por tanto, con todas las prerrogativas propias e inherentes a un órgano rector y responsable, y su papel sería de una gran trascendencia en el desarrollo de aquella comunidad, constituyendo una auténtica representación de carácter popular, hecho que se manifestaba en el poder de convocatoria que, en ciertos casos de necesidad y con aprobación gubernativa, podía transformarse en el llamado Cabildo abierto o Asamblea del común, cuyo origen hay que buscarlo también en los sistemas de los municipios tradicionales de España. Su importancia radica, aparte de constituir el órgano de administración local por excelencia, en ser elemento imprescindible con una gran influencia -y, en ciertos casos, de control- sobre las decisiones de los Gobernadores y, posteriormente, de los Virreyes.

En la ciudad de Buenos Aires la elección del Cabildo se hacía el día de Año Nuevo, fecha en que el Cabildo saliente elegía el que había de sustituirle en sus tareas. La reelección de cargos, asimismo ordenada por las Leyes de Indias, que había de recaer sobre vecinos competentes, no podía hacerse sino después de un período de dos o tres años (19). Pero en Buenos Aires concretamente y a partir de 1605, por una Real Orden, pudieron sacarse a pública subasta los oficios concejiles, aunque en las primeras décadas y debido a las dificultades económicas de la ciudad, llegó a darse el caso de no encontrar licitadores, lo que ocu-

rrió también, sobre todo, a principios del siglo XVIII.

& &
&

EL ORIGEN DEL NOMBRE DE BUENOS AIRES.

Así, tras la confección del plano y la repartición de solares y terrenos para estancias, chacaras, etc., y la institución del Cabildo, se perfila la ciudad bautizada por Garay con el nuevo nombre de Santísima Trinidad, aunque con el tiempo prevaleció el de Buenos Aires que correspondía a su puerto desde la primera fundación.

Una larga polémica ha suscitado el hecho de que Mendoza bautizara la nueva fundación con el nombre de Santa María del Buen Aire o de los Buenos Aires y cuáles fueron los motivos que le impulsaron a ello. Hay que descartar la posibilidad de que el origen de dicho nombre viniera dado por un marinero de la primera expedición, Sancho del Campo, el cual, al pisar tierra firme, y según la versión de Ruy Díaz de Guzmán, hiciera alusión a los "buenos aires" que se respiraban en aquellas tierras.

El verdadero origen hay que buscarlo en la veneración que existía en Sevilla, aun antes de la expedición de Mendoza, de la Virgen del Buen Aire, Patro-

na, años más tarde, de la Cofradía de Mareantes creada en aquella ciudad en 1561.

No obstante, su primera advocación la encontramos en Caller, Cagliari (Cerdeña), de donde su culto se difundió a través de las gentes de mar, siendo, por tanto, conocida por los marinos españoles en el momento de la expedición de don Pedro de Mendoza. (20).

Existen otras opiniones de autores que afirman que la verdadera procedencia está en la Virgen de Santa María de la Rábida, una de cuyas advocaciones era la del Buen Aire, y fue esta Virgen la que se reconoció como Patrona de la ciudad y como Virgen de los Fundadores, según se expresa en las actas del Cabildo de los años 1682 y 1688. (21) .

Otro hecho a destacar y que no aclara ninguna duda es el de que fuese adoptada como Patrona de la ciudad la Virgen de las Nieves (Cabildo 20 de octubre de 1580), elegida el mismo año que el Patrón San Martín de Tours, Santo francés que hubo de ser designado después de tres votaciones consecutivas celebradas al efecto.

& &
&

LA ANDADURA DE LA CIUDAD EN LOS PRIMEROS AÑOS
DE SU EXISTENCIA.- FACTORES ECONOMICOS Y POLITICOS
QUE INFLUYERON EN SU DEFINITIVA CONSAGRACION COMO
CAPITAL DEL VIRREINATO.

Desde los primeros años de su existencia son conocidas las difíciles situaciones por las que atravesó la ciudad. Por mucho tiempo conservó su humilde estructura: casas de barro, paja, cañas y adobe, provistas de huerto y rodeadas de empalizada para la defensa frente a los indios hostiles. Sólo con el paso del tiempo iría adquiriendo mayor prestancia y solidez, pero sin abandonar su primitiva sobriedad tan característica en la construcción bonaerense. Habrían de transcurrir muchas décadas para que los monumentos representativos tuvieran mayor realce, pues en sus comienzos, los edificios de importancia -la Catedral, el fuerte, etc.- apenas contaban con el barro como principal elemento de construcción. El Fuerte, que empezó a ser edificado por Hernando de Zárate en 1595, estaba formado simplemente por un murallón de tierra apisonada de ciento cincuenta varas de lado, tardando más de un siglo en ver terminada su definitiva estructura.

A la pobreza de sus construcciones no es de extrañar que acompañase una deficiente política en materia higiénica y sanitaria, por lo que la ciudad se

hallaba continuamente expuesta a toda clase de enfermedades infecciosas, pestes y plagas, a lo que también contribuía su carácter portuario, propicio al contagio por la constante arribada de navíos.

En lo que se refiere a su subsistencia, la principal fuente de recursos, gracias a la cual pudo sobrevivir, fue la riqueza ganadera, pues la proliferación del ganado introducido por los primeros colonizadores en las extensas campiñas proporcionó a la ciudad sus mejores ingresos, y el nacimiento de un poderoso comercio -legal o ilegal- fue la base de su riqueza posterior. Pero esta actividad comercial se vio presionada desde un primer momento por el monopolio ejercido por la ciudad de Lima y la Casa de Contratación de Sevilla (22) quienes coartaron sus intentos de traficar libremente sin ninguna clase de trabas. En vano las continuas quejas a la Corona para lograr el permiso de comerciar, en vano las súplicas al Rey por el estado de miseria en que se hallaba la población, llegándose a decir que algunos habitantes no podían siquiera acudir a misa por no tener vestido decente que ponerse. Sólo en determinadas ocasiones se lograron ciertas concesiones, pero éstas fueron escasas y no satisficieron a la población, que no dudó en saltarse las leyes impuestas, dando lugar al nacimiento de un poderoso y activo contrabando desarrollado por amplios sectores del vecindario, que practicaron un comercio, considerado ilícito por la Corona, con los barcos extranjeros e incluso

de corsarios, con los que se empezó a efectuar un canje de artículos, traídos de Europa, con ciertos productos derivados de su ganadería -sebo, cecina, etc.- y, a partir del siglo XVII, lo que sería en adelante el principal artículo de exportación: los cueros.

El mecanismo de comercio cerrado, impuesto por el Gobierno de España, fue burlado en multitud de ocasiones, y este contrabando fue, asimismo, el origen de numerosas fortunas. No obstante, éstas se concentrarían en manos de unas cuantas familias privilegiadas, y la ciudad pasó por épocas de dureza y dificultades extraordinarias para gran parte de la población, por escasear los artículos de primera necesidad, aunque también hay que decir que si bien hubo miseria y pobreza, la gran abundancia de carne de que se disponía hizo que hasta los pobres de solemnidad pudieran tener asegurada su ración alimenticia. Así, pues, tendría que llegarse al siglo XVIII para que Buenos Aires conociera su definitivo período de apogeo y su transformación en todos los aspectos.

Con el nuevo siglo se logrará el encumbramiento de la urbe, ya que una serie de acontecimientos, algunos fortuitos, llevarán a Buenos Aires a ver realizado, por fin, su deseo de independizarse del monopolio limeño, lo que determinaría su decisivo desarrollo y, por ende, su expansión y crecimiento.

Por otro lado, la paz de Utrecht (1713) fue otro hecho que incidió firmemente en el desenlace favorable. La paz de Utrecht significó la vuelta de la colonia de Sacramento, motivo siempre de pugna entre la

Corona española y la portuguesa, a manos de esta última, aunque volviera a ser recuperada por España y perdida otra vez en varias ocasiones (23), y definitivamente entregada a Portugal después del tratado de París. Pero este acontecimiento, que daría lugar a la famosa expedición de Cevallos (1762), motivó la consagración del Río de la Plata como Virreinato.

También la Corona española, después de la paz de Utrecht, concedería a la "South Sea Company" inglesa el derecho de "asiento" en aquellas tierras del Río de la Plata, por el que Inglaterra obtenía el permiso de introducir negros en aquellos lugares -alrededor de 4.800 por año, y para Buenos Aires unos 1.200- (24), lo que no dejó de ser otro factor decisivo para que siguiera desarrollándose un importante contrabando.

De aquí que la idea de la Corona de España fuera en todo momento cortar, de una vez por todas, los excesos que venían protagonizando en aquella zona ingleses y portugueses principalmente, imponiendo medidas comerciales liberalizadoras que contrarrestaran la influencias de aquéllos en el comercio.

La instauración por parte del Gobierno español de los navíos de registro fue también una medida favorable que iría rompiendo poco a poco las ligaduras de Buenos Aires con el poder absorbente de los monopolistas de Lima. En estos navíos se transportaban artículos europeos para el abastecimiento de aquellos territorios, a cambio de productos del país,

lo que motivó que la importancia de los cueros fuera cada vez más considerable, y su creciente demanda los convirtiera, como ya hemos dicho, en el primer artículo de exportación.

La intromisión de ingleses y portugueses en la política comercial mantenida por España obligó a ésta a buscar soluciones tanto de tipo económico como político, no dudándose, en ocasiones, en recurrir a golpes de audacia, como fue la famosa expedición de Cevallos, otra vez sobre la colonia de Sacramento, para detener los afanes expansionistas y comerciales extranjeros que continuamente desbarataban los planes económicos que España quería mantener legítimamente en sus posesiones del Plata. De ahí en adelante fueron constantes las medidas liberalizadoras sobre el comercio, que culminaron con el Tratado de libre comercio de 1778.

La intervención de Cevallos en la cuestión de Sacramento, con todas las circunstancias que la rodearon, fue, pues, otro de los factores que coadyuvaron a la consagración de los territorios del Plata como Virreinato, rompiendo para siempre la vinculación con el poderío económico de Lima. Buenos Aires quedaba convertida en la capital de un extenso Virreinato y para su población se abría un futuro de amplias posibilidades, sobre el que los acontecimientos o azares políticos habían perfilado cuál habría de ser

su definitiva estructura y consolidación.

"La gran política colonialista que emprenden los Estados europeos -dice Corona Baratech- en el siglo XVIII, que las más de las veces llegan a constituir el nervio de los conflictos bélicos y la apertura normal de las grandes líneas comerciales oceánicas a través del Pacífico, valorizan la región del Plata dándole una importancia estratégica de primer orden, no solamente como punto en la ruta hacia el Pacífico, sino también como cabeza de puente para adentrarse en el corazón del continente suramericano". (25).

Pero si estos acontecimientos políticos habrían de convertir a Buenos Aires en una ciudad de primera magnitud, es lógico pensar que, al producirse una expansión y crecimiento desconocidos hasta entonces, necesitara de un rápido equipamiento de todas aquellas cosas consustanciales a las ciudades de su rango en aquella época; y como esta evolución se va a producir principalmente en el siglo XVIII, Buenos Aires conocerá una nueva etapa en la que las modernas concepciones progresistas del siglo y su influencia en todos los órdenes se dejarán sentir en la vida de la urbe, contribuyendo en gran parte las iniciativas de Gobernadores y Virreyes, quienes imbuidos por las nuevas corrientes tomarán para Buenos Aires los patrones ya implantados en otras ciudades, bien americanas o peninsulares, de categoría e importancia.

La ciudad bonaerense había comenzado un definitivo desarrollo en un siglo en el que las ciudades van a ser objeto, por parte de los gobernantes, de una mayor atención que irá desde procurar dotarlas de todo lo necesario para su perfecta habitabilidad, hasta las medidas que harían posible la necesaria convivencia humana, teniendo como meta el progreso, la cultura y el bienestar cívico. Y estas especiales atenciones en España y en sus posesiones americanas alcanzan su punto álgido bajo el reinado de la Casa de Borbón -que se inicia con el siglo- y particularmente con el primero de los reyes urbanistas: Carlos III.

Pues bien, bajo estos auspicios, Buenos Aires irá conociendo épocas de mayor esplendor, y sus gobernadores, sus virreyes (especialmente Vértiz), intentarán proyectar en la ciudad las decisiones que sobre política edilicia, materia urbanística, social o benéfica, se programaban en otros lugares, no dudando incluso en algún momento adoptar como modelos los patrones que la capital del Reino, Madrid, podía ofrecer; se buscaba así respuesta a los numerosos obstáculos planteados por una ciudad en expansión, cuyos problemas habían de tratarse en adelante con criterios más avanzados y, algunos, desconocidos hasta entonces. En suma, una nueva forma de ser, de pensar y de sentir los planteamientos urbanos, y un nuevo sistema para encontrar la solución definitiva, de acuerdo con las modernas técnicas a la sazón imperantes.

No obstante, el proceso de remodelación urbana o de política urbana social, se hizo a costa de numerosos tropiezos y dificultades de toda índole, entre los que pueden contarse, como causas principales, el lento proceso burocrático impuesto por el poder central, el factor económico y, en más de una ocasión, la escasa colaboración de cierta parte del vecindario, no siempre dispuesta a obedecer las reglas establecidas por las autoridades.

Y es que Buenos Aires empieza su andadura de ciudad importante en un momento crítico de la dominación española en Indias, un momento en que la España creadora de grandes ciudades americanas se veía, cada vez más, empeñada en continuas guerras y en un constante y supremo esfuerzo por mantener sus provincias americanas a salvo de las desaforadas apetencias de otros países europeos -ingleses, portugueses, holandeses- quienes intentaban minar su poderío efectivo en aquellas, tanto en tierra como en mar. El esfuerzo de España tenía que multiplicarse para hacer frente a los múltiples ataques y para salvaguardar sus inmensas posesiones que, cada vez más, estaban pasando de constituir una fuente de recursos, a ser una pesada carga de la que no obtenía como recompensa más que problemas, pues sus frutos positivos estaban ya comenzando a ser gozados por otros países de Europa.

De aquí que el Gobierno español no tuviera más remedio que imponer en ciertas ocasiones medidas restrictivas en cuestiones planteadas a la ciudad

bonaerense, sobre todo en aquellos aspectos en los que el factor económico jugase una baza importante. Con todo, muchas contrariedades de este tipo pudieron ser sorteadas por unos y otros, y en Buenos Aires se siguió luchando denodadamente por conseguir todas aquellas prerrogativas de las que disfrutaban las ciudades más principales de América.

Poco a poco, la ciudad bonaerense iría consiguiendo gran parte de sus objetivos, y el loable esfuerzo de sus ciudadanos iría transformando una ciudad de tipo rural y deficiente estructura urbana, en otra más señorial que respondería a su carácter de centro comercial de primer orden y que no desmereciera del rango propio de la capital del extenso Virreinato del Plata.

La labor desarrollada por gran parte de sus gobernantes, la callada pero eficaz colaboración del ciudadano, del rico hacendado, del comerciante, de todos, humildes o poderosos, los que componían aquella comunidad; y los agobiantes problemas a los que, para conseguir su reestructuración, hubo de hacer frente Buenos Aires a lo largo del siglo XVIII, merecen ser objeto de un detenido estudio.

& &
&

N O T A S

=====

1.- En las capitulaciones de 1534, señala Lafuente Machain, que el rey ordenó a su Adelantado que construyera "tres fortalezas de piedra", no aludiendo para nada a la fundación de una ciudad con otro fin específico. Por ello el autor señala con una marcada diferenciación el significado y los objetivos de la primera fundación y los de la segunda. La primera tendría, pues, un carácter puramente "defensivo".

Ver Lafuente Machain, R. de: "El puerto de Santa María de Buenos Aires (1536) y la ciudad de la Trinidad (1580)". En Homenaje de la Universidad de Chile.- 1935 (pág. 144).

2.- Ibídem. Pág. 157.

3.- Kubler, George.- "Ciudades y Cultura en el período colonial de América Latina". Caracas. B.C.I.H. pp. 81-90. 1964.

4.- Palms, Erwin Walter: "Los orígenes del urbanismo imperial en América". (Pág. 16). Guatemala. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. 1951. (27 págs.)

5.- Sobre este particular Zapata Gollán añade que este campamento actuaba como una auténtica agrupación urbana, verdadera ciudad con calles y plazas, y en don-

de existía una división de oficios entre la población.

Ver Zapata Gollán, Agustín: "La urbanización hispanoamericana en el Río de la Plata". (Pág. 16). Santa Fe. 1973.

6.- Una de las primeras ciudades donde se adopta este sistema de damero será Santo Domingo, tal y como afirma Palm, atribuyéndose a Ovando, tanto por Fernández de Oviedo como por otros historiadores, su adopción.

Ver Erwin Walter Palm: "Los orígenes del urbanismo imperial en América" (Pág. 6). Op. cit.

7.- La plaza mayor que tanta trascendencia va a tener en la fundación de las ciudades del Nuevo Continente americano, es, como muy bien afirma Chueca Goitia, un elemento "típicamente español", y nace como una consecuencia de la "estética urbanística de las ciudades-convento", tan desarrolladas en la Península.

Ver Chueca Goitia: "Invariantes castizos de la arquitectura española". (Pág. 94). Madrid. 1971. 250 págs.

8.- Hardoy, Jorge E. : "La forma de las ciudades coloniales. La ciudad iberoamericana". (Pág. 322). Madrid. Revista de Indias. 1973-74 (Vol. II).

9.- El emplazamiento que don Pedro de Mendoza hizo de la ciudad de Buenos Aires, en un lugar bajo, ha sido discutido últimamente y en diversos congresos, por la imposibilidad de que se realizara en un lugar anegadizo y expuesto a las inundaciones del río.

10.- "Yo en nombre de S.M. he empezado a repartir y lew reparto á los dichos Pobladores; y conquistadores tierras, y Cavallerias y solares y quadras en que puedan tener sus labores, y crianzas, y labores de todos ganados, las que las dichas tierras y estancias, y solares y huertas, y Quadras las doy y hago merced, en nombre de S.M. y del dicho Señor Governador para que como cosa propia suya puedan edificar asi Casas como corrales, y poner qualesquiera ganados hacer qualesquier labranzas que quisieren y por bien tubieren sin que nadie selo pueda perturbar, y como si lo hubieran heredado de su propio Patrimonio, y como tal lo puedan dar, vender, y enaxenar, y hacer lo que por bien tubieren, con tal que sean obligados a sustentar la dicha vecindad, y Poblacion cinco años como S.M. lo manda por sus Reales Cédulas sin faltar de ella sino fuere con licencia del Governador o capitan que estubiere en la dicha Poblacion..."

Acta de fundación y reparto de tierras de la ciudad de Buenos Aires.- Folio 203. Colección Mata Linaires. Copia de 8 de agosto de 1735. Tomo VIII. Fols. 203-213.

11.- Ibídem.- Fol. 203 v.

12.- Ibídem.- Fols. 204 y 205.

13.- Ibídem.- Fols. 205 v., 206, 207 y 208.

14.- Ordenanzas de Población.- Ordenanza nº 112.

15.- La plaza mayor de Buenos Aires se trazó, pues, sobre la barranca que dominaba el río, siendo el lugar destinado para la construcción del fuerte, como afirma Eduardo Madero: "lo único interpuesto" entre ella y el río. Para Madero esta traza, según palabras textuales, "se armoniza con la tradicional de las antiguas ciudades griegas situadas con un frente al mar".

Madero, Eduardo: "Historia del Puerto de Buenos Aires". (Pág. 263). 1939.

16.- Hardoy. O. cit. Pág. 320.

17.- Ordenanzas de Población. Números 39 y 40.

18.- Las Leyes de Indias ordenaban también que en las elecciones que posteriormente se efectuaban cada año para elegir nuevos Cabildos no pudieran tener intervención los Gobernadores o Virreyes.

Ver Ley VII, Lib. V, Tomo IX y Leyes VII, X y XII, Lib. IV. Tit. IX.

19.- Ver Leyes de Indias. Ley XIII, Lib. IX, Tit. XI.

20.- Paul Groussac coincide con otros historiadores, especialmente con Torre Revello, al afirmar que el Santuario de Cagliari en Cerdeña es el que pudo haber influido en el ánimo de Mendoza en el momento de buscar un nombre a la nueva fundación, pues dicha advocación del Buen Aire estaba muy extendida en todas las naciones y en particular entre los marinos españoles, ya que Cerdeña pertenecía por entonces a la Corona de Castilla. En cuanto al origen etimológico del "Buen Aire", añade lo siguiente: "Dicho nombre no hacía referencia a los aires del suelo ni a los vientos del estuario pues la colina que se levanta al este de Cagliari llamábase antes Balnearia (y después Bagnara) por existir allí baños públicos de donde derivó por corrupción lingüística lo de Bonaria que el pueblo interpretó como bonacci (bonanza) no tardando, como era de esperarse, en nacer y envolver el vocablo la fronda legendaria, al modo que una planta de yedra en una ruina. Los aragoneses de Cerdeña tradujeron al oído Bonaria por Buen Aire con el significado más inmediato de "buen viento", mientras los castellanos se atenían a bonanza, traslado correcto del italiano bonaccia".

Ver Groussac, Paul: "Mendoza y Garay".- Buenos Aires. Academia Argentina de Letras. 1949. (Pág. 170).

21.- Según Adolfo Garreton, el nombre de Buenos Aires correspondería a una de las advocaciones milagrosas de Santa María de la Rábida, y prueba de ello es que no coincide con la Virgen de Bonaria, Virgen que por otra parte no fue reconocida en Buenos Aires hasta mediados del siglo XIX. Aparte de ello señala el autor que dicha advocación no fue tenida en cuenta en el momento de elegir patrona para la ciudad como hubiese sido lógico, sino que fue elegida la Virgen de las Nieves, y es más, en el propio estandarte real de la ciudad la imagen que aparece es muy semejante a las Vírgenes andaluzas.

Ver Garreton, Adolfo: "Nuestra Señora Santa María de Buenos Aires (significado y origen del nombre de la ciudad)." Buenos Aires. 1936. Pág. 3.

22.- Sobre este hecho concreto es necesaria la consulta de Céspedes del Castillo: "Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. 1946. Págs. 677-874.

23.- La cuestión de límites entre España y Portugal y el dominio sobre la colonia de Sacramento fue un constante motivo de disputa entre ambas coronas. Después del tratado de Utrecht de 1713, por el que España perdía la colonia de Sacramento, vuelve a recuperarla en 1750 por el Tratado de Permuta o de Madrid, por el que España perdía a cambio Río Grande y las Misiones del Uruguay. En 1761, por el Tratado de El Pardo pasa otra vez dicha colonia a manos portuguesas. En 1762

se produce la famosa expedición de Cevallos que tomará por asalto la colonia, la cual vuelve de nuevo a Portugal por el Tratado de París. De este conflicto nacería la consolidación del nuevo Virreinato del Río de la Plata.

24.- Esta concesión fue no obstante anulada por la Corona española en sucesivas ocasiones y, definitivamente en 1739, porque bajo el comercio legal de intercambio de negros se ocultaba un poderoso contrabando de cueros y otros productos que, no obstante, benefició a la población bonaerense. De aquí que al producirse el corte del contrabando, sobre todo con la expedición de Cevallos, se produjera la ruina de muchos estancieros y hacendados, por lo que tuvo que recurrirse a la concesión del libre comercio.

25.- Estas medidas fueron paulatinas, y como señala Levene, fueron concedidas de una manera gradual. Primero, el proyecto de galeones de 1720; de aquí, a la "política de buques de registro", luego la permisión del comercio libre con las Islas de Barlovento, de 1765, la concesión del comercio libre con los puertos de la Península en 1778, y la Real Cédula de 1791, de concesión de comercio con colonias extranjeras.

Ver Levene, Ricardo: "Historia económica del Virreinato del Plata. " Pág. 284. La Plata. República Argentina. 1927.

26.- Corona Baratech, Carlos : "Notas para el Estudio de la Sociedad en el Río de la Plata durante el Virreinato". Pág. 61. Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. 1951.

CAPITULO I
=====

ASPECTOS GENERALES DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN
EL SIGLO XVIII.

- LA ESTRUCTURA URBANA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO. PLANOS DE 1708 Y 1713. LA CASA URBANA. LOS EDIFICIOS PUBLICOS MAS REPRESENTATIVOS. EL ESTADO DE LAS VIAS PUBLICAS: LA CALLE.
- EL PUERTO. SU INFLUENCIA EN LA VIDA DE LA CIUDAD. SISTEMA DE COMUNICACION FLUVIAL Y ACTIVIDAD ASTILLERA.
- EL MEDIO DE TRANSPORTE TERRESTRE: LA CARRETA. LA RED VIARIA: CONSTRUCCION DE PUENTES Y CAMINOS.
- LA CIUDAD DE BUENOS AIRES: SU CARACTER DE CIUDAD ABIERTA. INTERNACION DEL CAMPO EN LA CIUDAD. SISTEMA DE FORTIFICACIONES.
- LA POBLACION: SU CARACTER MULTIPLE. POBLACION CIVIL, MILITAR Y ECLESIASTICA. LOS CENSOS Y EMPADRONAMIENTOS.
- ORGANOS ADMINISTRATIVOS. EL CABILDO. LA ERECCION DE LA AUDIENCIA. EL CONSULADO.

- VICISITUDES POLITICAS EN EL SIGLO XVIII Y SU INFLUENCIA SOBRE LA ECONOMIA. SISTEMA DE PROPIOS Y ARBITRIOS.

- EL ABASTECIMIENTO EN LA CIUDAD. EL ABASTO DE CARNE. EL TRIGO. ABASTECIMIENTO DE SAL Y LAS EXPEDICIONES A LAS SALINAS. LEGUMBRES, HORTALIZAS Y FRUTOS. LA PESCA. LA PESCA DE LA BALLENA. BEBIDAS NO ALCOHOLICAS Y BEBIDAS ALCOHOLICAS.

& &

&

LA ESTRUCTURA URBANA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO.-
PLANOS DE 1708 Y 1713.- LA CASA URBANA.- LOS EDIFI-
CIOS PUBLICOS MAS REPRESENTATIVOS.- EL ESTADO DE LAS
VIAS PUBLICAS : LA CALLE.

A comienzos de siglo, Buenos Aires no había alcanzado aún el empaque y la belleza que en aquella época conocían ya varias ciudades americanas en lo que se refiere a la composición de su trazado, la construcción de sus edificios o la riqueza y boato de sus monumentos. Estas deficiencias, motivadas por la escasez de medios económicos y las duras pruebas que soportó la ciudad desde el momento de su fundación, así como el rígido monopolio comercial impuesto por la metrópoli y los traficantes limeños, frenaron considerablemente sus posibilidades de expansión y desarrollo.

La larga etapa de penuria económica quedaría reflejada en el aspecto externo de la ciudad, la cual ofrecía aún, a principios del siglo XVIII, las características propias de una pequeña villa de ambiente rural y cuya actividad portuaria, aunque en aumento, no era todavía la que auguraba su magnífica situación geográfica.

Su sencillez y la escasa entidad de sus edificios más

representativos son imágenes frecuentes en las descripciones de los viajeros que por ella pasaron en los siglos XVII y XVIII.

En el XVII, podemos citar, por ejemplo, a Azcárate de Biscay (1658), Francisco Coreal (1690) y el jesuita Antonio Sepp (1697); y en el XVIII, contamos con toda una pléyade de cronistas que van desde Concolorcorvo a Gervasoni y Cattaneo, Florián Bancke, Pedro José de Parias, Tadeo Haenke, Francisco Millán y otros muchos, a más de una larga serie de misioneros jesuitas que nos dejaron su testimonio.

En términos generales, la conclusión que se obtiene de las opiniones de todos ellos es que Buenos Aires se manifestaba, hasta muy entrado el siglo XVIII, como un lugar construido a base de pobres materiales -barro, adobe, paja- que le daban un aspecto sobrio, aunque no desagradable; una ciudad sin grandes riquezas externas, pero dotada de una gran naturalidad que la hacía acogedora al visitante.

No hay que olvidar que en Buenos Aires hubo de hacerse frente a otro gran problema, que fue la falta de un material noble para la construcción. Se carecía de piedra, entrando en la composición geológica del terreno las arcillas, el loess, las margas, formaciones sedimentarias y diluviales de origen terciario.

Para utilizar la piedra fue necesario transportarla desde la otra banda del río (jurisdicción de Montevideo), por lo que hubo de recurrirse, desde un principio, al empleo del barro y la paja mezclados, a lo que siguió el uso del adobe y la materia vegetal que podían ofrecer los pajonales y lagunas cercanas, siendo muy típica la caña y la totora, y aun el elemento animal, el cuero, ya usado por los indios pampas en sus construcciones. (1).

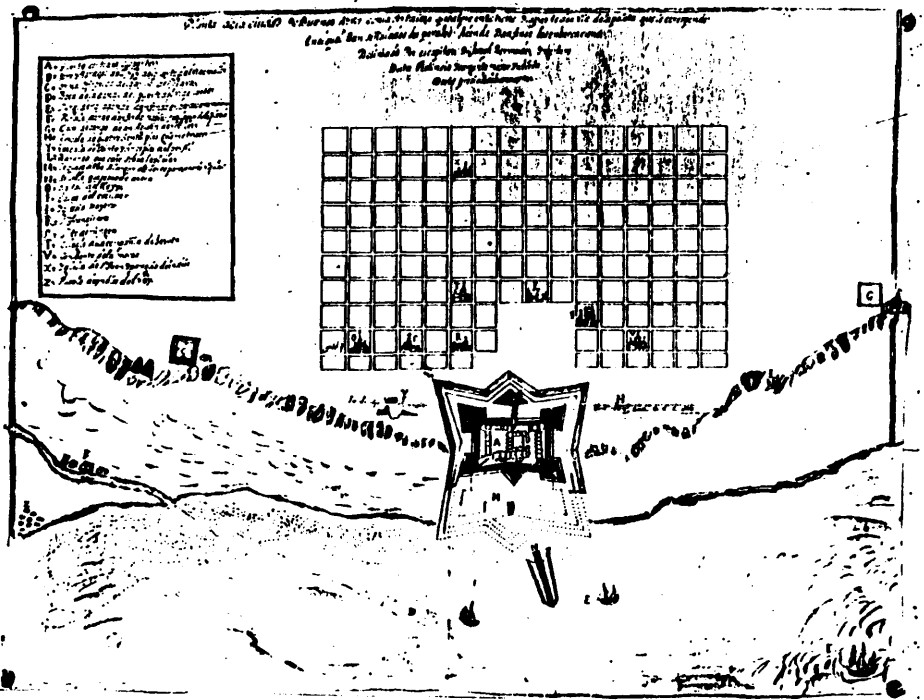
La evolución, no obstante, se va a producir en el nuevo siglo, donde una mayor expansión y crecimiento económico desarrollará, a su vez, las posibilidades de transportar piedra de otros lugares, así como la utilización del ladrillo, la cal (2) y la teja (3) en la construcción, que irían sustituyendo al adobe y al enramado de paja en las techumbres. El empleo de hornos de ladrillo conoció un incremento extraordinario en el siglo XVIII, contando ya en 1729, según refiere el padre Cattaneo, la ciudad de Buenos Aires, con sesenta.

La madera, en todas sus ricas variedades, sería asimismo adoptada posteriormente en el embellecimiento de las casas, especialmente en las de mayor rango y distinción, maderas costosas que eran expresamente traídas de otros lugares, sobre todo de Río de Janeiro, ya que la región bonaerense era también deficitaria en este material.

La planta urbana de Buenos Aires queda reflejada en los dos planos confeccionados por el Ingeniero y Sargento mayor de la plaza D. José Bermúdez, en los años 1708 y 1713. (4). En ambos se localiza claramente el Cabildo, la Iglesia Mayor y el Fuerte, señalándose en este último lo que corresponde a casa del Gobernador, Tesorería y Reales Almacenes. En la planta de 1708 se indica con dibujo punteado la ampliación sugerida del Fuerte, y en la de 1713 se propone el revestimiento de su muralla con piedra. Así iría cobrando nuevo aspecto, desde que en sus comienzos constituyera tan solo un murallón de tierra apisonada.

Además de la Iglesia Mayor o Catedral, encontramos en estos planos varias iglesias y conventos, que denotan la importancia que va adquiriendo la ciudad. Entre estos últimos están los de San Francisco, Santo Domingo y Nuestra Señora de las

Planta de la ciudad de Buenos Aires con la fortaleza que al presente tiene y la parte del rio de la Plata que le corresponde en el qual Ban señalados los parajes Adonde Dan fondo las embarcaciones. Delineada por el capitan Don Joseph Bermudez Ingeniero Desta Probinicia Y sargento mayor Interín deste presidio de buenos ayres.



- A= fuerte con todas sus partes
- B= tore y Baracas del Rey del puerto del riachuelo
- C= ornos y fabrica de ladrillo de San Pedro
- D= Boca de la canal del puerto del riachuelo
- E= Surgidero adonde dan fondo embarcaciones medianas
- F= Paraje donde dan fondo nabios tres leguas dela plaza
- G= Casa de campo de Don Agustín de Robles
- H= hescala de quatrocientos pies geometricos
- Y= hescala de veinte y cinco pies del perfil
- L= Baranca que caie sobre la plaia

M= lo que se debe Alargar al fuerte para aserlo regular
N= Muelle que se puede azer
O= Ospital del Rey
P= Casas del Cabildo
Q= Yglesia mayor
R= San Francisco
S= Santo Domingo
T= Colegio de la compaña de Jesus
V= Conbento dela merze
X= Yglesia de San Juan. Y parroquia de indios
Z= pueblo deyndios del Rey

& &

&

Mercedes, los cuales aparecen claramente en primera línea ante el Fuerte, así como la ubicación del Hospital Real. En la parte posterior de la plaza se localiza el Colegio de la Compañía, y dos cuadras más atrás la parroquia de indios de San Juan Bautista.

Fuera del perímetro de la ciudad se localiza un horno de ladrillo y teja, el de San Pedro, fábricas que posteriormente proliferarían en gran medida. Y en la planta de 1713, un dato interesante, la barraca destinada a albergar a los esclavos que los traficantes negreros de la Compañía francesa de Guinea podían introducir, a partir del puerto de Buenos Aires, en estas regiones.

También se señalaba el lugar exacto donde podían recalar navíos de poco tonelaje y los de mayor porte; estos últimos podían fondear a unas tres leguas de la playa (plano de 1708, F).

La planta urbana de Buenos Aires presentaba, pues, las características de una ciudad de modelo clásico, en la que la Plaza Mayor correspondía al punto neurálgico donde se asentaba, como reflejan los mencionados planos, el núcleo de los principales edificios, la Iglesia Mayor o Catedral, el Cabildo y el Fuerte, con su doble valor como punto de defensa y estratégico, y en el que tenía su residencia el Gobernador. Un segundo sector, ya algo más alejado de la plaza, estaría formado por Iglesias y Conventos y por el Hospital.

En cuanto a la población civil, los vecinos de clases más acomodadas tenían sus viviendas no lejos del centro o plaza mayor, integrando otro sector los pequeños comerciantes, artesanos, funcionarios, etc. (5).

Fuera del perímetro urbano se encontraba el suburbio de la ciudad integrado por pequeñas viviendas diseminadas que

ocupaban familias de humilde condición, pero más tarde y sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, tanto las familias más adineradas de Buenos Aires como las de medianos posibles, comenzaron a adquirir fincas y a edificar allí casas de recreo para su esparcimiento, las famosas quintas.

(6). Ya en el plano de José Bermúdez se señala una de estas casas de recreo, la conocida con el nombre de El Retiro. (7).

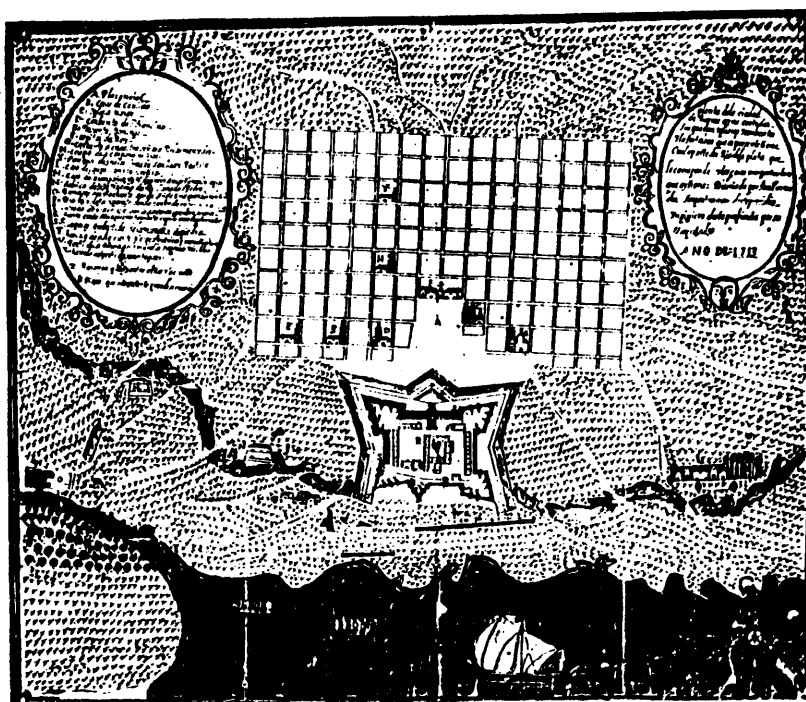
Más allá de esta zona y como corresponde a la distribución de Garay, se encontraban los terrenos de explotación agrícola, pequeñas chacras, etc.

Hemos visto cómo los materiales más comúnmente utilizados fueron, en un principio, el barro, la paja y las cañas. Más tarde, el ladrillo, la cal, la argamasa y la teja roja, el empleo de maderas, herrajes, rejas, y la adopción del dintel, la zapata, los balcones volados, etc., dotaban a la ciudad de unas características especiales, como se puede observar por esta descripción de Luis María Torres:

"En las casas de techo de teja se destacaban el roblón, no siempre correcto, el pequeño tejero, y los amplios derrames que se daban a las puertas y ventanas, a derecha e izquierda, desde el alféizar hasta la línea de la pared interior, para que unas y otras pudieran abrirse de par en par y con ello dar entrada al aire y la luz. Se destacaban asimismo sencillas rejas voladas, ligeras cartelas, y para el desagüe de los amplios terrados, largos arcaduces hacían escurrir el agua de lluvia sobre los enladrillados o enlosados de las aceras. Las mismas albardillas, sobre ladrillos, adobes o tapias, imprimían un carácter particular a los cercados adyacentes que solían resguardar a lozanos durazneros y limoneros." (8).

Planta dela ciudad de Buenos ayres con todas sus quadras, Yglesias Y conbentos Y la fortaleza que al presente tiene Con la parte del Río dela plata que Se corresponde y las cosas mas particulares que oy tiene= Diliniado por Jose Bermudez Sargento mayor deste presidio. Ynginiero desta probincia por su Magestad.

AÑO DE = 1713



- A= Plaza maior
- B= Casas de Cavildo
- C= Yglesia mayor
- D= Conbento de San Francisco
- E= Desanto Domingo
- F= ospital del Rey
- G= Conbento de nuestra señora De las mercedes
- H= Colegio dela Compañia de Jesus
- Y= Paroquia de yndios llamada San Juan Bautista

II

L= casa de campo llamado el retiro
M= casa de la compañía Real de ginefa donde tienen los negros
N= fabrica de teja y ladrillo del Rey llamado San Pedro
O= Baracas del Riachuelo donde Asiste una guardia de ynfanteria
P= Río de la Plata y paraje donde dan fondo embarcaciones medianas
Q= entrada a el riachuelo donde dan fondo las embarcaciones
R= fuerte con los Almagacenes tesorería capilla casa de gobernador
S S = lo que se Arebestido dela muralla de piedra
T= hescala de ocho cientos pñes geometricos para medir el fuerte
V= Perfil dela Altura dela muralla sugrueso y declibio
X= hescala del perfil de sesenta pies
Z= Baranca que Ay entre el Rio y la ciudad
K= Playa que con creciente grande se enunda

& &

&

Las casas que, por lo general, eran de una o dos plantas, contaban con patios, zaguanes y azoteas, y hasta huertos y pequeños jardines. Los patios eran, al decir de Furlong, los que distinguían las edificaciones de Buenos Aires de las de otras ciudades, donde aquéllos sólo se encontraban en las mansiones lujosas y señoriales. A veces el patio -afirma Furlong- podía convertirse en corral, pero existió siempre la diferencia entre patio, corral y trascorral; el patio era lugar común a todas las casas, y el llamado trascorral, de existir, se hallaba alejado de las habitaciones principales. (9).

Los edificios de carácter civil no constituían, a principios de siglo, obras de gran belleza ni perfecto acabado, algunos no se hallaban aún terminados en aquella época, por las muchas reestructuraciones que sufrieron, y otros tuvieron que ser contruidos de nuevo, pues su primitiva estructura dejaba bastante que desear. Así, por ejemplo, la Catedral, que en principio fue construida con los clásicos materiales de barro y techumbre de paja, conoció varias reedificaciones. La primitiva catedral que había servido de iglesia desde 1580 a 1603, fue de nuevo reconstruida por Hernandarias, según refiere Furlong, quien mandó traer para ello maderas del Paraguay. (10). Así se comenzaron las obras de una iglesia de planta basilical de 3 naves y capillas laterales, plano que sería modificado por el jesuita Andrés Blanqui.

En 1724, una Real Cédula ordenaba la cobranza de los diezmos de cal, teja, ladrillos, cuero, sebo y grasa para erección de la iglesia, y que, al parecer, no se había puesto en práctica. (11). Orden que volvía a repetirse en 16 de octubre de 1727. (12).

En 1752, cuando la catedral estaba todavía en construcción, se derrumbaron las tres bóvedas de la nave. De nuevo volvió a levantarse la iglesia, efectuándose su inauguración definitiva en 1791, aunque no se hallaba en esta fecha totalmente acabada, y por supuesto no contando todavía con fachada en esta época. Su definitiva terminación no tendría lugar hasta 1822.

En cuanto al fuerte, por nombre San Juan Baltasar de Austria, y que dominaba desde la barranca la perspectiva del río, sería construido por Hernando de Zárate en 1595. En esta primera etapa no constituía más que una especie de murellón realizado a base de tierra apisonada, de la que se había extraído al excavar el foso. Con los años, su aspecto iría modificándose, y se tardaría más de un siglo en verlo concluido.

Los planos, ya citados, de Joseph Bermúdez, de 1708 y 1713, muestran las obras que en él se habían practicado, como, por ejemplo, el revestimiento en piedra de su muro, señalándose las reparaciones que a juicio de dicho ingeniero deberían realizarse para su mejora. (13).

En 1716, una Real Cédula comunicaba al Gobernador don Bruno Mauricio de Zabala el envío de carpinteros y calafates, cuyo principal objetivo era el de terminar las obras del presidio bajo la dirección del mencionado ingeniero don Joseph Bermúdez:

"Y teniendo por conveniente embiar de éstos Reynos á aquel Presidio Maestros inteligentes y practicos assi para que executen éstas obras con acierto bajo delas Ordenes de mi Yngeniero Maior de aquella Plaza don Jose Ber-

mudez, como para que enseñen, y instruyan cada uno en su Ministerio á otros que haya de su oficio en aquella Ciudad, o que quieran dedicarse á aprenderlo: Por tanto hé tenido por bien de elegir y nombrar, como por la presente elijo y nombro para que en los Navios de Registro que estan proximos á navegar á aquel Puerto de Buenos Ayres, pasen á él, á executár las Obras referidas de fortificaciones, y las demas que se ofrezcan de mi Real Servicio en aquella Plaza á Antonio de Burgos Maestro Carpintero, ensamblador, calafate, y exercitado en todas las obras de la Marina, y practico en la construzion de qualesquiera Barcas con el sueldo de 24 Escudos de Plata al mes; á Domingo de Garamendia tambien Maestro Carpintero para Tierra, y Marina, y Calafate con el sueldo de 20 Escudos de Plata al mes; á Ignacio de Ybarra, y Ambrosio de Cortabarría Maestros Herreros y Armeros, con el sueldo de 20 escudos de plata cada uno al mes; a Gregorio de Aguirre, y Juan de Bastera Maestros Zerrajeros y Armeros con el sueldo de 18 Escudos de plata cada uno al mes; y á Pedro de Orobio y Lorenzo de Andiconá Maestros Albañiles ó Canteros, con el sueldo de 20 escudos de plata cada uno al mes. En cuya consequéncia os ordeno, y mando (como lo hago) que luego que éstos ocho Maestros Carpinteros, Herreros, Zerrajeros, Armeros y Albañiles haian llegado al Presidio de Buenos Ayres, hagais se dediquen á trabajar en las fortificaciones de él, en aderezar y componer las armas, de mis Almacenes Reales; reparar las

Embarcaciones que huviere mias, y en todo lo demas que convenga á mi Real Servicio, cada uno en su Ministerio, segun se les previniere, y ordenare por el Yngeniero Maior de ella adelantando todo lo posible las obras referidas para la mas breve conclusion de ellas." (14).

Para hacer frente a los gastos de construcción y dotación del fuerte de Buenos Aires se creó un impuesto especial, acordándose, por Real Cédula de 1680, que toda la yerba que bajase del Paraguay con destino a Santa Fe y a la ciudad de la Trinidad, se gravase con medio peso por arroba, y la que fuera transportada desde Santa Fe a las provincias de Tucumán y Perú, con 1 peso por arroba; igualmente se estableció que las licencias para vaquear se pagasen a 2 reales "cada cabeza de la Quinta parte de las que se sacase", debiendo pagar tambien el Quinto (a razón de 4 reales por cada uno), todos los cueros que se vendiesen a los navíos de registro; en cuanto al vino, se decía, llevaría un gravamen de 1 peso por cada arroba de las que se vendieren fuera de las mencionadas provincias. (15).

Este impuesto se consideró excesivo, especialmente en la ciudad de Santa Fe y sería suprimido en 1685, pero años más tarde, en 1701, otra Real Cédula confirmaba de nuevo la importancia y necesidad de recaudar estos arbitrios para ocurrir a la construcción de la "importante Plaza de Buenos Ayres", aunque modificaba y aminoraba algunas de las cuantías; así, por ejemplo, la yerba del Paraguay que pasara a las provincias de Tucumán y Perú, quedaba gravada con 4 reales de plata por arroba, y con 2 reales la que bajase a las ciudades de Santa Fe y Trinidad; y el gravamen de 1 peso por cada arroba de vino transportada se hacía también extensivo al aguardiente. Y que esto sólo durase 6 años hasta la terminación de las obras. (16).

En 1716 se daban órdenes para que se concluyese en el menor tiempo posible las obras de fortificación de la Plaza de Buenos Aires, siguiendo los proyectos del Ingeniero Mayor don José Bermúdez, al mismo tiempo que se encomendaba al Gobernador don Bruno Mauricio de Zabala que los gastos de dicha construcción fueran financiados con el impuesto de sisa, establecido para ello, sin que este caudal fuera empleado en otro asunto, pues convenía se terminase cuanto antes la citada fortificación. (17).

En el año 1717 se da cuenta de haberse concluido las obras, por lo que se suprimió, por una Real Cédula, el impuesto de fortificaciones (18) que cesaría a partir del 20 de mayo de ese año.

Quedaba así terminado el fuerte bajo el gobierno de Don Bruno Mauricio de Zabala. Dentro del mismo se encontraban las Cajas Reales y la propia residencia del Gobernador. En 1772, Millau nos habla de haberse realizado en los últimos años unas "bellas habitaciones" para residencia del Gobernador, así como otras para la tropa allí acuartelada. (19).

El Cabildo.

Veamos cuáles fueron las vicisitudes por las que atravesó el edificio del Cabildo, una de las instituciones más genuinas de la América hispana. Estas fueron múltiples y su principal causa los escasos medios económicos con que contaba la ciudad y que se veían desbordados cuando había de acometerse una obra de envergadura.

En los primeros años del siglo XVII, al no haberse iniciado aún la construcción del Ayuntamiento, las reuniones de

los ediles, como afirma Torre Revello y según refieren las actas del Cabildo, se realizaban en casas particulares. Después, ya en 1604, el Gobernador Hernandarias de Saavedra ordenó la construcción, dentro del fuerte, de una sala donde pudieran reunirse los cabildantes hasta que dispusieran de un edificio propio. (20).

Posteriormente, se iniciará un largo proceso para conseguir el inicio de las obras, en las cuales intervendrían el maestro carpintero Hernando de la Cueva, Pedro Ramírez y el herrero Fernando Alvarez; obras que debieron terminarse alrededor de 1612 (21). No obstante, a mediados de siglo, la estructura se resiente y no termina éste sin que amenazara ruina.

En 1682 se especifica que el edificio debía constar de dos plantas, la inferior destinada a cárcel y la superior para la sala capitular y dos salas para jueces y escribanos. Esta reestructuración se dice costaría unos 15.000 pesos. (22).

Con la llegada del siglo XVIII se inician los preparativos para una nueva obra, que tardaría, no obstante, varios años en verse concluida y en la que intervendrían los dos arquitectos jesuitas Juan Bautista Primoli y Andrés Blanqui.

Las dificultades y trabas nacían siempre de la penuria económica. Por este motivo, en 6 de noviembre de 1718 una Real Cédula pedía informes a los oficiales de la Real Hacienda de Buenos Aires sobre el gasto que supondría las obras de construcción de casas capitulares, sala de Ayuntamiento y cárcel, y los medios de que se disponía para su realización, de modo que no fuera muy gravoso para la ciudad. (23). El 19 de noviembre del mismo año se proponía que se adjudicase el

tercio del importe de los cueros del Asiento de negros. El comienzo de las obras tiene lugar en marzo de 1725, pero de nuevo surgirían las interrupciones, más aún cuando el derecho de los cueros se suprime por Real Cédula de 27 de octubre de 1728, (24), y ello en favor de las obras de fortificación emprendidas en Montevideo.

En 1745, una Real Cédula vuelve a insistir en que se informe de la situación, para poder continuar las obras, y en 1760 otra Real Cédula concedía el derecho de obtener 5 pesos por cada cuadra del ejido en beneficio de las obras del Cabildo.

Asimismo, la cárcel pública sería objeto a fines de siglo de diversas reparaciones, encargándose en 1784 de las mismas el ingeniero Saa y Faria; obras que aun siendo muy necesarias por el estado lamentable en que se encontraba el edificio de la cárcel, tardaron mucho tiempo en verse concluidas, no lográndose hasta comienzos del siglo XIX. (25).

Buenos Aires contó también con un muy destacable número de conventos e iglesias, a los que había que añadir otras edificaciones de interés, como el Hospital y el Colegio de la Compañía. En estas construcciones intervino un nutrido grupo de arquitectos, maestros mayores y artesanos. Uno de estos arquitectos, Andrés Blanqui, además de intervenir en el proyecto de la Catedral, lo hizo también en el Colegio de la Compañía, la iglesia del Pilar, la de la Merced, y en los planos de la iglesia de San Francisco y Colegio de Belén. Domingo Petrarca lo hizo en el Monasterio de las Catalinas, Iglesia de San Nicolás y las Cajas Reales; Antonio Masella

en el templo de Santo Domingo, Colegio y Casa de Ejercicios, y Manuel Alvarez de la Rocha, el Maestro Mayor de las obras de la Catedral, tomó parte también en las de Santo Domingo. (26).

En la segunda mitad del siglo cabe citar a dos maestros arquitectos de gran importancia: Saa y Faria, autor de la fachada de la catedral, plaza de toros y cárcel de la ciudad —ésta última proyectada en 1782—, interviniendo también en diferentes obras de interés público y urbano, y Joaquín Antonio Mosquera, quien, por decisión del intendente Paula Sanz, tuvo a su cargo la remodelación de las calles, su nivelación y el acondicionamiento de la estructura urbana.

La estructura urbana de la ciudad ofrecía, ciertamente, a principios de siglo, notables deficiencias en muchos aspectos, dificultades que en la centuria anterior se había tratado de ir resolviendo, sin conseguirse grandes progresos. Así, por ejemplo, las calles que constituían el centro neurálgico de la vida ciudadana y que por sí solas daban la pauta del grado de crecimiento y expansión de la urbe, soportaban un intenso tráfico, y se impuso la necesidad de adecuarlas a él. La falta de empedrado o de nivelación las hacía intransitables, especialmente en la época de lluvias, lo que ocasionaba charcos y lodazales donde se hundían los grandes carretones e incluso los animales, y en los períodos secos la suciedad y el polvo propiciado por el intenso trajín de carretas y caballerías suponían un peligro permanente para los habitantes. El Cabildo, consciente de tales riesgos, adoptó desde un principio una serie de medidas que pudieran paliar en lo posible este incómodo y difícil problema. En una de sus reuniones,

celebrada el 8 de octubre de 1725, reconociendo el mal estado de las calles y su deficiente nivelación, apelaba al vecindario con el fin de poder encauzar las aguas:

"... a los Vecinos que havitaren en las tales Calles que en Conformidad de la erección de la Ziudad en que esta dispuesto el que las aguas Corran de la plaza para arriva Corran al Norte; y para avajo al Sur; dentro de quinze dias hagan en las esquinas vocas calles Unos terraplenes para que dichas aguas Corran al Norte y Si hubiere algo que allanar Concurrira el dicho Mayordomo Con los peones de la Ziudad lo qual Cumpliran dentro de quinze dias pena de doze pesos aplicados para la Compostura de las Calles". (27).

Las calles mal niveladas no podían dar el normal curso a las aguas, y con las lluvias los caminos se hacían impracticables. Que los resultados obtenidos no fueron satisfactorios lo conocemos por los sucesivos bandos, instrucciones o actas del Cabildo, en los que siempre está candente el problema de las vías públicas, y en la época en que Concolorcorvo visita la ciudad, una vez más se deja constancia de esta situación:

"Esta ciudad está bien situada y delineada a la moderna, dividida en cuadradas iguales, pero intransitable en tiempo de aguas, porque las grandes carretas que conducen los bastimentos y otros materiales, hacen unas exavaciones en medio de ellas en que se atascan hasta los caballos é impiden el tránsito á los de á pie, principalmente el de una cuadra á otra, obligando á retroceder á la gente, y muchas veces á quedarse sin misa cuando se ven precisados á atravesar la calle". (28).

Tal estado de cosas obligó a las autoridades a requerir la colaboración ciudadana para el arreglo de las calles, sobre todo en aquella parte que correspondiese a la pertenencia de cada uno. Se instaba, pues, a que los vecinos rebajaran los terraplenes y dieran así a las aguas su nivel, con el fin de evitar el encharcamiento y los barrizales. De ello nos hablarán multitud de bandos en los que se establecen estas obligaciones, ordenando que concurran presto todos los habitantes, pues era en beneficio del bien público. La forma en que había de darse curso a las aguas, según el padrón establecido, era la siguiente:

"...que desde la Plaza pública para el alto del Norte a Sur por las Calles principales deben tener el corriente y desague las Calles hasta desembocar en la Zanja y desde dicha Plaza para el retiro de Sur a Norte también por las Calles principales, hasta la Lagunilla o Zanja que se halla mas adelante de la Quinta del Alférez Real D. Geronimo Matorras, en igual conformidad deben tener su corriente dichas Calles de Sur a Norte Y que en las calles de Travesía debe observarse el que han de correr dichas aguas, de oeste á Leste saliendo cada quadra á su calle principal haciendo en cada esquina su atajadizo para que bayan iguales." (29).

Si preocupante era la mala pavimentación no lo era menos la total falta de aseo y limpieza en la vía pública. El Cabildo, Gobernadores, Virreyes e Intendentes, se refieren a la poca o casi nula existencia de medidas higiénicas dentro de la ciudad. A lo largo del siglo se observa el interés de todos por este hecho que afectaba no sólo a la estética urba-

na sino a la propia salubridad de la población. Esta constante de hacer de la ciudad un conjunto limpio y agradable va a ser común en la política de los Borbones y muy especialmente de Carlos III quien, con sus años de experiencia en la Corte napolitana, y habiendo hecho allí realidad un lugar más acogedor para vivir, se propuso lograr este mismo resultado en la Corte madrileña, con el consiguiente influjo en todos sus reinos.

Las ciudades irán adquiriendo otra fisonomía, pues hasta entonces, la mayoría no contaba más que con una deficiente infraestructura, y en todas el vecindario consideraba la calle como un vertedero público, y como la cosa más natural y lógica el arrojar a ella todos los productos de desecho. Esa práctica no es de extrañar si consideramos que, en los propios hogares, el aseo, tanto de la casa como de sus moradores, dejaba mucho que desear. El agua se usaba para el baldeo de los pisos y pocas cosas más, y en menor cantidad para la limpieza de las personas, quienes preferían el empleo de perfumes y aguas de olor para neutralizar lo que se supone se desprendería de sus complicados trajes, pelucas, casacas y rizos. Es razonable pensar que, a falta de un sistema idóneo de recogida de basuras, se considerase a la calle como el lugar más apropiado para arrojar los desperdicios.

Buenos Aires conocía este problema de la suciedad, no exclusivo ni único en aquella ciudad todavía en expansión, pues, como más adelante veremos, existía similitud con otras ciudades, y como éstas, sabía también de las deficiencias en otra serie de puntos concretos que atacaban a la estética urbana.

Por ejemplo, una de las causas que afectaban directamente a esa estética y a la higiene era la existencia de mercaderes

ambulantes en el propio corazón de la ciudad, con todo lo que ello arrastraba, esto es, suciedad, entorpecimiento del tráfico, etc. Esto determinó el proyecto de construcción de una recova en la misma plaza, que diera acogida a todos los mercachifles y vendedores, paliando de este modo la anárquica situación de los puestos ambulantes. Uno de los promotores de esta idea fue el Hermano Mayor de la Hermandad de la Caridad don Francisco Alvarez Campana, y para llevarla a cabo -según Pillado- se confeccionó un plan por Juan de Echevarría, en 1756, pero este proyecto no se llegó a realizar. (30).

Posteriormente se vuelve a plantear la necesidad de que la ciudad contase con una recova, tratándose este asunto en varias ocasiones -27 de enero de 1757, 3 de julio y 24 de diciembre de 1766, etc.-, mas no hubo acuerdo en el modo de financiar las obras de construcción.

Después sigue manteniéndose la idea de esta obra, insistiéndose en la necesidad de descongestionar el tráfico, suprimir la suciedad de la Plaza Mayor, etc., y así lo haría constar el Síndico Procurador en 1783 (31), pero la construcción de la recova quedará de nuevo postergada y no tendrá vía libre hasta comienzos del siglo XIX, cuando en 1801 y 1802 se traza el plano y comienzan las obras.

No sólo la falta de empedrado, pavimentación e higiene eran los únicos inconvenientes, sino también la anarquía reinante a la hora de construir, la falta de alumbrado en la vía pública, que hacía incómoda y peligrosa la ciudad en las horas nocturnas, los problemas suscitados por la contaminación de los humos y desperdicios producidos por las fábricas, hornos, etc., y, en suma, las complicaciones peculiares de una ciudad con un número de habitantes en aumento. Conviene, pues, estudiar todas estas cuestiones, con respecto a Buenos Aires,

no como hechos aislados, propios de una ciudad en crecimiento y apartada del resto, sino como circunstancias que se daban también en muchas otras ciudades de la época.

Madrid, tan alejada geográficamente de la capital bonaerense y de características bien diferentes, tanto por sus funciones como por su ya madura experiencia, ofrecía, sin embargo, en este aspecto, semejantes defectos. Se puede establecer una equivalencia entre ambas ciudades en torno a este ambiente. La mayoría de los problemas eran tratados en Buenos Aires siguiendo la pauta de otras ciudades, especialmente la capital de España, bien por imperativo de las órdenes reales o, en otros casos, por la simple decisión de las autoridades bonaerenses de tomar como modelo las medidas adoptadas en la corte para resolver todo lo relacionado con la política urbana.

& &
&

EL PUERTO.- SU INFLUENCIA EN LA VIDA DE LA CIUDAD.-
SISTEMA DE COMUNICACION FLUVIAL Y ACTIVIDAD ASTI-
LLERA.

La historia del puerto de Buenos Aires es, esencialmente, la historia misma de la ciudad, pues él será quien dé la vida a aquel pobre caserío fundado por Garay. La actividad comercial que, con posterioridad, y sobre todo a partir del siglo XVIII, se canalizará a través del mismo -más aún con la apertura del libre mercado- marcará el auge definitivo de la urbe, que verá, por fin, superados los años de penurias y miserias en los que estuvo sometida a las leyes comerciales impuestas por la metrópoli de mantener aquél dentro del sistema de puerto cerrado.

El puerto, como tal, no ofrecía, sin embargo, para el fondeadero de los barcos, unas inmejorables cualidades, pues las embarcaciones de gran tonelaje precisaban fondear a una distancia de 3 leguas. Fray Pedro José de Parras, en su descripción, afirma que es "malísimo", careciendo de "abrigo alguno que le defienda de los temporales y tormentas". Las fragatas de 34 codos de quilla -sigue diciendo- podían acercarse a una legua de la ciudad, mientras que las embarcaciones de menor tamaño : botes, falúas y lanchas de unos 1.500 kilos de carga, podían fondear y atracar más cerca de tierra en el puerto formado en el Riachuelo. (32).

Una relación descriptiva muy completa de este último, es decir, del puerto del Riachuelo, nos la ofrece Francisco Mi-

lla en 1772:

"Las goletas vienen hacer su descarga adentro de un pequeño río llamado sólo el Riachuelo, que está al extremo de la ciudad de Buenos Aires hacia la parte del Sur y forma desde su boca, que es bastante espaciosa, un puerto o fondeadero que sigue para dentro igual con la misma capacidad de mucho abrigo y comodidad, manteniendo aun en baja mar la suficiente agua para bajeles de ciento y cincuenta toneladas, que pueden quedar arrimadas con sus planchas en tierra con toda seguridad, teniendo solo la precaucion de tener tendidas sus amarras en el medio del Riachuelo, para quedar sobre ellas en caso de sobrevenir una gran creciente que algunas veces suele formar una inundación que cubre con mucha altura por una y otra parte el terreno bajo e igual de sus orillas en mucha distancia." (33).

Más allá de Buenos Aires existía un fondeadero de mejores condiciones y sobre el que ya se señalaron por varios técnicos sus ventajas; era el situado en la llamada Ensenada de Barragán, cuya única dificultad era que se encontraba a unas diez leguas de la ciudad.

En cuanto al sistema de embarque, tanto de pasajeros como de mercancías, es curioso el relato que el propio Millán nos hace:

"Es regular que los pasajeros y alguna gente que tienen que hacer viaje en esas lanchas, cuando se hallan fondeadas en las Balizas, obtengan permiso del gobierno para embarcarse con sus equipajes en derechura desde la orilla que está enfrente de ellas a un cuarto de le-

gua solo de distancia, para ahorrar la de una legua que se rodea por el Riachuelo. Se practica con los botecitos de cuatro o seis remos, de los que tiene uno cada lancha y lleva adentro en su navegación. Estas llegan hasta la menor agua que pueden, manteniéndose sobre sus remos, hasta que se acercan a ellas unas carretillas con bueyes que entran bastante en el río por lo poco que aumenta en mucho espacio la agua desde la orilla, y llevan la gente a su bordo con comodidad y breve. Lo mismo se hace en los desembarcos, o bien montando en algunos caballos que se arriman o a hombros de los marineros que varan el botecito."(34).

Con el incremento comercial, el aumento de población y la llegada de mayor número de barcos extranjeros -por las sucesivas concesiones borbónicas que se fueron haciendo al puerto hasta llegar al tratado de libre comercio de 1778- se fue desarrollando en Buenos Aires el tráfico por tierra y mar, lo que influyó notablemente en su progreso.

La construcción de embarcaciones en sus astilleros tomó mayor impulso durante el siglo XVIII, aumentando el número de carpinteros de ribera, calafateros, etc. Juan Francisco Aguirre -según cita Furlong- señalaba que fueron dos las primeras naves que por orden de Irala se construyeron en el Río de la Plata. Pronto se puso en marcha toda una industria relacionada con la construcción de embarcaciones, empezándose a confeccionar los lienzos de algodón para las velas,

utilizándose la manteca de pescado y la "seva" como brea y almácigo para la costura y el "espalme", y después el "izi" que decían "isiga o trementina de la tierra". A las jarcias de cáñamo y su estopa sucedieron las de caramoto, y con él se hacían las madres de mecha para relingar las velas. (35).

En la Real Cédula de 2 de diciembre de 1716 se cita el envío de los maestros carpinteros, ensambladores y calafateros Antonio de Burgos y Domingo de Garamendía para que colaborasen en la construcción y preparación de embarcaciones (36). Y en la de 15 de marzo del mismo año, dirigida al Gobernador don Bruno Mauricio de Zavala, se comunicaba que, al haberse considerado la gran necesidad de que en el puerto de Buenos Aires se contase al menos con dos embarcaciones de mayor tamaño que las lanchas para todas las necesidades que allí surtiesen, y para mantener la vigilancia de las costas, se construyesen dichas embarcaciones; y al no poderse realizar la construcción a costa del ramo de fortificaciones, por hallarse "empeñado", el Gobernador y los Oficiales de Hacienda debían buscar los medios menos gravosos y más apropiados para llevarla a cabo. (37).

El movimiento de los astilleros seguiría en ascenso a medida que aumentaba el tráfico comercial, y fueron sucediéndose los envíos de expertos carpinteros de ribera desde la metrópoli. A veces se enviaban embarcaciones construidas en la Península, incluso en piezas, para que una vez llegadas a su destino fuesen armadas bajo la dirección del maestro mayor. Así lo hacía saber una real orden de 12 de septiembre de 1770, en la que se comunicaba el envío al Río de la Plata, desde El Ferrol, de la goleta "Santa Matilde" en la que

viajaba Francisco Oliden, un técnico experto en la construcción de lanchas, llevando también a bordo cuatro de éstas, en piezas, para ser armadas en el Río de la Plata bajo su dirección. Se le nombraría Maestro Mayor de Carpintería y Calafatería de los "Vaxeles de la Armada y de Particulares", y se le encargaba de la dirección de las obras de carenas de barcos, para lo cual se ordenaba:

"No haver de construirse ni carenarse Embarcacion alguna de la Armada, ó Particular en ese Puerto, Barragán, Montevideo, y aun Maldonado, sino vaxo su direccion, y haver de tener su aprovacion todo Carpintero, ó Calafate, que hubiere de travaxar en construccion, ó carénas, ó embarcarse en Buque de S.M., ó de Particular, pues tales condiciones no deven estimarse, ni tener efecto." (38).

La construcción de lanchas en los astilleros del Río de la Plata estaría sometida igualmente a control, no pudiéndose llevar a cabo sin el consentimiento del Gobierno. Se llevaría, asimismo, un registro de embarcaciones disponibles y se imponía a los dueños de aquéllas, por pequeñas que fuesen, el deber de obtener su licencia y matrícula correspondiente. El bando de 9 de mayo de 1767, de don Francisco de Paula Bucarely, ordenaba que, en el término de quince días, todo dueño de embarcación se presentase ante el Ministro de Marina don José Arostegui, para alistarla y matricularla, tal y como se realizaba en los puertos de España y como así lo disponía Su Majestad. (39). Al mismo tiempo se daban instrucciones para que nadie construyera, vendiese o comprase embarcación sin licencia de dicho Ministro, y para que se nombrase un número determinado de "patrones" con funciones com-

petentes y responsables en todo lo relacionado con el tráfico portuario. (40).

Era ya estimable el número de embarcaciones que en la segunda mitad del siglo XVIII se contaban en el puerto de Buenos Aires, y de ello nos da idea un documento de 10 de junio de 1786, en el que don Manuel Martorell, Capitán del Puerto, certifica la existencia de 4 bergantines, 18 lanchas de dos palos, 29 lanchas de un palo y 17 champanes. (41). Estas 68 embarcaciones hacían el tráfico desde el puerto de Buenos Aires a los puertos de la otra banda, Montevideo y Maldonado, y transportaban también desde su lugar de origen (canteras de la otra banda del río) la piedra tan necesaria para las construcciones, así como la madera proporcionada por los montes vecinos.

& &
&

EL MEDIO DE TRANSPORTE TERRESTRE: LA CARRETA.-
LA RED VIARIA: CONSTRUCCION DE PUENTES Y CA-
MINOS.

Fue, sin duda, el principal e insustituible medio de transporte del que pudo servirse el pueblo rioplatense para su comunicación y comercio. La carreta constituyó, por sí sola, como tantas veces se ha dicho, un importantísimo elemento civilizador en tan vastas regiones, y su utilización en múltiples usos contribuyó a hacer efectivo su desarrollo.

La carreta era el vehículo de unión entre las provincias: Buenos Aires, Tucumán, Mendoza, San Juan, la Rioja, etc, y el medio de transporte de todos los productos, facilitando el intercambio; así, mientras Buenos Aires enviaba a Tucumán yerba mate, cereales, productos de España, etc., ésta le mandaba plata, cueros y cordobanes. Y Mendoza exportaba los caldos de su provincia, el aceite y el aguardiente.

Sirvió también de vivienda, la carreta, en los largos viajes, para lo que muchas de ellas estaban acondicionadas, constituyendo un verdadero hogar ambulante. En las expediciones de guerra contra los indios enemigos hicieron las veces de cuarteles militares, y gracias a la carreta pudieron efectuarse las famosas expediciones a las Salinas con cierta periodicidad.

Por lo que se refiere a sus características, hay que decir que existían algunas diferencias entre las carretas de cada provincia. Así, por ejemplo, las de Tucumán eran algo más pequeñas que las de Buenos Aires, y estas últimas se distinguían, además, de las primeras, por tener ejes y cabezales de hierro. No obstante, Tucumán y Mendoza eran los lugares donde se construía la mayor parte de las carretas. (En Tucumán, a finales de siglo, se llegaba a hacer 200 al año).

Para su construcción se empleaban ricas y variadas maderas. Santos Martínez cita al padre Antonio de Ribera, quien señala como maderas más utilizadas en la construcción de carretas el ayui, el laurel natural, el guaycay o el inquipitanqy, todas ellas para lechos y armaduras, y el taxibo para la realización del pértigo, las mazas y camas de la circunferencia de las ruedas. En los ejes se empleaba el cambal, el guarayón, el ibirapezo, el ibirapepe, el ibahay y el incacy o tala. (42)

Son varias las descripciones que cronistas de la época nos ofrecen de la carreta. He aquí la de Concolorcorvo, de una carreta tucumana:

"Las dos ruedas son de dos y media varas de alto, puntos más o menos, cuyo centro es de una maza gruesa de dos o tres cuartas. En el centro de ésta atraviesa un eje de 15 cuartas sobre el cual está el lecho ó cajón de la carreta. Este se compone de una viga que se llama pértigo, de siete y media varas de largo, á que acompañan otras dos de cuatro y media, y éstas, unidas con el pértigo, por cuatro varas ó varejones que llaman teleras, forman

el cajón, cuyo ancho es de vara y media. Sobre esta plan lleva de cada costado seis estacas clavadas, y en cada dos va un arco que, siendo de madera a especie de mimbre, hacen un techo ovalado. Los costados se cubren de junco tejido, que es más fuerte que la totora que gastan los mendocinos, y por encima, para preservar las aguas y soles, se cubren de cueros de toro cosidos, y para que esta carreta camine y sirva se le pone al extremo de aquella viga de siete y media varas un yugo de dos y media, en que se juncen los bueyes, que regularmente llaman pertigueros."(43).

Cuando los viajes eran largos -sigue diciendo Concolorcorvo- son tiradas por cuatro bueyes, denominándose a los de delante "cuarteros", que van distantes de los "pertigueros" unas tres varas. (44).

Estas carretas tucumanas, al llevar el eje fijo, producían un típico chirrido que las distinguía de las de Buenos Aires. Concolorcorvo describe la forma en que los peones cuidaban diariamente de las carretas, engrasando el eje y ruedas con sebo para evitar los desgastes. (45). En cuanto a la carga, las carretas tucumanas podían transportar unas 200 arrobas, algo más las mendocinas, por ser más anchas, y unos 3.000 kilos las de Buenos Aires.

Dos peones manejaban su dirección, uno de ellos gobernaba a los bueyes sentado en el pescante, con la picana, especie de caña denominada taquara, provista de un objeto punzante en su extremo.

La mayor dificultad en el tránsito de carretas podía dar-

se con ocasión de atravesar los ríos, lo que se efectuaba gracias al esfuerzo de los sufridos bueyes que tiraban de la carreta sin que el agua les amedrentase. La carga se colocaba en balsas o en pieles o cueros denominados "pelotas" que Millán describe así:

"Estas se hacen de unos grandes y gruesos cueros de toro, que traen prevenidos con cuatro dobleces, los que abiertos forman con los lados y el fondo un cajón, que se fortalece con unas varitas, que, ajustadas interiormente a los lados, así en la boca como en el suelo, sostienen con otras que de arriba abajo se ponen arrimadas en sus cuatro esquinas". (46).

Las carretas llevaban además sus adornos particulares, que les daban un cierto tipismo: cueros, plumas, tachuelas y crines u otros objetos caprichosos.

Por lo que hace a Buenos Aires, la entrada de grandes carretas de abasto, en particular las que llegaban de los pagos cercanos con su pesada carga, llegó a producir una congestión en el tráfico, aumentada en los períodos lluviosos -como decimos en otro lugar- por el mal estado de las calles y la formación de barrizales, lo que obligó a las autoridades a tomar medidas prohibiendo el paso de las carretas de mayor tamaño por las calles de la ciudad, y cuya carga había de transportarse en serones, caballerías o en carretillas pequeñas.

Fue preocupación de las autoridades rioplatenses dotar a la ciudad y su jurisdicción de redes viarias que hicieran posibles las comunicaciones de una manera más ágil, sobre todo con motivo del activo comercio que, a lo largo del

siglo fue aumentando. A mediados del XVIII se va haciendo realidad la apertura y conservación de caminos y la construcción de puentes, de indudable transcendencia esta última, por cuanto facilitaba y transformaba el tránsito de manera radical, evitando que carretas y caballerías hubieran de vadear los ríos.

Ya en 1731 se proyectó un puente sobre el Riachuelo, construido a base de madera y ladrillo. En 1754 (27 de marzo) estudiaba el Cabildo la construcción de un puente sobre el río Luján. Este puente, para el que el Gobernador había concedido su licencia, se dice que era conveniente realizarlo con materiales sólidos, esto es, de cal y ladrillo, por "la mas permanencia". (47). En el mes siguiente (10 de mayo) y en 23 de octubre del mismo año se sigue tratando de su construcción: "El simiento será firme y echo Cabar en el terreno que se ha de fabricar dicho Puente". Mas, al parecer, surgieron dificultades, y se acuerda que el Ingeniero don Antonio Masella vaya al lugar del emplazamiento para inspeccionar el terreno, nada firme. (48).

Pronto se creó un sistema tributario -"ramo de portazgo"- por el que se hacía pagar a cada carreta o caballería que circulase por un puente. La carretas, según esto, pagarían 2 reales y el mismo precio cada 10 mulas con carga, y un real cada cinco mulas. Se estableció también que las carretas de los vecinos debían pagar a real por cada una, y otro real por cada diez mulas, siendo sólo medio real por 4 o 2 mulas.(49).

El 11 de febrero de 1789 se ocupa el Cabildo del asunto relativo a la construcción de dos puentes, uno sobre el Riachuelo y otro sobre el río Arrecifes, iniciándose los expedientes reglamentarios. En esta fecha se habla también de las dili-

gencias para la reconstrucción del puente de Goyo Rivera, cuyo estado era ruinoso, y cómo los vecinos se hallaban dispuestos a colaborar en su pronta reposición. (50).

En marzo del mismo año vuelve a estudiar el Cabildo los informes dados en meses anteriores sobre la construcción de los puentes sobre el Riachuelo y Arrecifes, para que se facilitase el paso a los vecinos del pago de la Magdalena. (51). Al mes siguiente (22 de abril), el Alcalde^{de} primer voto comunicaba, en la sesión del Cabildo, la aprobación de Su Excelencia de la construcción del puente sobre el Riachuelo, así como los oportunos permisos para establecer su remate, comunicando, asimismo, que se hallaba en trámite el expediente para la construcción del puente de Arrecifes. (52).

En 14 de marzo de 1791 no parece que se hubieran concluido las obras del puente del Riachuelo, pues en el acta del Cabildo de ese día se lee que don Juan Gutiérrez Galbes, a quien se había concedido el remate para su construcción, no había dado cuenta aún de si el puente estaba o no terminado, a pesar de que este individuo venía cobrando ya el derecho de portazgo, por lo que se le llamó a declarar sobre el asunto. (53).

La construcción de caminos y puentes no sólo fue competencia de las autoridades locales, sino que la misma Corona tenía especial interés en su realización y conservación, aunque, según se desprende de una Real Cédula de 2 de abril de 1789, dirigida al Virrey don Nicolás de Arredondo, la financiación corría a cargo del vecindario, al menos en proporción al beneficio que de ello recibían:

"...y se mantenga, y aderecen los Caminos y calzadas, y

reparen los Puentes, contribuyendo a ello mis Basallos de aquellas Provincias por el beneficio que de ello gozan; he resuelto mandaros que reconozcays todo lo expresado, y proveais en ello conforme a lo dispuesto por las Leyes de estos Reynos que tratan sobre este asunto, y que si fuere necesario que se hagan algunos Caminos y Puentes en las dichas Provincias, os informeis que es lo que podrán costar, y que Lugares y Personas asi Españoles como Yndios han de gozar de ellas, y que repartais acada uno segun el beneficio que recibiere, y mas provecho de ello tubiere, disponiendo que se haga con toda igualdad, y verdad, y que lo que se repartiere a los Yndios lo paguen de los frutos y provechos que en sus Pueblos tubieren." (54).

& &
&

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.- SU CARACTER DE CIUDAD
ABIERTA.- INTERNACION DEL CAMPO EN LA CIUDAD.- SIS-
TEMA DE FORTIFICACIONES.

El carácter de ciudad "abierta" de que gozó Buenos Aires desde los primeros momentos de su fundación, marcó, en cierto modo, lo que debería conformar su futuro. Así, la propia división realizada por Garay y que delimitaba el espacio ocupado por el conjunto urbano, la chacara y la estancia, va a definir cuál sería su proyección ulterior, no otra que la de una ciudad ganadera por excelencia, en donde la agricultura tendría también un destacado papel, a lo que se sumaron las amplias posibilidades que le brindaba el Río de la Plata, vehículo, en épocas posteriores, de la comercialización de los productos ganaderos, dando así un nuevo carácter a la ciudad, que se convertiría en importante centro portuario y comercial.

No obstante, el hecho de constituir un enclave urbano sin limitaciones ni barreras defensivas, supuso un constante peligro para el desarrollo normal de las actividades agrícolas y ganaderas, debido a la hostilidad de los indios de aquellos contornos, cuyo sometimiento fue la constante preocupación de los gobiernos. Esta hostilidad se vio incrementada a partir del momento en que se intensificó el negocio de la corambre del ganado y éste empezó a escasear, por lo que los indios recurrieron a robarlo de las haciendas. De esta manera el indio se convirtió en un enemigo peligroso

que asaltaba haciendas, robaba y mataba a cuantos viajeros descuidados se internasen más allá de los límites urbanos. Ello motivó la reacción de las autoridades y la adopción de medidas para evitar los desmanes, pero no fue fácil controlar a los indios ni reducirlos, como se hiciera en otros lugares.

La actividad agresiva desarrollada por los indios se dejó sentir en casi todas las provincias del Río de la Plata. Fueron muy temidos los saqueos y matanzas de los indios Charruas, Bujanes y Jaros, que vagaban por las orillas del Paraná y el Uruguay; esto últimos tenían aterrorizados a los pueblos de las Compañías jesuíticas, e interceptaban la provincia del Paraguay, las ciudades de Santa Fe y Corrientes, y los caminos que conducían a Perú y Chile, por lo que, ya a comienzos del siglo, los padres jesuitas pidieron a los Gobernadores que se tomasen medidas.

En 1716, una Real Cédula de 11 de noviembre hacía patente la necesidad de someter a estas tribus que arruinaban las vaquerías del territorio, y de los que se sospechaba tenían una estrecha relación con los colonos portugueses de la colonia de San Gabriel. Se encargaba al nuevo Gobernador de Buenos Aires don Bruno Mauricio de Zavala que, reuniendo en "Junta de Guerra" a las personas de mayor experiencia de la ciudad, estudiaran la fórmula más conveniente para la pacificación de aquellos indios "a fin de unirlos á una vida social con las condiciones y pactos que buenamente discurriereis podrán ser más decentes y amistosos, haciendoles todos los requerimientos que disponen las LL.RS. y Ordenanzas de Indias' (55). Si estos medios pacíficos no daban resultado -se decía- podría emplearse todo el "rigor" que fuese necesario.

Como los métodos más suaves fracasaron, se hizo necesaria la recluta de individuos que, periódicamente, salían al campo al encuentro de los indios y que realizaban expediciones que pudiéramos llamar de castigo; pero tampoco esto fue suficiente.

En la jurisdicción de Buenos Aires los más temidos fueron los pampas o querandies y los indios serranos, a quienes la ciudad tenía la guerra declarada, por ser los que la atacaban de continuo. Se vio, pues, forzada la ciudad, a principios de siglo, a organizar estas batidas contra los indios que robaban el ganado y destruían los cultivos, pero los medios con que se contaba para hacer frente a estos gastos de guerra no eran bastantes.

En 1745, un acta del Cabildo se hace eco de la escasez de propios, y en 17 de febrero de ese año, habiendo asistido a la reunión el propio Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, se propuso que, para ayuda de la guerra contra los indios y al no poseer la ciudad caudales suficientes, se acordase que a todas las carretas que entraran en la plaza o viniesen del Riachuelo, del Pago de las Conchas o de cualquier otra estancia, y que eran las encargadas de traer los frutos y productos del campo para el abastecimiento diario, se les impondría el pago de un real a cada una. En cuanto a las carretas que llegasen de otros puntos y que no perteneciesen a dicha jurisdicción, o viniesen de Mendoza, Tucumán, Santa Fe, Corrientes o Paraguay, serían pensionadas con 4 reales; lo mismo se haría con las arrias de mulas que traían aguardiente y vino de la ciudad de San Juan o de Mendoza, "regulándose diez mulas por la carga de una carreta". (56).

Este impuesto era necesario para mantener la milicia de

la campaña, que se decía costaba unos 200 pesos mensuales y, por lo general, estaba formada por gente del país, al no poder sacar hombres de la guarnición de la plaza de Buenos Aires, pues la tropa se hallaba distribuida en distintos servicios: Montevideo, Puerto de las Víboras, el Riachuelo, las Conchas, las misiones de la Reducción Jesuítica y en los lugares conflictivos con los portugueses, como era el caso de la Colonia.

Fue acordado el gravamen por la mayoría de los asistentes a la reunión, excepto por el Alcalde de segundo voto que se manifestó contrario a gravar aún más a los pobres labradores que venían de los pagos cercanos a vender sus productos, por considerar que ya tenían bastantes pensiones a su cargo, a más de ser ellos los primeros que sufrían las violencias de los infieles. (57).

Mas, como hemos dicho, la pacificación de los indios en tan vastos territorios no se lograba, y ello hizo que se recurriese a la creación de una milicia permanente que controlase los principales puntos neurálgicos por donde frecuentemente los indios organizaban sus incursiones. En 1751 se considera la necesidad de crear 3 Compañías, dotando a cada una de 50 hombres, más sus oficiales, y que recibirían los nombres de "La Valerosa", "La Conquistadora" y "La Invencible", naciendo así lo que habría de denominarse compañías de "blandengues", bajo cuya vigilancia estarían todos los lugares fronterizos y las estancias situadas en aquellos territorios tan hostigados por los indios, en las que se temía, como ya había sucedido, que los estancieros las abandonasen por miedo, dejando perecer los cultivos y los frutos o los productos ganaderos, tan necesarios para la población de Buenos Aires.

La permanencia continua, "a pie fixo", se decía, de esta milicia en el campo, traería de nuevo consigo el problema de su mantenimiento, pues cada una de estas tres Compañías se destinó a un paraje que, al mismo tiempo que sirviera de punto de acampada, dispusiera de agua suficiente y terrenos aptos para el cultivo. Una de ellas se instaló en el Salto, cerca de la cabecera del río Arrecife, otra en Laguna Brava, cerca del pago de Luján, y la tercera entre los pagos de Matanzas y Magdalena, concretamente en la Laguna de los Lobos.

En 1752, el Cabildo de Buenos Aires creía conveniente que en cada uno de los mencionados lugares se erigiera un fuerte para proporcionar alojamiento y defensa a aquellos hombres, así como la construcción de una capilla con vivienda contigua para un capellán que les pudiera asistir y celebrar la Santa Misa. (58). La cuestión se centraba, como siempre, en cómo se habilitarían los fondos para el sostenimiento de dichos Cuerpos y la construcción de los fuertes. A este efecto se pensó en gravar con 2 reales cada cuero embarcado, con 4 cada Petaca y 2 cada quintal de hierro, y esto se hacía saber a Su Majestad en una representación de 20 de abril de 1752, para su aprobación, añadiendo en otro memorial de agosto del mismo año haberse acordado, además del impuesto referido, el de 12 reales en cada botija de vino y aguardiente que entrase de la provincia de Cuyo.

El Rey desaprobaba la imposición de tales arbitrios por Real Cédula de 10 de julio de 1753, manifestando que el único medio que conduciría al sometimiento de esos pueblos bárbaros sería la creación de nuevos lugares, esto es, acabar con la dispersión de la población en estancias o chacaras, y reuniendo a todos estos vecinos en un mismo sitio, proyec-

to que ya había sido encargado al Marqués de Valdelirios. (59).

La política del Gobierno español era la de fomentar los poblamientos en todos aquellos territorios que durante largos años estaban sometidos a las correrías de los indios. Durante el siglo XVIII se mantendrá esta iniciativa y a pesar de las dificultades que ello suponía, Su Majestad encargaba la creación de nuevos pueblos para contención de los indios infieles, así como para mayor crecimiento de las haciendas de ganados y de sementeras, como lo confirma una Real Cédula de 17 de marzo de 1777 dirigida al Gobernador de Buenos Aires, en la que se le ordenaba promover esta idea, en la medida de lo posible. (60).

Pero la política de poblamiento no contuvo la amenaza y tanto las Compañías de milicias como los parajes en donde se iban realizando los nuevos asentos de familias, sufrían constantemente los ataques enemigos, con el consiguiente riesgo de los nuevos pobladores, aunque hubo casos en que la población civil mantuvo contacto con los indios, hechos que llegaron a preocupar a las autoridades, pues consideraban esa actitud desleal para con el Rey y la patria, por estar el país en guerra con ellos, y así lo estimaba el Virrey Vértiz en 1780. Por este motivo y por el peligro que suponía para muchas familias la permanencia en aquellos parajes, encargaba en ese mismo año al Comandante de Frontera que reuniese a cuantas familias dispersas pudieran hallarse por las fronteras de Luján, para que estuvieran a salvo y protegidas en lugares fortificados y no fuera del alcance de los cañones de los fuertes; y por supuesto se exigía el castigo de

quienes mantuviesen trato con los infieles:

"... y que qualesquiera a quien se justificare haver pasado, y recidido voluntariamente con los indios, estando en guerra con ellos, por el mismo caso, y sin necesidad de otra prueba, sea castigado con pena de la Vida en la forma que se usa y practica en el Exercito con los espías y desertores que se pasan a los Enemigos; y que se haga saver y publicar por Vando en esta Capital y Partidos de la Frontera fixandose en los sitios acostumbrados..." (61).

No obstante, Vértiz mantiene la política, decretada por el Gobierno, de creación de nuevas poblaciones para defensa de la frontera, y, según su propia relación de gobierno, acomodó a diversas familias asturianas, gallegas y castellanas, enviadas por Su Majestad, en la banda occidental y fuertes de la frontera. (62).

En 1780 también Vértiz crea impuestos extraordinarios con motivo de la construcción de dos nuevos fuertes, pero esta vez para defensa de la frontera de Córdoba, que ya contaba con varios y con una dotación de milicias equivalente al Cuerpo de blandengues. Este impuesto que había sido propuesto por el Consejo de Justicia y Regimiento en la ciudad de Córdoba, en 1779, gravaba los productos de la tierra, los vinos y el hierro que fuesen transportados hacia la frontera del Sauce o Saladillo y de allí a Buenos Aires, a Cuyo, Tucumán o provincias del Perú. (63).

La frontera del Río de la Plata, en general, en opinión de Vértiz, no está, sin embargo, bien defendida, pues para su dilatada extensión -unas 155 leguas- no eran suficientes los fuertes y las guarniciones de blandengues. Tampoco guardaba buen concepto de las Compañías de blandengues:

"...compuesta cada una de Capitan y Alferez con treinta hombres, incluso Sargentos, Baqueanos o Guías, Cavos y Soldados, mandados por Paysanos que las conservaban en el mayor desgreño, sin que conociesen subordinación, tuviesen disciplina, gobierno interior, vestuario, ni mas armas que pequeñas desiguales Lanzas, y una ú otra arma de fuego de diversos Calibres y figuras..." (64).

Bajo su mandato Vértiz dio una nueva estructuración a los fuertes, reforzando al mismo tiempo la dotación de las Compañías que, desde entonces, contarían con un Capitán, un Teniente, un Alferez, cuatro Sargentos, 8 cabos, 2 baqueanos, un tambor, el capellán y 85 plazas de blandengues a los que se dotaría de uniforme y armas convenientes, como carabinas, espadas y pistolas. (65).

Por lo que se refiere concretamente a los fuertes que cubrían la frontera de Buenos Aires en 1788, nos ilustra, mejor que nada, el siguiente documento:

"Noticia de los Fuertes que cubren la frontera de Buenos Aires y leguas que distan uno de otro.- Frontera de Luján, 10 de junio de 1788.

Fuerte de San Juan Bautista de Chascomus.

Fuerte de Ntra. Sra. del Pilar de los Ranchos.....7

Fuerte de San Miguel del Monte.....14

Fortín de San Pedro de los Lobos..... 8

Fortín de San Lorenzo de Navarro..... 8

Fuerte de San José de Luján.....10

Fortín de San Antonio de Areco.....12

Fuerte de San Antonio del Salto.....12

Fuerte de San Francisco de Rojas.....11

Fortín de Nuestra Señora de Mercedes.....12

Fuerte de Nuestra Señora del Rosario de Melingue....13

"Nota: que de la costa del Mar al Fuerte de Chascomus, que es el primero de la frontera, hay la distancia de 32 leguas.

Otra: Del Fuerte de Melinque, que es el último de la frontera de Buenos Ayres, al fortín de Loreto, que es el primero de la jurisdicción de Cordova, hay 15 leguas.

Otra: Que los Fuertes del Pergamino y Esquina están separados de la Frontera, el primero 8 leguas, y el otro mas de 20.-

Frontera de Luján, 10 de junio de 1788.- Balcarce."
(66).

En varias ocasiones se intentó llevar a cabo un adelantamiento de las guardias, con el fin de evitar los continuos descalabros que venían sufriendo tanto las poblaciones cercanas a los fuertes como las mismas milicias, que experimentaban cuantiosas pérdidas de hombres, por falta, según los expertos, de una buena táctica defensiva, pero esto, aunque se adelantarán en algunos oáscs, sólo se quedó en proyectos. Así, en 1775 (20 de junio) hay noticia de un acuerdo del Cabildo sobre los diversos puntos de vista que aconsejaban adelantar las guardias. (67). Y en 1796 es el propio Félix de Azara quien hace una descripción del estado y situación de los puestos fronterizos. Azara insiste en el adelantamiento de la frontera, para, de este modo, dar mayor seguridad a los terrenos, a las estancias y, por ende, al comercio de la carne, los cueros y los frutos de abasto para las poblaciones. Expone sus ideas sobre el modo en que debían construirse los fuertes, los cuales -dice- habían sido realizados siguiendo las directrices de arquitectura militar del conocido

Vecuban, que suponían un gasto considerable, por estar compuestos de baluartes y flancos circundados de "estacada y foso", no siendo esto necesario para contener a unos indios cuyas armas eran las bolas y la lanza; aconseja que sería más conveniente construir unos fuertes "cuadrilongos de simple estacada", con lo que se ahorraría tiempo y dinero. (68). Sin embargo, Azara ponía mucho interés en renovar las tácticas de defensa de las Compañías de blandengues para evitar las numerosas pérdidas humanas (69) y, sobre todo, seguir fomentando la creación de poblaciones y la construcción de un nuevo fuerte en Choleechel. (70).

En la otra banda del Río de la Plata se hizo asimismo necesaria la creación de una línea defensiva, pero aquí se trataba de mantener la vigilancia con la frontera del Brasil y, sobre todo, evitar, en lo que fuera posible, el contrabando en aquella amplia zona. El Virrey Arredondo encargó, en 1790, a don Manuel Cipriano de Melo, un informe sobre los lugares más adecuados para el establecimiento de los puestos fronterizos y guardias. Esta aconsejaba que, además de las ya existentes, como Santa Teresa y San Miguel, las guardias deberían ser seis, a saber: la de Capaiu o Capayu, en la vertiente del río Cariqui; la segunda en el cerro de Batovi; la tercera en Santa Tecla; la cuarta en los Conventos, pasando a ella la de Gutiérrez; la quinta en Cerro Largo; y la sexta en el paso de Ramírez, pasando a ella la del Rey. (71). También se creyó conveniente tener una canoa armada en la Laguna Merin para efectuar la vigilancia de la posible entrada de contrabando por ese flanco. (72).

LA POBLACION: SU CARACTER MULTIPLE. POBLACION CIVIL,
MILITAR Y ECLESIASTICA. LOS CENSOS Y EMPADRONAMIENTOS.

Es el elemento blanco el predominante en la sociedad porteña, elemento que estará compuesto por los blancos "europeos o peninsulares" y los criollos, esto es, los hijos de españoles, pero nacidos ya en la tierra. El blanco español tendrá la supremacía sobre el resto de la población, en cuanto a escala social se refiere; por el sólo hecho de ser europeo se considera superior al resto de aquella compleja sociedad y así pretendía demostrarlo en todas sus actuaciones, en la manera de comportarse y hasta a la hora de despreciar cierta clase de trabajos, por encontrarlos viles o indignos de su rango social.

Frente a este orgullo del español-europeo se levanta el del criollo, hijo de la tierra, y una vez más, al igual que sucediera en otras provincias americanas, se produciría aquí el inevitable choque y enfrentamiento entre ambos, rivalidad que ya fue observada y denunciada por varios cronistas contemporáneos, como es el caso de Jorge Juan y Antonio de Ulloa en sus "Noticias Secretas de América". (73).

A finales del siglo XVI, un párroco criollo de los Andes, don Francisco Rodríguez Fernández, cuyo ideario fue sacado a luz por don Juan Pérez de Tudela, deja constancia de este antagonismo, haciendo ver lo absurdo del comportamiento de unos y otros:

"¡Con qué desprecio y aun cólera mira el noble europeo al caballero y al sujeto indiano; y este, con qué te-

dio, sobrecejo y aun horror mira a aquellos sin más ocasión que nacieron o no nacieron aquí! ¿Quieren conocer en breve -vamos con lo secular- lo bruto de esta pasión? Pues pregunten a aquéllos ¿cuyos hijos son estos? Y a estos ¿quienes fueron sus padres? Y hallarán que no los diferencia más que el suelo y a veces ni la propia sangre; pues estos son hijos de un deudo, de un hermano y tal vez del mismo padre de aquellos, que casó segunda vez acá y aquellos son sus deudos, son sus hermanos o sus mismos padres, pues los más que pasan acá se quedan casados con las señoras indianas y estos y todos tenemos en las Españas nuestro origen". (74).

En 1755 -señala Corona Baratech- el Gobernador Cevallos informa a la Corte de la rivalidad entre los dos bandos. (75). Pero criollos y españoles tenían en común su desprecio por todo tipo de trabajo, al considerarlo impropio de su condición y lo dejaban en manos de criados y esclavos. Por ello, al decir de Félix de Azara, los jóvenes preferían hacerse frailes, curas y abogados, y algunas veces comerciantes, aunque esta última profesión también la consideraban como muy "penosa". (76).

El criollismo en el Río de la Plata y especialmente en la capital tendría, sin embargo, una raigambre más acusada que en otros lugares, dando lugar, con el tiempo, a que nacieran con él los sentimientos de independencia, llegándose incluso a distinguir con el término criollo todo aquello que reflejaba la propia identidad del pueblo argentino.

Por lo que se refiere al elemento indio puro no tendría gran peso específico en la composición social, porque los grupos indígenas que ocupaban las inmediaciones de la ju-

jurisdicción de Buenos Aires fueron hostiles a la población blanca durante mucho tiempo, siendo difícil su apaciguamiento, por lo que su integración dentro de la sociedad fue más lenta que en otras provincias. El elemento indio era, pues, escaso en la población y, por lógica, lo fue también el mestizaje, que tendría mayor importancia en el Paraguay, Charcas, o la Paz. Aparte de las reducciones de indios Mocovis y las de las zonas del Baradero y Quilines, fue muy escaso su número, por lo que se hizo necesaria la importación de mano de obra negra.

La guerra con el indio fue continua durante toda la época colonial del Río de la Plata. Ya nos hemos ocupado anteriormente de cómo la defensa de la población blanca, tanto de la capital como de las haciendas y estancias dispersas por la campaña, obligó a las autoridades a llevar a cabo una política defensiva cuyo principal objetivo fue la construcción de fortificaciones y la creación de una milicia permanente.

En la jurisdicción de Buenos Aires se padecían los asaltos de los indios Serranos y Pampas. Los Pampas, según la descripción que nos proporciona Millau, vivían en las extensas llanuras dedicados al robo y al pillaje en los caminos que enlazaban Buenos Aires con Chile y Tucumán, acampando cerca del río Colorado y en las serranías del sur de Mendoza. De los Serranos nos dice que tienen sus refugios en unos corrales de piedra en las sierras del Tandil y Volcán, a 80 leguas al sur de Buenos Aires. Además existían entre los ríos Colorado y Sauces otras tribus como los Tehuelches, los Checheets y los Iluilliches; y los que habitaban en las faldas de la cordillera de Chile: los Aucaes,

Puelches y Peguenches. (77).

A lo largo del siglo se observa también el inicio de un comercio de ciertos núcleos indios que se acercaban a las grandes poblaciones con objeto de vender pieles, riendas, plumas, etc. Vértiz menciona algunos pueblos de Aucaes y Tehuelches que en los últimos años parecían estar más inclinados a un comercio pacífico; sin embargo, hacía constar también cómo se mantenían las hostilidades y robos de los Peguenches y los Raucacheles que, unidos a otros grupos dispersos por la frontera de Buenos Aires, suponían un continuo peligro para los habitantes de estos territorios. (78). Con el tiempo se iría logrando la amistad de estos pueblos, no sin dificultad y sin excluir las peligrosas expediciones, como la famosa de Matorras. (79).

En 1795, el Virrey Arredondo nos habla de la pacificación de ciertos indios de la Pampa que frecuentaban ya la capital para efectuar sus intercambios:

"...traen y venden sus pieles adobadas, algunas Gergas, Ponchos, Pellones, Riendas, Lazos, y otras menores manufacturas, llevándose en cambio avalorios, aguardiente, y aquellas otras cosas que son del particular gusto de esta casta de gentes, a quienes ya no desagrada tanto el comunicar con nosotros amistosamente en terminos, que por todo el tiempo de mi mando nada hemos tenido de insultos, ni de robos por parte de ellos". (80).

También decía Arredondo que, por lo que respecta al territorio de Mendoza, se había logrado la amistad de los Peguenches y de los Ranquelches, a quienes se había dirigido una expedición por el capitán de Fragata don Fernando de la Sota, lográndose también la pacificación de los Pampas con

la intervención del maestro de campo don Francisco Amigorena. (81).

Todo esto hizo que la mezcla de sangre blanca e india no fuera muy importante, como tampoco el número de indios existentes en Buenos Aires a lo largo del XVIII. Así, por ejemplo, en los censos realizados en 1738 y 1744, la cifra de indios puros en la ciudad era de 14 y 188, respectivamente, cifra que aumentó, aunque no mucho, en la segunda mitad del siglo, contando en 1778 con 524 indios. (82).

Mayor incidencia, en el aspecto demográfico, dentro de la sociedad bonaerense, tendría la raza negra, cuyo número aumenta a partir de principios de siglo, cuando la Real Compañía francesa de Guinea, desde 1702, comienza a introducir en las regiones del Plata esclavos negros. Este lucrativo negocio pasó a manos inglesas en 1713, por virtud del tratado de Utrecht, hasta 1744, consiguiendo así Inglaterra el privilegio del Real Asiento a través de la South Sea Company, encargada de realizar el tráfico de negros en el Río de la Plata, negocio tras el que se escondía un poderoso contrabando y ocasión más que favorable para permitir a los barcos ingleses un completo y exacto reconocimiento de todas aquellas costas, con el fin de ir minando el poder español en Indias, tanto en lo político como en lo comercial.

La introducción de negros en el Río de la Plata tuvo algunas prohibiciones -en 1718 y 1727-, siendo suprimida en 1744. Sin embargo, como afirma Elena Studer, tras la extinción de la Compañía inglesa de tráfico negrero, éste no cesó, sino que fue en aumento hasta 1791, pasando a manos de traficantes particulares, hasta la fecha de 9 de abril de 1812 en que el comercio negrero fue suprimido por el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. (83).

El incremento de la población negra se hizo patente, pues, en el siglo XVIII, aunque en ocasiones se vio mermada por las epidemias, especialmente la viruela y el tabardillo. La mano de obra negra tuvo innegable influencia en la activación económica del Río de la Plata y concretamente en Buenos Aires, pues ejerció todos aquellos oficios despreciados por el resto de la población, aunque tan necesarios para el normal desenvolvimiento de una comunidad. El esclavo negro realizó multitud de trabajos, desde las faenas del campo hasta vendedor ambulante (panadero, aguatero, pastelero), ya que es bien sabido que muchos amos empleaban a sus esclavos en la venta ambulante, los cuales mantenían a aquéllos con el producto de su trabajo.

No obstante, son varias las opiniones que han coincidido en señalar cómo en el Río de la Plata y, por supuesto, en Buenos Aires, el negro era instruido en los principios religiosos y morales de la fe católica, y recibía un trato preferencial y más humano que en otras provincias americanas y, desde luego, mucho más que en Brasil. Así lo afirma uno de los viajeros ingleses que pasaron por estos territorios en el XVIII, Alejandro Gillespie, quien aseguraba haber observado en ellos un excelente trato para con los negros.⁽⁸⁴⁾ Por su parte, Corona Baratech se refiere a un acta del Cabildo de 1779, relativa a una petición para que la ley protegiera a los esclavos ancianos y enfermos abandonados por sus amos, petición que fue atendida por el Cabildo, el cual dispuso que todo amo tenía la obligación de recoger y mantener a sus esclavos cuando llegaban a la ancianidad, siendo castigado su incumplimiento con severas penas. (85).

Las tres razas, blanca, negra e india, integraron la so-

ciudad porteña, y la fusión entre ellas daría lugar a una amplia y rica variedad de castas, al igual que sucedía en los demás reinos de Indias. Esta mezcla supone pensar en una falta de prejuicios raciales, aunque verdaderamente hay que decir que los frutos de ella en muy escasas ocasiones fueron el resultado de una unión legal.

No obstante, la separación de castas existió, y de una manera profunda y radical, como lo demuestra cualquiera de las disposiciones emanadas de la autoridad, en las que se ve obligada a establecer diferencias entre el español o el mestizo, indio, mulato o negro, diferencias que se daban incluso a la hora de imponer sanciones por cualquier desacato a las ordenanzas públicas. Otro ejemplo lo encontramos en el mismo Colegio de Huérfanas, donde las alumnas de raza blanca estarían separadas de las de color, llevando uniformes distintos, y con discriminación también en el refectorio, habitaciones, etc. Ahora bien, todo ello reflejaba la influencia de unos condicionamientos sociales que afectaban más a la forma que al fondo, pues en este mismo caso del Colegio de Huérfanas, las propias normas de la institución establecían que las que no fueran blancas serían tratadas "sin que parezcan esclavas y recibiendo la misma educación que las españolas". (86).

En el aspecto externo, sin embargo, se tenía muy en cuenta la diferencia, como lo demuestran las actas del Cabildo de 1750, en las que se hablaba de la forma en que deberían ir vestidos los mulatos, indios y mestizos, sin usar tejidos de seda, adornos de plata, perlas, etc.

Otro extremo a considerar en el análisis de las particu-

laridades de la población, tanto en Buenos Aires como, en general, en todo el Río de la Plata, es el referente a si existió o no un grupo social aristocrático o nobiliario, de clase. Sobre este particular son varios los autores que se han pronunciado. Juan Agustín García afirma que, desde la época de la fundación, existió una aristocracia que, aunque sin títulos nobiliarios, gozaba de los rasgos propios de ésta, "prejuicios de sangre, religión y raza". (87). En este mismo sentido se manifiestan José Torre Revello (88) y Carlos Corona Baratech, quien sostiene la existencia de una aristocracia colonial formada por los descendientes de aquellos primeros hidalgos fundadores. A esta aristocracia sin títulos -sigue diciendo- hay que añadir una clase media, integrada especialmente por los criollos, y después el tercer grupo en el que se incluían los indios, mestizos, mulatos y negros. (89).

En esta composición de la sociedad porteña, en el siglo XVIII, encontramos los tres estamentos característicos: población civil, militar y eclesiástica. La población civil comprendía, a su vez, una serie de grupos bien definidos, encabezando la clasificación las dos clases predominantes y características de dicha época: los hacendados y estancieros y los mercaderes o comerciantes. Los estancieros (antiguos hacioneros) van a tener un importante desarrollo en este siglo, por el hecho de que la estancia, como tal, tendría una mayor difusión ya a finales del siglo XVII. Este progreso de las grandes estancias fue motivado por una serie de circunstancias muy particulares, como, por ejemplo, el grave perjuicio para con el ganado, a que había conducido el negocio (a veces ilegal) de la corambre en los últimos tiempos.

Ello motivó la necesidad de buscar soluciones que evitaran tanto desastre en la producción ganadera, pues sabido es que, la mayoría de las veces, la matanza del ganado se hacía exclusivamente para el aprovechamiento del cuero, desechando el resto del animal, sistema anárquico que desembocaría en una alarmante disminución de la riqueza ganadera cimarrona. Fue preciso conservar y fomentar la cría del ganado en estancias, donde se ordenaría el negocio de forma más racional para evitar su extinción.

Junto a la figura del estanciero aparece otro grupo predominante, el de los comerciantes, núcleo de individuos dedicados a traficar con los principales productos de la tierra, vino, aguardientes, pero muy especialmente con los derivados de la producción ganadera: cueros, sebo, grasa, crines, etc. El incremento comercial a principios del siglo XVIII, debido, en parte, a las permisiones que, aunque esporádicas, concedió la Corona, hasta la creación del libre comercio en 1777, y en parte por el auge del comercio ilegal del contrabando, dio como resultado el enriquecimiento de estos comerciantes, muchos de los cuales constituyeron una clase de gran fuerza y preponderancia tanto en lo social como en lo económico.

Después de estos dos grupos de mayor poder e influencia se encuentra el resto de la población civil integrada por funcionarios de clase media, pequeños comerciantes, pulperos, y toda clase de oficios artesanos o mecánicos, dentro de los cuales había que incluir a una gran parte de criados o esclavos negros, cuya mano de obra era utilizada, como ya hemos dicho, en variedad de menesteres, desde la labranza de los campos hasta la venta ambulante, pasteleros, aguateros y también los pregoneros, etc.

A este gran grupo pertenece, asimismo, la población rural de la campaña bonaerense, cuya especial dedicación eran las faenas agrícolas y ganaderas, importante elemento humano de características humildes, bien dueños de pequeñas propiedades, chacras, etc., o bien integrados como mano de obra en las grandes estancias de los hacendados. Y un conjunto de características muy particulares sería el de los llamados mozos perdidos o "arrimados", antecedente de la figura del gaucho o gauderio que empieza a cobrar importancia a finales del siglo XVII, para luego erigirse en el XIX como símbolo rebelde e independiente del sentimiento argentino.

El gaucho tuvo gran influencia en el progreso de las estancias pues, como afirma Puigros, al organizarse, gran parte de los mozos perdidos abandonaron su antigua ocupación en el contrabando de cueros, trabajando en aquéllas "bajo la ley del patrón" y contribuyendo a su desarrollo.(90).

El segundo estamento estaba integrado por la clase militar, cuya misión era la de atender y cubrir la dotación de la plaza, pero también ocurrir a cualquier eventualidad que pudiera surgir en los diversos puntos de la línea fronteriza, especialmente con los frecuentes choques que a lo largo del siglo se produjeron con los portugueses. Asimismo atendía a otros servicios, bien en las misiones jesuitas o en la defensa, refuerzo y ayuda a otras plazas, como Montevideo, etc.

La importancia que para la Corona iba cobrando la plaza de Buenos Aires se irá haciendo cada vez más patente, sobre todo por la necesidad del Gobierno español de hacer frente a todos los intentos de portugueses, ingleses, holandeses, etc., de ir mermando el poder español en estos

dominios y romper la estabilidad de la zona. Se hizo preciso, pues, el aumento de la plantilla en la dotación del ejército y, más adelante, concretamente los Virreyes Vértiz y Arredondo, nos dan noticia de las reformas introducidas en este aspecto.

En 1717, una Real Cédula anunciaba al Gobernador de Buenos Aires la partida en los navíos de registro de 295 hombres para aumentar la dotación militar, incluyéndose, según se decía, "diez y nueve plazas de diferentes oficiales reformados", integradas por tres capitanes, cuatro tenientes, un subteniente y seis sargentos para el Cuerpo de Infantería, y un capitán, un teniente y dos sargentos para Caballería, cuyos sueldos se especificaban en la siguiente forma: 30 escudos (al mes) para cada capitán de Infantería, 15 escudos para cada teniente y 6 para cada sargento; y los de Caballería recibirían al mes 40 escudos cada capitán, 20 escudos los tenientes y 8 escudos los sargentos. (91).

Vértiz, en su relación de Gobierno, dice que la Corte envió a estos territorios refuerzos que, en ocasiones, fueron unidades fijas como el batallón de Saboya y un escuadrón de dragones. (92). Y que la dotación en la Provincia del Río de la Plata se componía de dos Regimientos de Infantería, uno de Dragones, dos Compañías de Artillería de 100 hombres, 18 sargentos, 36 cabos, 4 tambores y 2 pífanos de asambleas, sumando en total 2.153 plazas. (93)

Estas tropas, sigue diciendo Vértiz, se hallaban en un desorden total, el soldado era "pervertido de costumbres", no conocía la subordinación, y rara vez aparecía en los cuarteles para otra cosa que no fuera dormir. Con su inter-

vención -afirma- se fueron eliminando estos vicios y se volvieron a establecer las normas que regulaban las Ordenanzas militares. (94).

Posteriormente Vértiz reestructuraría el ejército, al mismo tiempo que propuso un Reglamento de sueldos para la tropa que fue aprobado por Real Orden de 2 de junio de 1780 (95).

Además de estas tropas existían las milicias integradas por voluntarios y extranjeros, cuya principal misión era la vigilancia de los puestos fronterizos con los indios, así como otros servicios de rondas, patrullas, etc.

En 1795, el Virrey Arredondo, también en su relación de Gobierno, se refiere a los nuevos planes que para las milicias se habían realizado en la provincia de Buenos Aires. Y en cuanto a la dotación del ejército en la capital, era la siguiente: La infantería se componía de un regimiento de dos batallones que suponía 882 plazas; una Compañía de Artillería integrada por 76 hombres, y dos Compañías de Maestranza, de negros y mulatos, integradas por 100 hombres. La Caballería estaba compuesta por un regimiento de Dragones y escuadrones de 516 hombres, una Compañía de Blandengues Provinciales, formada por 80 hombres, y 6 Compañías sueltas urbanas que contaban con 300 hombres. (96).

En orden a las necesidades para la instrucción militar, transcribimos a continuación el siguiente cuadro que insertaba Arredondo en su citada relación de Gobierno:

"Cuerpos	En la Capital	Pesos recbs. al mes
Un Regimiento de Infantería	Un Coronel	
	Teniente Coronel	
	Un sargento maior veterinario	085
	Dos ayudantes maio- res veterinarios a	
	45 pesos	090

7 sargentos veteranos a 14.	098	
2 Ayudantes de milicias		
14 Cавos Veteranos a 10 pesos	140	Total
1 Tambor maior que lo será de enseñanza.	014	427
1 Capellán		
1 Zirujano		
2 Cавos y 12 gastadores		
4 pifanos.		

	Un Coronel		
	Un Teniente Coronel		
	Un sargento maior	115	
	2 Ayudantes maiores a 55.	110	
Regimien- to de dra- gones.	2 Ayudantes de Milicias		
	6 Sargentos Veteranos a 18 pesos.	108	468
	12 Cавos Veteranos a 10 pesos,	120	
	Un Tambor maior para la instruccion.	019	
	Un Capellán.		
	Un Zirujano "		

Del estamento eclesiástico hay que decir que tenía gran influencia en el conjunto social de Buenos Aires. La Iglesia tenía peso indudable en muchas de las decisiones que se adoptaban en la ciudad, y los obispos mantuvieron un estrecho control en todos aquellos asuntos que, a su modo de ver, atacaran a la fe y a la doctrina cristiana, lo que dio lugar, en ocasiones, a algunas polémicas entre las autoridades civiles y eclesiásticas, como ocurrió, por mencionar sólo un ejemplo, con la oposición de cierta parte del clero, durante el mandato de Vértiz, a las representaciones teatrales.

El Distrito del Río de la Plata contaba con seis Igle-

sias Catedrales : la de la Paz, la Metropolitana de Charcas, Santa Cruz de la Sierra, la del Tucumán, Paraguay y Buenos Aires. En esta última y ya en el siglo XVIII se contaba con 5 parroquias: San Nicolás, la Concepción, Monserrat, la Piedad y el Socorro.

Por lo que se refiere a las rentas eclesiásticas, Vértiz, en su relación de gobierno, señala que por Real Cédula de 29 de junio de 1775 se ordenaba que, según las disposiciones de Indias, el reparto y distribución de diezmos se hiciese por cuartas partes y no por terceras. (98). Por otra Real Cédula de 30 de junio de 1774 se ordenaba la instauración en aquella ciudad del Seminario conciliar, como debía erigirse en todas las Catedrales en relación con sus rentas. (99).

No obstante, el sector eclesiástico y, en general, la iglesias de la ciudad, también atravesarían etapas económicamente difíciles; prueba de ello es los años que tardó en construirse la nueva iglesia catedral.

El clero regular estaba integrado por las siguientes órdenes religiosas: franciscanos, dominicos, mercedarios, recoletos, jesuitas y la orden hospitalaria de los betlemitas, muy conocida en otras provincias americanas por su labor en pro de la beneficencia y servicio de hospitales y que hará su aparición en la ciudad a mediados del siglo XVIII, tomando parte importante en la reestructuración del hospital de Buenos Aires.

Vértiz afirmaba, refiriéndose al clero bonaerense, ser de "los más ajustados", aunque, en ocasiones, existiesen momentos de pugna : "he tenido que contener -dice- en los Religiosos Franciscanos la indiscreta libertad ó las expresiones poco meditadas con que han declamado en los Pulpitos

en odio de las Providencias del Gobierno, sin penetrar su verdadero espíritu y necesarios fines a que propendían". (100).

En Virrey Arredondo, en 1795, manifestaba su conformidad con el clero secular y regular de Buenos Aires, que mantenía a toda costa la pureza de la fe frente a la "nueva alagüeña y engañadora filosofía" y no le regateaba su elogio "por la larga experiencia que se tiene de su virtuosa y exemplar conducta". (101).

A algunas de las comunidades religiosas se debe la formación y educación de la juventud, así como su preparación superior en materias de teología, filosofía y gramática, destacándose principalmente el Colegio Jesuítico. (102).

En el siglo XVIII Buenos Aires empieza a contar con comunidades religiosas femeninas, como la de las monjas Capuchinas y las Catalinas, y el establecimiento del Colegio de San Miguel, para huérfanas, que llevó a cabo una interesante misión educativa no sólo en cuanto a las niñas allí recogidas, sino de las alumnas que acudían a dicho centro enviadas por sus padres, debido a la fama y prestigio que logró alcanzar.

La instrucción de la mujer, antes del siglo XVIII, tampoco estuvo desatendida, pues las niñas acudían en reducidos grupos a casas particulares regentadas por mujeres de conducta ejemplar, muchas de ellas retiradas en sus propios domicilios, alejadas de la vida de relación, formando especies de beaterios a falta de conventos religiosos, y en los que la juventud femenina recibía enseñanzas, no sólo en lo concerniente a "labores propias de su condición" -coser, bordar, hilar, etc.- sino también en otras materias culturales y, por supuesto, en leer y escribir. Dos mujeres que dieron

gran impulso a la educación femenina fueron Doña Juana Saavedra, en el siglo XVII, y Doña María Antonia de la Paz y Figueroa, quien intentó establecer, alrededor de 1780, conventos de religiosas con aquel fin. (103).

En la segunda mitad del siglo (1778), la población eclesiástica, según refleja Agustín García, era la siguiente: Convento de Santo Domingo (entre sacerdotes, coristas, legos, etc.) 79; Convento de San Francisco, 106; Recoletos, 43; Colegio de la Compañía, 33; Mercedarios, 113; y Betlemitas, 103. Total: 477.

En el Cabildo eclesiástico, clérigos y curas, el reparto era el siguiente: 4 dignidades, 2 canónigos, un sacristán mayor, 8 sacerdotes de campaña, un sochantre organista, 8 curas de ciudad y 4 clérigos. (104).

En 1780 Tadeo Haenke nos da la cifra de 485 religiosos y 211 religiosas en la ciudad. (105).

--

Los censos, empadronamiento.

En el siglo XVIII se fueron haciendo más frecuentes las órdenes que regulaban el periódico empadronamiento de los habitantes de Buenos Aires. Junto a estos censos existen los datos de cuantos viajeros nos dejaron su testimonio como, por ejemplo, Concolorcorvo, el francés Bouganville, Parras, Félix de Azara, etc.

Las cifras de población sufrieron, durante el siglo XVIII, una serie de fluctuaciones originadas por diversas causas. En primer lugar, hay que hacer notar que, debido a la ex-

pansión económica, a la inmigración y al propio crecimiento vegetativo, se observa un considerable aumento demográfico que hace suponer la importancia que para la ciudad tuvieron también ciertos factores de tipo político como la creación del Virreinato y la conversión de Buenos Aires en su capital. Sin embargo, esta expansión demográfica vendrá mermada por períodos nefastos con un alto índice de mortalidad ocasionada por las terribles epidemias, especialmente de viruelas y tabardillo, que sufrió la ciudad ya en el siglo XVII y re-producidas, en muchas ocasiones, en el XVIII. Estas epidemias diezmaron la población, siendo la raza negra una de las más afectadas, sobre todo por la viruela, que hizo verdaderos estragos. Las epidemias que produjeron mayor número de víctimas fueron las de 1709, 1717 y 1718. Las actas del Cabildo dejan constancia de ello, refiriéndose a una gran mortandad, en la que influyeron poderosamente la falta de medios, medicinas y la miseria en que se hallaban ciertos sectores de la población. (106). Pero las epidemias vuelven a aparecer en 1720, 1728, 1734, 1742, 1748 y, con gran virulencia, en 1780, 1789 y 1794. (107).

Los censos realizados durante el siglo XVIII son, como afirma Ravignani, verdaderos empadronamientos de la ciudad, en los que consta cada uno de los miembros integrantes de la familia, su trabajo u ocupación y la edad de los censados.

En 1726 -siguiendo también a Emilio Ravignani- se practicó, bajo el mandato del Gobernador don Bruno Mauricio de Zabala, el primer censo conocido, pero referente sólo a la campaña de Buenos Aires. Después se realizaron otros empadronamientos, a instancias del Cabildo, en años sucesivos, tanto de la campaña como de la ciudad. Vamos a transcribir a continuación los resúmenes en cifras, obtenidos por aquel autor, de los censos de 1726, para la campaña, y de 1738, 1744 y 1778 relativos a la ciudad.

Campaña de Buenos Aires - 1726

Población por sexos				Castas				
Hombres.	Mujeres.	Sin espe- cificar.	Total	Indios.	Mula- tos.	Negros.	Mesti- zos.	Pardos
1.604	802	132	2.538	75	29	94	78	54

Estado civil

Casados			Viudos	
Viven juntos.	Hombres sin mujer.	Mujeres sin marido.	Hombres	Mujeres
156	11	2	19	36

Condiciones de trabajo		Propiedades		
Asalariados	Esclavos	Chacras	Estancias	Casas
39	89	61	138	38

Ciudad de Buenos Aires - 1738

Población por sexos				Castas					
Hombres.	Muje- res.	Sin es- pecifi- car.	Total.	Mulatos.	Par- dos	In- dios.	Ne- gros.	Mes- tizos.	Escla- vos.
1.818	1.218	1.400	4.436	33	70	14	12	16	310

Estado civil

Casados			Viudos	
Viven juntos.	Hombres sin mujer.	Mujeres sin marido.	Viudos	Viudas
1.376	25	13	34	135

Propiedades

Casas propias.	Casas al- quiladas.	Ranchos propios.	Ranchos al- quilados.	Cuartos propios	Cuartos al- quilados.
877	187	83	9	42	229

Ciudad de Buenos Aires - 1744

Población por sexos				Castas				
Hombres.	Muje- res.	Sin espe- cificar.	Total.	Indios.	Mula- tos.	Negros.	Mesti- zos.	Pardos
4.003	3.577	2.476	10.056	188	330	1.150	99	221

Estado civil

<u>Casados que viven juntos</u>	<u>Viudos</u>	<u>Viudas</u>
2.035	37	235

Ciudad de Buenos Aires - 1778

Población por sexos				Castas			
Hombres	Mujeres	Total	Indios.	Mestizos.	Negros.	Mulatos.	Pardos
11.758	12.325	24.083	524	627	3.837	2.997	1

Estado civil

<u>Casados que viven juntos</u>	<u>Viudos</u>	<u>Viudas</u>
6.547	253	1.086

También damos a continuación las cifras proporcionadas
por Concolorcorvo en 1770:

Hombres.....	3.639
Mujeres.....	4.508
Niños y niñas.....	3.985
Oficiales, soldados, clérigos, monjas, presidarios, indios y mulatos.....	5.712
Esclavos negros y mulatos.....	<u>4.163</u>
Total.....	22.007
=====	

(109).

& &
&

ORGANOS ADMINISTRATIVOS. EL CABILDO. LA ERECCION
DE LA AUDIENCIA. EL CONSULADO.

Fue el Cabildo en Buenos Aires una de las instituciones de mayor significado en la vida y desarrollo de la ciudad, órgano representativo de sus intereses y mediador entre la autoridad gubernativa y las necesidades de la urbe. A lo largo del siglo XVIII, su actuación, acertada o no, según las ocasiones, tuvo mucha importancia en los momentos más decisivos de aquélla. Como decimos en otro lugar, la institución del Cabildo en Indias se inspira claramente en los municipios peninsulares. La fundación de nuevas ciudades lleva consigo la necesidad de dotarlas de órganos de los que dimanase el poder judicial, político y administrativo, capaz de regir la vida entera de la comunidad.

Los Cabildos traen causa, pues, de los modelos ya conocidos en la metrópoli y, por lo que se refiere a Argentina, también de los modelos peruanos. El Cabildo está integrado por un número de concreto de funcionarios, de entre los que cabe destacar, como principales, a los Alcaldes y Regidores, cuya regulación se encuentra en la Novísima Recopilación. La Ley I, libro IV, Tomo X, ordenaba

que en ninguna ciudad o villa pudieran existir más de dos Alcaldes ordinarios, y por la Ley II, libro IV, Título X, se establecía, a su vez, que el número de Regidores debía ser de doce en las ciudades grandes y seis en las menores.

La función judicial en los asuntos civiles y en las causas criminales corría a cargo de los Alcaldes de primero y segundo voto, podían presidir el Cabildo en ausencia del Gobernador, debían ser vecinos de la ciudad y no podían ser reelegidos en los mismos oficios hasta después de dos años. (110).

La administración de la ciudad la ejercían los Regidores que, como hemos visto, eran doce en las grandes urbes (número ya alcanzado en Buenos Aires en 1715) y seis en las más pequeñas. Su cargo fue también de carácter electivo, pero con el tiempo, y por efecto de las dificultades económicas, se estipuló que dichos cargos se convirtieran en oficios vendibles. (111). Esto fue una realidad, como afirma Constantino Bayle, a partir de la Real Cédula de Felipe II, de 1 de noviembre de 1591, en la que se hace expresa referencia a la penuria por la que atravesaba la Hacienda, por lo que se permitió la venta de ciertos oficios. (112). Tales medidas se pusieron en práctica en Buenos Aires por una Real Cédula en 1605. No obstante, a partir de 1694 y debido a la escasez de medios económicos en Buenos Aires, los oficios de regidores y otros habían disminuido, quizá porque nadie los podía comprar, y por ello en 28 de febrero de 1695 se recibe una Real Cédula concediendo al Cabildo bonaerense la facultad de elegir seis cargos de regidores, (113), volviéndose a confirmar tal decisión en otra Real Cédula de 7 de diciembre de 1708 (114).

El sistema de venta de oficios se reanuda en la ciu-

dad en 1712, aunque durante 1715 y 1718 el Cabildo seguía disfrutando la prerrogativa de elegir funcionarios. Más tarde, en 1749, el Cabildo eligió seis individuos para ejercer los cargos de Regidores, pero éstos renunciaron, y hubo que volver a sacar a subasta, mediante pregón, la plazas vacantes, plazas que, si no obtenían postor, debían ser ocupadas, según ordenaba la Real Cédula de 20 de febrero de 1752, por seis individuos que anualmente eligiera el Cabildo. (115).

Como hemos dicho, los Regidores se ocupaban de todas las cuestiones administración local: urbanismo, cumplimiento de las ordenanzas, policía de la ciudad, abastos, etc. Junto a estos cargos existía un complejo grupo de funcionarios, entre los que se encontraban el Alférez Real y el Alguacil Mayor. El primero era el portador del estandarte real, por lo que fue considerado un cargo de elevado rango honorífico, y se convirtió en oficio vendible en el siglo XVII. El Alguacil Mayor sería el ejecutor de las resoluciones sobre justicia y orden públicos emanadas de los Alcaldes ordinarios, para lo cual podía valerse de otros alguaciles menores que nombraría con este fin.

Al fiel ejecutor o almotacén le estaban encomendados los asuntos relacionados con abastos y avituallamiento de la ciudad, vigilancia de los corrales donde se sacrificaba el ganado, vigilancia de pesas y medidas, pulperías, panaderías, etc. Cada primero de año tenía la obligación de controlar los sistemas de pesas y medidas en las tiendas, con el fin de evitar los fraudes.

La vigilancia y policía de los entornos y despoblados

estaba al cuidado del Alcalde de la Santa Hermandad, cuya creación data de 27 de mayo de 1631.

Con el tiempo se hizo necesaria la creación de nuevos cargos para atender las demandas exigidas por una población en aumento. Así nació el Procurador del Cabildo, intercesor o representante de éste ante las autoridades: Gobernadores, Virreyes, o bien ante la Audiencia, actuando como abogado en todos los pleitos de la ciudad.

El Defensor de menores y juez, era el representante legal en los asuntos relacionados con los huérfanos, tutelados, etc.

El Defensor de Pobres sería el encargado de atender en los asuntos civiles y causas criminales a los indigentes. Citaremos también al escribano del Cabildo, el tenedor de bienes de difuntos, el juez de indios, el mayordomo de la ciudad, los mayordomos de la Iglesia y el Hospital, los Alcaldes de Barrio, de creación tardía y que responden a la expansión de la urbe, y una serie de funcionarios de menor rango pero también necesarios, como el portero, los maceiros, el pregonero, el alarife, el almotacén y el relojero. Y hasta el verdugo. (116).

En Buenos Aires el Cabildo desarrolló una labor de gran transcendencia para la ciudad. Sirvió, asimismo, de control en las actuaciones, primero, de los Gobernadores y, después, de los Virreyes. Las reuniones, como ya señalábamos, se hicieron, en principio, en casas particulares, por falta de edificio donde asentarse, hasta su definitiva erección.

La elección de los oficios de mayor rango había de re-

caer en personas de probada honradez y^qu^{is} tuviesen oficios viles, debiendo después el Gobernador ratificar su elección. Por lo que se refiere a los oficios vendibles hay que decir que en Buenos Aires, como afirma Zorraquin Becu, existe una inclinación, en el siglo XVIII, de los comerciantes a hacerse con dichos cargos, mientras se observa una alejamiento por parte de los propietarios de tierras y hacendados. (117).

Pero el siglo XVIII significará para Buenos Aires una época de esplendor en la que conseguirá cambios sustanciales que quedan reflejados en su propia estructura administrativa y de gobierno. El principal hecho a que nos estamos refiriendo será, sin duda, la conversión de aquellos territorios en Virreinato, en el año 1776. Buenos Aires sería su capital y su centro neurálgico. Tras la creación del Virreinato empiezan a obtenerse diversas prerrogativas y concesiones que culminarán en 1778 con el comercio libre, creándose, con Vértiz, la aduana y el Tribunal de Cuentas

Posteriormente se obtuvo lo que Lynch denominó la "culminación de la política de integración jurisdiccional y administrativa". (118). Nos referimos a la creación de las Intendencias en 1782, dividiéndose el Virreinato en estas ocho: Paraguay, La Plata, La Paz, Cochabamba, Potosí, Córdoba, Salta y el Río de la Plata con la Intendencia de Buenos Aires. De su creación nos deja constancia el propio Virrey Vértiz, quien se felicitaba de que hubiese sido una de las innovaciones más eficaces que el Rey había resuelto establecer en estos territorios, por reducir a ocho las numerosas provincias del Virreinato, nombrando en cada una de ellas un Intendente en quien iría unido el mando militar,

político, de Justicia y de Real Hacienda, bajo cuya autoridad y la de los subdelegados elegidos para cada uno de los nuevos Partidos pudiera reestructurarse la administración y gobierno de aquellas antiguas provincias, todo ello encaminado a conseguir "la más recta administración de Justicia y á franquear los mas pronto auxilios de todos sus havitantes para hacerlos felices, laboriosos, utiles y buenos Ciudadanos." (119).

La creación de la Intendencia tuvo especial importancia para Buenos Aires, pues estimularía las funciones del Cabildo, y sus resultados plasmaron en una mayor atención a los problemas que la ciudad planteaba, tanto urbanos como de orden y policía.

No terminará el siglo sin que se produzcan dos acontecimientos de marcado interés: la creación de la segunda Audiencia de Buenos Aires por Real Cédula de 25 de julio de 1782, y la creación del Consulado en 1794. (120).

La Audiencia, cuyo principal promotor fue don Pedro de Cevallos, constituía el supremo órgano administrativo, judicial y consultivo, que controlaba, asimismo, las actuaciones de Gobernadores y Virreyes. Una Real Cédula de 14 de abril de 1783, dirigida al Virrey de Buenos Aires, establecía la forma en que había de funcionar la Audiencia, establecida en la capital para su distrito y también para las provincias de Paraguay, Tucumán y Cuyo. Desde su instauración cesarían los oficios de Protector de Indios, Defensor de la Real Hacienda, Alguacil Mayor y Auditor de Guerra. La Audiencia la for-

maban el Virrey como presidente, aunque sin voto, un Regente, cuatro oidores y un fiscal. Este último hacía las veces, a partir de entonces, de Protector de Indios. (121).

Esta Real Cédula fija que los sueldos a cobrar serían de 6.000 pesos anuales para el Regente, 4.000 para cada uno de los oidores y lo mismo el Fiscal. Para la provisión de plazas, por la primera vez, dos de ellas se harían entre los Ministros de la Audiencia de Lima, otra en la de Charcas y otra en Chile. (122).

Junto a estos oficios, la Audiencia contaría con dos Agentes fiscales, dos relatores y dos escribanos de Cámara (de estos últimos se dice que su sueldo fuera de 500 pesos y sus oficios vendibles y renunciables), un capellán, un chanciller y registrador, dos receptores, cuatro procuradores, un tasador y un repartidor, todos ellos también como oficios sin sueldo, vendibles y renunciables, a más de abogados, Procurador de Pobres, dos porteros y un barrendero. (123).

El Consulado era un órgano que abarcaba todo lo concerniente a la administración y jurisdicción comercial, cuya creación tuvo lugar en 1794, extendiendo su competencia a los puertos de Montevideo y Buenos Aires, aparte de los fluviales de Santa Fe, Corrientes y Asunción del Paraguay. La institución del Consulado nacerá de la imperiosa necesidad de controlar el tráfico comercial, que se ve incrementado a raíz del reglamento de libre comercio de 1778.

La función del Consulado tendría un marcado carácter judicial, un Tribunal de Justicia que, según Tjarks, abarcaba también una doble misión: como tribunal del fuero mercan-

til y como cuerpo colegiado dedicado al fomento de las artes, la agricultura, la industria y el comercio. (184).

& &
&

GOBERNADORES Y VIRREYES EN EL RIO DE LA PLATA
DURANTE EL SIGLO XVIII.

GOBERNADORES

- D. Manuel de Prado Maldonado.(Maestre de Campo.)(1.700-1.702)
- D. Alonso Juan de Valdés Inclán. (1702-1708).
- D. Manuel de Velazco y Tejada.(General.)(1708-1712).
- D. José Mutiloa y Anduesa. (1712-1714).
- D. Alonso de Arce y Soria. (1714).
- D. Baltasar García Ros.(Coronel.)(1715-1717).
- D. Bruno Mauricio de Zabala.(Brigadier.)(1717-1734).
- D. Miguel de Salcedo (en ausencia de Zabala). (1734-1742).
- D. Domingo Ortiz de Rozas.(Mariscal de Campo.)(1742-1745).
- D. José de Andonaegui. (Teniente General). (1745-1756).
- D. Pedro Antonio de Cevallos (Teniente General).(1756-1766).
- D. Francisco de Paula Bucareli y Ursua. (1766-1770).
- D. Juan José de Vértiz y Salcedo. (1770-1776).

VIRREYES

- D. Pedro de Cevallos Cortés y Calderón. Caballero de la Orden de San Genaro, Comendador de Sagra y Segret en la de Santiago. (1777-1778).
- D. Juan José de Vértiz y Salcedo. Caballero Comendador de Puerto Llano, de la Orden de Calatrava y Teniente General de los Reales Ejércitos. (1778-1784).
- D. Nicolás del Campo, Marqués de Loreto. Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos y Gentilhombre de cámara de S.M. Primer presidente de la Real Audiencia Pretorial fundada en Buenos Aires. (1784-1789).
- D. Nicolás de Arredondo. Teniente General de los Reales Ejércitos. (1789-1795).
- D. Pedro Melo de Portugal y Villena. Caballero de la Orden de Santiago. Gentilhombre de cámara de S.M. y Teniente General de los Reales Ejércitos. (1795-1797).
- D. Antonio Olaquer Feliú. Caballero de la Real Orden de Carlos III y Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos. (1797-1799).
- D. Gabriel de Avilés y Fierro, Marqués de Avilés. Teniente General de los Reales Ejércitos. (1799-1801)

VIRREYES EN EL SIGLO XIX

- D. Joaquín del Pino. Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos. (1804-1806).
- D. Rafael de Sobremonte, Marqués de Sobremonte. Brigadiér de Infantería. (1804-1806).
- D. Santiago de Liniers y Bremont. (1807).
- D. Baltasar de Cisneros y Latorre. (1809 hasta 1810 en que fue depuesto por la Junta gubernativa.)

& &
&

VICISITUDES POLITICAS EN EL SIGLO XVIII Y SU
INFLUENCIA SOBRE LA ECONOMIA. SISTEMA DE PRO-
PIOS Y ARBITRIOS.

En la historia del desarrollo económico del Río de la Plata tendrán decisiva influencia los importantes acontecimientos que se van a producir en el siglo XVIII. Este siglo marcará una evolución respecto a las teorías económicas puesta en práctica hasta entonces en la vieja Europa, evolución que comienza bajo el reinado de Felipe V, continuándose con Fernando VI y Carlos III, con especial proyección también en las provincias americanas. Se inaugura un nuevo período, mediante el cual se irá abandonando paulatinamente el antiguo sistema monopolista implantado bajo el reinado de los Austrias, intentándose llevar a cabo una reestructuración de la industria y el comercio, tanto en la península como en Indias, intento en el que tuvieron un destacado papel ilustres hombres de Estado y economistas, como Patiño, con Felipe V, y luego Ensenada, Campomanes, Jovellanos y Ward, sin olvidar a Ustáriz, el economista de Indias.

Ward abogará por la supresión del monopolio gaditano que se mantenía en beneficio de catalanes, valencianos, gallegos, montañeses y vascos, defendiendo una total libertad en los negocios. (125). Otros, como Patiño y Ustáriz, lucharán también por el desarrollo de la economía, fomen-

tando el comercio y la industria no sólo en España sino en las Colonias. El empeño en cambiar y organizar la complicada estructura de la industria y el comercio en Indias, se pone de manifiesto, igualmente, en las "Noticias Secretas de América", de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, los dos marinos enviados a América meridional, bajo el reinado de Felipe V, en una expedición científica y que fueron encargados, al propio tiempo, de elaborar un informe reservado sobre la situación en las provincias, informe en el que no sólo expusieron los defectos descubiertos en aquellos territorios, sino también los posibles remedios que podrían aplicarse a sus múltiples problemas. (126).

Las nuevas corrientes terminarán, como decimos, con el duro sistema monopolista, si bien éste se atenuaba en parte con el comercio ilícito y el contrabando realizado por buques extranjeros que transportaban en sus bodegas productos europeos, aparte de que, a comienzos de siglo, se concedió al puerto de Buenos Aires el permiso de los navíos de registro, que también suponía cierto alivio para el abastecimiento de la población. (127).

El contrabando empieza a tomar incremento a comienzos del siglo XVII, cuando se permite la introducción, en el Río de la Plata, del esclavo negro como preciada mano de obra. Esto da lugar a un importante tráfico con Brasil, tráfico que, como afirma Guillermo Céspedes, se vio pronto nutrido por gran número de comerciantes portugueses que, con los porteños, empezaron a desarrollar un comercio de verdadero interés, creando el eje Brasil-Plata. Se intercambiaban, por ejemplo, mulas tucumanas y productos brasileños por oro y plata de Charcas que se enviaba al Brasil

y de allí a Europa. Ello dio muchas preocupaciones a la Corona española, por lo que pronto intentó cerrar esta vía comercial, aunque el tráfico seguiría realizándose posteriormente en forma ilegal.

El siguiente paso fue el de abrir la vía Buenos Aires-España, otorgándose a la ciudad bonaerense algunas permisos de comercio, pero siendo Lima principalmente la que se convierta en el núcleo abastecedor de los territorios del Plata. (128).

Por el tratado de Utrecht, en 1713, se cede a Portugal la colonia del Sacramento e Inglaterra consigue el derecho de asiento de negros en el Plata, lo que le servirá de pretexto para fomentar un poderoso comercio ilegal en estas regiones. Entonces y gracias a la demanda del comercio de contrabando, todos los productos derivados de la ganadería -sebos, grasas, cecinas y, en especial, el cuero- experimentaron en el Río de la Plata una fuerte revalorización, colocándose en primera línea de los productos comerciados. Esta situación no era vista con paciente tranquilidad por el gobierno de España que consideraba alarmante la creciente influencia del poder comercial de ingleses y lusos sobre aquellas costas, más aún cuando la colonia de Sacramento se había convertido en el principal punto de operaciones del contrabando en la zona. Por ello y en buena parte aconsejado por hombres de la talla de Campillo o Jovellanos, se vio obligado a tomar decisiones, una de las cuales sería la apertura del comercio libre, para evitar el definitivo monopolio inglés.

El siglo XVIII se abre, pues, a pesar de las dificultades, con buenos augurios para el Río de la Plata, conce-

diéndose, como hemos dicho, a comienzos del mismo, ciertas permisiones de registro. En 1721, Felipe V disponía que el tráfico de Buenos Aires con la Península se efectuara con regularidad, y el puerto boanerense se convertía así en uno de los puntos más importantes de recepción de mercaderías en la mar del Sur. No obstante, los años posteriores demostraron que esto no era suficiente para mantener el control comercial de aquella zona, donde, cada vez con mayor ímpetu, lusitanos e ingleses, según se ha visto, se hacían con las riendas del contrabando.

No obstante, el comercio -lícito o ilícito- del cuero significó la mayor fuente de ingresos con que contó el puerto de Buenos Aires para engrandecer su economía, aunque el desorden, la falta de control y el abuso en la matanza de ganado amenazaron con el peligro de que la riqueza ganadera pudiera desembocar, con el tiempo, en un verdadero caos. En 1753, el Gobernador don José de Andonaegui se hacía eco de este peligro, denunciándose hechos como el de haber hallado muchos individuos matando vacas para proporcionar sus cueros a los navíos de registro, contribuyendo así a impedir la multiplicación del ganado, sacrificando también toros y novillos nonatos sin licencia del juez o del Gobernador. (129).

Fue continua la lucha de las autoridades para evitar el contrabando y los fraudes cometidos frente al monopolio comercial peninsular. En 1766, don Francisco de Paula Bucarely publicaba un bando en el que se lee:

"Que en atención a que de los Reynos de España no se conducen a estas partes en los navios de registro, lienzo de lino, Camisas, Calsoncillos de lo mismo, y sombreros de Braga, los quales efectos unicamente vie-

nen por la Colonia del Sacramento se den por descomi-
sos todos los demas especies que se hallasen en los
Almacenes y tiendas de esta Ciudad y los demas lugares
y Pueblos de esta Provincia." (130)

La pena que se imponía a los infractores, según tenía
establecido una Real Cédula de 5 de septiembre de 1760,
era la pérdida de los bienes y el destierro por espacio de
10 años. (131).

En esta línea de persecución del contrabando se dicta-
ban Reales Ordenes exhortando a las autoridades de estos
territorios a difundir, a través de los vicarios, curas y
predicadores, la idea de que aquél constituía pecado gra-
ve, al usurpar los derechos del Real erario. Así se expre-
saba una Real Orden de 15 de septiembre de 1776:

"...haciendo entender a todos los Fieles los estragos,
y ruinas á que exponen sus almas; por ser cierto que
muchos de los que lastimosamente abrazan semejante des-
arreglo no le harían, si bien instruidos creyesen como
deben, que además de los castigos temporales que mere-
cen, pecan gravísimamente usurpando los derechos de-
bidos al Real Erario, que es el Patrimonio de la Justi-
cia, y el fondo seguro para la defensa y libertad de
todos los Vasallos que componen el Estado; y que no se
pueden librar de sus graves culpas, si no restituyen
entero lo que han usurpado en tan abominable tráfico,
del propio modo que si lo huvieran robado de las arcas
de la sociedad común, ó de los particulares." (132).

La cuestión del tratado de límites con los portugueses
y los problemas suscitados por la Colonia de Sacramento,
base del potente contrabando anglo-portugués, determinaron
que se adoptase por parte del Gobierno español una medida



política de gran trascendencia, acompañada de una acción militar firme. En efecto, Carlos III, en 1776, otorga el título de Virrey del Plata a don Pedro de Cevallos y le encomienda el mando de una escuadra que ocupó la Colonia del Sacramento, tan conflictiva, que había pasado ya varias veces, por virtud de tratados o por la fuerza, de manos españolas a portuguesas y viceversa. Firmada la paz hispano-portuguesa en San Ildefonso, Cevallos detuvo su avance contra los portugueses, y por el tratado de 1778 Portugal devuelve a España la Colonia y la navegación libre por la orilla septentrional del Plata, aparte de otros acuerdos y devoluciones o cesiones mutuas de provincias y territorios que allí se fijaron.

Con esta operación se conjuró el peligro contrabandista del Sacramento, pero ello provocó, a su vez, una gran conmoción en la economía de Buenos Aires, pues eran muchos los intereses que se perjudicaban con la supresión de tal comercio. No obstante, la situación ya no era la misma, y la evolución en todos los órdenes y por lo tanto en el económico, que aquí nos interesa, fue radical. La creación del Virreinato del Plata, con su capitalidad en Buenos Aires, acabó con las últimas ataduras que unían a estos territorios con el Virreinato del Perú.

Las consecuencias se hicieron notar en seguida. Por Reales Decretos de 2 de febrero y 12 de octubre de 1778, se confirma la concesión del comercio libre. Y así, en el primero de ellos, se amplía a la provincia de Buenos Aires, con internación por ella a las demás de América meridional y extensión a los puertos habilitados en las costas de Chile, Perú, etc., la citada concesión de libre comercio que

ya había sido acordada por Decreto de 16 de octubre de 1765 para las Islas de Barlovento y provincias de Campeche, Santa Marta y Río del Hacha. (133). Se dictaban las normas para su ejecución, estableciéndose el pago del tres por ciento de los géneros y frutos de origen español, y el siete por ciento si eran extranjeros, que se embarcasen en las respectivas aduanas peninsulares, y se exigían las mismas cantidades en el desembarco en Buenos Aires y demás puertos del Perú, Chile, Santa Marta, Hacha, Islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Margarita y Trinidad. (134).

Los puertos habilitados en España para realizar este comercio eran los de Sevilla, Cádiz, Málaga, Alicante, Cartagena, Barcelona, Santander, La Coruña, Gijón, Palma de Mallorca y Santa Cruz de Tenerife. (135).

Con la creación del Virreinato y la concesión del libre comercio se anularon las aspiraciones portuguesas de dominar comercialmente los territorios del Plata, y, en su consecuencia, se asistió al auge y desarrollo de Buenos Aires y su provincia en términos insospechados. Como afirma Levenes, la concesión del comercio libre repercutió tan favorablemente en el aumento de las exportaciones desde Buenos Aires que, por lo que respecta a los cueros, de 150.000 unidades anuales exportadas antes del decreto de concesión, se pasó a 800.000 después del mismo, y en 1785 era ya de 1.400.000. (136).

En los puertos habilitados para el comercio libre se crearon Aduanas y Consulados de Comercio que, por lo que se refiere a Buenos Aires, datan de 1778 y 1794, respectivamente. Asimismo, la creación del Virreinato llevó aparejada la de una serie de instituciones, como el Resguardo y las Intendencias.

Otro hecho que influyó de modo decisivo en la economía platense fue la desaparición del monopolio limeño en el comercio; y siendo la ganadería una de sus principales riquezas se desarrolló considerablemente la exportación de los productos de ella derivados, en especial, como hemos visto, los cueros. Hubo que prestar mayor atención cada vez al ganado, para cuidarlo y protegerlo, ejerciendo un control sobre los changadores que sacrificaban cabezas de una manera desorbitada. Se fomentaron también la estancias, con el fin de concentrar y vigilar mejor al ganado, pero ello originaría, a su vez, el problema de la defensa de estas grandes extensiones de terreno, para lo que fue precisa la creación de compañías especiales.

Dos grupos sociales poderosos estarían relacionados con el sector ganadero: los acioneros o grandes estancieros y los comerciantes. En cuanto a la agricultura, en manos de jornaleros y esclavos, se limitaba a proporcionar el normal abastecimiento de la población, sin otras miras ni progresos de mayor interés, aparte de que este sector se vio continuamente amenazado por las condiciones climáticas -épocas de sequía, de lluvias- o por las plagas de langosta que en más de una ocasión provocaron escasez y desabastecimiento de granos, en especial de trigo.

Con Cevallos, en 1776, y por orden del Gobierno, se promueve la siembra de lino y cáñamo -a cuyo cultivo se aplicarían los indios- productos que se necesitaban en la Península para la construcción de jarcias y fabricación de lienzos y lonas. (137).

Estos dos sectores, ganadería y agricultura, darían lugar también al nacimiento de industrias locales para la elaboración de productos a partir de la materia prima.

Así, de la ganadería, ni que decir tiene la importancia de los cueros, tantas veces mencionados, no sólo como producto de exportación sino también como material insustituible para multitud de aplicaciones, que iban desde su empleo en la construcción, hasta la confección de cordobanes, sillas, toda clase de muebles, carretas, etc. Los principales centros de curtiduría se hallaban localizados en Catamarca, Tucumán y Cuyo.

Otros productos derivados de la ganadería eran el sebo, las grasas y el jabón, cobrando importancia la salazón de carnes que empezó a ser exportada a la Península en grandes cantidades.

Los productos de la tierra exportables fueron el azúcar, el algodón, el tabaco, la quina, el mate y los vinos y aguardientes, propios de las provincias del interior, aunque según Santos Martínez, los intereses del comercio ganadero prevalecieron sobre los agrícolas. (138). Esto favoreció a Buenos Aires con respecto a las provincias del interior, lo que fue causa del auge y progreso de la ciudad.

Sistema de propios y arbitrios.

Durante largos años los propios y arbitrios con que pudo contar Buenos Aires para sus necesidades y servicios fueron

tan escasos, que la población hizo llegar sus quejas, a través de las autoridades locales, en muchas ocasiones, al Gobierno de Su Majestad. Como dice Juan Agustín García en "La Ciudad Indiana", los impuestos en Buenos Aires, durante los primeros años, estaban reducidos a los 20 pesos que pagaban las cuatro pulperías existentes en la ciudad, un real por cada botija de vino que entraba en la misma, el corte de leña de los montes y el impuesto exigido a los barcos que amarraban en el puerto. (139).

Según vemos en otro lugar, la construcción de ciertas edificaciones de carácter público como, por ejemplo, la del fuerte de Buenos Aires, hizo necesaria la creación de impuestos extraordinarios. Así, a finales del siglo XVII, una Real Cédula de 1680 concedía gravar con medio peso por arroba la hierba traída del Paraguay con destino a Santa Fe y Buenos Aires, y con un peso la que se transportase a Tucumán y Perú, para ayuda de las obras y construcción del citado fuerte; por el mismo motivo se concedió que los permisos para vaquear fuesen de dos reales por cabeza de la quinta parte que se sacara, así como cuatro reales por unidad de los cueros vendidos a los navíos de registro, gravándose igualmente cada arroba de vino con un peso. Este impuesto se consideró abusivo, suprimiéndose en 1685, aunque en 1701 volvió a implantarse, variando algo las cuantías y sólo con una vigencia de seis años hasta que se pusiera fin a las obras. (140). Por fin una Real Cédula de 17 de enero de 1717 comunicaba la supresión del impuesto de fortificaciones por haberse terminado la construcción del fuerte. (141)

No obstante, la ciudad se las vio y descó para mantener un sistema de arbitrios que pudiera incrementar el caudal de propios, de cuya escasez se hace eco el Cabildo en multitud de ocasiones. A principios del XVIII y ante una petición formulada al Gobierno de Su Majestad, éste concede, por Real Cédula de 5 de mayo de 1716, el arbitrio de medio real por cada mula que se sacara de la jurisdicción de la provincia con destino a los reinos del Perú. (142).

Otro de los impuestos con que contaba era el que gravaba ocho de las pulperías existentes en la ciudad, aunque su número había aumentado considerablemente en los primeros años del XVIII, por lo que se instruyó expediente alegando la existencia de fraude, ya que había un excesivo número de pulperías que se calculaba en unas 300 (aunque luego el cómputo que se hizo no dio más que 90), alegándose además que ello constituía un perjuicio, no sólo por la mala calidad de los géneros allí expendidos, sino también por ser lugares dedicados al juego. Una Real Cédula de 20 de julio de 1721 hace alusión a este particular, recomendando al entonces Gobernador don Bruno Mauricio de Zavala que no atendiese tanto a la reducción de las pulperías como a no permitir abrir tienda o vender en las establecidas sin haber obtenido la licencia necesaria y sin haber satisfecho el llamado derecho de composición. (143).

En 1745 vuelve a hacerse necesaria la implantación de nuevos impuestos para hacer frente a la guerra contra los indios infieles, y el Cabildo acuerda pedir que se grave con un real cada carreta que viniera bien del interior o procedente del Riachuelo a la ciudad, así como con cuatro reales a cada carreta de tropas que entrase en aquella jurisdicción procedente de Mendoza, Tucumán, Santa Fe, Corrientes y Paraguay. Lo propio, se decía, debía hacerse con las arrias de mulas que transportaban vino, aguardiente y otros productos, que venían de las ciudades de San Juan

y Mendoza, cobrándose por cada diez mulas el precio de una carreta. Todo ello, se argüía, era necesario para mantener las tropas de milicias, pero, en todo caso, fue un impuesto muy discutido. (144).

Las vicisitudes por las que pasó una ciudad en continuo crecimiento hicieron necesaria también la constante búsqueda de recursos para atender a sus muchas obligaciones, entre las que se contaban las obras de la Catedral, Casas Capitulares, cárcel, etc., a lo que había que añadir las pérdidas y destrozos ocasionados por los sistemáticos asaltos a las estancias de los indios serranos y pampas. En 1751, Buenos Aires se hallaba, por lo reducido de sus bienes propios y la multiplicación de sus necesidades, empeñada en 7.309 pesos, lo que motivó la solicitud de concesión de una serie de arbitrios, como eran, por ejemplo, un real por cada cuero embarcado en los navíos de registro, un peso por cada quintal de hierro transportado desde la provincia a las del norte, la facultad de arrendar solares y cuadras del ejido en un cinco por ciento, y que se le permitiese seguir disponiendo de los derechos de romana y correduría de Lonja y de los de pregonería y mojón, de los que venía disfrutando largo tiempo. (145). Sin embargo, la Real Cédula de 10 de julio de 1753 manifestaba la disconformidad con los arbitrios propuestos para la manutención de las Compañías de fronteras. (146).

Durante todo el siglo el Cabildo luchó contra la falta de medios económicos para cualquier realización urbana y de interés público: construcción de las Casas Capitulares, acondicionamiento de la cárcel, iniciación de las obras de empedrado, alumbrado público, etc., e incluso para las de carácter benéfico, como las obras de ampliación del hospital o dotación de las casas-cuna.

Lógicamente, a medida que la ciudad crecía, también crecían sus necesidades, y como los planeamientos para el futuro eran nulos o incipientes, no había más remedio que reproducir constantemente el tema de la creación de nuevos arbitrios. El resumen de todos ellos, así como sus cuantías, que nos proporciona un acta del Cabildo de 1786 (8 de noviembre), es el siguiente:

- Ramo de Corrales. Este impuesto gravaba al dueño de ganado vacuno con un real por cada cabeza que matase. Proporcionaba 1.929 pesos y 2 reales y medio al año.

-Ramo de Botijas. Impuesto sobre vinos y aguardientes, cobrándose un real por botija, odre o barril, produciéndose 675 pesos y tres reales y medio; pero en ese año se grava también cada barril con 8 reales para el Ramo de Sisa, el vino Carlon con 2 reales y el vino blanco con 4 reales. Este aumento, se dice, puede subir a 1.300 pesos.

- Ramo de Mulas. A medio real por cabeza de las mulas extraídas de la jurisdicción de Buenos Aires. Supone 112 pesos, 4 reales.

-Ramo de Pregonería. Consiste en el 1 y medio por ciento sobre sus valores de las ventas que se hacen en la ciudad en pública subasta. Su importe anual asciende a 149 pesos y real y medio.

- Ramo de Pontazgo. Era el derecho a cobrar un impuesto sobre los transportes que pasaban por los puentes de la jurisdicción de la ciudad, como eran el puente del río de las Conchas y los que posteriormente a esta fecha se construirían en el Riachuelo, en el paso de la Canoa y en Arrecifes. En el río de las Conchas se pagaba medio real por cada carreta cargada, si pertenecía a esa jurisdicción, y un real las carretas de otras provincias. Diez caballos o mulas,

cargados o no, pagarían medio real también. Este impuesto suponía 300 pesos al año.

-Ramo de Pulperías. Importaba 200 pesos anuales proporcionados por las 8 pulperías, asignadas según las leyes del Reino, a 25 pesos anuales cada una.

-Ramo de Quartilla. Impuesto sobre las medidas llamadas de quartilla, con las que se mide el trigo, semillas, etc. Producen al año 30 pesos.

- Ramo de Medidas. Impuesto sobre las medidas para líquidos y vinos, que suponía 2 reales por la saca de cualquier medida y un cuartillo por cada día.

-Ramo de Romana. Cada romana pagaba 4 pesos al presentarla al contraste por primera vez. Producía 300 pesos al año.

- Arrendamiento de cuartos. Era el impuesto de cinco casas particulares de alquiler pertenecientes al Cabildo. Importaba 888 pesos.

- Ejido. Era el impuesto sobre las cuadras del ejido, que en los últimos años se poblaron de quintas particulares, por lo que se pidió a Su Majestad gravase cada cuadra con 5 pesos anuales. El impuesto quedó en la siguiente forma: 5 pesos las 125 primeras cuadras, 4 pesos las 125 siguientes, 3 y medio las 100 cuadras siguientes, 3 pesos las otras 100 y 2 y medio las 326 restantes.

- Existía, asimismo, un impuesto con cargo a los mercachifles que instalaban sus tendejones en la Plaza Mayor, los que, se afirma, era necesario contribuyeran en algún modo por el hecho de estar ocupando un lugar público y en terreno propio de la ciudad, y más aún porque también obstaculizaban el tráfico en ocasiones. Se acordó que cada uno contribuyera con 2 pesos mensuales. De este impuesto se ob-

tenían unos 500 pesos al año.

-Posadas y confiterías. Contribuían con 6 pesos anuales.

- Regatones. Pagaban 2 pesos y uno el que poseyera carrreta.

- Alumbrado. Este ramo dejaba 800 pesos anuales.

- Casa de Gallos. 160 pesos anuales.

Junto a estos arbitrios se especificaba haberse añadido últimamente otros procedentes de las Casas de trucos, que pagaban 4 pesos, y las Canchas 2 pesos, calculándose al año 150 pesos.

Asimismo se habla del producto dejado por los siguientes efectos:

-Cordobanes y tapetados. Todos los que entraban en la ciudad contribuían con 2 reales por cada 25 unidades.

-Suelas. Medio real.

- Azúcar procedente de España o de La Habana. Un real por arroba.

-Plancha de cobre. 4 reales.

- Cajón de medicinas. 2 pesos.

- Arroba de añil. 8 reales.

-Arroba de cacao y café. 8 reales.

-Barril de Aguardiente. 2 reales, más 1 real de mojón y 1 peso por cada barril por vía de arbitrio.

- Anclaje de embarcaciones provenientes de España. 100 pesos por cada una.

Igualmente se promueve la idea de que las lanchas pagasen un 20 por 100 según su arqueo. (147).

EL ABASTECIMIENTO EN LA CIUDAD. EL ABASTO DE CARNE.
EL TRIGO. ABASTECIMIENTO DE SAL Y LAS EXPEDICIONES
A LAS SALINAS. LEGUMBRES, HORTALIZAS Y FRUTOS. LA
PESCA. LA PESCA DE LA BALLENA. BEBIDAS NO ALCOHOLI-
CAS Y BEBIDAS ALCOHOLICAS.

El abasto de carne

La gran riqueza ganádera proporcionaba a la ciudad uno de sus principales recursos alimenticios, la carne, que abastecía más que suficientemente a toda la población y que estaba al alcance de todos los grupos sociales, incluso los más menesterosos. Conocida es la observación de Concolorcorvo cuando describe que nadie se preocupaba de recoger la pieza de carne que, transportada por la carreta desde el matadero al mercado, caía al suelo en el trayecto. Era tan abundante que no sólo abastecía con largueza al vecindario, sino a los perros que, según también Concolorcorvo, estaban muy gordos porque no les faltaba su buena ración; siendo igualmente el sostén de miles de ratas y ratones.

Pero el gran negocio de la corambre llevaba aparejado el sacrificio de innumerables reses, sin otro aprovechamiento que el de su piel, desmedida ambición a la que las autoridades hubieron de poner coto para evitar, en lo posible, la matanza abusiva de ganado, del que sólo se utilizaría el cuero, dejando la res entera para pasto de animales salvajes.

Se tuvo que limitar el número de cabezas que los criadores de ganado podían matar, porque el abuso -como hemos dicho en otro sitio- llegaría a causar el desabastecimiento de la población y la destrucción de esta riqueza.

Con el fin de no llegar a tales extremos y tampoco perjudicar a los ganaderos y hacendados en su negocio, se fijaron bandos ordenando a éstos que, estableciendo turnos, sacrificasen sus reses en la ciudad y no en el campo, para aprovechar de este modo la carne -cuyo consumo se estimaba en 1748 en veinticinco o treinta mil cabezas al año- y pudiendo sacar ellos el beneficio del cuero. (148). Se prohibió el sacrificio de vacas so pretexto de ser "machorras viejas", como así se expresan los bandos de don José de Andonaegui de 1752 (149) y 1753 (150), porque, lógicamente, eran imprescindibles para la conservación de la especie, como los toros y novillos, y se imponían sanciones que consistían en el decomiso de todos los cueros de vacas, novillos y toros que se hubiesen obtenido sin observar las normas establecidas, además de la pérdida de los bienes y seis años de destierro a Africa.

Y es que el contrabando del cuero se efectuaba también por muchas gentes que nada tenían que ver con la ganadería, que simplemente compraban o hurtaban las cabezas en los criaderos y vendían luego su producto a los navíos de registro, los cuales, aunque no se les permitía más cargamento que el registrado en la Casa de Contratación, participaban en ocasiones en este tráfico ilegal.

También intervenían en esto los changadores o "arrimaos" de las estancias, que más tarde serían los gauchos o gauderios los cuales, unas veces por compra y otras por hurto, hacían negocio con el cuero y el sebo, escogiendo lo más selecto del ganado y dejando perder la mejor carne sin aprovecharla. Por esta razón se prohibía a los changadores comprar ganado - y, menos, robarlo- para obtener el cuero y las carnes "graseadas", so pena de destierro, pérdida del cuero, del ganado y

y del beneficio obtenido.

El hecho es que, a pesar de la abundancia, el afán de lucro y el contrabando estuvieron a punto de producir un colapso en la producción ganadera. El 14 de julio de 1779, el Cabildo recibiría un oficio del Virrey manifestando que se había descubierto la venta de cueros de terneros nonatos, caballos y yeguas.

También la ganadería experimentaba malas rachas ocasionadas por las grandes sequías, con la consiguiente falta de pastos y de agua que producía una gran mortandad. En un acuerdo del Cabildo de 16 de septiembre de 1748 se habla de la enorme pérdida de reses que, según informes de los ganaderos, se elevaba a más de 60.000 cabezas, a causa de la gran "seca" de aquel invierno. (151).

Y no hay que olvidar los destrozos ocasionados en el ganado por las alimañas y en especial por los perros cimarrones, a pesar de las batidas que las autoridades dispusieron contra ellos.

El Cabildo se preocupó constantemente de que no faltara carne para el normal abastecimiento de la población, procurando controlar cualquier anormalidad que pudiera interferirlo. De todas formas, como hemos visto, la carne era abundante en Buenos Aires, barata en relación con otros alimentos, y asequible para todos, incluso para las más menguadas economías, pobres y mendigos.

En el siglo XVII, un cuarto de vaca costaba 2 reales, un cuarto de novillo 6 y un cuarto de ternera 2. En el siglo XVIII estos precios se mantenían casi igual, y en 1760 se dispone por un acuerdo del Cabildo, ratificado por el Gobernador don Alonso de la Vega, que, con el fin de evitar el desperdi-

cio de la carne y obtener una mejor distribución, especialmente en beneficio de la gente más necesitada, se partiesen en dos los medios cuartos de las reses (cuyo cuarto entero se vendía al precio de dos reales), dándolos a medio real cada uno, y siendo obligación de los abastecedores despachar la carne por real o por medio real a quien así lo pidiere, "igualando á todos los que en esta conformidad compraren, en que lleven pulpa, hueso, magro y gordo para que ninguna parte los padezca". (152).

También, con el tiempo, se haría indispensable la creación de mataderos o corrales para sacrificar el ganado de abasto, pues el transporte en carretas desde varias leguas y el mal estado de caminos y calles, especialmente en época de lluvias, entorpecían el normal suministro.

Se aprovecharon también, como es natural, todos los productos derivados de la ganadería como fueron los sebos (153), el jabón (154), principalmente de uso industrial, y la cecina, carne que, después de seca, se cortaba en tiras y se vendía sobre todo a las tripulaciones de los barcos, estando prohibida su exportación sin obtener el correspondiente permiso, bajo penas de hasta 200 pesos, como se decía en un bando de 1756 del Gobernador don Pedro de Cevallos. Como observa Puiggros, también era importante la salazón. Sin olvidar la leche y sus derivados.

La abundancia de carne de vacuno no excluía que la ciudad se abasteciera también de toda clase de aves, perdices, gallinas, pollos, etc., y de huevos, aunque hay que reconocer que estos productos no podían competir con aquél, pues mientras un cuarto de vaca se ofrecía al precio de dos reales, una gallina costaba un peso, y dos reales la docena de huevos.

El trigo.

La agricultura no alcanzó, desde luego, el nivel de la ganadería, pero el Cabildo tuvo especial interés en fomentarla, a pesar de las dificultades que se oponían a su desarrollo, por diversas circunstancias. En primer lugar, el predominio de la ganadería originaba la escasez de mano de obra para las faenas agrícolas (de ahí que en el siglo XVIII se demandara con insistencia la mano de obra negra). Después, hay que considerar la eterna lucha entre agricultores y ganaderos, en la que casi siempre salían perdiendo aquéllos, que defendían sus sementeras del paso de las reses. Sin olvidar las plagas que periódicamente asolaban los campos, y las extremas inclemencias del tiempo: lluvias o sequías.

Para lograr un perfecto abastecimiento de la ciudad, el Cabildo tuvo que dedicar todos sus esfuerzos a la coordinación entre agricultores y distribuidores, para el control de las mercancías en evitación de fraudes. Los productos agrícolas a los que se dedicaba preferente atención eran los granos, en especial el trigo, sobre el que existe una nutrida colección de disposiciones basadas en las leyes de Castilla sobre su abasto y comercio.

Un Síndico, un Juez o Corregidor, un Regidor, un Depositario, un Alcalde Mayor u Ordinario y un Procurador Síndico, serían los encargados de administrar los Pósitos, especie de bancos agrícolas para ayuda de los labradores y perfecto abasto de la población. En todas las Instrucciones dadas en España

se establecen normas para el abasto del pueblo, siembra del grano, funcionamiento de panaderías, etc., así como sobre los pósitos y la prohibición de revendedores y regatones. Lo mismo ocurre con las numerosas dadas para los reinos de Indias: ordenanzas sobre alhóndigas, pósitos, compra de trigo, etc.

En Buenos Aires la producción de trigo no llegó a ser tan abundante como la de carne; por el contrario, encontramos épocas en que la necesidad de trigo es acuciante y bastaba una sequía para que la ciudad quedase desabastecida. El trigo que se suministraba a Buenos Aires provenía de los pagos de su jurisdicción, pero el abastecimiento se complicaba por los fraudes de los intermediarios y el afán de lucro, almacenándose aquél en épocas de escasez, con el propósito de subir los precios. El Cabildo imponía las medidas para controlar estos abusos e insistía en que, una vez abastecida de trigo la ciudad, los panaderos no comprasen "más trigo que el que diariamente cada uno hubiese de amasar", (155), no dejando intervenir en estos negocios a ninguna persona extranjera.

Son numerosas las ocasiones, como hemos dicho, en que la ciudad padeció escasez de trigo, según se recoge en los acuerdos del Cabildo. En acta de 11 de octubre de 1754 se habla de la gran necesidad de trigo, sebo y grasa, lo que influye especialmente en las clases más pobres de la sociedad, y para remediar la situación se diputaron tres o cuatro individuos de entre los Regidores y Procurador del Cabildo, con el encargo de comprar trigo en los pagos de la jurisdicción, con amplias facultades para su cumplimiento. (156).

El cultivo del trigo tampoco era rentable, y en más de una ocasión las sementeras fueron abandonadas por los labriegos, pues ocurría también que no se encontraban peones para las fae-

nas agrícolas, grave inconveniente que disminuía de forma notable la producción. El Municipio hubo de adoptar decisiones con el fin de reclutar brazos para la recolección del trigo y dictó bandos ordenando la forma y modo en que había de llevarse a cabo aquélla, llegándose incluso a paralizar las obras existentes en la ciudad, con objeto de que todos los obreros concurrieran a las labores del campo. Un ejemplo de ello es un bando de don Pedro de Cevallos, de 1762, que imponía el cese de toda obra en la población, en los términos siguientes:

"...que desde mañana diez del corriente sesen todas las obras que hubiese en esta Ciudad y los Obrajes de ladrillo y teja hasta acavada la dicha Ciega, y que todos los Peones que se ocupan en uno y otro ministerio, como tambien los Oficiales de Sastres y Sapateros y todos los Indios, Negros y Mulatos libres salgan a las chacras a conchavarse para las referidas recojidas de trigos, pena a quien no lo hiciere de cien azotes, ejecutandose la misma pena con los que se cojieren trabajando en las Obras, obrajes, ó jugando en las Canchas durante dicha recojida, y al dueño de las Obras que lo permitieren, se le sacaran veinte y cinco pesós de multa aplicados para la Camara de S.M. y gastos de Justicia". (157).

La contratación de peones no era tarea fácil, porque, lógicamente, los jornales subían. En 1762 se estableció que fuesen de tres reales, que era el salario que los peones cobraban en la ciudad, y en 1777 se estipulaban cuatro reales para los peones cualificados y tres para los restantes.

Con el tiempo se hizo precisa una reglamentación para la siega, que solía empezar en diciembre. Se regulaba la conducta a

seguir por los jornaleros y la mejor forma de recolectar, evitar perjuicios en las sementeras, o los daños producidos por el fuego, la quema de rastrojos, etc. Se prohibía fumar, por miedo a que "el viento conduzca á los sembrados el fuego de los mismos cigarros encendidos que sin precaución arrojan los Pasajeros, ó de las chispas que se desparraman al tiempo de fumar, lo que se ejecutará de baxo de pena capital si se averiguase ser malicioso el incendio; y si es solo por contravención a este mando de doscientos azotes por las Calles, y de cinco años de destierro á los presidios de S.M...". (158).

Las faenas de la siega habían de hacerse rápidamente para que estuviese terminada antes de la época de las lluvias, por lo que se instaba a jornaleros, peones, criados, amos, etc. para que las realizasen con prontitud. La jornada de trabajo se describe en uno de los bandos de don Pedro de Cevallos: comenzaba a las cuatro de la mañana, hora en que se habían de levantar todos los jornaleros, dándoles entonces a beber mate, tras lo cual se dispondrían a trabajar. A la hora y media se les daría otro mate, y el almuerzo media hora después. Otro mate después de hecho el almuerzo, y a las once y media se retirarían a descansar media hora, para darles a las doce la comida. Luego se podía dormir una siesta hasta las 2 de la tarde, tras lo cual y con otra bebida de mate se pondrían a la faena hasta una hora después de ponerse el sol. En este período podrían tomar otros dos mates, y durante toda la jornada el agua fría que pidieran. (159).

En la época de la recolección estaban prohibidos los juegos, para evitar la pérdida de tiempo y, por supuesto, las reyertas; tampoco se permitía a los pulperos, mercaderes, logreros o revendedores, que fuesen a los campos a comprar el trigo, sebo o

cuero, y de ningún modo vendiesen a los peones aguardiente, por razones bien explicables.

El Cabildo se preocupaba también de que el trigo no fuese objeto de especulaciones comerciales, y que el pan pudiera llegar a los moradores de la ciudad a unos precios justos. Pero el negocio fraudulento existía y el Cabildo tuvo que adoptar medidas, como en el caso del llamado pan francés, vendido particularmente por negociantes extranjeros que especulaban con su precio y a los que hubo de prohibirse su elaboración y venta, llegándose a su expulsión del país, por considerarse que contribuían al desequilibrio económico de la ciudad.

En muchas ocasiones, para mantener los precios altos, los panaderos no elaboraban las cantidades suficientes de pan, del mismo modo que se cometían fraudes en el peso, por lo que el Cabildo, en diversos acuerdos, tomó la decisión de obligar a panaderos y tahoneros a disponer de balanzas y romanas para pesar los trigos y harinas, encargando al Fiel Ejecutor de la vigilancia.

En 1762 un bando de don Pedro de Cevallos exigía que la fanega de trigo se pagase a dos pesos y el pan de medio real tuviera un peso de 2 libras, imponiendo sanciones a aquellos panaderos que rebajasen su peso. Los Alcaldes, el fiel ejecutor y un regidor se encargaban de velar por el cumplimiento de estos acuerdos, con el fin de cortar los excesos, fraudes y abusos. (160).

El abastecimiento de sal.

Uno de los capítulos más interesantes de la historia económica de Buenos Aires lo constituyeron las expediciones rea-

lizadas a Salinas Grandes, misiones dirigidas y organizadas por las autoridades y el Cabildo y que tuvieron lugar incluso antes del Virreinato y hasta después de la independencia. A ellas podían acudir cuantos quisieran y su finalidad era no sólo el aprovisionamiento de sal para las necesidades de la ciudad o del comercio, sino la apertura de una vía de penetración y pacificación entre los indios infieles de los alrededores. Cuando el Cabildo hacía presente al Virrey o superintendente la necesidad de una expedición a las Salinas, se iniciaban los preparativos, lo que no dejaba de ser un acontecimiento de importancia. Las expediciones se financiaban con los caudales de Propios y se nombraba un administrador en representación de la autoridad municipal para que llevase las cuentas y el control detallado de los gastos. Y como los peligros del viaje eran muchos, se dotaba a las expediciones, además de médico y de sacerdote, de una tropa de defensa contra los posibles ataques de los indios, siempre al acecho (161). Una expedición del año 1786 llevaba 200 blandengues, 150 milicianos, 50 pardos, 4 artilleros, 4 cañones, cartuchos de pólvora, etc. En algunas ocasiones se intercambiaban mercancías con los indios e incluso se liberaban prisioneros.

Para la expedición se convocaba a los vecinos por medio de bandos para que acudiesen con sus carretas, exigiendo ciertas contribuciones, como la de entregar una o dos fanegas de sal por carreta. (162). El aprovisionamiento de sal era indispensable y aunque también era traída de España, se prefería sin embargo la de estas lagunas, distantes a veces 130 leguas de Buenos Aires.

Fueron muchas las expediciones realizadas antes del Virreinato, en ocasiones una o dos veces al año, aunque en algunos no hubo necesidad de llevarlas a cabo o surgían dificultades que lo

impedían, como en 1783 en que Vértiz suspendió una expedición por tener noticia de los preparativos que estaban maquinando los indios contra ella y no pudo realizarse hasta 1786, fecha en que se consiguió una tregua y pacificación. Cuando las expediciones regresaban, las carretas iban cargadas hasta los topes, incluso con peso muy superior a sus posibilidades, lo que daba lugar a numerosos percances. Una vez en la ciudad, el Cabildo se encargaba de distribuir la sal en las pulperías, panaderías o saladeros, y también quien se ocupaba de la vigilancia para evitar los fraudes y abusos que se cometían con su comercio y venta. (163).

Las legumbres, hortalizas y frutas.

Formaban también parte de la dieta alimenticia las habas, alberjos, chícharos, lentejas, garbanzos, cuyas siembras se efectuaban en invierno. En un acuerdo del Cabildo de 28 de junio de 1777 se aconsejaba el cultivo de las legumbres que más se adaptaban al terreno de aquellas zonas, para su consumo especialmente por la Real Armada, como eran los porotos blancos, amarillos, los ojitos negros y los tapes, de los que canta sus excelencias, cuya época de plantación correspondía al mes de noviembre. (164).

En el siglo XVIII, nos dice Mauley Urquijo, ya se utilizaban todas las hortalizas y frutas conocidas en la actualidad, entre ellas las "papas blancas", ya consumidas en la época del Virrey Avilés, abasteciéndose los mercados de la ciudad de toda clase de frutas propias de la región. (165).

En los pagos y montes de la jurisdicción se cultivaba gran variedad de árboles frutales, cerezos, perales, naranjos, limone-

ros, etc. y el corte de sus maderas era también objeto de atención por parte del Cabildo, para que no se perjudicase su desarrollo. Existían, además, los duraznos, las sandías, los zapallos, membrilleros, cocoteros, granados, el piquillin, el carapepa, ibaporu, guanabano (especie de melón pequeño) y la chirimoya, que Furlong cita como la reina de las frutas. (166).

La pesca.

La pesca fue también una fuente importante de consumo, ofreciendo el río una rica variedad de peces, como los dorados, sábalos, cortenas, bagres, palometas, de que nos habla Tadeo Haenke, quien afirma haber visto en ciertos días hasta 35 carretas de pescado ofreciendo su mercancía por las calles (167) y que, al decir de Concolorcorvo, era vendida a precios ínfimos. (168).

Por lo que se refiere a las artes empleadas para la pesca, había una muy particular que Pedro José de Parías nos describe en la siguiente forma:

"Montan los hombres en sus caballos. Cada uno coge la punta o extremo de una grandísima red, que tendrá de largo cien varas, y algunas más. Entran los jinetes en el río juntos, andan los caballos mientras hallan tierra, y en perdiendo el fondo, continúan río adentro nadando. Cuando ya están en paraje donde juzgan no quedar al caballo aliento más que para el regreso, se apartan los jinetes por rumbos contrarios, cuanto la red permite. Ellos están puestos de pie sobre el caballo, y así, tendida la red, vienen para tierra, tirándola los caballos de la cincha; y como la parte inferior viene barriendo el fondo, en fuerza de las balas que lleva pendientes, sacan innumerables peces, unas veces,

y unos días más que otros. Yo he visto sacar ciento dieciocho sábalos en un solo lance, y es de advertir que cada sábalo es como un bejuco grande de España". (169).

La pesca de la ballena.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII se pensó dedicar mayor atención a la pesca de la ballena en las costas patagónicas. Existían establecimientos en la bahía de San Julián, Fuerte del puerto de San José, Fuerte del Carmen y Población de Río Negro, pero en muy malas condiciones, pues carecían de lo más indispensable para la vida humana. Sin embargo, hay un movimiento en esta época para conservar algunos de éstos, con el fin de dedicarlos a la pesca de la ballena, ya que era curioso el hecho de que muchos barcos extranjeros -franceses, ingleses y portugueses- se acercasen a aquellas costas de la Patagonia con este objeto, mientras que en el Virreinato, ya sea por falta de dinero o por falta de gente especializada, no se habían molestado en aprovecharse de los beneficios que aquélla reportaba.

Una Real Orden de 24 de mayo de 1778 disponía la instalación en la bahía de San Julián de una población, para impedir que en esa zona se asentasen portugueses o ingleses y, además, con la idea de aprovechar las salinas de aquel paraje, pero no se consiguió ningún resultado práctico.

En 1783, un vecino de Montevideo, Francisco Medina, con los utensilios aprehendidos a una embarcación inglesa y reuniendo varios españoles y portugueses diestros en el arte de la pesca de la ballena, consiguió licencia para llevar a cabo dicha empresa, mas también se vino todo abajo por problemas surgidos con los arponeros portugueses, acusados de ma-

la fe. Volvió Medina a realizar su intento y aunque no resultó tan desafortunado como el primero, el caso es que no consiguió los resultados apetecidos y se frustraron las siguientes expediciones.

La pesca de la ballena fue promovida más tarde por otras personalidades que veían en ella una fuente de riqueza desaprovechada precisamente por unas gentes como las españolas que habían sido de las primeras y más diestras en su arte. En 1786 el intendente Paula Sanz escribe una relación al Virrey Loreto en la que insiste en los beneficios múltiples de dicha pesca y cómo ésta debía ser promovida en Montevideo y Buenos Aires, aparte de ser también voluntad de Su Majestad, que había incluso establecido premios a quien se dedicase a ella. Paula Sanz señala la necesidad de aprovechar la posición favorable de la zona, pues desde poco más de 30 leguas de Montevideo -dice- hasta el Estrecho de Magallanes, no hay otra cosa más que ballenas, y mientras los portugueses tienen establecidos nueve o diez armazones para su pesca, nosotros no tenemos nada. Propone su fomento, dotando a los barcos de pesca del auxilio de una fragata de guerra y de los utensilios necesarios, así como el ofrecimiento de toda clase de garantías que convencieran a los bonaerenses sobre todo de la utilidad de salir a dicha pesca y conseguir los beneficios que proporcionaba para la industria y el comercio del aceite, barba, esperma y marfil. (170).

Bebidas no alcohólicas.

La yerba mate, oriunda de las tierras del Paraguay, era cosechada con gran profusión en dicha zona por los indios de las Misiones en los yerbales o "minas", y de aquí transportada

por los ríos Paraná y Uruguay hasta el Plata y Santa Fe, de donde se distribuía en carretas por todo el territorio. Era el mate o caá la bebida más usual y junto con la plata y los cueros constituyó, como afirma Puigros, "la trilogía del comercio platense". (171). La bebida de mate era común a todos los grupos sociales y se tomaba a cualquier hora del día, superando su consumo al café o al chocolate. Mate consumían los mestizos, blancos, criollos y los negros, sin excluir a los gauchos o gauderios que intercalaban sus tragos de aguardiente con un mate.

Otra bebida de gran aceptación fue el chocolate y aunque su consumo fue mayor, según afirma Santos Martínez, en las provincias del Alto Perú, era elaborado en Buenos Aires a un precio de 4 reales la libra, subiendo ya a finales de siglo a 7 reales, tanto en casas particulares como en los conventos, a base de cacao y azúcares, dando lugar al famoso "labrado de chocolate". (172).

Bebidas alcohólicas.

El consumo de vinos y aguardientes era importante y su elaboración, dice Santos Martínez, se llevaba a cabo incluso en aquellos lugares en donde no existía la materia prima, como en el caso de Buenos Aires, donde había una fábrica de don Sebastián Lejica que producía aguardiente a partir de melazas traídas expresamente del Brasil.

El vino podía ser, bien de la tierra (Mendoza, Cuyo, Catamarca, Alto Perú) donde existían importantes cultivos de vid -que también se aprovechaban para la obtención de uvas pasas- o bien se traía de España, aunque a un coste mayor. Así, por ejemplo, la pipa de vino de la tierra costaba en 1786 cuatro reales; la pipa de vino "Carlon", 6 reales y la pipa de vino blanco de España, 8 reales. (173).

Por lo que se refiere al aguardiente, era consumido frecuentemente con exceso, como sucedió en toda América, lo que fue motivo de preocupación para las autoridades locales, por la incidencia que ello tenía en la salud pública y en múltiples aspectos de orden social. Particular atención mereció el abuso del aguardiente entre la población india y negra, prohibiéndose en muchas ocasiones su venta entre la población indígena.

En Buenos Aires el aguardiente que se consumía procedía bien de la Península, cuyo precio era de 12 reales la pipa, bien de la tierra, a 8 reales la pipa, o el aguardiente de caña que también costaba 8 reales. Como el vino y el aguardiente se consideraban bebidas de "puro vicio", se gravaban con impuestos extraordinarios, generalmente destinados a la atención de centros benéficos. Cuando fue necesario acometer la reorganización del Hospital de Betlemitas en Buenos Aires, a fin de dotarlo de medios para su subsistencia, se recurrió al aumento en la contribución de las bebidas alcohólicas y en especial en el aguardiente. Un auto de Gobierno de 1792 fijaba estos gravámenes que para el aguardiente de la tierra era de 2 pesos por barril, uno destinado al ramo de sisa o fortificación y otro para el Hospital. El aguardiente de España se gravaba con un peso por barril; y el vino de la tierra con un peso para el ramo de fortificación y el de España con dos reales para el Hospital. (174). Pero estos remedios chocaban con los intereses del comercio o de la Corona que prohibió en más de una ocasión el gravamen de vinos y aguardientes, por considerarlo muy perjudicial para el real erario.

Aunque las pulperías no estaban dedicadas exclusivamente a la venta de vino y aguardiente, eran, sin embargo, los princi-

pales lugares donde se expendían, si bien, al decir de Hernán Asdrúbal Silva, su venta estuvo también en manos de tratantes particulares. (175).

& &
&

N O T A S

=====

1.- Ver López Osornio, Mario. "Viviendas en la Pampa".- Buenos Aires. Editorial Atlántida. 1944.

2.- La cal, dice Furlong, era abundante, tanto en Córdoba como en Buenos Aires, existiendo tres variantes: "la cal de coenhillas procedente de la Magdalena, la cal cordobesa y la cal de Montevideo".

Furlong, Guillermo: "Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica".- Buenos Aires "Huarpes". Pág. 59.

3.- Furlong cita a los primeros tejeros que en 1608 pusieron hornos de ladrillo y teja en Buenos Aires. Estos fueron Joseph de Acosta y Antonio Franco.

Furlong, Guillermo: "Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica". Op. cit. Pág. 58.

4.- Plano lineal de la ciudad de Buenos Aires, realizado por Joseph Bermúdez (29 de diciembre de 1708). Escala: 400 pies los 8 cms.- Archivo General de Indias. Est. 76. Caj. 3. Leg. 4 (6).

Y plano y planta de la ciudad, dibujado por Joseph Bermúdez en 1713.- Escala: 800 pies los 10 cms. - Archivo General de Indias. Est. 76.- Caj. 3. Leg. 4 (7).

5.- La urbanización -dice Luis María Torres- que había iniciado su incremento hacia el sur, cerca del Riachuelo de los navíos por donde se introducían los abastos para la ciudad, a partir de 1776 empieza a extenderse hacia el noroeste con las quintas y otras edificaciones.

Ver Torres, Luis María. "Cuestiones de Administración edilicia".- En Documentos para la Historia Argentina.- Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.- Tomo IX. 1918. Pág. CVI.

6.- Concolorcorvo afirma que en el año 1749 no se conocían las quintas:

"Entonces no sabían el nombre de quintas, ni conocían mas fruta que los duraznos. Hoy no hay hombre de medianas conveniencias que no tenga su quinta con variedad de frutas, verduras y flores, que promovieron algunos hortelanos europeos, con el principal fin de criar bosques de duraznos, que sirven para leña, de que carecía en extremo la ciudad."

Concolorcorvo.- "El Lazarillo de Ciegos Caminantes. Desde Buenos Aires hasta Lima".- 1773.- Buenos Aires. Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana.- 1908. Pág. 33.

7.- Plano de Joseph Bermúdez.- 1713.- Op. cit.

8.- Torres, Luis María. "Cuestiones de administración edilicia".- Op. cit. Pág. CXXXVII.

9.- Furlong, Guillermo. "Arquitectos argentinos durante

la dominación hispánica".- O. cit. Pág. 109.

10.- Ibídem. Pág. 60.

11.- Real Cédula para que se paguen diezmos de cal, teja, ladrillo, cuero, sebo y grasa.- Buenos Aires.- Madrid, 24 de febrero de 1724.- Col. Mata Linares. Copia . Tomo CII. Fol. 374.

12.- Real Cédula confirmando la cobranza de diezmos de cal, teja, ladrillo, cuero, sebo y grasa.- San Ildefonso, 16 de octubre de 1727.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo CII.- Fol. 420.

13.- Plano de Joseph Bermúdez. Op. cit.

14.- Real Cédula notificando al Gobernador de Buenos Aires el envío de carpinteros, calafates, etc., para terminar las obras del presidio y construir lanchas, cuyo sueldo se pagará del nuevo impuesto de la sisa.- Madrid, 2 de diciembre de 1716.- Col. Mata Linares. Copia (4 fols.) Tomo II. Fol. 70.

15.- Real Cédula sobre los fondos y arbitrios de que deben mantenerse las fortificaciones de Buenos Aires.- Barcelona, 31 de diciembre de 1700.- Col. Mata Linares. Copia. (3 fols.)- Tomo CI. Fols. 30-32.

16.- Ibídem. Fol. 31 v.

17.- Real Cédula para que no se gaste en ninguna otra cosa el importe del nuevo impuesto de sisa destinado a las fortificaciones de Buenos Aires.- Buen Retiro, 12 de octubre de 1716.- Col. Mata Linares. (2 fols.) Tomo CII.- Fols.40-41.

18.- Real Cédula suprimiento el impuesto de sisa destinado a las fortificaciones de Buenos Aires por haberse concluido éstas. Madrid, 17 de enero de 1717.- Col. Mata Linares. Copia. 5 fols. Tomo CII. Fols. 98-102.

19.- Millau, Francisco.- "Descripción de la provincia del Río de la Plata". (1772).- Buenos Aires. "Espasa Calpe, S.A.". 1947.- Colección Austral 707.- Pág. 39.

20.- Torre Revello, José. "La Casa Cabildo de la ciudad de Buenos Aires".- Buenos Aires 1951. Págs. 9 y 10.

21.- Ibídem. Pág. 16.

22.-"Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires con los reyes de España".- Buenos Aires, 1915.- Pág. 275.- (Publicado bajo la dirección de Roberto Levillier).-

La necesidad de que la Sala Capitular fuera ubicada en una segunda planta del edificio queda constatada por las razones expuestas en reunión del Cabildo años más tarde, en 17 de enero de 1707, en la que se afirma que las salas de que disponen los cabildantes en ese momento para sus reuniones

son bajas y sus ventanas dan a la calle:

"donde no se pueden congregar sus Capitulares sin el riesgo experimentado de la poca observancia del secreto por que aunque le guarden conforme a su obligacion los que componen este Cavildo estando tan inmediatas dichas Ventanas a la Plaza y contigua a los Pozos que estan pegados a ella donde comunmente se sientan quantas personas quieren".

Cabildo 17 de enero de 1707.- En Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie II. Tomo I.

23.- Real Cédula para que los Oficiales de Hacienda de Buenos Aires envíen el presupuesto de las obras de las Casas Capitulares y Cárcel de la ciudad.- El Pardo, 6 de noviembre de 1718.- Col. Mata Linars. Copia. Tomo CII.- Fol. 181.

24.- Torre Revello.- Op. cit. Pág. 39.

25.- Ibídem.- Pág. 39.

26.- Furlong, Guillermo.- "Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica".- Op. cit. Pág: 156 y 207.

27.- Cabildo 8 de octubre de 1725.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie II.- Tomo V.- Años 1723 a 1727.

28.- Concolorcorvo.- Op. cit. Pág. 38.

29.- Bando de don Marcos José de Larrazábal, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre el curso de las aguas por las calles.- Buenos Aires, 11 de septiembre de 1761.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II. Fol. 131.

30.- Pillado, Antonio. "Buenos Aires colonial".- Buenos Aires 1943. Pág. 8.

31.- Expediente sobre trazado, construcción e higiene de las calles de la ciudad de Buenos Aires, iniciado por un oficio del Virrey Vértiz.- 1783.

Torres, Luis María.- "Cuestiones de administración edilicia". En Documentos para la Historia Argentina.- Op. cit. Tomo IX, pág. 79.

32.- Fray Pedro José de Parras. "Diario y derrotero de sus viajes". 1749-1753.- Buenos Aires 1943.- Pág. 108.

33.- Millau, Francisco. "Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772)". Op. cit. Pág. 88.

34.- Ibídem. Págs. 89 y 90.

35.- Furlong, Guillermo.- "Artesanos argentinos durante la dominación hispánica".- Pág. 241.

36.- Real Cédula notificando al Gobernador de Buenos Aires el envío de carpinteros y calafates para terminar las obras del presidio y construir lanchas cuyo sueldo se pagará del nuevo impuesto de la sisa.- Madrid, 2 de diciembre de 1716.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo CII. Fols. 70-74.

37.- Real Cédula para que el Gobernador de Buenos Aires construya, si lo estima necesario, dos embarcaciones mayores para el servicio de la ciudad.- San Lorenzo el Real, 15 de marzo de 1716.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo CII.- Fol. 8.

38.- Real Orden comunicando al Contador Mayor de Buenos Aires el envío de un carpintero calafatero para lanchas del Río de la Plata.- San Ildefonso, 12 de septiembre de 1770.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo CVI.- Fol. 320.

39.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre lanchas del río, construcción, marinería, matrícula.- Buenos Aires 9 de mayo de 1767.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II.- Folios 186-187.

40.- Ibídem. Fol. 187.

41.- Certificación de las lanchas y champanes que hacen el tráfico del Río de la Plata.- Buenos Aires 10 de junio de 1786.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo LXXVIII.- Fol. 642.

42.- Santos Martínez, Pedro.- "Las industrias durante el Virreinato (1776-1810)"- Buenos Aires 1969. Pág. 143.

43.- Concolorcorvo.- "El Lazarillo de Ciegos caminantes". Op. cit. Págs. 70-71.

44.- Ibídem. Pág. 71.

45.- Ibídem. Pág. 72.

46.- Millau, Francisco. "Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772)". Op. cit. Pág. 67.

47.- Cabildo 27 de marzo de 1754.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo I.- Pág. 387.

48.- Cabildo 23 de octubre de 1754.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires. Serie III.- Tomo I.- Pág. 462.-

49.- Cabildo 27 de marzo de 1754.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo I.- Pág. 386.

50.- Cabildo 11 de febrero de 1789.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo IX.- Pág. 45.

51.- Cabildo 24 de marzo de 1789.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo IX.- Pág. 72.

52.- Cabildo 22 de abril de 1789.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo IX.- Pág. 76.

53.- Cabildo 14 de marzo de 1791.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo IX.- Pág. 558.

54.- Real Cédula sobre el método a seguir en la construcción de caminos y puentes del Virreinato de Buenos Aires.- Madrid, 2 de abril de 1789.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo CXIV.- Fol. 263.

55.- Real Cédula dando instrucciones para el sometimiento de los indios Charruas, Bujanes y Jaros.- Madrid, 11 de noviembre de 1716.- Col. Mata Linares. Copia. (6 fols) . Tomo CII.- Fol. 59.

56.- Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires sobre que se use la táctica defensiva contra los indios Pampas y que se imponga el ramo de guerra en las carretas y arrias de mulas.- Buenos Aires, 17 de febrero de 1745.- Col. Mata Linares. Copia. (4 fols.) Tomo II.- Folio 31 v.

57.- Ibídem. Fol. 32.

En efecto, don Juan Antonio Giles se manifestaba en contra de lo que había sido propuesto por el Gobernador y los demás señores del Cabildo, por el hecho de que las carretas sobre las que recaería el mayor peso de este impuesto eran de aquellos pobres labradores que vivían en las estancias y chacras y que habían servido al Rey en todas las actividades llevadas a cabo contra portugueses e indios infieles, sin que nunca fuesen remunerados por estos servicios.

58.- Al mismo tiempo, se decía que, para "mejora del Asiento y Población de los Parages expresados y gastos que en ellos se ocasionen" se comisionaba a tres delegados para cada uno de los tres lugares citados, que serían, para el Salto, a don Domingo González, para el paraje de la Laguna Brava a Lezica y para la Laguna de los Lobos a don Juan Miguel de Esparza.-

Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires sobre Compañías para defender las fronteras, manutención y situación de las mismas. Buenos Aires, 17 de mayo de 1752.- Col. Mata Linares. Copia. (2 fols.) Tomo II. Fol. 83 v.

59.- Real Cédula desaprobando los arbitrios propuestos por la ciudad de Buenos Aires para la defensa de la frontera contra los indios pampas y serranos.-

Buen Retiro, 10 de julio de 1753.- Col. Mata Linares.- Copia. (3 fols.). Tomo CIV.- Fols. 170 y 170 v.

60.- Real Cédula para que se promueva la fundación de nuevos pueblos en la campaña de Buenos Aires.- El Pardo, 17 de mayo de 1777.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo CVII.- Fol. 510.

61.- Providencia de don Juan José de Vértiz, Virrey del Río de la Plata, ordenando que el comandante de frontera haga recoger todas las familias que se encuentran en lugares peligrosos.- Buenos Aires, 3 de noviembre de 1780.- Col. Mata Linares. Copia (2 fols.) Tomo II. Fol. 337 v.

62.- Relación de Gobierno del Virrey del Río de la Plata don Juan José de Vértiz a su sucesor Marqués de Loreto.- Buenos Aires, 12 de mayo de 1784.- Col. Mata Linares. Copia. (165 fols.).- Tomo LIII. Fol. 37.

63.- Decreto de don Juan José de Vértiz estableciendo la recaudación de impuestos extraordinarios para la construcción de los fuertes de Tunas y Saladillos.-

Buenos Aires, 12 de abril de 1780.- Col. Mata Linares.- Tomo XI. Fols. 15-19.

64.- Relación de Gobierno de don Juan José de Vértiz, Virrey del Río de la Plata, a su sucesor.-Op. cit. Fol. 116.

65.- Ibídem.

66.- Noticia de los Fuertes que cubren la frontera de Buenos Aires y leguas que distan uno de otro.- Frontera de Luján, 10 de junio de 1788.

Col. Mata Linares. Tomo Fol. 935.

67.- Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires sobre avanzar las guardias en las fronteras y que el ramo de guerra se reintegre al Cabildo.- 20 de junio de 1775.- Col. Mata Linares. Tomo II.- Fol. 277-282.

68.- Reconocimiento de la frontera de las Pampas hecho por don Félix de Azara en 1796, con el objeto de adelantar las guardias para la cría del ganado y proyecto de fortificar el Cholo.- Buenos Aires 31 de julio de 1796.- Col. Mata Linares. Copia (9 fols). Tomo XIX.- Fols. 41 y 42.

69.- Ibídem. Fol. 43.

En cada salida de inspección, según Azara, iban ocho blandengues con un cabo, que se dirigían unas 8 o 10 leguas al sur, y a quienes los indios mataban con facilidad. Esto lo consideraba infrahumano y aconsejaba que tales exploraciones no se efectuaran de esa forma, sino que, saliendo dos blandengues por la derecha y dos por la izquierda, después se reuniesen a mitad de camino y luego regresasen, con el fin de dejar el rastro propicio para los indios, quienes los seguirían, adentrándose de este modo en los fuertes.

70.- Ibídem. Fol. 47.

71.- Informe de don Manuel Cipriano de Melo al Virrey de Buenos Aires don Nicolás Antonio de Arredondo, sobre límites, fuertes y guardias de la otra banda del Río de la Plata.- Buenos Aires, 16 de julio de 1790.- Col. Mata Linares. Copia (10 fols.) Tomo XIX.- Fols. 94-103.

72.- Relación de Gobierno del Virrey don Nicolás Antonio de Arredondo a su sucesor. Año 1795. Col. Mata Linares. Copia. Tomo LIII.- Fol. 325.

73.- Jorge Juan y Antonio de Ulloa.- Noticias Secretas de América, sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile". Londres. Imp. R. Taylor. 1826. pág: 416

74.- Pérez de Tudela y Bueso, Juan.- "Ideario de don Francisco Rodríguez Fernández, párroco criollo en los Andes (1696)".- Anuario de Estudios Americanos.- Tomo XVII. - Pág. 81.

75.- Corona Baratech, Carlos.- "Notas para un estudio de la sociedad en el Río de la Plata durante el Virreinato.".- Pág. 116.

76.- Azara, Félix de.- "Descripción e Historia del Paraguay y el Río de la Plata".- Madrid, 1847.- Pág. 182.

77.- Todos estos indios, afirma Millau, "no multiplican en proporción de su gran número, porque se destruyen mutuamente con la continua guerra que se hacen unos a otros. Suelen los más cercanos a Buenos Aires, para rechazar más bien a sus contrarios o retirar de ellos con más seguridad y también sólo con algún fin de comercio o el pretexto de cambiar los cautivos, solicitar la paz con esa Ciudad, que cuando le parece puede convenir, la concede, sin hacer mucho

caso ni dar creencia a sus palabras por las repetidas experiencias que tiene de faltar éstos luego a ellas, cuando se les presenta la ocasión oportuna de robar y de continuar sus hostilidades."

Millau, Francisco.- "Descripción de la Provincia del Rfo de la Plata (1772)."- Buenos Aires, 1947.- Págs. 70-74.

78.- Memoria de Gobierno del Virrey don Juan José de Vértiz a su sucesor Marqués de Loreto.- Col. Mata Linares.- Tomo LIII.- Fols. 116-117.

79.- Matorras, Jerónimo.- "Diario de la expedición hecha en 1774 a los países del Gran Chaco desde el fuerte del Valle".- Colec. Angelis.

80.- Memoria de Gobierno del Virrey don Nicolás Antonio de Arredondo a su sucesor.- Col. Mata Linares.- Tomo LIII.- Fols. 335.

81.- Ibídem.

82.- Ravignani, Emilio.- "Crecimiento de la población en Buenos Aires y su campaña (1726-1810)!"- "Padrones de la ciudad y campaña de Buenos Aires (1726-1810)!"- Documentos para la Historia Argentina.- Buenos Aires. Años 1920-1955.- Págs. XIX, XX, XXL y XXII.- Con una advertencia de don Ricardo R. Caillet-Bois.

83.- Para el estudio del comercio negrero y el derecho de asiento de negros de la Compañía francesa de Guinea y la South Company inglesa en el Rfo de la Plata, he-

mos consultado la obra de Elena Studer : "La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII". Buenos Aires.- Universidad de Buenos Aires.- 1958.- 378 págs.

84.- Gillespie, Alejandro.- "Buenos Aires visto por viajeros ingleses" (1800-1825).- Buenos Aires. Emecé Editores. 1941.

85.- Corona Baratech, Carlos.- "Notas para el estudio de la sociedad en el Río de la Plata durante el Virreinato".- Op. cit. Pág. 134.

86.- Escrito anónimo sobre la Casa de Huérfanas de Buenos Aires y Hospital. 1798.- Col. Mata Linares.- Tomo LXVIII.- Capítulo 11.- Fol. 19 vto.

87.- García, Juan Agustín.- "La ciudad indiana (Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII)".- Buenos Aires 1900.- Pág. 73.

88.- Torre Revello, José.- "Sociedad colonial: las clases sociales, la ciudad y la campaña".- Historia de la Nación Argentina.- Buenos Aires.- Año 1940 .- Tomo IV.- Págs. 504-505.

89.- Corona Baratech, Carlos.- "Notas para un estudio de la sociedad en el Río de la Plata durante el Virreinato".- Op. cit. Pág. 102.

90.- Puiggros, Rodolfo.- "Historia Económica del Río de la Plata".- Buenos Aires 1948.- Pág.

91.- Real Cédula notificando al Gobernador de Buenos Aires el envío de tropas al Presidio de la ciudad.- Madrid, 17 de enero de 1717.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo CII. Fols. 96-97.

92.- Relación de Gobierno del Virrey del Rfo de la Plata don Juan José de Vértiz a su sucesor.- Buenos Aires, 12 de mayo de 1784.- Col. Mata Linares. Tomo LIII.- Fol. 129.

93.- Ibídem.

94.- Ibídem. Fol. 130.

95.- Ibídem.- Fol. 131.

96.- Relación de Gobierno del Virrey don Nicolás Antonio de Arredondo.- 1795. Col. Mata Linares. Copia. Tomo LIII.- Fols. 375.

97.- Ibídem. Fol. 377.

98.- Relación de Gobierno del Virrey don Juan José de Vértiz a su sucesor.- Año 1784 .- Col. Mata Linares.- Tomo LIII.- Fol. 12.

99.- Ibídem. Fol. 8.

100.- Ibídem. Fol. 5.

101.- Relación de Gobierno del Virrey don Nicolás Antonio de Arredondo a su sucesor.- 1795.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo LIII.- Fol. 316.

102.- Según Juan Agustín García, la población escolar en 1773 era la siguiente:

En el Colegio Real de San Carlos:

Filósofos: 17.- Gramáticos: 89.- Primeras letras: 232.

Convento de Santo Domingo:

Teólogos: 10.- Filósofos: 18.- Gramáticos: 9.- Primeras letras: 123.

Convento de San Francisco:

Teólogos: 2.- Filósofos: 13.- Gramáticos: 38.- Primeras letras: 108.

Convento de la Merced:

Teólogos: 4.- Filósofos: 29.- Gramáticos: 8.- Primeras letras: 83.

Convento de los Betlemitas:

Primeras letras: 89.

García, Juan Agustín.- "La ciudad indiana (Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII)".- Op. Cit. Pág. 341.

103.- Furlong, Guillermo.- "La cultura femenina en la época colonial", Buenos Aires. Edit. Kapelusz. 1951. 264 págs.

104.- García, Juan Agustín.- "La ciudad indiana (Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII)".- Op. cit. Pág. 341.

105.- Haenke, Tadeo.- "Viaje por el Virreinato del Río de la Plata (1789)".- Buenos Aires 1943.- Pág. 81.

106.- Cabildo 1 de marzo de 1726.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie II.- Tomo V. Años 1723-1727.- Págs. 576-577.

107.- Según Besio Moreno, el índice de defunciones debido a las epidemias alcanzó su cota más alta en 1728 con 736 víctimas y en 1742, año en que fallecen 965, y sobre todo en 1780 en que hubo 1.164 muertes; cifras que volvieron a alcanzarse en 1789 y 1794 debido a la viruela y a una epi-

demia cuyo foco se produjo en la cárcel.

Besio Moreno.- "Buenos Aires, puerto del río de la Plata, capital de la Argentina".- "Estudio crítico de su población" (1536-1936).- Buenos Aires 1939.- Págs. 76 a 79.

108.- Ravignani, Emilio.- "Crecimiento de la población en Buenos Aires y su campaña (1726-1810)". "Padrones de la ciudad y campaña de Buenos Aires (1726-1810)".- Documentos para la Historia Argentina.- Buenos Aires. Años 1920-1955. Con una advertencia de don Ricardo R. Caillet-Bois.- Op. cit. Págs. XIX.- XX.- XXI.- XXII y XXIII.

109.- Concolorcorvo.- "El Lazarillo de ciegos caminantes".- Op. cit. Págs. 36 y 37.

110.- Sobre este particular, Bayle, Constantino. "Los Cabildos seculares en la América española." Madrid 1952. Págs. 105 y 161.

111.- Estos eran solamente los de escribano, alguacil, contador, regimientos, fielazgos y veinticuatrias, no entrando en ellos los oficios de justicia y gobierno.

112.- Bayle, Constantino. "Los Cabildos seculares en la América española". Op. cit. Pág. 285.

113.- Real Cédula sobre cómo se deben nombrar los regidores de la ciudad de Buenos Aires.- Buen Retiro, 20 de febrero de 1752.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo CIV. Fol. 55.

114.- Ibídem.

115.- Ibídem.

116.- En acta del Cabildo de 8 de noviembre de 1786 se lee un informe destinado al Gobernador intendente sobre los nuevos arbitrios propuestos por el Cabildo, en el que se hacen constar los sueldos de ciertos funcionarios del Concejo y Ayuntamiento. Estos son:

Abogado de la ciudad = 500 pesos.

Teniente de gobernador = 600 pesos.

4 Alguaciles o satélites = 200 pesos cada uno.

Escribano del Cabildo = 300 pesos.

Un portero = 450 pesos.

Maceros = 8 pesos

Verdugo = 200 pesos y 20 reales por cada justicia que haga.

Regidor Alférez Real = 100 pesos

Regidor Defensor de pobres = 300 pesos

Pregonero = 100 pesos

Relojero = 100 pesos.

En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.-
Serie III. Tomo VIII. Pág. 199.

117.- Zorraquin Becú, Ricardo.- "Los Cabildos Argentinos". Buenos Aires. Imprenta Universidad. 1956. Pág. 52.

118.- Lynch, John. "Administración Colonial Española" (1782-1810). "El sistema de las Intendencias en el Virreinato del Río de la Plata". Londres Universidad. 1958. Pág. 65.

119.- Bando de don Juan José de Vértiz, Virrey del Río de la Plata sobre el establecimiento de las Intendencias.- Buenos Aires 25 de noviembre de 1783. Col. Mata Linares. Copia. 4 fols. Tomo II. Fol. 359-362.

120.- Sobre estas dos instituciones ver: Levene, Ricardo. "Historia del Derecho Argentino". Buenos Aires.- Editorial Kraft, 1946. Tomo II. 518 págs.

121.- Real Cédula dirigida al Virrey del Río de la Plata sobre erección de una Audiencia en la capital de Buenos Aires. Madrid 14 de abril de 1783. Col. Mata Linares. 2 f. Copia. Tomo CX. Fols. 444, 445.

122.- Ibídem.

123.- Ibídem.

124.- Tjarks, Germán.- "El Consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en la Historia del Río de la Plata".- Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. 2 tomos. 1962. 971 págs.

125.- Vicens Vives.- "Historia de España y América, social y económica". Vol. IV, págs. 164-165.-Madrid, 1972.

126.- Jorge Juan y Antonio de Ulloa.- "Noticias Secretas de América". "Sobre el estado naval, militar y político del los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile". Op. cit. pág 246.

127.- Estas permisiones de comercio, como afirma Guillermo Céspedes, fueron concedidas con poca regularidad, no porque fueran negadas por la monarquía, sino por la dura resistencia que oponían los monopolistas limeños, que veían en ellas una amenaza a sus intereses.

Ver Guillermo Céspedes del Castillo: "Lima y Buenos Aires, repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata". Sevilla. Anuario de Estudios

Americanos. 1946.- Pág. 669.

128.- Ibídem. Pág. 687.

129.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, sobre matanza de ganados y comercio de cueros .- Buenos Aires, 31 de octubre de 1753. - Col. Mata Linares. Copia. 2 fols. Tomo II.- Fols. 88-89.

130.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely y Ursua, Gobernador del Río de la Plata, sobre contrabando y comercio ilícito.- Buenos Aires, 22 de septiembre de 1766. Col. Mata Linares.- Copia. Tomo II.- Fol. 174 v.

131.- Ibídem. Fol. 175.

132.- Real Orden para que se predique en las Indias que el contrabando constituye pecado.- San Ildefonso, 15 de septiembre de 1776.- Col. Mata Linares.- Copia. 1 fol. Tomo CVII.- Fol. 387.

133.- Real Decreto en el que Su Majestad ha resuelto ampliar la concesión del comercio libre a la provincia de Buenos Aires con internación por ella a las demás de América meridional y extensión a los puertos habilitados en las costas de Chile y Perú.- El Pardo, 2 de febrero de 1778.- Col. Mata Linares.- Impreso. 4 fols. Tomo LXXX.- Fol. 776.

134.- Ibídem. - Fol. 776 v.

135.- Ibídem.- Fol. 777.

136.- Levene, Ricardo.- "Historia Económica del Virrei-

nato del Plata".- La Plata, 1927.- Pág. 85.

137.- Ibídem. Pag. 60.

138.- Santos Martínez, Pedro.- "Las industrias durante el virreinato (1776-1810)".- Buenos Aires, 1969.- Pág. 149.

139.- Juan Agustín García.- "La Ciudad Indiana". "Buenos Aires desde 1.600 hasta mediados del siglo XVIII".- Buenos Aires, 1.900.- Pág. 192.

140.- Real Cédula suprimiendo el impuesto de la sisa destinado a las fortificaciones de Buenos Aires, por haberse concluido éstas.- Madrid, 17 de enero de 1717.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo CII.- Fols. 98 v. y 99.

141.- Ibídem.

142.- Real Cédula por la que se concede al Cabildo de Buenos Aires un arbitrio de medio real por mula y se le niega el embarque de cueros en las naves de registro.- Aranjuez, 5 de mayo de 1716.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo CII. Fols. 16-17.

143.- Real Cédula sobre la forma en que en adelante se han de permitir las pulperías y tendejones en Buenos Aires.- San Lorenzo, 20 de julio de 1721.- Col. Mata Linares.- Como CII. Fols. 303-306.

144.- Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires sobre que se use la táctica defensiva contra los indios Pampas y que se

imponga el ramo de guerra en las carretas y cargas de mulas. Buenos Aires, 17 de febrero de 1745.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo II.- Fol. 30-33.

145.- Real Cédula desaprobando los arbitrios propuestos por la ciudad de Buenos Aires para la defensa de la frontera contra los indios pampas y serranos.- Buen Retiro, 10 de julio 1753.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo CIV.- Fols. 168-170.

146.- Ibídem.

147.- Informe sobre los propios que actualmente goza la ciudad.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo VIII.- Págs. 207-218.

148.- El gran negocio del comercio y exportación del cuero, que en 1778 alcanzaba la importante suma de 150.000 piezas exportadas, fué el gran recurso económico de Buenos Aires. Furlong cita las cuatro variedades de las piezas de cuero exportables: "Cueros secos sin curtir, suelas, pello- nes (o pellejos de carnero sin quitarles el cuero) y tape- tados (pellejos sin lana, curtidos y teñidos de color)". Y añade que tanto las carretas que provenían del oeste como las lanchas procedentes del este transportando dichos pro- ductos, eran numerosas y daban lugar a un inmenso tráfico, confluyendo todas ellas en el puerto de Buenos Aires desde donde tendría lugar la salida de los cueros a sus diversosa destinos.- Furlong, Guillermo. "Historia Social y Cultural del Río de la Plata" (1536-1810).- Buenos Aires. 1969. Pág. 556.

149.- Bando de Don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que no maten vacas con el pretexto de machorras viejas so pena de destierro, presidio, y pérdida de bienes. Buenos Aires. 13 de mayo de 1752.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 79 y 80.

150.- Bando de Don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, sobre matanza de ganado y comercio de cueros. Buenos Aires, 31 de octubre de 1753.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 88-89.

151.- Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires sobre huida de ganados por sequía, mortandad de ellos, changadores, prohibiciones a estos; aprovechamiento de la carne; matanza de ganados.- Buenos Aires, 16 de septiembre de 1748.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fols. 57-59.

152.- El Gobernador interino del Río de la Plata Don Alonso de la Vega, aprueba lo acordado por el Cabildo de Buenos Aires acerca de que la carne se venda por real y por medio real. Buenos Aires, 22 de diciembre de 1760.- Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fols. 121-122.

153.- Según Santos Martínez la preparación del sebo se realizaba de la siguiente forma: "Para la elaboración del sebo el industrial disponía de dos hornillos principales y otros para derretir el Chicharrón; prensa y cubo de cobres para exprimirlos, pisadero, picadero, estanco para remojar los cueros, tinajas para enfriar, coladores y otros elementos". En Mendoza, añade, el sebo se utilizaba también en la impermeabilización de los odres de vino. Ver Santos Martínez, Pedro : " Las industrias durante el Virreinato (1776-1810).- Buenos Aires. 1969. Pág; 74

154.- El jabón, elaborado a partir del sebo y la grasa, tuvo en el Virreinato dos fábricas importantes una en Salta y otra en Mendoza. Ver sobre el tema la obra de Santos Martínez: "Las industrias durante el Virreinato". Op. cit. Pág. 77.

155.- Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires acerca de que cada uno guarde el trigo que necesite de su cosecha y el resto lo traiga a la ciudad para abastecerla; que los panaderos compren el trigo que necesiten diariamente en la plaza.- Buenos Aires, 14 de diciembre de 1750.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II.- Fols. 72-73.

156.- Acuerdo del Cabildo sobre la necesidad que padece la ciudad de trigo, sebo y grasa.- Buenos Aires, 11 de octubre de 1754.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo II. Fols. 92-94.

157.- Bando de Don Pedro de Cevallos para la cosecha de trigo o siega. Que concurren todos los peones y oficiales artesanos, y el jornal sea de tres reales.- Buenos Aires, 9 de enero de 1762.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II.- Fols. 135-136.

158.- Bando del Virrey de Buenos Aires Don Pedro de Cevallos sobre el reglamento para la cosecha de trigo.- Buenos Aires, 17 de noviembre de 1777.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II.- Fol. 308.

159.- Ibidem.- Fols. 309-310.

160.- Bando de Don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que el trigo no se compre a menos de dos pesos y el peso del pan sea de medio real; que en cada tahona haya una romana fiel.- Buenos Aires, 12 de enero de 1762.-

Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II.- Fols. 137-138.

161.- Bando de Don Domingo Ortiz de Rozas, Gobernador del Río de la Plata, sobre la expedición a las salinas con carretas para abastecer la ciudad.- Buenos Aires, 5 de Febrero de 1774.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II.- Fol. 26.

162.- Ver: Santos Martínez, Pedro : " Las industrias durante el Virreinato"- Op. cit. Pág: 125.

163.- Como afirma Santos Martinez, las Salinas integraban en América las regalías, pero a partir de 1609 fueron entregadas al aprovechamiento.- Santos Martínez : "Las industrias durante el Virreinato". Op. cit. Pág. 139.

164.- Acuerdo del Cabildo de 28 de Junio de 1777.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III, tomo VI.- Pág. 85.

165.- Mariluz Urquijo, José María: "El Virreinato en el Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés (1799-1801).- Buenos Aires.- 1966.- Pág. 358.

166.- También cita Furlong las bebidas obtenidas a partir de frutas como el "ipio", "mamon", el "mandubí" o "maní" y la "naquierna", y el "liguenidi" o meollo de la palma.- Furlong, Guillermo: "Historia Social y Cultural del Río de la Plata". Op. cit. Pág. 362.

167.- Haenke, Tadeo : "Viaje por el Virreinato del Río de la Plata.(1789).- Buenos Aires.- 1943.- Pág. 80.

168.- Concolorcorvo: "El Lazarillo de ciegos caminantes".- Op. cit. Pág. 41.

169.- Farras, fray Pedro José: "Diario y derrotero de sus viajes.(1749-1753)".- Buenos Aires.- 1943.- Pág.110.

170.- Carta al Virrey Marqués de Loreto del Intendente Paula Sanz sobre la pesca de la ballena.- 17 de marzo de 1786.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo V.- Fols.83,84,85 y 88.

171.- Ver: Puiggros, Rodolfo: "Historia económica del Río de la Plata".- Buenos Aires.- 1948.- Pág. 35.

172.- Santos Martínez, Pedro: "Las industrias durante el Virreinato.(1776-1810)".- Op. cit. Pág. 65.

173.- Ver: "Valor anual a que asciende la contribución para sostener 200 camas en el Hospital de Betlemitas de Buenos Aires" Buenos Aires, 4 de julio de 1786.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo LXXVIII.- Fol. 643.

174.- Ver: " Auto del Gobierno de Buenos Aires sobre el Hospital de la ciudad".- Buenos Aires, 3 de septiembre de 1792.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo LIV.- Fols. 154-156.

175.- Silva Hernán, Asdrúbal: "Pulperías, tendejones, sastres y zapateros en la primera mitad del siglo XVIII.- Sevilla.- Anuario de Estudios Americanos.- 1969.- pag.476.

& &

&

CAPITULO II

=====

ASPECTOS DE LA ORDENACION URBANA DE BUENOS AIRES

=====

EN EL SIGLO XVIII

=====

-LA HIGIENE EN LA CIUDAD. LOS PROBLEMAS ORIGINADOS POR LAS BASURAS Y SUCIEDAD EN LA VIA PUBLICA. PROBLEMAS DE HIGIENE URBANA EN MADRID: SABATINI Y LA INSTRUCCION DE 1761. LOS NUEVOS PROYECTOS DE LIMPIEZA Y RECOGIDA DE BASURAS EN BUENOS AIRES.

- EL ABASTECIMIENTO DE AGUA POTABLE EN BUENOS AIRES. LA CONTAMINACION Y SUCIEDAD DEL RIO.

- LA CONTAMINACION PRODUCIDA POR LAS INDUSTRIAS, FABRICAS Y HORNOS. LAS MEDIDAS ADOPTADAS POR EL CABILDO. EL PELIGRO DEL FUEGO.

- LAS PLAGAS: EL DAÑO QUE CONSTITUIAN PARA LA SALUD PUBLICA.

- LA LANGOSTA.

- LOS RATONES Y LAS HORMIGAS.

- LOS PERROS. EL PELIGRO DE LOS PERROS CIMARRONES. LOS PERROS DOMESTICOS.

- LOS ALCALDES DE BARRIO: SU CREACION INSPIRADA EN LOS MODELOS OFRECIDOS POR LA CORTE MADRILEÑA.

- EL PROBLEMA DEL TRAFICO. SU REGULACION EN LA CIUDAD.

- HACIA UN NUEVO CONCEPTO DE LA PAVIMENTACION. LOS PROYECTOS DE EMPEDRADO Y LA INFLUENCIA DE LA INSTRUCCION DE 1761 SOBRE LIMPIEZA Y EMPEDRADO DE MADRID.

- LAS NORMAS DE CONSTRUCCION PARA EDIFICIOS PUBLICOS Y PARTICULARES.

- LA CREACION DE LOS PASEOS PUBLICOS : LA ALAMEDA.

- EL ALUMBRADO: SU INAUGURACION EN MADRID. SU INSTALACION EN BUENOS AIRES.

- LA CONSTRUCCION DE CEMENTERIOS EN EL SIGLO XVIII. CRITERIOS ACERCA DE SU ESTABLECIMIENTO EN BUENOS AIRES.

& &
&

LA HIGIENE EN LA CIUDAD. LOS PROBLEMAS ORIGINADOS
POR LAS BASURAS Y SUCIEDAD EN LA VIA PUBLICA. PRO-
BLEMAS DE HIGIENE URBANA EN MADRID: SABATINI Y LA
INSTRUCCION DE 1761, LOS NUEVOS PROYECTOS DE LIM-
PIEZA Y RECOGIDA DE BASURAS EN BUENOS AIRES.

Uno de los principales aspectos que va a caracterizar la política edilicia desarrollada durante el reinado de los Borbones españoles fue, sin duda, la adopción de importantes medidas de saneamiento e higiene en la estructura urbana de las ciudades, para lo cual era también preciso requerir una estrecha colaboración ciudadana que hiciera posible esta aspiración, pues hasta entonces el pueblo había manifestado un completo inmovilismo y abulia en todo lo relacionado con la materia de higiene o de salubridad pública, en la ignara creencia de que el asunto no tenía tan vital importancia para el bienestar público.

Esta preocupación notoria sobre todo lo relacionado con la higiene, salubridad y aspectos sanitarios de las ciudades no proviene, desde luego, de ideas concebidas en el siglo XVIII, pero lo que sí es cierto es que las especiales características del siglo, sus modernas teorías urbanas, el afán de progreso, los avances técnicos y las nuevas mentalidades, influyeron decisivamente en el desarrollo de una nueva política urbana cuyo objetivo principal fuera el hacer de las ciudades unos núcleos de convivencia, a la par que más bellos y estéticos, más saludables y habitables para la comunidad, procurando dotarlas de los medios necesarios para tal logro.

Buenos Aires conocerá, pues, lo mismo que las ciudades peninsulares e isleñas y sus hermanas de la América hispana una constante preocupación gubernativa por la definitiva reestructuración de las condiciones higiénicas y sanitarias de la ciudad, preocupación que se halla explícita en la gran cantidad de medidas adoptadas a lo largo de todo el siglo, y contenidas en bandos, ordenanzas y disposiciones promulgados por los Gobernadores, el Cabildo o los Virreyes.

Entre los graves problemas que aquejaban a la ciudad era, sin duda, el de la suciedad vial uno de los más difíciles de resolver, en parte por la deficiente infraestructura de la calle, a la que ya aludíamos en otra ocasión, y en parte por la poca colaboración del vecindario para mantener aquélla limpia de residuos.

Pero esta mentalidad no sólo se encontraba en la población bonaerense, sino que era patrimonio de casi todos los ciudadanos de la época, pues el hábito de arrojar desperdicios a las calles era general aún a principios del siglo XVIII. No es de extrañar que Buenos Aires, en trance de consolidar su evolución para convertirse en la gran ciudad que fue después, conociera también, y con mayor motivo, estos inconvenientes. Las aguas sucias, los animales muertos, las inmundicias de todo tipo, se echaban a la calle sin ningún escrúpulo, lo que unido a su mal estado y a los estragos producidos por las lluvias durante el invierno, formaba un conjunto incómodo e insalubre, por la fetidez y el peligro que de ello se derivaba. Las aguas estancadas, las basuras esparcidas, constituían un impresionante estercolero, un nido de gérmenes nocivos al que ya habían hecho referencia los médicos, que atribuían también a las aguas corrompidas la proliferación de enfermedades y epidemias, tales como las infecciones de llagas.

Las basuras no sólo se encontraban en los arrabales o en las calles modestas, pues en las principales podía contemplarse también el mismo espectáculo. Además de los anima-

les muertos -perros, gatos, mulas, caballos- se arrojaba también la carne podrida, las aguas sucias y hasta los mismos elementos que habían sido utilizados para las mortajas, sábanas, paños mortuorios, etc. En las calles, los carpinteros, zapateros o herreros, dejaban los restos de sus materiales, y lo mismo los albañiles o los que, personalmente, construían o arreglaban sus casas, a quienes no les importaba abandonar el sobrante, la arena, los cascotes de ladrillo y tejas, del material utilizado. Y qué decir de los vendedores ambulantes que mataban los carneros y otros animales en las mismas plazas, o los que vendían aves en plena vía pública, dejando prácticamente emplumado el suelo y esparcidos los despojos.

Frente a tal situación, el Cabildo pretendió en repetidas ocasiones poner fin a estas costumbres, y reiteradamente pedía a los Gobernadores que "rompieran oando" dictando provisiones destinadas al aseo y limpieza de las calles. En una reunión del 8 de noviembre de 1717, los términos empleados por el Cabildo son bien expresivos:

"...por quanto en toda la Ciudad se experimentavan Comunmente el que estavan sus Calles infestadas de Animales muertos y otras ymundicias lo qual es y puede ser en Daño Comun de los havitadores de dicha Ziudad y havriendose conferido el Remedio Conviniente para ello; Se Acordo se pida al Señor Governador se sirva Romper Vando mandando el que todos los Vezinos estantes y havitantes en esta dicha Ziudad procuren el poner Cuidado el que siempre se mantengan limpias y aseadas las Calles con la Pena que su Señoria fuera servido". (1).

La basura arrojada a las calles, el polvo y el agua estancada, constituían, por sí solos, un peligro para la salud pública, y éste era el parecer de las autoridades, especialmente durante las graves epidemias que aquejaron a la ciudad en ciertas ocasiones: una de éstas, y al parecer de graves consecuencias, fue la sufrida entre 1717 y 1718, años en que

se produjo una gran sequía en la ciudad; pues bien, con ese motivo, las actas del Cabildo manifiestan su preocupación por el hecho de que uno de los principales focos de infección pudiera consistir en esta inmundicia callejera. Por esta razón, el 1 de diciembre de 1717 el Cabildo decide nombrar un diputado, quien, con la asistencia del fiel Executor, dispusiera que se llevase a efecto la limpieza de la vía pública: "...de todo cuanto pueda ser dañoso al bien comun", y así se dispuso que se sacaran en una carreta todas las inmundicias y animales muertos, y la ropa arrojada a la calle, cuyo número, se dice, era considerable, llevándose todo ello a una legua de la ciudad para allí ser quemado. (2).

Para evitar el estancamiento de las aguas y la putrefacción de las basuras se intentó recabar la atención del vecindario, con el fin de que nivelasen sus trozos correspondientes de calle y no arrojaran ningún tipo de desperdicios, pero tales disposiciones no debían ser escuchadas por la mayoría de ellos, ya que la repetición constante de bandos y ordenanzas sobre el particular se hace patente hasta finales de siglo, lo que demuestra que el problema no encontraba una solución satisfactoria.

Así, la mayor parte de los Gobernadores y, posteriormente, los Virreyes, promulgaron bandos de buen gobierno en los que se recomendaba y ordenaba al público, entre otras cosas, la limpieza de las calles. Citemos, como ejemplo, los bandos de don José de Andonaegui, de 21 de febrero de 1755 (3); de don Pedro de Ceallos, de 17 de marzo de 1766 y 6 de mayo del mismo año (4); de don Juan José de Vértiz, de 20 de septiembre de 1770 y 21 de mayo de 1772 (5); de don Francisco de Paula Bucarely, de 3 de noviembre de 1776 (6); de don Diego de Salas, de 15 de enero de 1782 (7); y, por supuesto, las instrucciones que sobre lo mismo dictaron a los Alcaldes de Barrio Vértiz (1772) (8), Francisco de Paula Sanz (27 de abril de 1787) (9), y Nicolás Antonio de

Arredondo (4 de enero de 1794) (10).

Pero ni los desperdicios dejaban de ser arrojados a la vía pública, ni los artesanos recogían los restos sobrantes de su trabajo, ni en general nadie se preocupaba de sacar fuera de la ciudad los animales muertos o la basura, pues era más fácil utilizar como vertedero la propia calle.

Ni que decir tiene que, en aquella época, eran contadas las ciudades que iban superando tal estado de cosas. Madrid, la capital del Reino, era tenida, años antes de la llegada de Carlos III, por una de las cortes más sucias de Europa. Todo se arrojaba por ventanas y balcones, y al grito, unas veces, de "¡agua va!", y otras sin previo aviso, se vertían las aguas sucias sobre las sufridas cabezas de los transeúntes. También en Madrid se habían dictado bandos desde la época de los Austrias para la limpieza pública, pero tuvieron poca efectividad. Y en lo referente a tirar las aguas sucias por las ventanas, en 1761 las ordenanzas indicaban las horas en que ello debía realizarse: desde las 11 de la noche en verano y las 10 en invierno. (11).

A través de un curioso manuscrito sacado a la luz por Domínguez Ortiz conocemos la versión que nos da el Marqués de la Villa de San Andrés a propósito de la Corte madrileña y su limpieza, en el que se hace referencia a las asignaciones que se daban para la misma y cuya eficacia, desgraciadamente, era nula. También se refiere al sistema de recogida de basuras con que contaba la capital, la famosa y conocida "marea", descrita asimismo por Fernán Núñez, la cual consistía en una tabla que, apoyada en un tronco redondo tirado por mulas que un hombre guiaba, iba limpiando las calles, en la medida de lo posible, durante las horas nocturnas. (12).

Pero ni las inmundicias ni sus consecuencias preocupaban a los madrileños de entonces, algunos de los cuales llegaron a decir que la suciedad de las calles quedaba mitigada por el aire sutil que aportaban a la ciudad las cercanas cum-

bres del Guadarrama. Quizá en Buenos Aires también se pensara que la intensidad de los vientos pamperos ayudaba a barrer la basura, desecar los barrizales y alejar el mal olor.

Que tal panorama no influía en el ánimo de nadie está constatado por los cronistas de ambas ciudades. En Madrid, el ambiente de sus calles se refleja muy bien en la descripción que, para aquella época, hace Fernández de los Ríos:

"...los vecinos las interceptaban sentándose a tomar el fresco en verano, haciendo hogueras para encender los braseros o asar castañas en invierno, regando macetas, sacudiendo esteras, arrojando por puertas y ventanas papeles y trapos viejos en toda estación y a toda hora; los picapdreros convertían la vía pública en taller; los albañiles saturaban de cal su atmósfera, y los perros, los gatos, las cabras, los cerdos, los bueyes, los pavos, las gallinas, estacionaban en ellas como si fueran corral establo o pocilga". (13).

Y todo ello porque el pueblo no encontraba reprochable esta práctica y no veía el porqué habían de cambiar las cosas, con una mentalidad que tampoco era corregida por las autoridades con eficacia:

"Los madrileños no sospechaban siquiera que no hay derecho para estorbar ni incomodar a nadie; que el aseo no consiste en limpiar sino en no ensuciar; que la limpieza es higiene y economía". (14)

Hemos de referirnos de nuevo al testimonio de don Cristóbal del Hoyo Sotomayor, Marqués de la Villa de San Andrés, cuando nos habla de la suciedad de la corte madrileña en la época de Felipe V y de cómo estaba organizado el servicio de limpieza:

"Para limpiar estas calles paga esta villa 132 carros podridos que 264 matadas mulas arrastran, y por más que sin cesar cruzan continuamente, como el pueblo es grande suele cada enjuagadura tocar tarde a calle". (15).

Mas ¿cuál fue la política que se siguió en ambas ciudades?

En la villa madrileña ya se habían ensayado varios proyectos encaminados a su composición y aseo: los de limpieza y empedrado en tiempo de Felipe IV, los contenidos en las Ordenanzas de Madrid de 1660, y otra serie de innovaciones al respecto, como las propuestas por el ingeniero don José Alonso de Arce en 1735. Pero es Sabatini quien verdaderamente inicia el proceso para implantar un sistema más efectivo. En 1761 presenta un proyecto para el empedrado y limpieza que será aprobado por el rey el 14 de mayo del mismo año.

Sobre la instrucción de Sabatini y en lo referente al tema que nos atañe, son interesantes los puntos que se refieren a la creación de unos pozos, especie de cloacas, adonde irían a parar las "aguas mayores" o "inmundicia principal", hecho que originó una polémica entre algunos miembros del Ayuntamiento y el propio Sabatini, por el temor de que las aguas potables de abastecimiento que circulaban bajo tierra pudieran resultar contaminadas por la existencia de aquellos pozos o sumideros. Sabatini intentó disipar las dudas a este respecto alegando que el sistema no ofrecía peligro alguno, y la experiencia en otras ciudades europeas así lo había demostrado. (16).

La instrucción prohibía también arrojar nada por las ventanas, ni siquiera a las horas permitidas en otras épocas. Asimismo se habla en ella de la creación de dos conductos que sirvieran uno para la "inmundicia principal" y otro para las aguas de cocina o procedentes de otros usos domésticos. En cuanto al resto de la basura que, como era natural, se producía en todos los hogares, así como la procedente de los diversos oficios de tenderos, zapateros, tejedores, sastres, etc., se depositaría en los portales, patios o caballerizas, para que: "... con Cavallerias, y Serones destinados a este fin, que es lo más cómodo para poder entrar á cargar en cualquiera Portal, ó Patio, se saquen à costa del Publico fuera de Madrid, para que en las calles no haya basura alguna de esta clase". (17).

Los desperdicios propios de mercados o los que en calles y plazas dejaban los vendedores, todo ello sería limpiado a diario, desde los residuos de verduras hasta el estiércol de los caballos, a costa del erario público, excepto los desperdicios procedentes de Tahonas, panaderías u otros locales cuya limpieza dependería de sus dueños, encargados o inquilinos, a los que correspondería:

"... el sacarlo á su costa al campo, para que nada se detenga en las calles; y en quanto a los despojos de las Obras, en que se han de cuidar los Maestros ó Dueños de ellas, de que se limpien todos los Sabados, como está mandado por las Ordenanzas de Madrid". (18).

Con estas nuevas disposiciones los años posteriores pudieron contemplar cómo la suciedad, tan característica de la villa y corte, iba disminuyendo. Un equipo de hombres provistos de carretillas, serones y caballerías, y un encargado de la vigilancia y relación de la limpieza que se efectuaba cada día hicieron posible esta realidad.

El proyecto mencionado sobre empedrado y limpieza para Madrid tendría una gran importancia e influencia en el ánimo de los gobernantes bonaerenses, especialmente en lo relativo al empedrado, como se verá más adelante, pero sin duda también en lo que a materia de limpieza se refiere. Pero años antes, y como las quejas del Cabildo o los bandos en que se instaba al público a no arrojar desperdicios y a barrer, al menos, la parte de calle correspondiente a sus pertenencias, no daban resultado, ya se tomaron medidas y se pensó en organizar un sistema más efectivo de recogida de basuras, comenzándose en primer lugar por disponer que tales desperdicios se arrojasen a las zanjias o muladares que especialmente se habían creado para ello. Sin embargo ciertos bandos especificaban y dejaban bien sentado que dichos muladares no eran ni las esquinas de las calles ni los huecos de las mismas, como el bando de Andonaegui de 21 de febrero de 1755. (19). Pues tal era la dejadez del vecindario.

Por el mismo motivo se hacía especial hincapié en evitar que los criados y esclavos, a quienes se encargaba de la limpieza de las casas, abandonaran, por negligencia, las basuras y desperdicios en la vía pública y no los transportasen a los lugares indicados, por lo que se penaría con azotes al esclavo que no cumpliera lo dispuesto. Así rezan varias actas del Cabildo; tal es el caso de una de 1766 en la que se pedía al señor Gobernador y Capitán General que promulgase bando sobre la composición de las calles y también para que "no se eche la basura de los Corrales en las Calles, con alguna pena a los esclavos que se cogieren quebrantando el bando y a los amos que lo tolerasen diputándose para Selarlo y haserlo cumplir, a los Señores Alcaldes..." (20).

En cuanto a las medidas que se tomaban para con los vendedores del mercado o los ambulantes, se adoptó el sistema de obligarles a transportar en sus propias carretas el sobrante y desperdicio de los productos que vendían, llevándolos a ciertos lugares destinados para ello fuera de la ciudad, impidiendo igualmente que dichos vendedores sacrificasen sus animales en las plazas o calles, debiendo acarrearlos ya muertos, a pesar de que esto podía inducir a la picaresca y al fraude, como así lo prevenía una disposición de don Pedro de Ceballos, de 6 de marzo de 1766:

"Que los que venden el Carnero ó Cordero no vengam á matarlos á la Plaza sino que los traigan muertos, y no maten ni vendan ovejas por carneros, y así los Carneros que traigan muertos han de tener la señal en que se verifique serlo". (21)

Esto iba encaminado a evitar que todos los vendedores que a diario traían productos para el consumo dejasen la plaza llena de desperdicios y despojos de animales; por eso mismo se

instaba a los vendedores de aves para que recogiesen las plumas y despojos, en el caso de pelarlas en los mismos lugares de venta. (22).

A los artesanos, zapateros, herreros, albañiles y carpinteros se les exhortaba para que no dejaran fragmentos de materiales que pudieran interrumpir el tráfico, así como a los vecinos que tuviesen que edificar, para que no "embarazasen con tierra, ni materiales dejando siempre libres los pasos y corrientes". (23).

Y es más, avanzando en esta lucha por la limpieza de la ciudad, se llega a prohibir que a las puertas de las casas se aten caballos y se les dé allí de comer "por lo inmundo que se ponen las calles", como así se lee en un párrafo del bando de don José de Andonaegui, de 21 de febrero de 1755. (24).

Con fecha 21 de mayo de 1772, Vértiz seguía insistiendo en lo urgente que era establecer en la ciudad "el aseo, limpieza y policía que tanto conduce á la Salud, publica, objeto á que no pueden divertirse los Juezes Ordinarios sin dispendio de la devida Administración de Justicia". (25). Para ello Vértiz recababa la necesidad de contar con personas encargadas de celar por todos estos problemas, y a quienes se encargaría en adelante todos los asuntos de que se ocupaban los bandos relacionados con la policía y aseo de la ciudad. En lo tocante a la materia de limpieza pública, Vértiz encargaba a dichos comisionados:

"Tendran especial cuidado los Comisionados en el aseo de las Calles de su distrito obligando á los Vecinos á que en el frente de sus Casas permitan basuras, ni inmundicias, sino que juntandolas dentro de ellas á la noche, ó en la hora que pudieren bayan sus esclavos, á arrojarlas á Zanjás ó parajes donde se les señale, como así mismo no per-

mitirá animales muertos para lo que destinarán sitios donde enterrarlos". (26).

Para tal menester proponía Vértiz que el vecindario podía contar con la eficaz ayuda de los presos de la cárcel, sobre todo cuando se trataba de transportar grandes y pesados animales muertos: "...les subministrará el Oficial de Guardia de la Barranca los presidiarios que pidan, y los carreteros estarán obligados á conducirlos al mandato de los Comisionados pena de diez pesos..." (27).

Como vemos, las prohibiciones no bastaban y hubo que recurrir a las multas y sanciones, que tampoco fueron suficientes para resolver la situación. Estas penas iban subiendo en su cuantía paulatinamente de uno año a otro; así, en 1775, se exigían por el incumplimiento, las siguientes cantidades: a los que arrojaban animales muertos o basuras a las calles o al río, cuatro pesos; a los vendedores que dejaban los desperdicios de víveres y animales, penas de cuatro pesos, si eran libres, y cincuenta azotes si no lo fueren. En 1776 las penas son de diez pesos al que arrojase basuras; exigiéndose, por el mismo motivo, en 1782, doce pesos.

¿ Se consiguieron resultados favorables? Ya hemos visto cómo, desde principios de siglo, hubo preocupación por la limpieza urbana, pero la resistencia era terca. En 1776 se lamentaba el Gobernador don Francisco de Paula Bucarely por no haber alcanzado los objetivos anhelados de hacer de Buenos Aires una ciudad que reuniera las condiciones más elementales de higiene:

"Por quanto sin embargo de que por Vandos de este Govierno promulgados para el buen regimen de esta Ciudad, esta mandado lo que se ha de observar especialmente para la composicion y aseo de las calles se ha experimentado la falta de observancia..." (28).

Pero es que, años más tarde, volvemos a encontrarnos prácticamente con la misma situación. Así, en un bando de don Diego de Salas, de 1782, se dice:

"Por quanto por repetidos Vandos esta Ordenado, y publicado lo que se deve observar, para el aseo, policia y limpieza de las Calles de esta Ciudad, con varios puntos interesantes al bien de la República, sin que hayan surtido su devido efecto...". (29).

Y es más, las opiniones de algunos viajeros que ya a finales del siglo XVIII y aun a comienzos del XIX, se acercan por la ciudad de la Santa Trinidad, coinciden en reconocer su falta de aseo y abandono. Así, Tadeo Haenke, que llegó con la expedición Malaspina a aquellas costas en los últimos años del XVIII, dejó constancia de esa falta de policía en las calles: "tolerando echarse en ellas despojos que las emporcan". (30).

Más duros serían aún los comentarios de ciertos viajeros ingleses a comienzos del siglo XIX, tales como Alejandro Gillespie, capitán inglés llegado a la ciudad en 1807, quien afirma que se hallaba invadida por una peste de ratas (31); y otros como Samuel Haigh o el capitán Francisco Bond Head, quienes insisten en la suciedad de casas, calles y arrabales, así como en la falta de pavimentación. (32).

Esto nos demuestra que el proceso que las autoridades habían iniciado para lograr el aseo y decencia de la urbe sería lento, tardándose mucho tiempo en desterrar, pese a las buenas intenciones, la suciedad callejera. (33).

En Madrid, como hemos visto, encontramos un ambiente análogo y una morosidad por parte de todos en cumplir lo establecido para la limpieza pública. Después de la famosa instrucción de Sabatini con la remodelación para las calles madrileñas, observamos que las autoridades también se lamentan de que no se utilicen con toda la asiduidad requerida los pozos construidos para la recogida de basuras. Así lo hizo saber Esquilache a los alcaldes madrileños en una instrucción de 30 de marzo de 1762:

"Enterado el Rey de que muchos vecinos de Madrid, sin

embargo de estar hechos los Pozos en sus casas, no usan de ellos, continuando en berter las inmundicias a la Calle; me manda prevenir a V.I. que inmediatamente disponga que se estienda un Vando que hará V.I. fijar en los parajes Proximos y acostumbrados para que en las casas en donde esten finalizados los Pozos se use de ellos, y no se permita que de ellas se vierta a la Calle, imponiendo a los transgresores las penas pecuniarias que tenga V.I. por convenientes las quales quiere S.M. que se exijan sin dilación, y quese apliquen una tercera parte al Denunciador, y las otras dos para Ayuda al Empedrado." (34).

Igualmente se decía que se castigase a todos los "morosos" en cuestión de limpieza, ya fueran los propios vecinos o los maestros de obras a quienes se encomendaba el asunto, fijándose también penas pecuniarias para escarmiento. (35). Con respecto a la obligación de echar las aguas inmundas a los pozos contruidos o depositar las basuras en portales y zaguanes para que fueran recogidas, se advierte:

"...y todos lo cumplieran assi los Inquilinos, ó Inquilinas de los Quartos de las Casas en que estuviesen hechos los Pozos, pena por la primera vez de seis ducados, aplica dos por mitad al Denunciador, y para ayuda al Empedrado; y por la segunda doblada la multa, y de las demás providencias al arbitrio de S.I. el Señor Governador del Consejo, zelándose el cumplimiento de esta providencia por los mismos Alcaldes, y sus Ministros". (36).

Sólo con esfuerzo y con insistencia la villa madrileña fue saliendo de aquel estado de abandono, y de ello nos dejan constancia las opiniones de algunos visitantes, quienes afirman que bajo el reinado de Carlos III la ciudad iría adquiriendo una fisonomía más agradable y a la altura de otras europeas. De este logro se hace eco Antonio Ponz en su obra "Viaje de España", cuando al realizar la semblanza de Madrid y hablar de

su "antigua suciedad y hediondez", añade: "cuyo destierro para siempre fue una de las obras más memorables de Carlos III respecto a su Corte". (37).

Volviendo a Buenos Aires, encontramos cómo en las últimas décadas del siglo, el aumento de población, su incremento comercial, y el ser, además, capital de un dilatado Virreinato, hacían preciso que esto se correspondiese con su aseo externo que le diera el tono propio de las grandes ciudades, por lo que se hacía indispensable buscar las soluciones más eficaces para los problemas urgentes que se venían planteando. Así, en agosto de 1783, siendo Vértiz ya Virrey, inicia un famoso expediente sobre composición, aseo y limpieza, en el que se vuelve a considerar la urgencia de que la ciudad pueda contar con un equipo organizado de recogida de basuras. (38)

De ello se hace eco el Cabildo (18 de agosto de 1783), (39), quien pedía al Síndico Procurador dispusiera los medios que fueran convenientes para desterrar basuras y lodazales de las calles; para esto último se llegaría incluso a pensar en la prohibición del tráfico de las grandes carretas, y en utilizar a los presos de la cárcel en arreglar las veredas y evitar así pantanos y lodazales. En cuanto a la cuestión de los desperdicios se dice que puede arreglarse "teniendo para ello la ciudad diez ó doce Carretillas de mano, rastras ó machos con sus arganas, cuyo ejercicio fuese limpiar las Basuras animales muertos y otras inmundicias que de ordinario se ven en las Calles y Huecos".(40). Para ello, se dice, sería indispensable la existencia de un Regidor de turno, encargado de los negocios de limpiar y velar por el aseo de la ciudad. (41). Era algo así como el Visitador con que contaba Madrid para dirigir y llevar a efecto la recogida de basuras y que venía obligado a dar cuenta diaria de su labor.

También el Intendente Paula Sanz dictará una serie de Instrucciones sobre la cuestión de la compostura, arreglo y aseo de las calles. En una de 4 de febrero de 1784 afirmará que, gracias a los desvelos del Virrey Vértiz y la insistencia en mantener la ciudad limpia, sería posible respirar en la ciudad un aire más puro y destruir las epidemias que la asolaban. (42). Asimismo Paula Sanz prohíbe tirar o sacar basuras "en carro ú otra especie arrastrando á sincha por la calle", con la pena de perder la caballería que se llevase. (43).

Otro problema era sin duda el de los desagües de todo tipo procedentes de las casas. En Buenos Aires, lo mismo que en Madrid, la Instrucción sobre el empedrado y limpieza, de 1761, proponía que los desagües de las casas se realizaran por medio de unos canalones de lata o plomo (ya desde 1640 estaba dispuesto que el agua procedente de las lluvias fuera conducida para no caer directamente a la calle desde las azoteas). Pero en 1784 (18 de febrero), Paula Sanz insiste en que no se arrojen a la calle las aguas sucias a través de los canalones que se habían creado solamente para recoger las aguas de lluvias:

"Que por las cañerías que salen a las Calles por bajo delas Calzadas no se viertan aguas inmundas, por lo que perjudican a la Salud publica llenando la Calle de mal olor y de insectos; no teniendo otro objetivo estos conductos que el desagüe de las lluvias y de alguna otra agua, que aunque prósceda del servicio de la Casa, sea de oficinas limpias de motivos inmundos". (44).

Con el tiempo se iría perfeccionando el sistema de limpiezas y por un acta del Cabildo de 5 de diciembre de 1791, en la que se habla del nuevo remate que ha de hacerse al sujeto encargado de limpiar las calles, se añade también la necesidad existente de disponer de cuatro carretillas en los meses de verano y dos en invierno, con dos peones cada una "para tirar el uno y el otro apalear la basura mas grosera de las Calles". (45).

La basura sería a su vez sacada por cada vecino (o por sus

criados o esclavos) a las carretillas en los días señalados para el caso. Al rematador se le adjudicaría un número de operarios suficiente para el menester de enterrar a los animales muertos "cuyas heces impregnan el agua y el aire" y cuyos cadáveres se amontonaban en cualquier punto de la ciudad y en los bajos del río. (46).

Vemos, pues, que la Administración, aunque con lentitud y esfuerzo, lograría ir implantando un equipo de limpieza muy beneficioso, y aunque cronistas posteriores seguían considerando a Buenos Aires como una ciudad sucia, el primer paso para terminar con este problema estaba ya dado.

& &
&

EL ABASTECIMIENTO DE AGUA POTABLE EN BUENOS AIRES.
LA CONTAMINACION Y SUCIEDAD DEL RIO.

Buenos Aires contaba con el normal y cercano suministro de agua potable proporcionada por su río. Agua, pues, no faltaba, pero hay que tener en cuenta que estas aguas del río eran las únicas disponibles para el abastecimiento de la ciudad, ya que se carecía de manantiales o venas de agua de otra procedencia. En ciertas ocasiones se intentó llevar a cabo la localización de venas de agua potable pero no se obtuvieron los resultados esperados, pues las aguas encontradas eran, por lo general, de origen salitroso y de nulo aprovechamiento para este menester. (47).

En lo que se refiere al riego de campos o huertos, las características especiales del terreno le hacían fértil. Tadeo Haenke refiere cómo en los campos se extiende una costra de tierra negra debajo de la cual se hallaba otra de greda dura, y a mayor profundidad ciertas capas de agua:

" En cualquier parte puede abrirse el pozo y es dable que suceda, conservando la greda mayor calor atrae físicamente la humedad subterránea y que elevándose a la superficie lleve tras sí los aceites en que abunda considerablemente. Esta calidad aceitosa se manifiesta no solamente en lo resbaladizo que es cuando se pisa sino también al tacto amasando una pequeña cantidad de greda. Además de que siendo por sí infecunda se hace fértil con una sola mezcla de arena, en que también abunda el terreno, lo cual impide su conglutinación y abre respiraderos al aire y camino a las raíces y

gufas de las semillas" (48).

Por esta razón la tierra era fértil, no conociendo prácticamente más que el riego del agua de lluvia, pues el campesino y hortelano no practicaba ni el riego ni el abonado del campo; no obstante, sobre este hecho Haenke afirma que en aquellas tierras se conseguirían resultados aún más satisfactorios si se creasen regadíos y se abriesen pozos, norias, albercas, etc. que pudieran paliar las grandes épocas de sequía, tan frecuentes en aquel terreno. (49).

Pero el abastecimiento de agua para el consumo diario de la población no podía efectuarse más que con el agua del río, y aunque ciertas familias acomodadas poseían aljibes o pozos para retener el agua de lluvia, el común del vecindario bebía las aguas del río, que era transportada diariamente por los esclavos o los criados, y sobre todo por los aguateros o aguadores que vendían el líquido elemento por toda la ciudad. Se desarrolló así el oficio típico del aguatero, personaje tan popular y característico de Buenos Aires, oficio que sería ejercido principalmente por esclavos negros que, con el producto de sus jornales, contribuían a su propio mantenimiento y al de la casa o familia a quienes pertenecían.

El aguatero era, pues, elemento imprescindible en aquella sociedad. Su descripción, así como la de la carreta aguatera, nos la proporciona Wilde:

"La carreta aguatera era tirada por dos bueyes. El aguatero, que por supuesto usaba el mismo traje que el carretillero, el carnicero, carnerero, etc., es decir, poncho, chiripa, calzoncillo ancho con fleco, tirador y demás pertrechos, era hijo del país, y ocupaba su puesto sobre el pértigo, provisto de una picana (una caña con un

clavo agudo en un extremo), y una macana, trozo de madera dura, con que hacía retroceder o parar a los bueyes, pegándoles en las astas". (50).

De la carreta aguatera, tirada en otros casos por un caballo, y que constaba de pértigo y yugo, nos dice:

"A cada lado de la pipa, en su parte media, iba colocado un estacón de naranjo u otra madera fuerte, ceñidos ambos entre sí, y en su extremo superior por una soga, de la que pendía una campanilla o cencerro, que anunciaba la aproximación del aguatero". (51).

El aguatero penetraba con su carruaje en las aguas del río hasta que los barriles o toneles del mismo se saturaban de agua, disponiéndose así a vender su precioso cargamento por toda la ciudad.

Pero el aspecto esencial que nos ocupa es la calidad y salubridad del agua que se bebía. Por los testimonios que conocemos, los viajeros que nos relatan sus excelencias, hablan también de su turbiedad, defecto que podía subsanarse si, como dice Concolorcorvo, se la dejaba reposar en tinajas de barro, con el fin de que las partículas de tierra que pudieran llevar en suspensión se posaran en el fondo del recipiente. Aunque el punto realmente negativo se presentaba con la contaminación de las aguas por los residuos que la ciudad vertía al río inevitablemente, y por los mil usos que su caudal ofrecía, sin que se tomaran las debidas precauciones higiénicas, desconocidas por el común de las gentes a quienes no preocupaban mucho las condiciones de salubridad del agua que bebían. Lo más frecuente era que en la misma zona donde los aguateros hacían su acopio, las lavanderas lavaban la ropa de toda la ciudad, y allí mismo se vertían, de igual modo que se hiciera en las calles, basuras, desperdicios y animales

muertos, y es más, como era costumbre matar el ganado en los bajos del río, se arrojaban después todas sus vísceras al agua.

Tal era el panorama. El propio Concolorcorvo, que vivió de cerca este problema, nos confiesa su punto de vista:

"La gente común y la que no tiene las precauciones necesarias bebe agua impura y de aquella que a la bajada del río se queda entre las peñas, en donde se lava toda la ropa de la ciudad, y allí la cogen los negros, por evitar la molestia de internar a la corriente del río. Desde que vi repetidas veces una maniobra tan crasa, por la desidia de todos los aguadores, me causó tal fastidio que sólo bebí desde entonces de la del aljibe que tiene en su casa don Domingo de Basavilbaso, con tales precauciones y aseo que puede competir con los mejores de Europa".(52).

Las aguas de los ríos que atravesaban las ciudades arrastraban la suciedad y desperdicios producidos en las mismas, por lo que no es extraño que en Buenos Aires sucediera igual; pero estas aguas, por un proceso natural, iban en su curso purificándose de nuevo, perdiendo a lo largo de su recorrido los residuos y productos infectos, por lo que podían ser bebidas por los pueblos ribereños, río abajo, sin mayor peligro. Veamos una aclaración que, a este respecto, nos da el propio Sabatini, tomando como ejemplo varios ríos, y que nos puede demostrar la mentalidad que se tenía en la época sobre este asunto:

"Las aguas del Río de Valencia, después de aver pasado limpiando todas las inmundicias de los lugares comunes de la misma ciudad, se beben por muchas gentes de las Alquerias, ó Quintas de más abajo, con preferencia de sus Pozos sin que les ocasiones el menor perjuicio. Las del Río de la Sena en Paris, después de haver recibido toda la suciedad

del Hospital llamado l'Hotel Dieu y de otras Casas se beben igualmente por mas abajo de estas sin el menor daño. Las Aguas mismas de Manzanares, despues de haver recojido todas las imundicias de Madrid ¿no se beben mas abajo de esta Villa? (53).

La idea de todos es, pues, que el agua se purificaba cuando habia recorrido un espacio considerable. Pero no era éste el caso de Buenos Aires, que bebía el agua contaminada "in situ", sin haber dado tiempo a que se purificara; por ello este problema empezó a preocupar seriamente a las autoridades bonaerenses. En el siglo XVIII encontramos en los bandos y disposiciones de gobernadores y virreyes, medidas destinadas a contrarrestar el grave perjuicio de la suciedad del río. Son muchas las amonestaciones que se hicieron , entre otras la prohibición de matar ganado en los bajos del río, haciendo reflexionar sobre el peligro que suponía para la salud pública tales prácticas, y más aún al dejar luego que la corriente arrastrara toda la "bascosidad" y la carne podrida. Un bando de Andonaegui, de 1755, proclamaba:

"Que todos los Corrales, en que se mata ganado para el abasto de esta Ciudad que están en el bajo del rio, se suban arriba pues estando inmediatos á la orilla del Rio con las corrientes se lleva todas las Bascosidades de que puede resultar una epidemia a esta Ciudad". (54).

Y lo mismo repetían incansablemente todos los bandos que sobre policía e higiene ciudadana dictaron Celallos (bandos de 1766), Francisco de Paula Bucareilly (1776), Vértiz (1770 y 1772, entre otros), Diego de Salas (1782); castigando su incumplimiento con multas hasta de cuatro pesos.

Como era de esperar, se dieron también normas al igual que ocurriera con respecto a las calles y plazas, para que nadie

fuera a arrojar al río las basuras o restos de materiales, carnes putrefactas o animales muertos, cosa tan frecuente no sólo en Buenos Aires, sino en todas las ciudades, pueblos o villas. En más de una ocasión la autoridad insistió en la forma como debía usarse el agua del río, aunque tales medidas, por la pereza y por la falta de escrúpulos de unos y otros, a quienes no les importaba lo más mínimo la pureza de las aguas, no siempre fueron llevadas a la práctica. Así, se decía que los aguateros o cuantos se encargaban de transportar el agua, no debían tomar ésta frente a la ciudad, sino algo más arriba, para evitar así el peligro de contagio, sin que esto diera lugar a que elevaran el precio.

Se obligaba, pues, a que el agua se recogiese en determinados lugares, y el sitio más indicado se decía siempre que era "desde Santa Cathalina para adelante azia el Retiro" (55). Bandos promulgados por Cevallos, Francisco de Paula Bucardý, Vértiz, etc., castigaban con penas de cien azotes a quien contraviniese estas órdenes.

Pero de la inobservancia de este deber deja testimonio el hecho de que a finales de siglo se sigue exhortando a los aguateros para que cogiesen el agua en la zona contigua al convento de las Catalinas. En 1781 se expresaba así don Diego de Salas:

"Y en atención á que se ha observado la inobservancia del capitulo copiado de que se sigue perjuicio al bien Publico en la Salud: Por tanto, ordeno y mando, se guarde y cumpla el dicho Capitulo bajo la pena en el expresada, y ademas la de prendimiento de la Cavalgadura, Varriles y avio de Cavallo con que se reagravara al que quebrantase este Vando y duplicada pena de Azotes y Varranca llevando solo el medio real por viaje en qualquier distancia de la Ciudad" (56).

Y todavía en 1797 don Pedro Melo de Portugal afirmaba que los aguateros, en vez de tomar el agua en la zona ya indicada de las Catalinas, lo hacían incluso en las inmediaciones del mismísimo Hospital, sin escrúpulos y con riesgo de introducir la peste, "vendiendo un agua que recibe todas las inmunidicias de los lavados y vascocidades que bajan por las barrancas" (57).

Por lo que se refiere a los pozos y aljibes destinados a conservar el agua procedente de las lluvias y de los que Concolorcorvo decía poseer uno el Gobernador Basavilbaso, tampoco éstos reunían las condiciones higiénicas necesarias y prácticamente sus aguas contenían las mismas impurezas que el agua del río.

Sin embargo era más frecuente que las familias más acomodadas se hicieran construir una especie de grandes depósitos para conservar el agua de lluvia; así nos lo refieren los ingleses Juan y Parish Robertson:

"La mayoría de las familias de importancia tienen en sus patios un tanque grande y profundo con las paredes de ladrillo y argamasa, que recibe, por medio de barricas y otros recipientes, el agua de lluvia que ha caído en los techos de la casa". (58).

Otro hecho curioso y al que se refiere Taullard, es que para la limpieza de las aguas de los aljibes y de sus posibles microbios e insectos, era muy común el empleo de tortugas. (59)

& &
&

LA CONTAMINACION PRODUCIDA POR LAS INDUSTRIAS, FABRICAS Y HORNOS.- LOS PROBLEMAS QUE DE ELLA SE DERIVABAN.- EL PELIGRO DEL FUEGO.

La localización de ciertas industrias artesanales, fábricas o tiendas que pudieran afectar de alguna manera, por sus especiales características, a la sanidad e higiene de pueblos y ciudades, es tema que interesó ya mucho antes del siglo XVIII.

En las mismas Ordenanzas de Fundación y Poblamiento dadas por Felipe II, encontramos una referencia a las normas a seguir para ciertos locales de los que pudiera derivarse alguna incomodidad al vecindario; así se expresa un párrafo en cuanto al lugar donde debían ubicarse las industrias mencionadas:

"El sitio y solares para carnicerías pescaderías tenerías y otras oficinas que se causan ymundicias se den en parte que con facilidad se puedan conserbar sin ellas" (60)

En cierto modo se trataba de conseguir que dichos establecimientos tuvieran unas adecuadas condiciones higiénicas y no perjudicaran en ningún momento a la salubridad pública.

En Buenos Aires, ya en el siglo XVIII, se hacía indispensable, a medida que se extendía y crecía la población, la existencia de mayor número de tahonas, pulperías, confiterías, fábricas, talleres, hornos (recordemos que sólo la proliferación de hornos de ladrillo y teja sería considerable en el siglo XVIII). Como es lógico, los comercios y tiendas y aun las industrias, se instalaban casi todos en el corazón de la ciudad, hecho que no hubiera tenido mayor trascendencia de no haber crecido ni aumentado las necesidades de su población, pero con el tiempo, la mayor densidad de ésta y la multiplicación de indus-

trias, hicieron surgir los problemas, tan frecuentes, de las aglomeraciones urbanas. Así, la basura producida por las tahonas, o los humos de hornos de fabricación de ladrillos, tenerías, etc., y más aún el peligro constante del fuego, obligaban a las autoridades a buscar soluciones y dictar medidas reglamentarias encaminadas a una ordenación de estas actividades productoras de molestias e incluso de daños de graves consecuencias. El peligro de contaminación de las fábricas e industrias que producían ruidos y humos molestos dentro del mismo casco urbano no fue necesario que se tomara en consideración en Buenos Aires hasta bien entrado el siglo XVIII. Sabemos, no obstante, que las autoridades del Cabildo empezaron a adoptar medidas referentes al traslado, al menos de los lugares más céntricos de la población, de las industrias que pudieran viciar el aire o producir excesiva basura, sin olvidar tampoco que las tahonas o tiendas donde se almacenaba gran cantidad de grano se convertían en el albergue predilecto de ratas y ratones. En 1783 se propuso que las tahonas y panaderías se instalasen en lugares donde no pudiesen constituir un riesgo para la salud del vecindario, alejándolas de las calles más saturadas de tráfico:

"Que no se permitan en el citado resinto Ataonas y Panaderías pues esto origina un transito enorme de caballerías por las Calles dichas hasta el Rio, y que estas se trasladen fuera de la Ciudad y que las Cabalgaduras y Vestias de su manejo viajen al rio por detras de las dos Sanjas; de esta suerte se libertara al Publico de la mucha inmundicia y corrupcion que producen estas oficinas propagando infinitos ratones y sabandijas". (61).

Con el alejamiento del centro de la ciudad de dichas industrias, "manantial infinito de suciedad, ratones, polilla, gorgojo y otras mil sabandijas e inmundicias" (62), se veía también

la posibilidad de atenuar el exceso de tráfico que se estaba experimentando, por el continuo trajín que las tahonas y panaderías promovían con sus carros y caballerías. En una reunión del Cabildo de 12 de febrero de 1788 se recogen las palabras del Síndico Procurador sobre lo perjudiciales que resultan las industrias (herrerías, panaderías y toda clase de hornos) que se encuentran en el centro de la ciudad; dichas instalaciones -se pide- podían retirarse al menos seis cuadras distantes de la plaza, y lo mismo sería conveniente hacer con los albañales de los cafés, de las boticas, confiterías y figones, contando para ello con el visto bueno y aprobación del protomédico don Miguel Gorman (63).

No era éste un problema de fácil solución, por los muchos inconvenientes que un traslado suponía; sin embargo, hemos de destacar que Buenos Aires no se quedaba atrás en su planteamiento con respecto a otras ciudades, ni mucho menos adoptaba medidas tardías, pues sabemos que en Madrid, aunque existieron intentos incluso antes del siglo XVIII para alejar del centro de la población industrias contaminantes, no se habían conseguido resultados favorables hasta que en 1788 seriamente se inicia un movimiento promovido por el conde de Floridablanca, derivado de un expediente del año anterior, del corregidor don Juan Antonio de Santa María, para alejar del interior de la villa las fábricas de yeso, tahonas, alfarerías, fraguas y tintes, y evitar así los humos, los ruidos y los posibles incendios (64); pero la realidad es que tales proyectos no llegarían a realizarse hasta quince años después, al ser ratificado el traslado por Carlos IV en 1803.

Otro problema estudiado por las autoridades bonaerenses sería el de la instalación en las orillas del río de ciertas

industrias, especialmente tahonas, lo que fue considerado como muy perjudicial, en parte porque ocupaban las zonas de pastos tan necesarios a los animales utilizados en los transportes, muchos de los cuales pertenecían a las grandes carretas que no entraban en la ciudad, y también por la cantidad de desperdicios que aquellas industrias arrojaban a la corriente del río.

No eran la suciedad o el enrarecimiento del aire -cuyas fatales consecuencias para la población habían sido advertidas hasta por cinco médicos (Cabildo de 24 de octubre de 1788)-, los únicos peligros de instalar las industrias en el casco urbano; existía, además, el del fuego, de consecuencias aún más nefastas, si cabe, y al que estaba expuesta toda la ciudad y muy especialmente las casas colindantes con dichos locales.

El temor al incendio determinó la adopción de medidas conducentes, primero, a evitar su aparición, y después a combatirlo de la mejor forma posible si llegara a producirse. Una llamada de atención iba expresamente dirigida a los panaderos o tenderos que almacenaban grandes cantidades de material combustible, como cardo, biznaga, rama, etc., necesario para el funcionamiento de su industria. Por ello se les exhortaba a que no acumulasen en sus almacenes, bodegas o trastiendas, grandes cantidades de madera, sino la indispensable. Al fin y al cabo era una fórmula, aunque poco eficaz, de paliar algo el peligro.

Cuando se producía un incendio en cualquier lugar de la población se tomaban medidas como las que se expresan en el siguiente párrafo de una disposición de don Diego de Salas, de 1782:

"Siempre que por alguna desgracia se prenda en la Ciudad fuego sea la hora que se fuese día o noche tengan la obligación de acudir á apagarle todos especialmente las Justicias para dar las disposiciones necesarias a evitar

todo tropel y desorden: Los Carpinteros y Albañiles con Hachas, y otros instrumentos para cortarle, donde fuere necesario, y los aguateros o acarreadores del agua para traerla prontamente del Río". (65).

La desobediencia en acudir a esta llamada era castigada con multa de doce pesos.

En la reunión del Cabildo de 24 de octubre de 1788, el Señor Alcalde de primer voto expuso ante el auditorio que las "ataonas" constituían mayor peligro cuando éstas se encontraban ubicadas dentro de la ciudad:

"...por la ocasión que dan á un incendio pues los Atao-
neros tienen necesidad de acopiar para el servicio de las
Panaderías porción considerable de Cardos y otras materias
combustibles..." (66).

& &
&

LAS PLAGAS

EL DAÑO QUE CONSTITUIAN PARA LA SALUD PUBLICA

Aparte de las enfermedades, pestes e infecciones de distinto origen que se padecían en las ciudades, existía en Buenos Aires el azote de las plagas de animales dañinos, lo que incidía desfavorablemente, de modo directo o indirecto, en la salud de la urbe. La mayoría de las veces constituyeron un importante foco de infección que incubaba pestes y enfermedades (ratas y ratones), y en otras ocasiones impidieron el normal abastecimiento de productos alimenticios (langosta, perros cimarrones), constituyendo de hecho un serio problema para la higiene de la ciudad.

LA LANGOSTA

Una de las plagas más temidas era, sin duda, la de la langosta, cuya aparición significaba la destrucción de las cosechas y consiguiente carencia de alimentos, en especial el trigo. La plaga, que venía unida a las épocas de sequía, resultó ser un verdadero azote para los campos. Por Actas del Cabildo o por simples bandos conocemos cómo las plagas de langosta en Buenos Aires fueron frecuentes antes y después del siglo XVII. Ante el temor de que la langosta causase el consabido destrozo en las sementeras, y desde el momento en que se advertía su aparición, comenzaban los novenarios y misas cantadas (67), ofrecidas especialmente al señor San Martín, patrono de la ciudad. La falta o escasez de lluvias era fuente y origen de las plagas y epidemias. Las Actas del Cabildo hacen alusión constante a ellas. En 1718 se dice que una gran seca produjo durante ese año y en

el anterior una terrible epidemia en la ciudad; por tal motivo y, al parecer, por haber cesado este mal, se acuerda en 19 de noviembre de dicho año celebrar un novenario de misas a Nuestra Señora del Rosario en el Convento de Santo Domingo, para que intercediera aplacando "la Justa indignacion de la divina Juzticia". (68).

Las plagas de langosta y las "grandes secas" tuvieron virulencia en diversas épocas a lo largo del siglo XVIII, causando estragos en 1710, 1711, 1717, 1718, 1773, 1774 y 1785.

Precisamente cuando las lluvias se iban haciendo más necesarias y aparecía la sequía que destrozaba los pastizales de las grandes estancias y los campos de cultivo de las chácaras o de las quintas, los hacendados comunicaban al señor Alcalde de primer voto el peligro que se cernía por la pronta aparición de la terrible langosta. Enterado el Cabildo por dicho Alcalde, iniciaba un proceso de rogativas para que se produjeran las lluvias y se extinguiera la plaga por medio de la intersección divina. Para tales ocasiones y con el fin de que las celebraciones litúrgicas fueran dignas y acordes con el favor que se pedía, se sacaba del caudal de propios el dinero necesario para misas y novenas. Diremos, para hacernos una idea, que en 13 de diciembre de 1785 se tomó el acuerdo de destinar para tales novenarios la cantidad de sesenta pesos, una libra de incienso y un "sesto de carbón". (69).

Pero no era ésta la única medida adoptada para combatir la plaga, no todo terminaba en rogativas, misas o procesiones. Al lado de estos recursos se acudía a otros para cortar en lo posible el avance de la plaga. En 1773, el entonces Gobernador Juan José de Vértiz publicaba un bando relativo al modo como había de combatirse la langosta que asolaba los campos por aque-

llas fechas, destrozando sembrados y pastizales; de él transcribimos aquí el siguiente pasaje:

"Para atajar en la parte que se pueda daños que redundan directamente en el bien comun ordeno y mando a todos los Quinteros Chacareros y Estancieros se junten y convoquen para matarlas y extinguirlas formando en determinados trechos zanjias en donde conducir las con facilidad por no estar todavía la langosta en estado de volar quemandola o enterrandola para cuyo efecto su señoria nombra al Mariscal Provincial Don Diego Mantilla; a Don Juan Gonzalez Theniente de Cavalleria, el primero para que entienda para lo respectivo desde la Quinta del difunto Valente para el Sur, y el segundo desde dicha Quinta para la parte del Norte, quienes podrán comisionar las personas que tengan por convenientes procediendo con arreglo a las Instituciones que se les suministraran para que dirijan estas operaciones sin que ninguno de los referidos se escuse por ningun pretexto a un fin tan preciso y necesario". (70).

Las órdenes afectaban también, para la lucha contra este insecto, a todos los vecinos y moradores que tuvieran campos sembrados en sus quintas, ranchos y estancias, para que construyesen zanjias, ahuyentando hacia ellas tanto a la langosta como a la pequeña "saltona", para inmediatamente cubrirlas con tierra y pisarla; haciendo lo mismo en las zonas en que la langosta se posaba o "se recogía" en las horas de la puesta del sol.

Se obligaba, pues, a todos: vecindario, alcaldes y alguaciles (71), para que formasen cuadrillas dedicadas a tal misión, lo que no era nada fácil realizar, sobre todo porque la langosta dejaba sus huevos en los sembrados que ya habían sido trabajados,

y era necesario hacer una nueva cava en el terreno: "sacando los canutos en que está y pisándolos para que no nasca" (72).

Quienes incumplieran la orden de acudir a la lucha contra la langosta podían ser condenados a un año de trabajos en las obras públicas de la ciudad.

LOS RATONES Y LAS HORMIGAS

Muchos historiadores o cronistas, al ocuparse de Buenos Aires, han dejado constancia de la molesta invasión que la ciudad sufría de ratones, ratas y hormigas (73), tan abundantes en la urbe desde los primeros años de su existencia, que fue necesario buscar Santos particulares que ayudasen con su intercesión a eliminarlos, lo que, al parecer, no fue fácil, por una serie de circunstancias que favorecían su desarrollo, en especial la falta de higiene en las industrias de elaboración del pan, harinas, etc.

Concolorcorvo afirma que durante su estancia en Buenos Aires pudo observar gran cantidad de ratones, los cuales, según nos refiere, "salen de noche por las calles á tomar el fresco, en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos". (74). En efecto, tanto los ratones como las hormigas infestaban las casas, destrozaban los sembrados y las huertas, e incluso llegaban a constituir un peligro para los cimientos poco resistentes de ciertas casas. En suma, un incómodo problema para la ciudad y un semillero cierto de epidemias.

La elección de Santos patronos, abogados contra las plagas de ratones y hormigas, fue hecha el 13 de agosto de 1590, recayendo en San Sabino y San Bonifacio, pero su historia siguió

unos derroteros poco brillantes, pues, con el correr del tiempo, dichos Santos intercesores y sus actas de elección cayeron en el olvido. Mas como las plagas continuaban, fueron elegidos otros dos nuevos: San Judas y San Simón. Volvieron a aparecer más tarde las actas de elección de los primeros, y el 7 de diciembre de 1692 fueron repuestos en la devoción, como intercesores, San Sabino y San Bonifacio.

La lucha contra los ratones y las hormigas presentaba también dos aspectos, uno por vía de rogativas a los Santos abogados, y otro utilizando medios materiales para combatir la plaga de la manera más eficaz posible. Todos los años se reunía el Cabildo para acordar la forma en que iba a celebrarse la festividad de los Santos protectores, con el fin de que no se olvidaran de los sufridos ciudadanos que padecían los estragos de roedores e insectos. Las actas nos revelan los gastos realizados para misas cantadas que se celebraban en honor de San Sabino y San Bonifacio: en 1774, las fiestas que, según los señores diputados, fueron "arregladas" y dignas, ocasionaron un desembolso de 58 pesos, entre misas, sermones, cera, etc., del caudal de propios. Al año siguiente, esto es, en 1775, el gasto fue de 59 pesos y seis reales, y en 1776 parece que alrededor de 106 pesos y 3 medios reales (75).

También el 3 de mayo de 1774 se dictó un auto acordado por el que el 14 de mayo, día de la celebración de San Sabino y San Bonifacio, se declaraba fiesta de precepto, con la obligación de asistir el vecindario a la misa de la Catedral y a la procesión que tenía lugar después. (76). Cada año se elegían diputados y comisionados para preparar las fiestas del siguiente, así como un encargado del sermón.

Pero los ratones, ratas y hormigas no desaparecían, en parte por el descuido de la gente en limpiar sus casas, sus

tiendas o sus huertos, y en parte por no cumplir las disposiciones que se daban para su extinción.

Incluso se llegó a la conclusión de que las plagas no desaparecían porque el vecindario había ido olvidando a los dos Santos intercesores y no imploraba su ayuda en tal menester, lo que el Cabildo consideraba, no como una superstición, sino como un hecho real, pues que el número de ratones y hormigas había ido aumentando al mismo tiempo que había ido disminuyendo el culto a los dos Santos. Por ello, en 1774 el Señor Síndico Procurador exponía la necesidad de que se mandase una provisión al Señor Gobernador del Obispado para que instruyera a todos los sacerdotes sobre la conveniencia de inculcar entre los fieles la devoción a estos abogados. (77). El Señor Provisor y Gobernador del Obispado contestó a ello mediante un auto en el que manifestaba que una de las causas que habían motivado el incremento de estos animalejos era, fundamentalmente, el olvido por parte del vecindario de hacer rogativas a los Santos intercesores:

"...su culto se ha resfriado y apagado en nuestros tiempos sin Expezie de supertizion se puede asegurar que el prodigioso aumento de las referidas Sabandijas a pesar de los medios humanos que se emplean para Su Ruina, y Extinsion y los Daños que por su Causa se expermentan, assi en las Sementeras, y Plantas que deboran, como en las Casas, y edificios que taladran, Son efectos de la tibieza y olbido de nuestros Protectores". (78).

Junto a las prácticas religiosas se exhortaba al vecindario a que colaborase en lo posible a la extinción de las hormigas y ratones, arreglando y limpiando sus propiedades, y para que diesen facilidades y la ayuda necesaria a los negros u otras personas que, por considerarse expertos en la forma de combatir a tan incómodos huéspedes, eran utilizados en la búsqueda y destrucción

de agujeros, madrigueras, hormigueros y otros escondrijos.

Los bandos para extinción de las plagas obligaban a los vecinos a tener cuidado en la higiene de sus propias casas y a descubrir las ratoneras y hormigueros ayudando a los expertos negros. Así, se reprendía y multaba a los vecinos que no permitían la entrada de estas personas en sus casas y huertos, o que, conociendo la existencia de madrigueras, no ponían los medios para destruirlas ni lo comunicaban a los Comisarios de barrio encargados de tomar las medidas oportunas:

"Que si en alguna Casa o huerta fuere hallada cueva de Ratones u hormigas que manifieste ser antigua y haver savido los moradores que se havía y no lo huviesen sacado, y muerto se les pene con seis pesos por cada vez que se los calificase esta indolencia". (78).

Y el producto de la multa se aplicaba "para la composición de las calles".

Igualmente, se daban recompensas de 4 reales para cada agujero descubierto, y una satisfacción del dueño de la casa al que encontrase en ella agujero de hormigas o de ratones. Y se insta en general a todos para que colaboren y ayuden a su erradicación, y especialmente poniendo en conocimiento de las autoridades aquellas zonas y parajes donde se encontrasen señales de existir cuevas de ratones y hormigueros.

Lo cierto es que la erradicación de estas plagas fue algo que no pudo conseguirse en el siglo XVIII en Buenos Aires, pues a principios del XIX los testimonios de los visitantes dan cuenta de la abundancia de ratas. Así, Alejandro Gillespie, en 1807, cuando visita Buenos Aires, hace esta interesante descripción:

"Las ratas constituyen una peste; se encuentran hasta por las calles y todas las mañanas se hallan tiradas muchas, mue-

tas por hombres y perros. Todas las casas hierven de ratas y los graneros son terriblemente atacados. Pareciera que el crecimiento de esta especie hubiera seguido el paso al crecimiento del ganado en aquellas regiones. Las hormigas son como azote universal para toda clase de vegetación y todavía no se han indicado medios para ponerles coto" (79).

También nos habla de un animal llamado "ratonero" empleado en la destrucción de las ratas, de aspecto muy parecido a éstas pero del tamaño de un gato, y que solía refugiarse en los sumideros de las casas. (80).

LOS PERROS.- EL PELIGRO DE LOS PERROS CIMARRONES.-
LOS PERROS DOMESTICOS.

En un país donde la abundancia de carne era cosa tan natural, es lógico que la población canina, bien alimentada, se multiplicase igualmente. (81). La utilización de perros, tanto en la ciudad como en las quintas, chácaras, estancias y ranchos y, en general, en todas las casas de campo, contribuyó al aumento de su número y, como siempre ha sucedido en otras partes, el abandono de estos animales por sus amos o el simple extravío en los largos viajes, daba lugar a que se convirtiesen en salvajes, en perros asilvestrados, constituyendo un serio problema.

Al ser la estancia un terreno abierto, los perros cimarrones se alimentaban de la gran cantidad de ganado allí existente y fue de tal manera el problema en aumento que el ganado lanar "ovejuno" llegó casi a desaparecer, y los estragos producidos principalmente entre las crías de ganado vacuno obligaron a las autoridades a tomar drásticas medidas para combatir el mal. Todos los cronistas del país se hicieron eco en sus descripciones de la cantidad de perros asilvestrados que vivían en aquellos territorios. Acacette du Biscay, el padre

Cattaneo, etc., hablan ya del gran número de perros que acababan, sobre todo, con los terneros y animales jóvenes y que llegaban a constituir, de igual modo, un peligro cierto para el hombre. Los perros cimarrones atacaban los ranchos o casas de campo más pequeñas y los arrabales de la ciudad. Con tal motivo, el problema fue tratado en sucesivas reuniones del Cabildo. En 1753, el Gobernador Andonaegui, refiriéndose a la desaparición y destrucción del ganado vacuno, ordenaba a los Jueces Comisionados de todos los partidos de la jurisdicción que hicieran matanzas de dichos animales por dos veces al año, una en abril y mayo y otra en octubre y noviembre (82), imponiendo multas hasta de 500 pesos a quienes así no lo cumplieran, pues era obligación de todos los vecinos y peones participar en dichas cacerías, dando cuenta después del número de animales sacrificados.

Pero el problema quedaba muy lejos de su resolución definitiva; los años posteriores verían no sólo la no disminución de la plaga, sino su aumento, y también, incluso, la alarmante repetición de desgracias humanas, de personas que habían sido atacadas y mordidas por los perros. Hay bandos y ordenanzas de los acuerdos adoptados por el Cabildo, por los Gobernadores y por los Virreyes. Así, se vuelve a ordenar salidas en defensa contra los cimarrones, como se precibía en los bandos de Ce' allos de 1762, dictando disposiciones para que los criadores de ganado salieran cada cuatro meses a dichas cacerías, y todavía en 1790 (83) se daban normas para combatir la plaga de perros cimarrones, como lo demuestran las providencias de don Nicolás de Arredondo sobre la matanza de dichos animales que impedían la cría de caballos y mulas (84). Con el transcurso del tiempo siguió siendo necesaria la utilización de grupos armados para estas batidas, y más aún, ya entrado el siglo XIX, exactamente a partir de 1806, fecha en que hizo su

aparición la rabia, hasta entonces desconocida en aquellos territorios, por medio de los perros que llevaron consigo los ingleses.

La plaga de los perros cimarrones no disminuyó con el tiempo, al contrario, como afirma Guillermo Gallardo, fue en aumento en el siglo XIX, pues las guerras de independencia y civiles que se extendieron por el país dejaron sin amo a muchos perros, por razones obvias. (85)

Pero no sólo constituyeron un problema los perros salvajes; en la propia Buenos Aires también ocasionaban perjuicios los perros domésticos que deambulaban por sus calles y que representaban un peligro sobre todo para la población infantil en aquella época en que las precauciones higiénicas y profilácticas apenas existían. Era común la falta de cuidado de los dueños que dejaban circular libremente incluso a perros de presa o los mantenían sueltos en sus fincas, produciendo estragos entre la población. La abundancia de perros existentes en la ciudad es notada por los cronistas de la época; tal es el caso de Concolrcorvo, quien afirma haber visto en aquella un considerable número y "tan gordos" que apenas podían moverse. (86). La excesiva proliferación canina obligó a las autoridades a tomar severas medidas para limitar el número de perros domésticos.

La existencia de perros vagabundos y sin dueño, cosa común en todas las ciudades y en todas las épocas, fue asimismo tomada en consideración en Madrid, especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII. Los bandos publicados a tal efecto en 22 y 29 de diciembre de 1761 hablaban de la necesidad de matar los perros que no tuvieran amo y vagasen por las calles. En 1763 otro bando disponía que, aunque los vecinos podían tener para su uso y diversión los perros que quisie-

ran, debían ponerlos un collar y mantenerlos encerrados dentro de sus casas, para evitar de ese modo que anduviesen sueltos por las calles, de lo que podían derivarse mordeduras peligrosas. Entre las prescripciones de dicho bando figuraba la de mantener los perros encerrados si se disponía de tienda o local abiertos al público, no dejarlos salir sueltos a la calle y disminuir la cría de los mismos para que su número no creciera.

Se deduce también la existencia de un grupo de ciudadanos que en esa época ya se dedicaba a la protección de los seres inferiores, especie de pequeños núcleos de protectores de animales, pues en el bando se hacía alusión a "cómo ciertas personas ponían collares a los perros vagabundos para que no los matasen" y se quejaba de esas gentes que "guiadas de una compasión mal entendida, y sin mirar que la providencia se dirigía a la utilidad comun, embarazaron su debido cumplimiento con el arbitrio de poner Cintas, ó Collares a quantos Perros encontraban en la calle, para que se creyese tenían dueño". (87).

En Buenos Aires, en 1747, don José de Andonaegui prohibía que nadie dejase, bajo ninguna causa, a los perros sueltos ni de día ni de noche, y fijaba el plazo de ocho días después de la publicación del bando para que todo vecino que poseyera varios perros sacrificase todos menos uno, con el que se podía quedar bajo la condición de permanecer atado siempre. (88).

La forma en que se procedía a la eliminación de los canes era de lo más cruel, pues eran muertos a palos por los equipos; la mayoría de las veces se utilizaba a los presos de la cárcel para tan triste menester. Las actas del Cabildo siguen haciendo referencia a este tipo de matanzas (89), y en las postrimerías del siglo XVIII (14 de septiembre de 1790) el

Virrèy Arredondo dispone también la exterminación de los perros que vagasen sueltos por las calles, obligando al vecindario a que tuviese bien atados a aquellos que quisiera conservar, y no sacarlos a la calle sin el "frenillo" puesto, especialmente los mastines o los de presa, exceptuándose, claro está, los perros "falderos". Imponía dicha orden multa de dos pesos a quienes así no lo cumplieran. (90).

Se daba también el caso de que los vendedores ambulantes que venían a la ciudad desde sus pagos y estancias próximos, en sus carretas y caballos, llevaban sus propios perros que, las más de las veces, extraviaban o abandonaban en las calles, con lo que se aumentaba, por tal motivo, el número de perros sin dueño. Ante la situación se llegó a ordenar que los vendedores o carreteros no llevaran ningún perro cuando entraran en la ciudad, y se castigaba con multa de cuatro pesos a quien así no lo hiciere, como en el bando de Andonaegui de 10 de enero de 1747.(91).

& &
&

LOS ALCALDES DE BARRIO: SU CREACION INSPIRADA EN
LOS MODELOS OFRECIDOS POR LA CORTE MADRILEÑA.

El acondicionamiento urbano en general y la policía de una ciudad en crecimiento, como Buenos Aires en el siglo XVIII, necesitaba cada vez más de un complejo sistema administrativo que dedicase una constante atención a los problemas de la ciudad, mediante la creación de unos cuerpos que procurasen el cumplimiento de las reglamentaciones y normas dadas para la convivencia de sus habitantes. Las autoridades bonaerenses intentaron, además, que su entrañable conjunto urbano se acercase todo lo posible y en sus múltiples aspectos a los nuevos conceptos estéticos que en aquella época ya disfrutaban otras más modernas ciudades del mundo. Pero el lento proceso de convertir una ciudad aferrada a sus prácticas de épocas lejanas a las nuevas ideas sobre higiene y salubridad públicas, por ejemplo, no era posible sin la existencia de un equipo organizado que moviera el complicado engranaje municipal.

No bastaban los reglamentos contenidos en los numerosos bandos; se necesitaba el elemento humano suficiente, dotado de medios y un sistema adecuado que velara su cumplimiento, pues la pasiva actitud de los vecinos no ayudaba en modo alguno a la consecución de los planes trazados para el desarrollo urbano. Por esta razón, una de las innovaciones que veremos surgir en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII es, precisamente, la formación de un cuerpo integrado por los mismos vecinos que, tomando parte activa en los asuntos relacionados con la ciudad, aportasen su colaboración para resolver las numerosas cuestiones suscitadas, no sólo en los aspectos urbanísticos o edilicios, sino también en materia de policía, orden y buen gobierno de aquélla.

Con fecha 15 de abril de 1766, el Cabildo, en sus actas, es-

tablecía que como los dos señores Alcaldes y el señor Procurador General encargados de mantener y vigilar por la compostura de las calles no podían controlar ya los numerosos problemas que surgían en cada momento, ni hacer cumplir a los ciudadanos lo ordenado por los bandos de buen gobierno, había de nombrarse entre los propios vecinos de los más representativos unos comisarios elegidos cada cuatro cuadras para celar por la consecución de los fines relacionados con la causa pública. (92).

Pero será en 1772 cuando, siendo Gobernador Vértiz, se cree un cuerpo, como él mismo explicaba, a imitación de "la capital del Reino" y de otras ciudades, integrado por personas encargadas del aseo, policía y limpieza de la ciudad:

"Los que he pensado sean los sujetos más distinguidos, y principales, y que tengan su havitazion en los distritos que se les señalan esperando que estimulados de sus obligaciones, y de un zelo practico desempeñen esta confianza, con la maior aplicacion que corresponda á conseguir una obra no solo importante para la felicidad de la Ciudad sino necesaria a su seguridad y servicio de Dios". (93).

Era natural que el crecimiento de la ciudad hiciese ver a Vértiz lo indispensable del aumento y remodelación del servicio encargado de velar por el bien ciudadano en todos sus aspectos, y como los Justicias ordinarios no daban ya más de sí, optó Vértiz por nombrar distintos comisionados para cada barrio.

Para la creación de los Alcaldes de barrio, Vértiz se inspira en los modelos ofrecidos por otras ciudades y, en particular, en el mismo de la capital del Reino. En Madrid una Real Cédula de 2 de octubre de 1768 establecía la creación de ocho Alcaldes de barrio en cada uno de los ocho cuarteles en que, a partir de aquel momento, se dividió la villa, que hasta entonces

había estado dividida en once. Así, se dispuso que, además de un Alcalde de Casa y Corte, se eligieran, entre los vecinos honrados, ocho Alcaldes de barrio, cuya elección sería anual. En dicha instrucción se señalan las funciones que han de desempeñar, como la de matrícula de vecinos, recuento de mesones, posadas, huéspedes, figones y tabernas; también velar por el cumplimiento de los bandos de policía, limpieza o alumbrado; vigilancia de pesas, medidas, precios; así como del buen orden, gobierno y vigilancia de vagos, mendigos, maleantes. Igualmente todo lo relacionado con la beneficencia, atención de huérfanos, expósitos, enfermos, etc. (94).

Para Buenos Aires, Vértiz realizó una división de 16 cuadras con dos comisionados o alcaldes en cada una, encargados de velar por la cosa pública en el lugar que se les señalase. Las obligaciones se asemejan a las expresadas en la instrucción de Madrid, señalándose como primer deber indispensable el cumplimiento de todos los bandos y ordenanzas dictados por el Gobierno. Los puntos fundamentales de la instrucción de Vértiz podemos resumirlos así:

Primero, todo lo relacionado con el aseo, limpieza y embellecimiento urbanos, evitando los tan temidos pantanos en las calles; vigilancia a la hora de construir, no permitiendo otras alturas que las estipuladas, guardando la proporción debida con las demás casas y no pudiendo hacer obras sin la licencia correspondiente. Asimismo se establece la competencia de los alcaldes para obligar a los vecinos a componer las calzadas con postes, construir tapias de ladrillos en los huecos de las calles, etc.

El segundo punto hace referencia a las medidas de matrículas de vecinos, tanto residentes fijos como de paso, número de hijos, estados y oficios, lugares donde viven, número de casas, arrendatarios, alquilados, etc., así como entradas y salidas de unos y otros. También matrícula de vecinos con locales o tiendas, pulperías, posadas, figones, etc.

El tercer punto abarca las medidas de orden público que van desde la fijación de la hora en que deben cerrarse las tiendas, pulperías, tahonas, hasta el control de vagos, maleantes, pobres ociosos o gente "mal entretenida".

A dichos comisionados se les concedían facultades y jurisdicción privativa y absoluta, siendo únicamente responsables de su actuación ante el Gobierno. En caso de necesidad extrema los comisionados podían recibir ayuda de la tropa, cuya distribución se hizo en la siguiente forma:

"En los tres cuarteles o barrios del sur, se establecía al centro de ellos la Asamblea de Caballería en las Casas de Doña Clara Marquez inmediatas a la Concepción en los del centro de la Ciudad. La de Ynfantería en las de Don Domingo Olmos, dos quadras de la Capilla de Nuestra Señora de la Piedad, y en los del norte la de Dragones, en las Casas del Barchilon Ponze de Leon, de la Recoleta dos quadras para la Ciudad, á cargo de don Salvador Escola, cituadas entre el retiro, y la Recoleta haviéndose colocado estos Cuarteles en las cituaciones que prometen al correspondiente auxilio á los comisionados, Patrullar el recinto, y Calles de sus terminos, prender á los ociosos, vagos, y mal entretenidos; y hacer así mismo se cumplan los vandos y demas ordenes que se hayan dado, y se dieran por este Gobierno admitiendo en sus Cuarteles á las personas que depositen, ó pongan presos los comisionados, y finalmente á quanto conduzca á la paz, y quietud de los vecinos."

La distribución de barrios y de personas a quienes Vértiz encomendaba tan compleja misión se concreta así:

1º. Desde el Tajamar al fondo de la Casa de Manuel de la Mota hasta la esquina de la de don Diego Perez, y desde la Casa del asiento hasta la Esquina de la de don Juan de Salinas con las Calles que atrabiesan á D. Vicente de Arsac, y D. Agustin Casimiro de Aguirre.

2º. Desde la Esquina de la Casa de Doña Juana Pezoa, hasta el sitio de Doña Lorenza Casuso frente del asiento, y desde la de D. Francisco Campana, hasta la esquina de la

en que vive Pedro de la Mata á don Bernardo Sancho de Larrea y don Miguel de Tagle.

3. Desde la esquina de la Casa de doña Maria Teresa Rendon el Fuerte, y desde la Esquina de la Casa de don Luis Escobar en que vive Pablo Gonzalez hasta la Casa del difunto don Manuel de Arco, en que vive don Miguel de Anguiozarm a don Manuel de Escalada y don Santiago Castilla.

4. Desde la Esquina de la Casa del difunto don Manuel del Arco en que vive don Juan Bautista Azcuenega hasta la Rancheria de la Merced y desde el sitio de doña Francisca Yturrioz hasta la Esquina de la casa del difunto don Juan Antonio Chauri, en que vive Juan García, a don Fernando de Arizaga, y don Cicilio Sanchez.

5. Desde el sitio, el sitio de doña Juana Bustos hasta la Casa del Negro Tomas Rodriguez, y desde el bajo del Rio hasta la Zanja del fondo de la Quinta de don Geronimo Matorras a don Antonio Velasco, y don Pedro Ygnacio Morante.

6. Desde el Tajamar de Pedro Ximenez, hasta la Casa de Juan Garcia en la Zanja, y desde la Esquina del difunto Contreras, y las Calles que atraviesan, al Alcalde Provincial don Diego Mantilla.

7. Desde la Esquina de don Francisco Sendra hasta la de la Casa de don Pedro Medrano, y la de don Melchor Abandero á la Casa de Santiago Riza, á don Marcos Riglos, y don Melchor Abandero.

8. Desde la Esquina de la Casa de doña Rosa Galain, á la que fue de doña Ana San Martin, y desde la Esquina del difunto don Josef Ruiz de Arellano en que vive Francisco Santibañez á la de don Rafael Torres, y las Calles que atraviesan a don Juan de Lecica y don Manuel Lasarte.

9. Desde la Esquina de Cueli, en que vive Ventura Gas-taneda, hasta la de Jorge de la Plaza, y de la del difunto Juan Casero, en que vive Mariano Torres, hasta el sitio

sin edificar de Ysidro Burgos a don Francisco García, y don Domingo García de la Mata.

10. Desde la esquina de la Casa de Maria Ornos, en que vive don Sebastian Melo, hasta la de don Juan Gordillo, y desde la Zanja y fondo de la Casa de don Vicente Sebastiani, hasta la Zanja sin edificar de don Domingo Mata, a don Juan Gordillo.

11. Desde la Esquina de don Francisco Serrano en que vive Bartolome Segui Mallorquin, hasta la barranca de la Polbora vieja, de esta á la que estan los Ranchos de los Matadores de Reses, y Casa Lindera al Tajamar de Agustin Abila, al Capitan de Dragones don Joaquin Morote, y a sus ordenes, a don Francisco Abascal, Antonio Millan y Marcos Miques.

12. Desde las Atahonas de Goyo Rivera, hasta la Barranca al Sur, y desde la Esquina de Tomas Ximenez en la Calle de San Cosme y San Damian, hasta la chacra de Santo Domingo, a don Matias Flores, y don Pedro Chabes.

13. Desde la Zanja de la Concepcion Calle de San Miguel hasta la esquina de Carricaburu en que vive don Juan Velez, y desde la Casa de Ygnacio Gutierrez Calle de San Pablo, y hasta la de unas Pardas en la Calle de Cavildo a don Jose Azpiazu, y don Bartolome de la Mata.

14. Desde la Esquina de Maciel en que vive don Juan Fernandez Calle de San Miguel hasta la de don Francisco Peña, en que vive don Tomas Ynsua, y desde la Casa de Agustin Ogeda calle de San Pablo, hasta la Esquina de don Juan de la Peña que la havita Gregorio de Suarez, a don Fernando Cabiedes, y don Francisco Gomez.

15. Desde la Esquina de Fanecas en que vive don Francisco Conget Calle de San Miguel, hasta la de Antonio Diaz nombrada la Ballena, y desde la de don Rafael Martinez Calle de San Pablo, hasta la de Santiago el confitero junto

á la Zanja, á don Pedro Amaritá, y don Pedro Velarde.

16. Desde la Esquina de la Casa de don Feliz Sanchez a la Quinta de don Juan Gregorio Zamudio, y desde esta á la de don Josef Antonio Otalora, á don Antonio Morales, y don Antonio Chandategui. " (96)

Posteriormente, con el establecimiento de la Intendencia(97) en 1783 y la división del Virreinato en ocho Intendencias, se asignó a la capital "una general de Exercito y de Provincia". (98). Para Buenos Aires la figura más representativa de los Intendentes fue, sin lugar a duda, la del andaluz Francisco de Paula Sanz cuya fulgurante carrera en el Río de la Plata comenzó al ser nombrado Director de la Renta del Tabaco en 1777; de aquí seguiría luego su nombramiento de Intendente del Ejército y Hacienda del Virreinato, y en 1783 Gobernador Intendente de Buenos Aires, recayendo en él la coordinación del mando político-militar de la Real Hacienda y de Justicia. (99).

Después de la iniciativa de Vértiz, una instrucción de 27 de abril de 1787 promulgada por el Intendente Paula Sanz vuelve a hacer referencia a la misión específica de los alcaldes, misión que, en último término, no era otra que la de procurar el exacto cumplimiento de todas aquellas leyes dictadas en años anteriores y encaminadas a la consecución del fin primordial: el bien público cuya realidad sólo puede ser efectiva con una acertada política de buen gobierno y policía ciudadana, empresa en la que deberían colaborar todos los vecinos "estantes" y "havitantes", para "tranquilizar los ánimos", lograr el "beneficio público" y la desaparición de los delitos. Por eso Paula Sanz recordaba a todos los ciudadanos el deber de cumplir lo dispuesto por los alcaldes que poseían autoridad y jurisdicción suficientes, dadas por el Gobierno en el real nombre de Su Majestad. (100).

Paula Sanz insiste en las funciones que deben desempeñar

los alcaldes, ya mencionadas en la instrucción de Vértiz, pero hace hincapié en dos apartados: el primero, relativo a matricular el número de vecinos de cada distrito, cuyo cómputo debían tener muy al día, disponiendo una estrecha vigilancia cerca de aquellos vecinos que, poseyendo casas de alquiler u otro tipo de locales, no diesen cuenta fiel y exacta de su negocio a los diputados o comisarios de sus respectivas cuadras, y más aún cuando las viviendas quedasen desocupadas. Lo mismo se exigiría para las posadas y figones, cuyos dueños deberían comunicar la gente que en ellos habitaba o era admitida, sin que pudieran pasar una sola noche en aquellos establecimientos las personas de quienes no se había dado parte a los alcaldes. Este control se extendía también a los vecinos que alojasen en sus casas a personas forasteras, o se mudasen de casa, distrito, etc.

El otro punto en que insistía Paula Sanz era el de las medidas de seguridad -medidas de las que nos ocuparemos con más extensión en otro capítulo- que se adoptaban en la ciudad, particularmente en las horas nocturnas, lo que nos da una idea de que el problema de la delincuencia y el bandolerismo se iba haciendo cada vez más acuciante. Paula Sanz recuerda las prohibiciones de bandos anteriores, como la de andar por la calle a caballo "después de vatida la Retreta en la Plaza" hasta la hora del amanecer en que se tocaba "diana" en el fuerte, salvo por causas mayores o por tratarse de personas conocidas y en ningún caso sospechosas; pero aquellos que no justificasen sus salidas podrían ser apresados por los Justicias que hacían la "ronda nocturna", por los Alcaldes de Barrio y por las patrullas. Y es más, para evitar en lo posible los robos, saqueos y reyertas, se creyó conveniente que los obreros, peo-

nes, carreteros o individuos que venían de fuera, entrasen en la ciudad antes del toque de retreta y no después, so pena de ser conducidos a la cárcel en caso de incumplimiento. (101).

Para salir por la noche se obligó a todos los ciudadanos, de la clase o condición que fueran, a llevar alguna luz, siendo apresados en su defecto, y a partir de las doce de la noche se aconsejaba que no se reuniesen en la calle grupos de más de dos personas. Claro es que todas estas medidas tenían sus excepciones, como por ejemplo en los casos de necesidad de buscar un médico, un confesor o cualquier otra causa grave. Ahora bien, existía la total prohibición de circular por las calles a los negros, mulatos y esclavos, después de oscurecer, si no era para acompañar a sus amos y dueños. Y es que la ciudad crecía y junto a su prosperidad y aumento de habitantes, crecía también esa otra carga de toda sociedad humana integrada por individuos marginados que, obligados unos por la necesidad y otros por sus instintos desviados, se aprovechaban del elemento trabajador, buscando, para sus ataques a la propiedad y a las personas, las horas nocturnas.

Como vemos, todo un síntoma de la nueva orientación dada por estos bandos que implican una especial preocupación por los problemas de policía urbana en esta segunda mitad del siglo XVIII. Aquella ciudad tranquila, pequeña aldea de los comienzos, se veía ahora acrecentada, debido a su incesante comercio, por multitud de personas foráneas, entre las que sin duda, como sucede en los puertos de activo comercio, acudirían gentes indeseables atraídas por las posibilidades de vida fácil y por la riqueza de los comerciantes que allí se concentraban. Con el tiempo, el robo, el saqueo y el fraude se harían más frecuentes, y de hecho esto es deducible de la forma en que se confieren a los Alcaldes de Barrio facultades no sólo en materia de saneamiento y estructura urbana sino en lo

relativo al celo por la integridad física de sus vecinos.

Otro Virrey, Arredondo, hace, años más tarde (1794), otra llamada de atención a los Alcaldes de Barrio, y de nuevo se alude a los continuos desastres producidos por el alcohol, el juego, el robo y las peleas callejeras; por las mismas palabras del Virrey conocemos que, lejos de erradicarse, estas lacras iban en aumento. De esta forma se expresa el Virrey tras cuatro años de gobierno y en relación con las medidas adoptadas:

"Lo insuficientes que han sido las precauciones ordinarias y comunes para la extirpación de aquellas gentes que viven con el vicio con el juego y con el robo, los cuales en el Invierno pasado y en sus noches es quando con mayor proporción se ocupan en este ultimo delito poniendo á todo el vecindario en el desconsuelo y temor que se dejan considerar porque ni las Rondas de las Justicias, ni las Patrullas de la Tropa pueden ser tantas ni tan duraderas en el discurso de cada noche que basten á Zelar por todas partes y á todas Oras en el espacioso ambito de este Pueblo". (102).

Con tales consideraciones, el Virrey Arredondo se proponía dar nuevo impulso y reforzar la acción de los Alcaldes de Barrio que, al parecer, habían perdido fuerza en los últimos años, en parte por cansancio de los propios Alcaldes cuyas peticiones de relevo en su misión no habían sido escuchadas; por esta y otras causas, lo cierto es que la institución se debilitó y sólo quedó de ella el nombre, como el mismo Arredondo afirmaba en su relación de Gobierno. Por eso propuso la elección de diez y seis vecinos en cada cuadra, con turnos cada uno de 16 en 16 días, para la ronda de las calles por la noche. Se trataba, pues, de convencer al vecindario de que la única fórmula válida para luchar contra el peligro común de la delincuencia era la de apoyar a las autoridades y colaborar plenamente con ellas "para asegurar

las Personas, las Casas y los haveres de todos y de cada uno de los Ciudadanos" (103).

Arredondo restablece la autoridad de los Alcaldes de Barrio dando nuevo auge a la institución, reestructurando su distribución y siendo elegidos, como era costumbre, entre las personas más respetables y principales de cada uno de los veinte cuarteles en que se dividía en esas fechas la ciudad, que estaba, como el propio Arredondo dice en su relación de Gobierno, muy próxima a las 60.000 almas. Así, en estas postrimerías del siglo XVIII, los Alcaldes recobran su importancia. Su uniforme y su bastón con empuñadura de plata o de marfil como símbolo de autoridad, bastaban para reconocerlos y ser respetados en su oficio por todos los ciudadanos.

& &
&

EL PROBLEMA DEL TRAFICO
SU REGULACION EN LA CIUDAD

El incremento comercial del puerto y la favorable apertura del mismo gracias al tratado de libre comercio proporcionó a Buenos Aires un movimiento inusitado con las continuas arribadas de barcos de toda procedencia. La ciudad, que desde antaño ya experimentaba el consiguiente tráfico propio de un establecimiento portuario, veía ahora aumentar su ya compleja circulación a la que se sumaba la diaria entrada de carretas procedentes de las localidades próximas y encargadas del abastecimiento urbano. Todo ello daba a Buenos Aires un cierto tipismo, recogido por los cronistas, cuyas descripciones se han basado principalmente en la abigarrada composición de los grupos étnicos que formaban aquella comunidad. Así, el popular aguatero que continuamente bajaba al río con su carreta para proveer del líquido elemento a la población, los lecheros ambulantes, las negras que ofrecían buñuelos, tortas y sabrosos dulces, los carniceros que en gran número circulaban por las calles con sus grandes carretones provistos de toldos de cuero. En las plazas públicas se instalaban también los vendedores de los pagos próximos, de los partidos de San Isidro, San Fernando, las Conchas, etc., que traían productos destinados al consumo, desde maderas hasta aves, carneros o frutos de todas clases, y cómo olvidar a los indios que igualmente aportaban sus mercancías: ponchos, tejidos, riendas para los caballos, pieles o plumas.

Todo este conjunto de personas que para su desplazamiento utilizaban, por lo general, carretas, carretillas o cabalgaduras,

producía un trastorno en la normal circulación por la vía pública en una ciudad cada vez más desbordada, con una deficiente o nula pavimentación, donde los grandes carretones tirados por bueyes destrozaban y dejaban inservibles los pocos tramos de calles aún en buen estado; y no digamos en los períodos de lluvia, cuando la pesada carga de las carretas hacía que éstas se hundieran en los pozos y el barrizal, provocando las conocidas escenas que tanto se prodigaban para poder sacar aquellos animales y vehículos de los atascaderos.

La anarquía reinante en materia de tráfico y circulación se agravó, pues, con el auge y expansión de la ciudad. Y lógicamente, con la aparición del fenómeno, las autoridades no tuvieron más remedio que pechar con el problema, ante la necesidad de tomar medidas cada vez más urgentes. Con tal motivo veremos cómo van apareciendo ya disposiciones, en diferentes bandos, encaminadas a organizar el tráfico en la medida de lo posible. Como las carretas y carretillas constitufan el principal medio de transporte, y la creciente demanda de servicios hizo aumentar su número, se originó un caos circulatorio, sobre todo cuando los grandes carretones se paraban a descargar en mitad de la vía pública interrumpiendo el paso al resto. Lo mismo sucedía con los vendedores ambulantes, carniceros y mercachifles que instalaban sus tenderetes o tendejones donde mejor les convenía.

Ya en 1746 el Gobernador don José de Andonaegui castigaba con multas de seis pesos a los carreteros que atravesaban sus vehículos impidiendo el paso a la gente de a pie o a las restantes carretas. En el bando se decía, entre otras cosas:

"Ordeno y mando que desde oy en adelante, ninguno que entre con Carretas, sea con la carga que fuere la atraviese en la calle, sino és que la pare en medio para descargarla, dejando el paso franco por las dos aseras para que la gente

pueda pasar sin riesgo alguno pena al que lo contrario hi-
ciere de seis pesos de multa aplicados para el Ministro,
ó Soldado de la Tropa de este presidio que topase atraveza-
da dicha Carreta, los que le sacará allí prontamente. (104).

El hecho de que las carretas se atravesaran en medio de la
calle mientras se efectuaba la carga y descarga, siguió repi-
tiéndose a través de los años, y así vemos que don Diego de Sa-
las, en 1776, dicta un bando en el que dice:

"No puedan descargar ni cargar arrimandolas a las Casas
y cruzando las Calles sino manteniendolas rectas a lo largo
de ellas pena de la cavalgadura o carruage perdido con to-
do su avio." (105)

La situación creada llegó, por tanto, a preocupar seriamen-
te a la municipalidad bonaerense, porque ya no se trataba de
un entorpecimiento de la circulación o el destrozo del pavimen-
to, sino que el continuo paso de los grandes carretones daña-
ba también las fachadas y las esquinas de los edificios, al mis-
mo tiempo que representaban un riesgo permanente para el peatón,
que sufría numerosos atropellos, con especial incidencia en la
población infantil, y junto a ello los daños producidos por los
animales (coces, cornadas), y los vuelcos frecuentes de los
carros por exceso de carga.

Con el tiempo, al creciente desarrollo de los medios de
transporte fue necesario aplicar otra serie de medidas. En 1783,
siendo Virrey Vértiz, se discutió la conveniencia de prohibir
la entrada de los carros de mayor tamaño hasta el mismo centro
de la ciudad, haciéndose esto efectivo desde "la plaza de Mon-
serrate y la de Amarita, o Nueva por la parte del Oeste, y la
del retiro por la del Norte, y por la del Sur zanja que llaman
de Viera, quedandoles franco todo el largo o frente dela Ba-
rranca del Rio por la parte de Leste". (106).

De esta forma y con la colocación de "piquetes" en las calles prohibidas al tráfico y la imposición de multas hasta de 50 pesos destinados a la compostura de las calles, además de seis meses de presidio en la Barranca, se intentaba arreglar la circulación en la ciudad. Pretendía Vértiz que las carretas y los animales no entrasen en el recinto delimitado sino que quedasen en las afueras de la ciudad, y que las mercancías fuesen transportadas desde allí hasta el centro o a los lugares de destino por medio de pequeñas carretillas de un solo caballo o de palanquines. Pero el Cabildo, en 2 de septiembre de 1783, ya había insinuado que deberían prohibirse también las carretillas de un solo caballo pues, a pesar de que éstas disponían de ruedas ligeras y estaban calzadas con llantas, si se les permitía entrar suponía que los carruajes de mayor tamaño pretendieran el mismo trato. (107). Lo que estaba temiendo, sin duda, el Cabildo era precisamente la dificultad para seleccionar qué tipo de carros era el que podía autorizarse y qué medidas o características deberían reunir para excluirlas o no.

Junto a ello se tenían en cuenta los problemas planteados por la sanidad e higiene en relación con ciertas mercancías: carnes, pescado o frutos que necesitaban ser prontamente distribuidos, pues no resistían largo tiempo expuestos al calor, al aire y al polvo, por su rápido deterioro.

Sobre estos problemas el Cabildo pedía al Síndico Procurados sus puntos de vista y éste señaló como algo esencial a tener en cuenta el fraude que podría producirse en los expresados sistemas de transporte, por lo que apuntó la conveniencia de crear unas "aduanillas" en aquellos lugares extramuros donde se realizase el transbordo de mercancías. Por otra parte, el gran número de caballerías con que contaba la ciudad vendría a sustituir, según afirmaban los promotores de la idea, a las carretas grandes, salvo en el caso de distribución de los pro-

ductos perecederos -carne, pescado, frutas- para los cuales no podían dejar de utilizarse las tan necesarias carretillas. Se podría también disponer, aparte de las caballerías, de la mano de obra reclutada entre gente pobre y sin trabajo que actuarían de palanqueros, pudiéndose así conducir los productos para el abasto de la ciudad, tanto los que procedían de tierra como del mar. Estos problemas, decía el Síndico Procurador, se subsanarían en parte con la construcción de una "Recova", de la que estaba muy necesitada la ciudad. (108).

Paula Sanz, en auto de 5 de diciembre de 1783, decía que podía permitirse el paso de carretillas pequeñas, siempre y cuando hubiese una persona encargada de realizar una selección entre las grandes y las chicas (109).

¿Cuál fue la situación posterior? En 1790, bajo el mandato de don Nicolás Antonio de Arredondo, se permitiría el tránsito en la ciudad de las Carretas de un par de bueyes o un par de caballos, prohibiéndose totalmente las tropas de carretas de cuatro o más bueyes. (110).

A estos conflictos, originados por los grandes carretones que destrozaban las calles y producían el caos circulatorio, había que añadir la incivil conducta de ciertas gentes que con sus caballerías convertían la vía pública en campo de carreras, lo que hizo necesaria también la intervención de las autoridades. Este mal no lo padecía sólo Buenos Aires, pues era común a todas las ciudades, y a este respecto podemos observar cómo en Madrid, en 1787, se dictó un bando en el que se hacía mención expresa de la circulación de vehículos y se prohibía que éstos corriesen por las calles (111). En el mismo sentido encontramos en la capital del Reino disposiciones promulgadas en sucesivos bandos (9 de junio de 1774, 6 de febrero de 1782, 5 de enero de 1785, 26 de enero de 1787) en los que se regulaba el tráfico urbano, ordenando que los cocheros, cuya edad mínima para serlo estaba fijada en los 17 años, no dejaran

abandonados sus carruajes en mitad de la calle, para evitar que los caballos o mulas pudieran espantarse, produciendo daños o víctimas entre la población; e igualmente que tanto las caballerías como los coches de mulas, calesines de alquiler, coches de collera, carros, galeras y toda clase de carromatos llevasen un paso regular, sin correr, para evitar desgracias. (112). Y en 1787 la Sala de Alcaldes proponía que los coches de rúa no pudieran llevar dentro de las poblaciones seis mulas, como era lo habitual, exceptuándose sólo a los coches de collera, pero con la condición de que en éstos el mayoral iría ocupando su puesto en el pescante, y el zagal en la silla o albardón. (113).

De la documentación que sobre el tema encontramos para Buenos Aires se desprende también la existencia de aquellas conductas de personas que, con sus galopadas por las calles, exponían a los viandantes a numerosos atropellos. Es fácil comprender que el anárquico comportamiento de conductores de vehículos y, sobre todo, de jinetes, ofrecía mayor peligro en las horas nocturnas, debido a la nula o escasa iluminación de la ciudad. Con tal motivo se prohibieron las carreras a caballo por la vía pública, tanto de día como de noche, por ser ello causa, entre chicos y grandes, de gran número de víctimas. Tampoco se permitía llevar mujeres a la grupa.

En 1745 el Gobernador don José de Andonaegui publicaba un bando en el que se prohibía marchar a galope por la vía pública, y se decidía que a partir del toque de oración nadie anduviera por las calles a caballo, a excepción, como es natural, de la tropa o de la justicia:

"... sola pena de que topandolos las patrullas de la guarnición de este partido, les hagan fuego, y que si del resultasen el quitarle la vida seria por cuenta y riesgo de los que contraviniesen á lo referido, y que lo mismo se

executase con los que andubiesen con mugeres en áncas, aunque fuese al paso del Cavallo, y si pudiesen ser cogidos, se les castigara assi á ellos como á ellas con las penas que se tubiere por conveniente como tambien, á los que yendo á Cavallo, siendo llamados por las patrullas, y no obedecieren, pasandose á su llamado asimismo les hagan fuego". (114).

Pero no fue posible que un pueblo tan acostumbrado al manejo del caballo dejase de hacer gala de su destreza en la propia ciudad. El mismo Andonaegui vuelve sobre el tema en 1746 y luego en 1749, amonestando a los que por desobediencia y con sus galopadas atropellan a las personas, y a los que por la noche, a pesar de las prohibiciones, siguen utilizando el caballo. A todos ellos les conmina con dos años de destierro al presidio de San Felipe de Montevideo, además de la pérdida del caballo o lomillo que llevaran, y en el caso de que el infractor fuera un joven y no tuviese edad para ir al destierro, ya fuera español, indio, negro o mestizo, se le quitaría su cabalgadura, propinándole cincuenta azotes más un mes de prisión. (115).

En sucesivos bandos, como los de don Pedro de Cevallos de 18 de noviembre de 1756 y 6 de mayo de 1766, se volvía a insistir:

"Que ninguna persona de qualquier estado, y condicion que sea exceptuando la Justicia, sus Ministros, Tropa y hombres de distincion ande de noche a Cavallo por tiempo de Inbierno desde las ocho de la noche y en Verano, desde las diez en adelante..." (116).

"Que ninguna Persona corra a Cavallo por las Calles por las Tropelias y desgracias que resultan especialmente con los niños lastimandolos; ni amarren á las Rejas y Puertas los Cavallos impidiendo el paso de la gente". (117).

Se dispuso igualmente que, por la noche, todo aquel estanciero o chacarero que viniese de fuera, dejase a la entrada de la

ciudad su caballo, entrando en ella a pie, con el fin de evitar en lo posible el tráfico en las horas nocturnas, por el peligro que ello suponía con la escasez de luz y por evitar cualquier desorden.

Pero no parece que estas medidas hicieran gran mella en la población, pues seguimos encontrando en disposiciones posteriores las mismas prohibiciones. Así lo atestigua el bando de Vértiz de 20 de septiembre de 1770 que castigaba a quien galopase por la ciudad después del toque de oración, por la primera vez con la pérdida del caballo y del aparejo, y por la segunda con 25 pesos de multa y si fuese negro o mulato con 100 azotes en el rollo. (118). Y el bando de don Diego de Salas de 10 de abril de 1776 sobre el mismo tema. (119). O las instrucciones del Intendente Paula Sanz a los Alcaldes de Barrio, de 27 de abril de 1787:

"Ninguna persona deberá andar por las Calles de noche á Cavallo despues de vatida la Retreta en la Plaza hasta que se toque la Diana en el Fuerte al amanecer, no siendo por el forzoso motivo de llegar de afuera, ó de hazar viaje para alguna parte, devriendose por las Justicias que salgan de Ronda, por los Alcaldes de Barrio, Patrullas Militares, o por otros Comisionados por el Gobierno á prender á qualquiera que no siendo persona conocida idusca sospecha, o por su traje, o por su contextacion, pues á qualquiera que asi encuentren deberan preguntar la Causa". (120).

& &
&

HACIA UN NUEVO CONCEPTO DE LA PAVIMENTACIÓN. LOS
PROYECTOS DE EMPEDRADO Y LA INFLUENCIA DE LA INS-
TRUCCION SOBRE LIMPIEZA Y EMPEDRADO DE MADRID DE
1761.

Que las calles de la ciudad necesitaban de un pronto arreglo para hacerlas transitables y cómodas a peatones y vehículos estaba en el ánimo de todos, y las autoridades en cada momento intentaron de alguna manera buscar remedio a la situación, no sólo desagradable, sino peligrosa, para la seguridad y sanidad públicas. Desde un principio hemos conocido los proyectos encaminados a canalizar las aguas de lluvia, y las obligaciones impuestas al vecindario para rellenar con cascotes y ladrillos los hoyos y baches de las calles y construir veredas y calzadas. Estas medidas no fueron más que soluciones de urgencia y sin profundidad, destinadas a resolver pronto y mal el problema latente, aunque debe tenerse en cuenta que no se podía hacer otra cosa, debido a las dificultades, sobre todo económicas, que presentaba una obra de mayor envergadura como era el empedrado de la vía pública. Y aunque la idea de dotar a Buenos Aires de una pavimentación más consistente ya había sido expresada por muchos, habrá que esperar a la iniciativa de don Juan Jose de Vértiz, el gran promotor del proyecto de empedrado, al que -aunque tropezó con muchas trabas y contratiempos- le cupo la gloria, reconocida por el Cabildo y los Virreyes posteriores, de ser el precursor, el impulsor de una de las obras mas importantes para la ciudad.

Era preciso, de una vez por todas, remediar el estado de las calles, hecho que acomete Vértiz dirigiendo como primera provi-

dencia un oficio al Cabildo de la ciudad e iniciando así el famoso expediente sobre empedrado. Esto ocurría en 1783, pero Vértiz conoce de antemano los obstáculos con que se va a tropezar y pide que si el empedrado no puede realizarse, al menos se tomen medidas radicales para terminar con ese estado de cosas. (121).

El Cabildo, en efecto, escuchó la petición de Vértiz y alegó, como se esperaba, la imposibilidad de llevar a cabo el empedrado, por los excesivos costos. No obstante, el Cabildo pidió al Síndico Procurador buscarse las soluciones que le parecieran más convenientes, a lo que éste contestó con las propuestas de regular el intenso tráfico de carretas para evitar en lo posible los atascos, los lodazales y el deterioro de las calles, arreglar los hoyos y veredas y pedir la colaboración de todos los ciudadanos para conservar las calles y mantenerlas limpias de basuras. A pesar de todo, el Síndico Procurador añadía que la obra del empedrado no le parecía tan imposible si ésta fuese sacada a público remate. (122).

Ya vimos en otra ocasión que fueron dictadas las disposiciones concernientes a la circulación de las grandes carretas, disposiciones que también se hallan contenidas en el famoso expediente citado y que determinaban la prohibición de transitar por el centro de la ciudad, y la utilización, en su lugar, de carretillas y cabalgaduras para el diario reparto de mercancía y abastos. El peso de los vehículos deterioraba las calles e incluso los paseos públicos como el de la Alameda, según se ve en la comunicación del mismo Síndico Procurador al Cabildo, en la que se dice que el paso de los carruajes lo había dejado inútil incluso para el tranquilo paseo de los ciudadanos:

"Hasta el paseo público de la Alameda, que sirbe al desahogo y recreo de las personas ocupadas, y mas caracte-

rizadas del Pueblo, nota el Procurador General, que se ha destruido, hecho inmundo, lleno de Pantanos, ; que su ambiente está corrompido é infestado con los Lodazales, que estas han hecho..." (123).

Un oficio de Vértiz comunicaría al Intendente Paula Sanz el expediente para la composición de las calles y las medidas de prohibición del paso de grandes carretas por el centro de la ciudad, así como la limpieza viaria (124).

El Intendente Paula Sanz reconoce los favorables resultados que, después de la iniciativa de Vértiz, se van produciendo en la ciudad en cuanto a la higiene y saneamiento de su conjunto. Y en 1784, secundando las disposiciones de Vértiz, dirigirá un plan de nivelación de las calles, encargando de ello al Capitán de Ingenieros don Joaquín Mosquera, ayudado por el alarife Pedro Preciado. (125). El plan de Paula Sanz se dirigía en primer lugar al arreglo de los frentes de las calles con piedra o con ladrillos "de canto" o "sentados". Se dejaría en libertad a los vecinos que tuvieran posibilidades económicas, para realizar el empedrado de sus propias calles, pero, en su defecto, sólo se les obligaría a construir unos terraplenes a base de fragmentos de ladrillos o tejas, que podrían utilizarse de los restos producidos por los hornos de ladrillo; las calzadas que los vecinos deberían disponer al frente de sus casas deberían ser uniformes y con todos los requisitos indispensables para una mayor duración; las calles-se dice- tendrán "seis palmos de ancho", aparte de la cinta de la misma piedra o ladrillo de canto "que se pondría al frente de ellas". Los vecinos que no pudieran hacerlas de piedra las podrían realizar de "ladrillo sentado con mezcla terciada de cal". Del mismo modo, a cada tres varas de distancia se colocarían postes "de buena madera" de una altura igual en toda la ciudad, para defensa de los

transeúntes, no debiéndose atar de poste a poste ni cuerdas, maderas, barras, etc.

Los que tuvieran cocheras deberían hacer una bajada para la salida de coches, con pendiente hacia la calle. A los vecinos que pusieran a disposición de las obras carretas, carretillas o criados, se les harían descuentos de importancia. Se trató asimismo del nombre de las calles, que se indicaría en recuadros de piedra o madera, siguiendo la dirección de norte a sur y de este a oeste, con los nombres que hasta la fecha tenían, "y las calles que salgan directamente a la plaza principiarán su nombre desde ella". A los ciudadanos que fuesen dueños o que habitasen las casas que hacían esquina se les aconseja empedrar ésta y poner guarda ruedas de madera o de piedra, con el fin de evitar los destrozos producidos por las carretas.(126).

Como vemos, las iniciativas del Virrey en 1783 sirvieron al menos para que se fueran adoptando medidas más efectivas y se instalase con mayor rigor en la conciencia de todos la necesidad de cooperar en beneficio del bien común. Y es que en el urbanista Vértiz se encuentran también, sin duda, las corrientes típicas de los ilustrados del siglo XVIII, que en España son impulsadas por el propio rey Carlos III y su corte de italianos, quienes en la villa madrileña iniciaron, con la cooperación de Sabatini, un proyecto de empedrado cuyos puntos fundamentales se hallan contenidos en la Instrucción de 14 de mayo de 1761, a la que hemos hecho ya referencia con anterioridad al tratar de la limpieza de las calles. El empedrado, según la Instrucción, "a excepción de la vara, o tres pies arrimados á las Casas", que debía efectuarse por cuenta de los dueños de las mismas, " se ha de hacer a costa del Publico". Y del mismo modo que a los bonaerenses se obligaba a los madrileños:

"... que todos los Dueños de Casas, no solamente los que construyan de nuevo, ó reedifiquen sino de las antiguas, y

aunque no tengan necesidad de repararse embaldosen el frente, y costados de ellas, que caen a las Calles publicas, con baldosas de piedra berroqueña de tres pies en quadro."
(127)

Para Buenos Aires la cuestión de nivelar las calles presentaba, no obstante, multitud de problemas, no sólo por los esfuerzos económicos que todo ello suponía, sino porque también existía un grupo de individuos dispuestos a sacar provecho propio del asunto, abusando en los precios estipulados por la prestación de sus servicios. De esto se quejaba el ingeniero Mosquera a Paula Sanz, cuando le comunicaba que los dueños de las carretillas que transportaban el material cobraban precios excesivamente altos por el alquiler de las mismas, y otro tanto sucedía con los vendedores de cal, ladrillo, o los jornaleros, albañiles, carpinteros y peones, que veían un momento propicio para aprovecharse de las circunstancias, por lo que aconsejaba que se estipulasen unos precios fijos tanto para los transportes como para la mano de obra. La eterna ley de la oferta y la demanda, de un lado, y la inevitable picaresca, de otro.
(128).

Con tal motivo Paula Sanz rompe bando (17 de marzo de 1784) advirtiéndole que a ninguno se le pagase más jornal que el concertado: "A ningún oficial obrero Albañil, Carpintero, Peon, etc. se pagara en la composicion de las Calles mas jornal que el corriente".(129). Mientras que a los transportistas no se les daría más de dos reales por cada cinco cuadras, tres por cada ocho y cuatro por más de ocho. (130). Para la mejor ejecución de las obras se eligieron dos alarifes con el título de "Maestros Mayores" de la ciudad, cargos que recayeron en don Juan Bautista Masellac, maestro mayor de las obras del Rey, y don Pedro Preciado.

Durante los gobiernos posteriores a Vértiz el problema del empedrado sigue latente, y las obras de nivelación de las calles continuaban con lentitud. Bajo el del Virrey Marqués de Loreto (1785-1790) la obra no recibió gran impulso. El propio Virrey nos cuenta el avance que durante su mandato tuvo la nivelación de las calles: todo se veía frenado por los enormes presupuestos, teniendo que hacerse poco a poco y por partes. Con el empedrado veía además el Virrey el peligro de que muchos edificios viejos o mal contruidos quedasen más bajos del nivel de la calle, y otros sufrieran los desaguisados de las carretas. Volvía el Virrey, como antes lo hicieran otros gobernantes, a proponer el viejo sistema de nivelar y afirmar el suelo con cascotes, tosca, barro; después se iría cubriendo este suelo con arena, proponiendo que en las rampas o declives se podían utilizar las osamentas procedentes de los mataderos: "elijiendo las mas ventiladas, depuradas de su medula, productiva de gusanos, aunque no nocivos, incómodos". (131).

El Marqués de Loreto veía además otros problemas que surgirían si se llegaba a realizar el empedrado: uno era la necesidad constante de hacer reparaciones en el piso, y otro el de que habría que calzar las ruedas con llantas de hierro y poner herraduras a las caballerías, cosa que en este país era de difícil realización por ser las herraduras más caras que el propio caballo. (132).

Como el transporte de la piedra era efectuado por lanchas desde la otra banda del río hasta el embarcadero y luego había de ser transportada de nuevo por las carretas, Loreto proponía, para reducir costes, que todas las carretas de la ciudad, que por entonces eran unas cuatrocientas o quinientas, al ir al embarcadero a llevar sus mercancías, no se volvieran de vacío, sino que cargasen la piedra destinada a la reparación de las calles. (133).

Su sucesor don Nicolás de Arredondo dio un mayor impulso a la obra. En su relación de gobierno explica los motivos que más le animaron a ello, como era sobre todo el evitar los hoyos y la suciedad que tanto afectaban a la salud pública. Después afirma que Vértiz, iniciador del proyecto, y Paula Sanz, el Gobernador Intendente que continuó la nivelación, dejaron todo dispuesto para el empedrado, pero faltaba lo esencial: la piedra, el dinero y los medios para realizarlo.(134).

Es el propio Arredondo quien expone la forma en que pueden ir subsanándose estos problemas:

"Y quando meditaba sobre los recursos que devian tomarse, el que me parecio el mas facil fué aplicar parte de ciertas condenaciones a la obra del empedrado: Con este pequeño ingreso y con otras Providencias relativas á la conduccion de la piedra que devia traerse de la Isla de Martin Garcia imponiendo a las Lanchas de este Rio el pequeño gravamen de hacer ciertos viages por turno y con muy largo intervalo, y á las Carretillas conducir la piedra tambien por turno desde el desembarcadero hasta el parage donde devia servir, logré ver las primicias del proyecto en las espaciosas y firmes calzadas que V.E. habra mirado como cosa nueva en la Plaza Mayor, con las que hé hecho muy comodo el transito para el Fuerte y para las Carretillas del Abasto." (135).

Más tarde, la subida al trono del nuevo monarca, Carlos IV, dio lugar a que el comercio de la ciudad acordase en Junta reunir hasta la cantidad de diez mil pesos para celebrar dignamente tal acontecimiento; pero ante la necesidad perentoria de continuar una obra tan beneficiosa para la ciudad, se pensó que este dinero podfa ponerse a disposición del Virrey para proseguir el empedrado de las calles. Al contar con esos diez mil pesos, el Virrey escribía lo siguiente:

"Tomé nuevo aliento para empezar con las Calles á efecto de que viendo los vezinos en algunas las bellas consecuencias del empedrado pronosticasen ellos mismos las ven-

tajas más extensas, que al cabo habían de disfrutar cuando se lograra que todas ó las mas principales de la ciudad esten empedradas". (136).

La obra comenzó por la calle de las Torres "que concluida ofrecio un aspecto, una comodidad, y una limpieza que nunca esperaban ver las gentes de Buenos Aires". (137).

Y en 1795 el Virrey da cuenta a su sucesor de que se habían empezado a empedrar todas las cuadras que van desde la Plaza hasta el Hospital de los Padres Betlemitas, porque precisamente desde este convento es por donde hacían su entrada pública los señores Virreyes en su proclamación; no obstante dicha empresa no se había podido terminar en parte por las dificultades que el río presentaba para el transporte de toda la piedra necesaria. (138).

Tal fue el celo que Arredondo puso en la pavimentación y aseo de las calles que se prohibió la libre circulación por las mismas de los cerdos u otros "animales inmundos" que las ensuciaban, al mismo tiempo que constituían un peligro para el tránsito; la circulación de cerdos por la vía pública, hecho tan corriente en las ciudades y pueblos en aquella época, sería castigada por la autoridad con la pérdida de dichos animales para sus dueños, destinándose su producto a la Casa de Residencia, al Hospital o a los pobres de la Cárcel. (139).

Recordemos cómo en este caso particular sobre el tránsito de cerdos por las calles, en Madrid se prohibía también en 1761, 1762 y 1763 la circulación de estos animales, de los que eran dueños los hermanos de San Antonio Abad, de cuyo producto vivían. Esta circulación de cerdos por todas las ciudades, villas y lugares del reino constituía un privilegio del que gozaban aquellos hermanos desde la fundación de la casa, de patronato real. (140). Con tal motivo se discutió sobre la

procedencia de la medida, llegándose a la conclusión de que
"se les compensara de cuenta del Caudal de Causa publica la sa-
tisfaccion del gasto, que la custodia de su ganado de Cerda oca-
sione en el Campo". (141).

& &
&

LAS NORMAS DE CONSTRUCCION PARA EDIFICIOS
PUBLICOS Y PARTICULARES.

Al mismo tiempo que se iban proponiendo los medios para el arreglo de las calles nacían también disposiciones para regular la construcción de edificios. Ya en 1640 (142) el Cabildo había ordenado que toda construcción que se hiciese de nuevo debería ir acompañada de unos requisitos legales imprescindibles, pues además de presentar los títulos de propiedad, toda persona que quisiera obtener un permiso para construir debía recabar el visto bueno de los maestros comisionados de las obras. En general se habían seguido los preceptos de las Leyes de Indias y las de Castilla, y mucho más tarde tendrían vigencia las disposiciones de las Reales Ordenanzas de 1719.

La falta de los dos materiales esenciales para la construcción, como eran la piedra, que había de ser acarreada desde la otra orilla del Río de la Plata por medio de embarcaciones, y la madera, que había de traerse de los bosques del Paraguay especialmente, dificultaron aquélla a lo largo de los siglos XVI y XVII para lograr edificios sólidos y de buena calidad, por lo que las reparaciones no sólo de edificios públicos sino de los particulares hubieron de realizarse con harta frecuencia.

En 1704, como afirma Furlong, se dictaron nuevas ordenanzas en las que se especificaban las normas de construcción y se reglamentaba lo referente a la calidad de materiales y precios. (143). Pero con el aumento de la población y el paso del tiempo, en la segunda mitad del XVIII fue precisa una mayor intervención gubernativa para reglamentar la anarquía del vecindario al llevar a cabo las construcciones. Si la preocu-

pación por el ornato de las calles fue en aumento por parte de las autoridades, no lo fue menos la encaminada a evitar que cada vecino construyese a su libre albedrío. De ahí que empiecen a desarrollarse normas de policía y vigilancia para que nadie construya, reforme o reedifique una casa sin obtener el permiso correspondiente que acredite la sumisión a las reglas de construcción preestablecidas.

En un bando de 21 de mayo de 1772, de Vértiz, sobre limpieza y aseo de la ciudad, así como en la instrucción que éste diera a los Alcaldes de Barrio en la misma fecha, se encuentra la prohibición de construir sin licencia, debiéndose respetar las normas sobre altura de los edificios:

"Ninguno podrá fabricar casa sin previa noticia del Comisionado de su distrito quien con algun Inteligente ó con el Piloto de la Ciudad le señalará la altura en que ha de poner el piso de su Casa segun la situación de la Calle, de modo que en lo posible tengan en adelante la igualdad, y proporcion que deben, y se eviten los pantanos por falta de corriente á las Aguas". (144).

Las infracciones en materia de construcción, no obstante las órdenes existentes, seguían produciéndose, por lo que en 1784, Paula Sanz, invocando las leyes de Castilla y de Indias y las Reales Ordenanzas de 1719, creaba los puestos de maestros mayores de obras que coordinasen la vigilancia y realización de las que se emprendieran, además del ya citado Capitán de Ingenieros don Joaquín Antonio de Mosquera, encargado de la dirección de las obras públicas y ramo de Policía de la ciudad, y disponiendo que Juan Bautista Masellac y Pedro Preciado serían los dos alarifes que desde ese momento tendrían a su cargo la inspección de toda nueva obra que se llevase a cabo:

"Urgiendo ante todas cosas el prevenir para en lo subcesivo el notable desorden experimentado hasta oy en la libertad, advitraria con que los vecinos emprendieron la construcción de muchas casas, y la ninguna uniformidad, y daños reciprocos que tanto al publico como a ellos mis-

mos resulta..." (145).

Paula Sanz intentaba resucitar y dar mayor vigor a todas las disposiciones anteriormente dictadas sobre politica edilicia, tan reiteradas en los bandos y tan desobedecidas por los vecinos, e insiste en 1784:

"...que desde este día en adelante no se emprenda obra alguna, ni se renuebe Pared, abra cimientos, ventana ni Puerta a la calle sin expresa licencia de este Gobierno que de vera pedirse por un memorial a nombre del mismo Dueño de la posesion ó de quien legitimamente la Administra-se, bajo la pena de que a qualquiera que asi no lo hicie-re se le exhigiran cien pesos de multa a beneficio del fondo destinado para la composicion de las mismas calles." (146).

En los años posteriores se siguen dando normas sobre la forma en que cada particular podía y debia llevar a cabo una nueva edificación, y es el propio Arredondo en 1794 quien vuelve a encargar a los Alcaldes de Barrio su especial vigilancia para que nadie realice una nueva construcción sin los requisitos legales expresados, pues todo ello iba encaminado a ir dotando a la ciudad de nueva estética y mayor comodidad, por lo que el Virrey vuelve a decir:

"El que quiera construir Casa, ó cualquiera otro edificio presentará como está mandado ante esta superioridad el Plano que lo demuestre pues aunque á ninguno se impedirá la justa libertad de su derecho deve no obstante ser examinada en razon de la seguridad y decoracion publica que ha de observarse como de la Justicia, Magistrado o Jefes que se hallen presentes y devan providencias en el acto". (147).

Las normas que en 1795 regían para las construcciones particulares son citadas por el propio Arredondo. Según éste, un

regidor o diputado de policía era el encargado, junto con un arquitecto, de acudir al lugar donde se proyectaba la nueva obra, para tomar las disposiciones de rigor, como era la comprobación de los títulos de propiedad y su legalidad; luego se procedía a la medición, si era posible, de toda la "quadra" para establecer fielmente las varas de terreno que poseía cada vecino instalado en la zona, y en cuanto al nuevo edificio "se tira por el frente ó por la calle que és lo mismo una línea que guarde rectitud en lo posible y deje un competente espacio de vereda". (148).

Con estas y otras medidas se iría haciendo realidad una nueva fisonomía de la ciudad, para la que se iban adoptando fórmulas de estética urbana de acuerdo con los tiempos, con las posibilidades de la población, con los modos de vida, el incremento del número de vecinos y con el inusitado auge económico que venía experimentándose en los últimos años y los saneados recursos de los ciudadanos, hechos que el Virrey Arredondo nos confirma en las postrimerías del siglo XVIII:

"Por lo que hace á edificios de particulares es una maravilla ver como se estan reedificando y fabricando casas de nuevo todos los dias, y en todos parages, y esto nos da a conocer que hay caudales en Buenos Aires y que la Poblacion se multiplica". (149).

LA CREACION DE LOS PASEOS PUBLICOS. LA ALAMEDA

En el siglo XVIII se manifiesta un marcado fervor, por parte de los espíritus más sensibles de los ilustrados, en proclamar y apoyar la defensa de la naturaleza y en particular del árbol, como uno de los mejores y principales recursos con que cuenta el hombre en su beneficio. No hay que olvidar en este tema a Jovellanos y su entusiasta campaña en favor de las repoblaciones de los montes en toda España. (150). Y esta tendencia se hace notar también en las grandes ciudades y villas, donde se introducen, para su ornato y goce de los habitantes, los jardines, los árboles y las plantas, dando lugar a hermosos paseos públicos que elevan la categoría y el rango de estos núcleos urbanos.

Con Carlos III conocerá Madrid la creación de uno de sus mejores paseos, el del Prado, cuyo conjunto ornamental pudo ya competir desde entonces con los de las grandes ciudades de Europa. También en Buenos Aires se piensa en la posibilidad de contar con lugares de esparcimiento que, al mismo tiempo, habrían de contribuir al prestigio de una ciudad cuyo desarrollo iba en aumento. Las autoridades proyectaron la creación de un paseo en la zona del bajo río, un paseo que sirviera de solaz para el ciudadano, a la vez que embellecía el lugar. Pero la obra, como veremos, hubo de vencer grandes dificultades que se oponían a su realización.

El tema empieza a ser tratado por las autoridades bonaerenses en las reuniones del Cabildo, en cuyas actas correspondientes al 1 y 10 de febrero de 1757 se disponía, entre otros asuntos de no menor interés - como eran el arreglo de las calles y

la regulación del nivel de las aguas- la composición de un paseo que fuera por "bajo de el Asiento y Fuerte, por el vajo del Rio" y una vez allanada esta zona se podrían plantar en ella árboles (151), creándose así un conjunto hermoso y agradable, a lo que contribuía la proximidad del río. Parece ser que los inicios de estos trabajos tienen lugar en octubre o noviembre de 1767. En 22 de julio del año siguiente el proyecto de paseo es ya conocido por la Alameda, y para su financiación se especula con la posibilidad de contribuir con los derechos del Ejido de la ciudad. Pero también se hace mención de los obstáculos que se oponen a la obra y que se derivan fundamentalmente de los perjuicios causados a los vecinos cuyas viviendas o terrenos estaban situados en la Barranca, y que no habían recibido indemnización alguna, como exponían en un memorial presentado ante el Cabildo que examinó la cuestión, anunciando que se adoptarían medidas para que los pagos se efectuasen, e incluso se llegaba a prohibir al ingeniero encargado el derribo de cualquier casa contra la voluntad de su dueño. (152).

Al mismo tiempo que las obras del paseo se proyectaban otras dos: la construcción de un puente en la llamada zanja del Hospital y la calzada del Riachuelo, obras fomentadas por don Francisco Bucarely y dirigidas por el ingeniero don Juan Bartolomé Hobel, y cuyos gastos, según se manifiesta en 1768, serán de 12.000 pesos, repartidos de la siguiente forma: 4.000 para la Alameda, 3.000 para el puente y 5.000 para la calzada del Riachuelo, contando como principal mano de obra, según era ya corriente, con los presos de la cárcel. (153). El Cabildo no veía sin embargo factible la realización de ninguna de estas tres obras y hasta las llegó a considerar perjudiciales, como así se hace constar el 26 de enero de 1771, sobre todo porque la escasez de recursos económicos daba lugar a que los vecinos cuyas posesiones estaban comprendidas en aquella zona no recibían su

justa indemnización. Se hacía referencia, por ejemplo, a que la declaración prestada por don Joseph Tenzano sobre que todos los vecinos ya habían sido satisfechos en sus pagos, no era exacta, por lo cual se solicitó que se abriera una nueva investigación a cargo del Procurador General. Al parecer, la cantidad demandada era de 9.358 pesos y 3 reales, pero como había que descontar 1.000 pesos ya dados por Bucarely, tal cantidad quedaba en 8.358 pesos y 3 reales. (154).

Con todo, la idea de un paseo público sigue en pie y será apoyada especialmente por aquellos hombres de mentalidad más progresista e ilustrada. Como es lógico, no quedó Vértiz fuera de este núcleo de personas que impulsó la realización del paseo de la Alameda, al cual consideraba como imprescindible para la ciudad:

"Los pastos públicos son unos adornos que contribuyen tanto a la diversión y salud de los Ciudadanos, como á la hermosura de la Ciudad, y con este conocimiento di principio a la Alameda, compuesta de Sauces y Ombues, arboles frondosos y de un quasi permanente verdor prohibiendo que por aquel paraje se echasen animales á pastar, que a los arboles plantados se amarrasen Caballos, y que las Lavanderas alzasen, é hiciesen de unos á otros tendederos de ropa..." (155).

Sin embargo Vértiz también se quejaba de que esta obra, durante una ausencia suya de la capital, hubiese quedado paralizada, y siempre por la misma causa: los exiguos y reducidos bienes propios de la ciudad con que se contaba para ello:

"El paraje es agradable por la inmediacion á este gran Rio; pero con mis ausencias de ésta Capital, y por haverse hecho y continuado con puros arvitrios, como que los Propios

de esta Ciudad son muy escasos, y no han podido concurrir á este desahogo del Publico, no ha tenido el adelantamiento que yo me propuse..." (156).

En su relación de gobierno aconsejaba a su sucesor seguir con toda ilusión esta empresa para que Buenos Aires contase con un bello paseo arbolado, porque

"...esta Ciudad Capital de tantas Provincias en que reside V.E., y que se adelanta en otros y tan respetables establecimientos tenga tambien los materiales adornos que le distingan entre las demas, y la hermoseen, y hagan mas decorosa, y apreciable á los que á ella concurren." (157).

Pero la Alameda no llegó a alcanzar el tono deseado por sus promotores y hasta llegó en ocasiones a convertirse en lugar poco agradable, debido a los famosos lodazales, a los que contribuía el gran tránsito de carretas, como así lo hace notar el Procurador General en 1783, cuando afirma que este lugar de recreo para muchas personas está muy deteriorado:

"... hecho inmundo lleno de Pantanos, y que su ambiente esta corrompido e infestado con los Lodazales que estas han hecho..." (158).

Habrían de pasar varios años hasta que, ya entrado el siglo XIX, el Virrey Sobremonte decidiera realizar un nuevo paseo de la Alameda, encargando la obra a Antonio de las Cajigas y Castillo (8 de mayo de 1804), volviéndose a plantar árboles y a nivelar el terreno, pues el paseo iniciado por los gobiernos anteriores se había degradado y convertido en estercolero. (159).

& &

&

EL ALUMBRADO : SU INAUGURACION EN MADRID.
SU INSTALACION EN BUENOS AIRES.

El tema del alumbrado público es algo que no puede olvidarse al hablar de las reformas urbanas del siglo XVIII. Es precisamente en el siglo de las "luces" cuando, materialmente también, se empiezan a instalar éstas en las ciudades. La iluminación de la vía pública, de las plazas y paseos y de todo el conjunto urbano será objetivo fundamental en la política municipal de los Borbones españoles, especialmente de Carlos III, quien iniciará junto con Esquilache, al poco tiempo de su coronación, la empresa de dotar a la propia capital del reino de una iluminación acorde con su rango. Desde 1761 se dictarán bandos y disposiciones para tal fin, estableciendo la forma y modo en que la operación del alumbrado ha de llevarse a cabo y que, como veremos, guardan una estrecha semejanza con el planteamiento que del alumbrado se hizo en Buenos Aires, si bien salvando, como hemos dicho desde un principio, las diferencias sustanciales que separaban ambas capitales.

En Madrid, antes de la llegada de Carlos III ya se habían dictado normas relativas a conseguir la iluminación nocturna. Con Felipe V, en 1706, el alumbrado se mantenía bajo la responsabilidad de los inquilinos que ocupaban los pisos principales de las casas, quienes estaban encargados de colocar un farol en ellos, aunque el gasto originado por el mismo -aceite, algodón, velas etc.- fuera costado por todos los vecinos. Pero, al parecer, esto no se cumplía, de un lado, porque quienes venían obligados se negaban, y de otro porque se producían

discusiones entre los mismos vecinos que no querían contribuir a los costes del encendido y del farol, y junto a ello porque los clérigos y eclesiásticos se amparaban en sus inmunidades y exenciones para no hacerlo. En suma, se establecía lo que Alcázar Molina llama "el eterno pugilato tan español entre la autoridad y los encargados de cumplir sus mandatos". (160).

Posteriormente, y en vista de estos resultados, se publicarán bandos como los de 1746 y 1757 insistiéndose sobre la necesidad de que la villa cuente con iluminación, y dándose normas para llevarla a cabo. Debido al poco éxito que, al parecer, se obtuvo, la Sala de Alcaldes de Casa y Corte (161) volvió en 1761 a promover la idea de publicar otro bando sobre el tema, lo que tuvo lugar al año siguiente, 1762, y en él se hacía notar aquella necesidad para acabar con los robos, los asaltos y todos los peligros a que estaban expuestos los ciudadanos que transitaran de noche por la vía pública. Una vez más se recordaba la obligación que tenían los vecinos de los pisos principales de ocuparse del encendido de los faroles y de la "palomilla" a partir de las doce de la noche, desde octubre a finales de marzo; y se señalaba con particular interés que estas disposiciones obligaban también a todos los eclesiásticos y clérigos, y a todos los monasterios, conventos o comunidades religiosas. Las multas que se imponían eran de diez ducados para aquellos que no pusieran farol y "palomilla", y de cuatro para los que, teniéndolo, no lo encendieran. (162).

Pero el alumbrado seguía siendo insuficiente, ya por la mala colocación de los faroles, ya por la negligencia y abandono de los encargados de los mismos y, en general, por la desidia del vecindario. Años más tarde, como el problema sigue en pie, las autoridades madrileñas continúan en la búsqueda de una buena iluminación nocturna. En 1765 se publica otro bando en el que

el Corregidor don Alonso Pérez Delgado hace saber que, por orden del primer Secretario de Estado, Marqués de Grimaldi, la iluminación se realizará a base de faroles cristalinos y luz de velas, y tendrá lugar en las noches oscuras desde el 15 de octubre hasta el 15 de abril. Y se añade que es resolución de Su Majestad

"...libertar al vecindario del cuidado de encender, limpiar y conservar los Faroles, y á los Posseedores de Casas de la contingencia, y gastos de reponerlos, para ello un Director de esta Policía, que lo es don Antonio Carrillo de Mendoza para que con los precisos Dependientes, y Operarios la establezca, y rija en todo lo Gobernativo, y Economico, con inmediata sujeccion al primer Secretario de Estado". (163).

En cuanto al coste y gastos ocasionados, se encargaría a un recaudador de la Regalía de la Casa de Aposento de recabar los 64 reales y 20 maravedises que era a lo que se elevaba el gasto de cada casa y farol. (164).

De tal acontecimiento de instalar el alumbrado de la villa con faroles cristalinos, Cepeda Adán nos deja la versión del Marqués de San Leonardo, quien alaba la magnífica idea de Carlos III y de Grimaldi de dotar a Madrid de una iluminación que podía competir con la de París o cualquier otra ciudad europea. San Leonardo dice que para tal empresa se gastarían 900.000 reales de vellón, con un mantenimiento anual de 40.000 ducados, y serían colocados 4.408 faroles sin más gasto ocasionado al vecindario que el del aceite y el algodón. (165).

Madrid se convertía así en una ciudad mejor iluminada, aun con la oposición de algunas gentes irresponsables que destruían y rompían cuantos faroles se ponían a su alcance, a pesar

de las multas de 50 ducados con que se castigaba la fechoría. También las algaradas callejeras solían dar al traste con el alumbrado, como sucedió en el motín de Esquilache -24 de mayo de 1766- en que el pueblo madrileño descargó toda su furia contra los nuevos faroles.

Pero mientras esto sucedía en la villa de Madrid, ¿cómo evolucionaba la cuestión en la capital virreinal? Tampoco eran nuevas en Buenos Aires las disposiciones en las que se instaba a los vecinos a colocar faroles en las puertas de sus casas, de sus tiendas o de los locales públicos. Tal medida era aconsejada por las autoridades, sobre todo en las noches más oscuras. Durante muchos años, las personas que circulaban por la calle de noche se veían obligadas a llevar su propio farol para alumbrarse, y disposiciones posteriores establecieron que cualquier persona que saliere a la calle después del toque de retreta no podía hacerlo sin llevar luz. Todo esto nos prueba la deficiente o casi nula iluminación de la ciudad.

A partir de 1774 es cuando el tema del alumbrado empieza a ser considerado en Buenos Aires con mayor interés por parte del Cabildo y las autoridades. Las disposiciones anteriores a estas fechas sólo obligaban a que los vecinos, especialmente los que tenían tiendas, pulperías o "cuartos de oficios" colocasen de noche faroles en sus puertas.

En 1756, por ejemplo, don Pedro Cevallos ordenaba que en las puertas de todas las tiendas se pusiera farol a partir del toque de oración en adelante, lo mismo que en todos "los cuartos que tienen puerta á la calle en que se esta trabajando en los oficios", bajo penas de 6 y hasta de 20 pesos. (166).

En los mismos términos ordenaba Vértiz en 1770 la colocación de faroles en todas las puertas de tiendas y pulperías mientras estuvieran abiertas por la noche. (167), recomendando el cumpli-

miento de este mismo punto a los alcaldes de barrio en las Instrucciones dadas a éstos en 1772. (168).

Pero en general estas normas para mantener encendidos los faroles en determinados locales y a partir del anochecer, irían más bien encaminadas a proteger la seguridad y el orden nocturnos, no dando facilidades, en lo posible, a los incidentes y algaradas callejeras; aunque, con el tiempo, la idea de dotar a Buenos Aires de alumbrado público se orientaría también hacia la conveniencia de que contara con un mayor ornato que la fuera situando a la altura de otras ciudades de su época.

Así, en 19 de diciembre de 1774 se discutía en el Cabildo el modo de emprender la obra para dar a la ciudad una iluminación adecuada, a semejanza de las ciudades europeas. En el acta de la reunión se inserta una carta del Gobernador señalando los resultados ventajosos que ofrecía el alumbrado, para evitar los muchos perjuicios, robos, asaltos y otros "exzesos" a que se veía sometido el vecindario en las noches oscuras; también se especificaba que dicha obra de la iluminación ya había sido encargada al Teniente del Rey quien junto con los Alcaldes ordinarios y el Síndico Procurador promoverían esta tarea de gran interés para la comunidad. (169).

Se fueron dictando disposiciones en relación con esta empresa del alumbrado. En cada cuadra existiría un comisionado de faroles, mientras que la limpieza, encendido, etc., se encargaba a los vecinos, tenderos o pulperos que se eligiesen para ello, quienes se ocuparían de tales menesteres al menos una vez a la semana, siendo responsables de su perfecto funcionamiento. Un bando de Vértiz recomienda de la siguiente forma, en 1774, el cuidado que los individuos debían tener para el mantenimiento y conservación de los faroles, tanto en el momento del encendido como a la hora del apagado:

"...cuando lo encienda saque la palomilla del farol hacia

fuera dexandola asegurada con la aldava larga que ha de enganchar precisamente en el augero que tiene y por las mañanas lo mas temprano que sea dable y lo mas tarde á las siete en verano y á las ocho en Yvierno, ha de arrimar dicha Palomilla hacia la pared dexandola enganchada, y segura con la aldavilla chica, de forma que quede el farol sin riesgo de que los vientos lo muevan baxo dela pena de un peso por cada vez que se note algun descuido, y que para colocar la vela encendida en el farol se saque fuera la candela del Candelero, y afirmada en ella la buelvan á poner en el mechero á fin de que no opriman el farol cuando la pongan, y obiar el que por esta causa se rompa teniendo cuidado de cerrarlo vajando el pasador de alumbre de la puertezuela que la reune por su giro y no por fuera de él por que no quede avierto."(170).

De igual modo se recomendaba proteger los faroles contra el viento o las inclemencias del tiempo, preservándolos con "parapetos" de cuero o de carnero o lienzo forrado de lana. (171). Pero en medida semejante a lo que ocurría en otras ciudades, los vecinos de Buenos Aires acogieron con indiferencia los proyectos de alumbrado, y con mayor motivo por cuanto el dinero del mantenimiento corría a cargo de ellos mismos, cuya distribución equitativa se efectuaba por los comisionados de faroles. Igualmente los faroles no se salvaron aquí de las iras del vecindario, de la negligencia de sus cuidadores o del insano placer de los que se dedicaban a romperlos a pedradas, aunque estos hechos se castigaban con azotes o con multas de diez pesos. (172).

En 1776 los proyectos de iluminación siguen su curso, pero todavía ésta es deficiente, y en la ciudad existían zonas donde aún no había llegado. Por ello se recomendaba a los vecinos de las casas principales que habitasen en estos lugares la colo-

cación de faroles en sus puertas, los que pudiesen, de vidrio, y en su defecto, de papel. (173); y para economizar se precisaba que sólo se encendieran en las noches oscuras y sin luna, como se expresa en el bando de don Diego de Salas de 10 de abril de 1776:

"Que esta nueva Iluminacion que se lleva ordenada en el antecedente Capitulo se há de entender desde el Quarto de Luna Cresiente hasta dos dias despues de la Luna llena para evitar de este modo el mayor gasto á los vezinos respecto de la luz, que dá la Luna, pero en las noches oscuras tengan todos cuidado y obligacion de poner dichos Faroles." (174).

Con todas las dificultades que surgían a cada paso, la iluminación de las calles de Buenos Aires está en marcha y, a pesar de sus defectos, las opiniones de algunos gobernantes son optimistas, como la del Virrey Vértiz que nos deja en su relación de gobierno unos párrafos dedicados a la forma en que bajo su mandato se vino desarrollando la colocación de faroles, afirmando que su calidad era la mejor que había visto, y que su coste y contribución de dos reales al mes por cada puerta era un gasto poco importante al que todos los vecinos atendían con agrado, pues eran innumerables los beneficios que proporcionaba el alumbrado, entre ellos, el de mantener la seguridad ciudadana, a salvo de los delincuentes que se amparan en la oscuridad al mismo tiempo que constituía un importante adorno para la ciudad. No obstante, la obra del alumbrado -mantiene Vértiz- puede ser susceptible de ciertas mejoras en el futuro, de acuerdo con las circunstancias de cada momento. (175).

En 1787 se toma la resolución de sacar a subasta el alumbrado, y en 1788 se precisa más sobre la extensión que el mismo debe tener, en la siguiente forma:

"...desde la Barranca por la parte de Leste, hasta la calle

que pasa por delante de las Plazas de Monserrat, y Amarita por el Oeste, y de la parte del Sur, á Norte desde la Parroquia de San Nicolas hasta Monserrat y por el frente ó lado de Leste de zanja á zanja, de Norte á Sur, con inclusión de la Calle que llaman de la Residencia hasta donde termina la calle de esta por el Sur". (176).

Las nuevas instrucciones que se dan en este época insisten una vez más en la colaboración de todos los vecinos al alumbrado, al cual debían concurrir lo mismo los estantes que los habitantes que viviesen en pisos cuyas fachadas diesen a las calles. Otras disposiciones hacían referencia a que debían obedecerse las órdenes que diera el asentista de faroles sobre las medidas, formas de las velas u otras resoluciones, y que el encendido debía realizarse todas las noches del año a partir del toque de oración.

Conocemos los nombres de algunos de estos asentistas del ramo del alumbrado. En 1788 precisamente la Junta municipal de Propio, al haber rechazado la propuesta del asentista don Joaquín Legal y Córdova, aceptó en su lugar a don Juan Gutiérrez Gálvez, realizándose el remate del alumbrado por dicho individuo, pero al parecer surgieron diferencias o dificultades especialmente de carácter económico después de una serie de disensiones con el mencionado asentista de la Junta municipal de Propio, y se volvió a sacar a subasta la contrata de los faroles, siendo adjudicada en 16 de mayo de 1791 a don Felipe Robles. (177).

& &
&

LA CONSTRUCCION DE CEMENTERIOS EN EL
SIGLO XVIII. CRITERIOS ACERCA DE SU
ESTABLECIMIENTO EN BUENOS AIRES.

La costumbre de realizar los enterramientos bajo el atrio de las iglesias era práctica común que todavía se lleva a cabo en el siglo XVIII con toda normalidad, aunque ya en el siglo XIII, como puede leerse en las Partidas, se aconsejaba enterrar los cadáveres en lugares dispuestos al aire libre. Pero nuevas concepciones empiezan a prosperar, cobrando especial importancia el tema relacionado con la higiene y salubridad públicas, y surgen campañas contra aquella práctica tan arraigada en los pueblos cristianos de enterrar a sus muertos en las iglesias y en lugares cerrados. Comienzan, pues, a aparecer juicios críticos que combaten tales costumbres, por considerar que, en muchos casos, podrían ser causa de contaminaciones y epidemias.

En España, una vez más, es Carlos III quien pone sobre el tapete la necesidad de cambiar el sistema, y su idea parece que incluso se adelantó a otros países, pues en 1777 inicia un proceso, contando con las opiniones favorables emitidas por el Tribunal del Protomedicato, para suprimir los enterramientos en lugares cerrados y en templos. Los peligros de enterrar a los muertos en iglesias habían sido advertidos por algunos miembros del referido Tribunal y era el temor a la peste y a la infección lo que indujo a muchos médicos a aconsejar a los gobernantes una nueva legislación sobre la materia. Claro está que las dificultades con que se tropezaba no eran escasas, sobre todo en ciertos sectores de la Iglesia que no veían con buenos ojos estas nuevas disposiciones, y también en gran parte del pueblo, en su mayoría inculto, al que incluso parecía sacrile-

gio el hecho de no recibir sepultura al amparo del templo.

En 1787 Carlos III promulga una Real Cédula en la que se manda observar las nuevas normas para el enterramiento de los cadáveres en lugares ventilados.(178). En ella se razonaba la urgente necesidad de proceder así, ya que se había declarado la epidemia en Pasajes (Guipúzcoa) y en otros lugares del reino por el "hedor intolérable" que se había producido en las iglesias de aquellos lugares que cobijaban multitud de cadáveres, por lo que era necesario establecer cementerios en parajes ventilados, para todo el mundo, exceptuándose aquellas personas cuyas virtudes o santidad, probadas por la autoridad eclesiástica, les hiciesen merecedoras de ser enterradas en iglesias, según estaba ordenado por el Ritual Romano y en la Ley XI, Título XIII, de la Partida Primera, cuyo texto dice así:

"Soterrar non deben ninguno en la Iglesia si non á personas ciertas, que son nombradas en esta ley, así como á los Reyes, é a las Reynas, á sus fijos, é a los Obispos, é á los Priors, é á los Maestros, é á los Comendadores, que son Perlados de las Ordenes, é de las Iglesias Conventuales, é á los Ricos-omes, é á los omes honrados, que ficiesen Iglesias de nuevo o Monesterios, ó escogiesen en ellas Sepulturas, é á todo ome que fuese clérigo, ó lego, que lo mereciese por santidad de buena vida ó de buenas obras. E si alguno otro soterrasen dentro en la Iglesia, si non los que sobredichos son en esta Ley, debelos el Obispo mandar sacar ende; é tambien estos, como cualquier de los otros que son nombrados en la ley ante desta, que deben, ser desoterrados de los Cementerios, é debenlos sacar ende por mandado del Obispo, é non de otra manera. Esto mismo deben facer quando quisieren mudar algun muerto de una Iglesia á otra, ó de un Cementerio á otro. Pero si alguno soterra-

sen en algun lugar, non para siempre, mas con intencion de llevarlo á otra parte, á tal como este, bien lo pueden desoterrar para mudarlo, á menos del mandado del Obispo". (179).

Carlos III ponía, pues, de nuevo en vigor lo promulgado en las Partidas, y en 1787 el Real Consejo de Castilla aprueba la nueva forma de enterramiento en solares alejados de las poblaciones, a excepción de las personas de virtud o santidad. No obstante, las nuevas normas tardarían bastante en hacerse realidad, y en la misma capital de España, a pesar de las buenas disposiciones de su rey-alcalde de construir dos cementerios en el norte y sur de Madrid, éstos no empezaron a funcionar hasta el siglo XIX. (180).

La costumbre de enterrar en los atrios de los templos había llegado a ser desaconsejable por constituir un peligro para la salud pública, pero este peligro era aún mayor en aquellas ciudades de clima cálido donde la contaminación y las epidemias ofrecían mayores posibilidades de difusión. Por ello las disposiciones reales se hicieron extensivas a los reinos de América, enviándose con toda rapidez Reales Cédulas a todas las autoridades civiles y militares, así como a las dignidades eclesiásticas de Indias, para que fueran tomando en consideración la necesidad de cambiar de lugares de enterramiento, y se encontrasen los medios para construir cementerios fuera de las poblaciones, con el fin de evitar contagios y males mayores; pero, claro está, el clima, la situación y las circunstancias variaban mucho de unos lugares a otros en América. Así, por ejemplo, en Cuba el Gobernador se quejaba en 1787 de que las diversas enfermedades epidémicas conocidas en las ciudades tenían su origen en el hecho de enterrar en las iglesias, lo que unido al clima cálido y húmedo, daba lugar a enfermedades epidémicas, por lo que aconsejaba que con toda rapidez se procediese a la construcción de cementerios.

Por el mismo motivo, en 1789 una Real Cédula se expresaba en los siguientes términos:

"Por tanto por esta mi Real Cedula ordeno, y mando á mis Virreyes del Perú, Nueva España, y nuevo Reyno de Granada, á los Presidentes y Governadores de mis Reynos de las Indias, é Islas Filipinas, y demás Ministros que exercen mi Vice Patronato Real, y ruego, y encargo á los muy reverendos Arzobispos, y reverendos Obispos de las Iglesias Metropolitanas y Catedrales de los mismos dominios, que cada uno por su parte informen por mano de mi infrascripto Secretario con justificación y la brevedad posible lo que seles ofreciese acerca del insinuado establecimiento, con considerasion a las circunstancias territoriales respectivas; comprehendiendo tambien en caso de que se estime conveniente el estado de las rentas de las Fabricas de sus Iglesias: Si estas podran sufragar el coste de los mencionados Cementerios: a su vecindario: a lo que podrá ascender su costo por un prudente calculo: y de que otros arbitrios ó medios se podra hechar mano, no siendo aquel suficiente, para que tenga efecto su construxion con el menór gravamen posible demi Real Erario". (181).

Como vemos, en esta Real Cédula se prescribía la construcción de los citados cementerios, teniendo en cuenta que en cada provincia surgirían conflictos y problemas, de los que ordenaba el rey se diera cuenta y relación en cada caso particular, sin olvidar el capítulo económico para realizar la obra.

¿De qué modo influyeron en Buenos Aires las nuevas disposiciones? En una reunión del Cabildo, de 6 de septiembre de 1794, se leyó el expediente relativo a la construcción de cementerios en zonas apartadas de las poblaciones, llegándose a la conclu-

sion de que, tanto la capital de Buenos Aires como las provincias de su interior, no estaban expuestas en la misma medida que Cuba y otros territorios al contagio y desarrollo de epidemias; y es más, la propia ciudad de Buenos Aires estaba emplazada sobre un terreno llano en las margenes del Río de la Plata y muy bien aireada "para que los efluvios se esparzan, y no perjudiquen a sus habitantes..." (182).

Esto respecto a la capital del Virreinato, que en cuanto a las ciudades del interior se consideraba menor el peligro y la necesidad de crear en ellas cementerios, por ser "los temperamentos menos expuestos a que se impregnen los Ayres". (183).

Por todo ello, el Cabildo no consideraba que fuese necesaria la construcción de cementerios en aquellos territorios, a no ser -decía- que se volviera a guardar la antigua disciplina de la Iglesia, expresada en las Partidas. De todos modos, los fieles seguían prefiriendo ser enterrados en los atrios de las iglesias y al amparo de las mismas. (184).

Es así como Buenos Aires no conocería la construcción de cementerios hasta bien entrado el siglo XIX, siendo inaugurado el primero en 1823 en un terreno próximo al jardín de los Padres Recoletos, junto a la Iglesia del Pilar; y el primer cuerpo que allí recibió sepultura fue el de Juan Benitez, un muchacho liberto. (185).

& &
&

N O T A S

=====

1.- Acuerdo del Cabildo de 8 de noviembre de 1717.- En: Acuerdo del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie II, tomo III. Años 1714-18. Libros XVI, XVII. Págs. 469.- Buenos Aires 1926.

2.- Acuerdo del Cabildo de 1 de diciembre de 1717. En: Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires. Serie II. Tomo III. Años 1714-18. Pág. 479. Buenos Aires 1926.

3.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, adecuando la limpieza de las calles. Buenos Aires 21 de febrero de 1755.- Col. Mata Linares. Copia 2 fol. Tomo II. Fol. 95-96.

4.- Bandos de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que no se arroje nada a las calles ni a la orilla del río. Buenos Aires 17 de marzo de 1766. Y Bando de don Pedro de Cevallos sobre limpieza de calles, curso de aguas, no maten ganado en el bajo del río, etc., 6 de marzo de 1766.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols 163-164 y 165-170, respectivos.

5.- Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre armas prohibidas, ganados, limpieza de calles, enfermedades epidémicas, basuras, etc.- Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770. - Col. Mata Linares.- Copia 7 fols. Tomo II. Fols. 192-198.- Y Bando de don Juan José de V

tiz sobre limpieza de calles, etc., de 21 de mayo de 1772.-
Col. Mata Linares. Copia 8 fols. Tomo II. Fols 214-221.

6.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre composición de calles; comisarios de barrio, aguateros, limpieza... Buenos Aires, 3 de noviembre de 1776.- Col. Mata Linares. Copia. 7 fols. Tomo II. Fols. 179-185.

7.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador Interino del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, no se echen animales muertos, p. antaños, calzadas, etc.- Buenos Aires, 15 de enero de 1782. - Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 350-351.

8.- Instrucción dada por don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, a los alcaldes de barrio. Buenos Aires, 21 de mayo de 1772. - Col. Mata Linares. Copia. 8 fols. Tomo CVI.- Fols. 547-554.

9.- Instrucción dada a los Alcaldes de Barrio por don Francisco de Paula Sanz.- Buenos Aires, 27 de abril de 1787.- Col. Mata Linares.- Copia 6 fols. Tomo CXIII.- Fols. 417-422.

10.- Instrucción provisional de las obligaciones de los alcaldes de barrio por D. Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey del Río de la Plata.- Buenos Aires, 4 de enero de 1794.- Col. Mata Linares. Copia 6 fols. Tomo II. Fols. 520-525.

11.- Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos.- Año 1671.- Fol. 231.

12.- Antonio Domínguez Ortiz: "Una visión crítica del Madrid del siglo XVIII." En Anales del Instituto de Estudios Madrileños.- Madrid. Tomo VI.- Año 1970.

13.- Fernández de los Ríos. "Guía de Madrid". 1876.- Pág. 46.

14.- Ibídem.- Pág. 46.

15.- Domínguez Ortiz. Op. cit. Págs 303 y 304.

16.- Sabatini en su dictamen sobre defensa de los pozos y cloacas creadas para los conductos de aguas sucias y residuos, alegaba que éstos no eran perjudiciales para los cimientos de las casas, ni podían provocar el hundimiento de las calles por el exceso de tráfico, y tampoco infestar las aguas de beber que corrían entre las minas. Sobre este particular añadía que "tocaba más bien discurrir, y hablar á los Philosophos Phisicos que saben las leyes con que obran los fluidos de por si, y los varios efectos que causan cuando se juntan con los Cuerpos solidos, que nó a los Fontaneros..." Lo que pretendía, pues, demostrar Sabatini es que el agua al penetrar en la tierra y la arena, se alambica, perdiendo así su suciedad.- Ver: Dictamen de Sabatini en "Expediente sobre los perjuicios ocasionados por los pozos". 10 de octubre de 1761.- Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos. Legajo 9.424.

17.- Instrucción para el nuevo empedrado y limpieza de las Calles de Madrid, en que se contiene sustancialmente el Proyecto de don Francisco Sabattini.- Archivo Histórico Nacional. Madrid.- Sección Consejos. Año 1761. Fols. 448-452.

18.- Ibídem.

19.- Dicho bando comienza así: "Hago saber á todos los vecinos y moradores estantes y habitantes en ésta Ciudad de qualquier calidad y condicion que sean que desde oy en adelante obserben, y cumplan los capítulos siguientes: Primeramente que ninguno heche vasuras ni inmundicias de dia, ni de noche a las

calles sino es que las saquen y arrojen en las Sanjas y Muladares, entendiendose que no son Muladares los huecos que lindan en las calles principales ".- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando la limpieza de las calles.- Buenos Aires 21 de febrero de 1755.- Col. Mata Linares.- Copia 2 fols. Tomo II.- Folio 95.

20.- Acuerdo del Cabildo de 20 de febrero de 1766.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo III.- Años 1762-68.- Fol. 137 v. Buenos Aires. 1927.

21.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, sobre limpieza de calles. Buenos Aires, 6 de mayo de 1766.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 168 v.

22.- Ibídem 168 v.

23.- Bando de don Pedro de Cevallos ordenando que no se arroje nada a las calles ni a la orilla del río.- Buenos Aires, 17 de marzo de 1766.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 163v.

24.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando la limpieza de las calles. Buenos Aires, 21 de febrero de 1755.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo II. Fol. 95.

25.- Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, padrón de vecinos, distribución de barrios. Buenos Aires, 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fol. 214.

26.- Ibídem.- Fol. 216 v. y 217.

27.- Ibídem. Fol. 217.

28.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre composición de calles; comisarios de barrio, limpieza, aguateros, etc. Buenos Aires, 3 de noviembre de 1776.- Col. Mata Linares. Copia. 7 fols. Tomo II.- Fol. 179.

29.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, no se echen animales muertos, pantanos, calzadas.- Buenos Aires, 15 de enero de 1782.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 350.

30.- Tadeo Haenke. "Viaje por el Virreinato del Río de la Plata". Buenos Aires 1943.- Pág. 79.

31.- "Buenos Aires visto por viajeros ingleses (1800-1825)" Buenos Aires 1941.- Pág. 43.

32.- Ibídem. Págs. 73-74.

33.- Con respecto a la suciedad de la ciudad, ya entrado el siglo XIX, entre 1822 y 1824, dice José Antonio Wilde: "Aún en la última fecha citada, antes de ella y por mucho tiempo después, la ciudad (confiados, sin duda, sus habitantes en la buena salud que en ella reinaba) era sucia; en invierno por el barro; en verano por el polvo. Sus calles jamás se barrían, salvo el barrido impuesto en cierto radio a los tenderos, que lo efectuaban los sábados por medio de sus dependientes, y sólo se limpiaban de tiempo en tiempo por los copiosos aguaceros que las convertían en vastos mares, rebalsando las aguas los terceros, derramándose luego por las calles en raudal hacia el Río de la Plata, arrastrando la corriente cuanto hallaba en su curso".- José Antonio Wilde: "Buenos Aires desde setenta años atrás".- Buenos Aires 1944. Pág. 15.

34.- Archivo Histórico Nacional.- Sección Consejos.- Año 1762.- Fols. 132-133.

35.- Archivo Histórico Nacional.- Sección Consejos.- 14 de mayo de 1762.- Legajo 9.425.

36.- Archivo Histórico Nacional.- Sección Consejos.- 17 de agosto de 1762.- Legajo 9.425.

37.- Antonio Ponz: "Viaje de España".- Tomo V (pág. 3) 1793.- Madrid 1972..

38.- Expediente sobre trazado, construcción e higiene de las calles de la ciudad de Buenos Aires, iniciado por un oficio del Virrey Juan José de Vértiz y dirigido al Cabildo de esta ciudad (16 de agosto de 1783 a 1 de mayo de 1785). En Documentos para la Historia Argentina.- Tomo IX (pág. 80).- Cuestiones de administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires.- Buenos Aires 1918.

39.- Ibídem. Pág. 77 .

40.- Ibídem . Pág. 80.

41.- Ibídem. Pág. 81.

42.- Instrucción para la composición uniforme de las calles, por el Intendente Paula Sanz. 4 de febrero de 1784 (pág. 101).- Se halla incluida en el expediente de Vértiz, al que venimos citando.

43.- Instrucción de Paula Sanz de 18 de febrero de 1784. (Gran Expediente de Vértiz, pág. 109).

44.- Ibídem. Pág. 109.

45.- Acuerdo del Cabildo de 5 de diciembre de 1791. En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo IX.- Años 1789-1791 (pág. 673).- Buenos Aires 1931.

46.- Ibídem.

47.- Sobre este dato en particular, Concolorcorvo afirma que en varias ocasiones se encontró veneros de agua dulce con los que algunos vecinos pudieron regar las flores y hortalizas de sus quintas, pero la mayoría de los pozos alumbrados fueron de aguas salitrosas perjudiciales para cualquier tipo de riego. Concolorcorvo: "El Lazarillo de ciegos caminantes". "Desde Buenos Aires hasta Lima. 1773". Pág. 41.- Buenos Aires 1908.

48.- Tadeo Haenke. "Viaje por el Virreinato del Río de la Plata". Op. cit. Pág. 88.

49.- Ibídem.

50.- José Antonio Wilde.- "Buenos Aires desde setenta años atrás". Op. cit. Pág. 108.

51.- Ibídem.

52.- Concolorcorvo.- "El Lazarillo de Ciegos caminantes". Op. cit. Pág. 41.

53.- Dictamen de Sabatini de 10 de octubre de 1761, en el expediente sobre los perjuicios que ocasionan los pozos a los edificios y agua de las fuentes con dictámenes de los arquitectos Sabatini y Sachetti.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala Alcaldes de Casa y Corte. Legajo 9.424.

54.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando la limpieza de las calles. Buenos Aires 21 de febrero de 1755.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 95 v. y 96.

55.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, aguateros, bailes, juegos, etc. Buenos Aires 3 de noviembre de 1776.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 181.

56.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, acerca de lo que deben observar los aguateros. Buenos Aires 27 de julio de 1781. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 345.

57.- Bando de don Pedro Melo de Portugal, Virrey del Río de la Plata, sobre donde deben tomar agua los aguateros. 23 de febrero de 1797. Col. Mata Linares. Fols 547 y 548.

58.- "Buenos Aires visto por viajeros ingleses". Op. cit. Pág. 58.

59.- Taullard, "Nuestro antiguo Buenos Aires".- Buenos Aires.- 1927.- pág: 231.

60.- Ordenanzas de Población.- Ordenanza 122.

61.- Cabildo, años 1778-1784. En Archivo General de la Nación. Legajo Buenos Aires.- Ver Documentos para la Historia Argentina (pág. 68).- Tomo IX. Cuestiones de Administración edilicia.

62.- Gran expediente de Vértiz y op. cit. pág. 82.

63.- Acuerdo del Cabildo, 24 de octubre de 1788.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo VIII, (pág. 643).- Años 1786-88.- Buenos Aires 1930.

64.- Antonio Martínez Baro: "Problemas de Policía Urbana madrileña en el pasado".- Anales del Instituto de Estudios Madrileños.- Tomo VI (pág. 383).

65.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre la limpieza de las calles, pantanos, calzadas, animales muertos, incendios y rifas.- Buenos Aires 15 de enero de 1782.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo II. Fols. 350-351.

66.- Acuerdo del Cabildo de 24 de octubre de 1788. En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III, Tomo VIII, pág. 643.- Años 1786-1788. Buenos Aires 1930.

67.- Hay que recordar que la tradición litúrgica de recabar la intercesión divina no sólo para combatir toda clase de

plagas, pestes y enfermedades, sino también para impetrar la lluvia ante las sequías que agostaban las cosechas, era una costumbre muy extendida en la época y lo mismo que en la Península se desarrolló en América.

68.- Acuerdo de 19 de noviembre de 1718.- El 21 de noviembre se tienen ya noticias de que se había comenzado a hacer el novenario a Nuestra Señora del Rosario.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie II.- Tomo III.- Años 1714-1718. Págs. 615-618.- Buenos Aires 1926.

69.- Acuerdo del Cabildo de 13 de diciembre de 1785.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo VII.- Pág. 630.- Años 1782-1785.- Buenos Aires 1930.

70.- Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre la plaga de langosta.- Buenos Aires, 24 de enero de 1773.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo II. Fol. 232.

71.- En los pueblos de las cercanías de Madrid y cuando hacía su aparición la temible langosta en los campos de cultivo, se solía reclutar, lo mismo que en Buenos Aires, a cuanta gente se pudiera, con la particularidad de que se ordenaba reclutar dicho personal entre los obreros en paro, asignándoles un jornal por esa tarea. Así, por ejemplo, en 19 de mayo de 1791 se decretaba que los Alcaldes de cada Cuartel enviasen gentes desocupadas al término del pueblo de Las Rozas, por haberse descubierto allí la tan temible langosta, ordenando que por cada celestín que cogiesen se les daría medio real de vellón.- Archivo Histórico Nacional.- Consejos. Años 1781. Fols. 494-497.

72.- Bando de don Diego de Salas sobre la plaga de la langosta. 27 de octubre de 1773.- Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fols. 238-240.

73.- La abundancia de ratones, ratas y hormigas era frecuente en América. Es lógico que proliferaran estos y otros parásitos, especialmente las hormigas, en una aglomeración urbana en desarrollo, con infraestructuras deficientes y con la consiguiente falta de higiene, más acusada en un siglo en el que, si bien la evolución era notoria, no podía resolver con la rapidez deseada un problema de tal envergadura. A ello contribuían en gran medida las condiciones físicas del terreno y su climatología.

74.- Concolorcorvo.- "El Lazarillo de Ciegos Caminantes". Op. cit. Pág. 40.

75.- Acuerdo del Cabildo de 21 de julio de 1774. 26 de mayo de 1775 y 1 de junio de 1776.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo V.- Años 1774-1776.- Págs. 116-363 y 700.- Buenos Aires 1928.

76.- La festividad de los Santos Sabino y Bonifacio llegó a ser considerada casi de tanta importancia como la del Santo Patrón San Martín. Así, el Señor Alcalde de primer voto, en 5 de mayo de 1774, exponía ante el Cabildo el carácter solemne que debía darse a dicha festividad, acordándose para ello que se pusieran velas en el altar mayor como se hacía en el día de

San Martín y que igualmente se pusieran mazas en el Cabildo y en la puerta de la Iglesia Catedral. También se habló de la iluminación, en ese día, de las Casas Capitulares, y al no existir efigies de dichos Santos, se acordó se mandasen hacer unas imágenes pequeñas de bulto para poderlas sacar en procesión.- Acuerdo de 5 de mayo de 1774.- Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo V. Pág. 72.- Años 1774-1776.- Buenos Aires 1928.

77.- Representación del Procurador General y auto del Gobernador del Obispado sobre la fiesta de San Sabino y San Bonifacio. Mayo de 1774.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie II. Tomo V. Años 1774-1776.- Pág. 74.- Buenos Aires 1928.

78.- Auto del Señor Provisor y Gobernador del Obispado sobre las fiestas de San Sabino y San Bonifacio.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo V. Años 1774-1776. Pág. 74. Buenos Aires 1928.

79.- "Buenos Aires visto por viajeros ingleses (1800-1825)" Op. cit. Pág. 43.

80.- Ibídem. Pág. 43.

81.- Para un estudio del perro cimarón puede consultarse la obra de Guillermo Gallardo: "La plaga de los perros cimarones",.- Buenos Aires. "Historia". 1963. Págs. 70-90.

82.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que se hagan matanzas de perros cimarro-

nes dos veces cada año para defender el ganado .- Buenos Aires 12 de diciembre de 1753.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II. Fols. 90-91.

83.- Bando de don Pedro de Ceballos sobre matanza de perros cimarrones.- 8 de julio de 1762.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo XIX.- Fol. 80.

84.- Providencia de don Nicolás Arredondo sobre matanza de yeguas alzadas y perros cimarrones.- Buenos Aires 6 de septiembre de 1790.- Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fol. 431.

85.- Guillermo Gallardo.- "La plaga de los perros cimarrones". Op. cit. Pág. 85.

86.- Concolorcorvo.- "El Lazarillo de ciegos caminantes." . Op. cit. Pág. 40.

87.- Bando del Corregidor Intendente don Alonso Pérez Delgado.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Años 1765.- Fol. 31.

88.- Bando del Gobernador don José de Andonaegui ordenando que se maten los perros y sólo quede uno en la casa o hacienda y esté atado.- Buenos Aires 10 de enero de 1747. Col. Mata Linares.- Copia. Un folio. Tomo II. Folio 49.

89.- Acuerdo del Cabildo de Buenos Aires sobre que se aten los perros o se maten. 1 de julio de 1771. Col. Mata Linares. Copia. 2 folios. Tomo II. Folios 208-209.

90.- Providencia de don Nicolás de Arredondo de 14 de septiembre de 1790 sobre matanza de perros sueltos.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol.

91.- Bando de don José de Andonacgui de 10 de enero de 1747. Op. cit. Folio 49.

92.- Acuerdo del Cabildo de 15 de abril de 1766.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie III.- Tomo III.- Años 1762-68. Pág. 370.- Buenos Aires 1927.

93.- Instrucción dada por don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, a los alcaldes de barrio. Buenos Aires 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares.- Copia. Tomo CVI, 8 fols. Fols. 517-554.

94.- "Real Cédula por la qual se divide la poblacion de Madrid en ocho Cuarteles señalando un Alcalde de Casa y Corte, y ocho Alcaldes de Barrio para cada uno".- Instrucción que deben observar los Alcaldes de Barrio, en Madrid 21 de octubre de 1768. - Archivo Histórico Nacional.- Consejos. Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1768. Fols. 488 y 496 y siguientes.

95.- Instrucción dada por don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, a los alcaldes de barrio. O. cit. Fol. 218.

96.- Ibídem. Fols. 218 v. 219, 219 v, 220, 220 v. y 221.

97.- La creación de la Intendencia fue un hecho del que Vértiz se vanagloriaba por haber influido decisivamente en su creación, pues ello supondría una mejor administración del Virrei-

nato en todos sus aspectos fundamentales; así comunicaba Vértiz en 25 de noviembre de 1783, el establecimiento de la Intendencia por Su Majestad:

"El rey....ha resuelto restringir el todo de las muchas Provincias que componen este Virreynato á solo el numero de ocho, creando en cada una un Gefe, en quien unido el mando Militar, Politico, de Justicia, y Real Hacienda atienda por si, y por medio de los Subdelegados que elija para cada uno de sus respectivos Partidos (que assi deveran nombrarse los que antes Provincias) á la conservazion, aumento y buen orden de ellos y sus Pueblos, á el arreglo y mejor recaudacion del Real Erario, denominandolos Gobernadores Intendentes, dandoles una sabia, pulsada y metodica instruccion para su manejo dirigida toda á la más recta administracion de Justicia, y á franquear los mas pronto auxilios de todos sus habitantes para hacerlos felices, laboriosos y utiles, y buenos Ciudadanos..."

Comunicación de Vértiz sobre el establecimiento de la Intendencia.- 25 de noviembre de 1783.- Col. Mata Linares . T.II. F.35

98.- Ver: Relación de Gobierno del Virrey del Río de la Plata don Juan José de Vértiz a su sucesor Marqués de Loreto. Buenos Aires 12 de mayo de 1784.- Col. Mata Linares. Copia. 165 fol. Fol. 41.

99.- Sobre la figura de Paula Sanz y la misión que realizó en el Virreinato del Plata como Director de la Renta del Tabaco es interesante un estudio preliminar de Daisy Rípodas Ardanaz: Francisco de Paula Sanz, "Viaje por el Virreinato del Río de la Plata. El Camino del Tabaco". Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. 1977. 95 págs.

100.- Instrucción dada a los Alcaldes de Barrio por don Francisco de Paula Sanz. Buenos Aires 27 de abril de 1787.- Col. Mata Linarew. Copia. 6 fols. Tomo CXIII. Fols. 417-422.

101.- Ibídem.

102.- Bando de don Nicolás de Arredondo, Virrey del Río de la Plata, ordenando que los alcaldes de barrio elijan a personas de confianza para que rondan todas las noches. Buenos Aires 2 de junio de 1794. Col. Mata Linares. Copia. 2 fols. Tomo II.- Fols. 536-537.

103.- "A mi llegada a Buenos Ayres solo permanecian estos empleos en el nombre con un limitado exercicio, me pidieron el relevo ya que en tan largo tiempo habian servido sin interez ni estipendio alguno, y en lugar de ellos nombré veinte personas que si exercen las Alcaldias aumentadas hasta este número, con mucho celo y á satisfacion del publico, persiguiendo vagos y malhechores cada uno en su Barrio, ó Quartel respectivo..." Y sigue diciendo el Virrey que esto puede constituir un inmenso beneficio para un pueblo "que podrá contar en el día con sesenta mil almas a muy corta diferencia".

Relación de Gobierno del Virrey don Nicolás de Arredondo. 16 de mayo de 1795.- Col. Mata Linares. Copia. 129 fols. (313-442). Tomo LIII. (Fol. 321).

104.- Bando de don José de Andonaegui ordenando que las carretas no se atraviesen en las calles.- Buenos Aires 21 de noviembre de 1746. Col. Mata Linares. Copia. 1 fol. Tomo II.- Fol. 48.

105.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador del Río de la

Plata, sobre hora en que han de cerrar las puertas, no anden juntos por la noche, no corran a caballo.- Buenos Aires 10 de abril de 1776.- Col. Mata Linares. Copia. 5 fols. Tomo II. Fol. 298.

106.- Bando del Virrey Vértiz sobre tráfico de carretas en el perímetro de la ciudad. 5 de diciembre de 1783.- En Documentos para la Historia Argentina. Tomo IX.- Cuestiones de administración edilicia. Op. cit. Pág. 19. También en Col. Mata Linares.- Tomo VII.- Fol. 7.

107.- Cabildo 2 de septiembre de 1783.- En documentos para la Historia Argentina. Tomo IX. Op. cit. Pág. 65.

108.- Respuesta del Síndico Procurador al Cabildo en 18 de agosto de 1783.- Sobre el tráfico de carretas.- En Expediente de Vértiz sobre trazado y construcción, etc., de las calles de Buenos Aires. Documentos para la Historia Argentina. Tomo IX. Op. cit. Pág. 78.

109. Auto de Paula Sanz en respuesta al bando de Vértiz de 5 de diciembre de 1783.- Documentos para la Historia Argentina. QP. cit. Pág. 98.

110.- Bando general de don Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey del Río de la Plata, de 1 de marzo de 1790. Col. Mata Linares. Fols. 411-420. Copia.- Tomo II. Fol. 418.

111.- Archivo Histórico Nacional.- Bando de 26 de enero de 1787. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1787.- Fol. 494.

112.- Archivo Histórico Nacional.- Ibídem.

113. - Ibidem.

114.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que nadie ande corriendo a caballo ni con mujeres en las ancas. Buenos Aires 2 de julio de 1745. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 37.

115.- Bando del Gobernador don José de Andonaegui prohibiendo que ningún ciudadano corra por las calles a caballo.- Buenos Aires 15 de noviembre de 1746.- Col. Mata Linares. Copia. 1 fol. Tomo II.- Fol. 47. - Y bando del mismo Andonaegui ordenando que por la noche no se ande a caballo por las calles. Buenos Aires 4 de marzo de 1749.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 62.

116.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, contra los que usan o venden armas prohibidas, los que anden a caballo, horario de tiendas, tiempo de siegas, etc. Buenos Aires 18 de noviembre de 1756. Col. Mata Linares. Copia. 2 fols. Fols. 107-108.- Tomo II. Fol. 107 v.

117.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, curso de aguas, no se mate ganado en el bajo del río, no corran a caballo, etc. Buenos Aires 6 de mayo de 1766. Col. Mata Linares. Copia. 6 fols. del 165 al 170.- Tomo II. Fol. 167 v.

118.- Bando de don Juan José de Vértiz sobre armas prohibidas, no se ande a caballo por la noche, limpieza de calles, faroles, ganados... Buenos Aires 20 de septiembre de 1770. Col. Mata Linares. Copia 7 fols. del 192 al 198,- Tomo II. Fol. 193.

119.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre hora en que han de cerrar las puertas,

no anden juntos por la noche, no corran a caballo, etc.-
10 de abril de 1776.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II.- Fols.
297-299.

120.- Instrucción dada por don Francisco de Paula Sanz a los
Alcaldes de Barrio.- Buenos Aires 27 de abril de 1787.- Col. Ma-
ta Linares. Copia. 6 fols. 417-422.- Tomo CXIII.- Fol. 419 v.

121.- El Virrey hacía constar que las calles de la capital
se hallaban de todo punto intransitables por las frecuentes llu-
vias que las destrozaban, a lo que se sumaba el continuo tráfi-
co de carretas, produciéndose los tan temidos estancamientos de
aguas, perjudiciales para la salud pública. Por todo ello, Vér-
tiz pedía al Cabildo que se buscasen los medios posibles para
arreglar esta situación aunque por el momento no se pudiera efec-
tuar la obra del empedrado.

Expediente sobre trazado, construcción e higiene de las ca-
lles de la ciudad de Buenos Aires, iniciado por un oficio del
Virrey Juan José de Vértiz y dirigido al Cabildo de esa ciudad.
16 de agosto de 1783.- En Documentos para la Historia Argentina.
Tomo IX.- Cuestiones de administración edilicia. Pág. 76.

122.- Ibídem. Págs. 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83.

123.- Ibídem. Pág. 78.

124.- Ibídem. Pág. 96.

125.- Paula Sanz afirmaba en 1784 que la iniciativa de
Vértiz para la limpieza de la ciudad había hecho posible "res-
pirar un aire más puro" y destruir la epidemias que se suceden
en la ciudad.

Instrucción de Paula Sanz para la composición uniforme de
las calles. 4 de febrero de 1784.- En gran expediente de Vértiz
y Paula Sanz. Op. cit. pág 103.

126.- Ibídem. Pág. 103-104.

127.- Instrucción para el nuevo empedrado y limpieza de las calles de Madrid, en el que se contiene sustancialmente el proyecto de don Francisco Sabatini... Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Op. cit. Año 1761. Fol. 451.

128.- Contestación del Ingeniero don Joaquín Mosquera a las Instrucciones del Intendente Paula Sanz. 4 y 18 de febrero de 1784. - En Expediente de Vértiz. Op. cit. págs. 117 y 118.

129.- Bando de Paula Sanz sobre jornales que deben cobrar los transportistas y albañiles en la composición de las calles. 17 de marzo de 1784.- En gran Expediente de Vértiz. Op. cit. pág. 122.

130.- Ibídem.

131.- Relación de Gobierno del Virrey Marqués de Loreto a su sucesor. 10 de febrero de 1790.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo LIII.- 146 folios (167 a 312).- Fol. 200.

132.- Ibídem. Fol. 199.

133.- Ibídem. Fol. 200.

134.- "Las Calles de Buenos Ayres, save V.E. muy bien quanto cuidado han merecido de Gobierno; su empedrado era indispensable para evitar el lodo y los Pantanos del Invierno que las ponen casi intransitables, y el polvo del Verano, que á la verdad es insufrible en muchas ocasiones, agregandose á estas incomodidades el peligro de una corrupcion contagiosa de que acaso nos libramos por la continua variacion de los Vientos. El Señor Vértiz, pensó con seriedad, con resolucion y con firmeza en dar alguna vez principio á esta grande obra, y por lo menos hizo que

se empezase una excavación que se continuó en tiempo que el Señor Sanz fué aquí Gobernador Intendente y dexó las Calles en proxima aptitud para el empedrado. Pero ¿donde extava la Piedra, el dinero ó los arvitrios para poner en execucion esta tan insigne y tan necesaria empresa? Aquí era donde se paraban los animos..."

Relación de Gobierno del Virrey don Nicolás de Arredondo.
16 de mayo de 1795.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo LIII
(fols. 313 a 342).- Fol. 322.

135.- Ibídem. Fol. 322

136.- Ibídem. Fol. 322.

137.- Ibídem.

138.- Ibídem. Fol. 324.

139.- Instrucción provisional de las obligaciones de los alcaldes de barrio por don Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey del Río de la Plata.- Buenos Aires. 4 de enero de 1794.- Col. Mata Linares. Copia . Tomo II (fols. 520 a 525). Fol. 521 v.

140.- Provisión sobre la circulación de cerdos en Madrid.- Archivo Histórico Nacional.- Sección Consejos.- Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1761.- Fol: 416.

141.- Ibídem.- Fol: 418.

142.- Ver Furlong, Guillermo:"Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica" Op. cit. Pág. 98.

143.- Ibídem. Pág.103.

144.- Instrucción de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, a los Alcaldes de Barrio, de 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares. Tomo CVI, fol.549 y 549 v.- Y Bando de Vértiz sobre limpieza de calles, no se fabrique casa sin licencia, distribución de barrios, etc., de 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares.Copia. Tomo II,fol. 216 v.

145.- Bando de don Francisco de Paula Sanz de 23 de noviembre de 1784. En "Documentos para la Historia Argentina". Cuestiones de administración edilicia. Tomo IX. Op. cit. Pág. 8.

146.- Ibídem. Pág. 11.

147.- Instrucción provisional de las obligaciones de los Alcaldes de Barrio,dada por don Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey del Río de la Plata. 4 de Enero de 1794.- Col. Mata Linares. Copia.(6 fols). Fols. 521 y 521 v.

148.- Relación de Gobierno del Virrey don Nicolás de Arredondo a su sucesor. 1795. Op. cit. Fol. 324.

149.- Ibídem, fol. 324.

150.- Ver Jean Sarrailh. "La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII".- Madrid 1974. Pag. 48.

151.- Acuerdos de 1 de febrero y 10 de febrero de 1757. En "Acuerdos del extinguido Cabildo". Serie III. Tomo II. Años 1756-1766. Pags. 180-185. Buenos Aires 1927.

152.- Cabildo 22 de julio de 1768.- En "Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie III. Tomo III. Años 1762-1768. Págs. 644 y 645. Buenos Aires 1927.

153.- Ibidem. Pág. 646.

154.- Cabildo 26 de enero de 1771. "Acuerdos del Extinguido Cabildo". Serie III. Tomo IV, Años 1769-1773. Pág. 327. Buenos Aires 1928.

155.- Relación de Gobierno del Virrey Vértiz a su sucesor Marqués de Loreto. 12 de mayo de 1784.OP. cit. Fol. 39 v.

156.- Ibidem. 39.

157.- Ibidem. Fol.40.

158.- "Documentos para la Historia Argentina". Tomo IV. Cuestiones de administración edilicia. Op. cit. Gran expediente de Vértiz. Pag. 78.

159.- Ver Furlong. "Historia social y cultural del Río de la Plata". Op. cit. Pág. 520.

160.- Cayetano Alcázar Molina.- "El Madrid de Carlos III". Madrid 1963. Pág. 4.

161.- "El Governador y la Sala de Alcaldes de Cassa y Corte de S.M. con el mas profundo respeto, hazen presentte á V.M. que el Correxidor de Madrid Deseoso de que las Calles Estubieran Alumbradas conforme á las Providencias tomadas a este fin, propuso á V.M. como medio eficaz Entre otros precisos para su observancia, que los Alcaldes Cuidasen dela del Vando que publicó; exijiendo las Multas en el Impuestas, aun á las personas mas caracterizadas eynobedientes".

Acuerdo adoptado por la Sala de Alcaldes en 26 de noviembre de 1760 acerca del cumplimiento de los bandos sobre alumbrado público.- Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1761. Fols. 521 a 526.

162.- Bando sobre la iluminación en las calles y plazas de Madrid, año 1762. Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Año 1762. Fols. 329 y 329 v.

163.- Bando del Corregidor don Alonso Pérez Delgado, sobre iluminación.- 25 de septiembre de 1765.- Archivo Histórico Nacional.- Consejos.- Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1765. Fol. 21.

164.- Ibídem.

165.- Ver José Cepeda Adan: "El Madrid de Carlos III en las cartas del marqués de San Leonardo". Anales del Instituto de Estudios Madrileños.- Año 1966. Pág. 223.

166.- Bando de don Pedro de Ce allos, Gobernador del Río de la Plata, relativo a los que usan o venden armas prohibidas, andan a caballo, horario de tiendas, faroles, etc. Buenos Aires, 18 de noviembre de 1756. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. 2 fols. 107 y 108. Fols. 107 v. y 108.

167.- Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre armas prohibidas, no se ande a caballo por la noche, faroles, basuras, etc. Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770. Col. Mata Linares. 7 fols. 192 a 198. Tomo II. Fol. 194.

168.- Instrucción dada por don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata a los Alcaldes de Barrio. Buenos Aires, 21 de mayo de 1772. Col. Mata Linares. 8 fols. 547-554. Tomo CVI. Fol. 548.

169.- Cabildo 19 de diciembre de 1774. En "Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires." Serie III. Tomo V. Años 1774-1776. Pág. 177. Buenos Aires 1928.

170.- Bando de don Juan José de Vértiz sobre buen gobierno, no se construyan ranchos de paja, nombrar comisionados de faroles, etc. 20 de diciembre de 1774. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 257-263.- Fols. 261 y 261 v.

171.- Ibídem. Fol. 262.

172.- Cabildo, 19 de diciembre de 1774. "Acuerdos del extinguido Cabildo." Serie III. Tomo V. Op. cit. Pág. 177.

173.- Esto se especificaba en un bando de don Diego de Salas de 10 de abril de 1776, en el que se encarrecfa al vecindario que siguiera en todo punto y con atención las normas sobre iluminación que se habían establecido para la ciudad.

Bando de don Diego de Salas sobre hora en que se han de cerrar las puertas, no salgan por la noche, no corran a caballo, faroles, etc. 10 de abril de 1776. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 297-299.

174.- Ibídem.

175.- En palabras del propio Virrey Vértiz esta es la defensa que hace del alumbrado público:

"El Alumbrado de las Calles, durante la obscuridad dela noche, és otro delos establecimientos, que promovi á los mismos objetos publicos, adorna la Ciudad, y consulta á la comodidad y seguridad delos Vecinos: Todo criminoso aborrece la luz; y se reprime á presencia dela que descubre su Conducta delinqüente".

Relación de Gobierno de don Juan José de Vértiz. 12 de mayo de 1784. Op. cit. Fols. 19 y 19 v.

176.- Expediente sobre alumbrado, extensión que deberá tener según el Gobernador y los Alcaldes ordinarios. 1 de julio de 1788. En "Documentos para la Historia argentina". Tomo IX. Op. cit. Pág. 375.

177.- Ibídem. Págs 396-417.

178.- Real Cédula de S.M. y Señores del Consejo en que por punto general se manda establecer el uso de Cementerios ventilados para sepultar los Cadáveres de los fieles, y que se observe la Ley II, Título XIII de la Partida Primera, que trata de los que podrán enterrarse en las Iglesias; con las adiciones

y declaraciones que se expresan.- Archivo Histórico Nacional.
Sección Consejos.- Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1787.
Fol. 306.

179.- Ibídem. (Ley XI, Título XIII, Partida Primera)..
Fol. 306.

180.- A pesar de la iniciativa tomada por Carlos III, los cementerios que bajo se reinado se pretendió construir no fueron realidad hasta el siglo XIX. Los terrenos escogidos en un principio para ellos se extenderían uno en la zona norte y otro en la zona sur de Madrid. Posteriormente se construirían, aparte de los citados, el de la Buena Dicha, junto al Hospital del mismo nombre, el del Buen Retiro, el de la Casa de Campo, Moncloa, y el del atrio de la Iglesia de San Sebastián.

181.- Real Cédula para que las autoridades civiles y militares de Indias informen sobre la conveniencia de establecer cementerios en las afueras de las poblaciones.- Madrid, 27 de mayo de 1789. Col. Mata Linares. Copia. 2 fols. 257-258. Tomo CXIV.

182.- Acuerdo del 6 de septiembre de 1794. En "Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires". Serie III, Tomo X.- Años 1792-95. Pág. 379.

183.- Ibídem.

184.- Ibídem.

185.- Citado por José antonio Wilde en: "Buenos Aires desde setenta años atrás".- Buenos Aires.1944. Pág:102, y por Taullard, en "Nuestro Antiguo Buenos Aires". Buenos Aires 1927. Pág. 230.

CAPITULO III
=====

EL ORDEN SOCIAL Y LAS NORMAS DE POLICIA CIUDADANA .

-LA LEGISLACION SOBRE EL USO DE ARMAS: REGULACION DE SU VENTA Y TENENCIA EN MADRID Y BUENOS AIRES. LA PROHIBICION DE INTRODUCIR ARMAS ENTRE LOS INDIOS.

- LA LUCHA CONTRA LA PELIGROSIDAD SOCIAL. MEDIDAS DE SEGURIDAD CIUDADANA EN BUENOS AIRES: HORARIOS DE CIERRE. VAGOS, VAGABUNDOS Y POBRES FINGIDOS. DISPOSICIONES LEGALES SOBRE LA MENDICIDAD EN ESPAÑA. PROVIDENCIAS SOBRE VAGOS Y "ARRIMADOS" EN BUENOS AIRES. LA EXPULSION DE EXTRANJEROS O FORASTEROS SIN LICENCIA. EL CASO DE LOS GITANOS.

- LA LUCHA CONTRA EL ALCOHOLISMO Y LA EMBRIAGUEZ.

- REGLAMENTACION DEL JUEGO EN ESPAÑA. EL JUEGO EN BUENOS AIRES: PROHIBICION DE LOS JUEGOS DE ENVITE, AZAR Y SUERTE.

- ORDENANZAS SOBRE LA UTILIZACION DE LA POLVORA: COHETES Y FUEGOS DE ARTIFICIO.

- SALVAGUARDA DE LA MORAL EN LAS COSTUMBRES Y DIVERSIONES POPULARES. LAS COMEDIAS: NORMAS PARA LAS REPRESENTACIONES.

SENTACIONES TEATRALES EN MADRID EN EL SIGLO XVIII. BUENOS AIRES Y LAS REPRESENTACIONES ESCENICAS: LA CASA DE COMEDIAS.

- BAILES Y REUNIONES DE SOCIEDAD, PROHIBICION DE LOS "FANDANGOS" Y LOS BAILES DE "TAMBO". PRESCRIPCIONES SOBRE LOS BAILES DE MASCARAS.

- PASQUINES SATIRAS Y LIBELOS.

- LA PRACTICA DE LOS BAÑOS EN EL RIO Y LA DECENCIA PUBLICA.

& &
&

LA LEGISLACION SOBRE EL USO DE ARMAS: REGULACION DE SU VENTA Y TENENCIA EN MADRID Y BUENOS AIRES. LA PROHIBICION DE INTRODUCIR ARMAS ENTRE LOS INDIOS.

En una ciudad como Buenos Aires que, en breve período de tiempo, había conocido una expansión tan importante, era lógico que entre el conjunto de su abigarrada composición étnica y social existieran núcleos de marginados y personas de dudoso comportamiento: pendencieros, ladrones, maleantes, ociosos por inclinación, y en su mayoría entregados al vicio, al juego, a la bebida. A ello contribuía también el continuo paso y arribada de navíos de muy diversas procedencias y nacionalidades, y lógicamente, hubo de crearse un sistema de vigilancia para salvaguarda del orden.

Naturalmente que entre las disposiciones adoptadas figuraba el control y la prohibición de cierto tipo de armas. Sabido es que las Leyes de Indias habían ordenado una estrecha vigilancia, no permitiendo la arribada a los puertos americanos de gran cantidad de armas, hecho relacionado con la política seguida en los dominios de Indias, prohibiéndose también el uso indebido de las mismas para evitarlas en los enfrentamientos, peleas o desafíos personales que siempre producían lamentables consecuencias.

A lo largo del siglo XVIII se sigue manteniendo el criterio de no consentir el envío de ciertas armas a América, como así lo decretaba el Real Consejo de Indias en 17 de junio de

1722. Asimismo en este siglo se promulgan Reales Pragmáticas, que se contienen en la Novísima Recopilación, en las que se prohíbe y condena la utilización de un tipo determinado de armas: puñales, cuchillos, armas cortas, navajas de muelle, etc. Así lo confirman las Reales Pragmáticas de Felipe V en 4 de mayo de 1713 (ley XI, libro XII, título XIX), Fernando VI, en 27 de septiembre de 1749, 3 de abril de 1751 y 3 de julio de 1754 (ley XVII, libro XII, título XIX) y Carlos III en 26 de abril de 1761 (ley XIX, libro XII, título XIX).

Pero tanto en España como en América y pese a las prohibiciones, se siguió utilizando esta clase de armas ofensivas. Este hecho lo corrobora la llamada de atención que en 1787 hacía el Marqués de Sonora al Presidente de la Casa de Contratación, a los Jueces de Arribadas de los puertos de España y a los Administradores de Aduanas, para que impidiesen el gran abuso que existía en el contrabando y envío de armas a América, sobre todo escopetas y pistolas, hecho que iba en contra de lo establecido en la Ley XII, Título V, Libro III, de la Recopilación de Indias. (1).

Otras veces se permitieron ciertas concesiones, como se desprende, por ejemplo, de las Reales Ordenes de 22 de diciembre de 1797 y 14 de marzo del mismo año, que autorizaban la introducción de cuchillos flamencos con punta roma.

En el caso concreto de Buenos Aires hemos de decir que, dadas sus especiales características, por su condición portuaria expuesta a cualquier posible invasión extranjera, y hostigada desde los primeros momentos de su fundación por los indios rebeldes de sus alrededores, era natural que, aparte de la tropa de la guarnición, el elemento civil dispusiera de

armas para su legítima defensa; teniendo en cuenta, además, que para muchos, sobre todo para aquellos que se dedicaban a las faenas ganaderas o al negocio de la corambre, entre otros, el cuchillo era elemento insustituible y principal instrumento de trabajo.

En buena lógica, nadie podía negar que en Buenos Aires, por las circunstancias que ya hemos apuntado, era necesaria la existencia de armas, necesidad que, naturalmente, no desconocían las autoridades. El problema se planteaba en el modo de mantener un equilibrio entre la prohibición de ciertas armas y el uso legalizado de otras. Se hizo una clasificación, una distinción, entre las armas que podían permitirse y cuáles no. Porque se vigilaba y perseguía el uso de las armas prohibidas pero, al propio tiempo, había que permitir y aun fomentar por razones de seguridad el de las armas autorizadas. Y, efectivamente, se llegó a la conclusión de que el vecindario pudiera disponer, sobre todo cuando había de salir a la campaña, de carabinas, pistolas de arzón y de cuatro cuartos de cañón, para defenderse de los posibles ataques de indios y forajidos, e incluso, como vamos a ver a continuación, se imponía la obligatoriedad de portar armas en determinados viajes.

En 1749, el Gobernador don José de Andonaegui ordenaba tajantemente que, tanto las tropas de carretas que efectuaban sus viajes a Perú y Chile, como los vecinos que tomaban parte en estas expediciones, fueran armados de escopetas y provistos de pólvora, so pena de no dejarles salir a ellas, y se imponían

multas de cien pesos a quienes no tuviesen dispuestas sus armas y municiones en cualquier momento en que se les llamase a campaña en situación de urgente necesidad. (2).

En 1753 volvería Andonaegui a recordar las disposiciones de las Leyes de Indias por las que se obligaba al vecindario a disponer de cierta clase de armas para un posible caso de defensa de la población. (3). Pero al lado de este deber se estableció, como hemos dicho, la distinción entre armas permitidas y prohibidas. En estas últimas se comprendían las pistolas, dagas, puñales, rejonos, cuchillos y macanas, no permitiéndose su utilización bajo ningún pretexto, castigando al infractor al destierro por cuatro años a las obras de San Felipe de Montevideo, si fuese español, y a 200 azotes por las calles y tres años de trabajos forzados, si fuese negro o mulato. En semejantes términos se expresaban multitud de bandos, como, por ejemplo, los del Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, de 7 de julio de 1745 (4), 8 de agosto de 1746, 8 de mayo de 1753, 9 de junio de 1755 (5); los de don Pedro de Cevallos de 18 de noviembre de 1756 (6), los de don Diego de Salas de 14 de abril de 1763 (7), de don Francisco de Paula Bucarely de 18 de agosto de 1766 (8), de don José de Vértiz de 20 de septiembre de 1770 (9), o del Virrey Arredondo, quien en 1790 insistía en la prohibición de las armas cortas de fuego como pistolas, trabucos y carabinas que no llegasen a la marca de cuatro palmos de cañón, y las armas blancas como puñales jiferos, almaradas, navajas de muelle con golpe o virola, dagas, etc. (10); prohibición que alcanzaba tanto a nobles como a plebeyos. Exactamente las mismas armas que en bando de 1781 se prohibían en Madrid y cuyos párrafos más expresivos transcribimos a continuación:

"Manda el Rey Nuestro Señor y en su Real nombre los Al-

caldes de su Real Casa y Corte: Que en conformidad de lo prevenido en las Leyes del Reyno, Vandos y Providencias de la Sala, y Reales Pragmaticas, expedidas y publicadas en varios tiempos, prohibiendo el uso de Armas cortas de fuego, y blancas, y especialmente en la última Real Pragmatica, que también se expidió, y publicó en los dias veinte y seis, y veinte y nueve de abril de mil setecientos sesenta y uno. Ninguna persona de qualesquiera estado, calidad o condicion que sea pueda traer, ni use de las citadas Armas cortas de fuego ni de las blancas, como son Pistolas, Trabucos y Carabinas que no lleguen á la marca de quatro palmos de Cañon; Puñales, Guiferos, Almaradas, Rejones, Navajas de Muelle con golpe, ó Virola, Daga sola, Cuchillo de punta, chico o grande, aunque sea de cocina, y de moda de faldriquera; pena a los nobles de 6 años de Presidio y á los Plebeyos los mismos en Arsenales..." (11).

Asimismo, tanto en Madrid como en Buenos Aires, se reguló la venta de armas, quedando prohibido hacerlo en las tiendas o pulperías, cosa corriente entonces. Esta prohibición de venta alcanzaba a cualquier tipo de armas blancas o a las pistolas, trabucos, etc., ya referidos, y los armeros no podían fabricarlas sin la correspondiente licencia del Gobierno ; lo mismo que no podían venderlas los maestros cuchilleros, armeros, tenderos, mercaderes y prenderos.

La venta ilegal de armas estaba penada. Así, en uno de los bandos referidos de don Pedro de Cevallos, de 1756, se especificaba que ningún mercader, pulpero u otra persona pudiera vender en sus casas o almacenes ninguna de las prohibidas y que los armeros no podrían fabricarlas, bajo la pena de cuatro años de destierro a las obras de Montevideo (12). A fines de siglo, el Virrey Arredondo castigaba a los vendedores de armas prohibidas

con cuatro años de presidio por la primera vez y seis por la segunda. (13).

En el caso de Madrid, según el también citado bando de 1781, se ordenó una vigilancia periódica en todas las tiendas de armas, e incluso se llegó a ordenar que a los que usasen del cuchillo como instrumento de trabajo -cocineros, ayudantes, galopines, despenseros, reposteros, y hasta cocheros y lacayos- se les castigaría severamente si se les encontrase con ellos por las calles. (14)

Con todo, en Buenos Aires, el aumento de la criminalidad, de los robos, de las pendencias con muertes violentas, sobre todo en los arrabales y en determinadas zonas de la ciudad, hubo de reconocerse por todos los gobernadores y virreyes, y a pesar de las medidas tomadas y de las penas que se imponían a los que usasen armas prohibidas, no parece que se lograron grandes resultados, como puede verse por el testimonio que en 1760 nos dan el Alguacil Mayor del Santo Oficio y Alcalde Ordinario de primer voto, don Francisco Rodrigo de Viola, y el Alcalde de segundo voto don José de Iturriaga:

"La frecuencia de los Delitos en esta Ciudad por lo que tenemos experimentado, nace de algunos varios principios pues siendo como ya se dexa otro mucho lo que ha crecido el gentio, y especialmente de estas gentes sin vienes ningunos, ni abitacion fija ni conocida pues trabajan quatro dias con uno y otros tantos ó menos con otros, bariando de esta suerte á su libre albedrío, no teniendo vienes que perder, ni aspirando á mayores progresos o adelantamientos se contentan con pasar el dia, y por la poca honra y verguenza que les asiste, se dan de ordinario á la embriaguez y andando algo estrabiados de las Calles principales de la Ciudad

frecuentemente cargados de cuchillos, pues aunque todos los que son cogidos con esta arma son castigados con la pena del Vando mandado promulgar por el Exmo. Señor Gobernador y Capitan General de esta Provincia Don Pedro de Cevallos, como esta es de Azotes, y en los Mulatos, Indios, Negros y Mestizos con quienes abla, no hace esta pena la mayor impresion pues solo se afligen mientras la reciben, y después quedan como si no hubiesen sido afrentados, la experiencia de este castigo no há bastado a contener el radicado vicio de cargar esta arma que siempre que son cogidos procuran honestar el hecho con decir que les es precisa para la campaña". (15).

Y es que, en efecto, era imposible evitar el uso del cuchillo entre ganaderos, vendedores, estancieros, etc. Pero había que reglamentarlo dictando normas sobre la forma y el modo en que dichas armas debían usarse. Vértiz nos deja su versión, y después de insistir sobre las penas en que incurre todo aquel que lleve cuchillo, extendiendo la prohibición a los vendedores de carne, dice:

"Y conciderando la precision que tienen de este Instrumento para sus Tareas solamente se permite que quando salgan al Campo, lo puedan llevar con su Vayna, amarrada al lomillo, los primeros y los segundos afianzado en el frente de la carreta para que pueda servirles en sus particiones: Con declaracion que siempre que se valiere del Cuchillo que se les permite en la forma referida para acometer ó herir á otro aunque no se verifique este acto quedan comprehendidos en la pena impuesta contra los que lo cargan". (16).

Y tras ello admitía Vértiz que los vecinos pudiesen tener ciertas armas para su defensa, pero exceptuaba, claro está, las prohibidas, aunque advirtiendo también que las armas permitidas (carabinas, pistolas de arzón, etc.) no podían emplearse dentro

del recinto ciudadano, salvo por justicias, guardias y ministros de justicias, o en los casos en que se actuase en funciones militares en calidad de milicianos, o en la salida al campo para su defensa personal. (17).

Existían también disposiciones por las que sólo se permitía el uso de cuchillos con puntas quebradas, y si fuera habida cualquier persona que portase semejantes armas con la punta entera, se le podía castigar con el destierro o con doscientos azotes por las calles públicas con el cuchillo colgado del cuello. Este tipo de castigo sería frecuente y vendrá imponiéndose a lo largo de los años (según el cómputo realizado por don Benito de la Mata Linares) : Bandos de 7 de julio de 1745, 8 de mayo de 1753, 18 de noviembre de 1756, 14 de abril de 1763, y septiembre de 1770. (18).

Sobre la imposición de una pena de este tipo conocemos la resolución dictada contra el indio Clemente Martín en 15 de abril de 1763, a quien tras haber sido aprehendido con arma prohibida, se le condenó al destierro y a la pena de azotes por la vía pública. (19).

Especial vigilancia se observaba igualmente en no permitir la venta o intercambio de armas con los indios de los parajes próximos, con los que los pulperos y vendedores mantenían un tráfico constante que en general consistía en proporcionarles armas, aguardiente y vino a cambio de las mercancías que aquéllos podían ofrecer: arreos para los caballos, ciertos tejidos, etc. Este tráfico estaba prohibido por el Gobierno de Su Majestad, por considerar en extremo peligrosa la introducción de armas y alcohol entre los indios. Todos los bandos mencionados sobre la prohibición de venta de armas ilegales hacían también mención de esta venta e introducción clandestina de armas entre los indios y castigaba severamente a los vendedores culpables.

Ya en 1744 don Domingo Ortiz de Rozas intentaba frenar este abuso con penas de 200 pesos y seis años de destierro a Montevideo al español; y el mismo número de años de destierro más 200 azotes al indio, negro o mulato que no observaran la ley. (20). En 1745 Andonaegui castigaba con 100 pesos a los pulperos que vendieran armas a los indios Pampas. (21). Y don Diego de Salas, en 1763, imponía a los pulperos 25 pesos de multa por la primera vez y 50 pesos y 2 años de destierro a Montevideo, si vendían cualquier clase de armas a los indios. (22).

& &
&

LA LUCHA CONTRA LA PELIGROSIDAD SOCIAL. MEDIDAS
DE SEGURIDAD CIUDADANA EN BUENOS AIRES: HORARIOS
DE CIERRE. VAGOS, VAGABUNDOS Y POBRES "FINGIDOS".
DISPOSICIONES LEGALES SOBRE LA MENDICIDAD EN ES-
PAÑA. PROVIDENCIAS SOBRE VAGOS Y "ARRIMADOS" EN
BUENOS AIRES. LA EXPULSION DE EXTRANJEROS O FO-
RASTEROS SIN LICENCIA. EL CASO DE LOS GITANOS.

El logro de una ordenada convivencia ciudadana hacía indispensable la estrecha vigilancia de ciertos núcleos sociales marginados que pudieran alterarla. Al igual que en otras ciudades de mayor número de habitantes, en Buenos Aires y a medida que avanzaba su prosperidad económica y crecía su población, hubo que luchar contra los desórdenes, también en aumento, producidos por elementos de mala o dudosa conducta cuyas actuaciones tenía que padecer la ciudad.

Este aumento de la criminalidad que perturbaba la paz y la seguridad del ciudadano, determinó la aplicación de normas de seguridad y medidas preventivas que pudieran contribuir de algún modo a resolver tan arduo problema. Bien es sabido que en Buenos Aires, por su especial condición de ciudad portuaria y comercial, había que contar con la constante arribada de personas de todas las procedencias y clases sociales que, en más de una ocasión, se introducían en la ciudad de una forma ilegal, unos atraídos por la posibilidad de lograr trabajo o fortuna, otros por la facilidad de comerciar y hasta de trapichear en negocios poco lícitos.

También en Buenos Aires se daba la circunstancia de que en su composición social (blancos-europeos, criollos, mestizos, mulatos, negros, indios) existía una separación racial que re-

legaba a segundo plano a buena parte de sus componentes, especialmente a los negros y mulatos, a los que se sumaban los criollos -cuyas diferencias de trato quedaban bien marcadas, hasta, por ejemplo, en la imposición de penas-, lo que daba lugar al nacimiento de la envidia y el rencor, siendo el principal punto de partida de un círculo vicioso en el que los mismos que la sociedad trataba injustamente caían sin remedio; eran materia propicia para que en ellos arraigara la embriaguez, el juego y otros vicios, producto también, muchas veces, de la ociosidad, forzosa en ocasiones, voluntaria en otras. En definitiva: nacía la delincuencia.

Estos seres maltratados por aquella sociedad se refugiaban, por lo general, en los arrabales y en los bajos del río; y no es que todos los que allí vivían fuesen tenidos por delincuentes, pero era indudable que el ambiente se prestaba a la degeneración de las costumbres. Precisamente en una reunión del Cabildo de 5 de mayo de 1760 el Procurador general presentaba un memorial en el que se hacía alusión a que en ciertos lugares localizados en el ejido se reunían todos los bandidos y maleantes de la ciudad, personas que no se dedicaban a ningún trabajo, y sobre las que era necesario mantener cierta vigilancia; por tal motivo se acordó que el Alférez real don Jerónimo Matorras y el Regidor don Alonso García celasen para que no se concentrara más población en estos lugares y que se encargase al señor Alcalde Provincial de administrar justicia en estas zonas, tomando para ello las medidas oportunas. (23).

La actuación de ladrones y salteadores era, como veremos, frecuente en la ciudad y muy especialmente en las horas nocturnas, pues la escasa iluminación de las calles proporcionaba amparo más que suficiente para la labor de los delincuentes, a pesar de la vigilancia de las patrullas y de los Justicias. De aquí que se recomendase una y otra vez al vecindario la colocación de faroles en todas las puertas de las viviendas o de las

tiendas, y asimismo se consideró conveniente establecer un horario fijo de cierre en todos los lugares de acceso público, como posadas, figones, canchas, pulperías, tiendas, etc. Así, don Pedro de Ceballos establecía este horario en 1756 en las 9 de la noche en invierno y desde las 10 en adelante en verano. (24).

En 1770 Vértiz consideraba oportuno que los dueños de las tahonas cerrasen de noche sus puertas para evitar los desórdenes que en ellas se pudiera cometer, y como en ciertos oficios era preciso trabajar de noche, ordenaba que se continuara tal labor, siempre y cuando no se permitiese la entrada a ninguna persona extraña a la misma, bajo la imposición de una multa. (25).

En 1776 el Gobernador don Francisco de Paula Bucarely afirmaba que al haberse publicado por bandos anteriores que todas las tiendas quedasen cerradas a las nueve horas en invierno y a las 10 en verano, y habiéndose observado que las calles, a partir de esas horas, quedaban desiertas y a merced de los delinquentes, se hacía preciso prolongar en una hora el cierre de los locales públicos:

"...se permite ahora que en invierno puedan estar abiertas hasta las diez de la noche, y en verano hasta las once con la precisión de que todos tengan faroles á las puertas, sin excluir de esta obligación á las tiendas de Sapaterías, Sastrierías, Barberías, Herrerías, y demás oficios que trabajan de noche, pena de dos pesos." (26).

Al vecindario también se le exhortaba a recogerse por la noche en sus casas, y que a partir de las 10 cesaran en ellas toda clase de festejos o algaradas, bailes, fandangos u otra clase de diversiones, como así lo ordenaba don Diego de Salas en 1776. (27).

Como la seguridad y vigilancia ciudadanas se hacían cada vez más necesarias, se llegó a la prohibición de que a partir

de las nueve de la noche o después del toque de retreta se reuniese en la calle un número de personas superior a tres -y sólo de dos a partir de las doce- y nadie pudiera salir de su casa o transitar a caballo por la vía pública a esas horas si no era por motivo de gran necesidad o urgencia, debiendo adoptar, en su caso, ciertas medidas, como por ejemplo la de llevar un farol o luz encendida, como expresaba la instrucción de Paula Sanz a los Alcaldes de Barrio en 1787. (28).

De todas formas, cualquier ciudadano o transeúnte debía estar dispuesto a presentar el santo y seña y a dar justificación ante los Justicias y patrullas que así se lo pidieran al encontrarse con ellos por la noche. Ya se vio en otro momento cómo se prohibía, a partir del toque de oración, el andar a caballo por la calle, para evitar así desórdenes o desgracias, y las penas impuestas a los que desobedecieren; pues bien, Paula Sanz castigaba con 4 pesos de multa a quien después de las horas fijadas anduviese con luz o sin luz por las calles, y en su defecto, con un mes de trabajos en las obras públicas, con la excepción, naturalmente, de que se justificase ante las patrullas que la causa era urgente: buscar un médico, un confesor, etc. (29).

La multiplicidad de delitos determinó, como ya vimos en otro lugar, la creación de los Alcaldes de Barrio, con el fin de establecer un cuerpo integrado por personas de probada honradez, de las que decía Vértiz:

"...zelen las ofensas de Dios, pecados públicos, robos, muertes, heridas, con facultad de prender in fraganti á qualquiera agresor; como que para la basta extencion de este Pueblo se hace inverificable por los mismos Juezes ordinarios, acreditando la experiencia que frustrada la prision de los delinquentes no se corrigen las mas vezes los desordenes que se experimentan..." (30).

Pero con el transcurso del tiempo fue necesario aumentar el número de personas dedicadas a la vigilancia y policía de la ciudad, como así lo llevó a cabo el mandato de Arredondo, quien dio más impulso al sistema, ordenando además que los Alcaldes eligieran entre los propios vecinos las personas dispuestas a rondar y vigilar las calles por la noche:

"...con cuya oportuna providencia vendra a resultar que todas las Quadras de la Ciudad esten aun mismo tiempo competentemente custodiadas por ser muy regular que con el aviso que diere al mas inmediato el que advirtiese alguna novedad en la de su cargo corra la noticia con promptitud á otros muchos que inmediatamente puedan congregarse, evitar el robo que se intentase cometer y lograr la prisión de los delinquentes hasta que la repetición de este Zelo haga contenerlos y los disipe enteramente. Y respecto de que este tan importante establecimiento es el unico medio que me dictan mis conocimientos para asegurar las Personas, las Casas y los haveres de todos y de cada uno de los Ciudadanos, y que ellos mismos son los que reciprocamente se interezan, en que assi se verifique y cumpla quando para este fin no se les impone contribucion alguna, y solo aquellos que los Alcaldes señalasen en cada Quadra vendran a tener el pequeño y afrible gravamen de velar y rondar por su turno cada uno de diez y seis en diez y seis dias..." (31).

Especificaba después Arredondo que en esta vigilancia no se usarían las patrullas militares ni las disposiciones y medidas que para fines de seguridad habían sido ya adoptadas.

Como entre los delincuentes comunes el abuso del alcohol, el juego, y sobre todo su aversión al trabajo, les mantenía en la ociosidad, se comprende el especial interés por parte de las autoridades en erradicar la vagancia y el ocio, en los que se veía

la principal causa de todos los desórdenes. Realidad nada nueva para la sociedad de aquel tiempo, pues en fechas pasadas y en multitud de ocasiones la cuestión del vagabundo, del ocioso o del "malentretenido", había sido ya objeto de innumerables consideraciones para poder vislumbrar las vías de solución de problema tan complejo.

En todos los reinos de España e Indias son numerosas las disposiciones dictadas para combatir la vagancia y la ociosidad, el problema de los "arrimados", los "malentretenidos" y los mendigos. Cuestiones que fueron objeto de estudio en siglos anteriores, por cuanto era difícil establecer una distinción entre los individuos que hacían de la mendicidad su principal fuente de ingresos, al no querer aplicarse a ninguna clase de actividad, y el verdadero mendigo que por razones de enfermedad, vejez o real falta de trabajo no tenía más remedio que pedir limosna. Había, pues, que establecer una distinción entre el pobre de solemnidad o pobre vergonzante y el vago, el ocioso, el vagabundo, o pobre fingido.

Fue siempre tratada la pobreza en España a la luz del Evangelio que la ensalza y santifica. De aquí la mucha tinta empleada para definir los distintos grados de pobreza y hasta su justificación dentro de la sociedad, como contrapunto al mundo de la riqueza. Son muchos los autores que dedicaron su esfuerzo a definir los modelos de pobreza y la forma en que la caridad para con los mendigos debía desarrollarse dentro de la sociedad y el Estado. Se estudiarían las instituciones como los hospicios de mendigos, las inclusas, los hospitales, etc. No olvidemos, en el siglo XVI, las teorías que sobre el particular aportaron Vives, Domingo de Soto, Miguel de Giginta, Pérez de Herrera y otros.

Los temas sobre la pobreza, la riqueza y la caridad entrarán también de lleno en la literatura española, especialmente en

la del siglo de oro. Pero no es el de la pobreza el que ahora nos ocupa y al que nos referiremos en otro capítulo, sino el del vago y el pobre fingido.

De toda esta copiosa dedicación al problema se extrae la consecuencia de que es preciso establecer la distinción entre el auténtico mendigo y el vago o pícaro que quería vivir de la limosna, acogiéndose a las prerrogativas que en muchas ocasiones amparaba la propia caridad. Es contra estos últimos contra quienes irán dirigidas muchas disposiciones encaminadas a terminar con el problema de la ociosidad y de los pobres fingidos. Ya en el siglo XVI (1523, 1525, 1534), tanto la reina Doña Juana como Carlos V ordenarían que solamente se diese licencia y facultades a los auténticos pobres para pedir limosna, prohibiendo tajantemente que se concediesen dichas licencias a aquellos que no fueran inútiles para el trabajo. (32).

En términos semejantes se expresarían las disposiciones dadas posteriormente por Felipe II en Madrid (Pragmática de 7 de agosto de 1565) incrementándose la acción policial contra los ociosos y vagos, (33), y por Carlos II (18 de agosto y 22 de septiembre de 1671.) (34).

En el siglo XVIII la preocupación es la misma: establecer una separación entre el mendigo por necesidad y el holgazán y vago, para que aquéllos sean socorridos en su pobreza y los otros puestos a trabajar.

Las ciudades que habían conocido la invasión de individuos procedentes de las zonas rurales periféricas o de otros lugares más alejados, en busca de solución a su penuria económica, experimentaron un crecimiento en su población que fueron incapaces de absorber, por lo que el número de mendigos y gentes sin trabajo (35) aumentó también y fue necesario tomar medidas que paliasen la situación. Concretamente durante el siglo XVIII, tanto en Madrid como en otras ciudades del Reino se dictan dis-

posiciones por las que se exigía a toda persona extraña o forastera que no tuviera ningún destino o ejerciera oficio o trabajo en la ciudad, se restituyese a su lugar de origen, so pena de que si así no lo hiciere podría ser aprehendida, aplicándosele lo establecido en la Ordenanza de Vagos por la cual todos los hombres hábiles, a partir de los 17 años cumplidos hasta los 36, exceptuándose los casados, eran aplicados seis años a las armas y, si no fuesen hábiles, a los Arsenales.

También la legislación hacía referencia a las mujeres vagabundas, a las que se instaba a trabajar o, en su defecto, se las condenaría a la galera, como así habían ya prevenido algunos autos de 1631, 1647, 1705 y 1707. (36).

En 1755, una disposición de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte insistía en aplicar lo legislado sobre vagos y así informaba el Alférez del Rey don Pedro Castilla:

"Con ocasion del Robo, que se á executado, dela Tesoreria de Casas Reales, y otras diferentes Raterias, se me encarga de orden del Rey, que haga se ponga el maior cuidado, y diligencia en perseguir, y castigar ladrones, y que mediante haberse llenado este Pueblo de infinita gente de todo el Reyno ociosa, y vagante, procure se retiren asus Países y que se cuide de executar de Vagamundos aplicandoles alas Lebas, como esta prevenido." (37).

Las Reales Ordenes y provisiones dadas a lo largo del siglo son semejantes: distinción entre pobres y vagos, ocupación de estos últimos en las armas o en la Marina y advertencia a los forasteros para que vuelvan a sus lugares de origen. Así se expresan las disposiciones dadas por Carlos III en 1777 (18 de noviembre) (38), 3 y 13 de marzo de 1778,⁽³⁹⁾ la instrucción a Corregidores sobre lo mismo, de fecha 15 de mayo de 1778,⁽⁴⁰⁾ los bandos y Ordenes de Carlos III y Carlos IV en 1783, 1786, 1789, 1790, 1791 y 1798, de entre los que sacamos el siguiente párra-

fo sobre los forasteros sin oficio:

"Todos los que, no teniendo aplicacion, oficio ni servicios, se mantienen con varios pretextos, y concurren con frecuencia á cafes, botillerias, mesas de trucos, tabernas y otras diversiones, aunque permitidas, pero solamente para el alivio de los que trabajen, recreo de los que no abusan, y no para el fomento del vicio, de los ociosos, ó también, paseando continuamente, ocupan las plazas y esquinas, se abstengan de semejantes frecuencias, y tomen alguna honesta ocupacion que los releve de la sospecha, y remueva el escándalo que causan a los demás bien empleados; pena de que serán tratados por vagos, y se les aplicará a los destinos correspondientes a éste y demás excesos que resultaren de las sumarias, que se juzgase conveniente formarles en averiguacion de sus vidas." (41).

Respecto a los que, siendo útiles para cualquier trabajo, piden limosna, se dice:

"...siendo igualmente escandaloso otro genero de gentes, por que mendigando con robustez suficiente para adquirir un sustento y el de sus familias con el personal trabajo, usurpan la limosna á los verdaderos pobres imposibilitados, y jugando en garitos y parages ocultos, con detrimento suyo y de otros inocentes, se exponen por el ocio y dicho vicio á cometer delitos que les ocasionen mayores castigos". (42).

Toda esta abundante legislación traspasaba los límites de la Península y se extendía también por los dominios de Indias. En Buenos Aires, en el siglo XVIII, el problema del vagabundo existía en cierta medida; la ociosidad se perseguía y las autoridades ponían especial atención en llevar un control de los vagos, ociosos y holgazanes que, sin lugar a dudas, constituían un quiste difícil de extirpar en aquella sociedad en la que

las necesidades más vitales del hombre, como es el diario sustento, estaban, por así decirlo, aseguradas, pues la abundancia de ciertos alimentos, especialmente la carne, harían que el "hambre" como tal no existiese en realidad, por cuyo motivo se hacía más difícil allí establecer la diferencia entre un pobre de solemnidad y un vago u ocioso. Baste recordar la experiencia relatada por Concolorcorvo, quien aseguraba haber visto caer una gran pieza de carne de una carreta y nadie acercarse a cogerla, ni siquiera un mendigo, por evitarse la molestia de cargar con ella. (43).

En Buenos Aires, siguiendo la pauta marcada por la legislación vigente a la sazón sobre vagos y "arrimados", se establecieron también diferentes formas de actuación para con el mendigo auténtico y el pobre fingido, y al igual que se hiciera en otras ciudades, se intentó en primer lugar desalojar de la ciudad a todos aquellos individuos que se habían instalado en ella atraídos por las posibilidades de llevar un vida ociosa y fácil. Así se manifestaba en 1745 el Gobernador Andonaegui contra todas aquellas personas que habían optado por vivir sin trabajar y ociosamente, instándoles a abandonar la ciudad:

"Que dentro de quince días salgan de esta Ciudad, y su Jurisdicción, todos los Bagamundos, y Holgazanes que hubiere en ella, y no vuelban pena de que sean desterrados al Presidio, y plaza de San Phelipe de Montevideo á servir en el en las obras de S.M. á racion y sin sueldo por tiempo de seis años." (44).

En parecidos términos se expresan bandos posteriores, como los del mismo Andonaegui de 11 de enero de 1748 y 8 de enero de 1750, (45), los de Vértiz de 20 de septiembre de 1770 y 21 de mayo de 1772, (46), y las ya mencionadas instrucciones dadas por Vértiz, Paula Sanz (1778) o Arredondo (1794) a los Alcaldes de Barrio, a quienes se encomendaba llevar un cómputo

to del número de vagos existentes en la ciudad. Así por ejemplo se expresa Vértiz en el punto 15 de su instrucción a los Alcaldes de Barrio en 1772:

"De toda la gente vaga, y mal entretenida constando serlo por diligencias reserbadas que se hagan y noticias que se tomen, se dará por el comisionado cuenta á este Gobierno expresando la que haya en su jurisdiccion, y determinando inmediatamente su seguridad para aplicarlos donde convenga". (47).

Las órdenes eran tajantes y a los referidos holgazanes se les daba un plazo más o menos corto para que pudieran abandonar la ciudad. Andonaegui, en 1748, conminaba a los vagabundos a abandonar la ciudad en el plazo de 20 días, bajo la pena de ser enviados al presidio de Montevideo, y prohibía que ninguna persona los ocultara en su casa, estancia o chacra, también bajo la pena de destierro a San Felipe de Montevideo, normas que haría extensivas a las jurisdicciones de Santa Fe, Corrientes y Montevideo. (48).

En 1770, Vértiz obligaba a los vagos a dejar la ciudad en el término de 3 días, castigando el incumplimiento con 4 años de destierro a las Malvinas, y siendo antes expuesto a la vergüenza pública todo el que se aprehendiese, penas que se doblaban si se les cogiese por segunda o tercera vez. (49).

Esto nos da idea de que el problema del vago no había disminuido en la ciudad, recrudeciéndose la lucha de las autoridades contra la ociosidad (50) la cual era tenida como una de las principales causas de muchos desórdenes públicos, y ello queda confirmado por la forma en que se expresan ciertos gobernantes y por las medidas, a que se ha aludido, de prohibir a cualquier persona la ocultación o acogida a vagabundos, vagos y holgazanes. Tal fue el interés puesto en ello que se cuidó muy especialmente no permitir que se ocultara a cualquier esclavo huido

de sus amos o a cualquier jovencito haragán de toda clase o estrato social:

"Que conduciendo a la seguridad buen orden y felicidad publica se destierre a la ociosidad, se persigan sin intermision y castiguen con prontitud los vagos y mal entretenidos, cuias manos deven ocuparse en utilidad propia y del comun mando que nadie tolere en su Casa personas arrimadas sin licito destino conocido, ni admitan o abriguen á hijos de familia ni esclavos huidos sino entretanto quedan a sus Padres Amos, o justicias el correspondiente aviso; y que todas las personas que no tienen oficio ó destino, de cuia ocupacion se mantengan lícitamente, la tomen en el Terminio de un mes y de lo contrario, si pasado este plazo subsistiesen en el ocio ó mendigando, sean aprehendidos sin que les valga el pretexto de que no saben oficio, ni tienen en que trabajar y sentenciados a Presidio u Obras Publicas a arvi-
trio de este Superior Gobierno o á las casas de expósitos o reclusion de Residencia, donde sirviendo ó trabajando según su clase tendran de que comer. Y porque estoy informado que algunos esclavos para substraerse dela obediencia y sujeccion en que su condicion les constituyen se huyen de las Casas de sus amos mando que qualquiera persona que favorezca o auxilie directa o indirectamente la fuga de todo esclavo pague su valor o lo restituya en su costo al dueño y ademas sea multado en 50 pesos y el esclavo sufra 100 azotes y 6 meses de cadena." (51).

Estas palabras son de un bando general del Virrey Arredondo de 1 de marzo de 1790 y se repiten en otro de 9 de agosto del mismo año, insistiendo en que no se admita a los "agregados, vagos y mal entretenidos", por los delitos y desórdenes que

éstos crean en la comunidad y que todos los mulatos, morenos libres o indios se presentasen ante los Alcaldes de su distrito en el plazo de quince días, con el fin de dar cuenta de su clase de vida y si estaban o no ocupados en algún quehacer o trabajo con que pudieran mantenerse. (52). Muchos de estos jóvenes criollos o mulatos, irían, a lo largo del siglo XVIII, quizá por amor a la libertad y por sentimientos de independencia, abandonando la ciudad, contribuyendo así a la formación de la interesante figura del gaucho o gauderio, sobre cuyos verdaderos orígenes y modos de vida se han dado multitud de versiones. (53)

El hecho es que el gaucho, como tal, adquiere un mayor auge en el siglo XVIII, y nace el tipo del changador que se dedica a la matanza del ganado y al comercio de cueros, de espaldas a la ley. Estos abusos producían graves perjuicios a la ganadería y tuvo que tomar la autoridad sus medidas para evitar que se continuase esquilmandola.

Se dictaron también disposiciones para impedir la estancia en la ciudad a todo extranjero que no tuviese para ello motivos muy concretos y especiales, y más aún cuando su conducta fuese sospechosa o su ocupación no pareciese conveniente.

Esta política de alejar de los reinos de Indias a los extranjeros solteros, los emigrantes sin licencia, los polizones que llegaban embarcados a los nuevos territorios, fue recomendada por el Gobierno de Su Majestad y recogida y puesta en práctica por las autoridades. En Buenos Aires, la cuestión fronteriza de límites entre España y Portugal suponía la entrada de extranjeros, principalmente portugueses, de manera clandestina. En 1743, el Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas hacía saber por bandos de 5 de abril y 11 de mayo que todo extranjero, especialmente portugués, debía abandonar la ciudad en el término

de un mes, bajo la pena de pérdida de sus bienes y destierro al presidio de San Felipe de Montevideo, "asegurandoles a los Denunciantes la tercia parte de los Vienes que se les aprehendiesen a los dichos Portugueses, y Extranjeros solteros transgresores de este Vando." (54).

Otros bandos, ya citados, de Andonaegui sobre expulsión de vagabundos, de 1748 y 1750, son también extensivos a los extranjeros, no permitiendo que nadie los ocultase. (55).

En 1761, don Pedro de Cevallos hacía alusión a cuantos bandos sobre expulsión de extranjeros se habían publicado en la ciudad, según estaba ordenado por las leyes del Reino y las Reales Cédulas de Su Majestad, y reconocía que estas disposiciones no se habían cumplido a pesar de la insistencia de la autoridad; por ello y por haberse recibido en 1 de febrero de 1750 y 30 de mayo de 1753 otras dos Reales Cédulas ordenando la expulsión, de toda aquella jurisdicción, de los extranjeros que no tuvieran el real permiso para residir allí, Cevallos volvía a comunicar a la población:

"...que todo extranjero casado o soltero avecindado, o transeunte de qualquier nacion, estado y condicion que sea sin exceptuar alguno haya de comparecer y comparezca precisamente dentro de quince dias contados desde la fecha de la promulgacion de este Vando, ante el Capitan Comandante de Infanteria Don Nicolas de Clorduy, a dar razon por escrito del Reyno y lugar de donde es natural, con que causa o motibo vino a este Provincia, quanto tiempo que reside en ella, que oficio o ejercicio tiene, si es casado o soltero, y en que Casa o Calle vive, todo lo qual cumplan dichos extrangeros con la mayor exactitud." (56).

No obstante, por disposición de Su Majestad, se había conferido al Gobernador de aquella provincia, en este caso el pro-

pio Cevallos, la facultad de otorgar la licencia o de indultar "a los extranjeros en quienes concurran las Calidades y circunstancias que las leyes previenen". Sólo tenían que comparecer ante el Gobernador y solicitar esta gracia. (57).

Posteriormente las referencias a los extranjeros las encontramos en las instrucciones a los Alcaldes de Barrio dadas por el Intendente Paula Sanz en 1787 y por Arredondo en 1794, en las que se trata de la vigilancia y cómputo del número de forasteros que residían en casas de alquiler o posadas, a cuyos dueños se obligaba a dar cuenta puntualmente y con exactitud a aquel Gobierno de cuantos datos se precisaban sobre aquéllos: de dónde provenían, cuál era su oficio, a dónde se dirigían, etc. (58).

Encontramos también casos de expulsión con respecto a los gitanos por ser uno de los grupos de razas marginadas y por mucho tiempo consideradas como malditas, de cuya persecución y expulsión de los reinos peninsulares tratan las Reales Pragmáticas expedidas en diversas ocasiones, como las promulgadas por Don Fernando y Doña Isabel en Medina, en 1499, y por Carlos I en 1525, en las cuales se decretaba la expulsión de todo el reino de aquellos egipcianos que no tuviesen oficio estable y se les reconociese una vida errante, (Novísima Recopilación, ley I, libro XII, título XVI).

Las leyes contra los gitanos fueron bastante duras mucho tiempo; las penas establecidas llegaban desde el corte de orejas a la de muerte, si se les hubiese probado la comisión de algún delito.

Carlos III, en 1783, suavizó en cierto modo la legislación vigente a la sazón sobre los gitanos o egipcianos, y afirmó que éstos no constituían una raza infesta como se había mantenido hasta entonces, por lo que no debían ser perseguidos si abandonaban sus modos de vida, traje, lengua y vida errante,

pudiendo ser admitidos en cualquier oficio o gremio si así lo hicieren, conmutada la pena de muerte a los delincuentes por una marca en la espalda con hierro candente, exceptuando de ello a los niños y jóvenes menores de 16 años. (59).

A pesar de la prohibición de que entrasen gitanos en América, su presencia fue detectada en muchos lugares. En Buenos Aires tenemos un dato de su presencia en la ciudad por un acta del Cabildo de 28 de abril de 1774, fecha en la que se leyó una representación del señor Procurador General en la que se manifestaba el sentir del pueblo por la presencia de los "exizios" que se dedicaban a la venta ambulante, pidiéndose al Gobernador que tomase las medidas oportunas para decretar su expulsión. La referida representación se expresaba en estos términos:

"... que de pocos tiempos a esta parte se han introducido Varios Egipcianos en esta Ciudad menteniendose en ella con Demasiada libertad, pues hasta publicamente se exerzitan en vender mercaderias por las calles, y otros ministerios impropios de su condizion, y Character; respecto a que por las Leyes cinco Titulo quarto, libro óctavo, y veinte, Titulos veinte y seis, Libro nueve, de las recopiladas de estos Reynos, está Exprexamente prohibido el que resida en la America esta espezie de Jente, encargando a el mismo tiempo que la que se allare se aprehenda, y remita a España, se ha de servir V.S. en óbservancia de estas rejias disposiciones dar notizia a el Señor Governador para que se digne comisionar a quien fuere de su Superior arbitrio a fin de aprehender a todos los Jitanos que haiga en esta Ciudad, y su Jurisdizion, remitiendolos Incontinenti á España, y depositandolos Intein se proporcionan embarcaciones en la Ciudadela de Montevideo, ó en donde el Señor Governador determine en Justizia, que pide. Buenos Ayres y Marzo onze mil setecientos setenta y cuatro. Phelipe Santiago del Pozo." (60).

El asunto pasó a manos del entonces Gobernador Vértiz, por éste aplazó el cumplimiento de la expulsión, por el hecho de que dos de estos gitanos tenían un oficio estable de herreros en la Fortaleza de la ciudad. Ante esta postura de Vértiz el Cabildo volvió a insistir (reunión de 27 de julio de 1775) para que se les expulsase y enviase a la península, a todos sin excepción alguna, en los navíos dispuestos a marchar a Cádiz, manifestando que de esta suspensión sólo podía desprenderse "un manifiesto perjuicio al Publico de que se mantengan unos hombres advenedizos que por su mala fama son perjudicialisimos y no se consienten en ninguna parte de la America". (61). Pero del resultado de esta petición y de si la expulsión se llevó o no a efecto, no se conoce ningún otro dato posterior en las actas.

& &
&

LA LUCHA CONTRA EL ALCOHOLISMO Y LA EMBRIAGUEZ

El consumo de alcohol no era menos importante en Buenos Aires que en otras ciudades americanas. La abundancia de pulperías en la ciudad nos confirma este hecho, y sin lugar a dudas se puede considerar que la embriaguez y el alcoholismo hacían mella en ciertos núcleos de aquella sociedad. Tal realidad no se ignoraba por las autoridades y de ahí las prescripciones que ordenaban el cierre de aquellos locales por la noche, por ser centros en los que la práctica del juego y el abuso del alcohol desembocaban con frecuencia en desórdenes, algaradas y pendencias.

Entre las bebidas alcohólicas destacábanse el vino y el aguardiente, a pesar de las variedades y múltiples combinaciones existentes que, siguiendo a Furlong, podemos citar: la chicha, el arrope, la aloja, el guarapo, el pipiritiuke, el carajillo, guindado, carabinero, chuflay, pajarete y la cola de mono (62), bebidas que podían adquirirse tanto en las pulperías de la ciudad como fuera de ella, en el campo. El exceso en el consumo de estas bebidas alcohólicas fue motivo de preocupación para el Gobierno por su nefasta incidencia en la salud y en el orden públicos.

El vino que se consumía se cosechaba en las propias y abundantes viñas de la región o bien se llevaba de España, resultando éste, como es natural, más caro. Así, por ejemplo, en las últimas décadas del siglo, en 1786 exactamente, la pipa de vino de la tierra costaba alrededor de 4 reales, la de vino Carlon, 6 reales, y la pipa de vino blanco de España, 8 reales. (63).

Al aguardiente eran también muy alicionados ciertos sectores de la población, y su consumo, al igual que en toda América, fue importante. Las variedades eran el aguardiente de

la tierra, el de caña y el aguardiente de España.

El abuso indiscriminado del alcohol en toda América hizo necesaria, desde un primer momento, la adopción, por parte del Gobierno español, de una serie de medidas para controlar en lo posible sus consecuencias que se hacían más de temer entre las poblaciones de indios, llegándose a decretar la prohibición total y absoluta de suministrarles, bajo ninguna excusa, toda clase de vinos y aguardientes. Fueron numerosas las disposiciones y Reales Cédulas que hacían referencia a esta prohibición (64), ya dispuesta por la ley XXXVI, libro VI, título I de la Recopilación de Indias, por considerar que el abuso del alcohol y en especial del aguardiente iba en detrimento de la salud física y moral del indio; pero a pesar de ello las órdenes se incumplían, sobre todo por los revendedores, regatones, intermediarios y vendedores ambulantes que introducían el vino y el aguardiente entre los indios a cambio de los productos que éstos les pudieran ofrecer: crines, plumas, cueros, etc. (65).

El desacato a las leyes en esta materia, su incumplimiento por parte de aquellos que sacaban de tal negocio unos frutos abundantes y fáciles, la ausencia de escrúpulos, en definitiva, hicieron que el aguardiente se convirtiese en la bebida predilecta de los indios en grandes zonas de América.

Es Antonio de Ulloa quien nos hace una semblanza de este problema, alegando que los indios "tienen como único deleite la embriaguez" por lo que la introducción del alcohol entre ellos era muy perjudicial:

"La chicha les embriaga en fuerza de la gran cantidad; pero no les resultaban los daños que se ven con el aguardiente, cuyo uso debería estar tan seriamente prohibido como si fuere veneno, mirando a la conservación de aquellas gentes..." (66).

Y por el mismo motivo, añade:

"...y a este respecto los regalos que reciben han de comprender parte de este licor, que es el que moviéndoles los espíritus al partido de la alianza, les incita también a la ira, y a cometer con seguridad las mas inhumanas atrocidades". (67).

En otras ocasiones el Gobierno de Su Majestad pediría información a las autoridades locales para que, de acuerdo con los médicos, realizaran un estudio sobre los posibles perjuicios que podían derivarse de ciertas bebidas alcohólicas y su consumo entre la población. A este respecto, una Real Cédula de 6 de abril de 1772, dirigida al Arzobispo de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada, pedía informes sobre las cualidades del aguardiente de caña y su posible incidencia en la salud de quienes lo consumían. (68).

¿Cómo se controló en Buenos Aires este problema? En primer lugar se desarrolló, como en las demás jurisdicciones de Indias, una política de no distribución de alcohol entre los indios, prohibiendo la introducción de vinos y aguardientes de la misma manera que se hacía con las armas. Así, por ejemplo, en 10 de julio de 1744, el Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, al tener conocimiento de la llegada de 200 indios serranos "de paz" al pago de Luján con el objeto de vender ponchos y otros productos, prohibía que nadie les suministrara o intercambiara con ellos vinos, aguardientes y armas, porque iba en contra de todas las órdenes dictadas por las autoridades, según las disposiciones de S.M. Las penas que se impondrían a los que incumplieran estas normas eran de 200 pesos de multa y 6 años de destierro para el español y 200 azotes y 6 años de destierro para el indio, negro o mulato. (69).

A pesar de todo ello y de las continuas advertencias, los resultados no se correspondían con los deseos, y los pulperos o personas relacionadas con el negocio del alcohol seguían suministrando vino y aguardiente a los indios que acudían a la ciudad.

El Gobernador Diego de Salas, en un bando de 1763, vuelve a hacer una llamada de atención a los pulperos y otras personas para que no vendieran ninguna clase de bebidas alcohólicas a los indios que acudían a la ciudad "ni en poca ni en mucha cantidad", se decía, bajo penas de 25 pesos por la primera vez y 50 por la segunda, más dos años de destierro. (70).

Pero no sólo se recomendaba y exigía a los pulperos el cumplimiento de las normas sobre prohibición de venta de alcohol a los indios, sino que en aquellos lugares donde se expendían bebidas alcohólicas había de llevarse un control acerca de las personas que allí se reunían, gentes de muy variopinta condición social, ya que el juego y la bebida daban lugar a frecuentes altercados y disturbios.

Como primeras medidas ya conocemos las órdenes dictadas para que toda tienda, figón o pulpería cerrase a unas horas determinadas, por lo general después de toque de oración, y de cuyo cumplimiento se encargaba a los Alcaldes de Barrio, por ser de su competencia la vigilancia de estas normas:

"Todas las Tiendas, Pulperías, Posadas, Figones, Mesas de Truco y Cafees, deberan precisamente serrarse a las 10 de la noche en el Inbierno, y á las 11 en el Verano, y la que se hallase abiertas después de dichas horas, pagará su dueño 10 pesos de multa por la primera, 25 pesos por la segunda y en la tercera será conducido a la Carcel y castigado mas rigurosamente segun conven-ga" (71).

Esto se decía en la Instrucción de Paula Sanz a los Alcaldes de Barrio, del mismo modo que en 1768 se encargaba a los Alcaldes de Barrio de Madrid la vigilancia muy especialmente de figones, tabernas, botillerías, etc. (72).

El 18 de enero de 1788, el Síndico Procurador don Francisco Ignacio de Ugarte informaba al Intendente Paula Sanz que la gran cantidad de pulperías, cuyo número había crecido considerablemente en la ciudad durante los últimos años, y en las que, aparte de comestibles, se vendía toda clase de bebidas alcohólicas, había dado lugar a que en ellas se reuniesen personas de dudosa conducta que, a causa del juego y de la embriaguez, producían muchos desórdenes. La atención también se centraba en los criados y esclavos que acudían a dichos lugares enviados por sus amos para hacer allí sus compras, y aprovechaban de paso gran parte del tiempo en divertirse y beber. (73).

Conociendo estos perjuicios, el Intendente Paula Sanz intentó buscar una solución y así, en 1788, proponía la fórmula por la que, desde su punto de vista, podrían solucionarse los desórdenes en las pulperías, fórmula, según dice, que se había experimentado en la ciudad de Sevilla, donde se quiso también intentar por todos los medios desarraigar la costumbre de beber en las tabernas. (74)

Paula Sanz, a la vista de los informes del Síndico Procurador, llegó a la conclusión de que era precisa la total prohibición de reuniones o juntas de personas en las pulperías para dedicarse al juego, o simplemente reuniones de gentes con guitarras, ya fueran de la ciudad, de sus arrabales o forasteras. También prohibía vender ningún tipo de licor a los esclavos, para combatir en lo posible la embriaguez, no permitiendo su estancia en la pulpería por más tiempo del

necesario para efectuar sus compras; y como feliz solución se decidía a emplear el sistema -al que hemos aludido- ya ensayado en Sevilla, consistente en ordenar a todos los pulperos, bajo la multa de 25 pesos, que instalasen mostradores levadizos que se colocarían en la calle, despachándose géneros y bebidas, pero no para ser consumidas allí mismo sino en casa. La instrucción dictada ofrecía, pues, una serie de innovaciones:

"... que dentro de un breve termino pongan sus mostradores levadizos y de forma que cierren por ambos costados de la Puerta o puertas de dichas Pulperias a fin de que ninguna persona de uno y otro sexo pueda introducirse á lo interio del Quarto o esquina ..." (75)

No sabemos el alcance que pudo tener esta disposición pero, a juzgar por datos posteriores, parece claro que la costumbre de reunirse dentro de las pulperías no pudo ser desarraigada, y el deterioro del orden público seguía produciéndose, como nos consta por las ordenanzas del Virrey Arredondo, quien alude a la prohibición de reuniones en las pulperías:

"Que para contener los muchos desordenes que causa el detestable vicio de la embriaguez con ofensa de Dios peligro de las vidas y de la quietud publica y particular de las Casas ningun Pulpero permita en su Casa Juntas de Gentes que se propasen en la Vevida, ni juegos de diversion que dan ocasion a este exceso, generalmente en los dias de Fiesta antes de celebrarse la Misa Mayor, pena de 40 pesos aplicables a la Iglesia Parroquial". (76).

Y en 1794 volvía el Virrey a encargar la vigilancia de las Pulperías por conceptuar éstas como "receptaculo de Viciosos y mal entretenidos" y para evitar desórdenes. (77)

LA REGLAMENTACION DEL JUEGO EN ESPAÑA. EL
JUEGO EN BUENOS AIRES: PROHIBICION DE LOS
JUEGOS DE ENVITE, AZAR Y SUERTE/

Entre todos y cada uno de los grupos sociales que componían la sociedad bonaerense había cierta afición a determinados juegos en los que el ciudadano gustaba de entretener sus horas libres. Pero es obvio que la afición desmesurada y el abuso producía desequilibrios y malas consecuencias, por lo que se hizo necesaria una reglamentación que determinara el tipo de juego que podía practicarse y los locales en donde deberían reunirse los jugadores.

Las Leyes de Castilla ya habían decretado su repulsa a todos aquellos juegos de azar y envite. Recordemos que éstos venían condenados en las Partidas (Ley LVII, Título V, y Ley XXXIV, Título VI), y en la Novísima Recopilación (Ley I, Título II, Libro VII), pasando esta prohibición al Nuevo Mundo.

Concretamente en el siglo XVIII encontramos diversas Reales Ordenes contenidas en la Novísima Recopilación, relativas a los juegos de azar y envite. Así, por ejemplo, Felipe V en 9 de noviembre de 1720 y 9 de diciembre de 1739; Luis I por Decreto de 1 de junio de 1724; Fernando VI por Real Orden de 2 de junio y Cédula de 22 de junio de 1756 y Carlos III por otra de 18 de diciembre de 1764, desposeían de todo fuero privilegiado a quienes contraviniesen las Reales disposiciones sobre juegos de suerte, envite y azar, quedando sometidos a la justicia ordinaria. (78).

A pesar de la insistencia de las leyes, los juegos prohibidos seguían practicándose tanto en la Península como en

América, pues la pasión por los mismos, como afirma Torre Revello, hacía mella en todos: soldados, marinos, aventureros, militares de graduación y clérigos. (79).

En Buenos Aires, al igual que en otras provincias de los reinos de España, era perfectamente legal que los sargentos mayores de plaza pudieran tener en usufructo casas de juego. La Real resolución de 14 de julio de 1716, y el decreto de 9 de noviembre de 1720 ponía fin a ese privilegio. (80).

Por lo que se refiere a las distintas variedades de juegos y diversiones existentes en Buenos Aires en el siglo XVIII, diremos que cada grupo social o núcleo étnico tenía sus aficiones peculiares, y que en todos la inclinación al juego estaba muy arraigada. Así, por ejemplo, los negros, mestizos, mulatos o indios, solían reunirse en grupos en los bajos del río, en las canchas allí existentes, donde jugaban apostando dinero. Los blancos y españoles acudían a las pulperías o a las "casas de trucos" donde practicaban los juegos de envite, dados, naipes, etc.

De la variedad de juegos practicados nos da una relación Furlong, quien cita, aparte de los conocidos de damas, ajedrez o naipes, otros muchos como la bola, la sogá, la zapa, la argolla, las bochas, la taba, el truco o billar, el chaquete, el hockey o chueca de los indios, el fútbol y los juegos de pelota. A estos había que añadir los llamados juegos de salón consistentes en adivinanzas, acertijos, etc., sin olvidar tampoco los que con el tiempo se convirtieron en espectáculos públicos: torneos, cañas, corridas de sortijas, juego del pato, toros y riñas de gallos. (81). Estas últimas constituyeron uno de los pasatiempos favoritos de los bonaerenses (82) en especial las peleas de gallos, cuya afición se extendió entre todas las clases sociales, motivo por el cual llegó el Cabildo a adoptar la resolución de construir, en 1785, una casa para dichas peleas, pasando el producto del arrendamiento de la misma a

engrosar los fondos de propios de la ciudad. (83).

De toda esta amplia gama, la ley sólo actuaba contra aquellos de envite, suerte y azar, insistiendo continuamente en cuáles y qué tipo de juegos eran los permitidos. El incumplimiento de las normas tanto en los reinos peninsulares como americanos, haría necesaria la promulgación, en la Península, de nuevas Cédulas y provisiones reales, como la Pragmática de 6 de octubre de 17771 en la que se mencionaba la poca obediencia observada por los súbditos sobre la prohibición de juegos de envite, y la Real Provisión de 1780, recibida por los señores del Consejo, en la cual se volvía a recordar estas prohibiciones, basándose el rey en que el único objetivo perseguido era el bien de sus súbditos, pues el consentir esta clase de juegos supondría admitir la quiebra de muchas familias, el incremento del vicio y, en suma, la desgracia, " pues debiendo usarse como una mera diversión ó recreo, servían para fomentar la codicia jugándose y cruzandose en ellos crecidas sumas"(84). A continuación se citaban los juegos considerados prohibidos : "Banca, naipes, dados, bacetta, carttetta, banca fallida, sacanette, paran treinta quarentta, cacho, flor, quina, treinta y una embidada, los juegos del virvis, oca o anca, tablas, azares, chuecas bolillo, trompico, palo o instrumentos de hueso, madera o metal, y el de taba, cubiletes, dedales, nueces, correguela, descarga la burra, etc". ; y además, en los juegos permitidos de naipes (llamados de comercio) y en los de pelota, trucos, billar y otros, no había de exceder el tanto suelto que se jugase de un real de vellón ni la cantidad total de treinta ducados. (85).

Esta lucha contra los juegos prohibidos se llevaba también a cabo por las autoridades bonaerenses, persiguiéndose tenzamente los juegos de envite practicados en las pulperías y demás lugares a ellos dedicados. La responsabilidad recaía sobre el pulpero o dueño del local, y así, por ejemplo, don Pedro de Ceballos en 1756 hacía saber que todo juego de naipes y dados estaba prohibido y que el pulpero que los consintiera en su establecimiento sería castigado con 10 pesos de multa por la primera vez y con 20 por la segunda. (86).

En 1770, Vértiz repetía una vez más lo ordenado por las Cédulas Reales que prohibían esta clase de juegos, añadiendo que seguían vigentes los castigos y multas que en aquéllas se expresaban. (87). Del mismo modo don Francisco de Paula Bucarely volvía a insistir en 1776 sobre los castigos que se impondrían a todos los que practicasen o permitiesen dichos juegos en locales públicos o pulperías, penas entre las que se encontraban los azotes para el dueño de las casas de juego. (88).

Como es natural la jerarquía eclesiástica también clamaba contra el aumento entre la población del vicio del juego, y tuvo sus encuentros con la autoridad civil a la que calificaba de negligente al no actuar en la forma que requería el problema. Un ejemplo de ello fue la protesta mantenida por el obispo fray Sebastián Malvar y Pinto en 1780 y que nos describe Torre Revello. Según dicho autor, el citado obispo dirigió una carta a Su Majestad en la que le hacía saber cómo la afición al juego, particularmente el de la banca, había aumentado considerablemente en la población, incluso entre los jóvenes y niños, sin que la autoridad civil hiciese nada para paliar este incremento. A ello contestó el Consejo de Indias (13 de julio de 1781) recordando las prohibiciones

existentes sobre el juego y la necesidad de que el Virrey -entonces Vértiz- tomase medidas y publicase bandos. La respuesta del Virrey no se hizo esperar, alegando que nada sabía del asunto denunciado por el señor Obispo y que en la ciudad siempre se habían tomado las medidas oportunas y se habían publicado los bandos acostumbrados para erradicar los juegos prohibidos. El resultado final fue el envío de una Real Cédula al Virrey (25 de febrero de 1783) en la que se le hacía saber que en ningún momento se había dudado de su actuación, al mismo tiempo que se recomendaba al obispo poner en conocimiento del señor Virrey cuantos hechos delictivos llegasen a sus oídos sobre aquellas cuestiones, antes de acudir al Consejo de Indias, para desarrollar así entre las autoridades una labor de conjunto. (89).

Con todo, las autoridades coincidían en afirmar que el mal provenía de consentir que las pulperías fuesen lugares de reunión donde se practicaban los juegos ilícitos y se organizaban las timbas. Este era el parecer de Paula Sanz en 1788 cuando manifestaba que la gran cantidad de desórdenes que continuamente se producían en la ciudad y sus arrabales provenían en gran parte de la tolerancia de los pulperos en consentir en sus locales "juntas de esclavos y gentes mal entretenidas y viciosas, guitarras, juegos de naypes y otros excesos, de que resultan las repetidas muertes heridos y demas desastres que de continuo se advierten". (90).

En 1790, don Nicolás Antonio de Arredondo resumía las normas a las que debían sujetarse las casas de juegos, así como el horario de cierre, la clase de individuos en ellos admitidos o el tipo de juego allí practicado:

"Que los Pulperos Figoneros ó posaderos no concientan jugar en sus casas de trafico ni tenerlas abiertas después de las diez de la noche en el Invierno y de las once en el Verano. Y todo esclavo que en ella se aprehendiere jugando sea castigado inmediatamente en la Cárcel con 50 azotes y se les exiga diez pesos de multa a los dueños de dichas Casas, que contraviniesen a alguno de estos puntos. Y deseando S.M. que los intereses de su erario no los produsca el vicio sino una causa inocente y justa siendo tambien su primera intencion la de que se guarden las leyes y ordenes que solo permiten moderados juegos de diversion que den descanso a las fatigas de las ocupaciones de cada uno y que se estoven los excesivos de suerte y envite por las perjudiciales consecuencias que nacen de ellos, se podran usar ademas delos juegos licitos y moderados de naypes los dela Pelota, Villar y otros de esta especie que no sean prohibidos con tal que no los haga illicitos á la cantidad que se atraviere ó haga el objeto del juego; de modo que todos quedan sujetos a esta rigurosa prohibicion sino los insinuados o los moderados de Naypes vajo las penas declaradas en las leyes de estos Reynos". (91)

Si a las casas de juego asistía especialmente la gente "española", los criados, esclavos o mestizos gustaban de reunirse en las canchas o lugares situados en el bajo del Río (92), donde el juego se convertía en un peligro de graves consecuencias, por las continuas peleas y riñas, y más aún en las horas nocturnas.

También se reglamentó la asistencia a dichos lugares, como vemos a continuación por las órdenes emanadas de Vértiz en 1770:

"Que todas las canchas de juego que ay bajo del Rio, y en otros parajes porque sirven de noche para abrigo de las maldades que se cometen devan precisamente los Dueños de ellas cerrarlas de modo que no se pueda acoger persona alguna, y con la obligacion de vigilar sobre esto amasde aquellos reparos que han de poner para atajar su entrada, y se condena al que se cogiere dentro de ella en qualquiera hora de noche en la pena de cien azotes, siendo negro mulato indio o mestizo, y de dos años de destierro, a las Islas Malvinas siendo Español, duplicados los años de destierro, y al dueño de dicha Cancha, en que por el mismo hecho se le destruirá esta inmediatamente, con apercivimiento de que se ejecutará lo mismo si se averiguase que de ellas resultan Quimeras, ó se permite que se juegue por alguno mas de un real, o al fiado, y asimismo, si conciente que jueguen algunos Esclavos". (93).

También don Francisco de Paula Bucarely prohibiría esas reuniones en lugares apartados, en 1776 (94), y Paula Sanz disponía en 1787 que las Canchas cerrasen al toque de oración y a partir de ese momento toda persona que fuera allí encontrada sería condenada a la cárcel para imponerle la multa correspondiente, así como al dueño del establecimiento. (95).

Además de los esclavos, tampoco se permitía que los locales de juego, casas de trucos, billar o bolos, admitieran a los jóvenes hijos de familia que, como aquéllos, no eran dueños de lo que se jugaban, y así lo ordenaba Arredondo en 1790, añadiendo que en las canchas y demás establecimientos se jugase en días festivos, para que no se entorpeciese el

trabajo (96); eso sí, se advertía que el juego de "diversión" que se llevaba a cabo en las canchas no comenzase, en los días festivos, hasta después de haberse celebrado la misa mayor, bajo la pena de 40 pesos de multa aplicados a la iglesia parroquial. (97).

También en Madrid se regulaban de manera semejante los horarios para el juego, decretándose que éstos no podían tener lugar en horas de trabajo, o sea, desde las seis de la mañana a las doce del día y desde las dos de la tarde hasta las ocho de la noche. (98).

Junto a los juegos de envite, las leyes, como se ha visto, imponían también sus restricciones a los juegos de azar y las rifas, juegos ya prohibidos por las Leyes de Castilla (Leyes IX y XII, Título VII, Libro VIII). Las rifas, se decía ocasionaban también innumerables perjuicios y escándalos entre los aficionados a ellas "pues aun quando llegue a rifarse con legalidad y justificacion la alaja logra el dueño doblar el precio y valor intrínseco" lo que constituía un delito de usura, como afirmaba en 1768 don Francisco Bucarely. (99).

La prohibición afectaba por igual al sorteo de productos comestibles que al de alhajas u otros objetos, y se mantenía aun cuando se dijera que los productos obtenidos irían a parar a alguna obra pía o fin benéfico.

El citado Bucarely trataba la prohibición de la siguiente manera:

"La primera vez las cosas que se rifasen sean perdidas, y mas el precio que se pucieren aplicado todo, por tercias partes, a la Real Camara, Juez y denunciador, que por la segunda incurren en la misma pena, y seran desterrados de esta Ciudad, y de el lugar donde viviereh, por

dos años, y que por la tercera insistiendo la misma pena pecuniaria se agravará el Destierro de estos Dominios por ocho años, todo en conformidad de las citadas leyes, y aunque no es allegable la ignorancia de estas terminantes disposiciones. Con todo como efectivamente puede haver muchos que las ignoren para que llegue a su noticia, y se evite á los contraventores este efugio, publiquense por Vando que se fijará en los parajes acostumbrados."

(100)

Las rifas se incluirían, pues, en el catálogo de juegos prohibidos, de igual modo que en Madrid, donde la Real Provisión sobre juegos dada en 1780 también hacía referencia a que "no se ha de poder jugar a ningun Juego de los no permitidos, prendas, Alhajas u otros qualesquiera Bienes muebles ó raíces... ni otros qualesquiera... que sean de Suerte y Azar". (101).

Pero al igual que en muchas otras cuestiones, tales prácticas no desaparecerían, y en el caso de Buenos Aires se siguen promulgando ordenanzas sobre la prohibición de rifas. Tal es el caso del Gobernador don Diego de Salas quien en 1782 seguía recordando que tales juegos eran ilícitos para toda persona "de qualquier estado calidad y condicion que sea", imponiéndose 25 pesos de multa a todo transgresor, más la pérdida del objeto que se rifase. (102).

& &
&

ORDENANZAS SOBRE LA UTILIZACION DE LA POLVORA:
COHETES Y FUEGOS DE ARTIFICIO.

Capítulo no menos interesante es el que hace referencia a los festejos y celebraciones populares en los que se hacía uso de la pólvora, costumbre tan arraigada en pueblos y ciudades, sobre todo con motivo de las fiestas patronales en incluso particulares, en las que era común el disparo de fuegos de artificio o el encendido de luminarias y hogueras.

A los cohetes de pólvora, castillos y toda clase de fuegos de artificio, preparados por expertos técnicos, a los que tan aficionados eran la mayoría de los pueblos del mundo hispánico, no lo eran menos los ciudadanos bonaerenses, pero todo ello, como es natural, llevaba aparejado un cierto peligro si no se realizaba siguiendo unas normas de mínima seguridad. La misma costumbre de encender hogueras cerca de los templos en las festividades de los Santos patronos constituía, lógicamente, un peligro al que no podía exponerse, por la conducta de los irresponsables, la ciudad.

Sobre el uso de cohetes Carlos III dictaba en la Península disposiciones que regulaban su práctica con el fin de prevenir los abusos. Y por Real Cédula de 15 de octubre de 1771 y Real Orden de 18 de diciembre del mismo año, llega a prohibir los fuegos de artificio:

"...ha acreditado la experiencia los graves inconvenientes y lastimosas resultas que ha ocasionado la abundancia
d

fuegos artificiales que se disparan en la Corte y en las ciudades del Reyno, y de que han dimanado muchos incendios de casas y edificios...he resuelto se guarden y observen con todo rigor las prohibiciones que contienen las citadas leyes, no solamente en la Corte sino es en todas las demás provincias de estos mis Reynos: y mando se publique, observe y guarde la prohibición de la fábrica, venta y uso de fuegos". (103).

Para contrarrestar este uso indiscriminado de la pólvora y el fuego, las autoridades de Buenos Aires también tomaron sus precauciones inmediatas, publicando en bandos las normas que debían observarse en el uso de la pólvora y el disparo de cohetes. Se prohibieron los fuegos artificiales y se reguló el almacenamiento de pólvora en las tiendas. El 22 de julio de 1775 se acordaba en el Cabildo, después de un grave suceso ocurrido en días anteriores en un almacén que contenía pólvora, adoptar las mas severas medidas en cuanto al almacenamiento de la pólvora que se recibía de España para su venta, prohibiendo que ningún tendero, pulpero, vecino o forastero, pudiera tener una carga excesiva de pólvora, y con el fin de evitar cualquier riesgo, el que comerciara con dicho género debía ponerlo en conocimiento de la autoridad para que se almacenase en locales extramuros o bien en los almacenes destinados a ello expresamente. (Cabildo, 22 de julio de 1775, pág. 416. Serie III. Tomo V, Años 1774-1776. Buenos Aires 1928) (104).

En 1784 el Intendente Paula Sanz advertía igualmente (105) que se prohibían también las hogueras de cualquier tipo que fueran, incluso aquellas que bajo el nombre de "luminarias" era costumbre encender en las inmediaciones de los templos durante las fiestas patronales, lo que ya no podría hacerse sin expresa licencia del gobierno, que la concedería en el momento que lo considerase oportuno y guardando todas las precau-

ciones necesarias. Asimismo se prohibía que cualquier vecino usara y disparara cohetes, morteretes u otros preparados con pólvora, actos que serían castigados con 10 pesos de multa que debían pagar al comisario de la cuadra correspondiente, en el acto y a beneficio de las obras públicas. Quedaba también vetado a los artífices o coheteros el vender o preparar los fuegos de artificio sin consentimiento o mandato de la autoridad, imponiéndoseles las mismas sanciones que a los anteriores, en caso de incumplimiento, y siendo mayores las penas -trabajos forzados en las obras públicas- si volvían a cometer la infracción.(106).

Pero el vecindario no parece que estuviese muy dispuesto a obedecer, pues en 1794 seguía quejándose el Virrey Arredondo de la actitud pasiva e inobediente adoptada por los ciudadanos que había dejado inoperantes las normas dictadas sobre la prohibición de cohetes en 3 de abril de 1775, 22 de noviembre de 1784, 1 de marzo de 1779 y 29 de agosto de 1792. Así se expresaba el Virrey y éstas eran las medidas adoptadas bajo su gobierno, tanto para las personas mayores como para los jóvenes que hacían uso y abuso indiscriminado de la pólvora:

"Por tanto ordeno y mando que sin expresa licencia de este superior Gobierno ninguna Persona de qualquier estado calidad ó condicion que fuere con pretexto alguno use, venda ni construya lo que llaman Cuetes boladores, rastreros y otros fuegos artificiales de Polvora con que los niños y algunas otras Personas inconcientemente ó con dañada intencion incomodan y dan motivo á desgracias ó incendios como ya se ha experimentado baxo de las penas á los que contravinieren á lo que va expresado siendo Españoles de doze pesos de multa que se les exigiran irremisiblemente

aplicados la mitad a penas de Camara y lo restante deducidos los gastos de Justicia al fondo del Ampedrado; y siendo de color bajo se destinarán los Varones á trabajar en la obra nueva del Presidio por un mes y las Mujeres á la Recidencia por igual tiempo. Y en el caso de que la corta edad de los trasgresores no permita aplicarles la multa y pena impuestas pagarán los Padres de los de la primera clase la mitad de los referidos doze pesos de multa y los de la segunda siendo libres sufrirán el Castigo enunciado quedando sugetos a las mismas penas los Amos y demás personas á cuyo cargo estén los contraventores segun su Calidad. (107).

Como vemos, una completa y minuciosa ordenación en esta materia, como en otras muchas, que iba enderezada a conformar la convivencia en la ciudad exigiendo comportamientos más civilizados. El celo y vigilancia de estas normas corría a cargo de los Justicias y los Alcaldes de Barrio.

& &
&

SALVAGUARDA DE LA MORAL EN LAS COSTUMBRES Y DIVERSIONES POPULARES. LAS COMEDIAS: NORMAS PARA LAS REPRESENTACIONES TEATRALES EN MADRID EN EL SIGLO XVIII. BUENOS AIRES Y LAS REPRESENTACIONES ESCENICAS: LA CASA DE COMEDIAS.

Si el orden público y el deseo de una armónica y pacífica convivencia ciudadana eran las metas a que aspiraban los gobernantes del Buenos Aires de la Ilustración, la defensa de la moral y de las buenas costumbres formaba parte integrante de aquellas aspiraciones para conseguir una sociedad mas equilibrada y justa.

Los nuevos tiempos traían consigo nuevas costumbres, modas y diversiones a las que el pueblo iría haciéndose cada vez más adicto, y así se irán perfilando renovadores conceptos sobre los modos de comportamiento y normas morales hasta entonces observados. Es lógico que las autoridades civiles y eclesiásticas se ocuparan de aquellos nuevos planteamientos que de forma tan directa venían a incidir en la vida ciudadana.

En más de una ocasión, ciertos sectores del clero lucharon denodadamente contra algunos tipos de diversiones populares: representaciones teatrales y de comedias, bailes, danzas, festejos etc., por mantener que estos esparcimientos, a los que el público se aficionaba cada vez más, estaban atentando contra la moral cristiana y los preceptos de la Iglesia.

Para la autoridad civil y sobre todo en las mentes más ilustradas -tal es el caso de Vértiz- era necesario, en cambio, abrir paso a todo tipo de innovaciones, siempre que éstas no fueran en contra de la moral y del orden público y, a este fin, la autoridad competente se encargaría de velar por que todo tipo de diversiones públicas cumplieran los requisitos exigidos.

En torno a estos dos sectores, la opinión popular se encontraba también, naturalmente, dividida. De un lado, los más progresistas, los influidos por las nuevas corrientes revolucionarias, que no veían con buenos ojos la, en ocasiones, tímida actuación de sus gobernantes, contra quienes dirigían sus críticas, tachándoles de arcaicos; otros, los más conservadores, para quienes un exceso de libertad, de abrir puertas a las nacientes ideas y costumbres, traerían como resultado la corrupción y la relajación de la moral ciudadana.

Se hacía necesario, en estos asuntos relacionados con los festejos y diversiones públicas, que la autoridad los regulase, manteniendo el principio de que en ningún momento pudieran celebrarse actos corruptores de costumbres y atentatorios a la moral católica, como reclamaba la Iglesia.

Un ejemplo claro de la forma en que se dilucidaron los problemas relativos a cierto tipo de diversiones públicas lo encontramos precisamente en las representaciones teatrales. Estas es sabido que fueron objeto, durante mucho tiempo en España, de controvertidas polémicas entre autoridades civiles y religiosas. La creencia de que las representaciones escénicas y de comedias estaban reñidas con la moral, dio lugar a largas discusiones, siendo necesaria la promulgación de Cédulas Reales que aclarasen el panorama, poniendo luz en el asunto, e

intentando convencer a la parte del clero más radical, que las tachaban de pecaminosas, de lo inexacto de sus planteamientos.

No obstante, para las representaciones teatrales se exigieron ciertas normas, como la previa censura. Ya en el siglo XVII empezaron a dictarse Reales Ordenes en las que se establecían los requisitos a cumplir en toda escenificación teatral. Existía, pues, un control, y desde luego no se autorizaría ninguna representación que no reuniese las garantías exigidas y, por supuesto, que no respetase la moral católica.

En la capital de España eran numerosas las disposiciones que regulaban las representaciones de comedias. Estas podemos encontrarlas en las instrucciones promulgadas en la Sala de Consejos por los Alcaldes de Casa y Corte en diferentes años: 1726, 1753, 1766, y en ellas se habla de las condiciones exigidas para que pudiera ponerse en escena una representación teatral; podemos citar algunos puntos fundamentales:

Primero, que a dichas comedias no asistieran personas cuyo comportamiento fuera en cualquier caso sospechoso y no ofreciese garantías de buena conducta, negándose asimismo la entrada a todo individuo embozado o disfrazado. (108).

Segundo, que los cómicos observasen en todo momento el mayor recato y modestia posibles. (109).

Tercero, que tanto el público como los actores se comportaran de una manera cívica, sin palabras soeces o actos indecorosos, para que las comedias se desarrollaran con toda normalidad. (110).

Las Reales Ordenes de Fernando VI en noviembre de 1753 y Carlos III en 8 de abril de 1763 y 11 de diciembre de 1786, aludían a la forma en que las comedias debían representarse

insistiendo todas estas disposiciones en los mismos puntos: evitar toda clase de alborotos y desórdenes públicos, no permitir a los asistentes encender cigarros de tabaco ni de pipa, no hablar durante las representaciones, no permitir la entrada a personas disfrazadas o embozadas, y guardar en todo momento el horario de comienzo, el cual sería a las cuatro en punto de la tarde, desde Pascua de Resurrección hasta el último día de septiembre, y a las dos y media desde 1º de octubre hasta Carnestolendas. (111).

¿Cuándo tienen lugar en Buenos Aires las primeras representaciones teatrales? Según afirma Torre Revello, ya antes del siglo XVIII no eran desconocidas ciertas representaciones escénicas llevadas a cabo por los alumnos de la Compañía de Jesús. En cuanto a la primera noticia que se tiene de haberse efectuado una representación de comedias, consta en un acta del Cabildo de 1723 en la que se recoge la realización de un pago por "gastos de comedias" para celebrar la boda de los príncipes (112).

Torre Revello habla asimismo de representaciones teatrales organizadas en la ciudad, unas con motivo de la coronación de Fernando VI, en 1747, fecha en que se representaron "La vida es sueño" y "Las armas de la hermosura", de Calderón de la Barca, y "Lo primero es la honra" de Agustín Moreto Cabaña. Las otras tuvieron lugar en 1760 al subir al trono Carlos III, representándose "El segundo Scipión" de Calderón de la Barca. (113).

Pero por estas fechas aún no se había puesto en marcha la iniciativa de crear en Buenos Aires un teatro estable donde pudieran darse con más frecuencia las representaciones. El impulso se debió a Vértiz y a Francisco Velarde, convirtiéndose este último en el primer empresario teatral. Se logró que

la ciudad contase en 1783 con un Corral de Comedias cuya ubicación era, como reza el acta del Cabildo, en el "galpon firme construido en el Patio de la ranchería" (114), un edificio que había servido de almacén a los jesuitas y en el que se habían efectuado también algunos bailes de máscaras entre 1771 y 1772.

La decisión de Vértiz de crear una casa de Comedias fue debida a varios motivos, entre ellos el de obtener rentas para el sostenimiento de la casa de expósitos, aparte, claro está, de ofrecer al vecindario un nuevo tipo de diversión que en nada, como afirmaba el propio Virrey, estaba en desacuerdo con la moral pública:

"Y he admitido también después de varias consultas la representazion y Teatro publico por el arrendamiento annual de dos mil pesos en beneficio de los mismos Expositos, pero cuidando atentamente de que se purifique de quantos defectos puedan corromper la Juventud, ó Servir de escandalo al Pueblo que se revisen antes las Comedias, y se quite de éllas toda expresion inhonesta, ó qualquiera pasaje que pueda mirarse con este aspecto; y teniendo dadas las mas estrechas providencias, para que alli no haya el menor desorden, sobre que celan el Señor Intendente General y los Oficiales Militares destinados, aún yo asistia para certificarme del cumplimiento y precauciones con que debian obrar todos, dirigidos al mismo fin." (115).

Y es más, según el pensamiento de nuestro político ilustrado, las representaciones teatrales constituían una fuente de cultura necesaria para la sociedad, y no existía en ellas ningún peligro si se observaban las reglas previstas:

"Y a la verdad que assi acrisolado el Teatro no solo le conceptuan muchos Politicos por una de las mejores

Escuelas para las costumbres, para el Idioma, y para la urbanidad general, sino que és conveniente en ésta Ciudad, que carece de otras diversiones públicas." (116).

Pero también en Buenos Aires hubo quienes pusieron el grito en el cielo con motivo de las representaciones teatrales, como fue el caso del fraile Casimiro Ibarrola que en 1783 amenazaba con la excomunión tanto a actores como al público que asistía a las representaciones de comedias; aunque éstos eran casos aislados que no afectaban, naturalmente, a todo el clero (117), y el propio Virrey hizo ver cómo estas manifestaciones iban incluso en contra de la autoridad papal que había permitido aquéllas (Benedicto XIII, en bula de 17 de marzo de 1729), y las órdenes del rey y de los propios obispos y preladados que las habían autorizado siempre que se observasen las normas establecidas. (118).

Contó, pues, Buenos Aires, lo mismo que otras ciudades, con un ordenamiento para estas representaciones. En 22 de agosto de 1783, el Alcalde de primer voto exponía en la reunión del Cabildo de ese día haber recibido un informe del Virrey sobre si era conveniente o no el establecimiento de una casa de Comedias, y el 17 de septiembre del mismo año se respondía a éste que dicho establecimiento podría realizarse siempre y cuando se mantuvieran unas ciertas normas morales:

"Y que qualesquiera representacion sea de la naturaleza que fuese, no se exponga a el Publico sin sugetarse primeramente, a la Sensura, por que a la Verdad, ay algunas que retratan con tan Vibos Colores los Sentimientos del Corazon corrompido, que hacen estrago, y relajan las costumbres". (119).

Se decía también que para las representaciones teatrales podrían tomarse como modelo las "veinticinco precauciones" que se tomaban en Madrid, instrucciones que fueron ya dadas

por Fernando VI y que se hallaban contenidas en el tomo tercero de la Doctrina del Padre Calatayud, al que se agregaban otras órdenes reales dictadas para los locales de comedias, asunto al que también hacía referencia Martínez en su Librería: "Tomo Quarto, Letra Comedias". (120).

El mismo año de la creación de la Casa de Comedias se da el 6 de octubre una instrucción (121) con los puntos fundamentales que, según se decía, iban en beneficio de los concurrentes, de los actores y del buen orden, en general, del espectáculo. En ella se habla de la obligación de los empresarios de poner a disposición de la autoridad competente, y antes de los ensayos, el sainete, entremés o tonadilla, con el fin de ser revisado y purgado de todo aquellos "repugnante á las buenas costumbres, ó de mal exemplo á los concurrentes, ya porque haya pasajes poco honestos, ó proposiciones contrarias a las maximas Christianas, ó de Gobierno y se representen depuradas de cualquier vicio que puedan tener, y esto aunque se hallen impresas con las licencias necesarias" . (122).

De las normas contenidas en la instrucción podemos destacar las siguientes:

- Todos los cómicos de ambos sexos deben poner especial cuidado en no producir el menor escándalo, malicia, deshonestidad, indecencia, etc., cuya contravención sería castigada con multas a beneficio de los niños expósitos. Tampoco se permitía a las cómicas usar trajes de hombre (hecho considerado inmoral), permitiéndoseles, a lo más, de medio cuerpo para arriba; y, por supuesto, separación de vestuarios.

- Separación de sexos entre los concurrentes, exceptuándose en los palcos, a los que acudirán las mujeres en traje que no sea de mantilla o rebozo o cabeza cubierta, y en cuanto a los hombres podrán ir con casaca y vestidos, se dice, en forma "decente".

- Prohibición de entrar con sombreros, de llevar niños de corta edad; prohibición de fumar, de gritar o hablar los hombres con las mujeres desde el patio a la cazuela o viceversa.

- Se dan también reglas de precaución para los casos de incendio, o para la picaresca de los que entran sin pagar, así como se previene que ha de observarse un riguroso orden en los coches que acuden al teatro, colocándose según el turno de su llegada.

- Por último se dan instrucciones a los Alcaldes Ordinarios quienes debían presidir desde el palco la actuación, siendo los responsables del buen orden y comportamiento público general. (123).

La vida del Teatro de la Ranchería no fue muy larga. En 1790 un voraz incendio, provocado por un fuego de artificio, lo destruyó, y como afirma el doctor Juan M. Gutiérrez en su "Memoria de Vértiz" -citado por Wilde-, su desaparición fue del agrado de ciertas personas que veían en él una fuente de corrupción. (124). La construcción de un nuevo teatro no tendría lugar hasta principios del siglo XIX, existiendo primero uno provisional hasta que se pudo levantar el nuevo Coliseo de Comedias. (125).

& & &

BAILES Y REUNIONES DE SOCIEDAD.- PROHIBICION DE LOS
FANDANGOS Y LOS BAILES DE TAMBO.- PRESCRIPCIONES SO-
BRE LOS BAILES DE MASCARAS.

Los bonaerenses gustaban -creemos que como todos los pueblos del mundo- de celebrar reuniones, bien populares o parti-

culares, en los que el baile y la música, a que tan aficionados eran, constituían un motivo para el esparcimiento y la diversión. En las casas particulares, los bautizos, las bodas, los motivos de alegría y regocijo, se celebraban con fiestas y saraos.

Para festejar los acontecimientos de primera magnitud de carácter público, como bodas reales, exaltación al trono, nacimiento de príncipes, solían organizarse en la ciudad, como en España y en todas las Indias, bailes populares y de máscaras. En la festividad del Corpus, de tanta tradición en América y en España, era costumbre que grupos de danzantes acompañaran a la procesión en todo su recorrido.

Todas las conmemoraciones eran oportunas para que el pueblo las festejase con bailes y danzas. Pero al igual que lo hiciera con otras diversiones de carácter público, la autoridad eclesiástica mantuvo sus puntos de vista sobre los bailes, adoptando en ocasiones posturas intransigentes acerca del modo cómo el pueblo gustaba de expansionarse. El 3 de julio de 1746, el Obispo de Buenos Aires fray José de Peralta Barnuevo y Rocha advirtió de lo pecaminoso de los bailes que con motivo de algún festejo solían realizarse en las casas particulares, prohibiéndolos bajo pena de excomunión, de donde nació una famosa polémica entre la autoridad eclesiástica que prohibía los bailes y el Cabildo que pretendía legalizarlos (126) siempre que se ajustasen a las normas morales determinadas.

El pleito, que duraría hasta 1753, terminó con acuerdo entre ambas partes, decretándose que podría levantarse la pena de excomunión y manteniendo sólo la prohibición para los llamados bailes de fandango. Las disposiciones posteriores no hablaron ya de prohibir los bailes, sino de permitirlos siempre que se celebrasen dentro de las casas, a unas horas determinadas y nunca pasando del toque de oración, castigándose con multas

a los infractores.

En el siglo XVIII tienen especial profusión los bailes en casas particulares. Los más conocidos eran los minuets y la contradanza, dentro de la cual se incluían la zarabanda, el puertorrico, la valona, la chacón, etc., y algunos de ellos fueron puestos de moda por los Borbones, según cita Furlong. (127).

En cuanto al minué, tuvo gran aceptación en el Río de la Plata, existiendo tres variantes: "el minué liso, el ceremonioso y el aristocrático". Junto a estos bailes de salón existía una larga variedad de danzas criollas, algunas de las cuales pudieran derivarse de las seguidillas. Torre Revello cita como las más comunes el gato, el triunfo, el pericón, el cielo, la chacarera, la huella, la firmeza, la cueca, la media caña, el cuando, la zamba, y algunas que llegaron a olvidarse, como las tiranas y el prado. (128).

A lo largo del siglo no volveremos a encontrar oposición a que se celebren saraos, fiestas y bailes en casas particulares, pero sí cuando éstos se convertían en algo más que una fiesta bulliciosa, degenerando en algaradas o reuniones poco honestas, como las que se organizaban en casas alquiladas expresamente para ello y que por lo general eran escogidas en los arrabales o lugares más apartados, para celebrar allí los conocidos "fandangos" o cualquier otro baile de dudosa moralidad. Estas reuniones terminaban casi siempre en peleas y alborotos, a los que colaboraban en gran medida las bebidas alcohólicas, ocasionando incluso víctimas. Por ello se llegaron a prohibir los "fandangos" y este tipo de reuniones.

El propio Vértiz hacía alusión en 1770 a estas celebraciones populares, refiriéndose a los muchos inconvenientes que ofrecían, a la vez que constituían un atentado a la moral y a la dignidad humanas, por lo que se castigaba con penas de dos años a las obras del Rey en las Islas Malvinas a cualquier español que se aprehendiese en aquellos lugares, y con 200 azo-

tes si fuere mestizo, mulato, negro o indio. (129).

Recordemos que la prohibición de ciertos bailes considerados indecorosos por la autoridad, era un hecho común en los años a que nos referimos, y así volvemos a encontrar en la corte de Madrid normas sobre la prohibición de bailes a deshora, los cantos y músicas que contuvieran palabras o acciones poco honestas. Un bando de Carlos IV, dado en Madrid el 11 de agosto de 1789, se expresaba en estos términos:

"...que ninguna persona de qualquier estado clase y condicion que sea, forme bayles en el paseo del Prado por la noche; cuya prohibicion absoluta se entienda también en las eras en el campo, y en qualquier otro paseo, baxo la pena á los músicos de diez ducados y quince dias de Carcel, y á los que baylasen, de que se procederá contra sus personas, atendida la calidad, clase y circunstancias de cada uno. Asi mismo se manda que las músicas de instrumentos y voces, que juntan por las noches en dicho paseo del Prado, cesen precisamente desde las doce en adelante procurando que en los cantares y coplas, que en el tiempo permitido se cantasen, no haya palabras deshonestas, ni conceptos equívocos que ofendan el pudor y moderacion de los espectadores." (130).

También en Madrid correspondía al Gobernador del Consejo, a través de los Alcaldes de Cuartel, procurar evitar que en las reuniones y bailes en casas particulares se provocasen situaciones deshonestas, prohibiéndose algunos bailes realizados por los danzantes, como los del "desmayo", que se tenían por inmorales. Tales disposiciones tenían lugar a fines de siglo, en 1793. (131).

En Buenos Aires, la defensa de la moral pública determinó igualmente la prohibición de los bailes de origen africano que solían practicar los negros al ritmo del tambor, quienes seguían aferrados, en parte, a sus ritos ancestrales, y que realizaban en zonas apartadas de la ciudad o en los bajos del río, agrupándose en comunidades o "naciones", siendo las más conocidas las llamadas "candonibes " y "tambos".

Estos bailes iban siendo frecuentados por mayor número de personas, y al ser considerados por las autoridades como ritmos indecentes, se intentó, en varias ocasiones, suprimirlos. Don Pedro de Cevallos ordenaba en 1766 a los Alcaldes de la Hermandad que fuesen prohibidos totalmente los bailes que los negros, mulatos o indios realizaban en lugares próximos al río o en zonas apartadas de la ciudad. (132).

Dies años más tarde, el Gobernador Don Francisco de Paula Bucarely volvió sobre el tema, manteniendo la prohibición: "...que no se permitan los bayles indecentes que acostumbran tener los Negros, ni juntas de ellos ni con mulatos, indios ni mestizos". (133).

Tampoco pasaron inadvertidos para Concolorcorvo estos bailes de los negros, a los que calificaba de bárbaros y groseros, reduciéndose sus danzas "a menear la barriga y las caderas con mucha deshonestidad, á que acompañan con gestos ridículos, y que traen a la imaginacion la fiesta que hacen al diablo los brujos en sus sábados..." (134).

A pesar de todo, los negros insistieron en varias ocasiones para que las autoridades consintieran en la celebración de dichos bailes, levantando la prohibición que sobre ellos pesaba por considerarlos obscenos y atentatorios a la moral. Pero la autoridad no tomó en consideración estas reclamaciones. De 23 de diciembre de 1789 data una petición hecha al Virrey por los negros Agustín Borja y Sebastián Pellizar, quienes en nombre de los negros de la "nación Cambunda", solicitaban la aprobación

de los bailes públicos que solían realizar en los días de fiesta en un lugar despoblado, cerca de la Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat. (135). La petición fue estudiada por el Cabildo quien, haciendo referencia a otros informes que sobre el mismo particular se habían redactado el año anterior, insistía ante el Virrey para que no aprobase las peticiones de los negros:

"...por lo obscuro del bayle de los tambos, y las perniciosas consecuencias que acarrea se digne Su Superioridad prohibirlo totalmente imponiendo á los transgresores las penas que S.E. tubiese por convenientes". (136)

Pero es obvio que tales prácticas no cesaron, por más que la autoridad pusiera su veto. En 1790 el Virrey Arredondo mencionaba, de nuevo, la prohibición:

"Assi mismo prohibo los bayles que con el nombre de tambo usan los negros, en que se relajan y distraen del servicio de sus amos para entregarse a una diversion que envuelve acciones y movimientos indecentes, y cantares obscenos con gravamen de las conciencias de unos y otros.". (137).

No menos raigambre y difusión, al igual que en España, tendrían en América los bailes de máscaras, disfraces o mascaradas, que se celebraban en época de Carnaval o con motivo de algunos acontecimientos, organizándose festejos en los que el bullicio y las bromas constitufan sus principales características.

Las máscaras fueron origen de controversias, prohibidas en ocasiones, toleradas en otras. Así, por ejemplo, En España las máscaras serían prohibidas en pleno siglo XVI, y según Caro Baroja, en 1523, con Carlos I, se promulgó a petición de

las Cortes, una ley que prohibía las máscaras y los enmascarados, pero sin resultados favorables (138). En cuanto a las prohibiciones de realizar burlas, cometer injurias y robos, o arrojar objetos (huevos, agua, harina, etc.) sobre las personas, y otros actos de este tipo que se llevaban a cabo en los días de Carnaval, señala Caro Baroja la multitud de ocasiones en que se pronuncia contra ello la Sala del Consejo de Alcaldes de Casa y Corte, en el siglo XVI (1586, 1599) y en el XVII (1606, 1608, 1612, 1613, 1624, 1626, 1629, etc.), afirmando encontrar en el siglo XVIII hasta cuarenta prohibiciones, desde 1721 a 1773. (139).

En 1755 (31 de enero) se acordaba en la Sala de Alcaldes de Casa y Corte la prohibición de arrojar cualquier cosa ni en las calles ni en los locales públicos de la ciudad:

"...ninguna persona sea osada a tirar assi en las Calles de ella como en sus Corrales de Comedias, huebos llenos de Agua, Arina, Lodo, estera, ni otra cosa alguna y que no echen mayas a las Jentes ni a los Perros pena al que lo contrario hiziere de que sera Castigado con todo rigor". (140).

Pero tales prácticas no cesaron nunca en todos estos años.

¿Qué sucedía en relación con este tema en Buenos Aires?

Allí la costumbre de los bailes de disfraces, las máscaras y el carnaval en sí, estaba tan arraigada como en los demás pueblos de América y en los reinos peninsulares. Cuando Carlos III restauró los bailes de máscaras, se dio a éstos rienda suelta en Buenos Aires, y fue Vértiz quien permitió que pudieran efectuarse en la Ranchería, lugar que posteriormente sería destinado a teatro. En aquel local se celebraron entre 1771, 1772 y 1773, famosos y espléndidos bailes de máscaras, pero, una vez más, el clero condenó, como lo hiciera con los bailes

particulares o con la representación de comedias, este tipo de diversiones, encargándose en esta ocasión de la denuncia un fraile llamado José de Acosta. Inmediatamente se produjo la reacción del Virrey, alegando que en los bailes no existía nada que fuese contra la moral cristiana; pero tales acontecimientos ocurrían cuando en la Corte se habían vuelto a restringir las mascaradas por los abusos de los últimos años, y aunque el Virrey dio cuenta de lo ocurrido en Buenos Aires con la denuncia del fraile Acosta, el Consejo de Indias recordó que nunca se había dado licencia para celebrar bailes de máscaras allí y que, por otra parte, éstos habían sido prohibidos en la Corte. (141).

Así terminaron los famosos bailes de la Ranchería, aunque no desaparecieron en las reuniones particulares, como tampoco desaparecerían en Buenos Aires las temidas bromas de Carnaval, como arrojar objetos a los viandantes y relatar chascarrillos de mal gusto, llegando hasta el insulto y la injuria.

PASQUINES, SATIRAS Y LIBELOS

Especialmente a partir del siglo XVIII se desarrolló, tanto en España como en América, toda una literatura circulante de coplas, versos, escritos, por supuesto la mayoría de carácter anónimo, que casi siempre eran "panfletos" burlescos y difamatorios en los que se trataba de poner en solfa el comportamiento de algunos ciudadanos de relieve y personajes conocidos, ridiculizando sus conductas, costumbres, actuaciones y defectos, tanto en la vida pública como en la privada. Las autoridades no se salvaron de estas sátiras ni de los anónimos inju-

riosos, hechos que, como afirma Antonio Pillado, no eran sino el desahogo de los oprimidos e impotentes. (142)

En la Pnínsula la prohibición de estos escritos ya se recogía en las Partidas (Ley III, Título IX, Partida VII), pero a lo largo del siglo XVIII se necesitaron nuevas medidas para combatir su notable incremento y abuso. En 1728 se sancionaba q todo aquel que distribuyese papeles, pasquines de carácter satírico (143), y en 1739 se dicta una orden por la que los cabos de media noche tienen la misión de reconocer cuantos pasquines fueran colocados en la vía pública, para dar cuenta de ello a la Sala de Alcaldes. (144).

Por Auto acordado del Consejo de 14 de abril de 1766, reiterado por Carlos IV en 1804, se prohíbe la confección de sátiras, manifiestos, versos y pasquines, destinados casi siempre a zaherir con el insulto o la injuria a personas de cualquier condición o calidad, escritos por individuos sin otro menester en que ocuparse que el de incitar a la burla, a la calumnia y, en algunos casos, a la sedición, comprometiendo con ello a sus conciudadanos:

"...pues el que tuviera agravio particular que proponer debe acudir a los Tribunales o superiores legítimos, y si tuviere propuestas útiles al Público, hacerlas presentes donde toque paladinamente, y sin ocasionar irritación de ánimos". (145)

Así se expresaba el Auto acordado, añadiendo la imposición de penas a todo aquel que escribiera, compusiera o leyera en público semejantes papeles. (146)

Otra Real Cédula de 10 de septiembre de 1791 clamaba contra los "panfletos" de carácter revolucionario o sedicioso y prohibía su introducción en los reinos. (147).

Pero las prohibiciones no bastaron para impedir que el

pasquín, fuera cual fuera su modalidad, tuviera gran difusión no sólo en España, sino en América. En ésta, como señala Furlong, empezaron a conocerse los pasquines de carácter político en el Alto Perú, a raíz de la sublevación de Tupac Amaru, pero hubo un mayor auge de los pasquines de carácter social. (148).

En el caso concreto del Río de la Plata los pasquines comenzaron a preocupar seriamente a las autoridades sobre todo a mediados del siglo XVIII. Los había de todo tipo: burlescos, humorísticos, satíricos, no faltando tampoco los de carácter político que, como señala Hjalmar Edmundo Gammalson, tenían un marcado matiz revolucionario. (149).

Entre 1768 y 1769 tuvo lugar, según la referencia de Antonio Pillado, la incoación de un expediente para averiguar la posible implicación de Miguel de Rocha en la redacción de un libelo contra la autoridad real en Uruguay; en 1776 se fecha otro libelo en el que se critica duramente la actuación de Cevallos y de los jesuitas entre la población guaraní. (150).

Pero quizá, entre los que proporcionaran mayores quebraderos de cabeza a los gobernantes y concretamente a Vértiz, podamos citar dos anónimos encontrados en 1779, uno en el que no salían muy bien parados el Intendente don Manuel Ignacio Fernández y el contador don Francisco Cabrera, sin que se lograra averiguar quién fue el autor; y otro, aparecido cinco meses más tarde, en el que se ridiculizaba a personajes muy conocidos en la sociedad bonaerense, muchos de los cuales relacionados con cargos públicos y de gobierno. Inmediatamente Vértiz ordenó la investigación, y en auto de 23 de agosto encargaba de ella al Ayudante Mayor de la plaza don José Borrás y a don José Zenzano; se llegó incluso al estudio de la letra, pero la compulsión resultó fallida, y como el manuscrito había sido encontrado, según las informaciones de los llamados a declarar, en casa de los hermanos Escalada,

durante una tertulia allí celebrada, se culpó como presunto autor a uno de los contertulios, el abogado Carrancio (151).

Pero ni Vértiz ni sus sucesores pudieron, en fin de cuentas, acabar con la difusión de esos escritos, como era de esperar. A finales de siglo, en 1790, el Virrey don Nicolás Antonio de Arredondo seguía exhortando en un llamamiento a todos los ciudadanos para que no permitiesen la difusión de pasquines sediciosos o insultantes, recordando que:

"...es gravemente ofensivo a las leyes divinas y humanas escribir, trasladar o distribuir directa o indirectamente Pasquines, Satiras, Versos, y otros papeles sediciosos o infamatorios en comun.o acia persona determinada, penas establecidas por las leyes a qualquier persona que sea autor". (152).

LA PRACTICA DE LOS BAÑOS EN EL RIO Y LA DECENCIA PUBLICA.

Una de las costumbres que irían extendiéndose cada vez con mayor agrado en el Buenos Aires del XVIII era la de acudir los ciudadanos al río, sobre todo en los calurosos días de estío, para refrescarse en sus aguas y tomar los baños salutíferos, de los que se empezó entonces a hacer propaganda con buenos resultados.

Pero como la moralidad imperante en la época era tema de especial delizadeza, había que atenerse a ciertas normas exigidas por la "decencia" y moral públicas, si se quería gozar de la satisfacción del baño. Por ello, al propio Vértiz se la ha tachado de mojigato, frente al carácter liberal y progresista que en otros asuntos tuvo, por haber prohibido el baño en el río a ciertas horas del día (153). Bien es verdad que estos jui-

cios son muy simples, emitidos cómodamente desde el punto de vista de nuestro tiempo, superadas ya muchas cosas; pero hay que situarse en aquella época, sentirse rodeado de aquellas circunstancias, ambiente, modos de vida, para comprender que en aquel momento todo tenía que discurrir por el cauce marcado por las costumbres, que sólo poco a poco irían modificándose a lo largo del acontecer histórico.

Los baños, pues, se permitieron, pero siempre que no fuesen motivo de inmoralidad ni escándalo público. El hecho es que al río acudían a bañarse hombres y mujeres, lo que en la mentalidad de la época se consideraba indecente, peligroso y condenable: "la mezcla de ambos sexos en los Baños del Río", por ser de "malas consecuencias que resultan de ella en grave ofensa de Dios y perjuicio de la Republica" . (154).

Por eso se obligaba a todos los que quisieran disfrutar de los baños que guardaran la más estricta separación entre mujeres y hombres. Y en las épocas en que la presencia del calor hacía apetecible el refrescante chapuzón, se establecía el lugar en que debían efectuarse los baños, el horario, y el sitio destinado a cada uno de los grupos de bañistas: hombres y mujeres.

En 5 de diciembre de 1772, Vértiz "deseando precaver tan enormes excesos" en la confusión de hombres y mujeres en los baños del río, establecía las zonas adjudicadas a ambos sexos, en la siguiente forma:

"...para las mugeres desde la esquina del Asiento, o bajada de Santo Domingo, hasta la Vajada del Convento de la Merced, distancia proporcionada para que todas puedan sin incomodidad verificarlo; y para los hombres se señala el espacio que corre desde la Vajada que está a la espalda del Convento de Santo Domingo hasta la Residencia, por la

parte del Sur, y por la parte del Norte desde la Vajada que cae por detras del Convento de la Merced hasta las Cathalinas quedando en medio de unas y otras distancias quando menos la de una quadra de intermedio en los respectivos puntos que cierran el vaño de la mugeres."(155).

En estas disposiciones se preveía también la intervención de la picaresca y las trampas: acercarse curiosamente los hombres a los baños de las mujeres o viceversa, con el pretexto de tomar el fresco, de acompañar al hijo, al marido, a la madre o a la parienta. Pero la infracción de las normas dadas se castigaba duramente, lo mismo que al que se encontrase con traje diferente a "su sexo", con un año de prisión y 100 pesos de multa para el español, o 200 azotes y 3 años de Barranca a los indios, mestizos, mulatos, y negros, y si fuese india, mestiza o negra, 200 azotes y 3 años en la Reducción (156). Como se ve, penas absolutamente desproporcionadas.

Por el mismo motivo se implantó la obligación de que todos los baños se efectuasen en horas nocturnas, para evitar los espectáculos deshonestos, cosa que no era nueva ni desconocida tampoco en la Península, pues concretamente en Madrid existía una prohibición desde 1604 de efectuar los baños en determinadas zonas del río a la luz del día (157), de la misma manera que en 1763 se prohibía a los madrileños bañarse en las fuentes del Prado (158).

En Buenos Aires se encargó a los comisionados que adoptasen las debidas diligencias para evitar que ninguna persona se bañase con las luces del día, imponiéndose a los transgresores las penas acostumbradas e incluso, hecho curioso, se mandaba que a los bañistas inobedientes se les apresaran sus ropas. Las órdenes eran tajantes:

"...declarándose asi mismo que para los expresados vaños se señala por tiempo preciso desde las horaciones hasta las once de la noche y por la madrugada hasta el toque de la

Diana hora en que se puedan distinguir los bultos prohibiendo que pasadas estas ninguna Persona del estado calidad o sexo que fuere se valie por evitar desonestidades que causarían las luces del dia claro". (159).

En 1790 se insistía en que se guardase la más completa decencia a la hora del baño. Arredondo proponía que nadie lo hiciera en los lugares próximos al paseo del bajo del río en pleno día y que nadie incumpliese las órdenes de separación entre hombres y mujeres. Sin embargo, las sanciones se habían suavizado considerablemente: 6 pesos de multa a las personas de "distinción" de ambos sexos y un mes de arresto a las restantes. (160).

También fue tomándose en consideración la seguridad de los bañistas, dado el número de víctimas que se producían, especialmente por la existencia de hoyos o pozos en el río. Un acuerdo del Cabildo de 19 de enero de 1729 hacía referencia al número de personas que se ahogaban en determinadas zonas del río, y señalaba como lugar más peligroso la zona de la orilla situada frente a la cancha de don Alfonso Sotou y el Molino del Diablo o del Zurubi, y para poner remedio a tal situación se tomó la medida de tapar los hoyos o pozos.

& &
&

N O T A S

=====

1.- En la circular del Marqués de Sonora se expresa la voluntad real de que se observe la referida ley, de la cual se dice que "no está derogada, ni modificada en ninguna de sus partes", con el fin de evitar que se introdujeran en las embarcaciones armas de fuego u otro tipo de armas ofensivas.

Circular del Marqués de Sonora al Presidente de la Casa de Contratación de Cádiz y Jueces de Arribadas de los puertos de España y Administradores de Aduanas, prohibiéndose embarquen armas a América como escopetas o pistolas.- Aranjuez, 6 de mayo de 1787.- Col. Mata Linares.- Tomo CXIII.- Fol. 424.

2.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que las tropas de carretas que salen de la ciudad para el Perú y Chile lleven las armas convenientes, y los vecinos tengan las suyas.- Buenos Aires, 24 de julio de 1749.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 64.

3.- Andonaegui hacía referencia a la Ley XIX, Título IV de la Recopilación de Indias, por la que se obliga a las poblaciones a disponer de armas para su defensa.

Bando de Andonaegui sobre armas para casos de necesidad y defensa.- Buenos Aires 22 de agosto de 1753.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 87.

4.- Bando del Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas contra los que traen armas prohibidas.- Buenos Aires 7 de julio de 1745. Col. Mata Linares.- Tomo II. Fol. 40.

5.- Bandos de don José de Andonaegui sobre armas prohibidas de 6 de diciembre de 1745 (Tomo II, fol. 41-43); 8 de agosto de 1746 (Tomo II, fols. 45-46); 8 de mayo de 1753 (Tomo II, fol. 81); y 9 de junio de 1755 (Tomo II, fol. 99), en la Col. Mata Linares.

6.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, contra los que usan, venden o fabrican armas prohibidas, horario de tiendas, juegos, carretas. - Buenos Aires, 18 de noviembre de 1756.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fols. 107-108.

7.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, prohibiendo el uso de armas vedadas, no se compren esclavos a criados, sólo a los dueños, los pulperos no vendan armas, vino y aguardiente a los indios.- Buenos Aires, 14 de abril de 1763.- Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fols. 154-155.

8.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely sobre armas vedadas, prohibición de juegos en las pulperías, etc. - Buenos Aires, 18 de agosto de 1766.- Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fol. 171-173.

9.- Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre armas prohibidas, no se ande a caballo por la noche, faroles, ganados, etc.- Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770.- Col. Mata Linares.- Fol. 192.

10.- Bando general de don Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey del Río de la Plata.- Buenos Aires, 1 de marzo de 1790.- Col. Mata Linares.- Fol. 415 v.

11.- Bando sobre uso de armas.- Archivo Histórico Nacional.- Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1781.- Fol. 498.

12.- Bando de don Pedro de Cevallos de 18 de noviembre de 1756.- Op. cit. fol. 107.

13.- Bando general de don Nicolás Antonio de Arredondo de 1 de marzo de 1790.- Op. cit. , fol. 415 v.

14.- Sólo se permite el uso de armas blancas y de pistolas de arzón, pues así estaba regulado, según se decía, por Reales Pragmáticas de 1761, y su uso estaba destinado a los caballeros nobles e hijosdalgo, pero únicamente en el caso de que fueran a caballo y no cuando fueran en mulas, machos o carruajes; prohibiendo también a éstos el uso de pistolas de cinto, charpa o faldriquera.

Bando sobre uso de armas.- Archivo Histórico Nacional.- Op. cit. Año 1781.- Fol. 498.

15.- Sobre que los Alcaldes despachen las causas y no se detengan los reos en la cárcel.- Don Francisco Rodrigo de Viola, Alguacil Mayor del Santo Oficio y Alcalde Ordinario de primer voto y don Josef Iturriaga , Alcalde de segundo voto.- Buenos Aires, 7 de mayo de 1760.- Col. Mata Linares.- Tomo II. Fol. 116.

16.- Bando de don José de Vértiz sobre armas prohibidas, no se ande a caballo por la noche, faroles, etc.- Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770.- Op. cit. Fol. 192 v.

17.- Ibídem, fols. 193 y 193 v.

18.- Apuntes Mata Linares sobre uso de armas prohibidas, embriaguez y homicidios en Buenos Aires y Méjico, 1806.- Mata Linares.- Original.- Tomo LXXVII.- Fols. 661 y 663.

19.- Este castigo al indio Clemente Marín fue dictado por don Diego de Salas en 1763, por habérsele aprehendido con una de las armas prohibidas - "media espada", se dice textualmente- resolviéndose que sin la menor dilación se ejecutase el castigo que estaba prescrito por la ley, esto es, 200 azotes por las calles y 4 años de destierro y trabajos forzados en la Real Fortaleza.-

Don Diego de Salas: Ejecución del castigo por uso de armas.- 15 de abril de 1763.- Col. Mata Linares.- Tomo Fols. 156 y 156 v.

20.- La disposición de don Domingo Ortiz de Rozas, de prohibir la venta o intercambio de armas, se dictó por haber tenido conocimiento de la llegada de 200 "indios serranos de paz", procedentes del pago de Luján, entablando relación con los vecinos que les compraban sus artículos -ponchos, plumas, etc.- o los permutaban por vinos, aguardientes y armas.

Bando del Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, ordenando que cuando los indios vengan a la ciudad a vender sus ponchos no se les entregue a cambio vinos, aguardientes y armas. Buenos Aires, 10 de julio de 1744.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 27.

21.- Bando de don José de Andonaegui, de 6 de diciembre de 1745.- Op. cit. Fol. 42.

22.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, prohibiendo el uso de armas vedadas, los pulperos no vendan vino, aguardiente ni armas a los indios, etc.- 14 de abril de 1763.- Op. cit. Fol. 155.

23.- Acuerdo del Cabildo de 5 de mayo de 1760.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo II.- Años 1756-61. Pág. 499.- Buenos Aires, 1927.

24.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, contra los que usan, venden o fabrican armas prohibidas, horario de tiendas, juegos, tiempo de siegas.- Buenos Aires, 18 de noviembre de 1756.- Col. Mata Linates.- Tomo II. 2 fols. 107-108.

25.- Vértiz advertía a los dueños de las "ataonas" que, si se encontraban o permitían sospechosos en su interior, pagarían una multa equivalente al valor de la tahona, e incluso -añadía- si ésta no fuese de gran necesidad para el público, podía ser destruida por no guardar las normas legales establecidas.

Bando de don José de Vértiz, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre armas prohibidas, no se ande de noche, faroles, ganados, etc.- Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770. Col. Mata Linares. Copia.- 7 fols. 192 a 198.- Tomo II. Fols. 195 v. y 196.

26.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre composición de calles, comisarios de barrio, aguateros, limpieza, pulperos.- Buenos Aires, 3 de noviembre de 1776.- Col. Mata Linares. Copia. 7 fols. 179 a 185.- Tomo II. Fol. 184.

27.- "Que desde el día de esta Publicacion en adelante y hasta nueva disposicion de este gobierno, todos los vezinos y moradores de esta Ciudad desde las diez de la noche hasta el día, cierren las Puertas de sus Casas, y especialmente las de las tiendas, Pulperias, Tendejones, Boticas, y oficios mecánicos, y Artesanos, procurando vivir con quietud y recogimiento en dichas sus Casas, y sin que en ellas haiga vailles ni fandangos, sino hasta la expresada hora de las diez de la noche, y esto en lo que sea lícito y permitido y no más..."

Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre hora en que se han de cerrar las puertas, no anden juntos por la noche, faroles, etc. Buenos Aires, 10 de abril de 1776.- Col. Mata Linares. Copia.- Tomo II. Fols. 297-299.

28.- Instrucción de Paula Sanz a los Alcaldes de Barrio.- Buenos Aires, 27 de abril de 1787.- Col. Mata Linares. Copia. 6 folios. Tomo CXIII. Fol. 420 v.

29.- Ibídem. Fol. 420 v.

30.- Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre distribución de barrios.- Buenos Aires, 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares. Copia. 8 fols. Tomo II. Fols 214 y 214 v.

31.- Bando de don Nicolás de Arredondo, Virrey del Río de la Plata, ordenando que los Alcaldes de Barrio elijan a personas de confianza para que rondan todas las noches.- Buenos Aires, 2 de junio de 1794.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 536vy 537.

32.- Novísima Recopilación.- Ley I. Título XXXIX, Libro VII.

33.- Novísima Recopilación.- Ley XIV, Título XXXIX, Libro VII. Pág. 668.

34.- Novísima Recopilación.- Ley XVII.- Título XXXIX. Libro VII. Pág. 670.

35.- María Jiménez de Salas recoge la serie de nombres con que se conocía a los vagos y ociosos, según Arias de Miranda: bigardos, baldíos, haraganes, vagabundos, sopistas, galloferos, capigorros, tunos, sobejanos, gandayas, galopines, picaños, arlotes, andadores a la brida y a la tuna, pedigones, gente suelta y desarrapada.

Ver María Jiménez de Salas. Historia de la Asistencia Social en España.- C.S.I.C. Instituto Balnes. Pág. 132. Madrid, 1958. 372 págs.

36.- Autos sobre el trabajo de las mujeres vagabundas.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Años 1631 (fol. 376), 1647 (fol.), 1705 (fol. 138) y 1707 (fols. 116-117).

37.- Orden para que salgan de la Corte los vagabundos, y a los que en ella se hallen se les aplique la Ordenanza de Vagos.- Archivo Histórico Nacional.- Sección Consejos.- Sala de Alcaldes de Casa y Corte. 1755. Fol. 109.

38.- Novísima Recopilación.- Ley XVIII. Título XXXIX.- Libro VII. Págs. 671.

39.- Novísima Recopilación. Ley XIX, Título XXXIX, Libro VII. Págs. 671-672.

40.- Novísima Recopilación, Ley XXVI, Título XXXIX, Libro VII. Pág 679.

41.- Novísima Recopilación. Ley XXIV, Título XXIX, Libro VII, pág. 678.

42.- Ibídem.

43.- Concolorcorvo. Op. cit. Pág. 40.

44.- Bando de don José de Andonaegui ordenando que salgan de la ciudad vagos, holgazanes y maleantes; que no lleven armas, caballos, etc.

Buenos Aires, 6 de diciembre de 1745.- Col. Mata Linares. Copia. 5 fol. Tomo II. Folio 41.

45.- Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, sobre expulsión de extranjeros y vagabundos, de 11 de enero de 1748. Col. Mata Linares, 2 fols. Tomo II. Fols. 53 y 54.

Bando de don José de Andonaegui sobre expulsión de extranjeros solteros y vagabundos, de 8 de enero de 1750. - Col. Mata Linares, 2 fols. Tomo II. Fols. 66-67.

46.- Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre armas prohibidas, no se ande a caballo, limpieza de calles, vagos, etc. 20 de septiembre de 1770.- Col. Mata Linares, 7 fols. Tomo II, fol. 198.

Bando de don Juan José de Vértiz de 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares. 8 fols. Tomo II. Folio 218.

47.- Instrucción de Vértiz a los Alcaldes de Barrio de 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares. Copia, 8 fols. Tomo CVI Fol. 551.

48.- Andonaegui disponía que se remitieran copias a los Tenientes de esas poblaciones y a los Alcaldes de la Hermandad para que tales instrucciones se hicieran públicas en todas sus jurisdicciones, encargando a los Justicias la observancia de su contenido "por combenir assi al sosiego y quietud de esta republica, y cumplimiento de lo mandado por S.M."

Bando de Andonaegui de 11 de enero de 1748. Op. cit. fols. 53 v. y 54.

49.- Bando de Vértiz de 20 de septiembre de 1770.- Op. cit. Fol. 198.

50.- También en Madrid se exhortaba a los Alcaldes para que pusieran todo su empeño en no tolerar "que los mancebos y aprendices de artistas, ni criados de las casas se estén por calles ó esquinas ociosos, sin atender a su trabajo y servicio". Tampoco se permitía a los criados y siervos dejar a sus amos sin su licencia, bien por marcharse o por servir a otros.

Ver Archivo Histórico Nacional. Real Cédula por la que se divide Madrid en ocho cuarteles, asignando a cada uno un Alcalde de Barrio.- Sección Consejos. Año 1768, apartado XIV, fol. 500; y apartado XVIII, fol. 500 v.

Este párrafo tiene su equivalente en el del Bando de Arredondo a los Alcaldes de Barrio, que dice así:

"Pondrán cuidado además de lo que va prevenido sobre vagos, en que los criados ó aprendices de los Artesanos, no esten en las calles, Pulperias ociosos del mismo modo que los sirven-

tes de todos los demás Vecinos sobre que prevendrán y avisarán lo combeniente a sus Amos y resultantes y darán cuenta con particular esmero de cuanto en la materia notaren digno de la atención de esta Superioridad para su remedio".

Instrucción de don Nicolás de Arredondo a los Alcaldes de Barrio. 4 de enero de 1794. - Col. Mata Linares. Tomo II.- Fols. 523 y 523 v.

51.- Bando general de don Nicolás Antonio de Arredondo, de 1 de marzo de 1790.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 412 v.

52.- Bando general de don Nicolás Antonio de Arredondo sobre vagos, arrimados, armas prohibidas, etc. 9 de agosto de 1790.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fols. 424 y 424 v.

53.- Sobre el tema del gaucho son interesantes las aportaciones de R. Caillet Bois: "Dictamen imparcial sobre los gauchos".- Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. Págs. 101-105.- 1926; y de Emilio Coni: "Contribución a la historia del gaucho".- Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. Tomo XVIII, págs. 48-79. Este último realiza un estudio sobre la aparición del gaucho no sólo en Buenos Aires durante los siglos XVII y XVIII, sino también en Santa Fe y Entre Ríos, marcando los diferentes estratos sociales de donde provenía cada uno, y sus orígenes, causas y circunstancias que dieron lugar a su nacimiento. Así, pues, -dice- en Buenos Aires el verdadero gaucho no nace hasta el primer cuarto del siglo XVIII, empezando a extenderse por la campaña bonaerense a partir de 1730; por el contrario en Entre Ríos aparece un siglo antes que en Buenos Aires. (Págs. 58-62).

54.- Bando del Gobernador del Río de la Plata don Domingo

Ortiz de Rozas con objeto de que, habiéndose cumplido el plazo establecido para salir todos los extranjeros de Buenos Aires, los que quedasen sean incluidos en las penas establecidas por el bando anterior. Buenos Aires 11 de mayo de 1743. Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 25.

55.- En 1750 Andonaegui decía: "Y conforme fueren saliendo Navios de éste Puerto para los Reynos de España, se irán conduciendo en ellos a dichos Extranjeros como a los Bagamundos".-

Bandos de don José de Andonaegui sobre expulsión de extranjeros solteros y vagabundos, de 8 de enero de 1750. Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 166.

56.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, sobre expulsiones de extranjeros. Buenos Aires 10 de octubre de 1761. Col. Mata Linares. Tomo II. Fols. 132-133.

57.- Ibídem.

58.- Instrucciones dadas a los Alcaldes de Barrio por don Francisco de Paula Sanz.- Buenos Aires 27 de abril de 1787.- Col. Mata Linares.- Tomo CXIII, fol. 419; e instrucción de don Nicolás Antonio de Arredondo de 4 de enero de 1794.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 523.

59.- Solo los gitanos que no obedecieran estas disposiciones podrían ser condenados a muerte; en cuanto a los hijos de éstos serían llevados al hospicio o casas de enseñanza.- Ver Novísima Recopilación, Ley XI, Libro XII, Título XVI.- Carlos III a 19 de septiembre de 1783. "Reglas para contener y castigar la vagancia y otros excesos de los llamados gitanos".

60.- Representación del Procurador General para que se remitan a España los gitanos que habitan en la ciudad.- Cabildo 28 de abril de 1774. En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires. Serie III. Tomo V. Años 1774-1776. Pág. 71. Buenos Aires 1928.

61.- Los cabildantes manifestaban también que con su "hida se desbanecerá los reselos" existentes en el vecindario, que les acusaba de ser los fabricantes de ganzúas con las que cometían los numerosos robos que de un tiempo a esa parte se observaban en la ciudad. Cabildo 27 de julio de 1775. En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo V. Año 1774-1776. Pág. 424. Buenos Aires 1928.

62.- Ver Furlong. "Historia social y cultural del Río de la Plata". OP. cit. Pág. 362. Vol. III.

63.- Ver Colección Mata Linares. "Valor anual a que asciende la contribución para sostener 200 camas en el Hospital de Betlemitas". - Tomo LXXVIII.- Fol. 643.

64.- Una Real Cédula de 1704 hacía alusión a que tanto Gobernadores, como Corregidores, Alcaldes Mayores, etc., no contravinieren las órdenes dadas de no introducir ni vender vino o aguardiente entre los indios, y añadía: "los Virreyes y Audiencias castiguen estos excesos con el rigor, y demostración que convenga."

Real Cédula para que se acabe con los abusos de los Corregidores del Perú.- Col. Mata Linares. Tomo CI. Fol. 150.

65.- En algunas ocasiones las autoridades se hallaban implicadas en esta permisión de venta ilegal de bebidas alcohólicas entre los indios. Jorge Juan y Antonio de Ulloa denuncian en su "Noticias Secretas" a aquellos corregidores que permitían la introducción entre los indios-a veces por la fuerza- de alcohol, en especial aguardiente, obteniendo considerables ganancias.- Ver Jorge Juan y Antonio de Ulloa: "Noticias Secretas de América". Op. cit. pág 249.

66.- Ulloa, Antonio de. "Noticias Americanas! Entretenimiento físico-histórico sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental".- Buenos Aires.- Edit. nova.- 1944.- Pág. 249.

67.- Ibídem. Pág.251..

68.- Real Cédula para que el Arzobispo de Santa Fe informe sobre las cualidades del aguardiente de cana. 6 de abril de 1772.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo CVII.- Fols. 537-540.

69.- Bando del Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas ordenando que cuando los indios vengan a la ciudad a vender sus ponchos no se les entregue a cambio vinos, aguardiente y armas. Buenos Aires 10 de julio de 1744.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II.Fol. 27.

70.- Bando de Don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, prohibiendo armas vedadas,y que los pulperos no vendan armas, aguardientes y vinos a los indios.- Buenos Aires, 14 de abril de 1763.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo II.- Fol. 155.

71.- Instrucción a los Alcaldes de Barrio de don Francisco de Paula Sanz.- Buenos Aires,27 de abril de 1787.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo CXIII,Fol. 421.

72.- Instrucción que deben observar los Alcaldes de Barrio.- Madrid, 21 de octubre de 1768.- Archivo Histórico Nacional.-

Sección Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1768.
Punto VIII. Fol. 498.

73.- Bando de don Francisco de Paula Sanz sobre evitar las riñas y desórdenes en las pulperías.- Buenos Aires 13 de febrero de 1788. Col. Mata Linares. Tomo Fols. 400-402.

74.- Ibídem. Fol. 401.

75.- Ibídem. Fols. 401 v. y 402.

76.- Bando General de don Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey del Río de la Plata, de 1 de marzo de 1790.- Col. Mata Linares. Copia.- Tomo II. Fol. 426.

77.- Instrucción provisional de don Nicolás Antonio de Arredondo, a los Alcaldes de Barrio. Buenos Aires, 4 de enero de 1794.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 524.

78.- Novísima Recopilación. Ley XIV. Libro XII. Título XXIII.

79.- Ver José Torre Revello. "Crónicas del Buenos Aires Colonial". Buenos Aires 1943. Pág. 242.

80.- Ver Novísima Recopilación. Ley XIV. Libro XII. Título XXIII.

81.- Ver Furlong. "Historia Social y cultural del Río de la Plata ". Op. cit. Pág. 384.

82.- De cómo se desarrollaban en Buenos Aires los espectáculos de peleas de gallos podemos enterarnos por la descripción que hace Zapata Gollan en la siguiente forma:

"Alrededor del reñidero cruzaban sus apuestas los graves funcionarios del gobierno de la ciudad, los comerciantes y pulperos, los frailes de las órdenes mendicantes y los criollos que arriesgaban las últimas monedas ganadas en una "changa" mientras en la arena del redondel se desangraban los gallos a golpes de espuelas y picotazos".

Agustín Zapata Gollan: "Juegos y diversiones públicas".- Santa Fe 1973. Pág. 48.

83.- Acuerdos de 19 de febrero de 1785, 12 de marzo de 1785, y 12 de julio de 1785. En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo VII. Años 1782-1785. Págs. 491, 507 y 546. Buenos Aires 1930.

84.- Real provisión a los señores del Consejo por la cual se recuerda la Real Pragmática de 6 de octubre de 1771 en que se prohibían los juegos de envite, suerte y azar y se establece el modo de jugar de los permitidos. Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos.- Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Año 1780. Fol. 710.

85.- Ibídem. Fol. 717.

86.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, en relación con los que usan y venden armas prohibidas, y sobre juegos, horserios de tiendas, etc. Buenos Aires

18 de noviembre de 1756.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II.- Fol. 168.

87.- Bando de Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre armas prohibidas, no se ande a caballo, faroles, juegos, etc. Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 194.

88.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre composición de calles, comisarios de barrio, bailes, juegos, etc. Buenos Aires, 3 de noviembre de 1776.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 181.

89.- Ver José Torre Revello: "Crónicas del Buenos Aires colonial". Op. cit. Págs. 246 y 247.

90.- Bando de don Francisco de Paula Sanz sobre evitar las riñas y desórdenes en las pulperías.- Buenos Aires 13 de febrero de 1788.- Col. Mata Linares. Fol. 401 v.

91.- Bando General de don Nicolás Antonio de Arredondo de 1 de marzo de 1790. Col. Mata Linares. Tomo II. Folio 413 y 414.

92.- Ya en 1756 don Pedro de Cevallos había advertido el peligro que suponía el que los indios, mulatos y mestizos se reuniesen para jugar en los bajos del río, en los arrabales o lugares apartados de la ciudad, porque en aquellas reuniones siempre se ocasionaban desórdenes y enfrentamientos con el consiguiente número de víctimas.

Bando de don Pedro de Cevallos. 6 de mayo de 1766. Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 168.

93.- Bando de don Juan José de Vértiz sobre armas prohibidas, no se ande de noche, juegos, etc.- Buenos Aires 20 de septiembre de 1770. Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 195 y 195 v.

94.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely de 3 de noviembre de 1776. Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 181.

95.- Instrucción de don Francisco de Paula Sanz a los Alcaldes de Barrio de 27 de abril de 1787. Col. Mata Linares. Tomo CXIII. Fol. 421 v.

96.- Bando de don Nicolás Antonio de Arredondo de 9 de agosto de 1790, sobre vagos, armas prohibidas, pulperías, juegos, etc. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Folio 425 v.

97.- "Ningún Pulpero permita en su Casa Junta de Gentes que se propasen en la Vevida, ni juegos de diversion que dan ocasion a este exceso: generalmente en los dias de Fiesta antes de celebrarse la Misa Mayor..."

Bando de don Nicolás Antonio de Arredondo de 9 de agosto de 1790. Op. cit. Fol. 426.

98 .- Real provisión de los Señores del Consejo sobre juegos de envite, suerte y azar. - Archivo Histórico Nacional. Año 1780. Fol. 720.

99.- Don Francisco de Paula Bucarely estimaba perjudicial la costumbre, muy arraigada en la ciudad, de celebrar rifas en las que se sorteaban ciertos objetos, alhajas, prendas e incluso comestibles:

"...siendo gravísimos los daños que de este desorden resultan, se originan escandalos y otras ofensas a Dios..."

Con tal motivo y basándose en las leyes de Castilla, se prohibían totalmente las llamadas "rifas por suerte".

Bando de don Francisco de Paula Bucarely y Ursúa, Gobernador del Río de la Plata, prohibiendo las rifas por suerte. Buenos Aires 9 de noviembre de 1768.- Col. Mata Linares. Tomo II.- Fols. 190-191.

100.- Ibídem. Fols. 190 v y 191.

101.- Real provisión de los Señores del Consejo por la cual se recuerda la Real Pragmática de 6 de octubre de 1771 en que se prohibieron los juegos de envite, suerte y azar y se declaró el modo de jugar de los permitidos.- Archivo Histórico Nacional. Consejos 1780. Op. cit. Fols. 719, 724 y 725.

102.- Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, animales muertos, pantanos, pulperías, incendios y rifas.- Buenos Aires, 15 de enero de 1782. Col. Mata Linares. Tomo II. 2 fols. Fol. 351.

103.- Novísima Recopilación.- Libro VII, Título XXXIII, Ley V, pág. 637.

104.- Cabildo 22 de julio de 1775.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III, Tomo V, Años 1774-1776. Pág. 416.

Se acordaba el control más severo sobre las tiendas donde se guardaba pólvora en excesiva cantidad, por la falta de responsabilidad de los tenderos y pulperos que la almacenaban "sin reflexionar el eminente peligro con que viven de tener un genero tan arriesgado cuyos estragos no se pueden precaver, y son Notorios los que causa quando por desgracia prendio el fuego en ella".

105.- Recordemos sobre este particular todas las disposiciones a que ya aludimos en anteriores capítulos sobre la extinción de incendios en la ciudad y la obligación de todos los vecinos de cooperar a la misma.

106.- Paula Sanz aludía al bando de 3 de abril de 1775 en que se prohibía toda clase de fuegos artificiales y como había sido incumplido en la capital, se reiteraba la prohibición con la advertencia de aplicar todo el rigor de la ley.

Bando de don Francisco de Paula Sanz, Gobernador Intendente de Buenos Aires, prohibiendo los fuegos artificiales y las hogueras en las calles de la ciudad.- Buenos Aires 22 de noviembre de 1784.- Col. Mata Linares. 2 fol. Tomo II. Fols 380 y 381.

107.- Bando de don Nicolás Antonio de Arredondo sobre prohibición de fuegos artificiales, de 24 de enero de 1794.- Col. Mata Linares. Tomo II.- Fols. 530-531.

108.- Instrucción sobre que no se permita la asistencia a los corrales a embozados y disfrazados y fueren presos los que hubiere. Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos.- Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Año 1726. Fol. 285-367.

109.- Instrucción para que los cómicos observen la debida modestia en la representación de comedias.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Año 1753. Fol. 189.

110.- Bandos y precauciones sobre el modo en que se deben representar las comedias.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Año 1753. Fols. 305-331.

111.- Novísima Recopilación. Ley IX, Título XXXLII, Libro VII.

112.- José Torre Revello.- "Crónicas del Buenos Aires Colonial". Op.cit. Págs. 208 y 209.

113.- Ibídem.

114.- Cabildo 17 de octubre de 1783. En Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo VII.- Años 1782 y 1785. Pág. 260. Buenos Aires 1930.

115.- Memoria de don Juan José de Vértiz sobre la Casa de Comedias. (Sin fecha). Col. Mata Linares. Copia. Tomo LIII.- Fols. 20 v. y 21.

116.- Ibídem. Fol. 21.

117.- Que la oposición del clero a las representaciones teatrales no era total nos lo prueba Trnfi Rocamora al afirmar que entre 1751 y 1759 el obispo de Buenos Aires Cayetano Marcellano y Agramont envió al Gobernador de la ciudad, por medio del administrador de las obras de la fábrica de la Iglesia Catedral, don Domingo de Basavilbaso, un escrito en el que pedía se destinase un real del precio de cada localidad en las representaciones de comedias, para apoyo a la obra de la catedral. - Ver Trenti Rocamora.

118.- Ver Furlong.- Historia Social y Cultural del Río de la Plata. Op. cit. Pág. 162.

119.- Reunión del Cabildo de 17 de septiembre de 1783.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo VII. Años 1782-1785. Pág. 249-250. Buenos Aires 1930.

120.- Ibídem. Pág. 250.

121.- Dicha Instrucción comenzaba así: "Habiendo permitido la representación de Comedias en esta Ciudad á beneficio de los Niños Expositos, es consiguiente prevenir todo cuanto debe servir al buen orden de la representacion, y de los concurrentes para que unos, y otros estén advertidos de lo que deben observar..."

Instrucción que deberá observarse para la representación de comedias en esta Ciudad. Buenos Aires 6 de octubre de 1783. Col. Mata Linares. Impreso. Tomo CX. Fol. 608.

122.- Ibídem.

123.- Ibídem.

124.- Wilde, José Antonio. "Buenos Aires desde 60 años atrás". Op. cit. Pág. 33.

125.- El 19 de julio de 1803, un acta del Cabildo recoge la petición de don José Especiali y don Ramón Aignaste para realizar provisionalmente comedias en la casa de "Monsieur Ramon", durante un año, hasta la construcción de un teatro. En 1804 (18 y 20 de diciembre) acordaba el Cabildo la compra de unos terrenos para la construcción de un Coliseo.

En Acuerdos del Extinguido Cabildo. Serie IV, tomo I. Años 1801-1804. Págs. 262, 263 y 516. Buenos Aires 1925.

126.- Datos que hemos obtenido del estudio que sobre dicho pleito ha realizado José Torre Revello y que titula: "Un plei-

to sobre bailes entre el Cabildo y el obispo de Buenos Aires". En Boletín del Instituto de Investigaciones históricas. Buenos Aires 1926-1927. Págs. 274-304.

127.- Ver Furlong. "Historia social y cultural del Río de la Plata". Op. cit. Pág. 156. Vol. III.

128.- Ver José Torre Revello: "Los orígenes de la danza, la canción y la música popular argentinas". Sevilla 1926. Pág. 11.

129.- "Que no se permitan los fandangos que los dias señalados suelen formarse en Casas que se alquilan para este fin por los arravales de este Ciudad por resultar fatales consecuencias de heridas y muertes..."

Bando general de don Juan José de Vértiz de 20 de septiembre de 1770.- Col. Mata Linars. Copia. Tomo II. Folio 97 v.

130.- Novísima Recopilación.- Ley XVII, Título XIX.- Libro III.

131.-"Orden del señor Gobernador del Consejo por medio de los señores Alcaldes de cuartel y por los medios más decorosos y reservados que estimasen, procuren evitar las acciones y ademanes indecentes y deshonestos, pues se hacían por los que daban las del desmayo, impidiendo se usase esta ni otra semejante nota de lo que se acordó y oficio que se pasó a su Excelencia".- 1793. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Fols 92-100.

132.- Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata sobre limpieza de calles, juegos, bailes, etc. Bue-

nos Aires 6 de mayo de 1766.- Col. Mata Linares. Título II. Fol. 168.

133.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre composición de calles, comisarios de barrio, bailes, juego. Buenos Aires 3 de noviembre de 1776. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II, Fol. 181.

134.- Concoloncorvo. Op. cit. Pág. 250-251.

135.- Cabildo 23 de diciembre de 1789. En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo IX. Pág. 221. Buenos Aires 1931.

136.- Ibídem.

137.- Bando general de don Nicolás Antonio de Arrendono 1 de marzo de 1790. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 414

138.- Julio Caro Baroja. "El Carnaval", Madrid 1965. Pág. 145.

139.- Ibídem.

140.- Archivo Histórico Nacional. Sección Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. 31 de enero de 1755.

141.- Ver José Torre Revello: "Los bailes, las danzas y las máscaras", en "Crónicas del Buenos Aires Colonial". Op. cit. Pág. 187.

142.- J. Antonio Pillado. "Buenos Aires Colonial". Buenos Aires 1943. Pág. 153;-

143.- Imposición de penas por divulgar pasquines y papeles satíricos.- Archivo Histórico Nacional.- Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Año 1728.- Fols. 236-238.

144.- Orden para que los cabos de media noche reconociesen al amanecer los parajes públicos en que se ponen carteles y remitiesen a la Sala testimonio de ello. Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte.- Año 1739. Fols. 284-285.

145.- Novísima Recopilación.- Ley VIII, Libro XII, Título XXV.

146.- Ibídem.

147.- Real Cédula de 10 de septiembre de este año prohibiendo la introducción y curso en estos Reinos de todos aquellos que sean contrarios a la fidelidad y tranquilidad pública, y encargo a las Juntas para que procedan sin disimulo, con actividad y vigilancia.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Año 1791. Fol. 821-825.

148.- Guillermo Furlong. "Historia social y cultural del Río de la Plata". Op. cit. Pág. 57.- Vol. I.

149.- Hjalmar Edmundo Gammalson: "Tribulaciones del Virrey de las luces". En Centenario de la fundación de Buenos Aires. Año 1977 Pág. 161.

150.- Ver J. Antonio Pillado: "Buenos Aires Colonial". Op; cit. Pág. 154.

151.- Ibidem. Pág. 160.

152.- Bando general de don Nicolás Antonio de Arredondo.
1 de marzo de 1790. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol.
412.

153.- Hjalmar Edmundo Gammalson: "Tribulaciones del Virrey
de las luces". Op. cit. Pág. 161.

154.- Bando de Juan José de Vértiz sobre evitar confusión
de los Baños del Río: horas y sitios. Buenos Aires 5 de diciem-
bre de 1772.- Col. Mata Linares. Tomo II. Fol. 230.

155.- Ibidem.- Fol. 230.

156.- Ibidem. Fol. 231.

157.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcal-
des de Casa y Corte.- Año 1604.

158.- Archivo Histórico Nacional. Consejos. Sala de Alcal-
des de Casa y Corte.- Año 1763.

159.- Bando de Vértiz sobre baños en el río. Op. cit.

160.- Bando general de Arredondo. Op. cit. Fol. 412.

161.- Cabildo 19 de enero de 1789. En Acuerdos del extin-
guido Cabildo. Serie III. Tomo IX. Años 1789-91. Pág. 25. Fol.
152 del libro original. Buenos Aires 1931.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
SECCION DE HISTORIA MODERNA

BUENOS AIRES, UN EJEMPLO DEL URBANISMO ILUSTRADO

=====

TOMO II

TESIS DOCTORAL
=====

PRESENTADA POR MARIA DOLORES PEREZ BALTASAR

DIRECTOR PONENTE: PROF.DR. D. JUAN PEREZ DE TUDELA Y BUESO

MADRID, 1980

CAPITULO IV
=====

LA BENEFICENCIA
=====

- EL HOSPITAL DE BUENOS AIRES Y SUS ORIGENES.
- EL PROCESO DEL HOSPITAL. LA CASA DE DONCELLAS.
- LA DEFINITIVA ESTRUCTURACION DEL HOSPITAL. LA ETAPA DE INSTAURACION DE LOS BETLEMITAS.
- ADMINISTRACION BETLEMITA. EL LARGO TRAMITE DE AMPLIACION DEL HOSPITAL. EL EXPEDIENTE DE FRAY FELIPE DE LOS DOLORES.
- EL TEMA DE LA POBREZA. SU REGULACION JURIDICA EN ESPAÑA.
- LA MENDICIDAD EN BUENOS AIRES.
- CONCEPTO DE LA "MUJER PUBLICA" EN EL AMBITO HISPANOAMERICANO. CREACION DE LAS CASAS DE CORRECCION Y DE RECOGIDAS. SU INSTITUCION EN BUENOS AIRES.
- LA HERMANDAD DE LA SANTA CARIDAD. EL COLEGIO DE HUERFANAS DE BUENOS AIRES Y LA ATENCION SOCIAL DE LA MUJER.

- LA OCUPACION DEL HOSPITAL DE SAN MARTIN EN LAS HUERFANAS. DEFINITIVA CREACION DEL COLEGIO. LOS LARGOS TRAMITES PARA SU LEGALIZACION. EL COLEGIO Y SUS CONSTITUCIONES: LA JORNADA DIARIA DE TRABAJO EN EL COLEGIO, EL VESTUARIO, LA ADMINISTRACION DEL CENTRO.

- EL HOSPITAL DE MUJERES.

- EL CONCEPTO DEL EXPOSITO EN LA LEGISLACION ESPANOLA.

- LA LEGISLACION SOBRE LOS EXPOSITOS EN INDIAS.

- LOS EXPOSITOS EN BUENOS AIRES. LOS PRIMEROS PASOS PARA LA FUNDACION DE UNA CASA CUNA.

- EL ESTABLECIMIENTO DE UNA IMPRENTA EN BENEFICIO DE LA CASA DE EXPOSITOS, Y LA VENTA DE CATONES, CARTILLAS, Y CATECISMOS.

- LOS DIFERENTES ARBITRIOS EN FAVOR DE LA CASA DE EXPOSITOS: EL PRODUCTO DE LA CASA DE COMEDIAS, DE LAS CORRIDAS DE TOROS, DE LAS PELEAS DE GALLOS. OTROS ARBITRIOS PROPUESTOS.

& &
&

EL HOSPITAL DE BUENOS AIRES Y SUS ORIGENES

Desde el primer momento de la segunda fundación de Buenos Aires efectuada por Juan de Garay en 1580 (1), la ciudad contó con un solar destinado a hospital, señalado en el plano por el fundador. Así cumplía Garay lo establecido por las Leyes de Indias y las Ordenanzas de Poblamiento. El Hospital (2) que fue puesto bajo la advocación del patrono elegido para la ciudad, San Martín de Tours, no sería construido en los primeros años, y aunque en 1605 parece ser que el Cabildo se decidía por el inicio de las obras, éstas no se llevarían a cabo hasta 1611, gracias a la iniciativa del Gobernador don Diego Marín Negrón.

La estructura y la fábrica del Hospital se realizó con toda seguridad a base de los materiales más comunes empleados en Buenos Aires en casi todas las construcciones: barro, paja, cal, teja, materiales blandos que hacían necesaria una continua revisión de su estructura en años sucesivos. Por otra parte se pensó también en cambiar su emplazamiento, cerca de la plaza principal, a otro lugar más útil, como sería en las proximidades del Riachuelo. Como tal Hospital no conoció en sus comienzos muchos momentos de esplendor; en realidad sólo se dedicaba a la cura y alojamiento de los militares del presidio o de algún que otro pobre enfermo desvalido. Pero lo que es a la población civil no parecía rendir beneficio alguno, lo que se debió a la conjunción de factores muy diversos y no, como se ha dicho, a la poca atención prestada por el gobierno de España.

En efecto, en Buenos Aires fueron varios los motivos que determinaron la tardía aparición de un centro hospitalario en re-

gla, como disfrutaban casi todas las demás provincias, tanto peninsulares como americanas. Además, y en eso coincidimos con el doctor Furlong, mientras ciudades como Méjico y Lima contaban en el siglo XVII con 15.000 y 9.000 habitantes, respectivamente, Buenos Aires, en la misma época, sólo tenía 200, por lo que se comprende que el número de enfermos no podía ser muy grande (3), y la necesidad de contar con un Hospital no empezó a ser de urgencia hasta bien entrado el siglo XVIII, al crecer considerablemente la población. Y también la mentalidad de aquella época hacía concebir una verdadera aprensión a la idea de que cualquier enfermo, ya fuera o no pariente, tuviera que ser internado en un centro de aquellas características, prefiriéndose albergar a los enfermos, aunque fueran extraños o extranjeros, antes que verlos internados en un Hospital. (4).

A estos hechos hay que sumar los de tipo económico e higiénico; la falta de rentas e ingresos saneados, la falta de medios y útiles, de equipos suficientes de médicos y boticarios, de medicamentos, y sobre todo la falta de higiene, el hacinamiento de los enfermos en una misma sala, hacían del hospital un lugar poco recomendable y de nulo rendimiento. Así fue considerado por las autoridades bonaerenses que en el siglo XVII, debido a la poca utilidad que el hospital ofrecía y al escaso número de enfermos, llegaron incluso a alquilarlos, y a finales del mismo siglo concretamente en 1692, siendo Gobernador don Agustín de Robles, se pensó que el local podría muy bien destinarse a otros fines como era, por ejemplo, el de acoger en él a las doncellas y huérfanas de la ciudad.

EL PROCESO DEL HOSPITAL.- LA CASA DE DONCELLAS.

La instalación de las doncellas huérfanas en el recinto del hospital, como casa de recogimiento de mujeres, dio lugar a un

curioso proceso. La idea de dicha instalación parece ser que fue propuesta por el Cabildo al señor Gobernador basándose en que no se alojaba en el hospital enfermo alguno y sólo era utilizado por algunas personas que allí vivían, por lo que se estimaba conveniente que pudiera ser utilizado en un fin de interés público en sustitución de aquel otro para el que fue creado y que no se aprovechaba. Ello se pedía alegando las siguientes razones:

"...se redujese a Cassa de Recoximiento quanto va de Cuydar los Cuerpos a Reparar las Almas y Prevenilas de las hordinarias Caydas a que la fraxil Naturaleza Las Inclina..." (4).

Conforme se observaba con toda nueva disposición el Cabildo no decidió la entrada de las doncellas en el edificio sin haber consultado antes al Consejo de Indias, pero como la respuesta de éste se hacía esperar, las huérfanas se instalaron anticipándose a la llegada de aquella conformidad.

A este respecto, el 27 de noviembre de 1701 expedía Su Majestad en Barcelona una Real Cédula por la cual ordenaba que en ningún momento pudiera disolverse el Hospital, cuyo único fin era el servicio de los militares y pobres enfermos, y no podía, por tanto, dar cabida a otro tipo de instituciones, por muy lógicas que fueran, como ésta de dar albergue a las huérfanas; no obstante y pareciendo al rey que una obra tan benéfica no podía tampoco desatenderse, aconsejaba que se fuese buscando un local adecuado para casa de recogidas.

Dicha Real Cédula sería leída en el Cabildo el 7 de julio de 1702 (5) y vuelta a tratar en la reunión del mes siguiente (8 de agosto), discutiéndose la manera en que había de cumplirse. En la reunión se dejó oír la voz, entre otras, del Alcalde provincial don Baltasar Quena Godoy quien, tras afirmar que las órdenes reales debían cumplirse, no obstante había que conceder

un plazo para que las huérfanas pudieran, sin agobios, instalarse en otro lugar adecuado. (6).

En fechas posteriores el problema surgido a raíz de la cédula de S.M. alcanzará su punto álgido, siendo tema ampliamente discutido en el Cabildo, sobre todo a la hora de establecer responsabilidades por el hecho de haberse consentido la entrada de las doncellas en el edificio del hospital sin previa autorización.

Por otra parte, el Gobernador manifestaba en 14 de agosto de 1702 que la ciudad debía contar con un centro capaz de albergar y prestar asistencia a los muchos soldados enfermos, y que al no poder disponer de un hospital en condiciones donde se les prestasen los cuidados médicos precisos, habían tenido que recurrir a la caridad de los particulares, quienes les albergaban en sus propias casas, sin otro remedio; lo que, al parecer, había ya dado lugar a cierto malestar y quejas entre el vecindario.

Otro hecho señalado por su señoría era que si el hospital funcionase con toda normalidad, prestaría una mejor y más eficaz ayuda al enfermo, pues los médicos no tendrían que desplazar se en sus visitas de una casa a otra, a veces recorriendo distancias considerables. (7).

El 18 de agosto del mismo año el Cabildo se exculpaba ante el Gobernador en relación con el hecho de haber permitido la entrada a las doncellas (lo que tuvo lugar en 1699), pues -según decía- se había realizado sin su consentimiento. Además alegaba que el Cabildo no poseía los medios suficientes para comprar o alquilar una casa que sirviera de beaterio o casa de recogidas, y proponía que las doncellas pudieran, mientras se buscaba una solución, recogerse en casa de sus parientes.(8).

LA DEFINITIVA ESTRUCTURACION DEL HOSPITAL .- LA ETAPA
DE INSTAURACION DE LOS BETLEMITAS.

Así, una vez verificada la expulsión de las doncellas,

el Hospital quedó libre de ser destinado a beaterio, pero esto no significó su resurgimiento, pues sus rentas no eran muy saneadas, ya que estaban constituidas principalmente por el noveno y medio de los diezmos y un peso por cada botija de aguardiente de las que entraban de la provincia de Cuyo anualmente. En los años siguientes parece ser que el hospital seguía vacío, siendo necesario que transcurriera aún bastante tiempo hasta que, debido al incremento y desarrollo de Buenos Aires, se hiciera necesaria su puesta en funcionamiento, hecho que se producirá a partir de 1726.

En efecto, en dicho año se tomará la iniciativa de estructurar y dar un mayor impulso a las actividades desarrolladas en el Hospital de San Martín y Santa Catalina Virgen. La ciudad, a medida que crecía su población y era mayor el número de su tropa, necesitaba con urgencia un centro hospitalario en condiciones. Tales motivos están expuestos en las propias actas del Cabildo, en las que se deja constancia de que la ciudad, al igual que otra cualquiera de la época, no podía pasar ya sin un hospital adecuado a su categoría :

"... Sobre que no se puede negar Ser una de las mas necesarias fundaciones que se constituyen en las Ziudades Como lo acreditan las muchas que a expensas de los Reales haveres ay en casi todas las ziudades y Villas propulosas de España y en los demas reynos y Provincias de la Europa..." (9).

Asimismo, la falta de un centro donde pudiesen recibir alivio y asistencia los enfermos necesitados, tanto los de la ciudad como los forasteros, había sido una de las causas, según manifestaba el Alférez Real (1 de marzo de 1726), de las numerosas muertes ocurridas cuando la gran epidemia que asoló la ciudad entre 1717 y 1718, durante la cual -según cálculos- murieron unas cinco mil personas. (10).

Por todo ello se pensó que el Hospital no podía seguir como hasta entonces, en situación precaria, sin botica, sin medicamen-

tos, con unas rentas insignificantes y en manos de unos cuantos enfermeros ineficaces.

La única solución viable era la de poner el Hospital bajo la administración y cuidados de alguna orden religiosa de las muchas que existían especializadas en la asistencia de enfermos y atención de los centros hospitalarios. Así se pensó y comunicó seguidamente al rey quien dispuso que la orden religiosa más conveniente podría ser la de San Juan de Dios, cuya fama en la dirección de hospitales era hartó conocida en la Península y en América. Pero, al parecer, y según consta en las actas del Cabildo de 1 de marzo de 1726, habiendo visitado el hospital un hermano de la Compañía de San Juan de Dios, y bajo el pretexto de ir a buscar compañeros, no volvió más por aquel lugar. (11).

Esto determinó que la elección de la orden religiosa recayera en los Betlemitas, fundación hospitalaria cuya fama había trascendido a América y de la que se conocían sus benéficos resultados en varias provincias, por ser sus hermanos unos abnegados enfermeros dedicados única y exclusivamente al cuidado de todo pobre y enfermo con especial atención. Además se sabía que en dicha orden había boticarios especializados. Así, el 13 de mayo de 1726 se adoptó el acuerdo en el Cabildo de diputar al Alférez Real para que tomase contacto con el Prefecto de los Betlemitas, a quien informaría detalladamente de la situación en que se encontraba el Hospital y de las rentas que disfrutaba. (12) También en dicho año se mantuvieron conversaciones entre el Regidor Antonio Zamudio y el Obispo para tratar sobre el asunto de los Betlemitas.

Más tarde, en 1729, se vio la necesidad de conseguir un aumento de las rentas del hospital que hasta entonces, como hemos dicho, eran el noveno y medio de los diezmos y un peso por cada botija de aguardiente de las que entraban de la provincia de Cuyo.

Y en 30 de noviembre de dicho año el Gobernador don Bruno Mauricio de Zavala elevaba una petición a Su Majestad, que le había sido propuesta a su vez por el Administrador del Hospital, con el fin de conseguir mayores rentas, por ser insuficientes las que tenía para atender a la conservación del edificio, que amenazaba ruina, y para la asistencia de los enfermos que, por lo general, eran soldados o pobres desvalidos. A esta petición y consultado el Consejo de Indias, contestó el Rey con una Real Cédula fechada en 28 de junio de 1730 en la que se decía que una vez deliberado el asunto sobre proceder al aumento de dicha renta, se acordó subir un peso por cada botija de aguardiente cuyo tributo, se afirmaba, no parecía muy gravoso porque su consumo era muy grande, además de perjudicial. En estos términos se expresaba dicha Real Cédula:

"...considerando lo mucho que conviene a mi Real Servicio, el que en esa importante Plaza no falten los medios y asistencias precisas para la curación de los enfermos de la guarnición y otros naturales desvalidos de ella; he resuelto por mi Real Decreto de 31 de mayo de este presente año, aumentar el Derecho de un peso mas en cada Botija de Aguardiente que entre en adelante en esa Ciudad, sobre el que antecedentemente estaba impuesto, y que el producto que rindiese este aumento, entre en esas Cajas Reales y se libre en el para la Curacion y asistencia de los enfermos que huviere en el Hospital, lo que fuere preciso, y no mas..." (13).

En cuanto al arreglo que se estimaba necesario para el edificio, el Rey mandaba al Gobernador que le informase sobre los fondos de que podría disponerse para ello y la manera de encontrar una solución lo menos gravosa posible. (14).

Conseguido el aumento de renta, se procedió a gestionar la licencia para el definitivo traslado de los Betlemitas, aunque los

trámites consumirían aún varios años. De 7 de enero de 1733, según nos refiere Molinari data una carta del Prefecto de los Betlemitas de Potosí, en la que se habla de enviar a Buenos Aires religiosos de esta orden. (15). Y en mayo del mismo año la ciudad de Buenos Aires volvía, por segunda vez, a pedir a Su Majestad que confirmase la donación del Hospital y sus rentas a los Padres Betlemitas, insistiendo en la importancia que para la ciudad y sus provincias tendría la administración de aquél por dicha orden:

"... por ser sujetos en quienes concurren todas las circunstancias que requiere semejante exercizio como lo manifiestan las fundaciones que tienen hechas en este Reyno con tanta permanenzia que a porfia los llaman de todas partes por el gran exemplo que causa su Instituto y unibersal alivio de los Pobres ocupandose todos los dias en solizitar por las Calles y Casas pobres enfermos desamparados que con una silla de manos los transportan en sus ombros a sus hospitales motibos todos por que esta Ciudad suponiendo de la Real Clemencia de V.M. su consentimiento por ser obra tan del servicio de Dios..." (16).

Sigue la petición informando al Rey que el aumento del peso de sisa de cada botija de aguardiente para el Hospital ya se había comunicado por carta a los padres Betlemitas, quienes habían manifestado su conformidad, esperando tan sólo la aprobación real; pero el informe manifiesta la situación en que se encuentran los pobres abandonados y enfermos que incluso se mueren por las calles, lo que requiere una pronta y definitiva resolución:

"...se sirva V. Real Clemenzia confirmar la referida Donación de este Hospital y sus Rentas a los referidos Padres con el titulo de Real y General para que de esta suerte logren de este venefizio todo jenero de gentes forasteros y

ultramarinos y en espezial la Guarnizion de este Presidio y vezinos de esta Ciudad, la que con tanto esmero y lealtad aservido y sirve a Vuestra Real Persona en quantas funciones los ocupa Vuestro Gobernador como es publico y notorio por que espera conseguir de la Catholica Piedad de V.M. la referida confirmazion sin limitazion alguna, segun y como a conzedido Vuestra Real Clemenzia por sus Reales Despachos a los demas hospitales que estan fundados en este Reyno..." (17).

Las cartas, tanto del Cabildo como de la autoridad eclesiástica, se suceden esperando la resolución real que permita las llegada de los cuatro o cinco religiosos que procedentes de la fundación de Nuestra Señora de Belén de Potosí, habían de instalarse en la ciudad de la Santa Trinidad. Y en vista de la insistencia, Su Majestad, consultado el Consejo de Indias, da su conformidad a que si la ciudad no quiere aceptar, como así parece ser la inclinación real, que del hospital se encarguen los religiosos de la Orden de San Juan de Dios (18), puedan hacerlo los religiosos betlemitas, siempre y cuando se les advierta que deben cumplir las mismas normas dispuestas para la Orden hospitalaria de San Juan de Dios y que se hallan contenidas en la Recopilación de las Leyes de Indias. (19).

En efecto, por la Ley V, Título IV, Libro I de las Leyes de Indias se regula la administración de los religiosos de la Orden de San Juan de Dios en los hospitales, cuyos puntos fundamentales son:

Que en dichos hospitales no hubiera más religiosos de los necesarios para la asistencia, cura y limpieza de los pobres y enfermos allí recogidos.

Que el número de religiosos fuera estipulado por las autoridades: Virreyes, Presidentes y Audiencias de cada localidad.

Se tendría particular atención, a la hora de establecer un hospital, con respecto al número de enfermos que podrían acogerse, las rentas con que se contaba y las limosnas que se podrían recaudar.

De entre los religiosos nombrados se podría permitir la existencia de uno o dos sacerdotes encargados de la celebración de la santa Misa y de la administración de los sacramentos.

Que a los dichos religiosos no se les entregasen los hospitales para que los erigieran en conventos, siendo tan sólo su ministerio el atender y curar enfermos, no entrando como "dueños" y "señores", sino como "ministros" y "asistentes".

Que los religiosos llevasen libro detallado de los gastos, cuentas y administración del Hospital, informando en el momento que se lo pidieren a Gobernadores, Corregidores, Cabildos seculares, etc., pudiendo tomar de dichas rentas todo lo necesario para su sustento y vestido. (20).

En 28 de marzo de 1738 se solicita licencia real para que los religiosos betlemitas pudieran viajar en los navíos dispuestos para marchar a Cádiz desde el puerto de Buenos Aires. (21).

Los trámites para la reestructuración del Hospital seguían desarrollándose en los años posteriores, pero con excesiva lentitud, en evidente contraste con la necesidad que padecía la población en este orden de cosas.

El 29 de enero de 1743 el Cabildo volverá a pedir la investigación de las cuentas que se llevaban en el Hospital, con el fin de saber realmente cuánto se había gastado en la manutención y cura de los soldados enfermos allí asistidos. (22). Todo ello con el fin de seguir informando al Gobierno de Su Majestad tal como lo ordenara la cédula de 28 de enero de 1741.

El informe enviado por el Obispo de la ciudad de la Santa

Trinidad hará referencia al modo en que, a su entender, podía realizarse la distribución y reorganización del Hospital. En dicho informe, tras exponer una vez más la situación precaria del centro, afirmaba haber realizado la inspección y estimaba que el edificio era suficiente y capaz para fundar en él el Hospital General de la ciudad. El actual, decía, sólo consta de una sala, en la que podían albergarse de 18 a 20 camas, y en la que no existía separación alguna entre los enfermos:

"...ni abrigo en que puedan recobrarse, ni curarse con la desencia, y honestidad, que en muchas enfermedades se requiere pues se estan viendo unos a otros por estar juntas unas Camas con otras sin Cortina, o division, en donde vi diez y ocho enfermos, que por una y otra Vanda ocupavan toda la sala". (23).

Proponía el obispo la división en tres salas en las que los enfermos pudieran estar separados según sus enfermedades. En lo referente a las rentas, citaba las cuentas que había pedido al administrador del Hospital, señalando que la renta fija anual era de 327 pesos y 4 reales, y el noveno y medio de los diezmos, aparte del peso por cada botija de aguardiente, calculando lo recogido en lo que iba de año en 3.752 pesos.

Sigue diciendo que todo el dinero recogido se empleó en la manutención de los militares allí atendidos, en las reparaciones de la sala, cocina, que estaba en ruinas, y arreglo de camas, etc. Además, cada militar que entraba a curarse pagaba un real por día de estancia. Con todo ello se podría mantener el hospital, pero no sólo atendiendo a los soldados enfermos, sino a todo aquel que lo necesitase, apuntando la necesidad de crear un nuevo hospital en el mismo lugar del actual.

También opinaba el obispo que, "sin perjuicio y mengua de

la Real Hacienda de S.M.", podría arbitrarse la solución propuesta por el Cabildo, que consistía en que se pagase un real por cabeza de ganado vacuno consumido en la ciudad y medio real por el ovino. Y como entre los religiosos betlemitas seguramente habría un médico y un cirujano "peritos" en su oficio, podía muy bien Su Majestad ahorrarse los 2.000 pesos de sueldo que se pagaba actualmente al médico y cirujano de los militares, aplicándolos al hospital. (24).

Según refiere Molinari, tras haberse encargado de los trámites don Bernardino Verdun de Villaysan, después de la muerte del obispo de la ciudad fray José de Peralta, se resolvió en 1746 enviar cartas a los religiosos de Potosí para que acudiesen a tomar posesión del hospital de Buenos Aires, quedando instalados definitivamente en la ciudad el 4 de noviembre de 1748 y tomando posesión de dicho centro el 7 de noviembre del mismo año. (25)

Es interesante el documento aportado por el señor Molinari en el que se contiene el inventario de todo lo entregado a los religiosos Betlemitas. De él se puede obtener una completa información del estado en que se encontraba la fábrica del edificio y los materiales, utensilios y medios con que contaba.

La iglesia, dice, era un edificio de 38 varas y tres cuartas de largo, por 8 varas de ancho, más 5 y media de alto, a la que había que añadir una sacristía (de 5 varas y media de largo y tres cuartas de ancho), pero cuyo estado amenazaba ruina; un coro, un patio con corredor y pilares de cal y ladrillo. Las habitaciones o celdas que serían destinadas para vivienda de los religiosos, la cocina "con su chimenea, su thorno y ventana a la Huerta", todo lo cual conduce a otro claustro de grandes dimensiones en el que se hallaban dos pozos. Y por último, la portería. (26). Mas todo ello en muy malas condiciones, por ser los materiales empleados -tierra apisonada, paja, etc.- de muy poca consistencia, lo que hacía temer por la vida del edificio.

En cuanto al instrumental y utensilios de enfermería entre-

gados a los betlemitas, copiamos a continuación el documento aportado por el señor Molinari:

"Una lámina de la Ascensión.- Item un Athaud nuevo.-

I. Una meza grande, renovada de tablas. I. Una mezita pequeña, muy vieja.- Una pequeña que sirve de sacar al Señor. Y. Una geringa muy usada. I. Cinco candeleros de bronze corrientes. I. Dos Chocolateras de calentar agua para la enfermería. I Seis Caxones para poner los servicios. I. Cuatro Sambullos de duela.- I.Ocho Banquillos viejos. I. Siete muletas quebradas. Cinco ventoxas de vidrio.I . Veinte y quatro colchones corrientes. I. Treinta y un catres, los doze nuevos y los restantes usados. I.Noventa y dos sabanas nuevas. I. Quarenta sabanas viexas, que ya no sirven. I. Sesenta fundas de almohadas de crea, treinta y cinco nuevas y las restantes viexas. I. Veinte platos y dos fuentes.

I. Dos barriles de cargar agua. I. Una campanilla en el patio. I. Un sernidor nuevo con su torno. I. Una Hacha de cortar leña, usada. I. Dos Azadones largos, usados y un Calderon para coser agua, usado.- I. Una olla grande, remendada el pie. I. Tres chicas que sirven y dos cascadas, por todo siete. I. Una pequeña. I. Un tacho de cobre, con cincuenta y seis libras, con una oreja menos. I. Dos como de treinta libras. I. Uno como de catorce libras.- I. Otro como de siete libras. Un Almirez que no sirve.- I. Una Bathea grande de amazar.- I. Una chica de labar.- I. Un Braserero de Cobre, bueno.- I. Tres Barriles de treinta y dos frascos, con sus Canillas. I. Un Banco para ponerlos. I. Cinco tipas.- I. Tres Caxas para guardar la Ropa.- I. Cuchara de fierro.- I. Dos azadas y un pico.- I. Dos palas.- I. Un embudo.- I. Veinte cucharas de Palo y peltre, todas en la enfermería.- It. Dos tinas de dar baños, y otra pequeña para sangras.- I.Onze Camisas.- I. Cuarenta y seis serville-

tas. I. Un mantel de lienzo crudo. It. Una escalera grande.- I. Dos Vastidores. I. Una para la puerta.- I. Una plancha de oja de lata para la enfermería. I. Un Bastidor para el Capellan. I. Veintires colchas de algodón. I. Dos tinaxas grandes y chicas. I. Seis frasqueras con sus frascos. I. Un farol para el azaguan. I. Doze Basinitas, seis nuevas y seis viejas.- It. Una pala para el horno. I. Un mortero desbocado. I. Una Dozena de sillas nuevas. It. Diez y siete fanegas de trigo, etc. etc.". (27).

Como hemos dicho, en 1748 quedaría definitivamente instalada la Orden de Betlemitas en la ciudad de la Santísima Trinidad, gozando de los mismos derechos que las congregaciones hospitalarias de San Juan de Dios y San Hipólito, como lo hacía constar más adelante ante el Cabildo, en 10 de julio de 1759, el padre betlemita fray Roque de los Remedios, al presentar una Real Cédula dada por S.M. en Aranjuez el 11 de junio de 1753, en la que les concedía las mismas gracias que a los hermanos de San Juan de Dios, encargando se les tratase y defendiese en todos los pleitos que tuvieran como a "pobres" sin derechos; cédula a la que acordaron prestar obediencia los señores del Cabildo. (28).

La llegada de los betlemitas no supuso sin embargo que el Hospital se convirtiese en un centro asistencial con los requisitos mínimos y fundamentales para prestar sus servicios con eficacia. Como hemos visto, el edificio con que se encontraron los betlemitas no reunía condiciones en cuanto a su fábrica, y el material e instrumental de la enfermería era deficiente, incompleto y de mala calidad. Por otra parte, la penuria económica hizo muy difícil la labor de los hermanos hospitalarios, más aún cuando a estos deficientes medios había que añadir el aumento constante de la población, con el consiguiente incremento del número de enfermos. Se hacía necesaria una amplia

ción y, desde luego, un incremento en sus rentas para poder atender a sus necesidades.

En pleno siglo XVIII la mayoría de las ciudades europeas y americanas contaban con hospitales en los que funcionaba bien su sistema asistencial y que eran gobernados por constituciones y ordenanzas internas, todo lo cual era desconocido para el Buenos Aires de la primera mitad del siglo, debido quizá, como hemos observado, al poco interés que durante los dos siglos anteriores se prestó a la posibilidad de contar con un centro hospitalario semejante al que funcionaba en otras ciudades.

Las causas hay que buscarlas, por un lado, en la política desarrollada por España en este aspecto en el Río de la Plata, y, por otro, en la inercia y despreocupación de los vecinos, autoridades locales civiles y eclesiásticas, que no consideraron necesaria la existencia de un centro de este tipo, por ser en los primeros años pocos los habitantes y los enfermos y por la arraigada costumbre de alojar a éstos en casas particulares.

Lo cierto es que la vida del Hospital de San Martín, en los años que siguieron a la llegada de los betlemitas, presentó muchas dificultades que requerían un gran esfuerzo para acoplar un centro con pocos medios a las necesidades de una población que en el siglo XVIII había de experimentar un vertiginoso ascenso. Con un pasado muy precario, casi nulo, el Hospital había de enfrentarse a graves problemas, y las autoridades no estaban siempre dispuestas a conceder las peticiones que la orden planteaba: ampliación del edificio, aumento de rentas, de número de religiosos, etc. etc.

LA ADMINISTRACION BETLEMITA.- EL LARGO TRAMITE DE AMPLIACION DEL HOSPITAL.- EL EXPEDIENTE DE FRAY FELIPE DE LOS DOLORES.

De este modo, a partir de 1759, comenzará otro período que ha de llenar toda la segunda mitad del siglo y en el que se puede observar la evolución del Hospital bajo la administración de los betlemitas y todo el largo proceso para conseguir de las autoridades las mejores necesarias.

Las peticiones de la congregación a las autoridades, al Cabildo y a Su Majestad serán constantes, pero las soluciones llegarán, como de costumbre, con la demora temida; entre otros, los temas principales son el arreglo de la fábrica, que se hallaba en pésimas condiciones, el aumento de camas y el de rentas.

Se entabla la discusión entre los betlemitas y el Cabildo, precisamente por oponerse éste a las pretensiones de los religiosos, relativas a la necesidad de ampliar el Hospital, que se iba quedando pequeño (recordemos que a la llegada de éstos se contaba sólo con 20 camas) y al consiguiente aumento del número de religiosos. Ante la negativa del Cabildo, el prefecto de los betlemitas comunicó a Su Majestad la situación, lo que dio lugar a que en 27 de octubre de 1759 llegase una Real Cédula (fechada en 19 de mayo de 1758) a manos del Cabildo, en la cual el Rey pedía informes sobre los motivos que tenía la junta para no acceder a las peticiones de los religiosos. El Cabildo respondió que no se había opuesto nunca a tal proposición, que consideraba necesaria de todo punto, lo mismo que lo sería la fundación de un hospital dedicado exclusivamente a mujeres enfermas. (29).

El 21 de mayo de 1760 se vuelve a plantear el problema en

la reunión del Cabildo, llegándose al acuerdo de enviar diputados al hospital, que irían acompañados de un escribano, a fin de tener una entrevista con el prefecto de los betlemitas, a quien se le preguntaría el porqué de su notificación a Su Majestad, y cuáles eran los motivos de no pedir al Cabildo las cuadras de terreno necesarias para la ampliación; y, sobre todo, las razones en que se apoyaba para decir que el Cabildo se oponía a todo ello. (30).

Otra Real Cédula leída el 31 de diciembre de 1760 volvía a inquirir acerca del proceder del Cabildo al negar a los padres betlemitas dos cuadras de terreno pedidas. (31).

Como vemos, existe una marcada discordia entre la orden y las autoridades locales, pasándose continuamente el peso de las responsabilidades de unos a otros, a lo que había que añadir los largos trámites burocráticos del gobierno, que en nada beneficiaban a la situación del hospital.

Así estaban las cosas cuando, años más tarde, se produce un acontecimiento de gran transcendencia: la expulsión de los jesuitas. Esto determinó que todos los edificios con que contaba la Compañía en Buenos Aires comenzaran a ser objeto de especulación sobre su nuevo destino.

El 23 de septiembre de 1767 se reunía el Cabildo y en la sesión se acordaba enviar una comunicación a Su Majestad dándole "gracias" por la expulsión de la Compañía de Jesús que, según se dice textualmente, "tan graves daños causaban a estas Provincias". Se aprovecha la ocasión para pedir también a Su Majestad que el Colegio grande de la Compañía podía ser dedicado a Universidad, y el Colegio de la residencia de los jesuitas pudiera ser utilizado para hospital de hombres, y así el actual hospital que

daría sólo para mujeres, sirviendo al mismo tiempo de casa de recogidas. (32).

Mas seguiría pasando el tiempo sin que los proyectos en favor del hospital se viesan realizados. El prior del Convento betlemita en 1779 volvía a informar al Cabildo del estado ruinoso de aquél y de la necesidad de ampliación y arreglo. El 13 de diciembre de dicho año se lee en el Cabildo el informe de fray Juan Asensio de la Concepción en el que se manifestaba haber expuesto ante el Virrey las pésimas condiciones en que se encontraba el edificio del hospital, y cómo los enfermos no tenían ya cabida en el mismo, por lo que era necesario que comenzasen pronto las obras. (33). Los señores del Cabildo parece ser que coincidieron en esta urgente necesidad pues, en efecto, reconocían que el edificio se había quedado pequeño, dada la gran cantidad de enfermos que procedían del campo, de la tropa, de las naves, e incluso del presidio; siendo además imprescindible una reestructuración de las salas para los enfermos contagiosos, para los moribundos, para los enfermos del mal gálico y para los presos, ya que a estos últimos había que manetenerlos bajo vigilancia. (34).

Continúa así el largo proceso para aumentar el número de camas que sólo tenía dos soluciones: o ampliar el edificio o trasladar el hospital a la casa de la residencia que había sido de los padres jesuitas. Ahora bien, todo ello llevaba consigo un aumento de las rentas que hasta entonces se percibían. Un laborioso expediente se promueve en los años posteriores, pidiéndose detallados informes a la comunidad betlemita sobre la administración de esas rentas, sobre gastos y salidas y deudas contraídas en los últimos años, a fin de conocer con exactitud los medios con que podía contarse para la ampliación.

La relación completa de los ingresos y gastos habidos durante el quinquenio 1780-1784 se presenta al Virrey por el presi-

dente del Hospital, fray Felipe de los Dolores, en 25 de septiembre de 1784, quien intenta, en primer lugar, recabar la atención de su excelencia sobre las necesidades del centro:

"El estado de Pobreza y empeño en que se halla esta Casa y la urgentissima necesidad, que por bien y utilidad del Publico, y del Estado concurre, para que la distinguida Caridad, y Superior authoridad de S.E. se sirva disponer los medios y arvitrios convenientes á su subsistencia, y al aumento que exige de la Poblacion, y Havitantes que tiene esta Capital, y por cuia razon es precisso aumentar considerablemente el numero de Camas que hasta ahora há havido en dicho Hospital Real y General, y los gastos que se han causado." (35).

A continuación detalla los ingresos, procedentes, como sabemos, del gravamen de un peso por cada botija de aguardiente, el producto del noveno y medio de los diezmos, limosnas recibidas, censos, dinero de responsos y pie de altar, etc. Los gastos se refieren a la manutención de los enfermos, medicinas, equipamiento de utensilios médicos, ropas, etc. Y termina dando cuenta de los enfermos asistidos durante el período de cinco años a que se contrae el informe y de los religiosos con que la orden atiende el hospital. (36).

Por su indudable interés, transcribimos a continuación las citadas cuentas que presentó fray Felipe de los Dolores:

"Entradas.

"Primeramente há producido el derecho de un peso impuesto a cada Botija de Aguardiente que entra á esta Ciudad de las Provincias de Cuyo.

el año 80.....	7.422....4
el de 81.....	5.500....11
el de 82.....	5.468... 1
el de 83.....	5.908... 7
el de 84.....	551... 1/2
Recibido en éste año de 84 de	
atrasados desde 83.....	<u>769...5</u> 25.620 1

Idem há ascendido el producto del
Noveno y medio de esta capital.

el año de 80.....	2.391...4
el de 81.....	3.354...4 ¹ / ₂
el de 82 no se ha recibido	
nada.....	000
el de 83.....	2.072
el de 84 no se ha recibido	
nada.....	<u>000</u>
	7.818.....7.818 ¹ / ₂

Idem las Limesnas que voluntariamente
han contribuido varios bienhechores.

en el año 80.....	189...4
en el de 81.....	165...4
en el de 82.....	93...4
en el de 83.....	137
en el de 84.....	<u>630</u>1.215...4

Idem han importado los Zensos
que tiene á su favor esta Casa a saver.

en el año de 80.....	331...5
en el año de 81.....	513...4
en el de 82.....	371
en el de 83.....	505
en el de 84.....	<u>30</u>1.751...1

Idem se han recibido del Pie de Altar y
resposos segun parece por menor en su res-
pectivo Libro.

en el año de 80.....	261...5
en el año de 81.....	328...3 ¹ / ₂
en el año de 82.....	242
en el de 83.....	717...7 ¹ / ₂
en el de 84.....	<u>511...4</u>2.061...4

Idem se han recibido de las Cajas de Militares.

en el año de 80.....	887...5
en el de 81.....	614...3
en el de 82.....	389...5
en el de 83.....	227...7 ¹ / ₂
en el de 84.....	<u>216...5¹/₂.....2.336...2</u>

Idem se han entregado a ésta Casa de la Curación de Esclavos y de tal qual particular.

en el año de 80.....	83
en el de 81.....	144...4
en el de 82.....	382
en el de 83.....	957...3
en el de 84.....	<u>169</u> <u>1.736...3</u>

Suma..... 42.539

Idem han producido las Quintas que tiene por suyas este Hospital, y tiene arrendadas á Zenso a varios Sugetos cuios enteros se hallan sentados en su respectivo Libro.

en el año de 80. Nada.....	000
en el de 81.....	1.139
en el de 82.....	100
en el de 83.....	263...5
en el de 84.....	<u>52...2</u> <u>1.554...7</u>

Idem han producido las estancias que tiene éste Comvento en dicho tiempo ochocientos setenta y nueve pesos cinco reales á saver..... 879...5

en el año de 80.....2.207...2
 en el de 81.....1.952
 en el de 82..... 583...6
 en el de 83.....1.712...4
 Recivido Pesos.....6.455...4

Han importado en dicho tiempo los gastos hechos en las estancias de Arrecifes y Pontezuelas.....4.054...5

Resultan pesos.....2.400...7

Se rebajan mil quinientos veinte y un pesos dos rreales de los gastos que se han causado en la estancia del Sauce en la otra Banda en cuia Cantidad quedó empeñada esta Hazienda.....1.521...2

Resultan liquidos del producto de todas las estancias los referidos ochocientos setenta y nueve pesos y cinco rreales que se sacaron..... 879...5

Importa el Total que ha entrado, los quarenta y quatro mil novecientos setenta y tres pesos quatro rreales que se expresarán..... 44.973...4

Para mayor instruccion de ésta Cuenta y Noticia de todos los fondos que tiene á su favor ésta Casa se pondrá a continuacion la Nota de los Zensos que se le contribueyn á saver:

<u>Zensos de Quintas</u>	<u>Que pagan anualmente</u>
Lorenzo Portela.....	13
Santiago Parra.....	19...4
Fernando Allende.....	16
Don Martin Puirredón.....	7...4
Alonzo Oporto.....	12...4
Doña Rosalia Gonzalez.....	12...2
Juan Bautista.....	25
Antonio Alberto.....	11...2
Doña Petrona Fagle.....	19...3
Antonio Reyes.....	12...4 148...1

<u>Zensos sobre Casas en la Ciudad</u>	
<u>Capital</u>	<u>Que deven pagar anualmente.</u>
Don Santiago Castilla..... 60030
D.Francisco Javier Vida... 50025
D. Juan Bruno.....2.300115
D. Feliz Zuloaga.....1.060 53
D ^a María Morales.....1.000 50
D. Vicente Arzáa..... 250 12...4
D. Rafael de los Reyes,...1.500 75
7.210	360...4
Total que tiene de Zensos anualmente.Pesos....	508...7

Nota. Del importe que se há devengado de los referidos Zensos están deviendo que no se ha podido cobrar las partidas siguientes

Doña María Morales.....	100 pesos
Don Vicente Arzáa.....	100 pesos
Don Rafael de los Reyes.....	1.200 pesos
	1.400 pesos

Otra nota.- Que aunque el Combento tiene a su cargo otros Zensos, son relativos á Capellanias cuyos productos se imbierten en las Missas, Sermones etc. á que están destinadas de suerte que de éstos importes no resulta nada á favor del Combento, por lo que no se incluyen en éste estado etc.

Otra nota.- Que reconociendose el poco producto que rinden las Haciendas de Campo, y las contingencias á que están expuestas, se ha determinado, y se está tratando de venderlas, para cuio efecto se han puesto Carteles; pero hasta ahora no se ha proporcionado Compradores, pero luego que se pueda conseguir, se ejecutarán, y éstos importes se ajuicarán a Zenso, á beneficio de este Hospital.

Salidas

Primeramente han importado Treinta y dos mil quinientos cincuenta y seis pesos siete y medio rreales las Medicinas que se han consumido para la curacion de los enfermos que han entrado en este Hospital en el referido tiempo, como consta del receptario, cuya Cantidad no se saca como importe de gastos, por ser parte utilidad que los Religiosos han adquirido en el manejo de la Botica con su industria y trabajo como facultativos; y parte por que las reposiciones que se han hecho a dicha Oficina las ha suplido la Procuracion, y se hallan anotadas en el Libro de gasto, y por consiguiente inclusas en el resumen que sigue.

Idem han importado cincuenta y nueve mil doscientos ochenta pesos seis rreales todos los gastos que se han hecho en la manutencion y curacion de los enfermos, y en los demás reparos y necessidades de esta Casa en el expresado tiempo, entre los quales se comprenden las cantidades que para reponer la Botica se han suplido de la Procuracion, como igualmente lo que han importado los Lienzos para Sábanas, Colchones, etc. Servicios Bacinicas, Jarros, Platos, Aguardiente, Vinos, Aceite, Azúcar, y otros diferentes gas-

tos, que por menor aparecen en las Partidas de los respectivos Libros de Gastos que segun se han hecho en cada año son á saver.....59.280...6

en el de 1780.....	16.299...7
en el de 1781.....	11.146...3½
en el de 1782.....	9.725...½
en el de 1783.....	12.014...3½
en el de 1784.....	<u>10.095</u>
	59.280...6

Importa el total de los gastos.....59.280...6

Idem de las Entradas.....44.973...4

Resulta deviendo y empeñada esta Casa.....14.307...2

de Hospitalidad, y segun esta Cuenta

y las declaraciones de los Acrehedores

que para mayor comprobacion se presentan

los catorce mil trescientos siete pesos,

dos rreales que se expresan, con la dife-

rencia de dos pesos medio rreal que pro-

vendrá de algun error de suma, y cuia can-

tidad se deve a los sugetos siguientes.

A don Manuel Rodriguez Vega.....	500
A don Manuel Zapiola.....	2.613...4½
A don Antonio Olariaga.....	2.142
A don José Antonio Lazcano.....	2.500
A don José León Barua.....	509...3
A don Francisco Santibáñez.....	500
A don Juan Angel Lazcano.....	5.200
A don Juan Martin Puirredon.....	<u>340...3</u>
	14.305...2½

Nota. Que en el tiempo que comprehénde esta Relacion han entrado a curarse 6.118 enfermos, que han consumido noventa y ocho mil seiscientas cincuenta y quatro Dietas, como consta por menor en el Libro de enfermeria a saver.

en el año de 1780 entraron.....	1.194
en el de 81 entraron.....	1.223
en el de 82, entraron.....	1.109
en el de 83 entraron.....	1.392
en el de 84 hasta fin de agosto.....	<u>1.190</u>
	6.118

Otra Nota.- Que en éste Combento se hallan veinte y cinco Religiosos, á saber: 16 Profesos; 4 sin profesar, 3 Terceros profesos; y 2 sin profesar.

De manera que segun se manifiesta del Resumen General antecedente han importado las cntradas que ha havido desde 1º de enero de 1780 hasta 31 de agosto de 1784, quarenta y quatro mil nobecientos setenta y tres pesos quatro rreales como aparece de las Partidas que forman el total del recibo de esta Relacion; y los gastos cincuenta y nuabe mil doscientos ochenta pesos, seis rreales; y resultan de empeño a los fondos de esta Casa catorce mil trescientos siete pesos dos rreales, salvo yerro, ú omission involuntaria, segun mas por menor se manifiesta en los Libros, Apuntes y Documentos que se conservan en el Archivo de éste Combento y con arreglo a ellos Certifico en quanto puedo, y haya lugar en derecho estar bien y fielmente formada esta Relacion, que presento y juro en este nuestro Combento, y Hospital Real y General de Santa Cathalina Virgen y Martin de Buenos Ayres a 25 dias del Mese de Septiembre de 1784.- Fray Felipe de los Dolores. Vº Prefecto, y actual Presidente."

El expediente iniciado por fray Felipe de los Dolores da lugar a la redacción de varios informes del Cabildo, Tribunal de Cuentas y Junta Superior de Buenos Aires, a fin de resolver los trámites necesarios para la puesta en funcionamiento de la idea de ampliación del hospital betlemita y del número de camas.

A la vista de lo expuesto por el prefecto de la Comunidad, el Tribunal de Cuentas redacta un amplio documento en el que coincide con la necesidad de aumentar el número de camas, bien con una reforma del hospital o bien con su traslado a la casa residencia de los expulsados jesuitas. Dicho informe (2 de junio de 1786) señala que el hospital es muy probable que haya acrecentado, en los últimos meses, su endeudamiento, que a fines de 1784 estaba fijado en 14.307 pesos 2 reales, por el simple hecho de las cortas rentas de que disfrutaba y el cada vez mayor número de enfermos acogidos en él. (37).

Igualmente se hace alusión al descenso producido en uno de sus principales ingresos, como era el derecho de un peso por cada botija de aguardiente, pues en el informe de cuentas y gastos producidos en el quinquenio 80-84 se ve claramente cómo se ha producido una caída de 5.000 o 6.000 pesos anuales a 500, hecho que estaría provocado por la entrada de grandes partidas de licor provenientes, sobre todo, de España, y acrecentado por el establecimiento del comercio libre. (38).

Se tratan también otros puntos como es el estado de la fábrica del hospital, que fue reconocida por varios peritos en virtud de una súplica del superior betlemita al virrey, con vistas a un posible arreglo del edificio. Los peritos coincidieron en que el hospital estaba construido con materiales de muy baja calidad: barro, madera, tapiales viejos, cal, lo que, junto a su antigüedad, amenazaba con una ruina inminente que alcanzaría también a la capilla. Con tal motivo se determinó que el Ingeniero Brigadier don Josef Custodio realizase un nuevo proyecto para el edificio, con capacidad para 200 camas, que fue evaluado en 2.000 pesos. (39).

En otro apartado el Tribunal alude a la información prestada por doce individuos de la ciudad, de entre los más respetables, así como a los del cirujano de la plaza don José Capdevilla y del Protector de Indios don Gregorio Zamudio, que testificaron sobre la abnegada labor de los padres betlemitas, quienes recibían en su centro a todo enfermo: europeos, militares, marineros, indios, mulatos o negros, sin distinción, y a muchos de los cuales, por falta de camas, tenían que acomodar en el suelo en tarimas, no pudiendo tampoco hacer una separación, por falta de espacio, de los enfermos de males contagiosos; por lo que urgía una nueva reestructuración del hospital, proyecto al que también se había sumado el Cabildo de la ciudad. (40).

Pero lo primordial en este asunto, como siempre ha ocurrido, era la financiación de tal empresa y la búsqueda de los medios y arbitrios suficientes para llevarla a cabo. En este punto el Tribunal de Cuentas, con la autorizada opinión del cirujano Capdevila, calculaba que si en cuatro años y ocho meses se habían gastado en el hospital 59.280 pesos y 6 reales por mantener de 80 a 100 camas, lo que suponía unos 12.702 pesos al año, sería necesario, para mantener las 200 camas pedidas, un presupuesto anual de 25.406 pesos. Cifras que, según se nos dice, no podían ser más equitativas, pues suponían un costo de menos de 3 reales al día por cada estancia (los militares pagaban 4 reales por individuo, de los cuales real y medio pagaba el soldado y dos y medio Su Majestad). Teniendo en cuenta que dentro de ese coste había que incluir la manutención, gasto de camas, ropa, vestuario y sostenimiento de la Comunidad betlemita compuesta por 26 religiosos. (41)

Este presupuesto resultaba excesivamente módico si se comparaba con el que había propuesto para el Hospital de Montevideo el Boticario don Francisco Marull, que era de 6 reales diarios. (42).

Otra propuesta a tomar en cuenta sería la del traslado del

hospital a la antigua residencia de los jesuitas, que sería la solución ideal para poder aumentar el número de camas hasta 200, las cuales no podían instalarse en el recinto antiguo. Por otra parte, el traslado a la residencia presentaba otro aspecto beneficioso, pues el antiguo hospital se hallaba ubicado en el centro de la ciudad, rodeado de edificios y con poca ventilación, por estar en bajo, mientras que la residencia ofrecía un lugar aireado, más alto y situado en un extremo.

Se dice también en el informe que el expediente para la utilización del edificio de la residencia para hospital se hallaba muy adelantado por la Junta de Temporalidades, aunque convendría que se promoviera su desarrollo para acortar el tiempo en que se llegara a la solución definitiva. (43) Asimismo se aludía al problema de que, habiéndose instalado en la residencia una casa de recogidas, si se trasladaba allí el hospital, podía llevarse aquella al antiguo edificio. (44). Como vemos, existe siempre una pugna entre las casas de recogidas de la ciudad y el hospital por la posesión de un edificio.

Para la obtención de fondos destinados a hacer frente a estos gastos se podría contar con las limosnas de cuantos bienhechores quisieran sumarse a la obra benéfica, y se alude a la posibilidad de gravar ciertas bebidas, licores y aguardientes, consideradas como bebidas de "puro vicio" y que no constituyen artículos de primer necesidad, para lo cual remitiría el contador de la Real Hacienda una exacta relación de todas las entradas de dichos aguardientes, vinos y licores, que el Tribunal estimaba podían gravarse sin perjuicio de nadie. (45) También se incluían otros artículos como azúcar, cacao, añil, etc.

Del informe sacamos la siguiente relación de especies que se podían gravar para "sostener el Hospital de Bethlemitas de esta capital, por ser las mas de puro vicio y ninguna de absoluta necesidad":

"Barriles de Aguardiente de España
-Barriles de Aguardiente de la Tierra
-Barriles de Aguardiente de Caña
-Barriles de vino blanco de España
-Barriles de vino Carlon
-Barriles de vino de la Tierra
-Barriles de Vinagre de España
-Barriles de Vinagre de la Tierra
-Cajas de Licores
-Cajas de Cerveza.
-Arrovas de Azúcar de la Avana
-Arrovas de Azúcar de Chile y Lima
-Arrovas de Cacao
-Libras de Añil
-Lanchas del Rio." (46).

Igualmente el Tribunal pediría un informe detallado al capitán del Puerto sobre el número exacto de lanchas del río que efectuaban la entrada del comercio y tráfico, y una relación del padre prefecto en la que se diese cuenta de las entradas efectuadas en el quinquenio 80-84, distribuidas por ramos. Las cifras que aporta son las mismas que se pueden ver en el informe, ya expresado, de 25 de septiembre de 1784, con la única diferencia de que el último informe, que lleva fecha de 10 de junio de 1786 y firma el Presidente del Hospital fray Juan Assencio de la Concepción, comprende hasta el final de 1784 y no hasta el mes de agosto como el anterior:

"Fray Juan Assencio de la Concepción Presidente del Hospital de Bethlemitas de ésta Ciudad... Certifico: que segun los Libros del Archivo de esta Sta. Casa que prolixamente he reconocido, han entrado en ella por diferentes Ramos

en el Quinquenio fin de 84, las Partidas de Dinero que se expresan en la forma siguiente.

Años	Limosnas	Pie de Altar	Militares.	Esclavos.	Censos fincas y medio	Noveno	Total
1780	189.4	261.5	887,5	83	508.5	1676.6½	3607½
1781	165.4	328 ¾	614.5	144.4	508.5	2549.1	4310.4
1782	93.4	242	389.5	382	508.5	2736	4351.6
1783	137	717.7½	227.7½	957.3	508.5	1729.2	4278.1
1784	666	719.4	434.5	305.2	508.5	1782.6	4416.6
Total	1.251.4	2.629.4	2.554 1½	1872.1	2543.1	10473.7½	20.964.3

Valor del Quinquenio... 20.964.3
Toca a cada año..... 4.192.7

Cuyos valores son los unicos que han entrado en el referido Quinquenio con prevencion de que en ellos no se incluyen los que ha producido el peso del Aguardiente á causa de estar comprehendido este Ramo en el estado General que ha formado la Real Aduana, y pidió el Tribunal de Cuentas, con la consideracion de que sería duplicado, si en éste se considerase sin valor, y luego se pensionasse el mismo en aquel para los fines que el mismo Tribunal se ha propuesto. Y para que conste, y obre efectos que haya lugar doy esta Certificacion en Buenos Ayres a 18 de Junio de 1786.- Fray Juan Assencio de la Concepcion." (47).

El informe del Capitán del Puerto, referido a los libros de la Real Aduana, lleva fecha 4 de julio de 1786, y dice:

"Valor anual a que asciende la contribucion que se propone por el Tribunal Maior de Cuentas para sobstener 200 camas diariamente ocupadas en el Hospital de Bethlemitas de es-

ta Ciudad, cuya razón se forma con arreglo al estado de las Especies que la deben sufrir, sacado de los libros de sus entradas por la Real Aduana de esta Capital en el Quinquenio desde el año 1780 hasta 1784 ambos inclusive; certificación del número de Lanchas, Bergantines y Champanes que hacen el Trafico de este Rio, dada por su Capitan don Manuel Martorell y la del Padre Prefecto del dicho Hospital que acredita sus entradas en el mismo Quinquenio, y todo se manifiesta de la manera siguiente:

	<u>Rs Pta</u>	<u>Ps.Corr.tes</u>
11.257.- Barriles de Aguardiente de España.....	a 12	16.885.4
27.311.- Barriles de Aguardiente de la Tierra.....	a 8	27.311.0
1.646.- Barriles de Aguardiente de Caña.....	a 8	1.646.0
7.204.- Barriles de vino blanco de España.....	a 8	7.204.0
10.975.- Barriles de vino Carlon...	a 6	8.231.2
39.883.- Barriles de vino de la Tierra.....	a 4	19.941.4
1.452.- Barriles de vinagre de España.....	a 6	1.099.0
517.- Barriles de vinagre de la tierra.....	a 4	258.4
449.- Cajas de Licores.....	a 32	1.796.0
6.- Cajas de cerveza.....	a 32	24.0
17.595.- Arrovas de Azúcar de la Avana.....	a 1½	3.299.½
54.369.- Arrovas de Azúcar de Chile y Lima.....	a 1½	10.194.1
24.680.- Arrovas de Cacao.....	a 2	6.170.0
4.764.- Libras de Añil.....	a 2	1.191.0
68.- Lanchas, Bergantines y Champanes.....	a "	6.270.0
Producto de un Quinquenio.		<u>111.510.7½</u>
Producto anual.....		<u>22.302.119</u>
Entradas del Hospital.....		<u>4.192.7</u>
Total entrada en cada año.		26.495.019
Doscientas Camas diarias a tres ms.estancia.....		<u>27.375.0</u>
Faltan.....		879.015 "

El Cabildo, a su vez, confeccionó otro informe teniendo presente la Real Cédula expedida a instancias del prior betlemita, de 13 de octubre de 1787, y dirigida a los ministros de la Junta Superior de Hacienda de Buenos Aires, sobre el aumento de camas y ampliación del hospital. Dice así esta Real Cédula:

"Ministros de la Junta Superior de mi Real Hazienda establecida en la Ciudad de Buenos Ayres.- Por el Prior General de la Religión Bethlemita se me há hecho presente, que quando se entregó á su Religion el Hospital de essa Ciudad de la Ss. Trinidad y Puerto de Buenos Ayres, solo mantenía 15 camas; pero que haviendo aumentado la Poblacion considerablemente, y el Trafico en esse Rio de la Plata, aun no son suficientes 80, y algunas veces 100 Camas que mantiene para europeos, Militares, Marineros, Indios, Presidarios, Mulatos y Negros, que anden á curarse todas enfermedades, aun las incurables y contagiosas: Que son necessarias á lo menos 200 Camas, cuja colocacion no permite la estrechez del Hospital, ni la cortedad de la Renta la extensión de su fabrica; y para ocurrir a uno y otro propone, solicitando su aprovacion, el arbitrio de gravar las especies que no sean de primera necesidad, asegurando que el Pueblo no llebará á mal ésta Carga, por hallarse cerciorado dela urgente necesidad que la motiva, lo que apoya con varios Informes y Documentos y haviendose visto en mi Consejo de las Indias con los informado por su Contaduria General, y expuesto por mi Fiscal, he resuelto que con la posible brevedad, me informeis, como lo mando, oyendo al Cavildo Secular de essa Ciudad, sobre los arbitrios para dotar el citado Hospital de Bethlemitas, y Translacion de él á la Casa llamada de Resi-

dencia, proponiendo otros medios si los hallareis, menos graves al Publico y al Consejo, y teniendo a la vista el expediente que parece se ha instruido ante ese Intendente, el qual despues de evacuarse el referido Informe, le pasareis original á esse mi Virrey, para solo el fin de hacer el suyo, segun se le ordena por Cédula de la fecha de ésta. Fecha en San Lorenzo el Real a 13 de Octubre de 1787.- Yo el Rey. Por mandado del Rey nuestro señor. Manuel de Westare." (49).

A la vista de esta Real Cédula y la Orden recibida, de 13 de marzo de 1788, sobre el mismo particular, el Cabildo elaboraba un informe de 27 de octubre de 1788, en el que se hacía notar haber sido consultados los dos cuadernos de autos de que constaba el expediente para el proceso de ampliación del hospital y posibilidades sugeridas para dotarle de los medios necesarios que asegurasen su subsistencia. De nuevo el Cabildo se hace eco de la situación de penuria del centro, y que en gran parte se debía a la escasez general de propios que sufría la ciudad, gravada con "muchas pensiones verdaderamente casi insoportables" que hacían que ni siquiera pudiese contar con centros de primera necesidad, como era, por ejemplo, mantener no sólo un hospital sino una cárcel en condiciones donde se pudiese recluir a los delincuentes. (50). Y como era notorio, el hospital tampoco podría continuar por más tiempo con los fondos exigüos que poseía, porque llegaría el momento, según el Cabildo, de tener que suspender la entrada de los enfermos, debido a que los religiosos no disponían de los recursos y medios para atenderlos y curarlos. Es así que el Cabildo, en su informe, daba la posibilidad de obtener unos ingresos que pudieran arreglar la situación, exigiendo a cada barril de aguardiente, de la calidad y clase que fuera, que entrase "por agua", el mismo peso de contribución ya estipulado por Real Cédula de Su Majestad, de los que entraban por tierra. Ello, decía, no perjudicaría a nadie, pues estas bebidas "de puro vicio eran objeto de abuso por parte de la gente de la Fleve y los Esclavos, y la subida de precio contribuiría incluso a un beneficio político y moral. Por otra parte no era nada excesivo lo que

se pedía si se comparaba su precio con el de otras ciudades, citándose el caso de Salta, en donde cada carga llevaba un impuesto de 13 pesos. (51).

El Cabildo confiaba en que, debido a la piadosa obra de que se estaba tratando, Su Majestad concedería la gracia del impuesto de un peso a todos los aguardientes y bebidas alcohólicas introducidos tanto por tierra como por agua. Y así con este producto se podría hacer frente a las urgentísimas necesidades del Hospital:

"Con éste derecho que se exija generalmente á todos los Aguardientes que por Agua, ó Tierra se introduzcan en esta Capital, y con las demás entradas que tiene hoy el Hospital, y constan de los estados que se hallan agregados, considera el Cabildo podrá ocurrirse a las actuales urgencias, y socorrer las mayores necesidades, y concluidos los expedientes que se hallan pendientes sobre otras gravísimas urgencias, á que tambien es preciso atender, arregladas las contribuciones sobre las especies que han de hacer al fondo de los Propios competentes para ellas, podrán meditarse las que se puedan gravar para aumentar la Renta de dicho Hospital hasta la Cantidad que justamente se estime necesaria, precissa para completar el numero de 200 camas diariamente ocupadas, cuio Calculo en el nº y en el Gasto, está girado con moderación." (52).

Con tal presupuesto se podría también realizar el proyecto de traslado del hospital a la residencia jesuita, pero en este punto el Cabildo hace presente que al efectuar dicho traslado se tuviera en cuenta que tanto el edificio como el solar eran propiedad del cabildo en aquel entonces, y por tanto quedarían a disposición del mismo, quien a su vez podría destinarlo a cualquier otro fin que pudiera servir para el beneficio público. (53).

Y por la misma representación pública que el Cabildo se arrogaba, hacía presente a Su Excelencia que dicho Cabildo tendría facultad, autoridad y competencia para poder exigir cuantos informes fueren necesarios, de la administración llevada a cabo por los religiosos del Hospital, aunque le constaba que éstos habían realizado hasta la fecha su labor con muy buena disposición y orden. (54).

Como continuación a este largo proceso citaremos el Auto de la Junta Superior de la ciudad sobre el hospital, de fecha 1 de diciembre de 1790, en el que se habla ya de los siguientes puntos:

Haberse acordado la ampliación de la Residencia de los "expatriados", con la conformidad de médicos, testigos, Síndico Procurador, Cabildo y Tribunal de Cuentas, sin haberse hallado ninguna oposición. Para ello se gravarán las especies de bebidas de "puro vicio", lográndose una importante reducción en el precio del alojamiento, equivalente a dos reales y medio.

El aguardiente, venga de donde venga -continúa- será gravado con un peso por barril, y el barril de vino con dos reales, y de este modo se podrían mantener las 200 camas, "hecho del cual se informará a S.M." (55)

Y en 19 de junio de 1792 se hace saber la resolución fiscal sobre los pretendidos aumentos de fondos para el Hospital, manifestando que la Junta Superior de Temporalidades ya había acordado aplicar la Casa de la Residencia para Hospital y que igualmente se había concedido que se arbitrasen las medidas menos gravosas para el comercio con el fin de obtener un incremento en las rentas y los propios de la ciudad, tan necesarios para el fomento y reconstrucción de ciertos edificios de carácter público como el hospital y la cárcel. En lo referente al punto de gravar los vinos y aguardientes, el Fiscal de S.M. decía:

"El Fiscal en el expediente general promovido por dicho Ilustre Cabildo fue de dictamen en la respuesta que dio con fecha 5 de junio de 1790 que se gravassen los vinos que vienen por mar a beneficio de los Propios de la Ciudad con la misma contribucion que pagan los de Tierra y que lo mismo se hiciesse por lo tocante a los Aguardientes." (56).

Y todo ello, como es natural, a beneficio del hospital.

El largo y complejo expediente iniciado por la orden betlemita años atrás, terminaría por fin con el traslado a la Residencia, de los enfermos acogidos en el hospital de Santa Catalina. Todo el expediente se halla contenido en una Real Cédula de S.M. de 24 de mayo de 1795, dirigida al Virrey de Buenos Aires, en la que se hace referencia a la petición de los betlemitas para el aumento de camas, necesidad de ampliación del hospital por no haber espacio suficiente para albergar y separar a los enfermos, sus exiguas rentas; y todos los informes que sobre el hospital, sus cuentas y sus necesidades ofrecieron la Junta Superior de la Real Hacienda de Buenos Aires en 18 de enero de 1791 sobre el proyecto de gravar las especies "de puro vicio"; el Cabildo secular, solicitando se aprobase su intervención y administración en las rentas de dicho hospital; la representación hecha por el Virrey en 20 de septiembre de 1792, y el expediente de la Junta Provincial de Temporalidades que proponía la utilización del edificio que había pertenecido a los jesuitas expulsos, más conocido con el nombre de Residencia, para que fuera convertido en hospital. (57).

Si bien en dicha Real Cédula se hacía consciente S.M. de todas aquellas urgentes peticiones que se le formulaban, consideraba, no obstante, no acceder, por estimarlo muy perjudicial, al aumento y gravamen de un peso en las bebidas de "puro vicio" -vino y aguardiente- procedentes de España, por lo que aconsejaba que se buscasen otros medios con los que hacer frente a las exiguas rentas del hospital y los escasos propios de la ciudad:

"...teniendo por conveniente no gravar con cantidad alguna el Bino y Aguardiente de España he resuelto se discurran otros arbitrios para dotar dicho Hospital que no recaigan sobre el Comercio de generos y frutos nacionales que deseo prospere y no se lograria imponiendole sobrecargas". (58).

Vemos, pues, cómo las dificultades no terminaban para el hospital ni para los religiosos, quienes soportarían aún muchas cargas en los años posteriores, y cómo las cortas rentas quedarían desbordadas por el aumento incesante del número de enfermos, a medida que la población de la ciudad crecía.

En cuanto al traslado del Hospital a la Residencia, en la citada Real Cédula de 1795 se hacía expresa la voluntad Real de que así se efectuase: "...he tomado la Providencia correspondiente para su establecimiento en ella." (59).

Con fecha 25 de mayo del mismo año, el Virrey recibía una Real Orden comunicada por don Eugenio de Llaguno por la que se daba permiso a los religiosos del Hospital para que trasladasen el mismo a la casa de los jesuitas expulsos, en estos términos:

"Excmo. Señor: Con motivo de lo representado por el Procurador General de la Religión Betlemita de esa Ciudad sobre que el Hospital que tiene en ella se traslade a la Casa que fue de los Regulares expulsos nombrada la Residencia por la suma estrechez en que se hallan los enfermos y otras concideraciones; se ha servido el Rey resolver a consulta del Consejo de Indias de 18 de Octubre ultimo que el citado Hospital se traslade a la mencionada Casa llamada de Residencia; y encargar de V.E. que conforme a lo prevenido en el Capitulo 25 de la Ley 5ª titulo 4º libro 1 de las Municipales esté a la mira para que las cuentas del incinuado Hospital las tomen annualmente los Oficiales Reales con asistencia del Fiscal, y del Procurador Sindico de esa Ciudad. Examinandose despues por el Tribunal de Cuentas para la aprovacion de V.E. que de vera dar cuenta a S.M. de Real orden lo participo a V.E. para su inteligencia y devido puntual Cumplimiento". (60).

Con este motivo se efectuaría el traslado a la Residencia de los enfermos convalecientes y de los incurables (61), quedando para los presos enfermos el convento betlemita de Santa Catalina (62).

Con el traslado, como hemos dicho, los problemas no cesan, e incluso se encuentran controvertidas opiniones sobre la labor desarrollada por los betlemitas, en boca de varios testigos. Así, aunque en ocasiones hallamos referencias haciendo alusión a la buena administración de algún prefecto, como leemos en un acta del Cabildo de 20 de abril de 1804, en la que se alaban los grandes progresos efectuados en el Hospital y en la Residencia por el prefecto fray José de San Vicente, no son de la misma opinión las manifestaciones de algunos médicos que atendían el hospital (63) y que denunciaban los enormes fallos y desatenciones con que se encontraban los pobres enfermos. También las opiniones contrarias a los betlemitas en cuanto a su mala administración nos son referidas por el propio Virrey, Marqués de Loreto, que afirmaba que a pesar de contar el hospital con una renta muy exigua, no llegó nunca a comprender los gastos superfluos que a veces se hacían, lo que le mantuvo siempre en sospecha, porque "haviendo notado que en medio de la escasez, sobre que clamaban excedían en las fiestas, y Novenas los aparatos, y los costos que convertidos en socorros para las enfermerías, las aseguraban también una asistencia de que distrahen tales funciones a los Hospitalarios, y sus congregados" (64).

Y ya a comienzos del siglo XIX (10 de diciembre de 1810) se presentaba en el Cabildo un informe de don Ildefonso Paso y don Juan Pedro Aguirre a los que se les había ordenado una investigación acerca de las circunstancias por las que atravesaba el Hospital, y para que informasen de la "delincente conducta de los religiosos que lo sirven". (65).

La presencia de los betlemitas en Buenos Aires no puede considerarse más que a la luz de las circunstancias que rodearon al hospital desde su fundación. En primer lugar, su tardía aparición determinó que la orden se encontrase, desde el comienzo, con unas deficiencias que fueron arrastrándose a lo largo de

su permanencia en el mismo. (66). Junto a ello, los problemas económicos de todo tipo, el largo proceso de la burocracia, y la expansión de la ciudad en el siglo XVIII, determinaron que la orden no pudiera abarcar ni desarrollar la labor de asistencia que se le pedía.

Pese a tan serios inconvenientes, es un hecho, sin embargo, que la ciudad empezó a contar con un centro hospitalario avanzado ya el siglo XVIII, por lo que en un reducido número de años hubo de hacer frente al delicado problema de la asistencia sanitaria para lograr ponerse a la altura de otras ciudades contemporáneas.

EL TEMA DE LA POBREZA. SU REGULACION JURIDICA.
EN ESPAÑA.

Antes de pasar al estudio del tema de la mendicidad en Buenos Aires, es conveniente hacer un pequeño resumen de los aspectos más significativos que el problema de la pobreza y su regulación jurídica tuvo en épocas anteriores al siglo XVIII.

En España, en efecto, toda la legislación, así como la literatura, desplegadas por juristas y escritores sobre los conceptos de pobreza, tuvieron una clara influencia del mantenido por la Iglesia Católica, para quien el mandato evangélico de socorrer a los pobres y, aún más, la predicación de la "pobreza evangélica", constituyeron siempre el principio del camino de salvación.

La legislación encontró, sin embargo, más serias dificultades a la hora de establecer una distinción entre los pobres verdaderos y los que no lo eran: vagos, maleantes, vagabundos y pobres fingidos, para quienes se crearon otras leyes específicas. Las circunstancias por las que se atravesó durante los siglos XVI y XVII, las consecuencias de guerras, epidemias, la afluencia de gente atraída por la ciudad bajo el espectro de la riqueza, la afluencia del oro de las Indias, incrementó el número de pedigüeños y el negocio picaresco de la limosna, hecho que se desarrolló también en las ciudades americanas; y resultaba difícil establecer una tajante separación entre el pobre y necesitado auténtico y el pillo y el estafador.

Para regular el problema de la pobreza fueron abundantes las disposiciones promulgadas. Las leyes que a tal efecto fueron apareciendo a lo largo del siglo XVI -años de 1523, 1525, 1528, 1534, etc.- regulaban ya los requisitos y las licencias que se debía poseer para poder pedir limosna. Así, se decía,

por ejemplo, que los pobres pidieran exclusivamente en sus lugares de origen, con el fin de evitar su concentración abusiva en las ciudades, pretendiéndose, además, con este motivo, hacer una mejor clasificación para separar al pobre auténtico del holgazán. (67).

Igualmente se dispuso que ningún pobre pidiera limosna sin la correspondiente cédula del cura de su parroquia, que tales licencias se dieran a los pobres que de verdad lo fueren y no pudiesen trabajar y no a otros, que se diesen sólo a los pobres que estuviesen confesados y comulgados, y también se facultaba a los ciegos para que, sin licencia, pudiesen pedir en sus lugares de origen. (68).

Las leyes de años posteriores seguían manteniendo el postulado de que sólo se concediese a los auténticos mendigos el derecho a pedir limosna, y con este motivo, en Valladolid, en 1555, hubo una petición de las Cortes para que en cada población hubiese un padre de pobres que se ocupara en la atención y socorro de ellos. (69).

Jiménez de Salas estudia la legislación vigente en el siglo XVI sobre la mendicidad, sin que en dicho siglo se encuentren medidas que la prohíban, lo que no ocurriría hasta bien entrado el XVIII. (70).

En tiempos de Felipe II (1565) se dictan normas para que hubiese dos personas en cada parroquia dedicadas a la obtención de informes sobre el número de pobres y sus particulares circunstancias, con el fin de conseguir que los auténticos fueran los únicos aptos para la obtención de licencias. (71). Como ya hemos dicho, estas licencias consistían en una cédula otorgada por el cura de la parroquia con el visto bueno de los Justicias correspondientes, debiendo cumplir el pobre ciertos requisitos, como confesar, comulgar, no pedir durante la misa, etc.

Muchos tratadistas del siglo XVI pusieron su atención en la

pobreza ocupándose de sus peculiaridades y del tratamiento humano que los pobres debían recibir, y su aceptación por el resto de la sociedad. Y sus ideas no cayeron en saco roto, pues llegaron a tener un peso específico sobre las leyes y encontraron acogida en las Cortes, en busca de la solución del problema. Citemos, por ejemplo, a Giginta, Pérez de Herrera, Vives y Domingo de Soto.

En el siglo XVII la legislación es similar. Un decreto de Carlos II de 22 de septiembre de 1671 mantenía la prohibición de pedir limosna a todos cuantos no fuesen pobres de solemnidad (72) y en 1684 (18 de abril) se hablaba de la expulsión de mendigos forasteros de la Corte (73).

Con la llegada del siglo XVIII se va a iniciar una nueva orientación en el modo de concebir la mendicidad, pues para la mayoría de las mentes ilustradas la avalancha e invasión de mendigos en ciudades y pueblos constituía un problema que había que suprimir de raíz. Las nuevas ideas iban encaminadas no ya a establecer una división justa entre pobres y vagos o mal entretenidos, sino también a limpiar las ciudades y núcleos rurales de aquellos individuos indigentes que, si de verdad lo eran y no tenían medios de subsistencia, había que recoger en hospicios o centros especiales. Este sistema permitiría además ejercer un control sobre todos los mendigos, vagabundos de ambos sexos, niños y niñas pobres, huérfanos, etc., así como de los inválidos tullidos, ciegos o enfermos contagiosos.

Parece ser, pues, que es en el siglo XVIII donde cristallizan las teorías elaboradas por los tratadistas de siglos anteriores, y en él se daría un mayor auge a la creación de hospicios de todo tipo: para mendigos, huérfanos, expósitos, etc. También se separaba así al mendigo del ocioso o vago, destinándose estos últimos al servicios de las armas o la marina, siguiendo la legislación a la sazón vigente para la represión de vagabundos, vagos o mal entretenidos. Esto es lo que sobre el particular

ordenaba Carlos III en 18 de noviembre de 1777:

"Debiendo impedir, como Soberano y padre de mis pueblos, el abuso de la mendicidad, de que proviene el abandono del trabajo útil y honesto, y nace la multitud de vagos de ambos sexos, en quienes se pervierten las costumbres, y forma una especie de manantial perenne de hombres y mugeres perdidas; he resuelto, que en cada uno de los Sitios Reales se forme un recogimiento provisional, donde á costa de mi Real Erario se mantengan los que fuesen aprehendidos pidiendo limosna, para conducirlos después al hospicio de Madrid, en el qual permanecerán, si fuesen verdaderos pobres impedidos, ó en tal edad que puedan recibir con fruto la necesaria educación, entregándose a la Justicia los demás vagos y mendigos hábiles para su aplicación a los destinos prevenidos por Reales órdenes: pero deseo evitar, que esta providencia comprehenda á las personas que, teniendo domicilio ó alguna ocupación en los pueblos inmediatos á la Corte y sitios Reales, abandonan sus trabajos, y vienen a recoger la limosna por abuso y mal entendida utilidad." (74).

En sucesivas órdenes (años 1778 y 1785) dispuso el rey que en Madrid, los Alcaldes de barrio, de Casa y Corte o el Alcalde de Vagos, llevasen a cabo una labor de investigación y control del número de mendigos existentes en cada barrio, y de las causas, motivos y circunstancias que les habían movido a practicar la mendicidad, tanto a los hombres como a las mujeres o niños. Así se pensaba poder efectuar una mejor selectividad y una más adecuada distribución del socorro a pobres, necesitados, huérfanos y enfermos. Pero una labor de este calibre no podía hacerse, según las propias palabras del rey, sin un mínimo de tacto y prudencia, como debe ser toda obra humana caritativa, evitándose en todo momento cualquier "exceso, tropelía, ultraje y mal tratamiento, como medios odiosos y opuestos al loable y piadoso

fin a que se dirige esta saludable providencia".

Todos los pobres recogidos se irían depositando en el cuartel de inválidos, y al mismo tiempo los Alcaldes confeccionarían un libro en el que constasen los individuos que se fueran aprehendiendo, con el fin de ir dando aviso a las Comunidades religiosas para que aportasen las limosnas necesarias a su alimento en el tiempo que durasen las diligencias. En otras disposiciones se ordenaba a la Junta General de Caridad que encargase a las Diputaciones de barrio la administración de ayudas, limosnas y cuidados a los mendigos enfermos, inválidos, etc. (75).

LA MENDICIDAD EN BUENOS AIRES

Todas estas disposiciones tendrían influencia a la hora de adoptar las medidas correspondientes al planteamiento de la pobreza y la mendicidad en las provincias americanas. En el caso de Buenos Aires y su provincia no eran desconocidas ni la pobreza, ni la indigencia ni mucho menos la ociosidad, el vagabundeo, etc., como ya señalábamos en otra ocasión. Existían pobres y limosneros de ambos sexos y de todas las edades, y era muy difícil establecer una selección del pobre vergonzante, del vagabundo, del mal entretenido.

La atracción de la ciudad para las gentes de los pagos próximos, de las estancias y chacras, tenía que ser singular, sobre todo a partir del siglo XVIII, al igual que sucedía en otras muchas ciudades de la época; atracción lógica porque en ella se vislumbraban mayores probabilidades de subsistencia, vida más fácil y mejores oportunidades, lo que llevaba aparejado que en el ánimo de muchos surgiese la picaresca con la idea de obtener unos ingresos nada despreciables a través del negocio de la mendicidad.

Esta picaresca no era tampoco desconocida en Buenos Aires,

y ello lo demuestran los numerosos bandos y disposiciones de gobernadores y virreyes que se dictaron sobre el incremento de la ociosidad, de los vagos, "arrimados" y mal entretenidos, problema que preocupaba seriamente a las autoridades. (76).

En ocasiones, los mendigos bonaerenses montaban un pequeño negocio a base de las limosnas y ayudas que recibían. Así sucedía, por ejemplo, con los mendigos revendedores de carne u otros alimentos que obtenían diariamente como regalo en mataderos y tiendas. Parece que la necesidad en el aspecto alimenticio no llegaba a extremos graves, sobre todo en cuanto a ciertos productos como la carne, pues recordemos lo que afirma Concoloncorvo: haber visto caer de una carreta un enorme pedazo de carne y no acercarse ningún mendigo a recogerlo, por simple pereza. (77).

La abundancia de mujeres pedigüeñas ya vimos en otra ocasión que constituía otro motivo preocupante, por cuanto ello podía comportar la corrupción, y hubo de dictarse un bando que prohibía salir a pedir a las limosneras. (78).

Junto a los mendigos falsos es indudable la existencia de verdaderos necesitados, de inválidos: ciegos, cojos, tullidos, enfermos, que no podían trabajar, y fue necesaria la intervención de las autoridades, de la Hermandad de Caridad o de la iniciativa privada para prestar alguna ayuda a aquellos desvalidos. Sobre todo se trató de realizar un tipo de selección, del mismo modo que se realizó en la Península para poder efectuar una separación del pobre auténtico y del vago. Esta clasificación se encomendó muy especialmente a los Alcaldes de barrio y a los comisionados. Recordemos por ejemplo las instrucciones dadas para el ejercicio legal de la mendicidad por Vértiz en su etapa de gobernador, en un bando de 21 de mayo de 1772:

"Ningun pobre mendicante por las calles podrá pedir limosna sin el correspondiente pasaporte ó licencia del Comi-

sionado de su distrito sopena de un año de Barranca siendo hombre y si fuere muger un año de Carcel; y para evitar el desorden que en este particular se padece, cuidara el Comisionado indagar las circunstancias precisas del Pobre para concederle la licencia y de hayar sospecha ó fraude en los que indevidamente la soliciten, los arrestarán dándome cuenta para que sufran el correspondiente castigo de Vagos y Polillas de la Republica." (79).

Vemos cómo el orden y la disciplina exigidos por Vértiz a la hora de tratar el tema de la mendicidad, se asemejaba bastante a los implantados en la Corte española, con medidas como la de no permitir pedir limosna sin la licencia o tablilla correspondiente que acreditase la verdadera necesidad del mendigo.

Las instrucciones que se dieron a los Comisionados y encargados de barrio y luego a los Alcaldes de barrio y distrito, contenían normas encaminadas a evitar los falsos pobres, llevar un recuento de los mismos, etc. Estas eran las dadas a los Alcaldes de barrio por don Nicolás Antonio de Arredondo en 4 de enero de 1794:

"Tendrán cuidado con los Pobres Mendigos para ver si es Verdadera su indigencia, y necesidad, ó abusan de la Piedad publica ocultandose con este disfrás para cometer excesos, y darán aviso de qualesquiera cosa que en el particular hallasen digna de remedio. (80).

Se observa por tanto en Buenos Aires y a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, una mayor preocupación por la existencia de pobres y limosneros que invadían las calles, y se intenta ejercer, al igual que se venía haciendo en otras ciudades de la época, un mayor control policial sobre los mismos en averiguación de las causas de su pobreza, con el fin de buscar solución a tan arduo problema y poder separar la verdadera indigencia de aquello que sólo era instrumento de la picaresca.

Fue en todo momento ilusión de Vértiz que Buenos Aires pudiera contar con algunos centros en donde las miserias humanas y la desgracia encontraran alivio en la medida de lo posible, manteniendo y mejorando los ya fundados. Trató de asimilar todo el progreso que en el campo de lo benéfico había observado en otras ciudades, particularmente Madrid, y pretendía que la capital bonaerense fuera asemejándose en todo y, por supuesto, en sus obras benéficas, a las ciudades ^{de} mayor categoría del siglo.

En la relación de gobierno tras su etapa de Virrey, Vértiz subraya la importancia que tuvo la fundación de la Hermandad de la Santa Caridad, bajo cuyos auspicios fue creada la Casa de Huérfanas y el hospital de Mujeres, la casa de expósitos o Casa Cuna, al mismo tiempo que se vanagloriaba de haber sido el promotor de la casa de corrección de mujeres y del Hospicio para pobres. (81).

Con la creación del Hospicio para pobres mendigos, Vértiz se ponía a la altura de las mentes ilustradas de la época, cuya directriz era la de limpiar las calles de pordioseros, y recluir a los pobres en hospicios donde pudieran recibir lo necesario para su sustento por medio de las limosnas y de los trabajos que cada uno pudiera desempeñar.

Un bando de 8 de noviembre de 1783 se refería a la forma y manera en que se habría de llevar a cabo la aprehensión de pobres mendicantes. En él se hace expreso el deseo de creación de un hospicio, interinamente el Colegio de Belén o la Residencia que perteneció a los jesuitas. En dicho hospicio se recogería a todos los mendigos, hombres y mujeres, los cuales dispondrían en él de todo lo necesario para vivir, lo que se conseguiría no sólo mediante limosnas, sino por el trabajo que se repartiría a cada uno según sus aptitudes o circunstancias.

Para dirigir y efectuar las diligencias oportunas a tal fin se designó al Capitán de Milicias de Caballería don Saturnino José Alvarez, debiéndose presentar ante dicho comisionado en el

plazo de quince días todos los pobres de la ciudad, para establecer su cómputo, fijar el día en que podían acudir ya a residir en el hospicio y hacer los preparativos necesarios para acondicionar el local y las habitaciones y camas suficientes. (82). Esta idea de Vértiz pretendía acabar con la mendicidad callejera y con los falsos mendigos:

"Y en atención de este ventajoso medio de subsistir que se les proporciona, y se extiende a los que después vinieren a padecerlas, prohíbo que pidan en adelante limosna, así los Pobres que se hayan recogidos, como los que no se hubiesen presentado." (83).

Se fijaron penas para los que siguiesen pidiendo limosna y para los que no se presentasen según la orden del Virrey, que eran de dos meses de reclusión en el Hospicio por la primera vez, seis por la segunda y reclusión perpetua por la tercera. Igualmente se mandó penar con cuatro pesos de multa a cuantas personas diesen limosna a los pedigüeños, y que si alguien quería hacer un donativo de la cantidad que fuese, se lo entregase a la persona comisionada para dicho Hospicio, la cual se encargaría de aplicarlo a las necesidades del centro. (84).

La decisión de Vértiz fue, pues, debida a su idea de lo perjudicial que para todo Estado significaba el tener sus ciudades "infestadas de Pordioseros" (85), y porque la falsa indigencia predominaba sobre la verdadera, y este desbarajuste iba en contra de la propia "seguridad" del resto de la sociedad.

Tras la creación del Hospicio, sus resultados fueron anotados por el propio Vértiz, haciendo ver cuánta farsa existía en gran cantidad de limosneros. Cuando se refiere a las consecuencias de la orden sobre presentación de todos los mendicantes, dice:

"De esta providencia ha resultado que de tantos mendigos de uno y otro sexo, como cruzaban estas Calles, solos nueve

son los existentes en dicho Hospicio, y entre éstos cinco Locos, sin que haya ocurrido mas muger, que una infeliz Par-da natural de Guinea, vieja y achacosa, y de que deve inferirse que todos los demas hacian profesion de Mendicidad, y tenian por oficio éste methodo de vida; contra estos deve armarse la justa indignacion de V.E., por que son muchos los males que causan en las Republicas: huyen del trabajo, distrahen a los que viven ocupados: seducen por el exemplo, excitan a la pereza, y por lo comun son la causa proxima ó remota de los hurtos, ú otros desordenes no menos perjudiciales á la sociedad". (86).

En cuanto a las condiciones de vida que se ofrecían en dicho hospicio, Vértiz señala que en él se les proporcionaba "bastante auxilio a su indigencia", no escaseando más que en el vestuario, cosa que el Virrey no dudaba que se solucionaría sin lugar a dudas con la ayuda de todo el "caritativo" vecindario. (87).

& &
&

CONCEPTO DE LA "MUJER PUBLICA" EN EL AMBITO HISPANO
AMERICANO. CREACION DE LAS CASAS DE CORRECCION Y
DE RECOGIDAS. SU INSTITUCION EN BUENOS AIRES.

Entre las instituciones más interesantes en el ámbito del mundo hispanoamericano que empezaron a difundirse a partir del siglo XVI, se encuentran los centros de reclusión para mujeres públicas o las casas de recogidas para mujeres "arrepentidas". Estas instituciones podemos considerarlas como verdaderos centros de asistencia social para la mujer, en cuanto que sus fines eran esencialmente los de servir como correccional o reformatorio para unas mujeres que habían tenido en la vida pocas oportunidades, dedicándose por ello especialmente a la prostitución o la mendicidad. En dichos centros se pretendía regenerar y recuperar para la sociedad a estas mujeres por medio del trabajo y la oración, con una férrea disciplina. No existieron, sin embargo, criterios fijos que delimitaran la clase de mujeres que en aquellos centros habrían de admitirse, variando, pues, de unas fundaciones a otras.

Así, existían las casas de corrección específicas para mujeres de mala conducta o públicas, a las que generalmente se reclusa allí por la fuerza, y aunque si bien podría creerse que tuvieran concomitancias con las cárceles de mujeres, existían diferencias esenciales, sobre todo porque las casas de corrección tenían como meta principal acabar con la delincuencia femenina, cosa que difícilmente podría conseguirse en las cárceles o galeras (88).

Otras veces en las casas de corrección se admitían mujeres que se albergaban allí por diversas causas, como por ejemplo mientras duraban los trámites de anulación matrimonial, hijas de familia rebeldes, viudas, pobres, etc.

También existieron casas de recogidas para "arrepentidas", es decir, para mujeres que habían roto con su antiguo modo de vida y que se internaban en dichos centros, no por la fuerza, sino por consentimiento propio, siendo quizá estos centros los que más se asemejaban a los beaterios.

Para poder hallar una respuesta válida a la necesidad de creación de estos centros hay que buscar sus orígenes en la mentalidad que sobre la conducta y la moral femeninas se ha tenido antes y después de la Edad Media.

Sabido es que la moral pública era objeto de especial defensa por las autoridades españolas, y que en esta defensa fue característica la idea de que las mujeres, por constituir el sexo débil, eran las más expuestas a caer bajo las tentaciones mundanas. Por eso la mujer era tenida como símbolo de virtudes, pero también había que mantenerla apartada de las posibles causas de corrupción.

No obstante, tanto en el mundo cristiano europeo como en el indígena americano, existían mujeres públicas entregadas a la prostitución, y tal existencia fue incluso aprobada por las autoridades españolas durante la Edad Media, llegándose a la determinación de apartar a las ramera y prostitutas del resto de la población, a lugares señalados: las casas de mancebía.

Como afirma Josefina Muriel, en lo que se refiere al mundo indígena americano, la prostitución allí tampoco era desconocida, existiendo y siendo consentidas las llamadas "alegradoras". (89).

Las marcadas diferencias que a lo largo de los siglos han venido separando el mundo masculino del femenino, entre las que se cuentan, por ejemplo, la imposibilidad de las mujeres de realizar ciertos trabajos o actividades que hubieran podido ayudar a subvenir a sus necesidades; el carecer de ciertas prerrogativas

del sexo contrario, las menores posibilidades para elevar su nivel cultural y social, el carácter paternalista con que siempre se trató a la mujer, y junto a ello las consecuencias de las guerras que originaban una gran cantidad de viudas y huérfanas sin medios de subsistencia; todas éstas fueron causas de que se produjera un aumento de la mendicidad femenina y, en consecuencia, el desarrollo de la prostitución, constituyéndose así un círculo vicioso entre la necesidad y la corrupción de costumbres. La sociedad descargaba así toda clase de injurias y de responsabilidades sobre aquellas mujeres públicas, pero no así sobre los hombres que mantenían y hacían posible la existencia de las casas de prostitución o mancebías. (90).

En cuanto a las autoridades españolas, optaron éstas por adoptar unos límites de permisividad para la existencia de aquellos lugares, con tal de que se mantuvieran alejados del resto de la comunidad, para no ocasionar ningún perjuicio a la moral pública. La preocupación por la defensa de esta moral fue una constante no sólo en los límites de la España metropolitana, sino en todas y cada una de las provincias americanas. Valga, a título de ejemplo, una Real Cédula fechada en 26 de febrero de 1666 en la que la reina regente Doña Mariana de Austria exhortaba tanto a las autoridades civiles y militares de la Península como a las de Indias, para que estuviesen siempre dispuestas a impedir toda violación de la moral y las buenas costumbres:

"Por quanto el Rey mi Señor que Santa gloria haya con santo celo, encargó repetidamente a sus Consejos y Tribunales, diesen las ordenes necessarias para que en la jurisdiccion de su distrito, se atendiese mucho a la enmienda de los pecados públicos; debiendo yo continuar tan justo propósito, he resuelto encargarles lo mismo con todo aprieto, para que por este medio se concilie la protección de Dios nuestro Señor, á beneficio de esta Corona, y conviniendo

que se vele con el mismo cuidado para este fin, en las Indias Occidentales, Islas y tierra firme del Mar Oceano, he tenido por bien dar la presente; por la cual mando a los Virreyes, Presidentes y Gobernadores de aquellas Provincias: y ruego y encargo a los Arzobispos, y Obispos de las Iglesias Metropolitanas, y Catedrales de ellas, que cada uno en su distrito y jurisdiccion, atiendan mucho a que se cultiven las buenas costumbres, castigando los vicios y procurando que con las penas impuestas, o las que pareciese imponer se suprima la relajacion que se experimenta en el de los juramentos, tomando mui por su cuenta la reformation de las costumbres, en eclesiasticos y seglares cada uno por lo que le toca, y que se desarraygue la semilla de los pecados publicos; disponiendo por los medios que tubiesen por mas justos, y eficaces, la enmienda y correccion de ellas..." (91)

Como vemos, en esta Real Cédula se atacaba a los vicios que minaban la moralidad y las buenas costumbres y que habían hecho mella en ciertos sectores de la sociedad, no sólo entre los seglares, sino también en los ámbitos eclesiásticos.

Pues bien, esta preocupación por la moral pública va a acentuarse a partir del siglo XVII y a lo largo del XVIII, y es precisamente en este último siglo cuando empieza a considerarse como algo perjudicial para la comunidad la permisión de locales donde se pudiera ejercer "legalmente" la prostitución. El hecho es que empieza ya a desarrollarse una nueva concepción acerca de las mujeres públicas, y como señala Josefina Muriel, el término "delincuente" iría sustituyendo al de "pecadora".(92).

Pero ¿cómo solucionar el problema de la prostitución? El único medio que se consideró como más eficaz fue el de recluir a estas mujeres no en cárceles o prisiones, sino en unos centros correccionales, con fuerte disciplina, que sirvieran para su reeducación y regeneración, y una vez conseguidas éstas, si no

había orden en contra de las autoridades, podían lograr de nuevo la libertad.

Es lógico, en cierto modo, que al amparo de estas ideas se multiplicaran las casas de recogidas, de corrección, de arrepentidas o cualesquiera otros centros de similares características. Así, tanto en España como en América fueron numerosas las fundaciones de este tipo, unas veces debidas a la mano de las autoridades, otras a la iniciativa privada. (93).

Con el transcurso de los años y especialmente a partir del siglo XVIII, se trató aún más de aislar a las prostitutas del resto de la sociedad, por estimarse que constituían un motivo de escándalo, fomentándose por tanto una corriente de no tolerancia de las mancebías, tal y como habían venido permitiéndose. Al mismo tiempo iba ganando terreno la convicción de que lo verdaderamente necesario era recluir a estas mujeres en centros donde pudieran arrepentirse de sus pecados y en los que encontrarán un nuevo sentido y orientación de sus vidas.

La vergüenza pública que se cernía sobre la mujeres de conducta ligera llegaba también a las madres que daban a luz hijos ilegítimos. Para éstas, sobre todo cuando eran mujeres pobres, sin medios y sin cultura, se crearon centros especiales con el fin de alojarlas durante el embarazo. Estos centros eran a veces casas contiguas a las de recogidas, o locales adaptados para ello en los hospitales, en algunos de los cuales se abrían salas destinadas a "partos vergonzosos". Tal es el caso, por ejemplo, de Madrid, donde la Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza, también conocida como la Hermandad del Pecado Mortal, disponía desde 1766 de una casa alquilada, sita en la calle de Hortaleza, y perteneciente a la Comunidad de Santa María Magdalena de las Recogidas, para el "socorro y ocultacion de mugeres Pobres y embarazadas ilegitimamente". (94).

La técnica que para la corrección y reforma se empleaba era algo muy tenido en cuenta por los directores de aquellos centros y por las autoridades, a la hora de redactar los estatutos. En las casas de recogidas se repartía el tiempo entre la oración, la penitencia y las labores, con cuyo producto se ayudaba a mantener el centro. Algunas de estas casas tuvieron fama de virtud y ordenada vida.

La rehabilitación de estas mujeres constituía el fin principal de tales centros, y así, el 17 de abril de 1792, el director de la Casa de Recogidas de Madrid, don Pedro Joaquín de Murcia, manifestaba que junto a la Casa de recogidas podría muy bien crearse otra en la que se diese albergue a jóvenes delincuentes, pero no en grado sumo, o que no fueran "prostitutas del todo", con objeto de que tuvieran fácil comunicación con las recogidas, para lograr que éstas las inculcaran y enseñaran su conocida "virtud, instrucción y prudencia". Allí estarían las jóvenes durante el tiempo que durase su condena, obteniéndose así una particular ventaja si se lograba su regeneración. Este método, se decía, ya se venía practicando por algunas señoras en la cárcel de mujeres. (95).

Los recogimientos constituyeron, pues, una de las instituciones españolas que lograron también una amplia difusión en todas sus provincias americanas y filipinas. Tales instituciones sirvieron, como señala Josefina Muriel, de hogar temporal y de protección, mientras tomaban estado, de muchas jóvenes; proporcionando asimismo protección o corrección a viudas, pobres, y prostitutas. Todo ello es considerado por la citada autora como una labor positiva de la política española, pues daba a la mujer una categoría distinta a la del hombre, al crear para ella lugares donde pudiesen pagar, pero al mismo tiempo corregirse, por

sus delitos, es decir, se creyó en la "capacidad de conversión" de la mujer y redención por el trabajo, cosa que no se hizo con el hombre. (96).

Para la delincuencia femenina existía en la ciudad de Buenos Aires una cárcel de mujeres que no reunía las mínimas condiciones no sólo por la pobre calidad del edificio, sino por la escasez y penuria económica para el mantenimiento de la institución, y la nula atención que se prestaba a la regeneración de las reclusas. En varias ocasiones se pidió al Cabildo, como así consta en sus actas, una mayor atención hacia la cárcel de mujeres, debido al estado de ruina en que estaba el edificio y a las malas condiciones en que vivían aquellas desgraciadas. (97).

En cuanto a la mendicidad no era sólo monopolio de los hombres, pues también se practicaba por mujeres, jóvenes huérfanas o pobres hijas de familia, no descartándose tampoco la picaresca y el "negocio" que, de antiguo, comportaba tal ejercicio.

En 7 de mayo de 1735 empezó a debatirse en el Cabildo una proposición expuesta por el Síndico Procurador General, en la que se trataba del abuso existente en la ciudad de mujeres y jovencitas que pedían limosna, prácticas que había que desterrar de algún modo, y proponía en primer lugar que fuese informado de ello el señor Gobernador, con el fin de que se adoptasen las medidas oportunas para evitarlo. (98). Días más tarde -el 14 de mayo- el Alcalde de segundo voto y el Alcalde Provincial de la Diputación, a quienes en el acuerdo anterior se les había deputado para encargarse del asunto de las mendigas o limosneras, informaron que ya habían hablado con el señor Gobernador, quien, según dijeron, estaba dispuesto en todo momento a colaborar en cuanto fuere necesario para evitar la mendicidad de las jóvenes, y que también fue tema de conversación la fundación de una Casa de Recogidas, idea que, al parecer, estaba en el ánimo de todos. (99).

La cuestión de las limosneras seguía planteándose en el Cabildo al año siguiente, esto es, en 1736, concretamente el 17 de mayo, fecha en que el Procurador General vuelve a insistir sobre el perjuicio que se experimenta en muchachas de "tierna" edad que andaban pidiendo limosna por las calles. (100). Como en otras ocasiones, vuelve a encomendarse a dos personas, esta vez al Alcalde de segundo voto y a don Juan de Palma, una entrevista con el señor Gobernador y el señor Obispo acerca del problema, y el 19 de mayo dichos diputados manifestaron que, como consecuencia de sus conversaciones con aquéllos, ese mismo día se había "roto Bando" por el que se prohibía que las jovencitas o limosneras anduviesen pidiendo por las calles de la ciudad, siendo detenidas si persistieran en su actitud. (101)

El hecho de que se considerase altamente perjudicial la mendicidad de la juventud femenina, señala los diferentes puntos de vista que se aplicaban a cada uno de los sexos, quizá marcados por ese signo paternalista a que nos hemos referido, pero que no obstante hay que reconocer que tuvo sus compensaciones para la mujer al tratar de evitar su degradación.

La instrucción y rehabilitación de aquel elemento femenino que, sin incurrir en graves hechos delictivos, era sin duda una clase marginada, sin ninguna forma de encauzamiento o corrección, fue un tema preocupante para las autoridades bonaerenses. Ya hemos visto cómo en el Cabildo, con fecha 14 de mayo de 1735, se hacía mención de la necesidad de fundar una Casa de Recogidas en la ciudad; y este propósito será objeto de sucesivos planteamientos en años posteriores.

El 15 de noviembre de 1753 se recibió en el Cabildo la visita del Secretario del señor Obispo para dar la noticia, de parte de Su Ilustrísima, de una idea que mantenía en su ánimo de fundar una Casa para recogidas, a cuyo fin ya se había co-

menzado a pedir limosnas. Y con el propósito de conseguir toda la ayuda necesaria para tal empresa, el señor Obispo rogaba al Cabildo que tomase parte en dicho asunto y colaborase en cuanto le fuera posible. Ante aquella petición el Cabildo se mostró identificado con tan "santa obra", y pareció dispuesto a concurrir en lo necesario para la fundación de una Casa de Recogidas. (102).

De 23 de septiembre de 1767 conocemos otra información sobre la Casa de Recogidas, del propio Cabildo, en la cual el señor Alcalde manifestaba que se hiciera petición a Su Majestad para que, cediendo el Colegio de la Residencia de los Jesuitas expulsos al Hospital de Hombres, el presente Hospital antiguo de San Martín fuese acondicionado, parte para hospital de mujeres, y el resto para Casa de recogidas. (103).

La determinación fue que la Casa de Recogidas se instalaría en el antiguo local dedicado a casa de Ejercicios para hombres, y que había estado en manos de los jesuitas. Es el propio Vértiz, en su Memoria de Gobierno, quien se vanagloria de haber creado para la población dicho centro, el cual sería de indudable garantía en un futuro para evitar los "escándalos públicos" y las "ofensas a Dios" en Buenos Aires. En aquella casa se recluirían todas aquellas mujeres de mala fama que hubieran dado muestras de irregular conducta, corrupción de costumbres, o simplemente mujeres públicas, y así de este modo se evitaría, según era la opinión general, un grave inconveniente para los ciudadanos honrados, como atestiguan las propias palabras de Vértiz:

"...establecer en ésta Capital Casa de Correccion, destinando la que estuvo al cuidado de los Expatriados, y havia costeado y dotado un particular para Exercicios espirituales de Hombres en élla se recogen todas las Mugerres de mal vivir, y entregadas al libertinaje y disolucion; determinando el

tiempo a proporcion de lo que resulta por la averiguacion o conocimiento que preceda, ó por su reincidencia é incorregibilidad: se les emplea en trabajos propios de su Sexo y hasta ahora han sido tan fructuosos, que con exceso han sufragado para todos los gastos, y su sustentacion y vestuario: élla es obra útil, contiene manifiestamente el desorden, y no graba de modo alguno al Publico, por lo mismo debo persuadirme que V.E. la continuará, pues aun sirve éste destino para otras Correcciones de Mugeres, en que se embarazaría el Gobierno por su falta." (104).

Lo expuesto por Vértiz nos da idea de que la Casa de Recogidas de la ciudad funcionaba en la misma forma que los demás centros similares esparcidos por todo el ámbito hispanoamericano. Las delinquentes eran allí recluidas por un espacio de tiempo determinado, según sus faltas; unas podrían "rehacer" su vida, pero se observa también que muchas eran incorregibles y reincidían.

El producto del trabajo que las allí recluidas ejercían -labores u otro tipo de trabajos domésticos- se destinaba a su propia alimentación, vestuario y necesidades de la casa. Y según hemos observado en las palabras del Virrey, esta autofinanciación era suficiente para mantener sus necesidades.

En algunos casos la autoridad también contribuía con ciertas concesiones, como sucedía el 7 de diciembre de 1790, fecha en que en el Cabildo se recibió un pliego del señor Virrey disponiendo que el pan que se recogiese por no cumplir el peso exigido por el arancel, fuese destinado para la Casa de Recogidas sita en el antiguo local de ejercicios espirituales para hombres. Esto pasaría a ser de la incumbencia del Regidor que en aquel momento estuviese encargado como Fiel Ejecutor, el cual, al concluir su mandato, transmitiría dicha obligación a sus sucesores. (105)

LA HERMANDAD DE LA SANTA CARIDAD. EL COLEGIO DE
HUERFANAS DE BUENOS AIRES Y LA ATENCION SOCIAL
DE LA MUJER.

Hasta bien entrado el siglo XVIII, Buenos Aires no contó con una entidad benéfica legalmente reconocida, con reglamento propio y con la aprobación real, que se ocupara de la asistencia de los pobres enfermos, de los abandonados sin recursos, o de los mismos presos, en particular de los ajusticiados que no contaban siquiera con un entierro digno. Aunque nos consta que hubo en la ciudad un determinado número de personas que venían preocupándose por esta labor muchos años antes, se cree fueron las nefastas consecuencias de una grave epidemia que asoló la ciudad por 1727, las que indujeron al Gobernador Bruno Mauricio de Zabala a apoyar la feliz iniciativa de un grupo de vecinos guiados por don Juan Alonso González para atender a los enfermos y enterrar a los muertos (106).

Así se formó una junta benéfica y caritativa cuyo objetivo era atender con particular interés a todos aquellos fines piadosos como asistencia a los pobres, desvalidos y menesterosos, y al enterramiento de sus cadáveres en caso de fallecimiento, realizando la misma obra pía con los presos ajusticiados. Tal proyecto contó con el beneplácito tanto civil como eclesiástico, disponiéndose que de su creación se informase a Su Majestad, con el fin de obtener su aprobación. En la primera junta se contó con la asistencia del Obispo y del Gobernador (107), y se establecieron los planes a seguir así como la formulación de un reglamento específico.

El resultado fue el nacimiento de la Hermandad de la Santa

Caridad de Buenos Aires, quien inspiraría su constitución en la Hermandad de semejantes características que funcionaba en Cádiz, y aunque la Real Cédula que aprobaría su reglamento no se expediera hasta el año 1754, los integrantes de tal asociación benéfica comenzaron pronto su tarea, que se inició con la construcción, a sus expensas, de una capilla en el barrio Alto de San Pedro, puesta bajo la advocación del señor San Miguel. (108).

Después de recibidas las constituciones por las que se regía la Hermandad de Cádiz y de ser adoptadas con la aprobación del señor Obispo para que asimismo fuesen norma en la Hermandad de Buenos Aires, se enviaron los imprescindibles informes a Su Majestad por el Cabildo, el señor Obispo y el señor Gobernador, para que consintiese en su aprobación. Y como decimos, en 16 de octubre de 1754, el Rey, habiendo escuchado las peticiones e informes favorables que sobre dicha institución le habían hecho el Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, el Prelado y el Cabildo secular, decidió aprobar la creación de la Santa Hermandad de la Caridad de la ciudad de Buenos Aires y la erección de su capilla, encomendando a todos la cooperación en fin tan útil y loable:

"He venido con reflexion a lo expuesto por mi Fiscal, y principalmente á el piadoso destino de esta fundacion en aprobarla, como tambien la ereccion de la referida Capilla. Por tanto mando a mi Gobernador de la expresada Ciudad de Buenos Aires y demás Ministros mios á quienes en cualquier modo tocare, y ruego, y encargo al Reverendo Obispo, y Jueces eclesiásticos de ella, que teniendolo assi entendido, no pongan ni consientan poner embargo en la continuacion de dicha Hermandad ni en el uso de su Capilla en los mencionados terminos, que tal es mi voluntad." (109).

Una vez obtenido el consentimiento real, la Hermandad de la Caridad prosiguió su encomiable labor benéfica, con obras pías entre las que se contaban la de dar enterramiento a los cadáveres de pobres y a los presos ajusticiados, a pesar de sus cortos recursos económicos. (110).

Pero no fue ésta la única ocupación de la Hermandad, pues a ella se deben dos obras de indudable interés para la ciudad. Una de ellas fue la creación de un colegio que comenzó sirviendo a la idea de recoger a las niñas huérfanas y desamparadas de recursos, y terminó por dar cabida en él, para la enseñanza, a niñas no huérfanas, debido a que en aquel centro se desarrollaba una estimable función docente que estimuló a muchos vecinos a enviar allí a sus hijas para su instrucción y educación. La otra obra fue la creación de un hospital anexo al colegio.

El Colegio de Huérfanas de Buenos Aires y la atención social de la mujer en la época.

Los proyectos de creación de un asilo para huérfanas estaban ya en la mente de varios ciudadanos de Buenos Aires antes de que funcionase la propia Hermandad de la Caridad. La necesidad de dar albergue a las niñas sin padres y sin recursos económicos debió ser acuciante antes del siglo XVIII, pero no se llegó a nada concreto. Ya el Cabildo -dice Furlong- había aprobado la creación del Colegio de huérfanas en 27 de octubre de 1692 y se pensó que para su dirección se podía contar con la figura de Doña Juana Saavedra, especializada en la enseñanza de niñas por haber dirigido una escuela desde 1653 y que alcanzó gran renombre (111), pero en 1699 no se había realizado aún.

Lo que sí consta es la existencia en Buenos Aires, mucho antes del siglo XVIII de escuelas especializadas en la educación

femenina, cuya expansión continuaría con la creación de beaterios o casas de instrucción, que en aquella época equivalían a centros en los que niñas y mujeres aprendían tareas características de su condición, como coser, hilar, bordar, cocinar, y por supuesto también leer y escribir, compaginando todo ello con la oración y la meditación evangélica.

La Casa de huérfanas abarcaría, pues, una doble misión: por un lado albergar y dar instrucción a las niñas desamparadas, y por otro, al mismo tiempo, servir de escuela a las hijas de vecinos que así lo deseaban, educándolas para ser perfectas amas de casa, siendo muchas de ellas internadas allí antes de contraer matrimonio. (112).

Como podemos observar, en Buenos Aires, al igual que en la metrópoli y en el resto de las provincias americanas, la situación de la mujer, en el aspecto social, seguía mereciendo por parte de los organismos oficiales y hasta bien entrado el siglo XVIII, las mismas consideraciones que en los siglos anteriores. A lo largo de la Historia, la condición femenina estaría sometida a una serie de normas rígidas y estrictas, fuera de las cuales no se concebía una existencia digna y honrada. El marco fundamental en que se desarrollaba la vida de la mujer era el estrictamente familiar, y su principal ocupación consistía en la realización de las tareas domésticas y el cuidado del hogar, del marido y de los hijos, con muy pocas posibilidades de competir con el hombre en otros trabajos que no fueran la dedicación a "sus labores" o a las tareas "propias de su sexo". Una mujer de familia medianamente acomodada y con facultades para el desarrollo de una función intelectual, por ejemplo, tropezaba con un sinnúmero de dificultades que a un hombre ni siquiera se le planteaban. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la mentalidad de aquella época y aun de épocas muy posteriores,

veía en la realización de la mujer como madre de familia su mayor y principal aspiración, con exclusión de toda otra, salvo la posibilidad del convento o de la profesión religiosa. El trabajo, que durante mucho tiempo se consideró indigno de ciertas clases sociales elevadas, estaba también vedado a la mujer, de tal modo que una muchacha en edad casadera no podía desaprovechar esa ocasión, sobre todo si no disponía de medios económicos, so pena de ingresar en un convento, aunque para ello también se necesitaba una dote. Por esta razón, la orfandad o la viudedad en las mujeres supondría, en muchos casos, una situación difícil de sobrellevar si las disposiciones pecuniarias no eran suficientes. Este hecho, que se veía incrementado por las guerras con la muerte o desaparición de los varones, daba lugar a que muchas mujeres buscaran por algún posible camino su supervivencia. No es de extrañar, pues, que en las clases más bajas se diese el caso de mujeres desamparadas, de todas las edades, y de aquí la aparición de ramera y mendigas.

Hasta el siglo XVIII, como hemos visto en otro lugar, las autoridades españolas habían permitido e incluso reglamentado la prostitución, pero a partir de él se observa una mayor atención por parte del Gobierno, influenciado por el espíritu del momento de fomentar la moral pública, hacia este problema. Por eso en el nuevo siglo se produce un incremento de las instituciones sociales y benéficas en pro de la mujer, fundándose casas de recogidas y beaterios que, sobre todo en Buenos Aires, tuvieron un carácter de centros de enseñanza femeninos, casas para niñas pobres y huérfanas, y hospitales específicos para mujeres. El hecho fundamental es que comenzaba una nueva orientación en torno a tan respetable tema.

Entre las instituciones que ya venían funcionando en la Península antes del siglo XVIII se encontraban los colegios para

niñas huérfanas, centros que se consideraban de una gran importancia, pues si dignos de lástima y conmiseración eran los niños huérfanos y abandonados, más aún, si cabe, lo eran las niñas, ya que su condición femenina las exponía a todos los "peligros del mundo" y la corrupción.

Este era el modo de pensar de aquella sociedad que establecía notables diferencias entre el mundo femenino y el masculino, y en esta línea se encontraba Buenos Aires donde a comienzos del siglo XVIII se consideraba como una de las tareas más acuciantes y humanitarias la creación de un centro que diera acogida a las niñas huérfanas, bien de padre o madre, o de ambos, así como a aquellas otras que no tuviesen un hogar digno por falta de medios o porque sus progenitores no llevasen una vida regular.

La fundación de una casa de estas características en Buenos Aires se hacía extensiva a todas las niñas, fuera cual fuera su casta, y aunque el tratamiento dado en cuanto a instrucción, alimentación, etc., era igual para todas, existía, como veremos, en ciertos aspectos de su reglamento, una clara y tajante separación entre blancas, indias o mestizas, e incluso entre niñas de distinta clase social.

LA OCUPACION DEL HOSPITAL DE SAN MARTIN POR LAS HUERFANAS/
DEFINITIVA CREACION DEL COLEGIO. LOS LARGOS TRAMITES PARA
SU LEGALIZACION. EL COLEGIO Y SUS CONSTITUCIONES: LA JOR-
NADA DIARIA DE TRABAJO EN EL COLEGIO, EL VESTUARIO, LA AD-
MINISTRACION DEL CENTRO.

Si la iniciativa de erección del colegio de huérfanas se había hecho patente en 1692, esta realidad no llegaría a tomar forma hasta varios años más tarde. Como la necesidad de encontrar un local adecuado para instalar a las huérfanas era gran-

de, mientras se tramitaban los lentos expedientes burocráticos para obtener la licencia real, se propuso en 1692, siendo Gobernador don Agustín de Robles, que el Hospital de San Martín que llevaba más de treinta años sin ocuparse, podría muy bien dar cobijo a las huérfanas, y así se solicitaría de Su Majestad. Pero como la resolución definitiva se hacía esperar, parece ser que en 1699 se hallaban ya instaladas las doncellas en el Hospital. (113). La prueba es que en 1 de julio de 1702 el mayordomo de dicho Hospital, don Pedro de Vera y Aragón, dirigía al Cabildo una petición para que se hiciera un remate de los propios y rentas de la ciudad en favor -decía- de la "Casa de Recoximiento de Donzellas huérfanas desta Ciudad fundada en el Ospital Real del señor San Martín". (114).

Per la llegada de una Real Cédula (de fecha 27 de noviembre de 1701) al Cabildo, leída en éste el 7 de julio de 1702, haría cambiar la situación de las huérfanas, dando lugar a una controvertida polémica dentro del propio Cabildo, ya que Su Majestad no aprobaba la instalación de las doncellas en el hospital, porque éste seguía siendo casa de hospitalidad y, como tal, puesto en funcionamiento, y aunque la institución de casa de recogidas le parecía también una obra de gran interés, manifestaba su deseo de que, tanto las autoridades civiles como eclesiásticas de la ciudad, dispusieran los medios necesarios para el traslado del colegio a otro lugar. (115).

A la vista de tal resolución se empezó a discurrir en el Cabildo la forma en que las huérfanas deberían ser expulsadas del Hospital, y quiénes habían sido los culpables directos que consintieron en aquella introducción sin antes disponer de la autorización real.

En 8 de agosto de 1702 el Cabildo hacía saber al Capitán don Baltasar Quena Godoy, Alcalde provincial, que aunque era

preciso cumplir la orden de Su Majestad, el Gobernador y el Capitán General podían arbitrar una solución justa para que las huérfanas no tuvieran que abandonar el Hospital aceleradamente sin tener a donde ir. (116). El 14 de agosto se volvía a estudiar el rápido desalojo de las huérfanas (117), y el 18 del mismo mes se hablaba de desocupar el Hospital en el ese día, alegándose que al Cabildo no se le podía imputar la responsabilidad de haber consentido la entrada de las huérfanas en él en 1699. (118). Por otra parte el mismo Cabildo manifestaba que no disponía en el momento de medios económicos suficientes para proporcionar una casa adecuada a las huérfanas. (119).

Pero es a partir del momento en que la Hermandad de la Santa Caridad toma a su cargo la creación del colegio de huérfanas, cuando esta obra empieza a prosperar, sobre todo con el apoyo y la iniciativa del Hermano mayor de la Hermandad don Francisco Alvarez Campana, quien, una vez obtenida la aprobación de la mencionada Hermandad por Real Cédula de 16 de octubre de 1754, tomó a su cargo, junto con otras seis personas, como una de las obras más importantes a realizar, la creación de un colegio de huérfanas, en donde no sólo se prestase albergue a las niñas, sino también se les procurase una enseñanza y educación adecuadas. El Colegio llevaría el nombre de Nuestra Señora de los Remedios y se levantaría en un local propiedad de la Hermandad, situado junto a la capilla.

En 28 de octubre de 1755, don Francisco Alvarez Campana informaba al Cabildo de la resolución de erigir un colegio de huérfanas junto a la Iglesia de la Caridad, lo que fue considerado como una obra de innegable beneficio público, de lo que se informaría rápidamente a Su Majestad para obtener la licencia necesaria. (120). Pero ésta, como era crónico por mor de la burocracia, tardaría bastante en llegar, y mientras tanto

se hacía preciso dar una solución urgente para la recogida de las niñas, que por esas fechas eran ya veinticuatro, lo que no podía demorarse por mucho tiempo.

Por ello, el colegio de huérfanas empezó a funcionar mucho antes de llegar la resolución real, y pronto contó con dos maestras especializadas, elegidas por sus impecables antecedentes, una Rectora y una Vicerrectora. La subsistencia del colegio, desde el primer momento, se vería asegurada por la caridad de muchos vecinos defensores a ultranza de tan encomiable obra, y gracias a sus donativos el colegio pudo funcionar. Por otra parte, muchos vecinos no dudaron en enviar a su hijas al colegio, con lo que la aportación económica de éstos ayudó a su sostenimiento.

En aquellas fechas se iniciaron también los tratos para la compra de una hacienda de labor con ganado que pudiera servir de apoyo económico. Mas, como ocurre casi siempre en toda obra de estas características, las dificultades financieras se hacían cada vez más agobiantes, sobre todo a medida que aumentaba el número de niñas acogidas, y la Hermandad hubo de aspirar a que no sólo Su Majestad diese su consentimiento y licencia para dicha obra pía, sino que también la tomase bajo su protección, pues ésta sería la única fórmula eficaz para la supervivencia del colegio.

Una fuerte disputa se mantuvo también entre el Obispo de la ciudad y la Hermandad, a causa de que aquél era del parecer que el colegio debía estar sujeto a la jurisdicción eclesiástica, mientras que el propio Campana manifestaba que eso provocaría la desaparición de éste, y sólo la jurisdicción real sobre el mismo sería la que asegurase su futuro. (121).

En un importante informe que nos resume el largo expediente seguido en el proceso de fundación del colegio y de su aprobación por Su Majestad, se dice que a la vista de las representa-

ciones hechas por Campana, el 7 de febrero de 1760 el Fiscal del Consejo daba respuesta a todas ellas, dejando constancia de que si bien la creación de un colegio de huérfanas era uno de los más acertados servicios que la Hermandad podía realizar, no obstante fue reprehensible que dicho Colegio se erigiera antes de contar con la resolución real, y además que en ello hubieran tenido parte el Cabildo, el Obispo y el Gobernador. (122). Este hecho y los pocos fondos, sustancialmente limosnas, con que se contaba para su subsistencia, hubieran sido motivos más que suficientes para echar abajo el proyecto, por haberse incumplido en todo momento la ley. Sin embargo, habiendo consultado el informe favorable que el Cabildo había hecho de la casa de huérfanas y el apoyo de los vecinos para la construcción de la casa y su sustento, el parecer del señor Fiscal fue otro:

"...siendo tan recomendables semejantes casas por la utilidad que producía su establecimiento segun las Leyes 17, 18 y 19 del Libro 1º Titulo 3º; y pudiendose seguir graves perjuicios de la expulsion de las niñas recogidas, combendría por entonces disimular la falta de licencia, y no reprehender este exceso, assi por dimanar de un celo verdaderamente caritativo, aunque indiscreto, como por que no se entibiase la devocion, de que tanto se necesitaba para perfeccionar una obra tan bentajosa, compensandose la inobservancia de la Ley con la utilidad de la causa publica". (123)

Sigue diciendo el informe que la decisión del señor Fiscal fue la de que se expidiesen Reales Cédulas ordenando detallados informes del Gobernador de la ciudad y del Cabildo eclesiástico sobre las condiciones en que funcionaba el Colegio, el número de niñas inscritas, y la educación y enseñanza que

allí recibían y, sobre todo, si eran suficientes los fondos con que dicha casa se mantenía. (124). Y habiéndose entablado un pleito ante el provisor, relativo a que la obra estuviese bajo la jurisdicción eclesiástica, por haber sido aquélla aprobada por el Obispo, se le pidiese informe acerca de los autos que se seguían sobre el particular. (125).

Las Cédulas se expidieron en 26 de abril de 1761, una vez conforme el Consejo en 1 de mayo de 1760 con todo lo resuelto por el Fiscal. En 22 de noviembre de 1761 se recibieron los autos pedidos al Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires y, como es lógico, en ellos se hacía patente el deseo de que la fundación del colegio quedara bajo la jurisdicción eclesiástica. (126). Frente a ello, la respuesta del Fiscal dada en 29 de junio de 1764, se inclinó por excluir el colegio de la citada jurisdicción, considerando que la fundación debería ser laica, aunque la resolución quedaría en suspenso hasta que no se contase definitivamente con la aprobación de la fundación de aquella casa, (127), para lo cual deberían llegar antes los informes pedidos al Cabildo y al Gobernador.

Un acta del Cabildo de 8 de noviembre de 1775 da a conocer la información del Hermano Mayor en la que se ponía de manifiesto el buen orden, disciplina y eficiencia del colegio de huérfanas, cuyos beneficios públicos eran notorios también por los acertados métodos de enseñanza en su escuela. Toda la labor desarrollada en el Colegio, se dice en el informe, no ha servido nunca de motivo de pleito con los mismos órganos de la Justicia, sino que por el contrario:

"...no se oyen otras voces que las correspondientes a las buenas costumbres, paz y Doctrina, con que se crían en este recojimiento: assi las Niñas Pobres como las que sin embargo de los Posibles de sus Padres entran a él por las repetidas proporciones de adquirir virtudes que continuamente se les franquean". (128).

La utilidad, pues, del colegio quedaba sobradamente acredi-

tada, por ser un establecimiento de indudable transcendencia social.

Como consecuencia de la petición del Consejo y la Contaduría general, el Gobernador de la ciudad emitió informe el 10 de enero de 1776 en el que se daba cuenta de la situación de aquella casa, tanto por lo que se refería a la estructura de su fábrica, como a las actividades que allí se realizaban. El Colegio, según este informe, se componía de dos salas altas y seis bajas, más una sala separada del resto que es la que se utilizaba como enfermería. Y en su relación añadía:

"De Refectorio proporcionado al numero de individuos que subsistian en él: De un Salon con Zaguan y puerta á la Calle, que servia de Escuela pública de Niñas, que en la actualidad concurrían a instruirse en la doctrina cristiana, y enseñanza á leer, escribir, coser y otras habilidades del sexo en el numero de 70: De un quarto que servia de locutorio con sus resguardos, torno, y demas precauciones: De tres patios espaciosos con corredores que servían para las labores de las Niñas, y en el centro del principal un Aljibe; De una cocina proporcionada; De cinco divisiones con destino á la havitacion de las huérfanas, y Colegiales Mulatas, que con separacion de las españolas subsistian; De un quarto de amasijo que contenía los hornos, y demas providencias para beneficio del pan, distinguiendose estas varias piezas blanqueadas con bastante aseo, y sus pisos enladrillados." (129).

El Gobernador hacía asimismo mención de la tarea desarrollada por las niñas, su horario de trabajo, la forma en que se llevaba a cabo su instrucción, y sobre todo hacía hincapié en la importancia que esta fundación representaba para la ciudad de Buenos Aires, por lo que suplicaba a Su Majestad la gracia necesaria para aprobar el establecimiento. (130).

El Cabildo eclesiástico -se dice en el informe a que nos ve-

nimos refiriendo- no emitió la relación que se le había pedido por Reales Cédulas, pero se contó con el testimonio del Hermano Mayor de la Hermandad donde se encuentran los mismos puntos de alabanza que los sostenidos por el Gobernador.(131).

En cuanto a la situación económica del Colegio, éste se mantenía, aunque difícilmente, con los escasos beneficios producidos por el propio trabajo de las huérfanas: labores, hilados, etc., y el dinero que aportaban las niñas que por decisión paterna acudían allí para su educación. Pero quien indudablemente trabajó con ahínco para sacar el colegio adelante sorteando toda clase de penurias económicas, fue su capellán don José González, quien no sólo puso a disposición del colegio sus propios bienes, sino que llegó a trabajar en faenas agrícolas para poder hacer frente a tanta necesidad, pues no sólo había que mantener a las niñas huérfanas, sino el hospital de mujeres que se incorporaría a la obra. (132).

La escasez de fondos era apremiante, por lo que las súplicas a Su Majestad no se hicieron esperar, y el propio capellán viajaba a la Península para exponer directamente la situación y obtener los favores de Su Majestad. Entre las necesidades más urgentes estaba la de ampliar el colegio, que se iba quedando pequeño, por el aumento de niñas huérfanas, muchas de las cuales no podían ser recibidas por falta de espacio, sucediendo lo mismo con el hospital. Se solicitaron recursos de la Junta de Temporalidades y se obtuvo la concesión, con la aprobación real, de la llamada estancia de las Vacas, que había pertenecido a los jesuitas, y cuyo valor era de unos 300 pesos.

Se pedía también la ampliación del Colegio, con la anexión de un pequeño edificio contiguo, y el edificio de la Universidad de los jesuitas expulsados. Igualmente se solicitaba la dotación de fondos para reconstruir la propia iglesia que amenazaba ruina, y las necesarias reparaciones en el colegio. Para todo ello se

pensaba que podía muy bien contribuirse con el cuartillo de los dos reales que se exigían de derechos sobre los cueros que se enviaban a España, y un medio real de los que salían de Montevideo. (133). Todo este largo expediente pasaría al Consejo, para su aprobación final por Su Majestad.

En 11 de enero de 1777, una Real Cédula firmada en El Pardo con destino al Virrey del Perú, establecía la subvención de 2.000 pesos al año, y por espacio de ocho, a favor de la Casa de Misericordia de Buenos Aires, en donde se daba alojamiento a las niñas huérfanas y a las mujeres enfermas, a la vista de los informes y súplicas enviados al rey por la Santa Hermandad de aquella ciudad. Dicha Real Cédula se expresaba en estos términos:

"Teniendo presente las Justas Causas que seme han manifestado por parte de la Hermandad de la Santa Caridad de Buenos Ayres, para hacer ver el Estado que tiene la Casa de Misericordia de aquella Ciudad, donde se recojen las Pobres Huerfanas, y solicitar auxilios con que poder ocurrir á los fines de su Establecimiento y con consideracion tambien a lo que en Consulta de diez y seis de Diciembre del año proximo pasado, me ha expuesto el Consejo de Indias á cerca de lo necesario que es la subsistencia de dicha Casa de Misericordia como obra tan piadosa, y en que tanto interesa la Causa publica; he venido en hacer la Consignacion de dos mil pesos en cada año por espacio de ocho a favor de la expresada Casa, situando esta Cantidad sobre las Vacantes Mayores y Menores, Mesada Eclesiastica, y Reales Novenos de ese Reyno del Perú, y respecto a esto os mando dispongais desde luego la verificacion de esta mi providencia, cuidando de hacer se remita su importe anualmente á las Caxas de Buenos Ayres, pues con intervencion del Governador de aquella Ciudad, y de los oficia-

les de mi real Hazienda quiero se entregue este Caudal á la persona que haga la parte principal de la referida Hermandad de la Santa Caridad, y Casa de Misericordia...". (134).

Disponía el Rey, por otra Real Cédula de 17 de octubre de 1777, que el Colegio quedaría bajo su patronato y se le asignaría, además de la "Estancia de las Bacas" que perteneció a la Compañía de Jesús, la Botica que aquéllos poseían en la ciudad.

El Colegio y sus constituciones.

Merece capítulo aparte lo relacionado con el sistema y régimen que se seguía en el colegio, contenidos en sus normas constitucionales, así como su ambiente y forma de vida que en el mismo se llevaba. En primer lugar hay que destacar el deseo de Su Majestad de convertirse él mismo en su patrono y protector (135), siendo su delegado el Virrey, a quien se le encomendaba la misión de proteger y velar por los intereses del hospital, para lo cual debía nombrar un "juez conservador" encargado de asistir en representación del Virrey a todas cuantas reuniones o juntas se organizaran por la Hermandad, siendo también de su incumbencia preparar y pronunciar un discurso, cada año, en el que se destacasen los valores de la institución, el balance del año, así como su progreso y mantenimiento o proyectos para el futuro, incluyéndose también los avances o nuevos estudios que para proteger y desarrollar este tipo de instituciones se hubiesen realizado en las ciudades más adelantadas de Europa. (136).

En el capítulo segundo de estas normas constitucionales encontramos la figura del Director, que es el Hermano Mayor, a quien estaban encomendadas las funciones de gobierno y econó-

micas de la Casa. Era el administrador, de quien dependían todas las cuentas, entradas, salidas, etc., producidas en el establecimiento, que había de llevar anotadas en un libro. También sería uno de los pocos hombres que, junto con el capellán, el médico y el cirujano, tenían acceso al colegio. (137).

El capítulo tercero trata del capellán, que tenía que ser elegido por el Cabildo y por la propia Hermandad de la Caridad, quienes seleccionaban a la persona más idónea, que tuviese la condición de "clérigo secular aprobado por el ordinario, para confesar y predicar", con edad aconsejable de cerca de los cuarenta años. El capellán se ocuparía de todo lo concerniente al auxilio espiritual del colegio, pero sin intromisión en asuntos de tipo económico. También depende de él la conservación y el cuidado de la Iglesia de San Miguel y en ella celebrará diariamente la santa misa a las seis y media en invierno y a las cinco en verano, percibiendo por todo ello una renta de 240 pesos anuales. (138).

La Rectora (capítulo cuarto) ha de reunir una serie de condiciones: prudencia, buen gobierno, diligente y celosa para la enseñanza, aparte de saber coser, leer, escribir, contar, etc., virtudes y cualidades indispensables para regir el colegio y hacerse acreedora del respeto y obediencia de las alumnas. Su colaboración era importante, y despachaba directamente con el Hermano Mayor o Director, pues era la encargada de vigilar y anotar los ingresos y gastos diarios de alimentos, etc., así como las entradas y salidas de niñas, número de enfermas, fallecidas, etc. Vigilaba a las alumnas y castigaba sus faltas, y en este punto concreto se aconsejaba que todo castigo se imponga "mezclando siempre la misericordia con la justicia". (139).

El capítulo quinto se ocupa de la "maestra interior", encargada de la enseñanza a las niñas internas de todas las materias

que allí se impartían: leer, escribir, contar, coser, hilar, bordar, hacer calceta, botones, cordones, cofias, redes, bandas, encajes, etc. Las clases se darían en una habitación con "suficiente luz, ventilación y espacio". También se enseñaría la doctrina cristiana según el catecismo de Astete o de Ripalda. (140).

La Maestra de la Escuela pública (capítulo sexto) se dedicaba a la enseñanza de las niñas externas, es decir, de las que se inscribían en el colegio para recibir instrucción y educación, sin tener la condición de huérfanas pobres. Las disciplinas que impartía eran las mismas que las de la maestra interior. (141).

La Portera se encargaba de la despensa y de abrir y cerrar la puerta que ponía en comunicación el colegio con el hospital, cuando las huérfanas iban a dar la comida a las enfermas. La Tornera, que se ocupaba de lo que se recibía del exterior, especialmente correspondencia. La Sacristana, que cuidaba de la iglesia, su aseo, y también de tocar la campana para los actos religiosos. Asimismo se ocupaba de la asistencia y aseo del hospital. (142).

Se reglamentaba la admisión de internas en el colegio, con los siguientes criterios de preferencia: primero, las huérfanas de padre y madre; segundo, las de madre; tercero, las de padre; y por último las niñas cuyos padres no pudieran criarlas y educarlas por motivos de pobreza, mala conducta, etc. Y existía un riguroso control en cuanto a la admisión de mujeres de mala conducta o dudosa reputación, lo cual estaba terminantemente prohibido :

"No se permite entrar a mujer alguna del mundo, ni que tenga olor de malas costumbres, ni que haya cometido algún delito, y se le castigue con reclusión pues este Colegio

no es Galera o encierro de criminosas, ni tampoco podran ponerse en el mujeres depositadas sea qual fuere el motivo para ello." (143).

Ello -se decía- iba en perjuicio de la buena educación y ejemplo que pudieran recibir las niñas; queda claro, pues, cuáles eran los fines del Colegio, dejando bien sentado que dicha institución no tenía nada que ver con una casa de recogidas o arrepentidas.

Lo que sí existía era discriminación entre las "españolas" y las mulatas o niñas de otras castas, que empezaba por la diferencia en el vestuario, prohibiéndose a las mulatas llevar escapulario, túnica y toca como las otras. Tampoco podían mezclarse las mulatas con el resto en el coro, refectorio, dormitorios y actos de comunidad. Se las dedicaría con preferencia a cierto tipo de faenas deomésticas, aunque se precisaba que en ningún modo debían parecer esclavas. (144). En cuanto a la instrucción y enseñanza no se hacía ningún distingo entre unas y otras.

La jornada diaria de trabajo en el colegio.

El funcionamiento del colegio se regía por unas normas rígidas y una fuerte disciplina. Se levantaban a las cinco de la mañana en verano y a las seis en invierno, siendo la primera obligación la de oír misa y rezar una parte del rosario, actos que no debían durar más de hora y media. Después de pedir por sus protectores: el Rey, el Virrey, el obispo, etc., se dedicarían al aseo, limpieza de sus dormitorios y otras faenas domésticas, tomando también un "almuerzo saludable", para después dedicarse a recibir su enseñanza de labores y otras materias. (145).

Así estarían ocupadas hasta cerca de las once, en que las huérfanas encargadas de ello servirían la comida a las enfermas, y el resto podía disfrutar un espacio de recreo o reposo hasta las doce, hora de comer.

Para el cuidado y aseo del refectorio se establecieron turnos de limpieza cada semana, de la que se ocupaban las colegialas, así como de la vajilla, cubiertos, etc., debiendo barrer dos veces, una por la mañana y otra por la noche. También había turnos para guisar, y a las cocineras se les advertía que sirvieran la comida proporcionada y equitativamente, y, sobre todo, que no desperdiciasen lo más mínimo, sin querer decir con esto que se escatimara el alimento. Mientras comían se leían textos de tipo espiritual.

Después, se retiraban a descansar a las dos en invierno y a las tres en verano, volviendo de nuevo al coro a rezar otra parte del rosario, para luego continuar sus trabajos de labores y enseñanza. Por la noche y antes de ir otra vez a rezar al coro, se servía la cena a las enfermas, y después del rezo del rosario y de la meditación y la lectura espiritual, tenía lugar la cena, tras lo cual se tocaría a reposo a partir de las 9 o las 10, según fuese invierno o verano. (146).

La lección de catecismo se impartía especialmente en los días festivos, pudiendo examinarse las colegialas cada seis meses ante el capellán o el Hermano Mayor. Tenían también sus días de ayuno: Adviento, Novenario de Nuestra Señora de los Remedios, San Miguel, los viernes y sábados del año. Comulgaban cada ocho días y en las fiestas principales o de los Santos Patronos del Colegio, San Miguel y Nuestra Señora de los Remedios. También se daban ejercicios espirituales en Cuaresma. (147).

El vestuario.

El uniforme, obligatorio en el colegio, era el siguiente:

"En la casa llevarán todas Zapato negro llano, media blanca de Ylo, y por ningun titulo de seda, Camisa de Lienzo, enaguas de lo mismo, Jubon, o Bata de lo propio; en Ybierno pollera, y manta de Bayeta, que sea Azul, pañuelo blanco al cuello, atada la trenza del pelo con cinta negra, sin que por ningun motivo se permitan, ni toleren rizos, ni otro adorno en la Caveza. Para fuera de la casa si por algun caso extraordinario llegaren a salir vestiran una Tunica, y escapulario largo hasta los pies de estameña azul, y en el pecho una Cruz de Paño encarnado, que es el escudo de la Caridad, y la toca de Tafetan amarillo; del mismo modo vestiran dentro del Colegio, para comulgar, para acompañar al Señor por Beatico si se diese a alguna enferma, y para el entierro si muriese alguna". (148).

Como ya dijimos, las mulatas se diferenciaban en la forma de vestir, no llevando escapulario, ni toca, ni túnica. Y por separado de las huérfanas, se impartiría la enseñanza, a las que entrasen en la casa sólo como colegialas, por una maestra particular, y pagarían una cuota de unos cinco pesos al mes. (149).

El género de vida que se imponía a las huérfanas era, según hasta aquí acabamos de ver, bastante estricto, pero en esto no difería mucho el colegio de otros centros similares de aquella época. La doble coincidencia de haber nacido mujer y de ser huérfana, merecía una atención especial, basada en alejar lo más posible al sexo débil de los peligros mundanos. Las

huérfanas no podían salir del colegio si no era por causa muy grave o justificada, y sólo lo abandonaban a la edad de 25 años o para casarse o entrar en religión (150). En dichas salidas no podían llevar otro traje que no fuera el uniforme, ni asistir a las fiestas populares que se organizaban en la ciudad, incluidas las comedias, toros, etc. Sin embargo, y como cierta concesión al ocio y al cambio de ambiente, se estableció un mes de vacaciones al aire libre en el campo, pero siempre dentro de la disciplina, constituyéndose dos turnos, uno que comenzaría sus vacaciones después de la festividad de San Miguel, y otro a partir de la celebración de Nuestra Señora de los Remedios. Durante este período vacacional se suspendían las tareas escolares, pero no las espirituales, la oración, la meditación y todas las prácticas religiosas. Eso sí, considerando los benéficos resultados que proporcionaban los baños, se consentía que las niñas pudieran bañarse en tinajas e incluso en albercas. (151).

La administración del centro.

Como es lógico, la administración corría a cargo de la Hermandad de la Santa Caridad, encargada de nombrar los vocales necesarios para hacerse cargo de la Contaduría, Tesorería y administración de los víveres y elementos sustanciales al Colegio. También se pensó en la necesidad de nombrar un vocal que se ocupase de la administración de la estancia de las Vacas, uno de los principales recursos con que contaba el colegio, beneficios proporcionados especialmente por la ganadería, la tala de árboles y la riqueza que producían sus campos y montes. (152).

Otras disposiciones se referían a la conservación del archivo de la institución, documentos, cédulas, etc., cuya guar-

da y cuidado estaría a cargo de otro vocal.

Y como punto fundamental, que se mantiene en la línea de la eterna pugna que desde un principio surgió entre la autoridad eclesiástica y la Hermandad, sobre cuál había de ser la jurisdicción a que se sometiese el colegio -que, como ya vimos, terminó con la concesión real de declararlo bajo su patronato y aprobarlo como institución laical- se disponía en su constitución que en ningún momento la autoridad eclesiástica pudiera tener jurisdicción para intervenir o inquirir sobre las rentas, fondos, cuentas y gastos relativos al colegio. (153).

La institución constituyó, en la ciudad de Buenos Aires, uno de los primeros centros benéficos de carácter público, con las características de los colegios-asilo existentes en la época en los que imperaba una estricta y dura disciplina, considerada como imprescindible para su buen funcionamiento, ya que la principal tarea a desarrollar era el mantenimiento de los tradicionales valores religiosos y culturales (154) en una juventud desamparada y desprovista de vínculos familiares. La creación de un asilo para niñas huérfanas se pensaba que tenía un doble efecto: por un lado, la protección, educación y empleo de las jóvenes sin familia o medios adecuados, y por otro, el innegable beneficio derivado de la instrucción de las futuras mujeres que, en su día, transmitirían sus conocimientos y formación a sus hijos.

EL HOSPITAL DE MUJERES.

A mediados del siglo XVIII se dejó sentir en Buenos Aires la necesidad de contar con un hospital exclusivo para mujeres,

al igual que el que ya existía para hombres. En 1759 ya se especulaba en el Cabildo, a propósito de la petición efectuada por los religiosos betlemitas para la ampliación y reconstrucción del hospital, con la idea de solicitar también de Su Majestad las licencias necesarias para la fundación de otro de mujeres. (155). El establecimiento de dicho centro se realizaría años después y su instalación tendría lugar en una sala anexa al colegio de huérfanas, quedando bajo los auspicios de la Hermandad.

En acta del Cabildo de 23 de septiembre de 1767 se dice que si Su Majestad accediese a conceder el Colegio de la Residencia de Jesuitas para hospital de hombres, pudiera muy bien quedar instalado el de mujeres en el local ocupado por aquéllo: hasta entonces, pudiéndose destinar, por su capacidad, tanto a la curación de enfermas como a casa de recogidas. (156). Pero el hospital de mujeres tuvo que conformarse con quedar instalado en el local contiguo a la casa de huérfanas, donde a pesar de la estrechez, contó desde un principio con trece camas para mujeres enfermas sin recursos.

La vida del hospital de mujeres quedó así muy ligada a la trayectoria seguida por el colegio de huérfanas, y su aprobación por parte de Su Majestad corrió la misma suerte que la legalización de dicho colegio. (157).

La utilidad del hospital se ponía de manifiesto en el informe presentado ante el Cabildo el 8 de noviembre de 1775 por parte del Síndico Procurador General, a propósito de la petición del Hermano de la Santa Caridad, en el que se mencionaba la existencia de una sala dedicada a enfermería junto al colegio, de insustituible valor para la atención de las mujeres enfermas "expuestas a perezer en fuerza de sus dolencias y nezesidades". (158). En este informe se habla también de los pocos recursos con que cuenta el hospital, que, lo mismo

que el colegio no tenía en aquella fecha ninguna clase de renta fija, dependiendo ambos establecimientos del beneficio producido por el trabajo de las huérfanas y las limosnas de los particulares, y también de la incansable labor del capellán don José González, quien puede decirse que fue su fundador. La concesión en 17 de marzo de 1777, por Real Cédula de Su Majestad, de una pensión de 2.000 pesos al año y por espacio de ocho, sobre las vacantes mayores y menores, mesada eclesiástica, y reales novenos del Reino del Perú, vino a paliar, como ya hemos dicho en otro lugar, las urgentes necesidades del colegio y del hospital. (159). Junto a ello, Su Majestad concedía la llamada "Estancia de las Bacas" y la Botica, que habían pertenecido a los jesuitas expulsos.

Años más tarde vuelve a discutirse en el Cabildo (23 de enero de 1783) acerca de la fundación del establecimiento para Hospital de mujeres, sito junto a la iglesia de San Miguel, pronunciándose los señores cabildantes sobre las ventajas e inconvenientes de tal institución, y llegando a la conclusión de que el Prior Síndico General informase de todo cuanto pudiera averiguar en el asunto. Entre otras cosas, se dijo:

"...que este proyecto en la sustancia es sumamente piadoso y caritativo, pero que atendiendo a varios perjuicios que de dicho establecimiento pudieren originarse contra la utilidad pública que deven atender como su primer objeto, y que se tubieron presentes, Acordaron que el Señor Prior Síndico General en cumplimiento de su ministerio indague y se informe de los terminos y circunstancias de dicho establecimiento, y que de todo informe a este I.C. para que resuelva en el primer Acuerdo, si deve o no hazer sus presentaciones y recursos". (160).

La cuestión parece que quedó zanjada con la respuesta dada en 26 de marzo del mismo año 1783 por el Síndico General, quien informó, en la reunión celebrada ese día, de todas sus averiguaciones sobre la fundación, alegando que había adquirido noticias sobre el particular, y que en la "muy Ilustre Junta de Temporalidades" existía una Real Cédula que aprobaba la referida fundación, habiéndose manifestado también el propio Cabildo el 8 de noviembre de 1775 en favor del hospital de mujeres, por considerarlo de la mayor utilidad y conveniencia para el beneficio de la ciudad. (161).

Desde 1738, según nos refiere Molinari, la Junta de gobierno de la Hermandad había establecido una norma por la que se hacía una llamada a cuantas señoras de la ciudad quisieran cooperar en el cuidado de alguna cama de las pobres enfermas o pagar su manutención. La Hermandad detallaba la forma en que dicha caridad podía ejercerse, y el modo en que deberían estar colocadas y aseadas las camas de las enfermas, no permitiendo en la ropa de las mismas ningún "ornato" o distinción de lujo: "cintas, encajes, etc.". Las sábanas serían de lienzo de algodón o lino, y las almohadas de "pontevi" o de "bretaña común"; ascendiendo el gasto anual de manutención de una cama a unos 12 pesos, y la comida aproximadamente a 5 pesos. (162).

Las ordenanzas por las que se regiría el hospital quedaban incluidas en el reglamento general de la casa de huérfanas. El capítulo 10 de las mismas se refiere al médico encargado de la visita, a la labor de las enfermas, etc. La enfermera -dice- debe ser la encargada de mantener en todo momento una estrecha vigilancia de la enfermería, no sólo en cuanto a su aseo y limpieza, sino también en procurar que se siguiera un riguroso orden y control en la administración de alimentos y medicinas, en las curas practicadas a las enfermas, etc. Asimismo ordenaba realizar todos estos trabajos procurando siempre mantener

un caritativo amor y solicita atención para con las enfermas. (163).

El médico (164) hacía diariamente dos visitas, una por la mañana y otra por la tarde, que serían en verano a las 8 y a las 5 y en invierno a las 9 y a las 3. Iría acompañado en su visita por la enfermera y por las demás encargadas de la asistencia del hospital, y él era quien prescribía el alimento adecuado para cada enferma. Igualmente tenía el deber de llevar una relación de las enfermedades habidas en el establecimiento durante el año, sus clases y variedades, sus síntomas, así como los métodos de curación empleados, y aquellos con los que se hubiesen obtenido mejores resultados. (165). Media hora después de la visita médica actuaba el sangrador.

En la asistencia a las enfermas también colaboraban, como ya se vio, las propias huérfanas del colegio contiguo, pues entre sus obligaciones figuraba la de asistir a la enfermería, y sobre todo dar de comer y de cenar a las enfermas. Esta labor era desarrollada por las muchachas huérfanas de más edad o mejores aptitudes, quienes la efectuaban mañana y tarde, una vez concluidos sus trabajos y antes de pasar al refectorio. (166). No obstante, existía una disposición por la que cualquier señora que quisiese podía colaborar en tan humanitaria tarea, para la cual, se decía en el capítulo 10 de las ordenanzas, quedaba abierta la puerta del hospital a determinadas horas, con el fin de que pudieran entrar cuantas quisieran. Aunque, como la reglamentación era muy rigurosa, en ningún caso se permitía que pasasen alimentos o bebidas a las enfermas, pues éstas no podían recibir otros alimentos que los prescritos por el médico, ya que las imprudencias en este aspecto habían producido numerosas desgracias en otros hospitales. (167).

Como es lógico, existían también normas para el aseo e higiene . Así, por ejemplo, se estableció que dos veces al día, a las diez y media de la mañana y a las cuatro de la tarde en invierno, y a las cinco y media en verano, deberían "saumar con Alucena" todas las enfermerías, con el fin de evitar los malos olores (168). Del mismo modo, era de la competencia de la enfermera mayor que la enfermería estuviese "bien barrida", que las camas de las enfermas estuviesen limpias y aseadas, y que "los vasos inmundos de su servicio se limpien dos veces al día en oras proporcionadas" (169). Asimismo se encargaría del cómputo de todas las entradas de enfermas, y de llevar un libro con su nombre, su casta o su condición social.

Al hospital no sólo acudían las mujeres desamparadas o pobres de solemnidad, sino también cuantas mujeres enfermas quisieran ingresar en él, previo pago de la pensión. Por lo general, las que se acogían eran sirvientas o esclavas enviadas allí por sus amos, quienes pagaban los gastos de estancia y curación, que ascendían a 4 reales por día, más 2 reales por la botica. (170).

& &
&

EL CONCEPTO DEL EXPOSITO EN LA LEGISLACION ESPAÑOLA.

Las Casas de Expósitos y Casas Cuna van a constituir, a lo largo del siglo XVIII, unos de los centros benéficos de mayor difusión y desarrollo, no sólo en la Península, sino también en las provincias americanas. La preocupación del Gobierno era la de dotar a todas las ciudades de una casa cuna que diera acogida a los niños huérfanos y abandonados proyecto que recibiría un gran apoyo e impulso bajo los reinados de Carlos III y Carlos IV.

Sin embargo, las Casas de Expósitos ya existían en España y en Europa en siglos anteriores. Por lo que se refiere a la Península encontramos establecimientos de este tipo en lugares diversos de su territorio. Jiménez de Salas señala, como más antiguo, el hospicio de la ciudad de Toledo, fundado por Isabel la Católica en 1504 (171); y otros establecimientos en Santiago de Compostela en 1524 (172), en Sevilla de 1518, fundado por el Arzobispo don Fernando Valdés (173), en Salamanca de 1586 (174), y la Inclusa de Madrid, cuya creación fue debida a la iniciativa de la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad y de las Angustias en 1527, que ya venía recogiendo a los niños sin padres desde 1512 en el Convento de la Victoria.(175).

La situación de los expósitos, tanto en España como en todos los países, dejaba mucho que desear, y el problema que los niños abandonados planteaban determinó las sucesivas revisiones de la legislación sobre la materia, incluso con la intervención de teólogos, en el siglo XVIII.

Hace notar también Jiménez de Salas las ideas sostenidas por algunos teólogos españoles como Montalvo, para quien la existencia de las Casas de Expósitos no hacía más que contribuir al crecimiento de la inmoralidad, dando pie a un considerable aumento de recién nacidos abandonados en dichas casas de misericordia. Tal opinión -sigue diciendo Jiménez de Salas- era asimismo mantenida por Maltus y Mac-Farland. (176).

No obstante, se observa un paulatino cambio de mentalidad que irá transformando la idea que en siglos pasados se había tenido respecto al expósito, considerado como "hijo del pecado", entre otras acepciones peyorativas; y poco a poco se irán eliminando diferencias, llegándose más adelante a prohibir que se le designara con nombres despectivos.

En el marco legislativo y jurídico hallamos esta evolución que va desde que en 1623 se prohibía enseñar gramática y diversas artes en las Casas de Expósitos (177), o en 1677 en que se aconsejaba emplear a los huérfanos o expósitos en la Marina (178), hasta 1794 en que se reconocía, por un decreto de Carlos IV, de 23 de enero, la legitimidad de los expósitos, aun sin tener padres reconocidos, y la igualdad con los demás ciudadanos para elegir oficio (179). Se observa, pues, una profunda transformación en el concepto del expósito y una humanización en la rigidez y severidad con que la ley los había tratado hasta entonces.

Igualmente se insistirá en una mejor dirección de las casas de expósitos, exigiéndose mayor responsabilidad a los Rectores de las mismas, con más minuciosa atención a dichos centros, muchos de los cuales habían caído en un lamentable estado de dejadez y miseria, con escaso interés en orden a la educación de los niños. Así lo harán saber las Reales Ordenes dadas por Carlos III en 2 de junio de 1788. (180).

Para una mejor reestructuración de aquellos establecimientos se promulgó el real decreto de 23 de enero de 1794, ya mencionado, relativo a la legitimidad de los expósitos y a su equiparación con los demás ciudadanos, y se publicaron reglamentos e instrucciones en años posteriores para regular el funcionamiento de dichas casas.

La Instrucción sobre el reglamento de la policía general de expósitos, de 3 de mayo de 1797, se ocupa de la misión a desarrollar por los directores de los centros y por los párrocos, obispos, arzobispos o autoridades de los lugares donde se creasen o ya estuviesen establecidos. (181). En dicha Instrucción Su Majestad se refería al decreto de 1794, relativo a que los expósitos de todos sus reinos "fuesen tenidos y considerados en la clase de hombres buenos del estado llano general, sin diferencia alguna de los demás vasallos de esta clase". (182). Y se quejaba de la excesiva mortalidad habida en aquellas Casas, y de la temprana muerte de los niños, cuyas causas achacaba principalmente a la miseria allí existente, por la escasez de las rentas y el corto estipendio que se daba a las amas, el excesivo número de niños abandonados que se recogían y que hacía imposible una adecuada atención, y la falta de casas en ciudades de importancia, teniendo que abarcar un área demasiado extensa los pocos centros de este tipo que existían. (183).

Con el fin de establecer cierta organización que coordinara el funcionamiento de las casas de expósitos en todas las provincias, se acordó que las autoridades eclesiásticas -arzobispos, obispos y abades- dividieran sus diócesis y territorios en demarcaciones de seis y siete leguas, averiguando

de qué poblaciones se habían llevado mayor número de expósitos a las Casas de Caridad más cercanas, con el fin de estudiar la posibilidad de nuevas fundaciones en pueblos grandes que carecían de ellas y tenían que depender de los servicios proporcionados por una casa-cuna situada a gran distancia. El lugar adecuado donde se instalaran dichos centros sería objeto de examen por parte de la autoridad eclesiástica, y los que se crearan abarcarían una determinada demarcación, dependiendo todos de la Casa General de Expósitos de la diócesis o del territorio. Estos centros estarían a cargo del párroco de la localidad, que debería llevar las cuentas, los gastos, el pago de las amas, la subsistencia y vestido de los expósitos, y enviar nota detallada durante los dos primeros meses de cada año a la Casa General de su distrito o diócesis, para obtener así todo lo necesario. (184).

En el apartado II de la Cédula se establece el número de Casas Generales que era aconsejable existieran, las cuales serían adecuadas a la extensión de la diócesis y al número de habitantes, pudiendo existir más de una casa general, con tal de que ésta no distase de los partidos más de 12 o 14 leguas. (185).

En el apartado IV se establece que si dos Casas Generales estuviesen situadas en lugares muy próximos podría suprimirse alguna de ellas, a no ser que una fuese de Patronato particular, aunque esto sería también de la incumbencia y dictamen de las autoridades eclesiásticas de la zona. (186).

Asimismo se ordenaba que en las Casas de Expósitos dependientes de Cabildos o de una Comunidad, Hermandad de Caridad o Cofradía, y siempre que las casas y los niños estuviesen bien atendidos, no se realizaría ninguna innovación. (187).

Los apartados siguientes prestan especial atención al problema de la lactancia y manutención de los niños, razón principal de la existencia de las Casas-cuna, estos es, la supervivencia de las criaturas abandonadas. Se insta a observar una mayor vigilancia para poder paliar la crecida mortandad habida en estas casas de misericordia, y a este efecto, al párroco del pueblo donde se hubiese recogido al niño se le recomendaba que, si aquél era de un reducido número de vecinos, se buscara una mujer del mismo lugar que lo criase, dando cuenta al Ecónomo del partido del nombre del expósito y el de la mujer o ama, porque se consideraba muy conveniente que el niño no fuese enviado a otro pueblo, siempre que en el suyo hubiese mujer idónea para criarlo, y en su defecto se buscaría por el párroco un ama de confianza en los lugares más próximos, enviando con ella al niño. (188).

Cuando esto no fuese posible, el expósito sería enviado a la casa-cuna más cercana, costeándose los gastos del caudal de propios del pueblo donde aquél hubiese sido recogido. (189)

En los apartados XII y XIII se hace referencia a las amas, seleccionándose las mejores, que gocen de excelente salud y sean de "honestas costumbres". Se prefieren las que dispongan de un nivel de vida algo desahogado, para que puedan, si es posible, aunque mediante un estipendio, mantener consigo al expósito para siempre o, por lo menos, en sus primeros años después de la lactancia, si antes no había sido adoptado por alguna persona honrada que le pudiera proporcionar un futuro y educación. (190). En todo caso se procuraría que las amas retuvieran a los niños hasta los seis años y si, pasado ese tiempo, nadie los hubiera prohiado, serían llevados al hospicio o a las casas de niños desamparados. (191).

En lo que se refiere a la alimentación y subsistencia se dice que el período de lactancia estará determinado por el

médico de la localidad y su duración podrá ser superior a un año según las necesidades del niño. (192). Por otra parte, se cuidaba también de que las casas-cuna no admitiesen más niños de los que su capacidad permitía, con el fin de evitar en lo posible las enfermedades por contagio. (193).

El estipendio de las amas estaba bajo el control de los Prelados de cada provincia, siguiéndose la costumbre del lugar, para remunerar justamente la crianza de un lactante en el seno de una familia sin posibilidades económicas. Se insistía, una vez más, en proporcionar a las amas de cría compensaciones equitativas y suficientes, pues la escasez de recursos constituía una de las principales causas que influían en la mortalidad infantil. (194).

El control de los expósitos, como ya advertimos, de cada demarcación, estaba a cargo del ecónomo de la misma, quien llevaría cuenta exacta de cada uno y de sus circunstancias y acontecimientos, e igualmente sería responsabilidad de los párrocos de los pueblos y de los directores y administradores de las Casas Generales de Expósitos la vigilancia del tratamiento de los niños que residían con amas o que habían sido adoptados, así como el exacto cumplimiento de los reglamentos de las casas de expósitos, bien generales o particulares, de cada localidad. (195).

Las últimas cláusulas de la Cédula sobre expósitos contienen disposiciones conducentes a evitar en lo posible los infanticidios y accidentes ocurridos a los niños cuyos padres abandonaban a su suerte en cualquier lugar. Era frecuente el abandono de niños a las puertas de las casas o de las iglesias, con la idea de ^{que} quienes los encontrasen se hicieran cargo de ellos o lo pusieran en conocimiento de las autoridades civiles o eclesiásticas. Pero también existían medios más crueles, en-

contrándose, en ocasiones, niños ahogados en el río o destruidos por las alimañas. Con el fin de poner coto a semejantes bestialidades se especifica claramente en las cláusulas XLIII y XLIV del Informe, que tanto la autoridad civil como la eclesiástica deberían prestar su colaboración a toda persona que quisiera llevar una criatura a la Casa de Expósitos, acompañándola, si era preciso, al referido centro, pues lo importante era salvarla del abandono, en lugares ocultos, por padres o madres irresponsables. Y se insiste tajantemente en que, pudiendo perfectamente hacer entrega del niño al párroco del pueblo, o de otro lugar cercano, o directamente a las Casas de Expósitos próximas, no existía ya ninguna disculpa para aquellas personas que lo abandonasen a su suerte, sobre las cuales recaerían las penas establecidas por la ley, castigándose con todo rigor su delito. (196).

En el momento de exponerse al amparo de una familia o de un asilo cualquier criatura, cesaba inmediatamente la patria potestad y, por lo tanto, cualquier derecho de los padres, no pudiendo después reclamarlo bajo ningún concepto, según estaba dispuesto por la Ley de Partida y otras canónicas y civiles. (197). Ahora bien, si los padres en el futuro quisieran hacerse cargo del niño, habían de probar ante la Justicia Real, el Síndico Procurador del Ayuntamiento^o el Fiscal, su paternidad, y sólo se lo entregarían de nuevo si hubiese pruebas bastantes de que el expósito iba a ser tratado dignamente. Esta excepción se aplicaba primordialmente a todos aquellos casos de padres que habían tenido que abandonar a sus hijos por extrema necesidad, por imposibilidad de mantenerlos, y la Justicia decidía lo procedente en cada uno de ellos. (198)

LA LEGISLACION SOBRE LOS EXPOSITOS EN INDIAS

=====

La preocupación gubernamental para con los expósitos no estaba ceñida solamente, como es lógico, al ámbito metropolitano, sino que alcanzaba también a los territorios de las provincias americanas y de Filipinas. Existen normas -Reales Cédulas y otras disposiciones- sobre el problema de los expósitos y de las casas-cuna, otorgadas expresamente para estos reinos, con idéntico fin de proteger a los niños abandonados, ya que el comportamiento de muchos padres era el mismo, por desgracia, en todo tiempo y lugar.

En 19 de febrero de 1794 se dicta una Real Cédula destinada a Indias y Filipinas, sobre materia de expósitos. (199). En su encabezamiento se exponen los motivos que impulsaron al rey a establecer normas de protección para estos seres indefensos que en todos sus dominios perdían la vida por diversas causas: insuficiencia de hospicios, grandes distancias desde muchos lugares a las casas de caridad, estado de miseria y trato inhumano que en muchos centros recibían los niños, sin olvidar tampoco el problema de encontrar amas suficientes para la lactancia de los pequeños. (200).

Era, pues, decidida la intervención real en favor de estos vasallos suyos desamparados: "corresponde a mi dignidad y autoridad Real mirarlos como á hijos y solicitar su conservación". (201). Y se sentaba el principio de que ningún expósito podría ser injuriado con el apelativo de ilegítimo.

En este sentido se inspira la política seguida en el sigl XVIII en favor de los expósitos y que llegará a su legitimación con los mismos derechos que el resto de los vasallos.

Así se expresa esta Real Cédula redactada expresamente para Filipinas y América:

"...que todos los Expositos de ambos sexos existentes y futuros, asi los que hayan sido expuestos en las Inclusas, ó Casas de Caridad, como los que hayan sido, ó fueren en cualquier otro parage, y no tengan padres conocidos, sean tenidos por legitimados por mi Real autoridad, y por legítimos para todos los efectos civiles generalmente, y sin excepcion, no obstante que en alguna ó algunas Reales disposiciones se hayan exceptuado algunos casos ó excluido de la legitimación civil para algunos efectos. Y declarando como declaro que no debe servir de óbice para efecto alguno civil á los que la hubieren tenido, ó tuvieren". (202).

De esta manera, todos serían considerados como "hombres buenos del estado llano general". Y se terminaba con una larga secuela que había mantenido la constante de volcar todo el desprecio en aquellos infelices seres a quienes desdeñosa e injuriosamente se les había designado con los nombres de bastardos, espurios, bordes, ilegítimos o hijos del incesto y del adulterio.

Quedaban suprimidas las penas que antes se podían aplicar a los expósitos: vergüenza pública, azotes, horca, etc.⁽²⁰³⁾ y la Justicia de los reinos de Indias castigaría severamente a quienes los injuriasen, quedando obligados los Virreyes y Gobernadores a hacer cumplir estas disposiciones de Su Majestad. (204).

Muchas de las disposiciones dadas en favor de los expósitos para los reinos de la metrópoli llevaban también implícita una orden extensiva a los reinos de Indias. Así, en la Instrucción sobre el reglamento de la policía general de expósitos de 3 de mayo de 1797, al que nos hemos venido refiriendo, se aludía también a la elaboración de otro informe por el Consejo de Indias en el que se recogieran las mismas normas dadas

en España sobre la materia, cuyo reglamento sería comunicado a los Prelados eclesiásticos y a las Audiencias, con el fin de que se adoptasen en cada lugar las medidas que se considerasen oportunas, y en caso de que tuviera que aumentarse la asignación para la debida ayuda a los expósitos, propusieran los medios menos gravosos para el pueblo y para el real erario.

Así se trataba el problema, en cuanto a los reinos de Indias, en este documento de 1797:

"Confio a la Caridad y zelo de los Prelados de todos mis Dominios harán que en los pueblos de su Diócesis se haga notorio por medio de los Párrocos lo prevenido en esta mi Real Cédula; y que pondrán el mayor cuidado en la buena asistencia y conservacion de los Expositos, cuya necesidad es entre todas las temporales la mas digna de ser socorrida; y que para ello, ademas de la contribucion de sus rentas, se valdrán de todos los medios posibles, solicitando auxilios, y exhortando frecuentemente á que se hagan limosnas, valiéndose tambien del medio de instituir Cofradias que, supuesta la Real aprobacion, se dediquen á obra tan piadosa: y el mismo zelo, aplicacion y desinterés confio de los Párrocos y demas personas Eclesiásticas que hayan de intervenir en el desempeño de un asunto tan propio de su carácter, como importante y necesario al servicio de Dios y bien del público; en el concepto de que cuanto hicieren á favor de tan piadoso objeto, me será de la mayor gratitud, y de que tendré en particular consideracion este mérito para acreditarles los efectos de mi Real agrado y beneficencia. Y mis Consejos de la Cámara de Castilla y de las Indias lo tendrán entendido en las consultas que me hicieren de Prebendas y Beneficios Eclesiásticos." (205).

Termina el documento declarando que se han remitido ejemplares de la instrucción a su Consejo de Indias, con el fin de que inmediatamente se comunique a los Prelados, Tribunales y personas de autoridad de aquellos reinos, rogando encarecidamente a los Arzobispos, Obispos, Virreyes, Presidentes y Audiencias, cumplan y hagan cumplir todo lo contenido en dicho informe. (206).

LOS EXPOSITOS EN BUENOS AIRES. LOS PRIMEROS PASOS
PARA LA FUNDACION DE UNA CASA-CUNA.

El problema de los expósitos revestiría en el Río de la Plata y en la propia ciudad de Buenos Aires las mismas graves características que en cualquier otro lugar del mundo hispanoamericano. Concretamente se agravaba a medida que crecía el número de habitantes, como sucedía en Buenos Aires, donde los abusos cometidos con seres inocentes recién nacidos irían alcanzando sus cotas más altas a partir del siglo XVIII y muy especialmente en la segunda mitad del mismo, época en que la ciudad experimentó un explosión demográfica considerable. Con anterioridad y por lo que se ha podido desprender de varios documentos, la cuestión no llegó a ser tan grave, pues las familias a quienes se encomendaba un recién nacido, e incluso aquellas que lo encontraban a la puerta de su casa, aceptaban de buen grado, en la mayoría de los casos, hacerse cargo de él. Pero las circunstancias posteriores empezaron a variar, y ya no era tan sólo la saturación de niños abandonados, sino que el problema empezó a tomar derroteros más desastrosos e inhumanos con la aparición de criaturas muertas en lugares solitarios o ahogadas en los ríos o en los pozos.

Lo mismo que en la metrópoli, había que poner coto a es-

tos crímenes, lo que trajo consigo el planteamiento, por parte de las autoridades bonaerenses, de fundar un asilo para la recogida de todos los expósitos de la ciudad y de su jurisdicción.

Los primeros intentos de creación de una casa para expósitos estuvieron en la mente del fundador del Colegio de Huérfanas, don Francisco Alvarez Campana, pero debido a los gastos a que había que hacer frente para sostener este último, no contando con recursos económicos, hubo de abandonar la idea. La fundación tardará, pues, en hacerse realidad unos cuantos años más, hasta 1779, fecha en que don Marcos José de Riglos, Síndico Procurador General, hizo una llamada de atención a las autoridades y al propio Virrey, sobre las continuas desgracias y actos inhumanos que venían produciéndose en la ciudad con los niños abandonados.

A la vista de ello ordenó el Virrey una exhaustiva información sobre el particular, con el fin de iniciar un expediente para que Buenos Aires pudiera contar con una casa-cuna, expediente en el que intervino el citado Síndico Marcos José de Riglos (207) y en el que se recogían testimonios de las crueldades cometidas con las criaturas. Admitido por el Virrey, se elevó a Su Majestad solicitando la real aprobación. Estas eran las razones en que se apoyaba el Virrey:

"Acreditada por una mui completa informacion, que produjo el Procurador Sindico General, la grave necesidad de que se erigiese en esta Capital una Casa de Cuna, para evitar los funestos sucesos, que se justifican; y proporcionada por la Junta de aplicaciones alguna dotacion en los fondos de Temporalidades (bien que no bastante) para subvenir a su preciso, y quantioso gasto: me parecio urgentisimo acceder á este establecimiento, que llevando las piadosas intenciones de V.M., aún contiene fines mui utiles al servicio de Dios: y desde luego publicos. Todo resulta con individualidad del adjunto testimonio

que dirijo, y espero, que en su vista, y de los dolorosos acontecimientos, que se reparan por este medio merecerá á la piedad de V.M. su real aprobacion, y confirmacion, que haga permanente tan piadoso establecimiento.- Dios guarde la Catholica real persona de V.M. para el bien, y felicidad de esta Monarquia.- Buenos Aires, 26 de enero de 1781. Señor. Juan Josep de Vertiz." (208).

Este expediente ordenado por el Virrey Vértiz se inicia, como hemos dicho, con la propia representación del Procurador Síndico General, exponiendo los motivos que le indujeron a plantear ante Su Excelencia la "publica necessidad" de que Buenos Aires contase con un centro para la acogida de niños abandonados, como existía en las más importantes ciudades de su tiempo.

Para recabar la información necesaria que acreditase cuanto llevaba expuesto, solicitaba el Síndico que los testigos llamados a declarar respondieran a las siguientes preguntas:

Primera. Si conocían o habían oído si era cierta la existencia de muchos niños abandonados en puertas de calle, ventanas o en lugares públicos.

Segunda. Si sabían con seguridad si la mayoría de estos niños estaban o no bautizados y si alguno llevaba un documento o papel que acreditase su bautismo antes de haber sido expuesto o abandonado.

Tercera. Si conocían que muchos de los niños expuestos habían perecido por alguna causa.

Cuarta. Si consideraban ser una necesidad pública para la ciudad y su jurisdicción el terminar con aquellos hechos lamentables.

Quinta.- Que declarasen si el medio más eficaz de acabar con aquella situación era la fundación de una Casa-Cuna.

Sexta. Si debido a la escasez de Propios de la ciudad, era preciso arbitrar cualquier otro medio para acudir a la creación de una Casa-Cuna donde se recogiese a los expósitos. (209).

Conseguida la aprobación de S.E. por decreto de 17 de junio de 1779 (210) , el Procurador Síndico General presentaba varios testigos, en documento que se fecha el 18 de junio, y que responderían a las preguntas mencionadas. El primero en declarar sería el vecino don Juan Francisco de Meno, quien, bajo juramento y señal de la Santa Cruz, respondió declarar la verdad de cuanto se le preguntase en dicho asunto, manifestando que muchas criaturas expuestas en puertas, ventanas y otros lugares sufrían toda clase de desgracias, tanto en lo físico como en lo espiritual, pues aunque éstas fueran ciertamente en algunos casos recogidas, era tanto lo que habían padecido que pocas se salvaban después. El declarante afirmaba también haber conocido él mismo, en una noche de invierno, que una criatura recién nacida fue variada cuatro o cinco veces de puerta, al ser rechazada por los respectivos vecinos. (211). A la pregunta de si sabía si estas criaturas estaban bautizadas, respondía el declarante que no creía que la mayoría hubiese recibido el bautismo, pues eran niños que en el momento de nacer se depositaban en las puertas de las casas. (212).

Impresiona la lectura de la declaración que sigue haciendo el mismo testigo al referirse a las desgracias que se cebaban en estos seres indefensos, no sólo por las inclemencias del tiempo, sino por los ataques de las alimañas que en algunos casos llegaron a devorarlos, como, según dice, sucedió en el Barrio de San Miguel, donde fueron encontradas dos criaturas, una comida casi entera, y otra sin extremidades, encontrándose un perro con un brazo en la boca, y aquélla roída hasta las caderas. (213).

Este fue uno de los motivos por los que las autoridades prohibieron en multitud de bandos que los perros anduviesen sueltos por las calles, sobre todo los de presa, prohibición que alcanzaba también a los cerdos.

Era necesaria, pues, la creación de un centro en donde el público en general supiera que allí se recibirían todos los niños -a través de un torno- cuyos padres "por necesidad o locura" abandonaban, y este proyecto debía haberse realizado hacía ya muchos años en la ciudad "por ser esta Capital la mas apropiado para este establecimiento, assi por su Poblacion, que es numerosa, como por que siendo cabeza dela Provincia, la que por la mayor parte se compone de cortas Poblaciones, y Casas, ó Haciendas dispersas, tienen un recurso seguro y oculto, las Madres que necesitan reservar su fragilidad". (214).

Y como el propio testigo reconocía que la ciudad no tenía fondos suficientes y sus Propios eran muy exigüos para la creación de una casa-cuna, la obra debía quedar bajo la responsabilidad del Gobierno, y exponer al Rey su necesidad para que "su Real Clemencia considerara lo mas conveniente, para la consecucion de un fin tan útil a la Poblacion". (215).

Entre los testigos siguientes llamados a declarar figuraban las hermanas -morenas libres- Juana y Paula Sanmartin, quienes afirmaban, entre otras cosas, que habiendo vivido durante años cerca de un aserradero de maderas, fueron avisadas por unos trabajadores que habían encontrado un párvulo muerto y manchado de sangre, lo que provocó la lástima de todos, por no saber si aquella criatura había sido bautizada. También afirmaron que, años atrás, habían oído decir que los niños recién nacidos aparecían en los pozos ciegos, arrojados, quizá, por mujeres que no querían ser descubiertas. (216).

También se tomó declaración al Alcalde ordinario de segun-

do voto don Gregorio Ramos Mexia, a don Francisco Antonio de Escalada y don Francisco Cabrera, ambos comerciantes de la ciudad (este último había sido Alcalde y Regidor), al Regidor y Alférez Real don Joseph Antonio Ibañez, al Capitán de Milicias don Vicente Pereyra y Lucena, a don Vicente Arzac y Goyeneche, a don Francisco de Espinosa, que también había sido Alcalde y Regidor, a don Manuel Rodríguez de la Vega, defensor general de pobres, y al doctor don Juan Cayetano Fernández de Agüero, cura de la Santa Iglesia Catedral.

Todos y cada uno de los testigos citados manifestaron ser ciertas las desgracias sufridas por aquellas criaturas abandonadas unas en albañales o caminos, otras en parajes muy transitados por carruajes -y expuestas, por tanto, a ser arrojadas-, otras ahogadas en el río (217), y muchas de ellas comidas por perros, cerdos y alimañas.

También coincidían en señalar la necesidad de la pronta creación de una casa-cuna, de tanta trascendencia para la ciudad, al igual que existía en otras, pues no había desde Buenos Aires hasta Lima ningún centro de este tipo. (218). Así se terminaría con estos atentados contra seres inocentes, con el problema de que morían en su mayoría sin recibir el bautismo, y con el abuso de la caridad de muchos vecinos que tuvieron que hacerse cargo de las criaturas encontradas en las puertas de sus casas, tal como le sucedió a uno de los testigos declarantes, don Joseph Antonio Ibañez, Regidor y Alférez Real, quien en menos de 16 años le habían dejado en su puerta hasta siete párvulos, de los cuales sólo le vivían dos, uno de quince años y otro de seis meses; y a don Manuel Rodríguez de la Vega, quien acogió en su casa a los tres que depositaron en su puerta.

Tales declaraciones pasarían, por decreto del Virrey de 5 de julio de 1779 (220) a la Junta de Aplicaciones para que allí se tratase el planteamiento de la que, a través de todo lo expuesto, se consideraba ya como una "urgente necesidad". El 12 de julio se manifiesta el acuerdo tomado en la reunión de vocales de la Junta Superior de Temporalidades, en la que se leyó la representación del Procurador Sindico General, quien volvió a hablar de la necesidad de una casa para expósitos donde se les dispensase todo lo necesario para su salud física y espiritual. (221). Examinada esta representación del Síndico, corroborada por doce testigos elegidos entre persona "de la primera reputación" que dieron noticias particulares y directas de cuanto ocurría con los expósitos, se llegó a la conclusión de que había que designar una casa para recoger a las criaturas abandonadas, que muy bien podría ser la casa de ejercicios espirituales para mujeres que en ese momento estaba convertida en arsenal, ocupándola los expósitos hasta que se lograra la aprobación definitiva para la construcción de otra que contase "con todas las comodidades". (222).

Los vocales acordaron se dispusiera con toda prontitud la erección de la Casa-cuna, cuya creación ya había sido aprobada por el Virrey, costeándose lo que fuera necesaria para su ejecución con los fondos del caudal de Temporalidades, de lo cual se informaría detalladamente al administrador (223). Como los gastos serían cuantiosos y entre los de mayor gravamen los requeridos para las amas de leche, se estipuló que se aplicarían también las rentas de nueve casas o viviendas situadas desde el número 2 al 10 "frente a la Plaza Mayor mirando al Norte" (224), cuyos alquileres, según se afirmaba por el administrador de la Junta, ascendían a 98 pesos mensuales: 1.176 pesos, los cuales, descontando los gastos de obras y otros arreglos, se quedaban en unos 882 pesos anuales. (225).

Todo ello, firmado por los asistentes, se acordó ponerlo en conocimiento de Su Majestad para su aprobación (226), y de su Secretaría de Cámara "para su más pronto, feliz y efectivo éxito". (227).

Por decreto de 14 de julio de 1779 el Virrey pone en ejecución el dictamen aprobado por los vocales de la Junta de Temporalidades (228). El 10 de enero de 1780, según consta en el expediente, el escribano público Joseph Zenzano, acredita haber recibido orden del Virrey de pasarlo a la Secretaría de Cámara (229), y el 15 de marzo del mismo año el citado escribano da fe de haber sacado testimonio del expediente original y haber hecho efectiva su entrega a la Secretaría de Cámara. (230).

EL ESTABLECIMIENTO DE UNA IMPRENTA EN BENEFICIO DE LA CASA DE EXPOSITOS, Y LA VENTA DE CATONES, CARTILLAS Y CATECISMOS.

Los medios propuestos por la Junta de Temporalidades como recursos para la subsistencia de la Casa de Expósitos -los alquileres de 9 casas- no eran suficientes, desde luego, para cubrir sus cuantiosos gastos, por lo que el Virrey don Juan José de Vértiz discurrió otra fuente de ingresos con el fin de afrontar el problema económico. Tuvo la feliz idea de que, puesto que en la ciudad se iba haciendo cada vez más necesaria la existencia de una imprenta, para "proporcionar al público los útiles efectos de la prensa" (231), se podía aprovechar una que se hallaba abandonada en la ciudad de Córdoba del Tucumán, en el colegio llamado de Montserrat, que había pertenecido a los jesuitas expulsos. Su recomposición

y arreglo no sería nada fácil, según afirma el propio Virrey (232), pero esto se llevó a cabo, habiéndose presentado para administrar y poner en marcha dicha imprenta don José de Silva y Aguiar, librero del Rey y bibliotecario del Real Colegio de San Carlos de la ciudad, quien solicitó se le hiciese entrega de la imprenta "con todos sus instrumentos" para su funcionamiento, y se le concediese el cargo de administrador general durante diez años, sin que nadie más pudiera interferirse, sólo los que fuesen designados para pedirle cuentas de su administración. (233). Como administrador reclamaba la tercera parte de los beneficios obtenidos con la impresión y venta de los catones, catecismos y cartillas que salieran de la imprenta y fuesen distribuidos por todo el Virreinato, aplicándose los beneficios exclusivamente en favor de los niños expósitos. (234).

El Virrey, por decreto de 21 de noviembre de 1780, concedió el título y cargo de administrador al mencionado librero por el espacio de diez años, bajo la condición de dar cuenta de su administración cada año y con el privilegio exclusivo de la impresión de catones, catecismos y cartillas, aunque se decía que debía conformarse con la cuarta parte de los beneficios, dándosele la tercera parte sólo cuando la cuarta no llegase a los 400 pesos al año (235).

La creación de la Casa-cuna en Buenos Aires fue considerada por la Contaduría General como uno de los proyectos más necesarios, por no existir otra en todo el Virreinato, y manifestó su apoyo a una obra tan humanitariamente promovida por el Procurador Síndico General y respaldada por el Virrey don Juan José de Vértiz y por todos los ciudadanos; cuanto más porque los medios propuestos para su mantenimiento -alquileres, imprenta- en nada perjudicaban al real erario (236), añadiéndose a esto que la imprenta, además de proporcionar

ingresos para la casa de expósitos, representaba un beneficio indudable para Buenos Aires y las provincias que podrían desde ahora contar con este medio "para las varias ocurrencias que han de ofrecerse e un tan vasto Gobierno, ya de despachar Ordenes, circulares, y avisos al Publico, y ya tambien de formar algunas Ordenanzas, el rezo ó Kalendario Ecclesiastico, en cada un año, assi para aquella Cathedral, y sus dependientes, como para otras Iglesias del Virreinato". (237).

La Contaduría General informaba, pues, en 7 de enero de 1782, estar en total acuerdo con el expediente promovido en Buenos Aires para la Casa-Cuna, y en 15 de abril de 1782 manifestaba que al igual que se había aprobado la implantación en Lima de una imprenta en beneficio de la casa de niños expósitos, ratificada por Real Cédula de 6 de mayo de 1733, y considerando que en Buenos Aires existían la misma necesidad y particularidades que en Lima, acordó el Consejo consultar a Su Majestad sobre la materia. (239).

La Real Cédula de 13 de septiembre de 1783 confirmaría y aprobaría, todo lo relacionado con la creación de la Casa-cuna y la imprenta, así como los arbitrios propuestos para su mantenimiento. (240). Al año siguiente -21 de febrero de 1784- Vértiz ordenaba que tanto el gobierno como la dirección de la Casa de Expósitos quedase bajo los auspicios de la Hermandad de la Santa Caridad. (241).

LOS DIFERENTES ARBITRIOS EN FAVOR DE LA CASA DE EXPOSITOS: EL PRODUCTO DE LA CASA DE COMEDIAS, DE LAS CORRIDAS DE TOROS, DE LAS PELEAS DE GALLOS. OTROS ARBITRIOS PROPUESTOS.

Los años que siguieron a la fundación de la Casa-cuna de

Buenos Aires fueron, lo mismo que en otros centros benéficos, de limitaciones económicas, que se iban acentuando a medida que crecían las necesidades del asilo y el número de niños recogidos era cada vez mayor. Las autoridades bonaerenses buscaron continuamente los diferentes medios que podían recabar-se para sacar de la penuria económica a esta obra de interés público. Así se acordó que los ingresos de las corridas de toros que anualmente se celebraban con motivo de la festividad de San Martín, servirían para acudir en ayuda de las necesidades de la casa-ouna. Es más, el favor y apoyo que Vértiz (242) dispensaba a la casa de expósitos le llevó a pedir que se celebraran corridas todos los días festivos desde primero de diciembre hasta el miércoles de ceniza, cosa que la autoridad eclesiástica no vio con buenos ojos, por considerar que tales festejos, a pesar de que sus ingresos iban en beneficio de una obra tan pía, distraían al público de cumplir con el obligado precepto de asistencia a misa, si se efectuaba por la mañana. No obstante, una Real Cédula de 6 de diciembre de 1782 estableció que el Virrey tenía facultad para señalar la celebración de estas funciones de toros, aunque absteniéndose de hacerlo en los días de "riguroso precepto", con el fin de no contrariar las disposiciones del señor Obispo. (243).

Junto con las corridas de toros, se especuló también con la posibilidad de obtener algún beneficio de las peleas de gallos, a las que eran muy aficionados ciertos sectores de la población. En una reunión del Cabildo de 26 de agosto de 1782, don Manuel de Basavilbaso, que pasaría a ser Secretario de la Casa de Expósitos, solicitaba del Virrey la adjudicación de un paraje en donde pudieran realizarse las peleas de ga-

llos, cuyos beneficios se aplicarían también a la casa-cuna (244), proyecto que sería aprobado por otra junta del Cabildo de 11 de octubre del mismo año (245).

La instalación de la Casa de Comedias se pensó también con la doble finalidad de servir de entretenimiento al pueblo y de contribuir, al mismo tiempo, con sus ingresos, al sostenimiento de la casa de niños expósitos. (246).

Sin embargo, la casa-cuna atravesaría más adelante por una gran crisis económica, debido, entre otras causas, a que el privilegio de la imprenta de vender los catones, catecismos y cartillas, que podía haber constituido uno de sus principales auxilios, se veía contrarrestado por la continua llegada de barcos procedentes de España que llevaban grandes cantidades de este material docente. Así lo haría constar el administrador de la imprenta don José Sánchez Sotoca, que se había dirigido a Su Majestad haciendo saber la poca venta que podían efectuar los administradores encargados de despachar lo que producía la imprenta de Buenos Aires, por la gran cantidad de ejemplares que se introducían procedentes de España, con lo cual el beneficio obtenido por aquélla no era suficiente ni para pagar a los operarios. De ello podía deducirse la penuria económica por que atravesaba la casa-cuna y el peligro de que en un futuro inmediato tuviera que cerrar sus puertas. (247).

Proponía Sotoca se concediese a la imprenta de Buenos Aires el privilegio perpetuo de la venta de catecismos, catones y cartillas, así como su distribución por las provincias del Virreinato, y se prohibiese tajantemente su embarco desde cualquier punto de la metrópoli, para lo cual se darían las órdenes pertinentes a las aduanas de los puertos. No obstante, tal petición no sería aprobada por el Rey, quien en una

Real Orden de 12 de febrero de 1788 comunicaba al Virrey Marqués de Loreto su decisión de no conceder dicho privilegio, proponiendo que se buscasen otros medios para sostener la Casa de Expósitos. (248).

El Virrey inició un expediente, que lleva fecha de 12 de enero de 1792, en el que se daba cuenta de los medios y arbitrios acordados en Buenos Aires para beneficio de la Casa de Expósitos. (249). En él se recoge el informe que el Virrey mandó presentar a los dos encargados de la casa-cuna (que en aquella fecha ya estaba bajo la dirección de la Hermandad) don Manuel Rodríguez de la Vega, Tesorero del Hospicio, y don Pedro Díaz de Vivar.

En este informe se ponen de manifiesto los fondos y rentas con que se contaba para la Casa desde su fundación, y de los gastos y deudas que se producían. En primer lugar se hacía alusión a los fondos aportados por la Junta de Temporalidades, como fueron la entrega de la Casa de Ejercicios para mujeres, que perteneció a los regulares expulsos, y los alquileres de las 9 casas o cuartos, cuyo producto al año ascendía a 1.056 pesos. Igualmente se hacían constar los ingresos de 1.000 pesos con que contribuían los empresarios de la Casa de Comedias (250), los 1.400 pesos provenientes del arrendamiento de la imprenta, y los 500 obtenidos cada año de limosnas (251). La suma total era de 4.456 pesos, de los que sólo quedaban líquidos 4.000, por invertirse los 456 restantes en las continuas reparaciones que tenían que efectuarse en las fincas y casas mencionadas.

Esta cantidad era muy corta, pues el gasto total de la Casa de Expósitos ascendía a 6.111 pesos, que se repartían así: 5.031 para el pago de amas de leche, 876 para manutención del centro, y 240 para gastos de ropa,⁽²⁵²⁾ faltando anualmente unos 2.111 pesos, lo que determinaba que la casa se viera continuamente empeñada. (253).

En el mismo informe se mencionaban los medios propuestos por el Intendente General y Hermano Mayor de la Hermandad de la Caridad, en 7 de mayo de 1788, para alcanzar los ingresos necesarios al sostenimiento de la Casa-cuna, a saber, que se aprobase la contribución de medio real por cada pieza de media carga que se marchamara en aquella Real Aduana, de todas las piezas que fueran de España a aquel puerto o de allí a cualquier provincia, haciendo lo mismo con los barriles de vinos y caldos. (254). Este derecho de marchamo subiría a 4.676 pesos y 2 reales. Se pedía también que se concediera el privilegio de la esclavitud en favor de la Casa de Expósitos, de cuantos niños negros o mulatos se depositasen en el torno, de lo que se conseguirían ciertos ingresos. (255).

La Contaduría General, en 12 de enero de 1792, estimó conveniente todo lo expuesto en el informe y expediente enviado por el Virrey; la primera medida considerada, esto es, la del medio real por cada pieza de media carga, se podía aprobar, por cuanto no supondría un grave perjuicio para el comercio (256), y en cuanto al privilegio de la esclavitud en beneficio de la Casa-cuna, alegó igualmente que podía ser una medida muy acertada que contribuiría además a cortar el abuso que se experimentaba entre las esclavas negras y mulatas, que llevaban sus hijos recién nacidos al torno para evitarles la esclavitud, lo que constituía un fraude para los dueños de dichas esclavas, que tenían dominio sobre los hijos de éstas. (257).

Sin embargo, la decisión final de Su Majestad tomó otro giro. En efecto, la Real Cédula de 12 de agosto de 1792 dirigida al Virrey y a la Audiencia de Buenos Aires, disponía que, si bien se podía realizar la contribución del medio

real por cada media carga de las que se marchasen en la Real Aduana, aconsejaba que se llevase a cabo adoptando las precauciones necesarias para dañar lo menos posible al comercio (258), y ordenaba igualmente que en la propia ciudad de Buenos Aires se reuniese una junta en la que intervendrían el Virrey, el Obispo, un Oidor de la Real Audiencia, el Fiscal, dos prebendados del Cabildo Eclesiástico y otros dos del secular, el Procurador Síndico y dos diputados del Comercio, con el fin de estudiar un plan en el que, una vez revisada la situación en que se hallaba el asilo de expósitos, propusiesen nuevos medios para su subsistencia. (259).

Por lo que respecta a la pretensión de que se concediera el privilegio de la esclavitud en favor de la Casa-cuna, el Rey consideró que no podía llevarse a cabo. (260).

Más adelante se prohibió expresamente que se gravasen los vinos y aguardientes procedentes de España, aunque su destino fuese para una obra tan importante como la Casa-cuna.

Así lo comunicaba el rey en 31 de agosto de 1793, quien, habiendo consultado con la Junta General de Comercio y Moneda, resolvió denegar la propuesta de gravar los aguardientes de España con 6 pesos y 6 reales por cada pipa y 5 por las de vino, pues consideraba tal gravamen como "ruinoso del comercio nacional" (261), recomendando a los administradores del hospicio que buscaran otros medios para su mantenimiento.

Tal resolución sería comunicada por el propio Virrey Arredondo al administrador de la Casa de Expósitos en 20 de febrero de 1794. (262).

Las dificultades por las que atravesaba el hospicio eran, desde luego, delicadas, tanto más cuanto que en la propia ciudad, cuyos bienes eran muy menguados, había que atender a

otras obras benéficas, como el Hospital Betlemita, cuyos problemas de aumento de camas, de servicio, de dotación, etc. eran difíciles de resolver.

La casa-cuna, como afirmaba el Síndico Procurador en 26 de septiembre de 1792, necesitaba, sin embargo, mayor atención que el Hospital para adultos, por acogerse en ella a aquellos "individuos" que venían al mundo sin conocer a sus padres. "¿Qué consternación sería para S.E. ver cerrada esta casa?". Serían unas "víctimas del cruel abandono", sigue diciendo el Síndico, si la "providencia del Gobierno" no tuviera un refugio donde acogerlos y darles las aguas del bautismo. (263).

El asilo se mantenía, pues, con muchas dificultades, y a veces con la ayuda de sus propios administradores. Así, el Síndico Procurador manifestaba en 26 de septiembre de 1792 que el Tesorero don Manuel Rodríguez de la Vega tenía invertidos en dicha obra 40.000 pesos de su caudal y que por su abatida salud sería imposible continuarla. (264). Y el Director don Pedro Díaz de Vivar pedía en 1794 se le asignara un sueldo, alegando, aparte de sus méritos personales, el haber servido a la casa por espacio de nueve años sin sueldo ni gratificación alguna, asistiendo a unos 976 niños, a los que atendió en su bautismo, subsistencia, etc.; y manifestaba no poder seguir en esta tarea si no se le gratificaba con alguna pensión con la que poder mantener a su familia. (265).

En 1795, la Junta creada para el sostenimiento de la Casa de Expósitos seguía estudiando la forma de obtener ingresos. Habiéndose diputado a los señores regidores don Mariano Zabaleta y don Francisco Antonio Belaustegui, el primero de ellos, en una sesión del Cabildo de 7 de diciembre de dicho año, hizo presente que, teniendo en cuenta las reales cédu-

las que prohibían gravar los vinos y aguardientes para dotación de la casa de expósitos, se había rechazado también, por no perjudicar al comercio, el medio real de marchamo, y la Junta había propuesto unos nuevos arbitrios como eran los ingresos producidos por la venta de bulas que dispensaban de observar abstinencia en ciertos días de Cuaresma, lo que suponía unos ingresos de 500 pesos, pero como la Casa-cuna necesitaba 9.000 anuales, se propuso la adjudicación de 5.000 pesos del Ramo de Guerra. (266).

Todo el plan elaborado por la Junta se remitiría a Su Majestad en un informe enviado por el Virrey, en el que se hacían constar las conclusiones a que había llegado aquélla -que se constituyó por Real Cédula de 12 de agosto de 1792- para dotar a la Casa de niños expósitos. (267). Las decisiones de la Junta, como hemos visto, eran las de aplicar el producto de las bulas y las rentas del Ramo de Guerra que se había creado en 1751. Con ello, se decía en el informe, se podrían atender los gastos anuales, y así lo afirmaba también el Virrey en carta de 10 de marzo de 1796 (268), pues en caso de que se aprobasen los medios propuestos, la casa-cuna contaría en total con unos 8.000 pesos anuales, aunque esto no era bastante, teniendo en cuenta que hacía tiempo estaba empeñada, y tal cantidad no sería suficiente para "en adelante salir de escaseces". Por lo que propuso a Su Majestad se dignase conceder otros 5.000 pesos más en el mismo Ramo de Guerra, con lo que la dotación de expósitos subiría a 10.000. (269). De no hacerlo, la casa-cuna habría de cerrar su torno, acabando así "una obra tan útil, e interesante a la humanidad". (270).

El Contador Director (271) aprobaba la aplicación de los ingresos de las bulas y del ramo de guerra, en estos términos:

"... lo primero, por ser conforme a las Soberanas Reales intenciones de S.M. el que el producto de dicho ramo de Bulas se invierta en el socorro de verdaderos pobres, y en las necesidades publicas mas urgentes y utiles, circunstancias ambas que se unen en los Expositos; y lo segundo, porque el ramo de guerra es una pension que se paga desde el año 1755, contribuyendola en realidad no el Comercio, sino el Hacendado, a quien se darian dos reales mas por cada Cuero..." (272).

El Consejo se mostró también favorable al aumento pedido en el ramo de guerra, considerando que muy bien podría aprobarlo Su Majestad. (273).

& &

&

N O T A S

=====

1.- Al fundador, según la opinión de Eliseo Cantón, no le faltó previsión sanitaria, a pesar de que no llevó cirujano ni boticario en su expedición, pero sí en cambio dedicó un solar, que ocuparía toda una manzana, situándolo en lugar elevado y hacia el norte, tal y como prescribían las Leyes de Indias, y muy cerca, tan sólo tres cuerdas, de la plaza, para hospital. - Cantón, Eliseo. "Historia de la Medicina en el Río de la Plata". Pág. 210. Madrid. 1928.

2.- Cantón se refiere a la existencia de una casa o local que hacía las funciones de hospital, antes de la definitiva construcción del mismo, decisión que sería tomada por el Cabildo en 1605, encargándose su construcción a Ruy Gómez de Avila, aunque está no se llegó a realizar hasta varios años después.- Cantón, Eliseo. Op. cit. Pág. 345.

3.- Furlong insiste en ello y dice que "no hubo hasta principios del siglo XVIII hospitales, porque no había enfermos con que llenar, ni en parte, los dichos hospitales, y no había enfermos porque no había habitantes".

Furlong : "Médicos argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires.- Huarpes.- 1947.- Pág. 177.

4.- La escasa utilidad del hospital, afirma Furlong, era debida principalmente a dos causas, una la excelente salud del vecindario, otra la teoría defendida por el obispo San Alberto, de que era algo general entre el común de las gentes de aquel tiempo un gran miedo ante la idea de ser internado en cualquier hospital.- Furlong.- Op. cit. Pág. 179.

5.- Cabildo, 18 de agosto de 1702. Acuerdos. Serie II. Tomo I. Años 1701-1707. Pág. 144. Buenos Aires 1925.

6.- Cabildo, 7 de julio de 1702.- Acuerdos del Extinguido Cabildo. Serie II. Tomo I. Años 1701-1707.- Buenos Aires 1925. Pág. 127.

7.- Cabildo, 8 de agosto de 1702.- Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie II. Tomo I.- Años 1701-1707.- Pág. 135.- Buenos Aires 1925.

8.- Cabildo, 14 de agosto de 1702.- Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie II. Tomo I. Años 1701-1707. Pág. 140.

9.- Cabildo, 18 de agosto de 1702.- Acuerdos. Serie II. Tomo I. Años 1701-1707.- Pág. 148.

10.- Cabildo, 1 de marzo de 1726.- Acuerdos. Serie II. Tomo V.- Años 1723-1727. Pág. 576.

Las causas de dichas muertes se achacaban a la falta de una adecuada alimentación, medicamentos y asistencia sanitaria y médica eficientes, y en especial, como así lo declararon los médicos ante el Gobernador, la gran necesidad y pobreza de muchas personas, lo que obligó a socorrerlas con dinero del caudal de propios, administrado por los religiosos que asistían espiritualmente a los pobres enfermos, llegando a tanto la necesidad que el mismo Gobernador salió a pedir limosna.

11.- Cabildo, 1 de marzo de 1726.- Serie II. Tomo V. Años 1723-1727.- Pág. 578.

Posiblemente este pequeño incidente se sumaría a la inclinación de los bonaerenses y los diputados en el asunto del hospital para decidirse por la orden Betlemita, cuya fama era de

sobra conocida en la ciudad, por sus fundaciones hospitalarias en muchas ciudades americanas.

12.- Cabildo, 13 de mayo de 1726.- Acuerdos. Serie II. Tomo V. Años 1723-1727.- Págs. 626, 27, 28.

13.- Real Cédula para que se cobre un peso más de impuesto en cada botija de aguardiente con destino al Hospital de Buenos Aires. Cazalla, 28 de junio de 1730.- Col. Mata Linares. Copia. 1 fol. Tomo CII.- Fol. 536.

14.- Ibídem.

15.- Molinari.- "Los Betlemitas y su obra en el Hospital de Buenos Aires". Buenos Aires. "Archivum". Tomo I. 1943. Págs. 385-406.

16.- Informe de la ciudad de Buenos Aires a S.M. suplicando se sirva confirmar la donación que tiene hecha a los R.P. Betlemitas del Hospital real y sus rentas, que está fundado en esta ciudad con el título de San Martín. - Archivo General de Indias. Audiencia de Charcas, leg. 396. Año 1733.

17.- Ibídem.

18.- En una reunión de 3 de septiembre de 1739, se leyó en el Cabildo un memorial del prior del Convento de San Juan de Dios de San Bernardo de Tarixa, fray Pedro Ladrón de Guevara, en la que manifestaba su deseo de atender a los pobres enfermos de la ciudad, pidiendo al señor Gobernador licencia para fundar un hospicio para enfermos, a lo que contestó el Cabildo en 26 de septiembre de 1739, alegando que no podía atenderse la petición de dicho prior, porque la ciudad ya había informado a S.M. sobre la retención de encargar a los Betlemitas el Hospital de la ciu-

dad.- Cabildo, 3 y 26 de septiembre de 1739. En Acuerdos. Serie II. Tomo VIII.- Años 1739-44. Págs. 86 y 92.

19.- En dicha Real Cédula se insiste especialmente en que los religiosos encargados del cuidado y administración del hospital han de tener en cuenta las mismas reglas existentes en las Leyes de Indias con respecto a la fundación de hospitales y la orden de San Juan de Dios, teniendo en cuenta que dichos hospitales se les encargan a estas órdenes religiosas "no para que en ellos tengan conventos sino para que asistan a los enfermos conforme a su instituto."

Real Cédula sobre el Hospital de Buenos Aires, que no sea convento y se dé a la Orden de San Juan de Dios. El Pardo, 28 de enero de 1741. Col. Mata Linares. Copia. Tomo CIII. Fol.

20.- Recopilación de las Leyes de Indias.- Ley V. Título IV, Libro I.

21.- Molinari. Op. cit. Pág. 387.

22.- Cabildo, 29 de enero de 1743.- Serie II. Tomo VIII. Años 1739-44.

23.- Informe del Obispo de Buenos Aires sobre el Hospital General que se pretende. Buenos Aires, 14 de enero de 1745.- Archivo General de Indias.- Charcas, leg. 396. Año 1745.

24.- Ibídem.

25.- Molinari.- Op. cit. Pág. 394.

26.- Ibídem. Pág. 396-397.

27.- Ibídem.

28.- Cabildo, 10 de julio de 1759.- Serie III. Tomo II.
Años 1756-1761.- Pág. 417.

29.- Cabildo, 27 de octubre de 1759.- Serie III. Tomo II.
Años 1756-1761.- Págs. 434-435.

30.- Cabildo, 21 de mayo de 1760.- Serie III. Tomo II.
Años 1756-1761.- Pág. 502.

31.- Cabildo, 31 de diciembre de 1760.- Serie III. Tomo II.
Años 1756-1761.-Pág. 568.

32.- Cabildo, 23 de septiembre de 1767.- Serie III. Tomo III
Años 1762-1768.- Pág. 527.

33.- Cabildo, 13 de diciembre de 1779.- Serie III. Tomo VI.
Años 1777-1781.- Pág. 459.

34.- Ibídem.

35.- Relación presentada al Virrey por el Presidente del Hospital y convento de Santa Catalina (Bethlemita) fray Felipe de los Dolores, de todas las cantidades entradas en el Hospital desde principios de 1780 hasta fin de agosto de 1784 y los gastos causados en el mismo tiempo.- Buenos Aires 25 de septiembre de 1784.- Col. Mata Linares. Copia 4 fols. T. LXXVIII. Fols. 647-650.

36.- Ibídem.

37.- Informe del Tribunal de Cuentas sobre aumento de camas en el Hospital de Buenos Aires y medios para ello.- Buenos Aires 2 de junio de 1786.- Col. Mata Linares.- Copia, 4 fols. Tomo LIV, fol. 142.

38.- Ibídem.

39.- Ibídem.

40.- Ibídem, fol. 143.

41.- Ibídem, fol. 144.

42.- Ibídem.

43.- Ibídem.

44.- Ibídem.

45.- Ibídem, fol. 145.

46.- Especies que se pueden gravar sin perjuicio del público para sostener el Hospital de Betlemitas.- Buenos Aires, 2 de junio de 1786.- Col. Mata Linares. Copia, 1 fol. Tomo LXXVIII. Fol. 646.

47.- Certificación de los valores habidos en el Hospital de Bethlemitas de Buenos Aires en el quinquenio 1780-84. Buenos Aires 10 de junio de 1786. Col. Mata Linares. Copia. 1 fol. 32. Tomo LXXVIII.- Fol. 645.

48.- Valor anual a que asciende la contribución para sostener 200 camas en el Hospital de Bethlemitas de Buenos Aires.- Buenos Aires 4 de julio de 1786.- Col. Mata Linares. Copia ,1 fol. 32 .- Tomo LXXVIII. F. 643.

49.- Real Cédula dirigida a los Ministros de Hacienda de Buenos Aires para que informen sobre el aumento de camas y extensión de la fábrica del hospital de Betlemitas de aquella ciudad. San Lorenzo, 13 de octubre de 1787.- Col. Mata Linares. 1 f. 32. Tomo CXIII. F. 501.

50.- Informe del Cabildo de Buenos Aires sobre poner 200 camas en el Hospital de la ciudad, fondos, intervención, cuentas, etc. Buenos Aires, 27 octubre 1788. Copia 4 f. 32. Tomo LIV.- F. 146.

51.- Ibídem. F. 148.

52.- Ibídem.

53.- Ibídem F. 149

54.- Ibídem.

55.- Auto de la Junta Superior de Buenos Aires sobre el Hospital de la Ciudad. Buenos Aires 1 de diciembre de 1790.- Col. Mata Linares. Copia. 3 f. 32. Tomo LIV. F. 150-152.

56.- Vista fiscal sobre aumento de fondos para ampliar el Hospital de Buenos Aires. 19 de junio 1792.- Col. Mata Linares 1 f. Tomo LIV.- F. 153.

57.- Real Cédula dirigida al Virrey del Río de la Plata sobre lo propuesto acerca de gravar las especies para ampliar el Hospital General de Buenos Aires. Aranjuez 24 de mayo de 1795. Copia 1 f. 32. Tomo CXVII, f. 405-406-407. Col. Mata Linares.

58.- Ibidem. Fol. 407.

59.- Ibidem.

60.- Real orden comunicada por Don Eugenio de Laguno al Virrey de Buenos Aires dando permiso a los religiosos betlemitas de Buenos Aires para que trasladen el hospital que tienen a su cargo a la casa de los religiosos expulsos de la Compañía de Jesús llamada la Residencia. Aranjuez 25 de mayo de 1795.- Col. Mata Linares. Copia 1 f. 32. Tomo CXVII. F. 418.

61.- En una reunión del Cabildo de 6 de mayo de 1802 se hace referencia al traslado de la Residencia de forma provisional, se dice, de los enfermos convalecientes e incurables.- Cabildo 6 de mayo de 1802.- Serie IV. Tomo II. Años 1801-1804. Pág. 122. Buenos Aires 1925.

62.- Molinari. Op. cit. Pág. 399.

63.- Cabildo 20 abril 1804. Pág. 403. Serie IV. Tomo II. Años 1801-1804. Buenos Aires 1925.

64.- Memoria de gobierno del Virrey Marqués de Loreto, 1790. Col. Mata Linares. Tomo LIII. F. 240.

65.- Cabildo 10 diciembre 1810.- Serie IV. Tomo III. Años 1808-1809. Pág. 314. Buenos Aires 1927.

66.- Con la reforma efectuada sobre el clero en 1822, según nos refiere el doctor Molinari, se disuelve la orden betlemita

y con ella su administración en el Hospital durante 77 años, suprimiéndose en 1 de julio del mismo año el Hospital de Santa Catalina, pasando los enfermos del mismo al Hospital militar o de la Residencia.

Molinari. Op. cit. Pág. 404.

67.- Novísima Recopilación. Libro VII, Título XXXIX, Ley I.

68.- Novísima Recopilación. Libro VII, Título XXXIX, Leyes II, III, IV y VIII.

69.- Ver Jiménez Salas, María. "Historia de la Asistencia Social en España en la Edad Moderna", pág. 128. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1958.

70.- Jiménez Salas, op. cit. Pág. 128.

71.- Novísima Recopilación, Libro VII, Título XXXIX, Ley XIV.

72.- Novísima Recopilación, Libro VII, Título XXXIX, Ley XVI.

73.- Novísima Recopilación, Libro VII, Título XXXIX, Ley XVII.

74.- Novísima Recopilación, Libro VII, Título XXXIX, Ley XVIII.

75.- Novísima Recopilación, Libro VII, Título XXXIX, leyes XIX, XX y XXI.

76.- Citemos, por ejemplo, los bandos ya mencionados de "buen gobierno" de Juan José de Vértiz de 20 de septiembre de 1770, de José de Andonaegui de 6 de diciembre de 1745, los bandos generales de don Nicolás Antonio de Arredondo de 1 de mayo de 1790 y 9 de agosto del mismo año, etc., relativos a la lucha contra la ociosidad, los vagos y los "arrimados".

77.- Concoloncorvo. "El Lazarillo de ciegos caminantes". Op. cit. Pág. 40.- Sobre este mismo particular dice Concoloncorvo: "A la oracion se da muchas veces carne de valde, como en los mataderos, porque todos los días se matan muchas reses, más de las que necesita el pueblo, sólo por el interés del cuero". (Pág. 40).

78.- En la reunión del Cabildo de 19 de mayo de 1736, los señores Alcaldes de 2º voto y don Juan de Palma, diputados para el asunto de las jóvenes mendicantes, anunciaron haberse entrevistado con el señor Gobernador y con el señor Obispo acerca de tal particular, y su resultado fue la promulgación de un bando, ese mismo día, prohibiendo salir a pedir a las limosneras. - Cabildo 19 de mayo de 1736.- Acuerdos. Serie II, Tomo VII.- Años 1734 y 1738. Pág. 308.

79.- Bando de don José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, padrón de vecinos, construcción sin licencia, pobres que piden limosna, asamblea de caballería, distribución de barrios. Buenos Aires, 21 de mayo de 1772.- Col. Mata Linares. Copia 8 f. Tomo II.- Fols. 217 v. y 218.

80.- Instrucción provisional de las obligaciones de los alcaldes de barrio por don Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey de

Río de la Plata.- Buenos Aires 4 de enero de 1794.- Col. Mata Linares. Copia 6 f. 32.- Tomo II. Fol. 523.

81.- La casa de corrección, dice Vértiz, se estableció en la ciudad para evitar los escándalos públicos, y el hospicio de pobres y mendigos, por la necesidad de "recoger" a la gran cantidad de éstos, de que se hallaba infestada la ciudad. Relación de Gobierno del Virrey del Río de la Plata don Juan José de Vértiz a su sucesor Marqués de Loreto.- Buenos Aires 12 de mayo de 1784. Copia 165 f. Tomo LIII. Fols. 18 y 23.v.

82.- Providencia de don Juan José de Vértiz, Virrey del Río de la Plata, sobre creación de un hospicio para mendigos en Buenos Aires. En dicha ciudad, a 8 de noviembre de 1783.- Col. Mata Linares. Copia 2 f. 32. Tomo II. Fols. 357-358.

83.- Ibídem.

84.- Ibídem.

85.- Relación de Gobierno de Vértiz. Op. cit. Fol. 23 v.

86.- Relación de Gobierno de Vértiz. Op. cit. Fol. 24.

87.- Ibídem.

88.- Según el estudio de Domínguez Ortiz sobre la galera o cárcel de mujeres, el estado de dichos establecimientos era lamentable, tanto en los aspectos económicos como en las condiciones poco aptas para la regeneración de las presas. Con Felipe V. y a instancias del arzobispo de Toledo y del Marqués de Vadillo, se acordó crear un local especial para poder allí instruir a las presas. Años más tarde, con Carlos III, las condiciones de la cárcel de mujeres, según las propias conclusiones del autor, irían mejorando notablemente.- Ver Domínguez Ortiz: "La Galera o Cárcel de Mujeres de Madrid a comienzos del siglo XVIII". Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Tomo IX. Pág. 282.

89.- Muriel, Josefina: "Los Recogimientos de Mujeres". Pág. 29.

90.- Los cristianos, dice Josefina Muriel, recluían a las prostitutas en las casas de mancebía, designándolas con toda clase de nombres injuriosos, mientras que los hombres que acudían a aquellos lugares no tenían nada que perder en cuanto a fama y honra. Sobre este particular, y a propósito del mismo, recuerda la autora los famosos versos de Sor Juana Inés de la Cruz:

¿ A quién hay más que culpar
aunque cualquiera mal haga
a quien peca por la paga
o al que paga por pecar?

Josefina Muriel, op. cit. Pág. 32.

91.- Real Cédula para que las autoridades civiles y eclesiásticas de Indias velen por la moral y las buenas costumbres. Madrid 26 de febrero de 1666. Cbl. Mata Linares. Copia 1 fol. 32. Tomo XCIX. Fol. 551.

92.- Muriel, Josefina. Op. cit. Pág.

93.- Josefina Muriel cita algunas de las instituciones de recogimiento creadas en América a partir del siglo XVI, lo mismo que en Filipinas:

En Filipinas, la Santa Misericordia de Manila; en el Cuzco, San Juan de Letrán; en Lima, una para mujeres en trámite de divorcio o mujeres pobres, y otra el Recogimiento y Hospital de la Caridad; en Chile, una casa de recogidas fundada por el Marqués de Montepio; en Méjico, la casa de Jesús de la Penitencia, fundada por varios caballeros particulares para mujeres españolas "arrepentidas", que recibió varios nombres: Santa Lucía, Jesús de la Penitencia o las Recogidas, no admitiéndose en ella más prostitutas desde 1667, y creándose para éstas el Hospital de la Misericordia. En Santo Domingo también se creó una casa en 1526.

Ver Josefina Muriel, op. cit. págs.

Por lo que se refiere a la Península, fueron también numerosas, y por no hacer más larga la enumeración citaremos, en el caso de Madrid, a principios del siglo XVIII, la fundación de las Recogidas de la Magdalena para "arrepentidas", el Colegio de San José de la Penitencia para mujeres pobres que preferían alejarse de los peligros del mundo. También existía una sala en el Hospicio para mujeres pobres o para "partos vergonzosos", igual que la casa que la Hermandad de María Santísima de la Esperanza o del Pecado Mortal tenía dispuesta para albergar a las mujeres que iban a tener hijos ilegítimos.

94.- Memorial presentado por la Real Hermandad de María Santísima de la Esperanza sobre que se mantenga el local de que dispone para los partos vergonzosos. Año 1792.- Archivo Histórico Nacional.- Consejos.- Sección Alcaldes de Casa y Corte.- Fols. 1.099-1.152.

En dicho informe se pedía al rey que se mantuviera dicho local por no encontrarse otro para ello y se alegaba que existía un problema al estar separadas las habitaciones de la casa de las recogidas y las de los "partos vergonzosos" por un débil tabique, por lo que se oían frecuentemente "los Bayles y Ruidos de las Preñadas y sus gemidos y gritos cuando estan de Parto" (fol. 1.107).

Otro problema que se ponía de manifiesto era el que la sala de "partos vergonzosos" no convenía que estuviera situada en lugar tan céntrico como la calle de Hortaleza.

95.- Ibídem. Fol. 1.104.

96.- Josefina Muriel. Op. cit. Pág. 219.

97.- En 19 de junio de 1788 el Defensor General de Pobres hacía presente al Cabildo el mal estado del edificio de la cárcel de mujeres y las lamentables condiciones en que allí vivían.

El 23 de julio siguiente el Gobernador concedía licencia para que se realizasen en dicha cárcel las obras necesarias, cuyo costo correría a cargo de los caudales de Propios y Arbitrios de la Ciudad.- Cabildo 19 de junio de 1788. Pág. 558, y 23 de julio de 1788. En Acuerdos del Extinguido Cabildo, Serie III, Tomo VIII, Años 1786-1788. Págs. 558 y 573. Buenos Aires 1930.

98.- Cabildo 7 de mayo de 1735.- En Acuerdos del Extinguido

Cabildo. Serie II, Tomo VII, Años 1734-1738. Pág. 198.

99.-Cabildo 14 de mayo de 1735.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie II, Tomo VII, Años 1734-1738. Pág. 200.

100.- Cabildo 17 de mayo de 1736.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie II. Tomo VII. Años 1734-1738. Pág. 306.

101.- Cabildo 19 de mayo de 1736.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie II, Tomo VII, Años 1734-1738. Pág. 308.

102.- "...y por el presente, Escribo que este Cavildo, Agrese, A Su Señoria, Ilustrisima, tan Santa Obra , y que Concurrira en todo lo que les sea favorable y facultativo, para que se logre el fin." - Cabildo 15 de noviembre de 1753.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie III. Tomo I. Años 1751-1755. Pág. 347.

103.- Cabildo 23 de septiembre de 1767.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo. Serie III. Tomo III. Años 1762-1768. Pág. 527. Buenos Aires 1927.

104.- Relación de Gobierno del Virrey del Río de la Plata Don Juan José de Vértiz a su sucesor Marqués de Loreto.- Buenos Aires 12 de mayo de 1784.- Col. Mata Linares. Copia 165 fols. 32. Tomo LIII. Fols. 1-166.- Fols. 18-19.

105.- Cabildo 7 de diciembre de 1790.- En Acuerdos del Extinguido Cabildo.- Serie III.- Tomo IX. Años 1789-1791. Pág. 468. Buenos Aires 1931.

106.- La epidemia sufrida en la ciudad en 1727 produjo una gran mortandad, de tales características que muchos pobres y necesitados eran hallados muertos por las calles; esto hizo nacer en la conciencia de muchos vecinos la idea de fundar una junta de caridad que, a más de atender a los menesterosos, diese entierro a todos los pobres y a los presos ajusticiados. La naciente junta benéfica llevaría el nombre de Hermandad de la Santa Caridad, y pronto fue aprobada por el Obispo, quien dio toda clase de facilidades para que se erigiese como un organismo con constitución propia.

107.- A la espera de la llegada de las constituciones que se pidieron a la Hermandad de Cádiz para que sirvieran como modelo a la nueva asociación benéfica fundada en Buenos Aires, se celebró en esta ciudad la primera junta formal con asistencia del Gobernador y el Prelado, para establecer las bases y primeras actuaciones de la Hermandad.

Ver Real Cédula aprobando la Hermandad de la Santa Caridad en Buenos Aires.- San Lorenzo, 16 de octubre de 1754. Col. Marta Linares 2 f. Tomo CIV. Fol. 213.

108.- Ibídem.

109.- Ibídem.

110.- Los recursos económicos con que contaba la Hermandad eran tan cortos que en 1757 el Hermano Mayor, don Francisco Alvarez Campana, pedía, en un memorial presentado al Cabildo, autorización para construir un pozo en el que pudiera recogerse la nieve caída durante el invierno para almacenarla hasta el verano, en que se vendería, siendo destinados los beneficios a las obras benéficas de la Hermandad. A esta petición

contestó el Cabildo que su conformidad con la idea no era total pues el señor Campana pedía el monopolio de tal negocio, impidiendo así que cualquier vecino ejercitase su derecho a la misma explotación. No obstante, se accedió a conceder dicha licencia y exclusividad al señor Campana durante seis años, pero no "in perpetuum".- Cabildo 20 de enero de 1757.- En Acuerdos. Serie III.- Tomo II. Años 1756-1761.- Pág. 174.

111.- Doña Juana Saavedra fue una de las directoras más famosas de las escuelas para niñas existentes en la ciudad, escuelas que funcionaban aproximadamente desde 1653. El Cabildo pensó que podía muy bien ser elegida como rectora del Colegio de Huérfanas que se proponían crear.

Ver Furlong. "Historia social y cultural del Río de la Plata".- Pág. 258. Buenos Aires.

112.- Furlong señala cómo Constantina Bacas en su estudio sobre el Colegio de Huérfanas (Revista Académica Literaria del Plata, Estudios, Tomo LXXVI, pág. 457) afirma que al Colegio también acudían sirvientas y señoras de más edad, y colegialas cuyos gastos eran pagados por personas altruistas o bienhechoras.

Ver Furlong. Op. cit. pág. 259.

113.- En un acta del Cabildo de 18 de agosto de 1702 se dice que en 1692, siendo gobernador don Agustín de Robles, se propuso el Hospital de San Martín para recogimiento de doncellas huérfanas, y aunque el Cabildo fue del mismo parecer, no dio sin embargo su consentimiento final hasta que no se recibiese la aprobación de Su Majestad. Con todo, y sin haberse obtenido dicha licencia, las huérfanas quedaban instaladas en el Hospital en 1699.-

Cabildo 18 de agosto de 1702. Acuerdos. Serie II. Tomo I. Años 1701-1707. Págs. 144-148. Buenos Aires 1925.

114.- Cabildo 1 de julio de 1702.- En Acuerdos... Serie II. Tomo I. Años 1701-1707.- Pág. 113.

115.- Cabildo 7 de julio de 1702.- En Acuerdos. Serie II. Tomo I. Años 1701-1707.- Pág. 127. Buenos Aires 1925.

116.- Cabildo 8 de agosto de 1702.- En Acuerdos.- Serie II. Tomo I.- Años 1701-1707.- Pág. 135.- Buenos Aires 1925.

117.-Cabildo 14 de agosto de 1702.- En Acuerdos. Serie II. Tomo I.- Años 1701-1707.- Pág. 140.- Buenos Aires 1925.

118.- Cabildo 18 de agosto de 1702.- En Acuerdos. Serie II. Tomo I. Años 1701-1707.- Págs. 144 y 148.- Buenos Aires 1925.

119.- Ibídem.

120.- Cabildo 28 de octubre de 1755.- Acuerdos. Serie III. Tomo I. Años 1751-1755.- Pág. 564.

121.- Informe sobre el establecimiento de la Hermandad de Caridad y Colegio de Huérfanas en Buenos Aires.- Madrid 26 de septiembre de 1776.- Archivo de Indias.- Fol. 3. Indiferente General. leg. 2971.

122.- Tal obra -se decía- era desde todos los puntos de vista "laudable" por dar "recojimiento, sustentación y doctrina" a las niñas huérfanas que en considerable número existían en la ciudad de Buenos Aires, pero era también "reprensible" por haberse realizado antes de obtenerse la licencia de S.M., habiéndose instalado las huérfanas sin otro permiso que el del Gobernador, el Reverendo Obispo y el Cabildo secular y sin otro fondo que el de las limosnas.- Informe sobre el establecimiento de la Hermandad de la Caridad de Buenos Aires. Op.cit. Fols. 3v y .

123.- Ibídem. Fols. 4 v. y 5.

124.- Ibídem. Fol. 5.

125.- Ibídem. Fol. 5 v.

126.- Ibídem. Fol. 6.

127.- Ibídem. Fol. 6.

128.- Igualmente se expresan en dicha reunión las indudables ventajas que proporcionaban los centros de este tipo en cualquier pueblo:

"...La utilidad pública en los establecimientos en que concurren las circunstancias que del presente quedan expuestas es un efecto de nezesario : que á este se sigue el que pueden disfrutar de los venefizios que ofrezzen; y por consiguiente que teniendo reconocidos en el establecimiento de dicho colegio los principios mas eficaces para la educacion, y disziplina de las niñas, nezesariamente confesaban ser util al publico, por los veneficios que a este redundanda de la instruccion de las Mugerres".

Cabildo, 8 de noviembre de 1775. Pág. 542. En Acuerdos.

Serie III, Tomo V, Años 1774-1776. Buenos Aires, 1928.

129.- Informe sobre el establecimiento de la Hermandad de Caridad y Colegio de Huérfanas.- 26 de septiembre de 1776. Op. cit. Archivo General de Indias. Fols. 7v. y 8. Indiferente General. Leg. 2971.

130.- La utilidad de aquella fundación -se decía- era de gran importancia para toda la ciudad, de tal modo que "ninguno dudava de las ventajas que producía al público, y que la necesidad de su permanencia era notoria á todos los habitantes de la referida Ciudad, que consideraban este asilo, como unico, que podía reparar las fatales consecuencias que resultarían de la falta de educación de la juventud, que por defecto de medios no tenían proporcion sus padres de darles los principios de la ilustración christiana".

Informe sobre el establecimiento de la Hermandad de la Caridad y Colegio de Huérfanas. Op. cit. Fols. 10 y 10 v. A.G.I. Leg. 1971. Indiferente general.

131.- Ibídem. Fols. 11 y 11 v.

132.- El trabajo de don Joseph González como capellán del asilo de huérfanas y hospital de mujeres de Buenos Aires fue incansable, sin que por ello, según se dice en el informe, dejara de cumplir sus deberes de asistencia a los Santos Oficios de la Santa Iglesia Catedral, de la predicación evangélica, etc., por cuyos méritos, "literatura" y "distinguidas prendas", le fue concedido el título de Examinador Sinodal.

Informe sobre el establecimiento de la Hermandad y Colegio de Huérfanas. Op. cit. Fols 12 v. y 13.

133.- Ibídem. Fols. 14, 14 v., 15 y 15 v.

134.- Real Cédula dirigida al Virrey del Perú ordenándole contribuya con una pensión de 2.000 pesos al año y por espacio de ocho, para el auxilio de la Casa de Misericordia de la Ciudad de Buenos Aires.- El Pardo, 11 de enero de 1777. - A.G.I. Indiferente General. Leg. 2971.

135.- Desde la Real Cédula de 17 de octubre de 1777, dada por Carlos III, el Colegio quedaba bajo su Real Patronato, dotándolo, como hemos visto, con una pensión de 2.000 pesos al año sobre las vacantes mayores y menores, mesada eclesiástica y Reales novenos.

136.- Informe sobre la Casa de Huérfanas de Buenos Aires y Hospital. 1798.- Col. Mata Linares. Copia. Tomo LXVIII.- A.H.-. fols. 3 y 3 v.

137.- Ibídem. Fols. 4 y 5.

138.- Ibídem. Fols. 6, 7 y 8. (Cap. III).

139.- Ibídem. Fols. 8 v., 9 y 9 v. (Capítulo IV).

140.- Ibídem. Fols. 10 y 10 v. (Cap. V).

141.- Ibídem. Fol. 11. (Cap. VI).

142.- Ibídem. Fols. 12, 13 v. y 14. (Capítulos 7, 8 y 9).

143.- Observamos que la función del colegio no era la de recoger a toda clase de mujeres, e incluso se dice claramente que tampoco se alojen o depositen allí mujeres por cualquier motivo que no sea el de su orfandad o el de ser instruidas. Con ello queda bien clara la función específica del colegio, aunque según algunos escritores como Constantina Bacas, Meyer Arana, etc., en él se daba cabida también a mujeres por otras causas como, por ejemplo, separaciones matrimoniales o hijas díscolas.

144.- Las mulatas -se dice- serían destinadas a "aquellos menesteres de más fuerza, pero sin que parezcan esclavas".- Informe sobre la Casa de Huérfanas y Hospital de Buenos Aires. Op. cit. Fol. 19 v. (Cap.

145.- En el informe que comentamos sobre la Casa de Huérfanas se dice también que, aparte de las enseñanzas allí impartidas, como leer, escribir, contar, tejer, bordar, coser, etc., podían darse nociones de ética, filosofía, moral, etc., recomendándose las lecturas de Luis Antonio Muratori, traducido por el padre Antonio Morales. Igualmente se decía que la Rectora pudiera instruir las en "el manejo interior de la economía doméstica"; y con el fin de evitar la ociosidad y ganar su sustento, podían incluso las alumnas convertirse en "sastras de mujeres".

Informe sobre la Casa de Huérfanas.- Op. cit. Fol. 1 v.

146.- Ibídem. Fol. 26. (Cap. XII).

147.- Las principales fiestas que se celebraban en el colegio y en las cuales las infantas podían comulgar eran las siguientes: En enero, el día de la Circuncisión.-Febrero, la Purificación.- Marzo, San José.- Abril, Santa Catalina de Siena y Jueves Santo.- Mayo, San Miguel Arcángel o Pentecostés.- Junio San Juan o el Corpus.- Julio, Nuestra Señora del Carmen. Agosto, el día de la Asunción.- Septiembre, el día de San Miguel.- Octubre, San Rafael Arcángel.- Noviembre, la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, y diciembre la Purísima Concepción.

Informe sobre la Casa de Huérfanas.- Op. cit. Fol. 27.

148.- El orden, la disciplina y la moral eran rigurosamente controlados en el colegio. Por ejemplo, al tratar de los dormitorios, se decía que estarían dispuestos de tal forma que las camas estuviesen separadas "y cubiertas de modo que no puedan verse unas a otras" , no pudiendo acostarse juntas ni "decir palabras indecentes". Para guardar sus ropas y otros objetos cada niña podía disponer de una "caxa o petaca".

Informe sobre la Casa de Huérfanas.- Fols. 23 y 24. (Capítulo XII).

149.- *Ibidem*. Folio 32. (Cap. XVII).

150.- Todo aquel que quisiera casarse con una huérfana debía presentar un memorial e informes ante el propio Virrey y por mediación del Hermano Mayor del Colegio. Las huérfanas podían abandonar el colegio a partir de los 25 años si encontraban un hogar donde se las recogiese, o bien antes por razones de matrimonio o vocación religiosa, y en este último caso tenían que realizarse los trámites para obtener la dote necesaria.

Informe sobre la casa de Huérfanas. Op. cit. Fol. 20. (Capítulo XI).

151.- *Ibidem*. Fol. 21 v. (Cap. XI).

152.- *Ibidem*. Fols. 33 a 39. (Capítulos XVIII, XIX y XX).

153.- *Ibidem*. Fol. 39. (Cap. XXII).

154.- Se consideraba igualmente indispensable que en el Colegio se procurase una educación completa a las niñas, con una buena enseñanza, empezando por estudiar bien el uso de la lengua castellana; y en cuanto a la religión, no debía enseñarse de una manera superficial que convirtiera a las alumnas en meras "rezadoras" o "repetidoras", sino impartiendo cono-

cimientos más profundos.

Ibídem. Fol. 2.

155.- Cabildo, 27 de octubre de 1759. En Acuerdos del Extinguido Cabildo. Serie III, Tomo II, Años 1756-1761. Pág. 435. Buenos Aires 1927.

156.- En la reunión del Cabildo de 23 de septiembre de 1767 se acordó "dar gracias a S.M. por la expulsión de los jesuitas" que "tan graves daños causavan a estas Provincias", al mismo tiempo que se pedía que S.M. se dignase conceder "el Colegio grande de la Compañía de Jesús para unibersidad publica y Combictorio de Estudios"; mientras que el Colegio de la Residencia de los mismos jesuitas fuese destinado a hospital de hombres, y el edificio que hasta entonces había sido Hospital de San Martín se convirtiese en Hospital de Mujeres.

Cabildo, 23 de septiembre de 1767. En Acuerdos, Serie III, Tomo III, Años 1762-1768. Pág. 527. Buenos Aires 1927.

157.- El 10 de enero de 1776, el Gobernador de Buenos Aires presentó su correspondiente informe sobre la casa de huérfanas de la ciudad, haciendo constar las ventajas que dicho establecimiento proporcionaba, y al mismo tiempo se refería al hospital de mujeres añadido a aquél, para socorrer a las pobres enfermas, institución también necesaria y no menos importante que el colegio, para las mujeres carentes de recursos y expuestas a "perecer por el rigor de la miseria". Por ello se pedía a S.M. la aprobación y real licencia para la continuación de estas dos obras de tan gran utilidad.

A.G.I. 26 septiembre 1776.- Fols. 10 v. y 11. Leg. 2971.

158.- La existencia de la sala dedicada a mujeres enfermas junto al colegio de huérfanas era considerada como "un punto notorio, cuya aplicacion a su fin se bée hoy por los amadores del bien publico con indezible consuelo, por el favor que disfrutaban en el las mujeres enfermas".

Cabildo, 8 de noviembre de 1775. Acuerdos.- Serie III. Tomo V. Años 1774-1776. Pág. 542. Buenos Aires 1928.

159.- Real Cédula dirigida al Virrey del Perú ordenándole contribuya con 2.000 pesos al año y por espacio de ocho, de los ramos que se expresan para el auxilio de la Casa de Misericordia de la Ciudad de Buenos Aires.

A.G.I. Indiferente General. Leg. 2871 3 fols.

160.- Cabildo, 23 de enero de 1783. Pág. 161. En Acuerdos. Serie III, Tomo VII.- Años 1782-1785.- Buenos Aires 1930.

161.- Cabildo, 26 de marzo de 1783.- Pág. 202. En Acuerdos. Serie III. Tomo VII, Años 1782-1785.- Buenos Aires 1930.

162.- Molinari. "Historia de la Medicina Argentina". Buenos Aires 1937. Págs. 90 y 91. Citado por Furlong en "Médicos argentinos durante la dominación hispánica." Buenos Aires.- Huarpes. 1947. Pág. 181.

163.- Informe sobre la Casa de Huérfanas y Hospital de mujeres de Buenos Aires. 1798. Copia. Col. Mata Linares. Tomo LXVIII. Capítulo X. Fol. 15.

164.- Afirma Furlong que el primer médico del hospital de mujeres fue don Joaquín Terreros, sucediéndole en 1794 el doctor

Cosme Argerich. El primer cirujano fue el doctor Jerónimo de Arechaga hasta 1800; no cobrando sueldo alguno hasta 1790, según manifiesta en su trabajo sobre el Hospital de mujeres el doctor Aníbal Ruiz Moreno.

Furlong: "Médicos argentinos durante la dominación hispánica". Op. cit. Pág. 182.

165.- Informe sobre la casa de huérfanas y hospital de mujeres de Buenos Aires. A.H. 1798.- Op. cit. Capítulo X. Fols. 16 y 17 v.

166.- Informe sobre el establecimiento de la Hermandad de Caridad en Buenos Aires. 1776.- Archivo General de Indias. Op. cit. Fols. 8 v. y 9.

167.- Informe sobre la casa de huérfanas y hospital de mujeres de Buenos Aires. A.H. Op. cit. Capítulo X. Fol. 16.

168.- Ibídem.

169.- Ibídem.

170.- Ibídem. Fol. 17.

171.- Dicho Hospicio, nos dice la autora, fue creado a instancias del cardenal Mendoza y se llamaba Hospital de la Santa Cruz, siendo, pues, hospital al mismo tiempo que hospicio de niños.- Ver Jiménez de Salas, "Historia de la Asistencia Social en España", pág. 205.- Op. cit.

172.- Ibídem, pág. 205.

173.- Ibídem.

174.- Ibídem, pág. 206.

175.- En Madrid, a partir de 1586, dice la autora, al incorporarse este Hospital al Hospital General, se trasladaron los niños expósitos que allí se venían recogiendo a otro local ubicado cerca de la Puerta del Sol, local que fue ampliado para acoger en él a los niños abandonados en las Desamparadas, en el Hospital de la Pasión y en el Refugio.-

Jiménez de Salas, op. cit. , pág. 206.

176.- Ibídem, pág. 203.

177.- Novísima Recopilación.- Libro VII, Ley I, Título XXXVI.

178.- Novísima Recopilación.- Libro VII, Título XXXVI, Ley II.

179.- Ibídem. Libro VII, Título XXXVI, Ley IV. (Real Decreto de Carlos IV de 23 de enero de 1794).

180.- Ibídem. Libro VII, Título XXXVII, Ley III. Se insiste especialmente en que los rectores se responsabilicen de la educación impartida a los niños y de los buenos antecedentes sobre los padres adoptivos que quisieran hacerse cargo de algún expósito, "para que sean vasallos útiles, y que no se entreguen, sino es con las seguridades y formalidades necesarias, á personas que los mantengan, y enseñen oficios y destinos convenientes á ellos mismos y al Público..."

181.- Instrucción sobre el reglamento para la policía general de Expósitos.- 3 de mayo de 1797. (14 fol.). Archivo Ge-

neral de Indias.- Indiferente General 1543.

182.- "Mis vivos deseos de sacar del abatimiento y desprecio en que la indiscreta preocupacion del vulgo tenia á una clase tan numerosa como digna por su inocencia y desamparo de mis paternales desvelos, y cuya conservacion y acertada educacion puede producir tan grandes bienes al Estado, movieron mi compadecido corazon á expedir en cinco de enero de mil setecientos noventa y quatro el Decreto en que declaré y mandé, que los Expósitos de todos mis Reynos fuesen tenidos y considerados en la clase de hombres buenos del estado llano general, sin diferencia alguna de los demas vasallos de esta clase, y con las circunstancias y prevenciones que contiene el mismo Decreto".

Instrucción sobre el reglamento de Expósitos. Op. cit. fols 1 y 1 v.

183. "Pero bien informado posteriormente del corto número de estos individuos que llegan á disfrutar de las ventajas que mi expresada providencia les proporciona, por lo excesivo que es el de los que perecen en su menor infancia; y acreditando todas las representaciones hechas así por los Administradores de estas Casas, como por muchos Prelados zelosos, que las principales causas de su temprana muerte, á mas del abandono y miseria en que se hallan generalmente, y del corto estipendio que se da á las Amas, tanto en el tiempo de la lactancia como despues de ella, por lo que no tienen estas communmente las calidades convenientes, son la multitud de Expósitos que se juntan en las Casas generales de caridad, en que se recogen y admiten todos los que llegan, dificultandose de este modo haya en los pueblos donde estan establecidas, y en los comarcanos Amas

suficientes para el crecido numero de los niños, y mas particularmente las largas transmigraciones que experimenta una gran parte, por hallarse a muchas leguas de distancia los parages donde se exponen de la Casa mas cercana de caridad, habiendo Obispados enteros y grandes, que solo tienen con este objeto una, y aun algunos que no tienen ninguna, siendo á mas tratados en estas largas conducciones casi por precision con tan poca piedad y humanidad, que unos llegan muertos, y otros, sin esperanza de recobrase".

Instrucción sobre la Casa de Expósitos. Op. cit. fols. 1 v y 2.

184.- Ibídem. Fol. 2.

185.- Ibídem. Fol. 2.

186.- Ibídem, fol. 2 v.

187.- Ibídem, fol. 3.

188.- Entre otras ventajas que ofrecía el que los niños fuesen criados en el mismo pueblo donde se habían recogido, estaba la de poder pagarse un mejor sueldo a las Amas que los criasen.

Instrucción sobre el reglamento para la policía general de Expósitos.- Op. cit. Fol. 3.

189.- Ibídem. Fol. 3 v.

190.- Ibídem. Fols. 3 v. y 4.

191.- Ibídem. Fol. 4.

192.- Ibídem.

- 193.- Ibídem.
- 194.- Ibídem. Fol. 4 v.
- 195.- Ibídem. Fol. 5.
- 196.- Ibídem. Fol. 5 v.
- 197.- Ibídem. Fol. 5 v.
- 198.- Ibídem. Fol. 5 v. y 6.
- 199.- Real Cédula que dispone la observancia en Indias e Islas Filipinas del real decreto de 5 de enero del mismo año relativo a los niños expósitos.- 19 de febrero de 1794. - Cedula-rio de la Real Audiencia de Buenos Aires. V. II.
- 200.- No sólo era causa de la mortandad el trato inhumano de los asilos, sino que la falta de amas para la lactancia era otra de los graves problemas a tener en cuenta, así como los abusos cometidos por muchas mujeres cuya conducta en algunos casos dejaba mucho que desear. Por este motivo, Su Majestad ordenaba una mayor vigilancia del comportamiento de aquéllas, para evitar los "graves desordenes" que se venían experimentando en aquellos dominios, "de que resultan continuos infanticidios, todo con horror de la naturaleza, agravio de la caridad christiana, y grave perjuicio del Estado por el detrimento de la poblacion".
Real Cédula de 19 de febrero de 1794. Fol. 859 v.
- 201.- Ibídem. Fol. 859 v.
- 202.- Ibídem. Fol. 860 v.

203.- "Finalmente mando que en lo sucesivo no se impongan a los Expositos las penas de Verguenza publica, ni la de azotes, ni la de la horca, sino aquellas que en iguales delitos se impondrian a personas privilegiadas, incluyendo el ultimo suplicio (como se ha practicado con los Expositos de la Inclusa de Madrid), pues pudiendo suceder que el Exposito castigado sea de familia ilustre, es mi Real voluntad, que en la duda se esté por la parte mas benigna, quando^{no} se varía la substancia de las cosas, sino solo el modo, y no se sigue perjuicio á persona alguna".

Real Cédula de 9 de febrero de 1794. Op. cit. Fols. 861 y 861 v.

204.- "En consecuencia, y habiéndose publicado en mi Consejo de las Indias: Mando á mis Dominios de las Indias, é Islas Filipinas, y Fuego y encargo á los muy Reverendos Arzobispos, y Reverendos Obispos de ellos, que enterados del contenido del inserto mi Real Decreto lo guarden, cumplan y executen, y hagan guardar, cumplir y executar en los respectivos distritos de su jurisdiccion por ser asi mi voluntad.-". Real Cédula de 19 de febrero de 1794. Fols. 861 v. y 862.

205.- Instrucción sobre el reglamento para la policia general de Expósitos.- 3 de mayo de 1797. Fols. 6 v. y 7. - El documento está firmado en 11 de diciembre de 1796 por el Rey y Manuel de Godoy.

206.- Ibídem. Op. cit. Fols 7 y 7v.

207.- Expediente sobre el establecimiento en Buenos Aires de una Casa de niños expósitos.- Buenos Aires años 1779 - 1781. 29 fols. A.G.I. - Audiencia de Buenos Aires. 242.

208.- Ibídem.

209.- Ibídem. Fol. 1 v. y 2.

210.- El 17 de junio de 1779, el Virrey ordenaba se recibiera la información que había solicitado el Síndico Procurador, designándose al ayudante mayor don Joseph Borrás, para que llevara a cabo las diligencias necesarias, y al escribano del Gobierno don José Zenzano, quien daría fe de las declaraciones que se tomasen.

Expediente sobre el establecimiento en Buenos Aires de una Casa de niños expósitos. Op. cit. fol. 2 v.

211. Ibídem. Fol. 3.

212.- Ibídem. Fol. 4.

213.- Ibídem. Fol. 4.

214.- Ibídem. Fol. 5.

215.- Con la creación de una Casa de Expósitos, se dice, no sólo sería más segura la crianza de los mismos, sino también la "doctrina y las costumbres que allí recibieran, redundarían en beneficio de la Religión, del Rey y de la República." - Op. cit. fol. 5 v.

216.- Ibídem. Fols. 6 v. y 7.

217.- Entre algunos de los casos inhumanos se cita el narrado por el testigo don Francisco de Espinosa y Mugica, que había ejercido de Regidor y Alcalde en la ciudad, quien afirmó haber llegado a sus oídos por parte de personas creíbles, que meses pasados se había hallado un niño, cerca de una casa de

trucos, en un albañal y medio ahogado. Otro de los sucesos que le fue contado por un contertulio fue que, al pasar una noche cerca de la Plazuela de Santo Domingo, observó a una mujer arrimada a una canoa llena de agua, de las destinadas a las obras que se llevaban a cabo en la Iglesia. Como le infundiera sospechas, quiso saber de qué se trataba, y acercándose a la canoa, después de esperar un rato, observó que dentro de ella había una criatura ahogada.- Op. cit. Fols. 18 v. y 19.

218.- Ibídem. Fol. 21.

219.- Ibídem. Fol. 13.

220.- Ibídem. Fol. 20.

221.- Ibídem. Fol. 24.

222.- Ibídem. Fol. 25.

223.- Ibídem. Fol. 27.

224.- Estas eran: "...empessando desde la Casa de Doña Petrona, y Doña Cathalina Sorarte, hermanas, exclusive, y el resto mirando al Poniente, frente á las Cassas de Don Agustin Cassimiro de Aguirre, y del Señor Arcediano de esta Santa Iglesia Don Miguel de Riglos hasta encontrar con las de Don Eugenio Lerdo que están todas unidas, y hoy viven en ellas, en la del dicho numero dos, Antonio Cardoso ganando mensualmente ocho pessos, en la del numero tres Don Juan Lopez, pagando nueve, en la del numero quatro Don Domingo Nevares con esquina ganando diez y ocho, en la de numero cinco que ocupa el mismo Nevares ganando nueve, en la de numero seis, en que vive Eusevio

Romero, ganando nueve, en la de numero siete, en que vive el Brigadier Don José Custodio, diez y ocho; en la de numero ocho Juan Valdéz, nueve; en la de numero nueve, Agustin Soria, pagando igualmente nueve; y en la de numero diez el citado Soria pagando nueve pesos como todo consta de las cuentas ultimamente presentadas a esta Ilustre Junta por su Administrador Don Benito Ruiz..."

Expediente sobre el establecimiento en Buenos Aires de una casa de niños expósitos. Op. cit. fols. 26, 26 v. y 27.

225.- Ibídem. Fol. 27.

226.- Los firmantes fueron: D. Juan Cayetano Jiménez de Agüero, Licenciado D. Manuel Ortega y Espinosa, y José Antonio Ibáñez.

Op. cit. Fol. 27 v.

227.- Ibídem. Fol. 27 v.

228.- Ibídem. Fol. 27 v.

229.- Ibídem. Fol. 28.

230.- Ibídem. Fol. 28 v.

231.- Relación de Gobierno del Virrey del Río de la Plata don Juan José de Vértiz a su sucesor Marqués de Loreto. Buenos Aires 12 de mayo de 1784. - Col. Mata Linares. Copia 165 fols. Tomo LIII. Fol. 19.

232.- Ibídem.

233.- Informe sobre el establecimiento que el Virrey de Buenos Aires ha verificado en aquella capital de una casa-cuna para los niños expósitos, y arbitrios para su manutención. 7 de enero de 1782.- - Archivo General de Indias. - Indiferente general 1543. Fol. 2 v.

234.- Igualmente se decía que para obtener los mayores ingresos en beneficio de la Casa de Expósitos, no debería existir otra Imprenta en todo el Virreinato, con el fin de que se "acreditase el Privilegio de la donacion a favor de los referidos Niños Expositos".-

Informe sobre el establecimiento de una Casa-Cuna.- Op. citada. Fols. 3 y 3 v.

235.- Ibídem. Fols. 3 v. y 4.

236.- Ibídem. Fol. 5.

237.- Ibídem. Fol. 6.

238.- Ibídem. Fol. 6.

239.- Informe sobre el establecimiento de una Casa-Cuna en Buenos Aires. 15 de abril de 1782.- Archivo General de Indias. Indiferente General. Op. cit. (Es la segunda parte del informe) Fols. 1 y 2.

240.- Vértiz. Relación de Gobierno. Op. cit. Fol. 19.

241.- Ver Furlong: "Historia social y cultural del Río de la Plata". Op. cit.

242.- Vértiz ayudó considerablemente a la Casa-Cuna y, como afirma Furlong, aunque no fue su fundador, hizo varias donaciones de ropas y muebles, así como un ataúd para los niños que morían. En 1782 también entregó otros donativos, sacos de arroz, y ordenó vender 30 tercios de café de los reales almacenes.

Ver Furlong: Historia social y cultural del Río de la Plata. Op. cit. Pág. 182.

243.- Real Cédula relativa al señalamiento de días de fiesta para las corridas en beneficio de los niños expósitos. 1782.- Col. Mata Linares.- Fol. 339.

244.- Cabildo 26 de agosto de 1782.- Pág. 82.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo VII. Años 1782-1785. Buenos Aires 1930.

245.- Cabildo 11 de octubre de 1782.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo VII.- Años 1782-1785.- Pág. 98.

246.- Así se hacía constar en una reunión del Cabildo de 17 de septiembre de 1783.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III. Tomo VII. Pág. 249.- Años 1782-1785.

247.- Real Orden al Virrey de Buenos Aires para que proporcione a la Casa de Niños Expósitos de la ciudad otros arbitrios que no sean la exclusiva de venta de catones, catecismos y cartillas. - El Pardo 12 de febrero de 1788. - Col. Mata Linares.- Tomo CXIV.- Fol. 16.

248.- Ibídem.

249.- Informe del Virrey de Buenos Aires proponiendo medios y arbitrios para la subsistencia de la Casa de Niños Expósitos de aquella capital. 12 de enero de 1792. 7 fols.- Archivo General de Indias. - Indiferente General. N° 1543.

250.- Estas, que por aquella fecha se dice estaban en franca decadencia, proporcionaban cada año en beneficio de los expósitos unos 500 pesos, pero según el rumbo que llevaban las cosas, se dudaba que pudiesen seguir realizándose.- En informe del Virrey de 12 de enero de 1792. Op. cit. Fol. 2.

251.- Ibídem. Fol. 2.

252.- Ibídem.- Fol. 2.

253.- En la Casa, se dice, faltaban anualmente 2.111 pesos, ascendiendo por este motivo los empeños a finales de agosto de 1789 en 20.604 pesos y 2, 5 reales, de los que se afirma haber suplido 18.835 pesos y 3/4 reales el señor don Manuel Rodríguez de la Vega, Tesorero, y los restantes 2.219 pesos y 1/4 reales don Martín de Sarratea, administrador de la misma. - En informe del Virrey de 12 de enero de 1792. Op. cit. Fol. 2.

254.- Ibídem. Fol. 2.

255.- Ibídem. Fol. 2 v.

256.- Ibídem. Fol. 3.

257.- El Asilo, se dice, que fue creado para recoger a los niños y al mismo tiempo evitar el deshonor de muchas madres, dispensaba los mismos derechos a los españoles y personas libres que a los esclavos y "a cierto genero de Castas aunque libres que abundan en semexantes excesos, sin que les resulte e menor pudor."

Informe del Virrey de 12 de enero de 1792. Op. cit. Fol. 4.

258.- Real Cédula al Virrey y Audiencia de Buenos Aires sobre los medios y arbitrios para la subsistencia de la Casa de Niños Expósitos de Buenos Aires. San Ildefonso 12 de agosto de 1792. Copia. Col. Mata Linares. Tomo CXVI. 141.

259.- Ibídem.

260.- "Y haviendose visto en mi Consejo de las Indias con lo informado por su Contaduria General expuesto por mi Fiscal, y consultandome sobre ello, he resuelto no siendo adactable el medio de que se declare la Esclavitud en favor de dicha casa de Expósitos de los Negros y Mulatos que acogen a ella". "

Real Cédula sobre la proposición de medios y arbitrios para la subsistencia de la Casa de Niños Expósitos. Op. cit. Fol. 141.

261.- Real Orden desaprobando el proyecto de gravar el

vimo y el aguardiente de España para dotar al Hospicio de Buenos Aires.- San Ildefonso 31 de agosto de 1793.- Col. Mata Linares. Copia 2 fol. Tomo CXVI. Fols. 467 y 468.

262.- Real Orden comunicada por el Virrey de Buenos Aires sobre no gravar el comercio nacional para la subsistencia de la Casa de Niños Expósitos.- Buenos Aires 20 de febrero de 1794.- Colección Mata Linares. Copia- Tomo CXVI.

263.- Cabildo 26 de septiembre de 1792.- En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II, Tomo X.- Años 1792-1795. Pág. 129.

264.- Ibídem.

265.- Informe de la Contaduría General acerca del expediente del Virrey de Buenos Aires don Nicolás de Arredondo sobre la instancia que acompañó de Don Pedro Díaz de Vivar, Director de la Casa de Niños Expósitos de aquella ciudad, reducida a que se le expida título de tal, con competente sueldo. En 5 de noviembre de 1794.- Archivo General de Indias. 2 fols. Indiferente General. 1543.

266.- Cabildo 7 de diciembre de 1795.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires. Serie III. Tomo X. Años 1792-1795. Pág. 611.

267.- Informe sobre los medios y arbitrios que propone el Virrey de Buenos Aires para la subsistencia de la Casa de Expósitos de aquella capital.- Madrid 26 de septiembre de 1798.

268.- Ibídem.- Consta en el citado informe. Op. cit. Fol. 2

269.- Ibídem. Fol. 2 y 2 v.

270.- Ibídem. Fol. 2.

271.- "Supuesto lo referido, y atendiendo á la necesidad y falta de medios con que se halla la referida Casa de Niños Expósitos para su subsistencia y manutencion, no halla reparo el Contador Director que recaiga la real aprobacion sobre lo determinado por la Junta celebrada el 5 de diciembre de 1795, con arreglo a lo prevenido a la Real Cedula de 12 de Agosto de 1792".- Informe de la Junta sobre los medios...- 26 de septiembre de 1798. Op. cit.

272.- Ibídem. Fol. 3 v.

273.- Ibídem. Fols. 3 v. y 4.

CAPITULO V
=====

MEDICINA Y EVOLUCION SANITARIA EN EL BUENOS
=====

AIRES DEL SIGLO XVIII.
=====

- LA CIENCIA MEDICA Y EL SIGLO XVIII. AMERICA Y SU INFLUENCIA EN LA MEDICINA EUROPEA.
- LOS MEDICOS DEL SIGLO XVIII EN BUENOS AIRES.
- LA BOTICAS, LOS BOTICARIOS Y LOS FARMACOS.
- LA CREACION DEL PROTOMEDICATO Y LA INSTAURACION DE CATEDRAS DE MEDICINA.
- CRONOLOGIA DE LAS ENFERMEDADES EPIDEMICAS HABIDAS EN BUENOS AIRES EN EL SIGLO XVIII. INCREMENTO DE LA MEDICINA PREVENTIVA. EL DESCUBRIMIENTO DE LA VACUNA Y SU INTRODUCCION EN BUENOS AIRES.

& &
&

LA CIENCIA MEDICA Y EL SIGLO XVIII. AMERICA Y SU INFLUENCIA EN LA MEDICINA EUROPEA.

La ciencia médica en España estuvo realmente influida, durante toda la Edad Media, por los conocimientos aportados por la medicina oriental; en particular la árabe, cuyos principales métodos se basaban en la teorías desarrolladas por la ciencia empírica. Las enseñanzas de Hipócrates y Galeno y el uso de una farmacopea donde las plantas medicinales ocupaban un importante lugar, son los pilares fundamentales en que se apoyaba la ciencia médica de la época.

La creación en España, durante es período, de la famosa escuela de traductores, dará una inusitada expansión a la ciencia oriental, en general, por todo el ámbito europeo. Posteriormente se irá desarrollando en la Península un avance en la investigación de la medicina, con la adopción de nuevas técnicas que no se hicieron realidad hasta la llegada de los siglos XV y XVI. Tales fueron, por ejemplo, el progreso del conocimiento anatómico y el comienzo de las prácticas de disección de cadáveres, hechos, estos últimos, prohibidos entre el mundo musulmán y no fomentados, por tanto, en España durante su dominación.

El Renacimiento supone una época de progreso para la ciencia de la medicina, y en España, bajo el reinado de los Reyes Católicos, se lucha ya contra el curanderismo y la superstición ignorante, dándose nuevos impulsos a la institución del Protomedicato, cuya fundación se llevó a cabo en tiempos de Juan II.

Las Universidades extranjeras -París, Bolonia, Padua, etc.- marcan la pauta en las disecciones humanas y los estudios anató-

micos, pero éstos también empiezan a desarrollarse en España; recordemos, por ejemplo, las cátedras de anatomía de la Universidad de Valladolid (1550).

Se llega así a un renacimiento de la medicina española en el siglo XVI, época que da un importante y selecto grupo de médicos de renombre mundial: Andrés Vesalio, Andrés Laguna, Francisco de Arceo, Juan Fragoso de Toledo, Miguel Servet, etc. A ello hay que añadir un acontecimiento transcendental, el Descubrimiento del Nuevo Mundo, con el estudio y adopción de numerosas variedades de plantas americanas, que significaron una importante evolución para la medicina y farmacia de la época. Estas nuevas plantas de carácter medicinal incrementaron el número de las que tradicionalmente se venían utilizando durante largo tiempo, en su mayor parte de origen oriental, de gran valor entre todos los pueblos europeos por sus grandes poderes curativos. (1). De aquí la importancia que para el europeo tenía la búsqueda y el comercio de las especias y drogas, muchas de ellas con propiedades aromáticas, tan necesarias para el normal abastecimiento de las boticas y elaboración de medicamentos. Y este acicate contribuyó, en gran manera, al continuado esfuerzo por encontrar nuevas rutas comerciales.

En España, el comercio de las especias estaba concentrado en el puerto de Barcelona, aunque este monopolio sufrió pronto la competencia con genoveses y venecianos. Con el descubrimiento de América se abre una nueva etapa en la que, por un lado, asistimos a la prosperidad de los grandes comerciantes dedicados al negocio de las especias y drogas medicinales -recordemos a los grandes banqueros, los Welsers-, y por otro, a la promoción de una importante pléyade de naturalistas y farmacó-

logos dedicados, en sus viajes, al estudio y catalogación de las nuevas plantas descubiertas en Indias: Bernardino de Sahagún, Cristóbal de Acosta, José de Acosta, Bernabé Cobo, Gregorio López, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Hernández, Moñardes, etc., dignos representantes españoles de aquellos nutridos grupos de hombres de ciencia cuyas investigaciones dieron tanto impulso a los avances de la medicina.

No obstante, cuando los descubridores tomaron contacto con los indígenas americanos, encontraron en ellos todavía una concepción de la medicina en la que el sentido mágico y religioso imperaba por completo, y donde las prácticas de superchería, hechizos y utilización de fórmulas mágicas, talismanes, amuletos, etc., eran los remedios más utilizados para combatir las enfermedades, junto con el empleo de ciertos productos naturales tradicionalmente transmitidos de generación en generación. Por ello, cuando las dos culturas, europea y americana, se encuentran, se va a producir un beneficioso intercambio entre los conocimientos médicos orientales y el de los aborígenes de Indias, quienes, a su vez, poseían sus propios métodos curativos. "Buena o deficiente -afirma Furlong- simpática o repugnante, cierto es que los indígenas tenían su medicina y tenían su cirugía, y les cabe la gloria de haber proporcionado a la culta Europa más de un elemento de sanidad"; y añade la importancia de los productos conocidos y utilizados por los indios, como el bálsamo del Perú, el bálsamo de Tolú, el storaque americano, el guaya-co de las Antillas, la zamparrilla y la quina, entre otros, todos los cuales pasarían a ser apreciados en gran medida por los científicos europeos. (2).

La llegada de los españoles a Indias significó, por otro lado, la introducción de todas aquellas enfermedades de origen europeo y desconocidas en su mayor parte en el mundo americano, lo que supondría un inevitable choque que había de traer, com-

consecuencia, el desarrollo de graves epidemias que encontraban gran campo de acción en una población carente de defensas orgánicas frente a ellas. Así, la historia del proceso colonizador de España en Indias se verá marcada por este carácter negativo que constituyó un verdadero obstáculo para el incremento demográfico en general, pues si las epidemias causaron estragos entre la población india, no lo fue menos entre la mano de obra importada -los negros-, teniendo también consecuencias entre los blancos.

La aparición y desarrollo en América de enfermedades como la sífilis, la viruela o el tabardillo, significaron, por otra parte, una constante preocupación y estudio de los médicos, con el fin de encontrar sus orígenes, sus causas, su evolución y la terapéutica adecuada para su posible curación, siguiéndose los métodos conocidos hasta el momento.

Ahora bien, la medicina, en general, seguirá imbuida durante mucho tiempo por ese carácter mágico-religioso, sobre todo en los sectores de población de nivel cultural y social bajo, por lo que, junto a la existencia de un sinfín de dignos especialistas en el arte médico, surgían los curanderos, charlatanes, saludadores y adivinos, cuya proliferación no fue sólo exclusiva de las tierras peninsulares, sino que también fueron elementos muy conocidos en tierras americanas. En estas últimas hay que decir que el indio tenía mucho que hacer en este aspecto, por su larga tradición en el curanderismo a base de la medicina natural, de donde el europeo adquirió unos conocimientos de gran utilidad.

Así y con estos antecedentes se inicia el siglo XVIII, siglo que conocerá un nuevo impulso creador y durante el cual la medicina irá poco a poco abandonando su carácter tradicional, su influencia galénica y aristotélica, también los antiguos métodos

supersticiosos, para convertirse en una especie de filosofía del hombre, donde el estudio del cuerpo humano y la aplicación de la ciencia experimental irán barriendo todas las antiguas concepciones médicas. Gran parte de estas nuevas teorías fueron, como afirma Georges Gusdorf, producto de la revolución galilea, y asimismo tuvieron en ellas una decisiva influencia las opiniones de los grandes filósofos y hombres de ciencia: Bacon (3), Descartes, Leibnitz y Locke, quienes aportaron, cuando menos, el nuevo sentir de los problemas relacionados con la salud humana, dando también una nueva configuración a la medicina, que obtendría así mejor imagen social, lo mismo que el médico, quien se convertiría en una auténtica autoridad con prestigio, y cuyo conocimiento se iba alejando cada vez más de los antiguos tradicionalismos, tanto rituales como rutinarios, apoyándose, en cambio, en un conocimiento de carácter experimental.(4),

Ello no quiere decir que en este siglo se abandonase la teoría, sino que ésta se pone en práctica con mayor profusión que en épocas anteriores. Los métodos serán primeramente desarrollados en las universidades, donde también se inician con mayor intensidad las prácticas de cirugía, especialidad que hasta entonces había sido considerada poco menos que con la categoría del oficio de barbero.

El XVIII supone, pues, una época de creciente avance en la ciencia médica, se llega a establecer con mejores resultados los diagnósticos y el pronóstico, como afirma Crouzet, estudiándose también más ampliamente enfermedades como la disentería, los cólicos saturninos, el bocio exoftálmico, el garrotillo, la escarlatina (confundida con el sarampión), las paperas, las enfermedades venéreas; al mismo tiempo que son descubiertas otras como la fiebre tifoidea, la diabetes, la varicela o la tuber-

culosis ósea. (5).

Asimismo el médico sigue las teorías en boga: el animismo de Stahl, el eclecticismo de Boerhane, el mecanicismo de Hoffman, etc., en las que se concede a la propia naturaleza un poder curativo propio, y es el médico quien tiene que ayudarla para ir librándola de todos los elementos que lo impidan; por ello se utilizan medios naturales: purgas, dietas, regímenes, sangrías, fricciones, aguas termales, que irán dejando atrás la utilización de aquellos otros tan comunes: piedras preciosas, perlas, carne de víboras, etc. (6).

A pesar de todo, la herencia de una larga tradición, basada principalmente en el empirismo y la analogía, y en el empleo sistemático de remedios considerados como caseros, a veces producto de la ignorancia y de un total desconocimiento médico, tenía gran arraigo, sobre todo en las clases populares de la sociedad. Los hombres de ciencia del siglo XVIII inician sin embargo una ardiente campaña para alejar y desterrar los conceptos falsos y las teorías equivocadas que desde antiguo se habían venido practicando, especialmente por los curanderos, agoreros, etc. De este modo, la ciencia médica irá adquiriendo un nuevo carácter basado en el raciocinio, la legalidad y la experiencia práctica.

Otro hecho destacable es que este siglo aporta un nuevo sentido de orientación sobre todo lo relacionado con la salud y la beneficencia pública, concediéndose mayor importancia a la higiene y salubridad de las aglomeraciones humanas. Esto se observa también en España, que dicta igualmente normas a todo el ámbito americano y mantiene el interés por inculcar en el ánimo de la sociedad que la salubridad pública es materia que incumbe a todos, y por tanto es necesario que toda la comunidad acepte las medidas que se establezcan para la lucha contra las enfer-

medades.

Puede decirse que se están dando los primeros pasos en medicina preventiva: se insta a los vecinos de las ciudades a observar las más elementales normas de higiene, a no arrojar a las calles desperdicios, basuras, aguas sucias. Son frecuentes las cuarentenas para evitar la propagación de epidemias, a la arribada de navíos extranjeros. Se dan instrucciones para que en los establecimientos hospitalarios se guarde la más estricta rigidez en cuanto a materia higiénica se refiere, así como la separación de pacientes de enfermedades contagiosas. Todo ello, y sin terminar el siglo, dará resultados sorprendentes, hasta desembocar en uno de los capítulos más importantes de este período: el descubrimiento de la inoculación contra la viruela, que a España cabe la gloria de haber difundido por todos los pueblos de América y Filipinas.

Pero ¿en qué forma incidieron las nuevas concepciones sobre la ciencia médica en una ciudad tan apartada de Europa como Buenos Aires? La respuesta es que el siglo XVIII va a suponer un avance considerable en cuanto a los medios utilizados hasta entonces sobre asistencia médica y organización benéfica y hospitalaria. Nacerán en la ciudad bonaerense instituciones tan importantes como el Protomedicato y las Cátedras de Medicina. No obstante, los conocimientos médicos de la época tuvieron un buen campo de pruebas en estos territorios, pues las frecuentes epidemias flagelaban a la población, especialmente la temida viruela, que causó miles de víctimas en toda América y de la que tampoco se vio libre Buenos Aires hasta el día en que la vacuna antivariólica fue una feliz realidad.

Esta evolución a lo largo del siglo es la materia que estudiamos seguidamente.

En la fundación de Buenos Aires por don Juan de Garay en 1580, la ciudad fue dotada de Hospital, dedicado a San Martín, como se señala en el plano fundacional, en el que se destina un solar para su construcción, pero no se tiene noticia de un médico capacitado para atender a la nueva población. Los primeros médicos conocidos allí datan ya de principios del siglo XVII, médicos que fueron contratados por el Cabildo, por la extrema necesidad que de los mismos tenía la población, más aún cuando las terribles epidemias hacían su aparición en la urbe.

Así, en 1603 conocemos la existencia de Pedro Díez, en 1605 de don Manuel Alvarez, en 1607 se tiene noticia del barbero Jerónimo Miranda, en 1608 de don Francisco Bernardo Gijón y en 1620 de don Cristóbal Gómez Polano, etc., a los que había que sumar los curanderos, adivinadores, saludadores y charlatanes, que tenían mayor aceptación entre las capas más humildes de la sociedad.

Por otra parte, hay que decir que en esta época la ciudad de Buenos Aires no gozaba de los medios higiénicos necesarios para poder hacer frente a cualquier eventualidad epidémica, al contrario, constituía una verdadera amenaza para la salud pública la una y mil veces repetida falta de higiene en sus calles, donde basuras, desperdicios, restos de animales muertos y aguas pútridas infestaban el ambiente. Además, el deficiente o virtualmente inexistente centro hospitalario, creado en un primer momento para la tropa de la guarnición, no estaba acondicionado para los casos de extrema necesidad, como sucedía por ejemplo en las graves épocas de epidemia, en las que los enfermos no podían ser acogidos, por inexistencia de camas y de medios.

Los primeros años del siglo XVIII no van a suponer grandes

cambios en cuanto a la higiene y salubridad públicas se refiere, ni tampoco en orden a la organización sanitaria y asistencia médica. Al contrario, conocemos, como ya se verá, diversas quejas dirigidas al Cabildo por el escaso número de médicos con que contaba el vecindario. No obstante, el siglo XVIII, al correr de los años, traerá consigo un importante avance en todos estos aspectos, como la reorganización del hospital de San Martín a cargo de la Orden Betlemita, la creación de un hospital de mujeres, etc.

Por otro lado, se racionaliza el ejercicio de la profesión médica, se exigen títulos legales a los médicos ejercientes e incluso a los boticarios y barberos, hecho de gran trascendencia que revela el mayor grado de madurez que se va adquiriendo por la comunidad, donde cada vez más se iba desterrando, al igual que en otros pueblos de la época, la actividad de curanderos y adivinadores, sustituidos ahora por acreditados especialistas médicos que, en su mayor parte, tenían su titulación firmada por el Real Protomedicato de Madrid.

Todos los nuevos conocimientos útiles irán poco a poco adoptándose e introduciéndose en aquella comunidad. La medicina y la organización médica evolucionan, pues, y no termina el siglo sin que la ciudad de Buenos Aires, otrora escasa en profesionales médicos, llegue a contar incluso con un tribunal de Protomedicato.

LOS MEDICOS DEL SIGLO XVIII EN BUENOS AIRES

A comienzos de siglo, en 1702, se hacía saber en una reunión del Cabildo, de 22 de agosto, la llegada a aquella población en

un navío "marchante", de un médico, cuya presencia en la ciudad era más que necesaria (7). Días más tarde, el 28 de agosto, se acordaba señalar un salario para la manutención de dicho médico, que sería prorrateado entre los vecinos de la ciudad, alcanzando la suma de 1.500 pesos anuales; el médico acreditaría tener sus papeles y títulos en regla, y vendría obligado a prestar asistencia a cualquier vecino, fuera de la condición que fuere:

"...con obligacion de que a de asistir a todos los Vezi-
nos de qualquier Calidad que sean Viudas hijos y Criados
Mulattos y ha de hacer todos los dias dos Visittas Conforme
La enfermedad lo pidiere sin que por ninguna manera pueda
salir desta ziudad a parte ninguna" (8).

Este parece ser don Luis Alvarez de Araujo, quien presentó sus títulos legales, fechados en Madrid en 1 de agosto de 1701.

Las actas de los años posteriores dan a conocer nuevos nombres. Así en un auto del Gobernador sobre las enfermedades padecidas en la ciudad en 1717, se habla del médico de aquella población don Pedro Constanza, así como de varios cirujanos procedentes de los navíos de registro (9). En 1724, el cirujano don Esteban Corredor pedía la cantidad de 248 pesos por los servicios prestados en la expedición a las Salinas, a la que había acompañado. (10).

En 1734 se tomó juramento al fraile mercedario Fray Carlos de los Angeles, para su ejercicio como médico químico, mas por la escasez de médicos, se tomó el acuerdo el 17 de noviembre de rogar que no llevase más de cuatro reales diarios a cada enfermo, aun cuando tuviese que visitarle, debido a su estado, varias veces al día; por otra parte se solicitaba igualmente que

la visita médica se hiciese de forma gratuita a todos cuantos carecían de recursos económicos. (11).

Furlong cita, entre otros, al cirujano Antonio de Inda (12) y a Francisco Crespo, quien en 1735 regresó a España, y de cuyos cuantiosos bienes deja relación. (13).

También por estos años -1734- existían en la ciudad de Buenos Aires tres médicos de origen inglés, Roberto o Norberto Espren, Roberto Young y Roberto Fontaine, a quienes el propio Cabildo llama los tres Robertos, y a los que, en un acta de 12 de marzo de dicho año, el diputado don Juan de Palma denunciaba, por haber puesto entre los tres una botica, cobrando excesivos precios "por qualquiera cosa que se ha de comprar en ella", y se manifestaba que ello era una "tiranfa" para el pueblo, por lo que se consideró conveniente realizar una inspección (14). El 10 de mayo, el Cabildo acuerda nombrar dos diputados para que, junto con el cirujano, llevasen a cabo la inspección de la referida botica, y comprobar el estado de los medicamentos allí expendidos, al mismo tiempo que se previno a sus dueños para que ajustaran sus ventas al arancel que para dichos productos había sido establecido por el Gobernador don Bruno Mauricio de Zavala (15).

Posteriormente, uno de estos médicos, Roberto Young, conseguiría su carta de ciudadanía, concedida por Real Cédula de 5 de junio de 1739, y se le confirmaba en el puesto que el Gobernador le había otorgado de cirujano mayor de aquel Presidio. (16)

Hubo, asimismo, que salvar dificultades cuando el Gobierno decretó la expulsión de todos los extranjeros de la condición que fuesen, tanto casados como solteros. El Cabildo, ante el peligro de perder para la ciudad a gentes calificadas, como médicos, cirujanos, barberos y oficiales, acordó solicitar que

se exceptuase de la expulsión a los extranjeros que se dedicaban a oficios de utilidad como eran los herreros, zapateros, sastres, carpinteros, calafates, albañiles, barberos y sangradores, y otros de tan extrema necesidad como los médicos y cirujanos (17). En estas circunstancias se encontraba el médico Roberto Fontaine, y el Cabildo pedía que se le permitiese la estancia en aquella república, por el hecho de haberse dedicado con "desinterés" y mucha caridad a la asistencia de los pobres (18) en los momentos más necesarios. Años más tarde, y al ser de nuevo promulgada la orden de expulsión de los extranjeros, el propio Roberto Fontaine exponía, en un alegato de 1 de julio de 1743, los motivos que le avalaban, como eran el haber atendido a todas las necesidades de la población, incluso a los pobres más necesitados en épocas de epidemia. Esto se tomó en consideración, tanto por el Cabildo como por la autoridad, concediéndole el permiso de permanencia en la ciudad. (19)

Con el aumento de población, era lógica la mayor necesidad de médicos, pero junto a los profesionales legalizados seguía conviviendo un gran número de curanderos, acerca de los cuales se imponía la adopción de severas medidas. Su actuación era considerada de todo punto ilegal, al mismo tiempo que se endurecía el control sobre los profesionales médicos llegados a estos lugares, a los que se exigía la presentación del título correspondiente y su aprobación por el Protomedicato. La norma se hacía extensiva a los sangradores y barberos.

Un acuerdo de 18 de marzo de 1735 recordaba muy especialmente a los barberos la prohibición de ejercer la medicina, por los perjuicios que se producían, y se les exigía la presentación de la correspondiente documentación. (20).

El acta de 18 de diciembre de 1759 se refiere a la presentación de títulos de D. Francisco Argerich -médico acreditado

por el Protomedicato de Madrid- y don Juan Paran, cirujano. (21). Pero todavía en 14 de junio de 1763 se requería a los médicos que no habían presentado sus documentos para que lo hicieran, pues en caso contrario no podrían ejercer la profesión. (22). Así se decretó en el caso de un médico llegado a la ciudad en dicho año de 1763, procedente de una fragata inglesa destruida por el fuego frente a aquellas costas, a quien se le exigió su título de médico o cirujano antes de dedicarse a la curación de enfermos. (23).

El 18 de julio del mismo año se confirma por el Cabildo la presentación de títulos de los doctores don Pedro Ochoa de Amarita, don José de Herrero, y don José de Ranchel, al mismo tiempo que se reiteraba la prohibición total del ejercicio de la medicina a quienes no poseyeran título, con el fin de combatir a los practicantes del curanderismo. (24).

También en 1763 se toma el acuerdo de nombrar representantes de la profesión médica para entender de los asuntos relacionados con el examen y comprobación de títulos, toma de juramento, etc., de los profesionales que quisieran ejercer. Los elegidos fueron don Francisco de Argerich y don Manuel Feu, a quienes acompañarían dos diputados: don Blas de Castro y el Procurador General. (25).

Se iba progresando en orden a la legalización del ejercicio de la medicina, introduciendo medidas que, indudablemente, beneficiaban a la comunidad. En años posteriores se sigue teniendo noticias de la presentación de nuevos médicos. Así, en 1766, un acta recoge la de don Antón Sánchez, natural de Villa de Pruña (Sevilla), cuyo título había sido expedido en Madrid por el doctor don Manuel Martínez de Raga, primer médico de Su Majestad y Presidente del Real Protomedicato. (26). En 1769 se pide otra licencia, en este caso para don Francisco Miguel de Rivas, doctor en medicina y anatomía, considerándose oportuna esta petición por la falta y "escasez" de médicos habida en la ciudad. (27)

Un hecho curioso tiene lugar, años más tarde, con la presentación de un médico de origen portugués, que en 28 de febrero de 1771 solicitaba, en su idioma, la correspondiente licencia. Se llamaba Salvador Manduti, y como pasara el tiempo sin recibir respuesta, envió un memorial al Gobernador pidiendo explicaciones por la retención de sus papeles que estaban en poder del Cabildo, a lo que éste -el Cabildo- contestó, en 9 de mayo de 1772, que el retraso se debía a que el público protestaba por la conducta de dicho médico, la cual "no era de aquellas que se debía fiar la salud pública", más aún cuando sus recetas las daba "en cifra" a cierto boticario, por lo que se llegó a sospechar que ambos estaban de acuerdo para cobrar por los medicamentos precios abusivos. Esta queja llegó al Cabildo a través del Alcalde de primer voto don Francisco Espinosa, lo que fue causa de que se amonestara al médico por su extraño proceder. (28).

En 1776, según Furlong, solicita licencia como cirujano don Pedro Falla, y en octubre de 1778 don José Granado, uno de los grandes médicos de Buenos Aires en el siglo XVIII, a quien se enviaría meses más tarde al partido de Arrecifes con motivo de haberse declarado una epidemia en aquella zona. (29).

Va creciendo el número de doctores en medicina en la segunda mitad del siglo XVIII, llegando a contar la ciudad de Buenos Aires en 1778 con doce médicos, citados por Furlong: Matías Grima, Vicente Ferrer, Francisco Argerich, Juan Dupont, Miguel Gorman, Angel Castelli, Domingo Berrondo, Joaquín Terreros, Domingo Parragas, Pedro Ochoa de Amarita, Esteban Raon, y el portugués José Antonio Lamota Lagosta. (30).

No obstante la evolución de la actividad médica a que se asiste en este período del siglo, continuaban las deficiencias, que irían subsanándose gracias a la labor que se desarrollaba con nueva mentalidad: se sigue promoviendo la lucha contra el curanderismo, la selección del facultativo de mayor competencia, la reorganización de las estructuras sanitarias, la creación de

Protomedicatos. Hay una constante preocupación encaminada a promover los avances médicos y sanitarios, tanto por parte de las autoridades locales como por el Gobierno, y así en las provincias de la metrópoli como en las americanas. En este siglo, bajo los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, se impulsa en mayor medida la medicina y la sanidad social, la prevención sanitaria y el desarrollo de los centros hospitalarios y de beneficencia. Esta política, como decimos, se irradia hacia América, donde se va logrando también la reestructuración del ejercicio profesional de la medicina. Hemos visto que una de las principales competencias de los Protomedicatos sería la investigación y expedición de las licencias correspondientes para la actuación de los profesionales, cuya acreditación se exigía con rigor. En Madrid, los Reales Tribunales del Protomedicato castigaban a los infractores con 500 ducados y destierro por 10 leguas, y 2.000 ducados y destierro de la provincia por segunda vez, y por la tercera, además de los 2.000 ducados, seis años de presidio en Africa. Y lo mismo para los cirujanos que ejercían sin licencia o que no hubiesen recibido, como era obligatorio, el curso completo de Anatomía práctica, los dos años de asistencia a los cursillos explicados en las Escuelas, y las prácticas de tres años en los Hospitales generales del reino.

También se castigaba a los sangradores que, sin título de cirujano, ejercían como tal, y las multas eran de 50 ducados por la primera vez, doble por la segunda y 10 años de presidio al Africa por la tercera. (31).

La creación del Protomedicato era algo obligado en territorios tan extremos como los del Río de la Plata, por la trascendencia que para el desarrollo e impulso de la actividad médica

y sanitaria suponía, y éste será el nuevo paso dado en Buenos Aires en 1778.

LAS BOTICAS, LOS BOTICARIOS Y LOS FARMACOS.

Como ya se ha dicho, el descubrimiento del Nuevo Mundo trajo consigo el enriquecimiento de la farmacopea tradicional europea con los productos originarios de las Indias, muchos de ellos utilizados ya por los aborígenes americanos para la curación de sus dolencias. La aparición de nuevos fármacos y especias oriundos de Indias, incrementó un activo comercio, más aún cuando en la Península se desarrollaron los estudios de esos productos por los naturalistas y farmacéuticos, quienes apreciaron en muchos de ellos altas propiedades curativas, lo que aumentó su demanda por parte de las farmacias y herbolarios de más importancia.

En el siglo XVIII, que nos ocupa, se hallaban ya descubiertos casi todos los productos y plantas americanas de mayor utilidad. No podían faltar en cualquier botica que se preciase, el Bálsamo negro, el Bálsamo virgen, el Aceite de bálsamo, la Sangre de drago fina, el liquidambar o bálsamo común, el cardamono, la calaguala, la corteza del culen; como tampoco el palo santo, la quina, la cascarilla, el sándalo, curcuma, el azafrán de Indias, la hierba del Paraguay, todo ello especialmente importado del Perú, a lo que se unían las piedras bezoares, la piedra del puerco espín, colmillos de caimán, huesos de manatí y de vaca marina, etc.

Méjico proporcionaba el palo nefrítico, el sassafras, la raíz de China, raíz de Jalapa, la zarzaparrilla, el liquidambar, etc.

Tan estimados eran estos productos que los médicos de la

Corte consideraban que no podían faltar en las Reales Boticas, por lo que se encargaba encarecidamente a los Virreyes y Gobernadores de Indias enviasen siempre que pudieran frutos, plantas o productos medicinales, como así lo especificaba una provisión de 21 de marzo de 1768:

"En la Real Casa de la Geografia es preciso tener siempre un seguro repuesto y provisión de Cacao, Soconusco, Baynillas, Polvos de Pinoli, Oaxaca, Quina, Calaguala, Canchilagua, Balsamos, Azeytes medicinales, y de otros generos, y frutos semejantes, que se crían en las Indias para el uso, y gasto de la Real Familia; para los Regalos, que el Rey acostumbra hacer cada año a los Principes Soveranos de Italia y otros parages, como tambien para la provision de su Real Botica".

También de estas provincias del Río de la Plata, ricas en plantas y hierbas medicinales, se recababa el suministro de productos, aceites, bálsamos, etc., para abastecer los herbolarios y farmacias de los reinos peninsulares. Así se refleja en las provisiones y Órdenes reales dictadas con este fin, como, por ejemplo, la Real Orden de 3 de septiembre de 1785, dirigida al Intendente de Buenos Aires, en la que se pedía el envío de aceites, bálsamos y hierbas medicinales, y muy especialmente la llamada "cabello de ángel", hierba que se criaba en Montevideo, de la que se encargaban dos arrobas; igualmente se ordenaba que los envíos fueran acompañados de un forme detallado a cargo del Protomédico del Virreinato don Miguel German, acerca de las virtudes y usos de todas aquellas especias, para que, con su asesoramiento, pudiera llevarse a cabo una mejor selección. (33).

Entre los descubrimientos más útiles a la farmacopea se encuentra, sin duda, el de la quina, uno de los más interesantes por sus importantes propiedades de carácter febrífugo, y que experimentada con éxito con la Condesa de Chinchón, dio como resultado su rápida difusión por toda Europa. Como afirma Fur-

long, la quina tuvo detractores y simpatizantes, pero su principal defensor fue el naturalista y matemático Rubin de Celis, quien reconoció sus propiedades curativas. Gracias a este hallazgo, Buenos Aires se convirtió en uno de los primeros puertos donde se embarcaba la quina al viejo continente europeo. (34).

Para su mejor aprovechamiento desde el momento de ser recogida hasta su llegada al punto de destino, soportando las largas travesías, el médico real don Diego Porcell resumía así, en 1766, la fórmula que creía más conveniente:

"Para escoger la corteza de la quina, y conservarla después para que no se apolille, es menester quitarla del Arbol que es de mediana edad, y en tiempo oportuno, y en el otoño se dexa secar á la sombra en donde le dá el aire: después se seca se pone en los cueros ó corachas, y para embarcarla es menester encerrar dichos cueros en toneles para defenderla de la humedad de la mar". (35).

El establecimiento de boticas en el Río de la Plata y concretamente en Buenos Aires, no tuvo realidad plena hasta el siglo XVIII, padeciendo la misma lentitud en su evolución que la de los profesionales médicos y cirujanos y la sanidad en general. Ahora bien, la primera referencia que tenemos de una botica en la ciudad es la de los jesuitas, que funcionaba ya en 1680 con carácter público. Según Furlong, en 1730 estaba al frente de ella el hermano Juan Francisco Dávila, sucediéndole después el hermano Agustín Almedina, en 1739 el hermano Francisco Terán, en 1746 los hermanos Angel Amilaga y Jaime Izart, y en 1750 el hermano Chiulak o Ziulak; y en la época de la expulsión, en 1767, el hermano Esteban Font. (36).

Después de la expulsión de los jesuitas, la Junta de Temporalidades intentó abrir nuevamente la botica, arrendándola al mejor postor, recayendo en la persona de don Pedro Castelli,

quien se hizo cargo de ella en 1771. (37).

Como hemos dicho, a lo largo del siglo va conociéndose ya la existencia de boticas. En 1726 se habla de reorganizar el Hospital y dotarle de practicante, botica y médico, y se piensa en entregar la administración a la Orden hospitalaria de Betlemitas, cuya institución era bien conocida en otras muchas ciudades de América por su especial atención y cuidado a los enfermos. Esta Orden tenía "Voticarios de profecion", y sus boticas, se decía, eran las más acreditadas de las ciudades donde estaban instaladas. (38).

Por un acta del Cabildo de 1734 conocemos la existencia de una botica propiedad de los "tres Robertos", y la inspección mandada realizar en ella, por sospechas de abuso en el precio y en la calidad de las medicinas. (39).

Encontramos peticiones de licencia de apertura de farmacia, presentadas al Cabildo en varias ocasiones, ya en el último tercio del siglo. Así, en 5 de mayo de 1770, se presenta el memorial de don Agustín Pica para solicitar la licencia y el permiso correspondiente al ejercicio de boticario. (40). Esto hace que el Cabildo acuerde, en 26 de mayo del mismo año, delegar en ciertos diputados para que inspeccionasen y reconociesen los medicamentos y simples de que constaba la botica del referido don Agustín Pica, conocido como "el milanés". (41).

En 1773 (9 de octubre), se concede otra licencia, esta vez a don Domingo García, "natural de los Reinos de Castilla" (42), y en años posteriores obtienen permiso J.F. Salvio Marrull (15 de abril de 1777) (43), don Manuel Antonio Giménez (28 de abril de 1777) (44), y don Diego Muñoz (7 de agosto de 1778) (45), tras haber presentado todos sus títulos correspondientes.

La profesión de boticario exigía una cierta garantía de seguridad y competencia, por obvias razones, ya que eran los responsables de la administración y conservación de productos de

compleja elaboración y destinados al consumo público, y como en esta actividad se cometieron muchos fraudes, fue necesaria la intervención de las autoridades para prevenirlo en el futuro. En Madrid, concretamente, se dicta en 1776 una disposición por la que se regulan las inspecciones a las boticas por el Tribunal del Protomedicato. Las dictadas en esta época hacen referencia al juramento del boticario para cumplir honradamente su misión sin cometer ningún fraude, a la exigencia del permiso, y al título expedido por el Real Protomedicato. (46).

Estas mismas disposiciones tendrán su reflejo en la ciudad de Buenos Aires, donde, como se ha visto, no fueron desconocidos los abusos cometidos por algunos farmacéuticos irresponsables. De aquí nace la decisión de Ceballos quien, en 19 de noviembre de 1777, regula la inspección de las boticas, nombrando para ello, como visitadores, a don Francisco Puig y don Luis Bet, cirujano y boticario mayor del Ejército, a quienes se les encomendaría la visita detallada de las farmacias de la ciudad para comprobar la legalidad de los títulos de los boticarios que las regentaban, así como el precio y la calidad de los medicamentos, y en cuya misión podían ir acompañados por un oficial y ocho hombres de tropa.

Posteriormente y con la creación del Protomedicato, sería este tribunal el que regularía las inspecciones. En 1780 el primer protomédico, Gorman, expediría título de visitador de boticas a don Ramón López, a quien sucedería en su cargo don Francisco Salvio Marrull. (47).

Con todo, la utilización de medicamentos en Buenos Aires y, en general, en Río de la Plata, estuvo largo tiempo influenciada por los remedios caseros. Las prácticas del curanderismo y los remedios empleados por los indígenas, tuvieron mucho peso y tradición entre las gentes. Se utilizaba una gran variedad de

plantas cuya aplicación abarcaba muchas enfermedades; entre estas plantas podemos citar la zarzaparrilla, los yuyos, el tabaco, la hierba mate y un interminable número de drogas. También se empleaban grasas de animales, cóndor o buitre para afecciones de la vista o simplemente para cataplasmas, pasando por el empleo de sapos y otros animales para curar ciertas picaduras, y las fórmulas mágicas que los curanderos y barberos proporcionaban.

El barbero Cordero se preciaba de curar los lamparones -especie de escrófulas- aplicando en ellos un emplasto, tras sacarlos con una lanceta, e introduciendo un colmillo de perro envuelto en papel mojado con saliva. (48). Todo un mundo complejo de creencias muy arraigadas en el pueblo y que chocaban especialmente con las fórmulas medicinales y recetas expedidas en latín -que el vulgo no alcanzaba a comprender- utilizadas por boticarios y médicos, como éstas que se usaban a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX en los Hospitales General y de la Pasion, en Madrid:

"Cataplasma anodinum.

Micae panis albi.

Lactis Caprini

Groci pulverati.

Coque ad consistentiam spissae pultis et
nonnihil amisso calore adde.

Vite lllrum ovorum recentium

Loco lactis Caprini potest quandoque summi pro arbitrio
Medici Ptisanæ emollientis eadem quantitas."

"Dedoctum Pectorale dulcificatum.

Ptisanæ Hordeaceæ. Hederæ Terrestris.

Capillorum veneris. Foliarum Tusilaginis.

Fiat infusio Calida per horam unam et adde.

Mellis optimi ac depurati.

Dosis: ab. iv. ad. vi. " (49).

Muchos científicos y naturalistas se dedicaron al estudio de los medicamentos propios de Indias y su aplicación a enfermedades o lesiones. Se confeccionaron incluso recetarios exclusivos para estos territorios. En la colección de Francisco de Ajofrin se nos ofrece a este respecto, varios remedios curativos, en el capítulo dedicado a la Medicina en las Indias, para enfermedades o lesiones muy comunes en Indias, tales como tercianas, cólicos, flujos de sangre, picaduras de víbora, etc.

De estas recetas escogemos dos, como ejemplo. Así, para las tercianas y cuartas:

"Quina en palo.- 3 onzas.

Raiz de genciana.- 1 onza.

Se quebrantarán en un almirez limpio. Se meterá en una olla nueva vidriada. Se echarán tres quartillos de Vino blanco. Se tapará muy bien la olla, y a la distancia de dos o tres palmos de la lumbre, se dexará en infusión por veinticuatro horas. Finalizadas estas se arrimará á fuego lento hasta que dé principio á hervir: inmediatamente se retirará. A poco rato se volverá hasta que yerva segunda vez; se apartará por otro poco tiempo. Se arrimará hasta que tercera vez dé su hervor y luego se apartará y se colará bien, y echando este vino en un frasco de vidrio, se dexará en la olla dicha Quina y Raiz y se echarán seis quartillos de agua, y se dexará hervir hasta que a fuego lento quede en la mitad, y bien colada se echará en el frasco con el Vino.

Uso de ella:

A las cinco de la mañana una xicara regular.

A las 7, desayuno.

A las 9, xicara.

A las 12, comida.

A las 4, xicara.

A las 6, Refresco.

A las 8, otra xicara.

A las 10, cena regular.

"Esta misma Regla se ha de continuar tres dias, empezando el de hueco, y los restantes hasta acabar la porcion, una xicara por la mañana, y otra por la tarde. Y con esto se extingue el humor, corrobora el Estomago, y abre el apetito". (50).

en

Para los temidos animalitos llamados niguas, Ajofrin se nos da, al mismo tiempo que su descripción, esta receta:

"Es plaga universal de las tierras calientes de toda la America un Animalejo quasi imperceptible que llaman Nigua. Es como una Liendrecita, y no hay resguardo, que baste: se entran por las medias, pasan los Zapatos, Botas de Cuero, escarpines, y toda ropa, y regularmente se pegan a los pies: penetran la carne viva con un comezon, y ardor grande. A las 24 horas ya han criado una Bolsita blanca del tamaño y color de un grano de Aljofar lleno de huevecillos: y si estos rebientan, van cundiendo por todo el pie y piernas, y aun por todo el cuerpo, llenandolo de vejigas, con que causan calenturas, inflamaciones, y vienen á morir sin remedio, si al principio no se pone este remedio, se reduce a sacar con un Alfiler a quanta vejiguita encuentra sin reventarla, pues si se rebientan dentro, es imposible sacarlas, por que luego se esparraman, e invisiblemente se van introduciendo por el cuerpo, penetrando la carne con una ligereza increíble.

Sacada la bolsita de niguas, se llena aquel hueco de tabaco de polvo, para que no se encone. Apenas ay quien se vea libre de estos animalejos tan nocivos; pero quien padece mas por su desnudez y dormir en el suelo, son los pobres indios, y negros: He visto muchisimos unos sin dedos, otros sin pies, muchos sin piernas, y gran numero de cojos por esta enfermedad".

En otro punto señala el remedio contra esta plaga:

"Para Niguas. XXIII.

"Un parche de Unguento Almartaga sobre ella: la mata y seca. Item: Un parche de Alquitran, la saca a las 24 horas". (51).

Las niguas fueron combatidas por diversos medios. En 1786, un oficio del Marqués de Sonora, enviado al Virrey de Buenos Aires, comunicaba un procedimiento bien sencillo descubierto en Santa Fe para desprender las rebeldes bolsitas: aplicar a la parte afectada aceite de oliva sin calentar. (52).

Toda farmacia importante estaba bien abastecida de medicamentos, simples y compuestos, a base de productos animales, minerales y vegetales.

Entre los primeros, no podían faltar, entre otros, los cuernos de ciervo, la leche de cabra o de burra, la miel, la famosa piedra bezoar, especie de cálculo extraído del hígado de las llamas o vicuñas; por supuesto, las víboras y culebras, y las grasas, mantecas, ceras, etc.

De los productos minerales se encontraban muchos, como el hierro, el antimonio, el mercurio, y todo tipo de sales: el cardenillo, los calomelanos, los tártaros, los vitriolos: azul, blanco o verde. Y las sales neutras: amoníacos, catárticos, etc.

De los vegetales, toda una rica variedad de flores: azapán, caléndulas, borrajas, malvas, manzanilla, tila, romero. Frutos: adormideras, bayas, ciruelas, enebros, granadas, naranjas, pasas, etc. El capítulo más extenso estaría integrado por las hierbas o cortezas, como la quina, y bálsamos: axenjos, acederas, diente de león, mejorana, poleo, salvia, cascarilla, cortezas de palo santo, canela, tamarindos, bálsamos negro y blanco, raíz de jalapa, sassafras, sándalos, raíz de zarzaparrilla; o aceites, vinos y jarabes: aceite de anís, de especias, de cortezas, de almendras, de trementina, de ricino, aceite de María, de limón; vinos: emético y escilítico; y jarabes: a base de toda clase de productos, adormideras, ruibarbo, culantrillo, quina, arrope, etc. A lo que se unirían las gomas y resinas: acíbar

alcanfor, almaciga, arábica, labdano, coca, etc., y los elixires, aguas simples, emplastos, espíritus o tinturas. (53).

Una de las boticas más completas de Buenos Aires fue, sin duda, la perteneciente a los jesuitas, cuyo inventario fue hecho, tras la expulsión de dicha orden, por don José Silva Aguiar y, según Furlong, su contenido era de 24 clases de aguas simples, de una libra cada una; 10 clases de aguas espirituosas, de 5 libras cada una; 25 clases de jarabes de 5 a 10 libras; 4 clases de zumos e infusiones, de 15 a 20 libras cada una; 25 clases de aceites de 50 libras cada una; 36 clases de ungüentos, de unas 30 libras cada una; 33 clases de emplastos, de 6 libras cada una; 24 clases de pulpas y extractos, de 6 libras; 24 clases de tinturas y bálsamos, también de 6 libras; 36 clases de espíritus y sales, de 10 libras; 124 clases de polvos preparados y simples, de 30 libras cada una; 54 clases de píldoras y tóxicos, de 10 onzas cada una, y 160 clases de gomas, de una veinte libras cada una. (54).

LA CREACION DEL PROTOMEDICATO Y LA INSTAURACION DE CATEDRAS DE MEDICINA.

Con todo, el momento más decisivo en la historia médica del Río de la Plata va a ser, sin duda, la creación de un tribunal, independiente, de Protomedicato. La institución existe ya en España antes del Descubrimiento, creada por Alfonso III de Aragón y definitivamente confirmada por los Reyes Católicos en 1477. La idea de este organismo provenía de la necesidad de luchar contra el negocio de los falsos médicos y el peligro de los medicamentos por ellos suministrados. De aquí que se estable-

ciera un tribunal examinador de todos los profesionales, antes de empezar a ejercer, con el fin de comprobar si reunían los requisitos que les acreditasen como verdaderos médicos, cirujanos y físicos. Este tribunal ejercía, asimismo, especial control sobre las boticas y los boticarios, para evitar cualquier posible fraude y exigir la debida calidad en los medicamentos.

Con Felipe II se dio un nuevo y definitivo impulso a la creación de Protomedicatos en las distintas provincias, confirmando esta decisión en 1588. (55).

La institución pasó a Indias, y en el siglo XVI encontramos ya instaurados dos tribunales en Perú y Nueva España, de donde salían subdelegaciones de Protomédicos para otras provincias. Las poblaciones del Río de la Plata dependían, pues, del Protomedicato limeño en los primeros años, pero ya en el siglo XVIII el incremento demográfico, comercial y político, así como las enormes dificultades provenientes de la gran distancia que las separaba de Lima, hicieron necesaria y posible la separación definitiva, constituyéndose un Protomedicato independiente, tanto de Castilla como del Perú.

La idea de creación de un Protomedicato con sede en la capital de Buenos Aires fue ya elaborada en la época del Gobierno de Cevallos, a instancia del intendente de Hacienda don Manuel Ignacio Fernández, quien propondría como director del mismo a uno de los más insignes médicos, que acompañó a la famosa expedición de Cevallos, don Miguel Gorman. Pero sería don Juan José de Vértiz quien había de confirmar definitivamente la creación de este tribunal en 1779, aunque no fuera aprobada por Su Majestad hasta 19 años después.

La necesidad de realizar una reestructuración de la profesión médica en el Virreinato del Plata, era algo por lo que

clamaban las autoridades y los médicos de mayor solvencia. El propio don Miguel Gorman había comunicado al médico real Musio Zona la escasez de profesores médicos en tan extensos territorios y la incapacidad de la mayoría para ejercer la profesión. Musio Zona, en 1778, llevó esta petición al Consejo, trasladando lo manifestado por Gorman de no haber hallado en Buenos Aires ni en Montevideo ni en las restantes provincias, hasta Lima, más que algunos cirujanos "poco prácticos y sin principios que hacen de Medicos cometiendo los absurdos á que se expone todo ignorante". (56).

El remedio para ello y puesto que Buenos Aires era la capital del Virreinato, estaba en la creación de un Protomedicato o una delegación del mismo en esta ciudad que estuviese bajo el patrocinio del de Castilla (57). Ante esta petición formulada por su primer médico de Cámara, Su Majestad expide, en 2 de mayo de 1778, una Real Cédula ordenando a la Audiencia de la ciudad de Plata en Charcas y al Protomedicato de Lima, envasen un informe sobre la escasez de médicos en el Río de la Plata, y lo que pareciese más conveniente para la instauración de un Protomedicato. (58). También por Real Orden de 2 de mayo de 1778 se pedía al Virrey Vértiz la elaboración de otro informe en el que expusiera los puntos más notables que aconsejaban el establecimiento de un Protomedicato en Buenos Aires. El Virrey, en efecto, había promovido la creación del Protomedicato y confirmado al doctor don Miguel Gorman como Protomédico, con jurisdicción en todas las provincias del Virreinato, en 1 de febrero de 1779. Gorman pasaba así a erigirse en "Alcalde Mayor de todos los Facultativos en Medicina, Cirujía, Pharmacia, y Phlebotomia".(59).

Quedaba bajo su autoridad "el exacto general arreglo de todos los Profesores, Boticas, Aranzales, y Hospitales de las Ciudades, y Exercito en toda la extencion del Virreynato" (60), y

por supuesto, se le facultaba para examinar a cualquier individuo que quisiera dedicarse a la profesión, vigilar la inspección de Boticas, corrigiendo los abusos cometidos tanto en la composición de medicamentos como en la fijación de precios, nombrar inspectores o visitadores de las mismas, y nombrar, en las ciudades más distantes, los tenientes Protomédicos que creyese conveniente, para sustituirle en todos los asuntos mencionados y muy especialmente en la lucha contra el curanderismo. (61).

Con fecha 5 de febrero de 1779, Vértiz firma el memorial exigido por la Corte sobre la creación del Protomedicato de Buenos Aires, haciendo constar que éste era el único medio de asegurar la salud de aquellos vasallos y acabar con el ejercicio de la medicina ilegal y para que ningún "barbero, cirujano o médico curase sin la correspondiente licencia", o que las boticas contasen con medicamentos "no desvirtuados ó travajados sin las reglas del arte: y de todas las demas incunvencias que le son anexas, y requiere lo importante del asunto, en que se versa la misma vida, y salud de las gentes". (62).

La decisión de Vértiz de nombrar Protomédico a Gorman la fundamentaba en que era la persona idónea para ello, por la labor desarrollada en el ejército y entre la misma población civil, a la que atendió, en una de las epidemias padecidas por la ciudad, con gran dedicación -según refiere el Virrey-, "tomando de mi orden las mas acertadas medidas, no solo para que hubiese los auxilios precisos, expecialmente en las Campañas, donde causa mayor estrago, sino igualmente para conocer la raiz, e infeccion, de que provenia esta cuasi general enfermedad, y hacer consiguientemente uso de los medicamentos adecuados." (63)

Junto a ello, don Miguel Gorman tenía un perfecto conocimiento de aquellas provincias y sólo gracias a su celo y trabajo podrían cortarse los abusos y abrir el camino al progreso de la medicina. (64).

Por último, Vértiz pedía que la creación de este Protomedicato no se hiciera con conexión o dependencia del de Castilla, pues la enorme distancia de un lugar a otro sería un grave obstáculo para el normal funcionamiento del mismo. (65).

El juramento del doctor don Miguel Gorman tuvo lugar el 7 de febrero de 1779 ante el Virrey, y el 30 de octubre del mismo año presentó un memorial en el que exponía la forma en que el Protomedicato debía funcionar. En primer lugar se pedía que la institución contase con una Sala capitular donde se pudiesen celebrar las reuniones, juntas, exámenes, deliberaciones, etc., instalándola en el antiguo Colegio de los Padres Jesuitas, en cuyo edificio podrían escogerse "uno o dos cuartos" para el Tribunal del Protomedicato. También se necesitaban los medios suficientes para proporcionarle "un corto adorno, para autorisar mas el respeto debido á su merito". (66).

En 9 de diciembre de 1779 se aprobó este informe por la Junta de Temporalidades, acordándose dar a Gorman dos aposentos del Real Colegio y una suma que no excediera de 200 pesos (67), mientras que el Cabildo también lo aprobaba, así como la validez de su titulación de protomédico, en 16 de agosto de 1780. (68).

Según testimonio del escribano José Zenzano, la apertura oficial del Protomedicato tuvo lugar el día 17 de agosto de 1780, con el "combite correspondiente", y sobre las cuatro de la tarde, estando la Sala destinada para el Tribunal con el dosel y el retrato de Su Majestad el rey Carlos III. Concurrieron a ella el Intendente General del Ejército y Superintendente de la Real Hacienda, don Manuel Ignacio Fernández, el señor Dean y Cabildo Eclesiástico, los Alcaldes, Alcaldes ordinarios y todos los oficiales y ministros de las Reales Cajas, Contaduría, etc., presididos por el señor Virrey.

Seguidamente realizó su lectura de presentación don Miguel Gorman, quien hizo una "oración latina" de media hora acerca de la gran importancia que para aquella sociedad tenía la creación del Tribunal, por ser uno de los medios fundamentales para el progreso de la medicina en aquellos territorios. (69). Tras este discurso, se retiró S.E. el señor Virrey, mientras el resto de los asistentes acompañó al doctor Gorman a su casa, donde se "sirvió un general esplendido refresco". (70).

Don Miguel Gorman dio pronto comienzo a su magna obra, comenzando por distribuir los cargos de examinadores para las correspondientes cátedras de Medicina, Cirugía, Farmacia y Flebotomía, nombrándose también un fiscal, un alguacil mayor, un escribano y un portero. (71). Los cargos fueron desempeñados por los médicos Francisco Argerich y Benito González Rivadavia. El escribano fue Antonio de Herrera y el Alguacil Miguel Moncilla. Fue nombrado, asimismo, el Cirujano Mayor del Presidio y del Hospital don José Alberto Capdevila Pallarés, quien también había tomado parte en la expedición de Ceballos y que percibía un sueldo de 1.000 escudos en 1780. (72).

El 26 de julio de 1781 el Consejo de Indias aprobaba la creación del Protomedicato y la confirmación en su puesto de don Miguel Gorman, como primer protomédico, con independencia de los tribunales de Lima y Castilla (73). No obstante, la aprobación real no llegaba, y el normal desenvolvimiento del Protomedicato necesitaba medios económicos para asegurar su subsistencia. Por otra parte, hacía falta prever la renovación del personal médico, para la continuidad de la obra, y esto sólo era posible creando en el Virreinato cátedras de Medicina que proporcionasen al Tribunal médicos competentes y acreditados.

Con fecha 16 de junio de 1789, el Virrey Marqués de Loreto manifestaba al Cabildo haber recibido de S.M. el encargo de buscar solución a tales necesidades, estudiando los medios menos gravosos para estos fines. (74). Reunido el Cabildo el 19 de

junio de 1789, acordó dar traslado de la orden del Virrey al Síndico Procurador General, para que se tomasen las providencias necesarias. (75). La contestación del Procurador General coincidía en señalar la necesidad de establecer en la ciudad Cátedra de Medicina que sirviera para dotar permanentemente de personal médico a la población y a la institución del Protomedicato; y así como Carlos III dio impulso a la creación de cátedras de Teología, el rey Carlos IV, sucediendo en "magnificencia y piedad" para con esta ciudad, a su padre, había expresado su real voluntad de erigir en aquel reino una Cátedra de Medicina para el estudio y formación de nuevos médicos. (76). Y más aún cuando las propias leyes de Indias disponían que la creación de las Cátedras de Medicina fuesen anejas a la creación del Protomedicato. (77).

Por lo que se refiere a los medios económicos para mantener estas instituciones, el Síndico Procurador General estimaba que los Cabildos de cada una de las ciudades del Virreinato podrían recaudar una pequeña cantidad entre el público, que sería suficiente para dotar una obra tan importante que, al fin y al cabo, no era más que un beneficio para la sociedad, por estar destinada a la formación de expertos profesionales, "liberándose de los curanderos y médicos a quien se entrega un enfermo, poniendo la vida, que es la prenda natural de mas atencion en sus manos". (78).

Sin embargo, nadie mejor que el doctor Gorman podía opinar sobre el particular, por lo que el ilustre Cabildo, en 13 de agosto de 1790⁽⁷⁹⁾, acordaba que fuera dicho médico quien expusiera sus puntos de vista. Gorman redacta un informe, con toda la objetividad que le caracteriza, firmado en 22 de octubre de 1790. En él relata cómo el primer médico de Cámara Musio Zona había expuesto ante Su Majestad la necesidad de crear un Tribunal de

Protomedicato en aquellos territorios, institución que fue aprobada por don Juan José de Vértiz, aunque por faltarle la confirmación de Su Majestad sólo tuvo efecto en las ciudades de Buenos Aires y Montevideo. (80). Sin embargo, los efectos que esta creación produjo tuvo considerables aspectos positivos en aquellas provincias, donde la Medicina se despreciaba. Véase a lo que estaba reducida en su mayor parte:

"...a algunos charlatanes, ó Curanderos, viejas que presumen por la mayor parte de ser Médicas, y gente mixta de baja esfera, y de castas, sin instrucción, ni experiencia, y aun sin saber leer algunos, con lo que se acomodaban en la mayor parte por ser numerosísimo el vulgo, y muy disperso, faltos de Civilidad, y discernimiento por lo qual algunos de la facultad que llegaban pasaban adelante, ó se aplicaban al Comercio, ú otra ocupación, ó bolbian a España permaneciendo solo los transeuntes de los Navios mercantes durante su manción." (81)

El vulgo era más dado a hacer caso de los charlatanes que de la verdadera ciencia médica y se inclinaba igualmente por el remedio casero de los primeros: hierbas, emplastos y otras recetas que se aplicaban a todo tipo de enfermedades y que ellos reducían a "empacho, ictericia negra, mal de frío o de calor", pudiendo curarse algunas, según decían, con la vista o por "ensalmos". (82).

El establecimiento del Protomedicato viene a luchar contra la ignorancia. Gorman hace una comparación entre la época anterior y la posterior a la creación del Tribunal, señalando los progresos conseguidos: lectura de buenos y escogidos li-

bros médicos, existencia de un local destinado a conferencias, juntas y lecciones médicas, control y examen de nuevos médicos y cirujanos, lográndose que la ciudad de Buenos Aires contara en estas fechas con dos médicos aprobados por el Tribunal, dos cirujanos (uno de ellos el del presidio), a los que se sumaban otros dos cirujanos y siete médicos, con los que la ciudad -decía- se había puesto a la altura de las de Europa. (83).

Sin embargo, en cuanto a las boticas, reconocía que habían sido reorganizadas en los primeros tiempos por las inspecciones que en ellas se realizaban, pero que desde ocho años acá estas visitas no habían podido llevarse a cabo por la oposición de algunos. (84).

Gorman se refiere también a las cátedras, estimando indispensables dos o tres de Medicina y una de Cirugía, y como para la enseñanza en dichos centros se necesitaba un médico capaz e idóneo, expone su idea de que fuese España quien enviase estos facultativos hechos y "bien instruidos". (85).

No deja de ocuparse del capítulo de fondos con que mantener esta empresa, sosteniendo que, por el momento, no se necesitaban otros recursos, ya que hasta ahora se había mantenido con el sueldo que Su Majestad le asignara como médico de sus Ejércitos por Reales Cédulas de 3 de diciembre de 1778 y 4 de febrero de 1788. (86), y cuando se diera comienzo al funcionamiento de la facultad de Medicina, no sería su coste muy gravoso al erario público, y el Ilustre Cabildo reconocería que las cátedras de Medicina se podían mantener con escasos medios.

También proponía que en los navíos de la Real Armada que allí llegaban, y en los que viajaban dos médicos, uno de ellos fuera el destinado al Virreinato, pudiendo también utilizarse los buques catalanes que tocaban en las costas del Río de la Plata. (88).

Por último, Gorman pide todo el apoyo y la confianza de las autoridades para el desarrollo de esta obra, decretando la guerra a los abusos producidos por la ignorancia, lo que será motivo de progreso de la ciencia médica, así como de la farmacia, que recibiría un impulso extraordinario si se desarrollaba el estudio de todas las ricas variedades de especies medicinales con que contaban estas tierras, cuyo conocimiento no sólo redundaría en beneficio de la salud, sino también del comercio, pudiéndose enviar a España las especies requeridas para el Real Jardín Botánico. (89).

El Cabildo, en acuerdo de 1 de diciembre de 1789, disenta de la idea del Síndico Procurador General de ser estos organismos quienes aportasen los fondos económicos para mantener las cátedras de Medicina, por ser ello prácticamente imposible, debido a la escasez de medios que, a excepción de Potosí, tenían los Propios de todas las ciudades. Por ello proponía que los fondos fueran proporcionados por el Fondo de las Temporalidades. Además estimaba que las cátedras podrían instalarse en varias "piezas" del Colegio de San Carlos o, en su defecto, en los terrenos que habían sido destinados para la construcción de la Universidad. Allí podrían ser erigidas dos cátedras de Medicina, las de "Prima" y "Vísperas", y otra tercera de Cirugía, dotándolas, a la primera con 800 pesos, con 600 a la segunda y con 500 a la tercera. (90).

Y como la ciudad contaba con las figuras de dos médicos tan competentes como don Miguel Gorman y el cirujano del Presidio don José Capdevilla Pallarés, nadie mejor que estos ilustres maestros para regentar dichas cátedras, cuyos reglamentos estarían inspirados en los que regían para Salamanca. (91).

Sin embargo, la instrucción de los nuevos médicos era asun-

to que requería tiempo. La provisión de doctores en Medicina que atendieran debidamente a las necesidades de todos los pueblos y ciudades del Virreinato, no podía ser suplida -y en esto coincidía el Cabildo con la propuesta de don Miguel Gorman,-más que con el envío de profesionales médicos desde España, pagándoles a cada uno en los lugares donde fueran destinados, con los caudales de Propios. (92).

El Cabildo terminaba por suplicar a Su Majestad se dignase conceder la definitiva aprobación y confirmación del Protomedicato, a la vista de las ventajas que su creación proporcionaba. (93).

La Real Cédula del año 1798 , formalizaba la fundación de la Facultad de Medicina, nombrándose por Decreto de 28 de enero 1799, catedrático de la misma al doctor Miguel Gorman y catedrático de Cirugía al doctor José de Capdevilla y Pallarés. Este último renunció al poco tiempo, por imposibilidad de atender el cargo, debido a la necesidad de dedicarse a los cuidados del vecindario, y vino a sustituirle el doctor don Agustín Eusebio Fabre. En cuanto a Gorman también pronto nombró un sustituto: don Cosme Mariano Argerich. Fabre y Argerich iniciaban así la nueva etapa de tanta trascendencia para la ciudad.

& &

&

CRONOLOGIA DE LAS ENFERMEDADES EPIDEMICAS HABIDAS
EN BUENOS AIRES EN EL SIGLO XVIII. INCREMENTO DE
LA MEDICINA PREVENTIVA. EL DESCUBRIMIENTO DE LA VA-
CUNA Y SU INTRODUCCION EN BUENOS AIRES.

Una asistencia médica y sanitaria inadecuada, unida a las escasas y deficientes condiciones higiénicas, favorecieron ciertamente el desarrollo de epidemias y enfermedades entre la población de Buenos Aires, en determinados períodos.

La aparición de epidemias, con gran pérdida de vidas humanas, comienza en el siglo XVII, siendo una de las primeras la temible viruela, cuya introducción en Buenos Aires, según afirma Besio Moreno, se debe a la expedición militar de Mosquera, en 1605, y que causó verdaderos estragos. (94).

A ésta siguieron otras en años sucesivos: peste entre el ganado en 1609, epidemia de lamparones en 1615, de nuevo la aparición de la viruela, entre 1620 y 1621, que diezmó muy especialmente la población india, mestiza y negra de los suburbios, y la peste de tabardillos y fiebre tifoidea o "chavalongo", en los años 1641, 1642 y 1643. (95).

En la segunda mitad del siglo las epidemias vuelven a causar gran número de bajas. Besio Moreno afirma que en 1652, fecha en que Buenos Aires contaba con un censo de 3.100 habitantes, hubo 446 defunciones, y en 1670 se registran 230 fallecimientos. (96). En los años 1675, 1680, 1686 (97), 1687 y 1694, las epidemias -casi siempre viruela- seguían afectando a la población, de tal modo que, en algunas ocasiones, impidieron celebrar incluso la festividad anual del Santo Patrón San Martín de Tours.

La situación precaria de cualquiera de los aspectos sanitarios de la ciudad, limitaba en gran parte los escasos remedios

disponibles en aquella época para hacer frente a las enfermedades epidémicas. Puede decirse que no existía otro que la cuarentena o aislamiento de los grupos humanos donde se hubiese iniciado el foco de infección; acudiéndose siempre a la rogativa religiosa pidiendo la intercesión divina para aplacar la enfermedad. Esto es todo lo que se podía hacer a lo largo del siglo XVII.

El comienzo del nuevo siglo no supuso, en sus primeros años, un cambio importante en cuanto a las medidas preventivas ante las enfermedades infecciosas provocadoras de epidemias, pero el desarrollo posterior de la ciudad de Buenos Aires, su conversión en capital del Virreinato rioplatense, su incremento demográfico, comercial, cultural, etc., hicieron necesaria la promoción de la profesión médica, el fomento de los hospitales y centros benéficos, la puesta al día en todo lo relacionado con la medicina y la cirugía, y la adopción de medidas muy particularmente ligadas con el progreso higiénico y sanitario de la urbe.

Las enfermedades epidémicas que más perjudicaron a la población bonaerense a lo largo del siglo XVIII fueron la viruela, la fiebre tifoidea, la escarlatina, el sarampión, la difteria y la disentería, entre otras. No hay que olvidar que Buenos Aires, lugar de arribada de navíos de todo tipo, entre los que hay que destacar los barcos negreros con unas condiciones higiénicas infrahumanas, era una ciudad receptora de cuantas infecciones se puedan imaginar. Por otro lado, las épocas lluviosas y húmedas, así como las de sequía -con sus eficaces agentes transmisores, las moscas y mosquitos- constituían unos importantes caldos de cultivo.

A esto se sumaba la concentración de basuras en las calles, los animales muertos arrojados a ellas, las aguas sucias y estancadas, y la ignorancia de la mayoría de la población que ni siquiera sospechaba que todos estos factores con-

tribufan poderosamente al desarrollo e incubación de mortíferas plagas. Recordemos también aquí la alegre indiferencia en el consumo de agua potable, que dio lugar a las prohibiciones de tomarla en los enclaves mismos donde se lavaba la ropa o donde se arrojaban desperdicios y aguas inmundas, y la falta de higiene en la venta de productos alimenticios y en los mismos mataderos de ganado.

La importación de esclavos negros cobró mayor auge con la llegada del siglo XVIII y ello obligó a las autoridades a tomar una serie de medidas de carácter preventivo. Hasta el tratado de Utrecht -en que el monopolio de la introducción de esclavos negros en América pasó a manos inglesas- este negocio negrero estuvo en poder de la Real Compañía Francesa de Guinea.

Así, en 27 de noviembre de 1705, las actas del Cabildo nos hablan de la petición efectuada al entonces Gobernador de la ciudad de Buenos Aires don Alonso Juan de Valdez e Inclan, por parte del director y tesorero de la citada Compañía negrera francesa Jorge de Grays y Nicolás Mayllet, para que se "señale paraxe ó terreno competente" donde iniciar las obras de construcción de un edificio en que pudieran ser albergadas las "cargazones de negros" que en esta fecha venían en el buque galo "Anfitrite", y entre los cuales había enfermos, al parecer, de viruela. El Cabildo había contestado ya el 18 de ese mes haciendo saber que, según disposiciones de Su Majestad, no sería permitido que ningún barco negrero entrase en malas condiciones, por cuyo motivo se rechazaría si no pasaba los controles de sanidad exigidos, más aún si existía peligro de viruela. (98).

Por otra parte, se creyó más conveniente que el albergue destinado a los esclavos negros durante el período que durase

su cuarentena, se construyera en la otra banda del río, proponiéndose también en los parajes del Retiro, la isla de Gonzalo Alvarez (situada a cuatro leguas del río de las Conchas), o en la chacara de don Juan de Zamudio. Esto si los navíos negreros no traían ninguna enfermedad contagiosa, en cuyo caso podría destinárseles a la isla de Martín García, cuya distancia de la ciudad era de siete leguas. (99).

A pesar de estas prevenciones, la ciudad seguirá padeciendo, durante todo el siglo, con mayor o menor virulencia, la acción devastadora de las epidemias, especialmente la viruela. La aparición de la temible enfermedad determinaba, como hemos dicho, la celebración de plegarias y novenarios dedicados especialmente a San Martín. Así ocurrió el 17 de febrero de 1710, en que el Cabildo informa de la existencia de viruelas y otras enfermedades, a cuyas desgracias se añade una importante sequía, y se convocaba a un novenario para pedir la intercesión del Santo Patrón. (100).

Pero nada podía conseguirse si a aquellas costas seguían arribando barcos negreros con importantes focos de infección variolosa, como sucedía, por ejemplo, en 1715, cuando a comienzos del mes de noviembre hizo su entrada en el puerto un navío inglés de Asiento transportando negros Bozales, entre los que el médico de la ciudad don José González, encargado de la visita de inspección a bordo, encontró más de cien enfermos de viruela. Ello determinó la prohibición de cualquier contacto con el barco y sus tripulantes, por razones de seguridad para Buenos Aires e incluso para las cercanas provincias de Tucumán y Paraguay. (101).

El 12 de diciembre del mismo año se habla también de otro navío de asiento inglés, "La Reina de la India", con epidemia

contagiosa a bordo, y vuelven a adoptarse medidas prohibiendo el desembarco de los negros y de la tripulación hasta que no transcurriera la cuarentena obligatoria, la cual debía hacerse, según se ordenaba, en los parajes de San Gabriel. Además la ciudad en aquella época estaba afectada por la sequía destructora de los pastos, el ganado y las sementeras, y ello justificaba todo género de precauciones para no complicar más las cosas. (102).

Años más tarde, en 10 de julio de 1717, las actas informan de nuevo de la llegada de otro navío inglés afectado también de viruela a bordo. (103). 1717 y 1718 arrojan cifras altas de mortalidad, pues las enfermedades epidémicas vuelven a hacer su aparición, siendo las más importantes la viruela, el tifus y la fiebre amarilla.

El 23 de septiembre de 1717 se menciona como una de las principales causas de las enfermedades padecidas, la putrefacción de animales muertos arrojados a las calles con tan grave perjuicio para la población. (104). Y el 12 de octubre del mismo año, el Alcalde de primer voto don Baltasar de Quintana Godoy informaba de la declaración llevada a cabo por el médico don Pedro Constanza y por otros cirujanos pertenecientes a los navíos de registro que por esas fechas se encontraban en el puerto, acerca de la mortandad experimentada entre la población por las "continuas enfermedades", las cuales tenían su principal causa en "la mucha pobreza necesidad y poco abrigo de los enfermos" (105). Ello unido, como hemos visto, a la escasez de médicos y de servicios sanitarios, y a la falta total de higiene pública, hacía angustiosa la situación.

En aquel año de 1717 debió ser muy grande la necesidad entre la población enferma, de tal modo que el Cabildo se vio obligado a repartir 300 pesos procedentes del caudal de propios, (106) llegándose, al parecer, hasta los 500, aparte de otros 500 recogidos como limosnas (107). El 18 de noviembre

del mismo año se pensaba igualmente obtener dinero con los productos de la venta de cueros pertenecientes a los propios de la ciudad, para seguir haciendo frente a las terribles enfermedades. (108). Los estragos continuaban en 1718, año en el que, estando reunido el Cabildo el 11 de agosto, se acordaba implorar la intercesión de Nuestra Señora del Rosario, cuya imagen se veneraba en el convento de Santo Domingo, con el fin de que la Justicia divina aplacase "tan penoso azote". (109). El 19 de noviembre se vuelve a insistir sobre la urgencia de realizar el novenario, aunque se especifica que la virulencia de la epidemia iba remitiendo. (110). Y el 21 del mismo mes se informa haber comenzado ya las rogativas y novenario a Nuestra Señora del Rosario. (111).

La propagación de enfermedades y plagas transmitidas a la llegada de cualquier navío, ya fuese negrero o de comercio, alertaba a las autoridades locales de los puertos, que tomaban medidas, sobre todo cuando los barcos procedían de algún país donde hubiese sospechas de epidemia. Este peligro era también advertido en las Reales Cédulas y disposiciones enviadas a los reinos de Indias desde la Corte. Citemos, por ejemplo, la Real Cédula de 2 de diciembre de 1720, enviada a las autoridades de todos los puertos de Indias, en la que se hace referencia a una grave epidemia que por aquella época se había propagado en Francia; y como al haberse prohibido el comercio de España con Italia, se pensaba que los comerciantes franceses buscarían entonces los puertos de Indias para introducir sus mercancías, exponiendo a estos territorios al contagio de la peste, con todas sus gravísimas consecuencias, el Rey ordenaba encarecidamente a todos sus Virreyes y Ministros que no permitieran, bajo ningún pretexto, la arribada de cualquier navío francés, aun cuando alegaren motivos de temporal,

falta de bastimentos, etc., obligándole a hacerse de nuevo a la mar, incluso por la fuerza, empleando la artillería. De esta forma -se decía- habían procedido en Ostende con uno de dichos navíos franceses, "sin que esto pueda atribuirse a impiedad por que el rigor no consistió en el daño que resultaba al Navío sino en la atención que se debía tener á la salud publica". (112).

La incidencia de la epidemia se vuelve a cobrar en Buenos Aires gran número de víctimas entre 1720 y 1728, administrándose en este último año hasta 2.000 pesos recabados del caudal de Propios para ayuda de los enfermos más necesitados; y es por estas fechas cuando el Cabildo, viendo la escasa atención sanitaria que se prestaba a la población y, especialmente, a las clases más débiles, decide poner en práctica la disposición real de que todas las nuevas poblaciones creadas en Indias estuvieran dotadas de un hospital en condiciones. (113).

La necesidad de encontrar medios cada vez más efectivos para poder hacer frente a estas erupciones epidémicas que de modo intermitente padecía la ciudad, determinó que se reorganizase el antiguo Hospital de San Martín, hasta entonces de muy escasa utilidad para el vecindario, entregando la dirección del mismo a la orden betlemita para su puesta al día en todo lo concerniente al cuidado de los enfermos, administración de medicamentos y Botica.

De nuevo, dos períodos castigados por la epidemia se desarrollan en 1734 y 1739, como lo demuestran los estudios de Cantón, Trelles, etc. (114). Las medidas preventivas siguen siendo las mismas y la falta de médicos persiste.

En 1742 brota otra epidemia, que esta vez comienza fuera

de los límites de la ciudad, en los pagos próximos, desconociéndose cuál es la enfermedad causante, por lo que se toma la decisión de que, por los cirujanos más especializados, se hiciese la disección de unos cuantos cadáveres, con el fin de averiguar el origen de tan extraño mal. (115). Las consecuencias de la epidemia dieron, según Besio Moreno, el alto porcentaje de más de 600 muertos en una población de poco más de 11.000 habitantes (116).

Posteriormente se registran epidemias en 1757, 1758 y 1759, siendo las enfermedades desencadenantes la viruela y el tifus.

En 1760 se tiene noticia de la existencia de lepra en la ciudad, y en reuniones del Cabildo de 5 y 11 de febrero de dicho año se pide la expulsión de los enfermos del mal de San Lázaro, para evitar el contagio y por no haberse encontrado local adecuado para su instalación. (117). Al año siguiente -12 de enero de 1761- se acuerda hacer una petición al señor Gobernador, con el fin de que dispusiera el traslado de los leprosos en las carretas que desde Buenos Aires iban a Mendoza, ciudad desde donde, a su vez, se transportarían a Lima, y allí los enfermos pudieran ser acogidos en el Hospital creado expresamente como leprosería. (118). A la confirmación y aprobación por el Gobernador de esta medida se refiere el acta de 10 de febrero de 1761. (119).

Ante el aumento de la tuberculosis, se toman también en 1761 medidas preventivas, tales como la quema de ropas y utensilios de los enfermos y de los muertos atacados por la tisis o por otras enfermedades contagiosas. (120). Al mismo tiempo se dictan disposiciones ordenando a los médicos dar cuenta inmediata de los fallecimientos habidos por el "mal de eticos" (121), tal y como se venía haciendo desde 1752 en Madrid, donde un Real Decreto de 23 de junio añadía a las ordenanzas dic-

tadas por el Real Protomedicato para evitar los contagios de tisis, la orden de que todos los médicos diesen noticia del descubrimiento de la enfermedad entre sus pacientes, avisando con toda rapidez al Real Protomedicato, que tomaría las medidas oportunas. El incumplimiento se castigaba con multas de 200 ducados por la primera vez y 400, más el destierro, por la segunda. (122).

Muy grave fue la epidemia que vuelve a castigar una vez más a Buenos Aires en 1769 (123), siendo también desconocido el tipo de enfermedad que la provoca. El acta del Cabildo de 17 de abril de 1769 especifica que los médicos la achacaron al "tenesmo" y disentería, pero se tienen graves dudas sobre ello, por lo que se procede^{de} nuevo al estudio de varios cadáveres. Así dice el Alcalde de primer voto:

"...que respecto hallarse esta Ciudad afligida de una enfermedad endemica, que los facultatibos caracterisan, de tenesmo y disenteria, y que de ella, se siguen los muchos estragos que son notorios, pues la mayor parte de los inferidos de este afecto mueren Se piensa pueden temerse que concurre alguna Causa Oculta, que los mesmos facultatibos, no habran podido todas las besas comprehender. Y para la Solucion de tal duda, le parese combeniente, se haga la habertura de uno o barios Cadaberes, una operacion se executara por aquel ó aquellos, que fuesen de la maior satisfacion. Y mediante la qual se escudriñen, las partes que concurren, a la Estructura del interior del cuerpo umano, Segun los principios anatomicos, y propios de la facultad medica y chirurjica, cuio reconocimiento echo, se discurra Segun las reglas del arte, y en su consecuencia se rresuelva, y establezca un metodo curatibo, y propio a su benoimiento poniendo en execucion los medios mas adecuados, para la conserbacion Ejubamen de la naturaleza contra la

alteracion de los humores medio satisfactorio, y de consuelo para todos representandole a Su Exoelencia lo Ex-puesto, para que aprovando esta determinacion nombre al Medico ó Medicos, que fueren de su aprobacion, para esta operacion." (124).

La natural aspiración de combatir las enfermedades y desterrar las epidemias, planteaba la cuestión de ir exigiendo, como ya hemos visto, un más estricto control de la actividad médica, cuyos profesionales no podían ejercer ya sin estar legalmente acreditados, al mismo tiempo que se ponía mayor atención en la inspección de medicamentos, para ir mejorando las condiciones de la salud pública.

Se promulgaron ordenanzas que habían de ser tenidas muy en cuenta por el personal médico y cirujano de la ciudad, observando rigurosamente la obligación de hacer el cómputo de enfermos muertos por epidemias y por toda clase de enfermedades (recordemos, a este respecto, las instrucciones que desde 1752 venían rigiendo para Madrid). En este sentido se manifiestan los bandos de don Juan José de Vértiz (20 de septiembre de 1770 y 19 de diciembre de 1774) (125), y el de don Francisco de Paula Bucarely de 3 de noviembre de 1776 (126), en los que se advierte a médicos y cirujanos sobre la obligación de informar a los justicias de todos los que en la ciudad mueren "éticos" o por otra enfermedad contagiosa, y que de no hacerlo así se les impondrían multas de 100 pesos. Igualmente se establecían las medidas preventivas de quemar cuantos objetos hubieran pertenecido al enfermo y se considerasen contagiados: muebles, ropas, etc. (127).

Por estas fechas se sigue prohibiendo la estancia en la ciudad de todas aquellas personas afectadas por el mal de San Lázaro, obligándolas a salir de ella en el término breve de dos meses (128).

Se insiste, asimismo, con mayor tenacidad, en recordar que

las basuras e inmundicias de las calles, junto con las aguas estancadas, son causa del desarrollo de múltiples enfermedades, debido a que la putrefacción resultante exhalaba "vapores nocivos" a la salud humana. (129).

No termina la década de los años 70, cuando se inicia una nueva epidemia, otra vez fuera de la ciudad. Efectivamente, el 24 de julio de 1778, el Maestre de Campo don Manuel Pinazo de cuenta de la terrible peste desencadenada en los Partidos del Salto, Pergamino, Puentezuelas, Arrecife, Arroyo del Tala, Rincón de San Pedro, Curato de San Nicolás en los Arroyos, y Baradero. (130). La mortandad, se dice, fue tan alta, que además de muchos hombres, mujeres y niños, perecieron también 196 individuos de las cuatro compañías al mando de don Diego Trillo. (131).

El Cabildo, ante tan funestos acontecimientos, y con la consiguiente preocupación de que el contagio penetrase en la ciudad, decide en 28 de julio de 1778, como primera providencia, la salida para estos Partidos de un cirujano y un sangrador, dotados de un botiquín preparado para tal empresa en la botica de los hermanos betlemitas. No existen datos concretos de que la epidemia se extendiese a la ciudad, no obstante la elevada mortalidad que se observa en 1780, de 1.164 muertos en una población de unos 25.000 habitantes. (133).

Sin embargo, en 1781 se habla de una enfermedad contagiosa declarada en Buenos Aires y que causa verdaderos estragos. El Síndico Procurador lo achacaba de nuevo a una "calentura ethica", cuya causa explica por el poquísimo cuidado higiénico que se observa entre el vecindario, pues los propios familiares de los enfermos atacados por dicho mal, no tienen inconveniente en utilizar sus ropas -incluso algunos médicos no veían en ello peligro de contagio-, venderlas o dárselas a los pobres, en lugar de quemarlas, como estaba ordenado. (134).

Por este motivo, se insiste otra vez en que los médicos que tuviesen conocimiento de dicho mal, informasen al Protomédico, a fin de evitar cuanto daño fuera posible, por culpa de la ignorancia. La confusión, sin embargo, debía ser grande, sobre todo a la hora de discernir qué tipo de enfermedad era la que mencionaba el Síndico como "mal ethico", y si era o no contagiosa.

El Protomédico don Miguel Gorman contestaba, en marzo de 1781, a las alegaciones del Síndico Procurador, con el fin de aclarar y establecer las medidas que debían adoptarse. Gorman inicia su informe resumiendo las distintas variedades de infecciones que a lo largo de la Historia se agruparon bajo la definición de Tabes. (135). Y concreta que, en general, el común reducía a dos clases el mal tísico: "purulenta y no purulenta", existiendo un gran confusionismo entre el vulgo, al no distinguir la "ética" de la "tísica" o de la "Tabes", y no sabiendo a qué atenerse en cuanto a si se produce por contagio, infección, herencia, etc.

Para disipar las dudas, Gorman explica cómo decidió una reunión de facultativos y profesores del Real Protomedicato con el fin de decidir si el "mal ético", tan común, como se decía, se producía por contagio, infección o herencia:

"Y de común acuerdo se decidió que la Ectica Purulenta, y Tisis pulmonar que provienen de úlceras, y cuyo pus ya ha coinquinado á la sangre, con extenuacion, disolucion, y alteracion putrida en los humores que se arrojan, como exputo, camaras, sudor, y orina son contagiosas de tres modos, habiendo disposicion en el recipiente: 1º Por los efluvios que mediante la inspiracion reciben los mas proximos al enfermo. 2º Por el contacto inmediato, sea durmiendo con el Paciente, ó solamente en su cama, ó usando su ropa, ó utensilios. 3º Per fomiten, esto és, por

medio de aquellas exalaciones contagiosas que quedaron en el aposento, vestidos y demas muebles: En cuya consideracion se halló por mui oportuno, el que en tales casos se diese parte, para que reconocidos por este Tribunal se procediese conforme lo mandan las Leyes; incluyendo tambien á las Dissenterias y Pujos por ser de su naturaleza ya mas dispuestos á infeccionar, como la practica, y la autoridad lo tienen tan acteditado". (136).

Por ello, Gorman aconsejaba al señor Procurador que, para evitar dudas, todo profesor de medicina diese parte al Tribunal del Real Protomedicato para que se estudiasen todos los casos. (137). También hacía Gorman una llamada de atención en lo que se refiere a la observancia de ciertas medidas preventivas e higiénicas "que con particular esmero se observa en las Republicas", como era la limpieza de los Hospitales, separación de enfermos contagiosos, aislamiento de los leprosos, etc. (138).

El sentido de una mayor aceptación de las reglas higiénicas como preservativo de la salud pública iba ganando posiciones no sólo en el ánimo de los médicos, sino también entre las autoridades y buena parte de la población. Por otra parte, como ya hemos dicho en otro sitio, el incremento del número de habitantes iría haciendo más apremiante el consiguiente aumento de la dotación de médicos, así como la ampliación de los servicios benéficos y hospitalarios existentes en Buenos Aires. En otro capítulo ya se hizo referencia a los diversos informes presentados por la comunidad betlemita en orden a conseguir una ampliación del hospital, con las camas suficientes para dar cabida al creciente número de enfermos. Así, por ejemplo, desde 1779, el prior del Convento del Hospital Real exigía mayor atención para la institución, por haber quedado

pequeño el local y en muy malas condiciones de estructura, a más de no reunir los requisitos higiénicos ni de comodidad necesarios para albergar a los pobres enfermos, por lo que se pedía su ampliación a 200 camas más, con el fin de atenderlos convenientemente en salas separadas, según fuera su mal, y evitar contagios, pudiendo crear así una sala para moribundos, otra para enfermos procedentes del presidio, en la que pudieran estar bien vigilados, otra para los del mal gálico, etc. (139).

Las medidas higiénicas preventivas se irán haciendo, pues, más frecuentes, y van apareciendo también nuevos métodos, como es el caso de la curación por aguas termales a las que se atribuían propiedades terapéuticas. Estas prácticas comenzaron a extenderse entre la población, de tal manera, que incluso fue preciso establecer una serie de normas sobre su uso, normas que también se dieron para los militares de los ejércitos, en el caso de que les hubiesen sido recetados los baños termales. Así lo decretaba una Real Orden de 4 de febrero de 1789, dirigida al Virrey de Buenos Aires, dando instrucciones acerca del modo de facilitar estos baños a los militares. (140).

En los últimos años del siglo continúa la preocupación de las autoridades por evitar la propagación de enfermedades, estableciendo controles preventivos a la llegada de los navíos que transportaban negros. En 1793 es don Nicolás de Arredondo quien, en un bando, dicta las normas con motivo de la llegada de negros Bozales, los cuales -dice- debían desembarcarse en el paraje de Barracas y no en otro lugar, no admitiendo en ninguna forma que fuera introducido negro alguno en la ciudad sin haberse antes hecho constar, ante las autoridades, su perfecto estado de salud, y sin haber

esperado los treinta días reglamentarios después de su llegada, castigándose el incumplimiento con multas de 50 pesos. (141). Entre las medidas higiénicas adoptadas por Arredondo podemos anotar la prohibición de que los negros se bañasen en determinados parajes del Riachuelo:

" Y assimismo prohibo que dichos Negros se bañen en otro parage que en el del Riachuelo desde la guardia allí establecida hacia abajo só la pena de que si lo hicieren en parage mas inmediato á la Ciudad pagarán sus respectivos dueños un peso por cada negro..." (142).

Este tipo de medidas seguirán adoptándose en los años posteriores y por actas del Cabildo correspondientes a los primeros años del siglo XIX se tiene noticia de ello. Así, en 1 de marzo de 1809 se hace mención en el Cabildo de una notificación del Virrey, quien comunicaba haber ordenado a la Junta de Sanidad, adoptase las medidas higiénicas oportunas para la introducción de negros.(143).

Por su parte el Tribunal del Protomedicato seguiría adoptando resoluciones y sugiriendo normas a seguir para evitar en lo posible cualquier brote epidémico. Tal es el caso del dictamen enviado por dicho Tribunal al Cabildo en 6 de marzo de 1788, informe del que se vuelve a hacer mención años mas tarde con motivo de una epidemia declarada en la ciudad en los albores del siglo XIX, concretamente en 1802. En él se insiste, una vez mas, en la limpieza de las calles, la inhumación de los animales muertos, especialmente de aquellos toros sacrificados en las corridas celebradas en épocas veraniegas; en la ubicación de las atahonas y de ciertos artesanos como curtidores, zurradores, almidoneros, etc, en los arrabales de la ciudad; la continua vigilancia de los corrales donde se mataba el ganado para el abasto de carne,

así como de los corrales de casas particulares; en el control sobre los animales sacrificados para detectar en ellos posibles enfermedades, como por ejemplo el carbunco; en la limpieza de los corrales, en los que se depositaban toda clase de inmundicias, residuos, excrementos, etc., de cada una de las casas que integraban el vecindario, para evitar que su putrefacción fuera origen y causa de enfermedades. Igualmente el Tribunal se mostraba partidario del registro y matrícula de cuantos enfermos contagiosos vagasen por las calles, sobre todo de los leprosos, cancerosos y sarnosos. Aconsejaba también el examen de los alimentos que se expendían al público en tiendas y pulperías, y de las bebidas almacenadas en vasijas de cobre, estaño o barro vidriado. Y, en suma, abogaba por una nueva reglamentación de las normas higiénicas para hospitales cárceles y presidios. Y como último hecho a destacar señalemos su decidido y firme apoyo al proyecto de construcción de cementerios fuera de las iglesias, las cuales, a su vez, deberían ser ventiladas antes de los oficios religiosos para purificar sus aires y limpiar su atmósfera de las posibles exhalaciones de los cadáveres allí enterrados. (144).

El siglo XVIII termina, pues, con un balance favorable en lo que se refiere al desarrollo de la ciencia médica en Buenos Aires, y sus últimos años dejan vislumbrar acontecimientos de gran trascendencia para la América hispana y para el mundo entero. Nos referimos al descubrimiento de Eduardo Jenner contra la viruela y a la expedición médica que patrocinada por el Gobierno de España, difundió y extendió la vacuna por todo el Continente.

El anuncio de la llegada a las provincias americanas de la famosa expedición en los primeros años del siglo XIX se hizo por medio de órdenes y circulares enviadas a todos los Gobernadores y Virreyes, con el fin de que dispusieran cuantos medios

fueran necesarios para facilitar su labor. Iba dirigida por don Francisco Javier de Balmis y salió del puerto de La Coruña el 30 de noviembre de 1803, llevando a bordo 22 niños de la Inclusa a los que se iría haciendo la inoculación de brazo a brazo durante el largo trayecto, para así conservar el fluido con más seguridad hasta los puertos de arribada.

La circular de 5 de septiembre de 1803, anunciando el envío de esta expedición, comenzaba en estos términos:

"Deseando el Rey ocurrir á los estragos que causan en sus dominios de Indias las epidemias frecuentes de Viruela, y proporcionar á esos sus amados vasallos los auxilios que le dicta la humanidad, el bien del Estado, y el intercs mismo de los particulares, asi de las clases mas numerosas, que por menos pudientes sufren mayores daños, como de las otras, acreedoras todas a su Real beneficencia se ha servido resolver oido el dictamen del Consejo, y de algunos sabios, que se propague á ambas Americas, y si fuese dable a las Islas Filipinas, á costa del Real Erario, la inoculacion de la Vacuna, acreditada en España y casi en toda Europa, como un preservativo de las Viruelas naturales." (145).

Una vez llegada la expedición a territorio americano se vuelven a expedir circulares dando normas para la conservación de la vacuna en cada una de aquellas provincias. En 20 de mayo de 1804 se comunicaba:

"...que este inmenso beneficio se hiciera posible tanto para las generaciones presentes como para las futuras... Quiere S.M. que a imitacion de lo que se ha dignado resolver para la peninsula destine V. una Sala en el hospital de esa Capital, y otra en cada una de las Provincias de su distrito donde se conserve fresco, y comunique el flui-

do precisamente de brazo a brazo, á quantos concurren y de balde siendo pobres, practicando el facultativo que elija las operaciones periodica y constantemente por tandas, y en corto numero de personas porporcionando al de los que nazcan de ordinario en un año comun en esa y las otras Capitales de su mando, por cuyo medio tendran recurso seguro los habitantes de ellas, y los de las Provincias respectivas, y se evitaren las contingencias de extinguirse o de alterarse el fluido". (146).

En Buenos Aires, sin embargo, la introducción de la vacuna antivariólica aconteció de una manera singular. Habiendo tenido noticia el Virrey Sobremonte de la llegada a Montevideo de una fragata portuguesa, "La Rosa del Río", en 5 de julio de 1805, con negros esclavos previamente vacunados, realizó las oportunas diligencias para que el virus fuese enviado a Buenos Aires. El portador fue Antonio Machado Carvalho, un traficante portugués de negros, que acompañó a dos negritos inoculados. Una vez en Buenos Aires, se nombraron los médicos que habían de ocuparse de su difusión: don Justo García Valdez y don Salvio Gafarot, y más tarde don Cosme Argerich, comenzándose por vacunar a los niños de la Casa-cuna. Según refiere Aníbal Ruiz Moreno, Argerich pidió también que se vacunara gratis a todos los pobres de la ciudad. Posteriormente, el Protomedicato fijó los precios para la vacunación. Las personas de mayores posibilidades económicas pagarían 4 pesos, 2 las de clase media y 1 peso las menos pudientes. (147).

Desde la capital bonaerense fue transmitiéndose sucesivamente este inmenso beneficio de la vacuna a todas partes: a la Colonia del Sacramento, al Cuzco, a Lima, a Salta, a los pueblos de Misiones y a Chile.

Al introductor de la vacuna en Buenos Aires, Antonio Machado Carvalho, el Cabildo determinó recomensarle con una medalla, para lo que fue comisionado don Tomás Balenzategui en 1895 y de cuya construcción se tiene noticia por acta del Cabildo de 24 de febrero de 1808, en la que se especifica haberla llevado a cabo Juan de Dios Rivera, siendo su coste 105 pesos. (148).

Una de las personas que más trabajó por la propagación y conservación de la vacuna en el Río de la Plata fue el presbítero y doctor don Saturnino Segurola quien, en 26 de septiembre de 1809, envió al Cabildo una propuesta en la que se contenía un programa a seguir sobre el modo y forma de propagar, inocular y conservar la vacuna. Dos días después -el 28 de septiembre- el propio Segurola se personaba en el Cabildo, ante el que expondría su proyecto, refiriéndose a la terquedad de ciertos sectores del vecindario que se obstinaban en no recibir la inoculación, por lo que aconseja que ésta debe ser obligatoria y controlada por los Alcaldes de Barrio. Por su interés, reproducimos su texto:

"Deveran vacunarse todos los que no huvieren pasado la viruela, ni recibido la inoculación, para cuio efecto devera tomarse una razon exacta por los Alcaldes de Barrio en sus respectivos quarteles assi de los amos de las casas, como de las personas que han de ser vacunadas, para compelerlos, segun se hace en la Europa en caso de persistir en su terquedad, como es notorio persiste en el dia mucha parte de este vecindario; obligandoles al mismo tiempo a presentar una papeleta mia á sus

respectivos Alcaldes de haver recibido la bacuna, y asegurandose de su resultado por haver concurrido á mi casa al examen en el periodo combeniente, y declaradose su legitimidad. En estos obligados se comprehenderan todos aquellos que han recibido la bacuna anteriormente y no haian practicado esta diligencia para su seguridad, conminandoseles con alguna multa ó pena en caso de no egecutarlo como se les manda. Todos los Vecinos deverán pasar ó dar parte á su Alcalde de Barrio de los niños, ó personas adultas que en lo succesivo tengan en sus casas, particularmente de los niños ó criaturas que hayan cumplido dos meses de lo que me darán aviso para recombenirlos en caso de no hallarse bacunados, y procederse á lo demas que se há expresado. Como mi deseo es ser útil á todos los que tienen el mismo principio y fin que yo, y estos sean no solo los havitantes de esta Ciudad, y su jurisdiccion, sino tambien los de los Pueblos del Virreinato podrá este Excelentisimo Cavildo pasarles aviso para que en caso de necesitar del fluido bacuno ocurran á mi por medio de sus corresponsales en esta por cuio conducto se les proveherá á la maior brevedad. Será mui del caso el que solicite este Excelentisimo Cavildo del Superior Gobierno un despacho á mi favor á efecto de que las Justicias de estas inmediaciones me auxilien para la distribucion del liquido compeliendo á los interezados á concurrir donde yo los comboque que será en el parage mas comodo de sus respectivas jurisdicciones."(149).

El doctor Segurola continúa su exposición sobre la vacunación de los negros, que debía practicarse desde su llegada, abonando los dueños, amos o traficantes un peso por cada uno después de ser vacunados, dinero que se iría depositando en el Cabildo para dar de ello una gratificación al cirujano que los vacunara y otra parte para organizar una expedición a la campaña o términos cercanos, con el fin de llevar la vacuna a sus pobladores. (150).

Dejó, además, bien claro el doctor Segurola su altruismo y su absoluta entrega al bien público:

"En la inteligencia de que este servicio ni pido, ni pediré, ni quiero el menor interés sino solamente ser útil a la Humanidad y a la Patria". (151).

Como no podía ser de otro modo, la propuesta del doctor Segurola fue tenida en gran estima por el Cabildo y aprobada, porque, según se dice en el acta de 28 de septiembre de 1809, nada escatimó con tal de propagar la vacuna, sin omitir sacrificio alguno, mientras que -según también recoge el acta- el Tribunal del Protomedicato y algunos facultativos de la ciudad habían tratado dicho asunto con gran "indiferencia". (152).

En 16 de octubre del mismo año se tiene noticia en el Cabildo de un informe del Virrey en el que acusaba recibo de la propuesta de Segurola y comunicando su aprobación. (153).

& &
&

N O T A S

=====

1.- Su utilización en terapéutica, como afirma Francisco Guerra, se justificaba por las teorías que en aquella época existían sobre la patología humoral, "según las cuales el objetivo del tratamiento consistía en restablecer el equilibrio de los humores del cuerpo humano expulsando en unos casos el humor pecante con el empleo de los catárticos, en otros, cuando dominaban en la enfermedad los humores fríos suministrando drogas calientes o con drogas que enfriaran, desecaran o humedecieran, según fuera el carácter del humor responsable del equilibrio orgánico en la enfermedad".

Ver Francisco Guerra. "La política imperial sobre las drogas de las Indias". Madrid. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Revista de Indias. Año 1966. Pág. 31.

2.- Guillermo Furlong. "Médicos argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires. Editorial Huarpes.- 1947.- Pág. 15.

3.- En "La Nouvelle Atlantide", de Bacon, -dice Georges Gusdorf-, publicada en 1627, se encuentran las bases de una medicina dotada de carácter revolucionario y casi de "ciencia ficción", en la que es descrito un centro "pluridisciplinario" de investigación científica dotado de hospitales, enfermerías, hospicios, boticas destinadas al estudio de los medicamentos, etc., todo ello como un sistema diferente de los postulados tradicionales sobre medicina existentes en la época.

Ver Georges Gusdorf: "Dieu, la nature, l'homme au siècle des lumières". París 1972. (535 págs.).- Pág. 425.

4.- "Le médecin, cet homme nouveau, est l'homme d'un nouveau savoir et même, de plus en plus, l'homme d'une fonction nouvelle, conforme à l'ordre des valeurs qui s'affirment dans la nouvelle société". - Georges Gusdorf. Op. cit. Pág. 428.

5.- Maurice Crouzet. Historia General de las Civilizaciones. El siglo XVIII, "Revolución intelectual, técnica y política" (1715-1815). Barcelona. Destino. 1963. Pág. 158.

6.- Ibídem.

7.- Cabildo, 22 de agosto de 1702. En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo I. Años 1701-1707. Pág. 151. Buenos Aires 1925.

8.- Cabildo 28 de agosto de 1702.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo I. Años 1701-1702. Pág. 155.

9.- Cabildo 12 de octubre de 1717.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo III. Años 1714-1718. Pág. 463. Buenos Aires 1926.

10.- Cabildo 4 de abril de 1724. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo V. Años 1723-1727. Pág. 325.

11.- Cabildo 17 de noviembre de 1734. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo VII. Años 1734-1738. Págs. 136 y 138.

12.- Según Furlong, Antonio de Ynda ejercía la profesión de médico desde comienzos del siglo XVIII en Buenos Aires, siendo en 1733 médico del Presidio, del Hospital Real y del Colegio de la Compañía de Jesús.

Ver Guillermo Furlong, "Médicos argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires. Huarpes. 1947.

13.- Ibidem. Pág. 143.

14.- Cabildo 12 de marzo de 1734.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo VII. Años 1734-1738. Pág. 33.

15.- Cabildo 10 de mayo de 1734.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo VII. Años 1734-1738. Pág. 69.

16.- Cabildo 29 de abril de 1741. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo VIII. Años 1739-1744. Pág. 270.

17.- Cabildo 17 de junio de 1738.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo VII. Años 1734-1738. Pág. 472.

18.- Ibidem.

19.- Así se expresa en acta del Cabildo de 1 de julio de 1743, donde se dice haberse presentado una petición de don Roberto de la Fontaine "cirujano de Nacion escoses en que pide que esta Ziudad se sirva certificar a continuazion de dicho su escripto de como en el tiempo que a residido en esta Ziudad pñacticando el exersisio de Medico y sirujano en las epidemias y enfermedades que an auido en la vezindad Con todo Esmero y Cuidado socorriendo a los pobres nesesitados, y demas de su asistencia con las medecinas nesesarias sin que aya auido queja por faltas de Curazion por el esmero con que se ha empleado desempeñando la confianza de la Ziudad...".

Cabildo 1 de julio de 1743. En Acuerdos del extinguido Cabildo, Serie II. Tomo VIII. Años 1739-1744. Pág. 427.

20.- Cabildo 18 de marzo de 1735.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo VII. Años 1734-1738. Pág. 183.

21.- Cabildo 18 de diciembre de 1759. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo II. Años 1756-1761. Pág. 450.

22.- Cabildo 14 de junio de 1763. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo III. Pág. 154.

23.- "Y luego hiso presente el señor Procurador General que ha llegado a su noticia que un prisionero de guerra de los que se an traído a esta Ciudad tomado de la Fragata Inglesa que se pegó fuego en el puerto de Colonia, se a introducido a curar enfermos aplicandoles medicinas sin que aya antes echo constar en este Ylustre Cavildo el titulo que deve presentar, de tal medico o sirujano..."

Cabildo 26 de abril de 1763. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo III. Años 1762-1768. Pág. 138.

24.- Cabildo 18 de julio de 1763. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo III Años 1762-1768. Pág. 161.

25.- Cabildo 29 de agosto de 1763.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo III. Años 1762-1768. Pág. 176.

26.- Cabildo 18 de diciembre de 1766. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo III. Años 1762-1768. Pág. 453.

27.- Cabildo 20 de febrero de 1769.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo IV. Años 1769-1773. Pág. 26.

28.- Cabildo 9 de mayo de 1772. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo IV. Años 1769-1773. Pág. 430.

29.- Guillermo Furlong. "Médicos argentinos durante la dominación hispánica.". Op. cit. Pág. 148.

30.- Ibídem . Pág. 149.

31.- Real Cédula en que se prescribe el método que ha de observarse en el Tribunal del Proto-cirujano en los exámenes de cirujanos y sangradores y requisitos que los pretendientes deben tener para ser admitidos a ellos.

Aranjuez 12 de mayo de 1797. Impreso. T. CXVIII. F. 372-376.

32.- Especies Medicinales para la Real Botica. El Pardo 21 de marzo de 1768. A.G.I. Indiferente General. Legajo 1552.

33.- Real Orden al intendente de Buenos Aires para que envíe las hierbas medicinales que especifica y la llamada "cabello de ángel". San Ildefonso, 3 de septiembre de 1785. Col-Mata Linares. Tomo CXII. F. 292.

34.- Guillermo Furlong. "Médicos argentinos durante la dominación hispánica." Op. cit. Pág. 210.

35.- Conservación de la Quina, según el médico de S.M. don Diego Porcell. Aranjuez 3 de junio de 1766. A.G.I. Indiferente General. Legajo 1552.

- 36.- Guillermo Furlong. "Médicos argentinos durante la dominación hispánica". Op. cit. Pág. 188.
- 37.- Ibídem. Pág. 191.
- 38.- Cabildo 1 de marzo de 1726. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo V. Años 1723-1727. Págs. 578 y 579.
- 39.- Cabildo 10 de mayo de 1734. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo VII. Años 1734-1738. Pág. 69.
- 40.- Cabildo 5 de mayo de 1770. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo IV. Años 1769-1773. Pág. 164.
- 41.- Cabildo 26 de mayo de 1770. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo IV. Años 1769-1773. Pág. 166.
- 42.- Cabildo 9 de octubre de 1773. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo IV. Años 1769-1773. Pág. 166.
- 43.- Cabildo 15 de abril de 1777. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo V. Años 1774-1776. Pág. 56.
- 44.- Cabildo 28 de abril de 1777. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo V. Años 1774-1776. Pág. 64.
- 45.- Cabildo 7 de agosto de 1778. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo V. Años 1774-1776. Pág. 265.
- 46.- Ver Alvarez Sierra. "Carlos III y la Higiene Pública". Madrid. 1956. Pág. 26.

47.- Sobre el tema se ha tenido en cuenta a Francisco Cignolli y su estudio: "Los primeros títulos de visitadores de boticas del Río de la Plata".- Buenos Aires.- Historia.- 1957. nº 9.

48.- Como señala Raúl Molina, éste curioso procedimiento de curación era el conocido sistema del "emplasto" o "trocisco griego".- Molina, Raúl : "Primeros médicos de la ciudad de la Santísima Trinidad".- Buenos Aires.- 1948.- Pág. 162.

49.- "Nuevo Reglamento de medicamentos simples y compuestos para los Reales Hospitales General y la Pasión de esta Corte".- Formado de orden del Excmo. Señor Conde de Montarco.- Col. Mata Linares.- T. LXXI. Fols. 382-405.

50.- Recetas para "tercianas y quartas".- Col. Ajofrin.- "Medicinas en las Indias". siglo XVIII.- Real Academia de la Historia.- Tomo X. pags:660-673.

51.- Ibídem. Recetas XX y XXIII.

52.- Oficio del Marqués de Sonora al Virrey de Buenos Aires comunicándole el remedio descubierto para evitar los estragos que causan las niguas. San Lorenzo, 20 de noviembre de 1786.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo CXIII. Fol. 248.

53.- Nuevo Reglamento de medicamentos simples y compuestos para los Reales Hospitales General y de la Pasión de Madrid. Op. cit

54.- Guillermo Furlong: "Médicos argentinos durante la dominación hispánica".- Op. cit. Págs. 189-190.

55.- Novísima Recopilación, Libro VIII, título X, ley V.

56.- Informe de D. Muzio Zona sobre la escasez de médicos en el Río de la Plata. El Pardo, enero de 1778. - Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fols. 84-85.

57.- Ibídem.

58.- Real Cédula al Virrey de Buenos Aires sobre erección del Protomedicato. Aranjuez, 2 de mayo de 1778. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Expediente sobre erección del Protomedicato. Fol. 1.

59.- Ibídem. Fols. 2 y 3.

60.- Ibídem.

61.- Ibídem.

62.- Informe del Virrey don Juan José de Vértiz de 5 de febrero de 1779, sobre escasez de profesores de Medicina en el Río de la Plata. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fols. 13-16.

63.- Ibídem. Fol. 15.

64.- Ibídem.

65. Ibídem. Fols. 15 v. y 16.

66.- Informe de don Miguel Gorman de 30 de octubre de octubre de 1779. En expediente de erección del Protomedicato. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fol. 4v.

67.- Ibídem. Acuerdo tomado por la Junta de Temporalidades en 9 de diciembre de 1779. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fol. 6.

68.- Cabildo 16 de agosto de 1780. Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III. Tomo VI. Años 1777-1781. Pág. 545.

69.- Informe de don José Zenzano de 4 de febrero de 1781 en expediente de Erección de Protomodicato. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fol. 11.

70.- Ibídem. Fol. 10 v.

71.- Ibídem.

72.- Real Orden aumentando el sueldo al cirujano mayor del Presidio y Hospital don José Alberto Capdevilla. El Pardo 31 de enero de 1788. Col. Mata Linares. Tomo CXIV. F. 9.

73.- Representación sobre el nombramiento de don Miguel Gorman como Protomédico. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fols. 69-72.

74.- Expediente sobre la escasez de profesores de Medicina. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fol. I.

- 75.- Ibídem. Fol. 1 v.
- 76.- Ibídem. Fol. 2 v.
- 77. Ibídem.
- 78.- Ibídem. Fol. 3 v.
- 79.- Ibídem. Fol. 5.
- 80.- Ibídem. Fol. 5 v.
- 81.- Ibídem. Fol. 6.
- 82.- Ibídem. Fol. 6.
- 83.- Ibídem. Fol. 7.
- 84.- Ibídem. Fols. 7 y 7 v.
- 85.- Ibídem. Fols. 7 v. y 8.
- 86.- Ibídem. Fol. 9 v.
- 87.- Ibídem. Fol. 10.
- 88. Ibídem. Fol. 11 v.
- 89.- Ibídem. Fol. 12 v.

90.- Ibídem. Fol. 14.

91.- "...y hallandose estos dos aviles Profesores desempeñando estos encargos de años á esta parte con mucho acierto, y entera satisfaccion de todo el Publico, le parese al Cavildo que se le pueden confiar dichas Catedras sin necesidad de Oposicion; y que todas se sirvan y reglen por los Estatutos que en la actualidad se observasen en la Ciudad de Salamanca, respecto delas de su clase". -

A.G.I. - Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. Fol. 14 v.

92.- Ibídem. Fol. 15.

93.- Ibídem. Fol. 15 v.

94.- Este año, afirma Berio Moreno, y los posteriores, fueron años de gran mortandad, originándose en ellos la despoblación de la pampa.

Berio Moreno: "Buenos Aires, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina. Estudio crítico de su población." (1536-1936). Buenos Aires 1939. Pág. 106.

95.- Ibídem. Pág. 110.

96.- Ibídem Págs. 118, 119 y 120.

97.- A este año concreto de 1686 se refiere un acta del Cabildo de 12 de diciembre de 1715, donde se dice que en dicho año se produjo un contagio de viruela entre la población de Buenos Aires que desembocó en terrible epidemia con elevado número de muertos, por causa de un mulato procedente de Santia-

go del Estero (Tucumán), que había padecido viruelas y que fue llevado a Buenos Aires por el vecino don Pedro de Saavedra.

Cabildo 12 de diciembre de 1715.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo III.- Años 1714-1718.- Buenos Aires 1926. Pág. 255.

98.- Cabildo 27 de noviembre de 1705. - En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II.- Tomo I.- Años 1701-1707. Buenos Aires 1925. Pág. 389.

99.- Ibídem.

100.- Cabildo 17 de febrero de 1710.- En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo II. Años 1708-1713. Buenos Aires 1926. Pág. 284.

101.- Cabildo 12 de noviembre de 1715.- En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. - Tomo III.- Años 1714-1718. - Buenos Aires 1926.- Pág. 241.

102.- Cabildo 12 de diciembre de 1715.- En Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II.- Tomo III. - Años 1714-1718.- Pág. 255.

103.- Cabildo 10 de julio de 1717.- En Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie II.- Tomo III.- Años 1714-1718.- Pág. 426.

104.- Cabildo 23 de septiembre de 1717.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie II.- Tomo III.- Años 1714-1718. Buenos Aires 1926.- Pág. 460.

105.- Cabildo 12 de octubre de 1717.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie II.- Tomo III. Años 1714-1718. Buenos Aires 1926.- Pág. 463.

106.- Ibídem.

107.- Cabildo 18 de noviembre de 1717.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie II. Tomo III. Años 1714-1718.- Págs. 471-472.

108.- Ibídem.

109.- Cabildo 11 de agosto de 1718.- Acuerdos del extinguido Cabildo. - Serie II.- Tomo III.- Años 1714-1718.- Pág. 587.

110.- Cabildo 19 de noviembre de 1718.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie II.- Tomo III.- Años 1714-1718.- Pág. 615.-

111.- Cabildo 21 de noviembre de 1718.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Años 1714-1718.- Pág. 618. Serie II. Tomo III.

112.- Con el fin de que sus dominios de Indias no quedasen desabastecidos de cuantos géneros, mercaderías y especialmente ropas, pudiesen suministrar los navíos franceses -y por ellos, sobre todo por la ropa, se pudiese provocar fácilmente el contagio- Su Majestad comunicaba la decisión de enviar estas provisiones a Indias en galeones y otros buques, destinándose, por lo pronto, los navíos de guerra "Capitana", "Almiranta" y "Pa-

rache" para cumplir, con la mayor rapidez posible, esta misión. Real Cédula para que no se admita, bajo ningún pretexto, la arribada de navíos franceses a los puertos de Indias, por riesgo de contagio de la peste.- Madrid, 2 de diciembre de 1720.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo CII.- Fol. 262.

113.- Cabildo 1 de marzo de 1726.- Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie II.- Tomo V.- Años 1723-1727.- Págs. 576-577.

114.- La epidemia de 1734, según afirma Besio Moreno, ha sido definida en los estudios de Trelles y Cantón como epidemia de escorbuto, tifus o viruela.- Besio Moreno: "Buenos Aires, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina". "Estudio crítico de su población". (1536-1936).- Op. cit. pág. 124.

115.- Cabildo 30 de abril de 1742.- Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie II.- Tomo VIII.- Años 1739-1744.- Pág. 336.

116.- Besio Moreno: "Buenos Aires, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina". "Estudio crítico de su población". (1536-1936).- Op. cit. Pág. 126.

117.- Cabildo 5 y 11 de febrero de 1760.- Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo II.- Años 1756-1761.- Pág. 470-475.

118.- Cabildo 12 de enero de 1761.- Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo II.- Años 1756-1761.- Pág. 544.

119.- Cabildo 10 de febrero de 1761.- Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie III.- Tomo II.- Años 1756-1761.- Pág. 585.

120.- Cabildo 10 de marzo de 1761.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie III.- Tomo II.- Años 1756-1761.- Pág. 606.

121.- Ibídem.

122.- José Alvarez Sierra: "Carlos III y la Higiene Pública".- Madrid 1956.- Págs. 33 y 34.

123.- Según datos de Besio Moreno, los fallecimientos en este año son 836 en una población de 22.007 habitantes.

Ver Besio Moreno: "Buenos Aires, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina. Estudio crítico de su población". Op. cit. Pág. 130.

124.- Cabildo 17 de abril de 1769.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie III.- Tomo IV.- Años 1769-1773.- Pág. 48.

125.- Bandos de don Juan José de Vértiz de 20 de septiembre de 1770. (Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fol. 196 v.); y de 19 de diciembre de 1774 (en Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie III.- Tomo V.- Págs. 177-179.)

126.- Bando de don Francisco de Paula Bucarely de 3 de noviembre de 1776.- Col. Mata Linares.- Tomo II.- Fols. 183 v. y 184.-

127.- Bando de don Juan José de Vértiz de 19 de diciembre de 1774.- Op. cit.

128.- Así, por ejemplo, se expresa el referido bando de don Francisco de Paula Bucarely: "Que todos los que padecieren la enfermedad del mal de San Lazaro contagioso salgan de esta Ciudad y su jurisdiccion, dentro del termino de dos meses, que se contarán desde el dia de la Publicacion de este Vando, pena

de que serán castigados, y que se despacharan a su costa fuera de esta Provincia."

Bando de don Francisco de Paula Bucarely de 3 de noviembre de 1776.- Op. cit. Fol. 184.

129.- En este sentido se expresan las actas del Cabildo de 3 de septiembre de 1781 y 6 de octubre del mismo año, considerándose que los vapores de las aguas pútridas y todo género de basuras y los animales muertos "infestaban el aire", por lo que el Ilustre Cabildo suplicaba a Su Señoría rompiese bando en el que se ordenase llenar de tierra todos los pozos y zanjás de la calle, con el fin de evitar los encharcamientos.

Ver Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III.- Tomo VI. Años 1777-1781.- Págs. 705-711.

130.- Cabildo 24 de julio de 1778.- Acuerdos del extinguido Cabildo. Serie III.- Tomo VI. Años 1777-1781. Págs. 251-252.

131.- Ibídem.

132.- Cabildo 28 de julio de 1778.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie III.- Tomo VI. Años 1777-1781.- Pág. 254.

133.-Ver Besio Moreno. Op. cit. Pág. 131.

134.- Informe del Síndico Procurador sobre la existencia de un mal contagioso en la ciudad, y en el que aconseja una serie de medidas a adoptar a fin de atacar el mal.- 22 de febrero de 1781.

En Documentos para la Historia Argentina.- Tomo IX.- Cuestiones de Administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires.- 1776-1805.- Buenos Aires. Pág. 53.

135.- Según Gorman, los "antiguos" designaban a toda corrupción con el nombre de Tabes. Así, Cornelio Celso hablaba de la "Atrofia, Caquexia y Ectica"; Hypócrates, Galeno y Aretreo citaban la "Atrofia de los niños", la "contabescencia de los muchachos", la "Tabes juvenil", el "senil marasmo", la "tabes dorsal" y la "Ychiatica".

Otros científicos modernos, señala Gorman, hablan de la "tisis nerviosa", la "escrofulosa", "asmática", "atrabililaria", "escorbútica", "raquítica", "colorótica", "chilosa" y "callignativa"; y Boerhave y Home, de la "pulmonar", "hepática", "esplénica", "uterina", "mesentérica" y "renal".

Informe del protomédico doctor Miguel Gorman sobre el carácter de la enfermedad denunciada por el Síndico Procurador.- 26 de marzo de 1781.- En "Documentos para la Historia Argentina".- Op. cit. Tomo IX.- Pág. 55.

136.- Ibídem.

137.- Ibídem.

138.- Ibídem.

139.- Cabildo 13 de diciembre de 1779.- Acuerdos del extinguido Cabildo.- Serie III.- Tomo VI.- Años 1777-1781. Pág. 459.

140.- Real Orden al Virrey de Buenos Aires sobre el modo de facilitar a los militares el uso de baños o aguas medicinales.- Madrid, 4 de febrero de 1789.- Col. Mata Linaires. Tomo CXIV.- Fols. 213-214.

141.- Bando de don Nicolás Antonio de Arredondo, Virrey del Río de la Plata, sobre desembarco de negros y su sanidad. Buenos Aires 2 de diciembre de 1793.- Col. Mata Linares.- Tomo II. Fol. 519.

142.- Ibídem. Fol 520.

143.- Cabildo 1 de marzo de 1809.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie IV.- Tomo III. Pág. 455.

144.- Informe sobre la "peste" declarada en la ciudad de Buenos Aires en 1802.- Archivo General de Indias.- Audiencia de Buenos Aires.- Legajo: 335.

145.- Circular anunciando el envío a Indias de una expedición, cuyo fin es vacunar a sus habitantes de la viruela y extender el uso de esta vacuna.- San Ildefonso, 5 de septiembre de 1803.- Col. Mata Linares.- Tomo CXXI. Fols. 240-241.

146.- Circular para que en Indias se reserven salas especiales para la conservación de la vacuna contra la viruela.- Aranzuez, 20 de mayo de 1804.- Col. Mata Linares.- Copia.- Tomo CXXI. Fol. 370.

147.- Ruiz Moreno, Aníbal.- "Introducción de la vacuna en América (Expedición de Balmis)".- Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina.- Buenos Aires 1947.- Vol. XI. T. II.

148.- Cabildo 24 de febrero de 1808.- En Acuerdo del extinguido Cabildo.- Serie IV.- Tomo III.- Pág. 51.

149.- Cabildo 28 de septiembre de 1809.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie IV.- Tomo III.- Pág.580.

150.- Ibidem.

151.- Ibidem.

152.- Ibidem.

153.- Cabildo 16 de octubre de 1809.- En Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.- Serie IV.- Tomo III. Pág. 589.

& &
&

CONCLUSIONES

=====

En los comienzos del siglo XVIII el desarrollo urbano en Europa se hallaba aún en fase incipiente, no pudiéndose entonces prever cuál sería su evolución futura. Ciudades importantes existieron en todas las épocas, pero la primacía de la sociedad urbana sobre el mundo rural resultó ser un fenómeno que empieza a tomar visos de realidad a partir de este siglo. Así, en los primeros años de la centuria predominaba todavía este último; las ciudades que superaban los cien mil habitantes no eran muchas, si bien hay que decir que su mayor o menor importancia variaba según los países.

En España, concretamente, las aglomeraciones urbanas no eran importantes, sobrepasando sólo cuarenta de ellas, a mediados de siglo, los cien mil habitantes. (1). En Europa, y todavía a finales de siglo, no había tampoco un gran número de ciudades que alcanzasen más allá de los cien mil, aproximadamente unas veintitres. (2).

Si trasladamos nuestra atención a las provincias de la América hispana, observamos que allí, lo mismo que en el resto del Continente americano, el incremento demográfico es fuerte, por las diversas causas ya conocidas: amplio crecimiento vegetativo, fuerte corriente migratoria, influida especialmente por los alicientes comerciales, mineros, agrícolas o ganaderos de estos territorios.

Otro extremo a destacar es que, al igual que en Europa, muchas ciudades americanas deberán gran parte de su expansión y crecimiento al hecho de ser ciudades portuarias, más aún cuando el comercio experimenta un inusitado desarrollo en el siglo XVIII, debido, sobre todo, al marcado interés político de ciertos países -Inglaterra, Francia, Holanda, Portugal- por conseguir la primacía del comercio con las provincias de la América hispana y el definitivo monopolio de sus rutas comerciales. Por otra parte, el progresivo aumento de "permisiones" para el comercio de las provincias americanas con España, que culminará con la concesión del Reglamento de libre comercio de 1778, supondrá el decisivo espaldarazo que confirme la expansión y desarrollo de aquellas ciudades portuarias. Es precisamente éste el caso de la ciudad de Buenos Aires, para quien los sucesivos acontecimientos, en especial de carácter político, acaecidos a partir de la segunda mitad del siglo, sirvieron de catapulta a su ulterior desarrollo.

La explosión demográfica urbana en América fue, por lo tanto, de relevantes consecuencias, pues un aumento de su población debía estar correspondido con el paralelo incremento de una serie de bienes y servicios que hicieran posible la convivencia ciudadana. La perdurabilidad de la infraestructura física, como afirma Yujnovsky, en todo conjunto urbano, da lugar a que no exista siempre correspondencia entre esa estructura de las ciudades y sus necesidades económicas y sociales. (3).

Pues bien, a lo largo de nuestro estudio, hemos venido planteando esa problemática, que consistía en acomodar y adecuar una ciudad de acusada ligadura a la condición rural,

aunque en vías de desarrollo (como era Buenos Aires a principios del siglo XVIII), a las necesidades urgentes que su crecimiento demográfico y su expansión económica exigían. Como hemos visto, fueron múltiples las calamidades y penurias que aquella pequeña población "refundada" por Juan de Garay, hubo de atravesar hasta verse convertida en una ciudad floreciente, próspera y dueña de sus propios destinos.

Desde los primeros años que siguieron a su fundación, en el siglo XVI, y en realidad hasta muy entrado el siglo XVIII, la ciudad no pasó de ser una pequeña población dedicada a las labores agrícolas y ganaderas, aunque se atisbara en ella una perfecta disposición para la actividad comercial, gracias a las condiciones geofísicas de su enclave.

Los censos de 1738 y 1744, estudiados por Ravignani, arrojan unas cifras de población que no superaban los 5.000 y 12.000 habitantes, respectivamente (4). Ello demuestra que aún no se había producido el despegue demográfico; no obstante, se observa en ese breve período de tiempo una duplicación del número de habitantes, a pesar de la incidencia de ciertos factores negativos como fueron las epidemias sufridas en 1739 y 1742 que causaron, especialmente la última, muchas víctimas. (5).

En esta primera mitad del siglo se inicia ya el despertar de la ciudad de la Santa Trinidad, mas esta creciente y paulatina ascensión demográfica originaba problemas de acondicionamiento, fundamentalmente en dos aspectos: transformación de su infraestructura urbana y atención social que, a su vez, llevaban implícitos otros, como la regulación del orden y policía ciudadanos, desarrollo de

la actividad benéfica y consolidación de la labor médica y sanitaria.

En nuestro estudio hemos planteado los sucesivos cambios operados en la ciudad durante un largo siglo, precisamente el siglo en que comienza una evolución de ideas, teorías y proyectos sobre las sociedades urbanas, y donde se inicia una corriente transformadora de las ciudades en todas sus facetas. Buenos Aires, en contraposición a muchas otras ciudades americanas, llevaba, desde su nacimiento, un considerable retraso respecto a sus hermanas del continente, pues sufrió, como es sabido, una larga y grave marginación, impuesta en forma de premisa al sistema naviatorio que la Monarquía hispana estableció para su comunicación atlántica.

A pesar de ^{que} su situación era inmejorable para las comunicaciones, al estar el comercio, durante muchos años, sujeto a los intereses monopolistas, su expansión quedó frenada. Posteriormente, el incremento de su riqueza ganadera y la proliferación del comercio ilícito, fueron las piezas claves para su futuro desarrollo. Cuando en el siglo XVIII el puerto de Buenos Aires empieza a cobrar cada vez más importancia al ser pieza codiciada por las potencias extranjeras, España intentará, por todos los medios, salvaguardar sus intereses políticos y comerciales de la ambición de aquéllas y cortar, de una vez por todas, las aspiraciones expansionistas que sobre el puerto de Buenos Aires mantenían, especialmente, ingleses y portugueses.

La cuestión de Sacramento y la guerra sostenida por el dominio de la colonia representan el punto de partida para

que Buenos Aires obtenga su consagración definitiva como capital de un extenso Virreinato. El gobierno español comprenderá entonces la enorme importancia estratégica y comercial de la ciudad, y decide con firmeza poner coto a la influencia del comercio extranjero en la zona. ¿Cuál sería el primer paso? El ataque directo y frontal contra el contrabando y principalmente contra la colonia de Sacramento, desde la que se proyectaba gran parte de este comercio ilícito. Después, el comercio contrabandista recibiría un golpe de muerte con la concesión del Reglamento de libre comercio de 1778. A partir de este momento, la expansión de Buenos Aires, que venía experimentándose a lo largo de este período, tiene ya más sólidos cimientos en los que consolidarse.

Su evolución urbana y social, a lo largo del siglo y la influencia decisiva que tuvo la creación del Virreinato, son las materias que hemos venido analizando. Por ello, en nuestro estudio podemos observar dos fases: la época de los Gobernadores y la de los Virreyes. En una y otra etapa hemos ido contemplando las numerosas decisiones y medidas sobre materia urbana, social, sanitaria o benéfica adoptadas por una institución de capital importancia: el Cabildo.

Sin embargo, hay que decir que, si las grandes realizaciones del conjunto urbano, en todos sus aspectos, van a tener lugar en los años posteriores a la creación del Virreinato, desde comienzos del siglo ya existía una amplia conciencia por parte del gobierno local y de un extenso sector del vecindario, encaminada a ir equiparando su ciudad, en la medida de sus fuerzas, a otras a la sazón más desa-

rrolladas, adoptando normas y asimilando ideas que impulsaran su evolución.

Así, desde los primeros años -según hemos subrayado- se observa cómo una de las preocupaciones constantes va a ser la limpieza y ordenación urbana. En 1717, por ejemplo significativo, el Cabildo advierte al Gobernador del peligro que supone la suciedad en la vía pública, pretendiendo con ello, no sólo el aseo de la ciudad, sino la prevención de enfermedades y contagios productores de epidemias. Esta preocupación por la limpieza urbana, que pudiera parecer nimia desde ciertos criterios de categorización histórica, de hecho fue sentida por la época con plena conciencia de lo mucho que importaba. Y hoy hemos de reconocer la luz de tal advertencia, en cuanto constituye el de la higiene y salubridad uno de los fundamentos para la transformación de las ciudades en núcleos estables aptos para una forma digna de convivencia. Para nuestro caso bonaerense hemos aportado una amplia prueba a este respecto, con los numerosísimos bandos y ordenanzas dedicados, a lo largo del siglo, a la limpieza y conservación de las calles.

Desde aquí, desde este aspecto, se inicia una renovación de la estructura urbana: se toman medidas para evitar la contaminación de las aguas del río, de las industrias, se lucha contra el peligro de los parásitos, contra las infecciones, contra las epidemias, etc., para pasar después a concebir la pavimentación de las calles, el alumbrado público, la planificación de jardines, el ornato de la ciudad. Ello implica un largo proceso del que no se verán resultados positivos hasta muchos años después.

Se ha dicho en alguna ocasión que el lento proceso burocrático de la administración central respecto a los pro-

blemas de Buenos Aires entorpeció y dificultó, con toda serie de trabas, esta transformación. A este respecto, hemos querido confrontar los problemas que aquejaban a Buenos Aires, como ciudad, con algunos de la propia capital de la nación: Madrid. Si la diferencia entre ambas ciudades es evidente, por cuanto son también radicalmente distintas las circunstancias de su entorno geográfico y sus condicionamientos políticos, sociales y económicos, a la hora de establecer una comparación entre las necesidades y deficiencias de una y otra y anotar las medidas y soluciones adoptadas por las dos, para análogos problemas, vemos que éstos son, esencialmente, los mismos. Y tras ello, observamos cómo tampoco Madrid está exenta de dificultades para conseguir los objetivos propuestos y que, al igual que en Buenos Aires, la labor municipal se vio obstaculizada, en más de una ocasión, no sólo por la burocracia, sino también por el incivil comportamiento de parte del vecindario que, puerilmente, como está probado a través de la Historia, se ha mostrado refractario a cualquier innovación.

Como sociedad urbana, Buenos Aires tuvo que hacer frente a todos los problemas de una comunidad en desarrollo, y ello llevaba implícita la tarea de establecer no sólo un control del orden y equilibrio ciudadanos, sino la atención social, benéfica y sanitaria de todos sus miembros. En estos puntos concretos volvemos a establecer, en sus aspectos más destacados, una comparación con la urbe capitalina, o simplemente hacemos notar las medidas adoptadas por el gobierno español en determinados asuntos que afectaban a todos los reinos peninsulares, isleños y americanos; tal

es el caso de la legislación sobre mendicidad, vagancia, uso de armas, reglamentación del juego, etc., y la relativa a beneficencia, expósitos, huérfanos, o de atención sanitaria: creación de hospitales, medicina preventiva, fundación del Protomedicato, etc.

Está claro el hecho de que, en muchos de los aspectos estudiados, los bonaerenses toman como modelo ciertos patrones implantados en la Corte madrileña, no tanto por las posibles medidas de presión que el gobierno pudiera ejercer, sino más bien por el afán de buena parte de las autoridades locales de establecer en su ciudad aquellas innovaciones ya experimentadas en la Corte que, como es natural, se imaginaba más próxima a las nuevas corrientes de las Cortes europeas.

La evolución urbana en Buenos Aires va acompañada, pues, de una transformación, aunque, por supuesto, deficiente, de sus estructuras sanitarias y benéficas; estructuras que, con el fuerte incremento demográfico experimentado, sobre todo en la segunda mitad del siglo, necesitarán de un cambio total en algunos casos (como el acondicionamiento del Hospital), de creación de otras nuevas (así, la fundación de la Casa-cuna y asilos), y de renovación y planificación de las ya existentes como, por ejemplo, los servicios médicos, extirpando cuantas lacras de superstición y charlatanería aquejaban el ejercicio de la profesión médica.

Los últimos años del siglo reflejan una evolución evidente, si no tan favorable como hubiera sido de desear, sí sustanciosa, por cuanto se había conseguido, en poco menos de cincuenta años, cambiar la fisonomía de Buenos Aires, transformándola, de sociedad rural, en una sociedad urbana, para lo cual hubo que dotarla de todos aquellos centros e

instituciones imprescindibles, de los que, hasta entonces, había carecido.

En resumen, la transformación de Buenos Aires en el siglo XVIII fue posible, por un lado, gracias a la nueva estrategia adoptada por España, presionada por los condicionamientos políticos, que culminaría con la conversión de la ciudad en capital del Virreinato, y, por otro, en virtud de que estos acontecimientos van a producirse en una etapa determinada de la Historia: la época ilustrada, con todo lo que ello supone de período constructivo, orientado por una mentalidad de revisionismo consciente.

Cabría decir, en efecto, que aquella "reparación" traída por el espíritu ilustrado a la capital del Plata, tuvo el sentido de una adecuación a los postulados constitutivos de la Monarquía Indiana, con justeza muy superior a la de esa marginación histórica que tan largamente había gravitado sobre aquel ámbito. Pues, por más que semejante postergación pueda explicarse desde los principios de un paternalismo que asignaba funciones, derechos y deberes a cada provincia de la Monarquía, en subordinación al bien superior del conjunto, es indudable que el brindar al Río de la Plata todas sus posibilidades de despliegue, era congruente con las premisas ideológicas de la Monarquía hispana. Se trata de una construcción política que^{se} supuso siempre, en teoría (y así debe ser juzgada, en teoría), no constituida sobre un conjunto de "colonias", sino sobre la relación equitativa de una familia de "reinos y provincias" bajo una autoridad común. Buenos Aires, capital ennoblecida de un virreinato es por eso expresión de un logro de racionalidad histórica, muy propio de los designios y el estilo de la Ilustración española.

El nacimiento de un sentido de capitalidad, que quedará definitivamente consolidado tras la creación del Virreinato, será el motor que impulse las tareas de reformismo y adecuación que los bonaerenses llevaron a cabo en los cuatro aspectos de la sociedad urbana que hemos analizado: urbanismo, orden social, beneficencia y sanidad, para situar a Buenos Aires a la altura de una ciudad de su rango. ¿Puede decirse, por lo tanto, que en este momento se produce la reafirmación del espíritu bonaerense? Efectivamente, es clara ya la existencia de ese espíritu que ha sido servido por el reformismo, que conlleva una noción de grandeza de destino y que se verá confirmado en uno de los momentos más trascendentales de su historia, como será la lucha contra las invasiones inglesas.

& &
&

N O T A S

=====

1.- Vicens Vives.-"Historia. de España y América social y económica."Vol. IV. Págs. 6 y ss. Barcelona 1972.

2.- Rémond, René. "L'Ancien Régime et la Revolution 1750-1815". Pág. 58. París. 1974.

3.- Yujnovsky, Oscar. "La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano". Pág. 21. Buenos Aires 1971.

4.- Ravignani, Emilio. "Crecimiento de la población en Buenos Aires y su campaña (1726-1810)". "Padrones de la ciudad y de la campaña de Buenos Aires". En Documentos para la Historia Argentina. Buenos Aires. 1920-1955. Págs. XIX a XXIII.

5.- Besio Moreno. "Buenos Aires, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina. Estudio crítico de su población. (1536-1936)." Buenos Aires 1939. Pág. 126.

& &
&

ARCHIVOS CONSULTADOS

=====

- ARCHIVO GENERAL DE INDIAS
- ARCHIVO HISTORICO NACIONAL
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
- SERVICIO HISTORICO MILITAR
- BIBLIOTECA NACIONAL
- BIBLIOTECA DE LA FACULTAD. DEPARTAMENTOS DE
HISTORIA MODERNA E HISTORIA DE AMERICA
- BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
- BIBLIOTECA DEL INSTITUTO GONZALO FERNANDEZ DE
OVIEDO. CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES
CIENTIFICAS
- BIBLIOTECA DE LA CAMARA DE COMERCIO DE MADRID

& &

&

F U E N T E S C O N S U L T A D A S
=====

FUENTES MANUSCRITAS
=====

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS
=====

AUDIENCIA DE BUENOS AIRES

LEGAJO 335

	<u>AÑO</u>
-Expediente sobre escasez de profesores de Medicina.	1.796
-Representación de don Miguel Gorman como Protomédico.	1.781
-Informe de Vértiz sobre escasez de profesores médicos y sobre Miguel Gorman.	1.779
-Erección del Protomedicato.	1.779-1.781-1.796
-Informe sobre la peste declarada en la ciudad.	1.802

LEGAJO 183

-Hospital de Betlemitas.	1.771
--------------------------	-------

LEGAJO 242

-Niños expósitos.	1.782
-------------------	-------

INDIFERENTE GENERAL

LEGAJO 1543

	<u>AÑO</u>
-Casa Cuna y Niños Expósitos.	1782-1792-1794-1798
-Reglamento sobre Niños Expósitos.	1797

LEGAJO 1552

-Especies medicinales.	1776-1778
------------------------	-----------

LEGAJO 2971

-Casa de Misericordia de Buenos Aires.	1777
-Fundación de la Hermandad de la Santa Caridady Casa de Huérfanas.	1776

AUDIENCIA DE CHARCAS

LEGAJO 396

- Hospital de Betlemitas.	1733
- Id. id.	1740
- Id. id.	1743
- Id. id.	1745

SECCION DE MAPAS Y PLANOS

T

- Plano lineal de la ciudad de Buenos Aires. Audiencia de Charcas. 278.
- Planta de la ciudad de Buenos Aires. Audiencia de Charcas, 294.
- Mapa de la situación del Riachuelo y de la Guardia antigua y nueva. Audiencia de Charcas. 214.
- Plano que manifiesta el repartimiento de solares que hizo Garay. Año 1583. Est. 125. Caj. 5. Leg. 4 (4).
- Plano de la Casa Cabildo de Buenos Aires que se había de hacer por estar en mal estado la antigua. Por el hermano Prímolo de la Compañía de Jesús. 1719. Audiencia de Charcas. 221.
- Planta de la Catedral nueva de Buenos Aires. Audiencia de Charcas. 373.
- Plano que manifiesta la frontera de los Pampas de Buenos Aires que se reconoció por orden del Excmo. Sr. D. Juan Joseph de Vértiz, Virrey y Capitán General de estas pro-

vincias. Est.122.Caj.5. Leg.11.

- Plano de la Frontera de Buenos Aires que se reconoció por Vértiz. 12 de abril de 1779. Comprende el curso del Río Salado y la desembocadura de la del Plata. Est. 125. Caj. 4. Leg. 2 (5).

& &

&

ARCHIVO HISTORICO NACIONAL

=====

SECCION CONSEJOS.- SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE

<u>AÑO</u>				<u>FOLIOS</u>
1705.	Provisiones sobre vagos, vagabundos y mendigos.			38
1707.	Id.	id.	id.	116-117
1726.	Teatros y Comedias.			285-367
1753.	Vagabundos, vagos y mendigos.			231-240
1755.	Id.	id.	id.	109-112
1756.	Id.	id.	id.	315-350
1759.	Id.	id.	id.	37-39
1761.	Alumbrado.			521-526

<u>AÑO</u>		<u>FOLIOS</u>
1762.	Alumbrado.	328-332
1762.	Ordenanzas sobre limpieza.	132-133
1763.	Id. id.	660-670
1768.	Creación de Alcaldes de Barrio.	488-502
1776.	Ordenanzas sobre tráfico.	498-505
1780.	Real provisión sobre juegos.	710-717-718-719
1781.	Langosta.	494-497
1781.	Bandos sobre uso de armas.	498.
1786.	Reglamento sobre pobres y vagos.	319
1787.	Cementerios.	306
1789.	Bailes y músicas en el Paseo del Prado.	553-576

<u>LEGAJO</u>		<u>AÑO</u>
9424	Expediente sobre la construcción de pozos en los edificios.	1761-1763
	Bando sobre aguadores.	1778
9425	Proyecto sobre el nuevo empedrado, limpieza y urbanización de Madrid.	1762
9428	Expediente sobre limpieza.	1764
9429	Bandos sobre limpieza.	1764
9469	Vagos, vagabundos.	1781 y 1784
9496.	Providencia sobre limpieza.	1762

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

=====

COLECCION DOCUMENTAL DE DON BENITO DE LA MATA LINARES

TOMO II

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
18-19	Recogida de trigo	
25	Expulsión de extranjeros de la ciudad.	1743
26	Expedición a las Salinas.	1744
27	Prohibición de vender bebidas alcohólicas entre los indios.	1744
30-33	Medidas de defensa contra los indios pampas.	1745
37	Prohibición de correr a caballo por las calles.	1745
38-39	Expulsión de extranjeros de la ciudad.	1745
41-43	Bando sobre expulsión de vagos, uso de armas, horario de cierre.	1745
76	Prohibición del comercio a extranjeros.	1751
82-83	Defensa de fronteras.	1752
90-91	Matanza de perros cimarrones.	1753
92-94	Escasez en la ciudad de trigo, sebo y grasa.	1754
97-98.	Expulsión de extranjeros solteros.	1755

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
104-106	Sobre cobrar los derechos de alcabala.	1756
107-108	Bando general de don Pedro de Cevallos.	1756
121-122	Precio de la carne.	1760
125-128	Precio del trigo.	1761
131	Curso de las aguas por las calles.	1761
132-133	Expulsión de extranjeros.	1761
135-136	Bando de don Pedro de Cevallos sobre cosecha de trigo.	1762
137-138	Precio del trigo.	1762
147-149	Bando de don Diego de Salas sobre el arreglo de las calles.	1763
154-155	Armas prohibidas.	1763
162	Bando sobre huida de esclavos.	1765
165-170	Bando general sobre limpieza de calles, curso de aguas, bailes, juegos, etc.	1766
171-172	Bando general de don Francisco de Paula Bucarely.	1766
174-178	Contrabando y comercio ilícito.	1776
186-187	Construcción de canchas del río.	1767
190-191	Prohibiciones sobre las rifas.	1768
192-198	Bando general de don Juan José de Vértiz.	1770
208-209	Acuerdo del Cabildo sobre que se aten los perros o se maten.	1771
226-229	Acuerdo del Cabildo sobre el ramo del ejido.	1772

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
230-231	Bando de don Juan José de Vértiz sobre los baños en el río.	1772
232	Plaga de langosta.	1773
234-237	Bando de don Diego de Salas sobre panaderías.	1773
238-240	Bando sobre langosta.	1773
273-274	Sobre fuegos artificiales.	1775
277-282	Acuerdo del Cabildo sobre avanzar las guardias en las fronteras.	1775
295-296	Providencia del Virrey don Pedro de Cevallos sobre venta de ganado vacuno y caballar.	1778
303-306	Real Orden para que las provincias de Buenos Aires se conviertan en Virreinato.	1777
307-311	Reglamento para la cosecha de trigo.	1777
328	Providencia del Virrey Vértiz sobre el pago del derecho de la hierba al receptor de arbitrios.	1780
334	Sobre que se reduzcan a gremios todos los artesanos.	1780
337-338	Providencia de don Juan José de Vértiz sobre recogida de familias que se encuentren en lugares peligrosos de la frontera.	1780
345	Bando de don Diego de Salas sobre lo que deben observar los aguateros.	1781

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
350-351	Bando general de don Diego de Salas.	1782
352-354	Bando de don Juan José de Vértiz indultando a los rebeldes del Perú y Río de la Plata, con inclusión de los de Tupac-Amaru.	1782
357-358	Hospicio de mendigos.	1783
359-362	Bando del Virrey Vértiz sobre esta- blecimiento de las Intendencias.	1783
368-375	Instrucciones del Intendente don Francisco de Paula Sanz sobre el arreglo de las calles.	1784
376-377	Bando de Paula Sanz sobre el arre- glo y limpieza de las calles.	1784
411-420	Bando general del Virrey don Nico- lás Antonio de Arredondo.	1790
431	Sobre matanza de yeguas alzadas y perros cimarrones.	1790
433	Bando de don Nicolás Antonio de Arredondo sobre matanza de perros inútiles.	1790
519-520	Bando del Virrey Arredondo sobre el desembarco de negros y su sa- nidad.	1793
520-525	Instrucción del Virrey Arredondo sobre las obligaciones de los Al- caldes de Barrio.	1794

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
526-529	Bando del Virrey Arredondo sobre el nombramiento de diversos Alcaldes de Barrio.	1794
380-381	Bando de don Francisco de Paula Sanz sobre fuegos artificiales.	1784
536-537	Bando del Virrey Arredondo sobre los Alcaldes de Barrio.	1794

TOMO IV

23-33	Informe del Intendente de Buenos Aires al Virrey Marqués de Loreto, sobre el proyecto de ayuda a los indios con aperos de labranza y mulas.	1785
-------	---	------

TOMO V

67-95	Informe del Intendente don Francisco de Paula Sanz al Marqués de Loreto sobre la pesca de la ballena.	1780
211-215	Sobre declamaciones de los eclesiásticos contra el Teatro.	1766

Tomo VII

2-7	Bando de Vértiz sobre el buen gobierno de Buenos Aires.	1770
-----	---	------

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
8-10	Prohibición del tránsito de carretas por el centro de Buenos Aires.	1783
13-17	Instrucciones de don Francisco de Paula Sanz para la composición uniforme de las calles.	1784
18-20	Bando de Paula Sanz sobre limpieza y conservación de la ciudad.	1784
21-25	Bando de Paula Sanz sobre conservación de las calles.	1784

\ TOMO VIII

42-58	Línea divisoria de los reinos de España y Portugal en América Meridional.	
202-213	Padrón y fundación de Buenos Aires.	1735

TOMO IX

139-141	Arbitrios para la subsistencia de la Casa de niños expósitos.	
---------	---	--

TOMO XI

15-19	Documentos sobre defensa de fronteras del Río de la Plata.	1780
-------	--	------

TOMO XII

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
69-70	Carta anónima sobre los privilegios exclusivos en el comercio.	1790
114-117	Informe sobre el ramo de guerra.	1786

TOMO XIX

5	Poblaciones y defensa de fronteras.	1766
8	Defensa de fronteras.	1780
14-31	Informe sobre creación de la Hermandad de la Mesta para la cría y aumento del ganado.	1793
38-48	Reconocimiento de la frontera de los Pampas por don Félix de Azara.	1796
56-62	Documentos sobre población de los territorios de frontera.	Sin fecha
94-103	Informe de don Manuel Cipriano de Melo al Virrey Arredondo sobre límites, fuertes y guardias de la otra banda del Río de la Plata.	1790
105-107	Línea divisoria entre España y Portugal.	Sin fecha

TOMO LIII

1-33	Relaciones de Gobierno de los Virreyes don Juan José de Vértiz, Marqués de Loreto y Nicolás de Arredondo.	1784, 1790 y 1795.
------	---	--------------------

TOMO LIV

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
142-145	Hospital de la ciudad.	1786
146-149	Hospital de la ciudad	1788
150-152	Hospital.	1790
153	Hospital.	1792
154-156	Hospital.	1792

TOMO LVI

351-376	Informe del Marqués de Valdelirios sobre línea divisoria entre España y Portugal.	1756
---------	---	------

TOMO LXII

136-137	Notas sobre oficios vendibles.	
145-146		
253-255		

TOMO LXVIII

620-670	Casa de Huérfanas.	1798
---------	--------------------	------

TOMO LXXI

FOLIOS

AÑO

2-68	Ordenanzas y Constitución de los Reales Hospitales Generales de la Pasión de Madrid.	1780
------	--	------

TOMO LXXVIII

643	Hospital de Betlemitas.	1786
644	Hospital de Betlemitas	1790
645	Hospital de Betlemitas	1786
646	Hospital de Betlemitas	1786
647-650	Hospital de Betlemitas	1784
935	Fuertes que cubren la frontera de Buenos Aires.	1788

TOMO LXXX

529	Vista fiscal sobre derechos de la seda.	1779
530	Documento sobre alcabalas.	1779
536	Desembarco y venta de negros de embarcaciones portuguesas.	1780
537	Derechos de alcabala.	1780
620-622	Extracto de expediente sobre pobladores de territorios del Virreinato.	Sin fecha

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
775-778	Concesión del comercio libre.	1778

TOMO XOIX

546-548	Defensa del puerto de Buenos Aires.	1665
---------	-------------------------------------	------

TOMO C

398	Informe sobre el estado de la fábrica de la Catedral.	1690
-----	---	------

TOMO CI

30-32	Fondos y arbitrios para mantener las fortificaciones de Buenos Aires.	1700
105-106	Comercio ilícito de navíos franceses, ingleses y holandeses.	1703
387-389	Real Cédula para que el Cabildo nombre a los Regidores de la ciudad.	1711

TOMO CII

16-17	Real Cédula sobre concesión de arbitrios al Cabildo de Buenos Aires.	1716
-------	--	------

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
37-39	Real Cédula sobre cómo debe cobrarse el situado de presidio.	1716
4041	Real Cédula sobre el impuesto de sisa para fortificaciones.	1716
52	Real Cédula para el impuesto sobre los vinos y aguardientes.	1716
54-59	Sometimiento de indios rebeldes.	1716
77-78	Real Cédula sobre el envío de maestros carpinteros y calafates.	1716
96-97	Tropas del Presidio.	1717
98-102	Impuesto de sisa.	1717
103-104	Impuesto de sisa.	1717
154.	Oficios vendibles.	1718
181	Obras de las Casas Capitulares	1718
204	Real Cédula sobre los derechos del asiento de negros.	1720
277	Real Cédula sobre alcabalas terrestres.	1721
262	Prohibición de entrada a navíos franceses por contagio de la peste.	1720
300	Real Cédula sobre las obras de la Catedral.	1721
303-306	Real Cédula sobre pulperías y tendejones.	1721
342	Real Cédula sobre la nueva aduana del puerto del Riachuelo.	1722

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
345	Real Cédula sobre asistencia de los oficiales reales a los Ayuntamientos.	1722
374	Real Cédula sobre diezmos de cal, teja, ladrillo, cuero, etc.	1724
420	Real Cédula sobre cobranza de diezmos.	1727
536	Real Cédula sobre impuesto del aguardiente en beneficio del Hospital.	1730
539	Real Cédula sobre arrendamiento de pulperías.	1730

TOMO CIV

55	Real Cédula sobre el nombramiento de regidores.	1752
158-162	Real Cédula sobre la exención de oficios concejiles.	1753
168-170	Real Cédula sobre arbitrios para defensa de la frontera.	1753
213	Real Cédula aprobando la Hermandad de la Santa Caridad.	1754
267-268	Impuesto sobre el aguardiente en beneficio del Hospital.	1756

TOMO CV

662-663	Entierros y honras fúnebres.	1768
---------	------------------------------	------

TOMO CVI

FOLIOS

AÑO

299	Real Cédula para que se informe sobre el aguardiente de caña.	1770
410-411	Entierros y honras fúnebres.	1771
414-420	Instrucción de la Real Contaduría de Buenos Aires sobre los Reales Almacenes.	1771
537-540	Informe sobre el aguardiente.	1772
547-554	Instrucción de Vértiz a los Alcaldes de Barrio.	1772
700-707	Provisión de víveres en la provincia de Buenos Aires.	1772

TOMO CVII

99-106	Fundación de nuevos pueblos en la frontera de Buenos Aires.	1775
387	Contrabando.	1776
468	Real Cédula que concede una pensión a la Casa de Misericordia de Buenos Aires.	1777
510	Real Cédula sobre fundación de nuevos pueblos en la campiña de Buenos Aires.	1777
658-661	Bando sobre cosecha de trigo.	1777

TOMO CVIII

54-55	Orden del Virrey don Pedro de Cevallos sobre matanza de ganado orejano.	1778
-------	---	------

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
281-282	Recogida de trigo.	1779
451-452	Recogida de trigo.	1779
545-546	Recogida de trigo	1779

TOMO CIX

141-145	Real Cédula sobre enterramiento en cementerios.	1780
---------	---	------

TOMO CX

444-445	Real Cédula sobre erección de una Audiencia en Buenos Aires.	1783
608	Representaciones teatrales.	1783

TOMO CXII

131-132	Prevención contra la viruela.	1785
292	Real Orden para el envío de hierbas medicinales.	1785
351	Embarque de cueros.	1785

TOMO CXIII

248	Remedios contra las niguas.	1786
417-422	Instrucción de Paula Sanz a los Alcaldes de Barrio.	1787
501	Ampliación del Hospital	1787

TOMO CXIV

9	Real Orden aumentando el sueldo al cirujano del presidio.	1788
---	---	------

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑO</u>
10	Real Orden sobre el médico don Miguel Gorman.	1788
213-214	Uso de baños medicinales.	1789
263-266	Real Cédula sobre construcción de caminos y puentes en Buenos Aires.	1789

TOMO CXVI

140-141	Real Cédula sobre los arbitrios para la Casa de Niños Expósitos.	1792
288	Obras de fortificación y edificios militares.	1793
467-468	Real Orden desaprobando el proyecto de gravar el vino y el aguardiente de España.	1793

TOMO CXVII

49-67	Real Cédula sobre erección del Consulado de Buenos Aires.	1794
199-202	Obras del cuartel para presidiarios.	1794
405-407	Real Cédula sobre ampliación del Hospital.	1795
418	Real Orden sobre el traslado del Hospital a la "Residencia".	1795

TOMO CXVIII

<u>FOLIOS</u>		<u>AÑOS</u>
253	Real Orden sobre niños expósi- tos.	1797
372-376	Real Cédula sobre exámenes en el Tribunal del Protocirujano.	1797

TOMO CXIX

160-162	Real Cédula sobre el estableci- miento del Protomedicato en Bue- nos Aires.	1798
214-215	Establecimiento de cementerios.	1798

TOMO CXXI

53-55	Protomedicato en Buenos Aires.	1802
240-241	Circular anunciando el envío de la expedición de la vacuna contra la viruela.	1803
361-364	Real Cédula sobre cementerios.	1804
370	Vacunación contra la viruela.	1804

& &
&

SERVICIO HISTORICO MILITAR DE MADRID

=====

SECCION DE MAPAS Y PLANOS

- 1 Plano geográfico de la América Meridional.- Río de la Plata. Año 1751. Varios autores.
- Plano y perfil de una Dársena para la ciudad de Buenos Aires. Joachin del Pino. 1772.
- Plano y perfiles de un edificio que puede servir para cuartel de presidiarios que debe construirse en esta capital de Buenos Aires. J. García Martínez de Cáceres Años 1793-94.
- Plano general, perfiles y elevación del Parque de Artillería de esta capital de Buenos Aires. J. García de Cáceres. 1798.
- Plano del palacio situado dentro del recinto de la Real Fortaleza de esta capital. Año 1798. J. García.
- Plano de los edificios contruidos dentro de la Real Fortaleza de esta capital de Buenos Aires. J. García de Cáceres.

- Plano hidro-geográfico del Río de la Plata y costa de Buenos Aires. Año 1807.
- Plano de la ciudad de Buenos Aires capital del Virreinato del Río de la Plata. 1817-1818.
- Plano del Río de la Plata y ruta para ir desde España a la capital de Buenos Aires.

&

&

&

FUENTES IMPRESAS

=====

ANGELIS, Pedro de

-Colección de obras y documentos relativos a la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata.- Tomos I, II, IV y V.- Buenos Aires. L. Lajouane y Cía. 1910.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION

-Campaña del Brasil. Antecedentes coloniales. 1 vol. Buenos Aires. Kraft. 1931.

ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

-Cedulario de la Real Audiencia de Buenos Aires.- 3 vols. La Plata.- Años 1929-1937-1938.

CABILDO DE BUENOS AIRES

-Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.
Buenos Aires. Archivo General de la Nación. 1925-1932.

- Serie II.- Tomo I.- Años 1701-1707.
- Serie II.- Tomo II.- Años 1708-1713.
- Serie II.- Tomo III.- Años 1714-1718.
- Serie II.- Tomo V.- Años 1723-1727
- Serie II.- Tomo VII.- Años 1734-1738.
- Serie II.- Tomo VIII.- Años 1739-1744.
- Serie III.- Tomo I.- Años 1751-1755.
- Serie III.- Tomo II.- Años 1756-1761.
- Serie III.- Tomo III.- Años 1762-1768.
- Serie III.- Tomo IV.- Años 1769-1773.
- Serie III.- Tomo V.- Años 1774-1776.
- Serie III.- Tomo VI.- Años 1777-1781.
- Serie III.- Tomo VII.- Años 1782-1785.
- Serie III.- Tomo VIII.- Años 1786-1788.

-Serie III.- Tomo IX.- Años 1789-1791.

-Serie III.- Tomo X.- Años 1792-1795.

-Serie IV.- Tomo I.- Años 1801-1804.

CORRESPONDENCIA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES CON LOS REYES DE ESPAÑA.- Publicada por Roberto Levillier. Buenos Aires. 1915.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA ARGENTINA.

-Tomo IV.- Abastos de la Ciudad y Campaña de Buenos Aires (1773-1809), con introducción de Juan Agustín García. Buenos Aires.- Facultad de Filosofía y Letras.- 1914.- 596 págs.

-Tomo IX.- Cuestiones de administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires (1776-1805), con introducción de Luis María Torres.- Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.- 1918.

-Tomo X.- Padrones de la ciudad y campaña de Buenos Aires (1726-1810), con introducción de Emilio Ravignani.- Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. 1920-1955. 790 págs.

CATALOGOS, INVENTARIOS Y COLECCIONES

=====

-ANGULO INIGUEZ, Diego.

Planos de monumentos arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo General de Indias.- Sevilla. Laboratorio de Arte de la Universidad. 1933.

-CONSULADO DE BUENOS AIRES.

Archivo General de la Nación. Antecedentes, actas, documentos publicados bajo la dirección del Director del Archivo, Héctor de Quesada. Tomo I. 1785-1795. Buenos Aires. 1936.

-CONTRERAS, Remedios y CORTES, Carmen.

Catálogo de la Colección Mata Linares. Real Academia de la Historia. Madrid. 1970-1972. 4 vols.

-DIAZ-TRECHUELO, M.L.

América en la Colección de documentos inéditos para la Historia de España.-Catálogo temático, geográfico y cosmológico. Anuario de Estudios Americanos. Págs. 641-732. 1970.

-DOMINGUEZ BORDONA, Jesús.

Manuscritos de América. -Catálogo de la Biblioteca de Palacio. Vol. IX. Madrid. 1935.

-DOMINGUEZ PLATA, Francisco.

Manuscritos de América de la Biblioteca del Palacio Real. Madrid. 1935.

-CHUECA GOITIA Y TORRES BALBAS.

Planos de ciudades iberoamericanas y filipinas existentes en el Archivo de Indias.- Instituto de Cultura de Administración Local. 1. Láminas. Pág. XVII. 1951.

-GOMEZ CANEDO, Lino.

Los Archivos de la Historia de América.- México. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. 1961. 2 vols.

-HERNANDEZ, Andrés.

Catálogo de una serie miscelánea procedente del Convento de San Antonio del Prado y de Casas y Colegios Jesuíticos, redactado por. - Tomo I. Impresos (1510-1823). 575 págs. R.A.H. 1967.- Vol. II. Manuscritos. Indices Generales.- 360 págs. Madrid. 1968.

-INDICE HISTORICO ESPAÑOL.

Publicación cuatrimestral del Centro de Estudios Históricos Internacionales.- Facultad de Filosofía y Letras. (Teide). Barcelona. 1953.

-MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL.

Documentos y planos relativos al período edilicio colonial de la ciudad de Buenos Aires . Recopilado por Enrique PEÑA. Buenos Aires. 1910.

-MUÑOZ, Juan Bautista.

Colección de documentos interesantes para la Historia de América (conquista del Río de la Plata),- Tomos I-II-III. R.A.H. Madrid. 1954-1956. 3 tomos.

-PAZ, Julián.

Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional. - Tip. de la Revista de Archivos. - Madrid. 1933.

-PEÑA Y CAMARA, José María de la

Archivo General de Indias de Sevilla. Guía del visitante. Dirección General de Archivos y Bibliotecas. Valencia. 1958.

-PESCADOR DEL HOYO, María del Carmen.

Documentos de Indias, siglos XV-XIX.- Catálogo de la serie existente en la sección de Diversos del Archivo Histórico Nacional.- Madrid. 1954.

-RODRIGUEZ MONINO, A.R.

Catálogo de los manuscritos de América existentes en la Colección de Jesuitas de la Academia de la Historia. - Imprenta de la Minerva Extremeña. Badajoz. 1935.

-SANCHEZ ALONSO, Benito.

Fuentes de la Historia española e hispanoamericana.- C.S.I.C. Madrid. 1952-1953. 3 vols.

-SANCHEZ BELDA, Luis.

Guía del Archivo Histórico Nacional. - Dirección General de Archivos y Bibliotecas.- Madrid. 1958.

-TORRE REVELLO, José.

Documentos referentes a la Argentina en la Biblioteca Nacional y en el Depósito Hidrográfico de Madrid, por... Imprenta de la Universidad. 67 págs. Buenos Aires. 1929.

-TORRES LANZAS, Pedro.

Relación descriptiva de los mapas, planos, etc., del Virreinato de Buenos Aires, existentes en el Archivo General de Indias.- Buenos Aires. 1921.

-TOUSSAINT, A., GOMEZ, F., y FERNANDEZ, J.

Municipalidad de Buenos Aires. Documentos y planos relativos al período edilicio colonial de la ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires. 1910.

& &
&

B I B L I O G R A F I A

=====

- ABAD DE SANTILLAN, Diego de
"Historia Argentina".- Buenos Aires.- Tea. Tip.
Edit. Argentina. 1965. 3 vols.
- ACEVEDO, Oscar E.
"La gobernación del Tucumán en el Virreinato del
Río de la Plata (1776-1778)". Sevilla. Anuario de
Estudios Americanos. 1957. Págs. 1-92.
- " "
"El viaje del Contador Navarro entre Lima y Buenos
Aires en 1779".- Universidad Nacional de Cuyo.- Re-
vista de Historia Americana y Argentina. 1963.
- AGUILAR MORENO, José María
"Los afrancesados y América".- Sevilla. Anuario de
Estudios Americanos.- XXI, nº 106.- 1961. Págs.
15-36.
- AGUILERA ROJAS y REXACH-MORENO
"Urbanismo Español en América".- Madrid. Editora
Nacional. 1973. 234 págs.

- ALBERDI, Juan
"Estudios Económicos".-Interpretación económica de la Historia política argentina y suramericana". Buenos Aires. 1916.
- ALCAZAR MOLINA, Cayetano
"Los Virreinos en el siglo XVIII".- Barcelona. Edit Salvat.- 1945. 573 págs.
- " " "Manual de Historia de España. Casa de Borbón (1700-1808). España contemporánea (1808-1955)". Madrid. Espasa Calpe. 1956. 2 vols.
- " " "El Despotismo Ilustrado en España". París.- Extrait du Bulletin du Comité International des Sciences Historiques. Nº 20. 1933.
- " " "Los hombres del despotismo ilustrado en España: El Conde de Floridablanca, su vida y su obra". Murcia. Instituto de Estudios Históricos de la Universidad de Murcia.-1934.
- ALCEDO, Antonio de
"Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América".- Madrid. Biblioteca de Autores Españoles.- 1967. 4 tomos.
- ALONSO, L.M.
"Organismos sanitarios de la época colonial".- Buenos Aires.- La Prensa.- 1960.

- ALVAREZ SIERRA, José
"Carlos III y la Higiene Pública".- Madrid. 1956.
- ALLENDE, Andrés R.
"Ricardo Levene y el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires".- Buenos Aires. Revista del Instituto de Historia del Derecho. nº 10. 1959. Págs. 15-30.
- AMADOR DE LOS RIOS, José
"Historia de la Villa y Corte de Madrid".- (Edición facsimilar de la editada por primera vez en 1864).- Tomo IV. Madrid. Ediciones Abaco. 1978.
- ANDERSON, M.S.
"La Europa del siglo XVIII (1713-1789)".- México.- F.C.E.- 1968.
- ANGELIS, Pedro de
"Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata". Buenos Aires. Imp.del Estado.1836-37. 6 vols.
- ANTUNEZ Y ACEVEDO, Rafael
"Memorias Históricas sobre la legislación y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias en las Indias Occidentales". Madrid.- Imprenta de Sancha. 1797.

- ARAMBURU, Julio.
"Historia Argentina". Buenos Aires. Editorial "El Ateneo". 1946. 556 p.

- ARCILAS FARIAS, Eduardo
"El siglo de la Ilustración en América". Caracas.
Revista Nacional de Cultura. Nº 101. 1953. P. 99-105.

- ARCHILA, Ricardo
"La Medicina y la Higiene en la Ciudad". Madrid.
Revista de Indias. 1973-74. P. 655.

- ARIAS DIVITO, Juan Carlos
"Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII". Madrid. Ediciones Cultura Hispánica. 1968. 427 págs.

- ARREDONDO, Horacio
"De la época colonial, la entrada del Virrey Arredondo en Buenos Aires en 1789".- Montevideo. Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Tomo III. 1924.

- ARREDONDO, Nicolás de
"Informe del Virrey del Río de la Plata". Buenos Aires. Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Tomo III. 1881. Págs. 308-449.

- ARRIETA, Rafael Alberto
"Buenos Aires en el último lustro del siglo XVIII".
Buenos Aires. Revista de la Universidad de Buenos
Aires. Nº 2. 1943.
- ARTOLA, Miguel
"Campillo y las reformas de Carlos III". Madrid. Re-
vista de Indias. XII. 1952. pp. 131-147.
- " "
"Los afrancesados". Prólogo de Gregorio Marañón. Ma-
drid. Sociedad de Estudios y Publicaciones. 1953.
- ASSUNCAO, P.O.
"Nacimiento del gaucho en la Banda Oriental". Montevi-
deo. Boletín Histórico. 1958. pp. 77-79.
- ATLAS
... didáctico de Historia Argentina! Buenos Aires.
Edit. Kapelusz. 1946. 28 págs.
- AUNOS PEREZ, Eduardo
"Bibliografía de Buenos Aires". Madrid. El Grifón de
Plata. 1956. 173 págs.
- " "
"Buenos Aires, ayer, hoy y mañana". Madrid. Editorial
Mediterráneo. 1943. 267 págs.
- AVILES FERNANDEZ y otros
"Carlos III y el fin del antiguo régimen". Madrid. Eda
Col. Nueva Historia de España. Vol. 13. 1973.

- AZARA, Félix de
"Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata". Madrid. Imp. de Sanchiz. 1847. 1 vol.
- "
"Viajes por la América Meridional". Madrid. Espasa Calpe. 1923. 2 vols.
- AZAROLA GILL, Luis Enrique
"Crónicas y linajes de la gobernación del Plata". Documentos inéditos de los siglos XVII y XVIII. Buenos Aires. J. Lajouane y Cía. 1927. 142 págs.
- AZCARATE DU BISCAY
"Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra, al Perú. Con observaciones sobre los habitantes, sean indios o españoles, las ciudades, el comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de América". Buenos Aires. 1943.
- BABINI, José
"Historia de la ciencia argentina". México. Fondo de Cultura Económica. 1949. 218 págs.
- BALLESTEROS, Manuel y otros.
"Aportación de los médicos y farmacéuticos españoles a la obra de España en América". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. 1947. T. 4. p.p. 52-578.

- BARBA, Enrique M.

"Algunos aspectos de la política internacional durante el gobierno de Cevallos. La Plata. Biblioteca de Humanidades. 1936.

- "

"Don Pedro de Cevallos, Gobernador de Buenos Aires y Virrey del Río de la Plata". La Plata. Facultad de Humanidades, Ciencia y Educación de la Universidad de la Plata. Biblioteca de Humanidades. T. XIX. 1937.

- "

"Contribución documental sobre la historia de la ganadería en el Río de la Plata al finalizar el siglo XVIII". La Plata. R.H. 1955. T. XXIII. Núms. 67-68 y T. XXIV, núms. 70-72.

- BASTERRA, Ramón de

"Una empresa en el siglo XVIII. Los navíos de la Ilustración. Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y sus influencias en los destinos de América". Caracas. 1925.

- BATAILLON, Manuel

"Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima". México. Cuadernos Americanos. T. XIX. Número 4. 1966. p.p. 197-216.

- BAULNY, Olivier

"Buenos Aires à la fin de l'époque coloniale". París. Cahiers des Ameriques Latines. T. I. 1968. p.p. 529.

- BAULNY, Olivier
"Vues sur l'emigration des Pyrenéens au Rio de la Plata au XVIII siècle suivies d'une biographie de l'auteur sur l'Amérique Latine." Pau. Marrimpany Jeune. 1970. 53 págs.
- BAYLE, Constantino
"Los Cabildos seculares en la América española". Madrid. Sapiencia. 1952. 208 págs.
- BELTRAN, Juan Ramón
"Historia del Protomedicato de Buenos Aires". Buenos Aires. 1937. 316 págs.
- "Publicaciones de la cátedra de Historia de la Medicina". Buenos Aires. Universidad. 1944-46. 2 vols.
- BELTRAN DE HEREDIA Y CASTAÑO, Pablo
"Mito y realidad del gaucho argentino". Madrid. C.S.I.C. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. 1945. 10 págs.
- BENEVOLO, Leonardo
"Las nuevas ciudades fundadas en el siglo XVI, en América Latina". Caracas. Universidad Central. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estadísticas. 1968.

- BERENGUER CARISOMO, Arturo
"Cuando Buenos Aires era Colonia". Buenos Aires.
Edit. Aguilar. 1960. 209 págs.
- BERMEJO DE LA RICA, Antonio
"La Colonia del Sacramento. Su origen, desenvolvi-
miento y vicisitudes de su historia". Madrid. Bi-
blioteca de Historia Hispano-Americana. Vol. III.
1920.
- BESSIO MORENO, Nicolás
"Buenos Aires. Puerto del Río de la Plata...Estudio
crítico de su población." Buenos Aires. Grattudisi.
1939. 500 págs.
- BITAR LETAYE, Marcelo
"Economistas españoles del siglo XVIII. Sus ideas
sobre la libertad del comercio con Indias." Madrid.
Cultura Hispánica. 1968.
- BONET CORREA, A.
"Morfología y ciudad. Urbanismo y arquitectura en
el antiguo régimen en España". Barcelona 1978.
222 págs.
- BRUNET, O.de M., José
"Santa María de los Buenos Aires. Origen y trayecto-
ria." Buenos Aires. Consejo Nacional de Educación.
1968.

- BUCARELI Y URSUA, Francisco

"Memoria del Gobernador del Río de la Plata don...
a su sucesor don José Vértiz y Salcedo". Buenos Ai-
res. Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Ai-
res. (Publicado por M.R. Trelles). T. II. 1880.

- BUENOS AIRES VISTO POR VIAJEROS INGLESES.(1800-1825).
Buenos Aires. Emecé Editores. 1941.

- BUTTA, Máximo P.

"La Argentina de Ry Díaz de Guzmán". Buenos Aires.
Revista de Historia. Nº 1. 1957. p.p. 129-135.

- CABRERA, Pablo.

"Cultura y Beneficencia durante la Colonia". Córdo-
ba (Argentina). Imp. Domenici. 1911. 468 págs.

- CAILLET-BOIS, Ricardo.

"Un informe reservado del Virrey Joaquín del Pino".
Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investiga-
ciones Históricas. T. XI. 1930. p.p. 67-90.

- "

"Diotamen imparcial sobre los gauchos". Buenos
Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones
Históricas. 1926. p.p. 101-105.

- "

"Los ingleses y el Río de la Plata". La Plata. Hu-
manidades. T. XXIII. 1933.

- CALVO, Carlos.
"Nobiliario del antiguo virreinato del Río de la Plata". Buenos Aires. Edit. La Facultad. 1936. 2 vol
- CANTON, Eliseo.
"Historia de la Medicina en el Río de la Plata". Madrid. Biblioteca de Historia Hispano Americana. 1928. 6 vols.
- CARRIL, Bonifacio del .
"Los Mendoza. Los Mendoza en España y en América en el siglo XV y en la primera mitad del XVI. Comprobaciones sobre la genealogía de Don Pedro de Mendoza fundador de Buenos Aires". Buenos Aires. Emecé Editores. 1954. 185 págs.
- "¿ Quién fue el abuelo de Don Pedro de Mendoza?". Madrid. Boletín de la Real Academia de la Historia. CXXXVI. nº 1. 1955. p.p. 83-93.
- CASCAJO ROMERO.
"El Pleito de la curación de la lepra en el hospital de San Lázaro de Lima". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. 1948. pp 147-263.
- CASTELLANOS, A.
"Las exploraciones botánicas de la época colonial". Buenos Aires. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. CXXXVI-VII-. 1943. pp. 411-453.

- CEBALLOS, Pedro de.
"Memoria del Virrey del Río de la Plata... a su sucesor don Juan José de Vértiz. 12 de junio de 1778". Buenos Aires. Revista del Archivo General de Buenos Aires. T. II. 1870. p. 414.
- CEPEDA ADAN, José.
"El Madrid de Carlos III en las cartas del Marqués de San Leonardo". Madrid. Anales del Instituto de Estudios Madrileños. T. I. 1966. pp 219.
- CERVERA VERA, Luis.
"Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid". Madrid. Anales del Instituto de Estudios Madrileños. T. XI. 1975 p. 137.
- CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo.
"Lima y Buenos Aires, repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. 1946. pp. 677-874.
- CIGNOLI, Francisco.
"La medicina y la farmacia en el período hispánico: encuentro de dos culturas". Guatemala. La Escuela de Farmacia. T. XVIII. 1956.
- " "
"Los primeros títulos de visitadores de boticas del Río de la Plata en el siglo XVIII". Buenos Aires. Historia. III. nº 9. 1957. pp. 71-74.

- COMADRAN RUIZ, Jorge.

"En torno al problema del indio en el Río de la Plata".
Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. XII. 1955. pp.
39-74.

- "

"La Real Ordenanza de Intendentes del Río de la Plata".
Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. 1954. pp. 515-
559.

- CONCOLORCORVO.

"El Lazareto de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires
hasta Lima, 1773". Buenos Aires. Compañía Sud-Americana
de Billetes de Banco. 1908. 324 págs.

- CONI, Emilio.

"Historia de las Vaquerías del Río de la Plata (1555-
1750)". Buenos Aires. Edit. Devenir. 1956.

- "

"Contribución a la historia del gaucho". Buenos Aires.
Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. T.
XVIII. 1935. pp. 48-79.

- CORONA BARATECH, Carlos E.

"Notas para un estudio de la Sociedad en el Río de la
Plata durante el virreinato". Sevilla. Anuario de Es-
tudios Americanos. 1951. pp. 59-167.

- CUTULO, Vicente Osvaldo.

"El primer abogado criollo que actuó en Buenos Aires en
el siglo XVIII". Santiago de Chile. Revista Chilena de

Historia del Derecho. nº 3. 1964. pp. 34-38.

- CHANETON, Abel.

"La instrucción primaria en la época colonial". Buenos Aires. Soc. de Historia Argentina. 1942. 373 págs.

- DA VEIGA GARCIA, Emanuel Soares.

"Buenos Aires & Cadiz. Contribução ao estudo do comercio livre (1789-1791)". São Paulo. Universidad de São Paulo. Faculdade de Filosofia, Ciencias e Letras. 1968. 120 págs.

- DEHEZA, José A.

"La fundación de Buenos Aires". Sucre. B.S.G. XL. 1945. pp. 228-237.

- DIAZ DE GUZMAN, Luis.

"Argentina. Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata". Asunción. Imp. de la República del Paraguay. 1845.

- DIAZ MIER, Miguel Angel.

"El ocaso del mercantilismo español. Jerónimo de Ustáriz". Madrid. Anales de Economía. 2ª época. nº 8. 1964. pp. 781-871.

- DICTAMEN.

"... imparcial sobre los gauchos". Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. XV. 1926. pp. 101-105.

- DOCUMENTOS

"... para la Historia Argentina". Introducción de Emi-

lio Ravignani. Buenos Aires. Tall. Jacobo Peuser.
vols: X, XV, XVI, XVII y XVIII. 1922, 1924, 1955.

-DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio.

"La Galera o Cárcel de Mujeres de Madrid a comien-
zos del siglo XVIII". Madrid. Anales del Instituto
de Estudios Madrileños. T.IX. 1973.

- "

"Una visión crítica del Madrid del siglo XVIII".
Madrid. Anales del Instituto de Estudios Madrile-
ños. T. VI. 1970.

- ESCALADA YRIONDO, Jorge.

"Orígenes del teatro porteño". Buenos Aires. Bole-
tín de Estudios de Teatro. 1945.

- ESTAMPAS

"...y vistas de la ciudad de Buenos Aires (1599-
1895)". Comentarios Guillermo H. Mooris. Buenos
Aires. Municipalidad de la Ciudad. 1945. 189 págs.

- ESTEVE BARBA.

"Cultura Virreinal". Barcelona. Salvat Editores.
1965. 1.019 págs.

- EZQUERRA, Ramón.

"La crítica española sobre la situación de América
en el siglo XVIII". Madrid. Revista de Indias. nº
87-88. 1962.

- FAJARDO TERAN, F.

"El proceso colonizador en el Río de la Plata: Pérez del Puerto y los orígenes de Rocha". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. XXXI. 1974. pp. 269-322.

- FEIN, Carlos M.

"Las poblaciones indígenas del Río de la Plata a comienzos del siglo XVI y su evolución durante el coloniaje". México. Actas y Memorias del XXV Congreso Internacional de Americanistas. III. 1962. pp. 393-396.

- FERNS, H. S.

"La Argentina". Buenos Aires. Edit. Sudamericana. 1969. 363 págs.

- FURLONG, Guillermo.

"La casa de ejercicios de Buenos Aires". Buenos Aires. Archivum. III. 1945. pp. 96 y 664.

- "

"Músicos argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires. 1945. Huarpes. 203 págs.

- "

"Artesanos argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires. Edit. Huarpes. 1946. 454 págs.

-FURLONG, Guillermo

"Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires. Edit. Huarpes. 1946. 427 págs.

- "

"Los jesuitas y la cultura rioplatense". Buenos Aires. Edit. Huarpes. 1946. 281 págs.

- "

"Médicos argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires. Edit. Huarpes. 1947. 311 págs.

- "

"Naturalistas argentinos durante la dominación hispánica". Buenos Aires. Edit. Huarpes. 1948. 438 págs.

- "

"La cultura femenina en la época colonial". Buenos Aires. Edit. Kapelusz. 1951. 264 págs.

- "

"Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata". 1536-1810.- Buenos Aires. Edit. Krafz. 1952.

- "

"Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses". Tomo II: "La Imprenta en Buenos Aires (1785-1807).- Buenos Aires. Edit. Librería del Plata. 1955. 596 págs.

- FURLONG, Guillermo

"Un viaje a Buenos Aires, Córdoba, Santiago de Chile y Lima en el siglo XVIII (1717-1727) de José Cipriano de Herrera y Loyzaya." . Buenos Aires. Historia I, núm. 2. 1955. pp.63-80.

"Historia Social y Cultural del Río de la Plata. 1536-1810". Buenos Aires. Tip. Editora Argentina. 1969. 3 vol.

- GALLARDO, Guillermo

"La plaga de los perros cimarrones". Buenos Aires. Historia. 1963. pp. 70-90.

"El viaje de Buenos Aires a Santiago de Chile de Joel Robert Poinsett". Mendoza. Revista de Historia Americana y Argentina. IV. nº 7-8. 1962-1963. pp. 9-49.

- GANDIA, Enrique de

"El Contrato Social de Rousseau estudiado en Buenos Aires desde 1793". Nueva York. La nueva democracia. XXXVI. nº 3. 1956. pp.12-16.

"Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay. Los gobiernos de don Pedro de Mendoza, Alvar Núñez y Domingo de Irala. 1535-1556". Buenos Aires. 1932. 311 págs.

- GANDIA, Enrique de
"Donde nació el fundador de Buenos Aires, Juan de Garay". Buenos Aires. 1927. Edit. "La Facultad". 1927.
- "El pensamiento del Virrey del Río de la Plata, Baltasar Hidalgo de Cisneros." Madrid. Cuaderno Cultural de la Embajada Argentina. 1967. 6 h. 1 lam. Año 4º nº 9. pp. 25-37.
- "La Argentina. Descripción histórico-geográfica". Buenos Aires. Talleres Gráficos Argentinos. 1936. 249 págs.
- GANDIA, Enrique y ZABALA, Rómulo
"Historia de la ciudad de Buenos Aires". Buenos Aires. Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires. Tomo I. (1536-1718). 1936.
- GARCIA, Juan Agustín
"La Ciudad Indiana (Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII)". Buenos Aires. Angel Estrada y Cía. 1900. 375 págs.
- GARCIA, Pedro Andrés
"Viaje a Salinas Grandes". En ACOD III y también en Senado de la Nación. Buenos Aires. Biblioteca de Mayo. T. IV. 1960. pp. 3243-3306.
- GARCIA DE LA CONCEPCION, José
"Historia Bethlemítica, Vida ejemplar y admirable

del P. Pedro de San Joseph Betancur, fundador de el regular instituto de Bethlehem en las Indias Occidentales". Sevilla. 1723.

- GARCIA DE LOYDI, Ludovico

"Archivo del Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires. Su contenido histórico". Buenos Aires. Archivum, IV, nº 1. 1966. pp.371-376.

1-GARCIA DEL REAL, Eduardo

"Historia de la Medicina en España". Madrid. Edit.Reus. 1921.

- GARRETON, Adolfo

"Nuestra Señora Santa María de Buenos Aires (significado y origen del nombre de la ciudad)". Buenos Aires. Academia de Buenos Aires. 1936. 48 págs.

"

"El concejo municipal de la primera Buenos Aires". Buenos Aires. Tall. Graf. Contreras. 1943. 35 págs.

"

"La municipalidad colonial. Buenos Aires desde su fundación hasta el gobierno de Lariz". Buenos Aires. Jesús Menéndez Gasperini. 1933. 457 págs.

"

"El primer asiento de Buenos Aires". Buenos Aires. Tall. Graf. Argentinos. 1936. 23 págs.

- GAVIRA, J.
"Un paisaje urbano: Buenos Aires". Madrid. Revista de Indias. II. 1941. pp. 39-63.
- GILBERTI, Horacio C.E.
"Historia económica de la ganadería argentina". Buenos Aires. Editorial Raigal. 1954. 204 págs.
- GIL MUNILLA, Octavio
"El Río de la Plata en la Política internacional".
"Génesis del Virreinato". Sevilla. Escuela de Estudios hispanoamericanos. 1949. 461 págs.
- GOMEZ MOLLEDA, María Dolores
"El contrabando inglés en América. Correspondencia inédita de la factoría de Buenos Aires". Madrid. Hispania (Revista española de Historia). T. X. nº 38. 1950.
- GONZALEZ, Julio César
"El Real Consulado de Buenos Aires durante las invasiones inglesas". Buenos Aires. Anuario de Historia Argentina. Vol. II. 1940. pp. 223-275.
- GONZALEZ, Julio V.
"Historia Argentina". México-Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 1957-59. 1 vol.
- GRAU, Carlos A.
"La sanidad en las ciudades y pueblos de la Provincia de Buenos Aires.-" Buenos Aires. Ministerio de Educación. Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia. 1954.

- GRISANTI, Angel
"La ciencia médica en la colonia". Caracas. Cultura Universitaria. Números 78-79. 1962. pp. 26-31.
- GROUSSAC, Paul
"Mendoza y Garay". Buenos Aires. Academia Argentina de Letras. 1949. 2 tomos.
- "
"Juan de Garay" . La Plata. Revista de Educación. III. Nº 3. 1958. pp. 571-572.
- "
"La segunda fundación de Buenos Aires, Juan de Garay". Buenos Aires. Documentos de los Archivos de Indias, Asunción, Generales Mitre y Garmendia. 1915. 264 págs.
- "
"La expedición de Mendoza , documentos del Archivo de Indias. La patria de Solís. Toponymie des côtes de la Patagonie." Buenos Aires. Anales de la Biblioteca. Publicación de documentos relativos al Río de la Plata. Revista "República Argentina". 1912.
- GUASTAVINO, Juan Esteban
"El escudo de armas de Buenos Aires". Buenos Aires. La Prensa. 1939.

- GUDIÑO KRAMER

"Médicos, magos y curanderos". Buenos Aires. Emecé Editores. 1942. 106 págs.

- GUERRA, Francisco

"Los cronistas hispanoamericanos de la materia médica colonial". Madrid. Edit. Hernando. S.A.P. 1953.

- "

"La política imperial sobre las drogas de las Indias". Madrid. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Revista de Indias. 1966. 16 h.

- GUIJARRO OLIVERAS, J.

"Estudio histórico de la fiebre amarilla". Anuario de Estudios Americanos. Sevilla. 1948. Tomo V. pp. 363-393.

- "

"Política Sanitaria de las Leyes de Indias".- Madrid. Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica. 1957. T. IX. pp. 255-262.

- GUILLAMONDEGUI, Julio César.

"La justicia consular en Buenos Aires (1794-1810). Buenos Aires. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. 1962.

- GUSDORF, Georges

"La revolution Galiliénne". París. Edit. Payot.
1969. T. I. 404 págs.

- "

"Dieu, la nature, l'homme au siècle des lumières".
París. Edit. Payot. 1972. 535 págs.

- "

"Les principes de la pensée au siècle des lumières".
París. Edit. Payot. 1971. 550 págs.

- GUTIERREZ, Juan María

"De cómo se celebraba en Buenos Aires a mediados del
siglo XVIII la coronación de un rey católico".
Buenos Aires. Revista del Río de la Plata. 1871.
pp. 82-98.

- HAENKE, Tadeo

"Memoria sobre la conservación de los cueros y
otras producciones animales del perjuicio de la po-
lilla". Buenos Aires. Revista de Buenos Aires.
Vol. XV. 1868.

- "

"Viaje por el Virreinato de la Plata". Buenos Ai-
res. Emecé Editores. 1943. 106 págs.

- HAIGH, Samuel

"Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú". Buenos
Aires. La Cultura Argentina. 1920.

- HALL, Elvajeon
"Argentina. Pueblo y costumbres." Barcelona. Edit. Sayma. 1962. 228 págs.
- HALPERIN DONGHI, T.
"Economía y política en el pensamiento de la ilustración rioplatense". Buenos Aires. La Nación. 23-VIII-1959. Sección tercera.
- HARDOY, Jorge E.
"El modelo clásico de la ciudad colonial hispanoamericana. Un ensayo sobre la legislación urbana y la política urbana de España en América durante las primeras décadas del período colonial". Buenos Aires. Centro de Estudios Urbanos y Regionales. Instituto Torcuato di Tella. 1968.
- "El proceso de urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días". Buenos Aires. Instituto de Artes Gráficas. 1969.
- "La influencia del urbanismo indígena en la localización y trazado de las ciudades coloniales". Buenos Aires. Ciencia e Investigación. 1965. Vol. 21. Nº 9. pp. 386-405.
- HERAS, Carlos
"Orígenes de la imprenta de niños expósitos. Con una introducción sobre los primeros trabajos de

la imprenta de niños expósitos". La Plata. Taller Impresiones Oficiales. Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Documentos del Archivo. Tomo X. 1943. 363 págs.

-HERNANDEZ HORACIO, H.

"Los estudios médicos en el Virreinato del Río de la Plata hasta la época de la Revolución de Mayo de 1810". Rosario. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas. T. IV. Nº 4. 1960. pp. 595-648.

- HERNANDEZ SANCHEZ BARBA, Mario

"La población hispanoamericana y su distribución social en el siglo XVIII". Madrid. Revista de Estudios Políticos. Nº 78. 1954, pp. 111-142.

- HERRERO GARCIA, Miguel

"Santa María de Buenos Aires, la que dio nombre a la capital de la Plata". Madrid. Hispania XVIII. Nº 71. 1958. pp. 201-209.

- HISTORIA...

general de las civilizaciones. El siglo XVIII. Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815). Dirigida por Maurice Crouzet. Barcelona. Destino. 1963.

- HOMENAJE...

a Buenos Aires en el cuarto centenario de su fundación. Buenos Aires. Municipalidad de la ciudad. 1936. 556 págs.

- JIMENEZ DE SALAS, María

"Historia de la Asistencia Social en España en la Edad Moderna". Madrid. Instituto Balmes. C.S.I.C. 1958.

- JUAN JORGE y ULLOA, Antonio de

"Noticias Secretas de América, sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile". Londres. Imp. R. Taylor. 1826.

"Relación Histórica del viaje a la América Meridional para medir algunos grados del meridiano terrestre". Madrid. Imp. Antonio Marín. 1748.

- KIRKPATRICK

"Compendio de Historia Argentina". London. Cambridge University Press. 1931. 279 págs.

- KRATZ, Guillermo

"El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias. Estudio sobre la abolición de la Compañía de Jesús". Roma. 1954. 313 págs.

- KUBLER, George

"Ciudades y Cultura en el Período colonial de América Latina". Caracas. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. I. 1964. pp. 81-90.

- LA CIUDAD IBEROAMERICANA.

"Aspectos políticos e institucionales". Madrid.
Revista de Indias. Nº 127-130. 1972.

- "

"Urbanización. Aspectos sociales, económicos y culturales". Madrid. Revista de Indias. Vol. II. 1973-1974.

- LAFUENTE MACHAIN, Ricardo de la

"Buenos Aires en el siglo XVIII". Buenos Aires. Secretaría de Cultura y Acción Social. 1962. 63 págs.

- "

"El puerto de Santa María del Buen Aire (1536) y la ciudad de la Trinidad (1580)". Santiago de Chile. Imp. Universitaria. 1935. pp. 137-158.

- LARRETA, Enrique de

"Las dos fundaciones de Buenos Aires". Buenos Aires. Emecé Editores. 1943. 93 págs.

- LARROUY, Antonio

"Sobre el nombre de Buenos Aires". Buenos Aires. Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires. Nº 8. 1908. pp. 487-500.

- LASTARRIA, Miguel

"Colonias orientales del Río Paraguay o del Plata". Buenos Aires. Documentos de Historia Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Vol. III. 1914. pp. 159-163.

- LAVEDAN, Pierre
"Histoire de l'Urbanisme. Renaissance et Temps Moderns". París. Henri Laurens, Edit. 1941. 470 págs.
- LAZCANO, Martín V.
"Las sociedades secretas, políticas y masónicas de Buenos Aires. Primer período histórico". Buenos Aires. Boletín Instituto de Investigaciones Históricas. VI. 1927. pp. 89-101.
- LEGUIZAMON, Martiniano
"La cuna del gaucho". Buenos Aires. Edit. Pauser. 1935. 157 págs.
- "
"Iconografía de Juan de Garay. Disquisición histórica". La Plata. R.A.C.P. 1911. I. 58 págs.
- LEONARDI, Carlos
"Establecimientos jesuíticos en Corrientes y Entre Ríos". Buenos Aires. Boletín Instituto de Investigaciones Históricas. XIV. 1932. pp. 87-115.
- LEVENE, Ricardo
"Historia de la Nación Argentina. (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)". Buenos Aires. El Ateneo. 1939-1943. 10 tomos.

- LEVENE, Ricardo

"Historia de la Provincia de Buenos Aires y la formación de sus pueblos". La Plata. Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires. 1941.

- "

"Les origines de Buenos Aires et le sens de son evolution historique". París. La Revue Argentine. 1937. 16 págs.

- "

"Riqueza, industrias y comercio durante el Virreinato." En Historia de la Nación Argentina. T. IV. 1ª parte. Capítulo IV. Buenos Aires . 1940.

- "

"Historia Económica del Virreinato del Plata." La Plata. República Argentina. 1927. 2 tomos.

- "

"Lecciones de Historia argentina". Buenos Aires. Imp. Lajouane. 1920-21. 2 tomos.

- "

"Historia del Derecho Argentino". Buenos Aires. Edit. Guillermo Kraft. 1946. 518 págs.

- LEVILLIER, Roberto

"La reconstrucción del pasado colonial". Buenos Aires. Lib. Mendelky. 1917. 70 págs.

- LEVILLIER, Roberto

"Repertorio de los documentos históricos procedentes del Archivo de Indias editados en los años 1922-1926 bajo la dirección... Madrid. Biblioteca del Congreso Argentino. 1926. 150 págs.

- "

"Antecedentes de la política económica del Río de la Plata". Madrid. Documentos originales de los siglos XVI al XIX, seleccionados en el Archivo General de Indias de Sevilla. 1915.

- LEWIN, B.

"La conspiración de los franceses en Buenos Aires (1795)". Rosario. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas. IV. Núm. 4. 1960. pp. 9-57.

- LICEAGA, Jorge

"Para la Historia de la Farmacia en la Colonia". Buenos Aires. Revista de la ciudad de Buenos Aires. 1957.

- LINIERS DE ESTRADA

"Santiago de Liniers, el último Virrey del Imperio, por..." Buenos Aires. Tall. Graf. Anglo-argentinos. 1947. 118 págs.

- LOPEZ OSORNIO

"Viviendas en la Pampa". Buenos Aires. Edit. Atlántida. 1944. 103 págs.

- LOPEZ PIÑERO, J. y otros.

"Materiales para la historia de las ciencias en España. Siglos XVI-XVII". Valencia. Gráficas Soler. 1976. 314 págs.

- LYNCH, John.

"Spanish Colonial Administration. 1782-1810. The Intendant System in the Viceroyalty of the Río de la Plata". University of London. The Athlone Press. 1958. XII. 335 págs.

- "

"Intendants and Cabildo in the Viceroyalty of the Río de la Plata, 1782-1810". Durham. Hispanic American Historical Review. XXV. 1955. 337 págs.

- MADERO, Eduardo.

"Historia del Puerto de Buenos Aires. Descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes y fundación de las mas antiguas ciudades de sus márgenes". Buenos Aires. Ediciones Buenos Aires. 1939. 432 págs.

- MADRID MORENO, José.

"Los botánicos españoles y la medicina". Madrid. Anales de la Academia Nacional de Medicina. T. LIV. Cuaderno 42. 1934-1935.

- MAEDER, Ernesto.

"Nómina de Gobernantes civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500-1810)" Resistencia (Chaco). Instituto de Historia. Fac. de Humanidades. U.N.N.E. 173 págs.

- MAGARIÑOS CERVANTES, Alejandro.
"Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata". Madrid. C. Bailly- Balliere. 1854. 414 págs.
- MAÑASPINA, Alejandro.
"Viaje al Río de la Plata en el siglo XVIII". Reedición de los documentos relativos al viaje de las corbetas Descubierta y Atrevida. Buenos Aires. Edit. La Facultad. 1938. 390 págs.
- MARILUZ URQUIJO, José M^º.
"El virreinato en el Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés(1799-1801)". Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia Argentina y Americana. XIII. 1966. 409 págs.
- "
"Las ideas de Independencia según los informes de dos Virreyes". Buenos Aires. Historia.II. n^º 6. 1956. pp.153-154.
- MARTÍNEZ BARA, José Antonio.
"Problemas de policía urbana madrileña". Madrid. Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Tomo VI. 1970.
- MATEOS, S.J.
"Pedro de Cevallos, Gobernador de Buenos Aires y las misiones del Paraguay". Madrid. Missionaria Hispánica. X. 1953. 313-375 pp.

- MEDRANO, Samuel.
"La política de abasto en la tradición de Buenos Aires". Buenos Aires. Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. nº IV. 1949.
- MEMORIAS.
"... de los Virreyes del Río de la Plata". Buenos Aires. Edit. Bajel. 1944. 583 págs.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de.
"Obras". Madrid. Edit. Atlas. 1967.
- MILLAU, Francisco.
"Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772)". Buenos Aires. Edit. Espasa- Calpe. 1947. 149 págs.
- MILLE, Andrés.
"Derrotero de la Compañía de Jesús en la conquista del Perú, Tucumán y Paraguay y sus iglesias del Antiguo Buenos Aires"(1567-1768). Buenos Aires. Emecé Editores. 1968. 539 págs.
- "
"La cuenca del Plata. Antecedentes para su historia". Buenos Aires. Emecé Editores. 1972. 376 págs.
- MORENO, José Luis.
"La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778". Rosario. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas.VIII. 1965.

- MOLINA, Raúl A.

"Primeras crónicas de Buenos Aires. Las dos memorias de los hermanos Massiac". Buenos Aires. Historia. nº 1. 1955. p. 89.

- "

"Una historia desconocida sobre los navíos de registro arribados a Buenos Aires en el siglo XVIII". Buenos Aires. Historia. nº 16. 1959. pp. 11-100.

- "

"Primeros médicos de la ciudad de la Santísima Trinidad". Buenos Aires. Edit. Laucestremere. 1948.

- MOLINARI, Diego Luis.

"La política lusitana y el Río de la Plata". Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia. (Historia de la Nación Argentina dirigida por Ricardo Levene, tomo V. 1939.

- "

"La trata de negros. Datos para su estudio en el Río de la Plata". Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. 1944. 632 págs.

- MOLINARI, José Luis.

"Buenos Aires y su escuela médica del siglo XVIII". Buenos Aires. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. XXXIV, nº 28. 1957-1958. pp. 402-451.

- "

"Los Betlemitas y su obra en el Hospital de Buenos Aires". Buenos Aires. Archivum. T.1. 1943. pp. 385-406.

- MORNER, Magnus.
"Panorama de la sociedad del Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. XVIII, n^{os} 92-93. 1959. 203-217.
- MORSE, Richard.
"La investigación urbana latinoamericana. Tendencias y replanteos". Buenos Aires. Edit. Siap. 1971. 198 págs.
- MOUSNIER, Roland. y LABROUSSE, E. y BOULOISEAU.
"El siglo XVIII. Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)". Historia General de las Civilizaciones publicada bajo la dirección de Maurice Crouzet. Barcelona. Ediciones Destino. vol. V, primera parte, libro II. 1958.
- MUHN, Juan.
"La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII". Buenos Aires. Edit. Huarpes. 1946. 159 págs.
- MUÑOZ PEREZ, José.
"Una descripción comparativa de las ciudades americanas en el siglo XVIII". Madrid. Estudios Geográficos. XV. 1954.
- " "
"El comercio de Indias bajo los Austrias y la crítica del proyectismo del siglo XVIII". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. XIII. 1956. pp. 1-83.

- MURIEL, Josefina.
"Los Recogimientos de Mujeres". México. Universidad Nacional Autónoma. Instituto de Investigaciones Históricas. 1974. 260 págs.
- NADAL MORA, Vicente.
"La arquitectura tradicional de Buenos Aires 1536-1870". Buenos Aires. El Ateneo. 1947. 239 págs.
- NAVARRO GARCIA, Luis.
"Intendencias en Indias". Prólogo de José Antonio Calderón Quijano. Sevilla. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1959.
- NOTAS
"... en torno a la historia económica del Virreinato del Plata". Madrid. Revista de Indias. nº 55-56. 1954. pp. 57-68.
- ORTEGA, Néstor.
"El tráfico fluvial entre Buenos Aires y Paraguay a fines del siglo XVIII". La Plata. Trabajos y Comunicaciones. Universidad de la Plata. Instituto de Investigaciones Históricas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. nº 1. 1949.
- ORTIZ, Sergio Elías.
"Recetas para viruelas". Bogotá. Boletín de Historia y Antigüedades. XLI. nº 471- 472. 1954. pp. 83-100.

- OTS DE CAPDEQUI, José M^a.
"Instituciones Sociales en América española en el período colonial". Buenos Aires. Edit. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. 1934. 269 págs.
- PALACIO ATARD, V.
"Algo más sobre el abastecimiento de Madrid en el siglo XVIII". Madrid. Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Tomo VI. 1970. 253 págs.
- PALACIO, Ernesto
"Historia de la Argentina. 1515-1938". Buenos Aires. Edit. Alpe. 1954.- 650 págs.
- PALM, Erwin Walter
"Los orígenes del urbanismo imperial en América". Guatemala. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. 1951. 27 págs.
- PARRAS, Pedro José
"Diario y derrotero de sus viajes. (1749-1753)". Buenos Aires. Ediciones Argentinas. 1943. 251 págs.
- PELLIZA, Mariano
"Historia argentina desde su origen hasta la organización nacional." Buenos Aires. Nueva edic. ilustrada. 2 tomos. 1910. 560 y 656 págs.

- PENNA, J.
"Del rol de las epidemias en la despoblación de América". Buenos Aires.- Anales de la Universidad de Buenos Aires. Tomo IX. 1894. pp. 133-183.
- PEREZ DE TUDELA Y BUESO, Juan
"Ideario de don Francisco Rodríguez Fernández, párroco criollo en los Andes (1696)". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos . Tomo XVII. (separata). 1958.
- PIGA, Antonio
"La lucha antialcohólica de los españoles en la época colonial". Madrid. Revista de Indias. T. III. 1942. pp. 711-742.
- PILLADO, José Antonio
"Buenos Aires Colonial. Estudios Históricos". Buenos Aires. Edit. Bonaerense. 1943. 311 págs.
- PINEDA, Antonio de y NEE, Luis
"Adelantados de las Ciencias Naturales rioplatenses". Montevideo. Boletín Histórico. nº 80-83. 1959.
- PLANAS, Enrique
"Los jesuitas en el Río de la Plata. Historia de las Misiones en la época colonial". Buenos Aires. Edit. Atlántida, S.A. 1941. 131 págs.
- PUIGGROS, Rodolfo
"Historia Económica del Río de la Plata". Buenos Aires Edit. Siglo Veinte. 1948. 267 págs.
- QUESADA, Vicente
"Historia Colonial Argentina". Buenos Aires. La Cultura Argentina. 1915. 310 págs.

- RADAELLI, Sigfrido
"Blasones de los Virreyes del Río de la Plata".
Madrid. Cultura Hispánica. 1974. 174 págs.
- RAMOS, Jorge Abelardo
"Historia política del Ejército argentino". Buenos
Aires. Edit. Peña Lillo. 1954. 79 págs.
- RAMOS MEJIA, Héctor
"Historia de la Nación Argentina". Buenos Aires.
Edit. Ayacucho. 1945. 2 vols.
- RANDLE, Patricio
"La ciudad pampeana. Geografía urbana e histórica".
Buenos Aires. Eudeba. 1969.
- " "
"Ciudades y fronteras (1779-1879): un siglo de ur-
banización del desierto bonaerense". Buenos Aires.
Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional
de Americanistas. Mar del Plata . 1966.
- RAVIGNANI, Emilio
"La población indígena de las regiones del Río de
la Plata y Tucumán en la segunda mitad del siglo
XVIII." Buenos Aires. Universidad Nacional de la
Plata. Actas y trabajos científicos del XXV Con-
greso Internacional de Americanistas. Tomo II. 1934.
pp. 287-305.

- RAVIGNANI, Emilio

"El volumen del comercio del Río de la Plata a comienzos del Virreinato. (1779-1781)." Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. VI. 1932. pp.555-561.

- RECOPIACION...

de las Leyes de los Reynos de las Indias. Prólogo por Ramón Menéndez Pidal. Estudio preliminar de Juan Manzano Manzano. Madrid. Cultura Hispánica. 1973. 4 vols.

- RICART, Robert

"La Plaza Mayor en España y América Española". Madrid. Estudios Geográficos. Número 39. 1950.

- RIVEROS TULA, A.

"Notas sobre el espionaje internacional en el Río de la Plata durante el siglo XVIII". Buenos Aires. Historia. Tomo I. Nº 2. 1955. pp. 84-85.

- ROCHA POMBO

"El espíritu municipal en los tiempos de la colonia". Buenos Aires. Humanidades. Número 39-48. 1923.

- RODRIGUEZ CASADO, Vicente

"Política exterior de Carlos III en torno al problema indiano". Madrid. Revista de Indias. Nº 16. 1944.

- RODRIGUEZ MOLAS, Ricardo
"La música y la danza de los negros en Buenos Aires en los siglos XVIII y XIX." Buenos Aires. Historia. Tomo II. Nº 7. 1957. pp. 103-126.
- "
"Algunos aspectos del negro en la sociedad rioplatense del siglo XVIII." Rosario. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas. 1958. p. 81 .
- ROJAS PAZ, Paulo
"Biografía de Buenos Aires, Infancia y Transfiguración". Buenos Aires. Atlántida. 1943. 149 págs.
- RUBIOMANE, Jorge Ignacio
"Noticia para la biografía de un ilustre yucateco: el Virrey de Buenos Aires Teniente General don Juan José de Vértiz y Salcedo. (1719-1798)". México. Boletín del Archivo General de la Nación. Segunda serie nº 2. 1960. pp. 213-249.
- RUIZ MORENO, Aníbal
"Introducción de la vacuna en América. (Expedición de Balmis)". Buenos Aires. Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina. Vol. XI. Tomo II. 1947.
- SAEZ VIGNEAUX, Fernando
"Bases de la política de beneficencia de España en Indias". Santiago de Chile. Boletín de la Academia Chilena de la Historia. T. VII. Nº 14. 1940. pp. 53-63.

- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos
"Autobiografía de Madrid". Madrid. Aguilar. 1949.
- SANCHEZ AGESTA, Luis
"El pensamiento político del despotismo ilustrado".
Madrid. Instituto de Estudios Políticos. Parte 2ª.
1953.
- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás
"La saca de mulas de Salta al Perú. 1778-1808" .
Rosario. Anuario del Instituto de Investigaciones
Históricas. Tomo VIII. 1965.
- SANCHEZ MENDEVILLE, M.
"Recuerdos del Buenos Aires Virreinal". Buenos Ai-
res. Editorial Enea. 1954.
- SANTOS MARTINEZ, Pedro
"Las industrias durante el Virreinato". 1776-1810.
Buenos Aires. Eudeba. 1969. 162 págs.
- SANZ, Francisco de Paula
"Viaje por el Virreinato del Plata. El camino del
tabaco." (Estudio preliminar por Daisy Rípodas Ar-
danaz). Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad. 1977. 95 págs.
- SARRAILH, Jean
"La España ilustrada de la segunda mitad del XVIII".
(Traducción de A. Alatorre). México. Fondo de Cultura
Económica. 1957. 786 págs.

- SCHAFER, Ernesto

"Los protomedicatos en Indias". Sevilla. Anuario de Estudios Americanos. Tomo XIII. 1946. pp. 1040-1046.

- SCHMIDEL, Ulric

"Viaje al Río de la Plata. (1534-1554)". Buenos Aires. Emecé Editores. 1945. 105 págs.

- SIERRA, Vicente

"Historia de la Argentina. Consolidación de la labor pobladora. 1600-1700". Buenos Aires. Unión de Editores Latinos. 1957. 689 págs.

- "

"Historia de la Argentina. Fin del régimen de Gobernadores y creación del Virreinato del Río de la Plata. 1700-1800". Buenos Aires. Unión de Editores Latinos. 1959. 41 págs.

- SILVA, Hernán Asdrúbal

"Pulperías, tendejones, sastres y zapateros de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XVIII". Sevilla. Anuario de Estudios Hispanoamericanos. 1969. pp. 471-506.

- "

"El Cabildo, el abasto de carne y la ganadería de Buenos Aires en la primera mitad del XVIII". Buenos Aires. Investigaciones y Ensayos. N° 3. -1967. 72 p.

- SORS DE TRICERRI, Guillermino

"El puerto de la Ensenada de Barragán. 1727-1810". La Plata. Publicación n° VI del Archivo Histórico de la Provincia.

cia de Buenos Aires. 1933.

- STIEBEN, Enrique

"La Pampa. Su historia. Su geografía, su realidad y porvenir
Buenos Aires. Ediciones Peuser. 1946. 324 págs.

- STREET, J.

"Gran Bretaña y la Independencia del Río de la Plata" Buenos Aires. Edit. Paidós. 1967. 293 págs.

- STUDER, Elena F.S. de

"La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII". Buenos Aires. Universidad de Buenos Aires. 1958. 378 págs.

- TANZI, Héctor José

"Estudio sobre la población del Virreinato del Río de la Plata en 1790". Madrid. C.S.I.C. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. 1967. 8 págs.

- "

"La actividad agropecuaria en el Virreinato del Río de la Plata". Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia. 1967. 15 págs.

- "

"Noticias sobre la economía del Virreinato del Río de la Plata en la época de los Virreyes Loreto y Arredondo. 1784-1794". Buenos Aires.- Academia Nacional de la Historia.- 1965. 37 págs.

- TAPIA OZCARIZ, Enrique de
"Carlos III y su época". (Biografía Siglo XVIII).
Madrid. Aguilar. 1962. 417 págs.
- TAULLARD, A.
"Nuestro antiguo Buenos Aires, como era y como es
desde la época colonial hasta la actualidad. Su
asombroso progreso edilicio, trajes, costumbres,
etc.". Buenos Aires. Ed. Peuser. 1927. 365 págs.
- "
"Los planos más antiguos de Buenos Aires. 1580-1880".
Buenos Aires. Ed. Peuser. 1940. 267 págs. 19 planos.
- TJARKS, Germán
"El Consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en
la Historia del Río de la Plata". Buenos Aires. Fa-
cultad de Filosofía. 2 tomos. 1962. 971 págs.
- TORRE REVELLO, José
"El nombre de Buenos Aires y su Santo Patrono".
Buenos Aires. Municipalidad de la ciudad de Buenos
Aires. 1945.
- "
"Juan José de Vértiz y Salcedo, Gobernador y Virrey
de Buenos Aires. Ensayo basado en documentos inéditos
del Archivo General de Indias". Buenos Aires.
Facultad de Filosofía y Letras. I.I.H. 1932. 46 págs.

- TORRE REVELLO, José

"Mapas y planos referentes al Virreinato del Plata conservados en el Archivo General de Simancás". Public. Instituto de Investigaciones Históricas. Buenos Aires. Ed. Peuser. 1938. 66 págs.

- "

"Adición a la relación descriptiva de los mapas, planos, etc. del Virreinato de Buenos Aires existentes en el Archivo General de Indias". Buenos Aires. Tall. Casa Jacobo Peuser Ltda. 1927. 124 págs.

- "

"El testamento del Virrey Pedro de Cevallos". Buenos Aires. B.I.I.H. 1931 V. XII. pp. 163-183.

- "

"La Casa Cabildo de la Ciudad de Buenos Aires". Buenos Aires. Imp. López. 1951. 71 págs.

- "

"El Marqués de Sobre Monte, Gobernador intendente de Córdoba y Virrey del Río de la Plata". Ensayo histórico por... Buenos Aires. Peuser, S.A. 1946. 288 págs.

- "

"La cofradía del Buen Aire establecida en Sevilla en 1561". Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1935. pp. 295-305.

- TORRE REVELLO, José

"Los vecinos más acaudalados de Buenos Aires en la época del primer gobierno de Pedro de Cevallos. 1770". Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. VI. 1928. pp. 498-499.

- "

"El teatro en la Colonia". Buenos Aires. Humanidades. T. XXIII. 1933. pp. 145-165.

- "

"La promesa secreta y el convenio anglo-español sobre las Malvinas de 1771". Buenos Aires. Imp. de la Universidad. 1952. 31 págs.

- "

"Contacto de los indios de Chile y el Río de la Plata". Buenos Aires. Historia. T. III. Nº 12. 1958.

- "

"Documentos relativos al ingeniero José Bermúdez, Gobernador interino de Buenos Aires". Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. T. XXIII. 1944-45. pp. 173-194.

- "

"La Orden de Carlos III en Buenos Aires colonial". Buenos Aires. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. T. XX. pp. 27-34.

- TORRE REVELLO, José

"Sociedad Colonial". En Historia de la Nación Argentina, dirigida por Ricardo Levene. T. IV. 1ª Sección. Págs. 351-379.

- "

"Informe sobre Misiones de indios existentes en la segunda mitad del siglo XVIII en las provincias de Paraguay y la Asunción". Buenos Aires. Boletín Instituto de Investigaciones Históricas. XIII. 1931. pp. 99-123.

- "

"Los cargos vendibles y renunciabiles del Cabildo de Buenos Aires". Buenos Aires. Revista del Museo Mitre. N° 4. 1951. pp.11-25 .

- "

"Crónicas del Buenos Aires Colonial". Buenos Aires. Edit. Bajel. 1943.

- TORRES, Luis María

"Cuestiones de administración edilicia de la ciudad de Buenos Aires". Introducción al tomo IX de los Documentos para la Historia Argentina, editados por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires.- 1918.

- TORRES BENGOLEA, Esteban

"Aspectos de la vida social argentina en tiempos de la colonia". Buenos Aires. Edit. Araujo.1940.99 págs.

- TRENTI ROCAMORA, Luis

"Repertorio de crónicas anteriores a 1810 sobre los países del antiguo Virreinato del Río de la Plata". Buenos Aires. Instituto Bibliotecológico.1949. 126 págs.

- "

"La cultura en Buenos Aires hasta 1810". Buenos Aires Universidad de Buenos Aires. Departamento de Acción Social Universitaria.1948. 156 págs.

- "

"El teatro en la América colonial". Buenos Aires. Ed. Huarpes. 1947.

- TUMBURUS, Juan

"Síntesis histórica de la Medicina argentina". Buenos Aires. Edit. Spinelli.1926.

- UDAONDO, Enrique

"Diccionario biográfico colonial argentino". Buenos Aires. Edit. Huarpes.1945.980 págs.

- ULLOA, Antonio de

"Noticias Americanas. Entretenimiento físico-histórico sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental".por...-Buenos Aires. Edit. Nova.1944. 322 págs.

- VEGA, Carlos
"La música popular argentina. Canciones y danzas criollas." Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1941. 2 vols.
- VERNET GINES, Juan
"Historia de la ciencia española". Madrid. Instituto de España. Cátedra Alfonso X el Sabio. 1975. 312 págs.
- VIELLARD, Alain
"L'etablissement des Intendants". Madrid. Revista de Indias. Número 47-50. 1952.
- VILLALOBOS, Sergio
"Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile". 1711-1811. Buenos Aires. Edit. Eudeba. 1965.
- VIRREINATOS
"Los Virreinos en el siglo XVIII". En Historia de América y de los Pueblos Americanos, dirigida por don Antonio Ballesteros y Bereta. T. XIII. 1959.
- WEDEVOY, Enrique
"Burguesía comercial y desarrollo económico nacional. Examen del problema a la luz de la historia ganadera. 1770-1837." La Plata. Humanidades. 1960. Pág. 80.

- WEDOVY, Enrique
"Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata".
Buenos Aires. 1955.
- "
"La evolución económica rioplatense a fines del siglo X
XVIII y principios del siglo XIX, a la luz de la histo-
ria del seguro". La Plata. 1967.
- WHITAKER, A.
"La Historia intelectual de Hispanoamérica en el siglo
XVIII". México. Revista de Historia de América. Nº 40.
Año 1955.
- WILDE, José Antonio
"Buenos Aires desde setenta años atrás". Buenos Aires.
Edit. Espasa Calpe. 1944. 194 págs.
- YUJNOVSKY, Oscar
"La estructura interna de la ciudad. El caso latinoame-
ricano". Buenos Aires. Edit. Siap. 1971. 163 págs.
- ZABALA, Rómulo
"Buenos Aires a fines del siglo XVIII". Buenos Aires.
Revista Geográfica Americana. Nº 54. Marzo. 1938.
- ZAPATA GOLLAN, Agustín
"Juegos y diversiones públicas". Santa Fe. Ministerio
de Educación y Cultura. Dirección General de Cultura.
Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales.

1973.78 págs.

- ZAPATA GOLLAN, Agustín
"La urbanización hispanoamericana en el Río de la Plata". Santa Fe. R.A. Ministerio de Educación y Cultura. 1971. 176 págs.
- ZAWISZA, Leszek
"Fundación de ciudades hispanoamericanas". Caracas. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. Universidad Central. 1971.
- ZINNY, Antonio
"Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas. Adelantados, Gobernadores y Virreyes del Río de la Plata. Descubridores, Conquistadores y Gobernadores del Tucumán, Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero, San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca". Buenos Aires.- La Cultura Argentina.- 1920. 4 vols.
- ZORRAQUIN BECU, Ricardo
"Los Cabildos argentinos en el período hispánico". Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1956.
- "
"La organización judicial argentina en el período hispánico". Buenos Aires. Lib. del Plata. 1952. 219 págs.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
SECCION DE HISTORIA MODERNA

BUENOS AIRES, UN EJEMPLO DEL URBANISMO ILUSTRADO

=====

TOMO III

TESIS DOCTORAL
=====

PRESENTADA POR MARIA DOLORES PEREZ BALTASAR

DIRECTOR PONENTE: PROF. DR. D. JUAN PEREZ DE TUDELA Y BUESO.

MADRID, 1980.

A P E N D I C E D O C U M E N T A L
=====I N D I C E
=====

<u>DOCUMENTOS</u>	<u>Páginas</u>
I. Real Cédula sobre construcción de dos embarcaciones mayores para el servicio de la ciudad de Buenos Aires.- San Lorenzo el Real, 15 de marzo de 1716.....	1
II. Real Cédula sobre el sometimiento de indios. Madrid, 11 de noviembre de 1716.	2
III. Real Cédula a la Audiencia de la Plata sobre la conveniencia de encargar el Hospital de Buenos Aires a religiosos de Ntra. Señora de Belén o a los de San Juan de Dios.- El Pardo, 28 de enero de 1741...	8
IV. Real Cédula prohibiendo la arribada de navíos franceses a los puertos de Indias, por riesgo de contagio de la peste.- Madrid, 2 de diciembre de 1720.....	10
V. Bando de Don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, prohibiendo andar a caballo por la noche. Buenos Aires, 4 de marzo de 1749.....	12
VI. Real Cédula sobre nombramiento de regidores en Buenos Aires.- Buen Retiro, 20 de febrero de 1752.....	13
VII. Bando del Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas sobre expedición a las salinas.- Buenos Aires, 5 de febrero de 1744.....	15

	<u>Páginas</u>
VIII. Bando de don Alonso de la Vega, Teniente del Rey del Río de la Plata, sobre horario de cierre de tiendas, tendejones y pulperías.- Buenos Aires, 24 de noviembre de 1755.....	16
IX. Bando general de don Juan José de Vértiz, Gobernador interino del Río de la Plata.- Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770.....	17
X. Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre los baños de hombres y mujeres en el río.- Buenos Aires, 5 de diciembre de 1772.....	24
XI. Bando general de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata.- Buenos Aires, 10 de abril de 1776....	26
XII. Bando de don Alonso de la Vega, Teniente del Rey del Río de la Plata, sobre el cobro del derecho de alcabala.- Buenos Aires, 14 de mayo de 1756.....	29
XIII. Bando del Gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, prohibiendo entregar a los indios vinos, aguardientes y armas.- Buenos Aires, 10 de julio de 1744.....	31
XIV. Bando en el que se manda rellenar los hoyos y pantanos de las calles con piedras y cascotes (s.a.).....	32
XV. Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, sobre expulsión de extranjeros.- Buenos Aires, 11 de enero de 1748.....	34
XVI. Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, sobre expulsión de extranjeros.- Buenos Aires, 10 de octubre de 1761.....	36

Páginas

XVII. Bando de don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando la limpieza de las calles.- Buenos Aires, 21 de febrero de 1755.....	38
XVIII. Bando del Gobernador de Buenos Aires sobre recogida de trigo, persecución de logreros y prohibición de juegos. (s.a.)	41
XIX. Petición del Procurador don Francisco Cabrera al Cabildo de Buenos Aires sobre el curso de las aguas por las calles. Buenos Aires, 1 de septiembre de 1761.....	43
XX. Bando de don Marcos José de Larrazabal, Gobernador interino del Río de la Plata, sobre el curso de las aguas por las calles. Buenos Aires, 11 de septiembre de 1761.....	45
XXI. Bando general de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata.- Buenos Aires, 21 de marzo de 1763....	47
XXII. Bando de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, prohibiendo arrojar basuras.- Buenos Aires, 17 de marzo de 1766.....	50
XXIII. Bando de don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre la plaga de la langosta.- Buenos Aires, 24 de enero de 1773.....	52
XXIV. Bando general de don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata. Buenos Aires, 6 de mayo de 1766.....	54
XXV. Bando de don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Río de la Plata, sobre contrabando y comercio ilícito. Buenos Aires, 22 de septiembre de 1776.....	60

Páginas

XXVI. Real Cédula para que las autoridades civiles y militares de Indias informen sobre la conveniencia de establecer cementerios en las afueras de las poblaciones.- Madrid, 27 de mayo de 1789.....	64
XXVII. Real Cédula dirigida al Virrey del Río de la Plata sobre erección de una Audiencia en la capital de Buenos Aires. Madrid, 14 de abril de 1783.....	66
XXVIII. Bando general de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata.- Buenos Aires, 15 de enero de 1782.....	68
XXIX. Real Orden al Virrey de Buenos Aires sobre arbitrios para la Casa de niños expósitos.- El Pardo, 12 de febrero de 1788....	70
XXX. Bando de don Diego de Salas, Gobernador interino del Río de la Plata, acerca de lo que deben observar los aguateros.- Buenos Aires, 27 de julio de 1781.....	72
XXXI. Real Cédula dirigida al Virrey del Río de la Plata sobre gravámenes de especies para ampliar el Hospital de Buenos Aires.- Aranjuez, 24 de mayo de 1795.....	74
XXXII. Real Cédula dirigida al Virrey del Perú para que contribuya con 2.000 pesos al año en auxilio de la Casa de Misericordia de la ciudad de Buenos Aires.- El Pardo, 11 de enero de 1777.....	81
XXXIII. Real Cédula al Virrey y Audiencia de Buenos Aires sobre los medios y arbitrios para la subsistencia de la Casa de niños expósitos de Buenos Aires.- San Ildefonso, 12 de agosto de 1792.....	83

Páginas

XXXIV. Real Orden desaprobando el proyecto de gravar el vino y el aguardiente de España para dotar el Hospicio de Buenos Aires.- San Ildefonso, 31 de agosto de 1793.....	88
XXXV. Expediente sobre el establecimiento de una Casa de niños expósitos, hecho por el Virrey de Buenos Aires. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Buenos Aires, Consejo, 1782.....	89
XXXVI. Establecimiento en Buenos Aires de una Casa para niños expósitos. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 242. 3 fols.....	98
XXXVII. Providencia de don Juan José de Vértiz, Virrey del Río de la Plata, sobre erección de un hospicio para mendigos en Buenos Aires. Buenos Aires, 8 de noviembre de 1783.....	100
XXXVIII. Informe del Tribunal de Cuentas sobre aumento de camas en el Hospital de Buenos Aires. Buenos Aires, 2 de junio de 1786.....	102
XXXIX. Informe del Cabildo de Buenos Aires sobre aumento de camas en el Hospital de la ciudad, fondos e intervención de cuentas. Buenos Aires, 27 de octubre de 1788..	110
XL. Real Orden comunicada por don Eugenio de Llaguno al Virrey de Buenos Aires autorizando a los religiosos betlemitas para trasladar el Hospital a la casa de la Residencia.- Aranjuez, 25 de mayo de 1795.	116
XLI. Real Orden al Intendente de Buenos Aires para el envío de hierbas medicinales como la llamada "cabello de angel". San Ildefonso, 3 de septiembre de 1785....	117

XLII. Real Cédula dirigida a la Audiencia de Charcas regulando el uso y ejercicio de la medicina.- Madrid, 22 de enero de 1700..... 118

XLIII.- Representación de Miguel Gorman como Protomédico. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. 9 fols. 119

XLIV. Informe del Virrey Vértiz sobre escasez de profesores en Medicina. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335. 8 fols..... 124

XLV. Circular anunciando el envío a Indias de una expedición médica, cuyo fin es vacunar a sus habitantes contra la viruela y extender el uso de esta vacuna.- San Ildefonso, 5 de septiembre de 1803..... 126

XLVI. Circular para que en Indias se reserven salas especiales para la conservación de la vacuna contra la viruela.- Aranjuez, 20 de mayo de 1804..... 128

XLVII. Informe sobre la epidemia declarada en Buenos Aires en 1802. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335..... 130

XLVIII. Real Decreto en que S.M. ha resuelto ampliar la concesión del comercio libre a la provincia de Buenos Aires, con internación por ella a las demás de la América Meridional, y extensión a los puertos habilitados en las costas de Chile y Perú.- El Pardo, 20 de febrero de 1778..... 136

PLANOS Y MAPAS..... I a XIII

I

Real Cédula para que el Gobernador de Buenos Aires construya si lo estima necesario dos embarcaciones mayores para el servicio de la ciudad. San Lorenzo el Real. 15 de Marzo de 1716. Col. Mata Linares. Copia. Tomo CII. fol. 8.

El Rey: Brigadier Don Bruno Mauricio de Zavala cavallero del orden de Calatrava mi Governador electo de la ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Ayres en las Provincias del Río de la Plata ó a la persona, o Personas a cuyo cargo estuviese su Gobierno en Carta de 9 de Noviembre y tres de Diciembre del año pasado de mil setecientos y catorce me han dado quenta (entre otras cosas) de lo precisas que son dos embarcaciones mayores que Lanchas, assi para lo que respecto de no haver medios para los gastos de su manutencion por estar apurado y empeñado el ramo de fortificacion, de la Providencia que tuviere por mas conveniente en vista del testimonio de Autos, que me han remitido; Y haviendose visto en mi Consejo de las Yndias, con lo que dixo mi Fiscal de el; ha parecido ordenaros y mandaros (como lo hago) que luego que tomeis possession de dicho Gobierno comuniquéis, y tratéis con los Oficiales, de mi Hacienda de essa Ciudad la importancia de dichas embarcaciones, y reconociendo conviene su construccion, dispongais se execute, procurando, y solicitando sea con el mayor ahorro de élla y de lo que de ello resultare, me dareis quenta en la primera, ocacion que se ofrezca. fecha en San Lorenzo el Real á 15 de Marzo de 1716 = Yo el Rei = Por mandado del Rey Nuestro Señor = Francisco de Castejon.

& &
&

708

II

Real Cédula dando instrucciones para el sometimiento de los indios Charruas, Bujanes y Jaros. Madrid. 11 de noviembre de 1716. Col. Mata Linares. Copia. Tomo CII. Fols. 54-59.

El Rey = Brigadier Don Bruno Mauricio de Zavala, caballero del Orden de Calatrava a quien he nombrado por mi Gobernador y Capitan General de la Ciudad de la Trinidad, y fuerte de Buenos Ayres en las Provincias del Rio de la Plata; o Persona o Personas a cuyo cargo fuere su Gobierno. Bartholome Ximenez, y Jose de Aguirre de la Compañia de Thenientes Procuradores dela Provincia del Paraguay, Buenos Ayres, y Tucumán, me han representado que los Yndios infieles Barbaros llamados Charruas, Bujanes, y Jaros que andan vagueando como Ladrones, y Salteadores facinerosos por las Campañas intermedias, y Orillas de los dos Rios Paraná, y Uruguay por donde se comunican, y pueden unicamente comunicarse todos los habitantes de la Provincia del Paraguay, Ciudad de las Corrientes de las Doctrinas, y Pueblos de Yndios Christianos que por orden, y mandato mio están a cargo, y cuidado delos de dicha Compañia de Jesus, con los de Buenos Ayres, Tucuman y demas confinantes con el Peru, y Chile, Tienen infestados aquellos caminos Reales con continuos Asaltos, robos, y omicidios alevosos que han cometido y estan cometiendo; pues omitiendo lo que executan dichos Barbaros desde el ano de 1701, hasta el de 709 que constaran de los Ynformes remitidos por Don Manuel de Prado, y Don Alonzo Juan de Valdes que governaron a la Provincia de Buenos Ayres con la tolerancia y ningun castigo executado por sus subcessores; há crecido la insolente Barbaridad

de dichos infieles, tanto como se reconoce del Testimonio de Autos que presentan en que consta como en el paraje llamado el Umbú de la Jurisdiccion de Santa Feé apressaron dos embarcaciones que llaman Bassas, y una Canoa, mataron 26 Yndios Christianos de dichas Doctrinas que las conducian y robaron todas las cosas que llebavan para el adorno de sus Yglesias, y manutencion de sus Pueblos, y que el año de 1714 apressaron dichos Yndios infieles otras dos Balsas de dichas Doctrinas, matando hasta 30 Yndios Christianos que las conducian, y robando todo quanto llebavan para los efectos arriba expressados, las quemaron; y en el Pueblo del Ytati mataron á un Yndio Christiano, y le robaron su Muger, y hijos, y los Cavallos que tenia, y que lo mismo hán executado en otros Pueblos de dichas Doctrinas, matando en sus Haciendas del Campo mucho Yndios Christianos, y robando sus Mugeres, y sus hijos, y han executado aquellos Barbaros otros muchos omicidios alebosos de españoles y robos de sus Haziendas, hallandose estos con gran peligro y sobresalto continuo en sus havitaciones para aquella Vanda del Rio Parana, amenazados de muertes, rapiñas hasta de sus pobres Mugeres las quales por evitar su deshonor de hán visto muchas veces obligadas a meterse, y esconderse en los Rios, y Montes, con peligro manifiesto de ser pasto de Tigres, y de otras fieras de que abundan aquellos Parajes, siendo tambien constante la insolente havilantez que dichos Barbaros hán cobrado por la impunidad de no ser castigados su delitos, y el ánimo deprabado con se hallan de proseguir en ellos, atribuyendo á miedo y cobardia de españoles la tolerancia que ha havido. Y que aunque los Religiosos de la Compañia han hecho varias representaciones pidiendo a los Governadores, y otros Jueces de aquella Provincia el remedio de tanto mal, como consta por el mencionado testimonio de Autos; Y el Virrey del Perú ha ultimado unas Provisiones mandando

que por el Governador de Buenos Ayres se de providencia para que de su Presidio, o de las Ciudades de su Jurisdiccion se señalen algunos Cavos Militares, y Soldados españoles que gobiernen y auxilién á los Yndios de las Doctrinas, para que contengan, ó repriman á dichos Barbaros de los Robos, y homicidios que como Ladrones y Salteadores de Caminos están executando no han tenido efecto alguno por varios pretextos con que se há procurado embarazar su execucion por fines particulares de algunos que desatienden al bien comun, y para que en adelante no suceda lo mismo con el total exterminio de las Doctrinas que estan á cargo de los Religiosos de la Compañia, y de las Ciudades de Santa Feé, y Corrientes, deven los Suplicantes representarme los inconvenientes que de la tolerancia se han seguído, y hán de seguir, para que informado de ellos, sea servido dar la providencia conveniente, y refieren que el primero és, el cerrarse un Camino Real y unico para el Comercio, y comunicacion entre aquellas Provincias, y el que los Yndios Christianos de dichas Doctrinas no puedan ser visitados sin peligro de la vida de los Provinciales dela Compañia, ni socorridos de los Pádrés Misioneros que necessariamente han de caminar por los Rios y Caminos infestados de dichos Ynfieles Barbaros, los quales hán manifestado, el empeño con que se hallan de matarlos segun esta justificado en el mencionado Testimonio de Autos. Que el segundo es que dichos Yndios Christianos no podran bajar sino es con el mismo peligro á los Puertos de Buenos Ayres y Santa Fee á conducir sus Generos para reducirlos á moneda de plata, Con la qual puntualmente pagan todos los años los Tributos á mi Real Hacienda y para socorrer á sus Pueblos como tambien la dificultad grande que tendran infestados aquellos caminos de acudir á los llamamientos de los Governadores de aquel Puerto, segun lo hán executado hasta ahora: Que se há experimentado de dicha tolerancia el ir creciendo la insolente osadia de aquellos Barbaros, que atribuyen á cobardia de los Españoles el no haverlos castigado despues de tantos insultos cometidos,

de que se estan gloriando, segun tambien está comprobado en dichos Autos. Que es evidente el peligro en que se hallan de ser arruinadas dichas Ciudades de Santa Feé, y Corrientes, si dichos Barbaros se confederan, como se teme muy prudentemente se hán de confederar con los Ynfieles Abipones que havitan en la otra Vanda del Paraná los quales hán reducido al estado miserable que tambien consta de dichos Autos: Que hallandose dichos Ynfieles Barbaros ocupando las baquerias de que se sustentan dichas Ciudades y Doctrinas, les quitan el sustento necesario para su conservacion por el peligro grande con que hán de entrar á cojer las Bacas de aquellas Campañas infestadas por dichos Barbaros, los quales hán hecho los robos, y omicidios de españoles, é Yndios Christianos, que estando ocupados en la faena de éllas hán sido robados, y muertos; Y que ultimamente es digno de consideracion en las circunstancias presentes el que dichos Yndios Ynfieles darán facilmente todo el fomento a que pudieran de Cavallos, y otras cosas necesarias para sus intentos á Portugueses que se restituyen a la Colonia de San Gabriel, como á otras qualesquiera que intentassen ocupar aquellas Provincias, porque se tiene experiencia, en el tiempo que Portugueses estuvieron alojados en dicha Colonia, les subministraban dichos Ynfieles Cavallos necesarios para vaquear, y matar Toros para aprovecharse de sus pieles, y les ayudaban, y enseñaban lo referido, y tubieron confederacion tan estrecha, que en el tiempo que estuvieron situados por mis Armas, llegaron dichos Yndios Ynfieles á matar á muchos dichos españoles que en varios Puertos estaban repartidos de Guardias y Centinelas, y les robaron sus cavallos, Haciendas segun averiguó el Governador que entonces era Don Alonso Juan de Valdéz: Y porque la experiencia há enseñado que los medios suaves de que se hán valido, no hán tenido el efecto que se deba de suavizar los animos duros, y obsti-

nados de dichos Barbaros, antes si con ellos han empeorado, haciendose más insolentes, y lo mismo ha sucedido las veces que han sido requeridos, y combidados con la Paz, segun tambien consta por los mencionados Autos; Me suplicaban fuesse servido de aplicar el Remedio mas eficaz que requiere tanto mal, como el que han experimentado aquellos leales Vasallos, por la tolerancia de tantos insultos: Y haviendose visto ésta representacion en mi Consejo de las Yndias con el mencionado Testimonio de Autos, y considerando quanto conviene atajar tan graves daños, y perjuicios como ocasiona la ninguna piedad de aquellos Yndios Ynfieles; llamados Charruas, Bojanas y Jaros, que por falta de providencia para contenerlos, apaciguarlos, ó castigarlos han cometido hasta ahora tan inhumanos insultos y atrocidades, como individualmente se refiere en el citado Testimonio de Autos, subsistiendo todavia estos graves daños con tan evidente peligro, y ruina de los havitadores mis Vasallos de aquellas Provincias, y de los Yndios combertidos de los Pueblos de ellas que estan al cargo de la Religion de la Compañia cuya conservacion de ellos há sido siempre tan de mi atencion, y de mis Reales Progenitores por su acreditada fidelidad, y amor á mi Real Servicio, con lo que sobre todo lo referido dijo mi Fiscal en el dicho mi Consejo. He resuelto ordenaros, y mandaros (como por la presente lo hago) que luego que llegueis á la Ciudad de la Trinidad de Buenos Ayres, y tomeis posesion de aquel Gobierno, hagais Junta de Guerra de Personas del mayor celo, y experiencia, y confiriendo, y tratando en ella del medio mas proporcionado para contener á los dichos Yndios Ynfieles, determineis lo que tubiereis por mas conveniente á fin de unirlos a una vida sociable con las condiciones, y pactos que buenamente discurriereis podrán sér mas decentes, y amistosos, haciendoles todos los requerimientos que disponen las Leyes Reales, y Ordenanzas de Yndias, Y que si con estos medios de paz no se pudiere escusár, y reprimir el furor de su barbaridad

713

siendo preciso castigar, su obstinacion, y evitár los muchos insultos que executan, useis del rigor con dichos Ynfieles debajo delas mismas reglas dando Cuenta al dicho mi Consejo delo que tubiereis por conveniente, expressando los motivos que os huviessen obligado á exercitar el rigor, ó usar de piedad o blandura (en que siempre) se hán exercitado mis Armas Reales Catholicas que assi es mi voluntad, y combiene a mi Servicio; y espero de vuestras obligaciones, experiencias, y celo á el que en esta materia tan importante, y en que se interesa el bien Comun de aquellos pueblos aplicareis vuestro mayor cuidado, y el remedio que tanto conviene para la seguridad, y quietud de aquellas Provincias, y alivio de sus Vecinos, y havitadores mis Vasallos: Y mediante que á este mismo fin se dirige el medio que los Procuradores de la Religion de la Compañia representan sobreque á los Yndios convertidos de los Pueblos de sus reducciones se les ponga algunos Cavos Militares y Soldados Españoles, inteligentes de su Ydioma para que los gobiernen; os encargo, y mando señaleis, y elijais los Cavos Militares, y Soldados Españoles que tubierais por mas a proposito á fin de que gobiernen y auxiliien, y dirijan a los dichos Yndios Christianos en las facciones que se ofrecieren de mi Real Servicio y logren tambien éstos su maior seguridad, y defensa celando, y asegurando los Caminos Reales de Robos, y insultos de Ynfieles.

Fecha en Madrid á 11 de Noviembre de 1716. Yo el Rey. Por mandado del Rey Nuestro Señor. Francisco de Castejon.

& &

&

714

III

Real Cédula a la Audiencia de la Plata, sobre si convendría encargar el hospital de Buenos Aires a los Religiosos del Instituto de Nuestra Señora de Belén o a los de San Juan de Dios. El Pardo 28 de enero de 1741.- Copia 1f, 32 cms. T.CIII, f. 279. Col. Mata Linares.

El Rey = Presidente y Oidores de mi Real Audiencia de la Ciudad de la Plata en la Provincia de los Charcas, En cartas de veinte de Agosto del año de mil setecientos y treinta y ocho, dieron cuenta los Cavildos Eclesiástico, y Secular de la ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Aires, de la gran falta que había un Hospital en ella, por que aunque esta fundado, servía solo á los Militares de la Dotación del Prsidio; el qual se halla bien desasistido, por que mueren mas á la necesidad que al rigor del accidente de que tenían largas experiencias, y qu atendiendo á tan urgente necesidad, les presisaban su obligación á exponerlo, para que le de el permiso de que en aquel mismo Ospital, Yglesia y sitio que se halla edificado, con las rentas de su fundacion de Noveno y medio de Diesmos, y de un peso de cada botija de Aguardiente delas que entran dela Provincia de Guio, con la demas que arvitrase mi Real benignidad, se conduscan de la Villa Imperial de Potosí, quatro o cinco Religiosos para fundadores del instituto de Nuestra Señora de Belen cuyo exercicio es curar enfermos con Botica y Obreros Medicos, á que el cuidado y celo de la ciudad y Cavildo Eclesiástico, tienen dado pasos, y se hallan prontos si se les consediere mi Real Licencia que solisitan; Y visgo en mi Consejo de las Indias con lo que diga mi fiscal de el (teniendo presente que por la Lei 5ª Título 40 Libro 1º de la recopilación de Indias, al número 7º, se previene que a los Religiosos de San Juan de Dios, a quien se encarguen los ospitales, se les adviert que estos no son para que en ellos tengan conventos sino para que asistan á los enfermos conforme á su instituto). He resuelto ordenaros y mandaros como lo hago que me informeis en primera ocasion, de quanto

de quanto se os ofrese en el asumpto y si sera util y conbeniente se encargue el sitado ospital, a los religiosos del instituto de Nuestra Señora de Belen no para que se erija en conbento, sino para que asistan en el ospital á los enfermos y siendolo expreseis el numero de religiosos que podran pedirse a Potosí, a este fin; Las rentas fijas que tiene dicho Ospital y su produccion y limosnas que se suelen juntar, como también de si seran mas conbeniente para ello los religiosos de Orden de San Juan de Dios, y á que distancia dá esa ciudad, ay Conbento de esta religión, para que en su vista se tome la Providencia que mas conbenga, lo que tendreis entendido para su obserbancia y cumplimiento, y que por despacho de este dia se previene lo mismo del Obispo, y Gobernador de la Ciudad dela Trinidad, y puerto de Buenos Ayres. Del Pardo á veinte y ocho de enero de mil setecientos y quarenta y uno = Yo el Rey = Por mandado del Rey nuestro Señor. Don Miguel de Villanueva = .

&

&

&

716

IV

Real Cédula, para que no se admita bajo ningún pretexto la arribada de navíos franceses a los puertos de Indias, por riesgo de contacto de la peste. Madrid, 2 de diciembre de 1720. Copia, lf., 32 cms. T. CII, f 262. Col. Mata Linares.

El Rey = Por quanto haviendose puesto en mi noticia que en Francia se disponian muchos de sus naturales para pasar á las Indias con sus mercaderias, a fin de salvar estas y sus personas de la peste, que se está padeciendo en aquel Dominio y comerciar en las Costas de Indias, en tanto que cese el contagio; se ha considerado que aunque esta idea no se haya puesto en practica, se pondrá sin duda alguna por ser motivo quam fraudulentamente pasan Franceses á las Indias para introducir sus ropas, y esto sin tan gran motivo como el que ahora se les añade de haverseles prohibido el Comercio de España, a Italia sin que por el Consumo de sus maniobras les quede mas medio que el de las Indias donde hay tantos puertos, mas resguardados por donde introducirlas, Haviendose considerado también que aunque es tan importante á mi servicio conveniencia y salud publica evitar semejante introduccion no havria que hazer en ello, si los Virreyes, y Ministros las cumpliesen con su obligación pues no solo interviniendo un rezelo tan esencial sino que vastaría el grave daño que ocasionaría la introduccion de las Mercaderías de Francia en las Indias para que estos Ministros prohibieren su entrada por quantos medios pudieren, como se les previene por las Leyes y particulares Reales Ordenes que estan dadas en esta razon, pues si se cumpliesen no havría que hazer en el caso presente en cuyo supuesto y el de el grave daño, si (lo que Dios no permita) se introduxeren mercancías inficiosas en las Indias. He resuelto, que por ningun caso se admitan en los Puertos de los Dominios del Peru, Navios algunos de Francia aunque sea con el pretexto de temporal arribada, falta de bastimentos u otro qualquier contratiempo que se intente suponer, por que este es de los Casos en que solo se deve atender á la Salud del País, como ha sucedido ahora en Hostende, pues padeciendo un Navío Frances un te-

rrible naufragio,y solicitando entrar en el Puerto,no obstante haverse-
lo excluido,le obligaron con la artillería á retirarse,de que resultó
perecieron en la mar, sin que esto pueda atribuirse a impiedad por que
el rigor no consistió en el daño,que resultaba al Navío sino en la aten-
ción que se debía tener á la salud publica. Por tanto mando à los Virre-
yes del Peru y Nuevo Reyno de Granada,Reales Audiencias Governadores de
los Puertos,y Cavildos Seculares de aquellos Dominios,lo tengan asi en-
tendido para su efectivo cumplimiento en la parte que tocara a cada uno
de forma que nose logre el comercio de qualquier navío Frances,con nin-
gún pretexto de cuantos quisieren alegar ni aunque se suponga lleven
Despachos enque conste no ir de parte sospechosa,por que nada ha de bas-
tar,ni falta que se alegue de vestimento para que sean admitidos ni pa-
ra dejar de hacer quantas instancias pueden,a fin de que se hagan al
mar,ó hecharlos á pique,en caso de insistir sobre su entrada en el Puer-
to,y mucho menos se deberá admitir mercadería alguna de las que lleven
por que en ellas es en lo que pueda introducirse el daño y mas quando
para que no se experimente en aquellos Dominios falta de ropas,que se
pudieran adquirir por medios tan perjudiciales,he mandado salgan con la
brevedad posible los galeones y con la mayor extencion de buques,y car-
gas de ropas,que se pueda,quedando ya destinados los navíos de guerra,
que cada uno de los Ministros atenderá á la presisa observancia dello que
viene expresado,y que me dará cuenta en todas las ocasiones que se ofre-
can,dela providencia que diere para el logro de tan importante fin.
De Madrid á 2 de Diciembre de 1720 = Yo el Rey =

&

&

&

V

Bando de Don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que por la noche no se ande a caballo por las calles. Buenos Aires 4 de marzo de 1749. Col. Mata Linares. Cópia. lf. 32 cms. Tomo II. fol. 62.

Por quanto conviene al sociego, y quietud de ésta Republica que de noche no ande ninguno a cavallo por las Calles excepto las Patrullas, y Guardas; ordeno y mando que desde las siete de la noche en adelante ninguno ande á Cavallo por las Calles, y si acaso vinieren de las Chacras o Estancias, dexarán su Cavallo fuera del Pueblo, y entrarán á pié á lo que se les ofresca, pena de perdimiento del Cavallo, y recado aplicado al soldado, ó Ministro que lo quitare, y de destierro por dos años al Presidio, y Plaza de San Phelipe de Montevideo á trabajar en él en las Obras de S.M. á racion, y sin sueldo, y si fuese Yndio, Negro, ó Mulato, esclavo ó libre, de cien Azotes en el Rollo; y para que llegue á noticia de todos, y ninguno alegue ignorancia, se publicará en la forma acostumbrada, y se fixará Cópia en las Puertas de la Real Carcel; para que desde ésta noche tengan entendido hán de cumplir con lo que se manda; y para que los Estancieros, y Chacareros lo tengan ássi entendido, y cumplan lo mismo, se remitirán Copias á los Jueces Comisionarios de los Partidos, para que las Hagan publicar en ellos, y pasados quinze días desde su publicacion, la que remitirán á este Gobierno, se executarán con los que encontraren á Cavallo las penas arriba expressadas. Fecho en Buenos Ayres á 4 de Marzo de 1749 años = Joseph de Andonaegui = Por mandado de Su Señoría = Manuel de Meñlo Escrivano Publico y Gobierno.

&

&

&

VI

Real Cédula sobre como deben nombrarse los regidores de la ciudad de Buenos Aires. Buen Retiro. 20 de Febrero de 1752. Col. Mata Linares. Copia, 1 fol. Tomo CIV. f. 55.

Mi Gobernador y Capitan General de la Ciudad de La Santísima Trinidad Puerto de Santa María de Buenos Ayres Provincia del Rio de la Plata y Oficiales de mi Real hacienda de ella. Por quanto por parte de Don Juan Miguel Esparza se me ha representado que por Real Cédula de 28 de febrero de 1695 se concedió al Cavildo de esa Ciudad el privilegio de proveer seis oficios de Regidores en sujeto benemeritos con la calidad de que el Gobierno les despachase los titulos, y saca en mi Real Confirmacion, cuya Regalia se confirmó por otra posterior de 7 de Diciembre de 1708 con la restriccion de que para haver de nombrarlos en la Vaccante, que ocurrieren precediese sacar al pregon por termino de dos meses, y no haver Postor: que en esta observancia havia estado hasta aora, y en su conformidad nombró la Ciudad en Octubre del año de 1749 seis sujetos que los ejerciéron, y por haver renunciado estos, se sacaron al Pregon por el termino referido, y no habiendo havido Postor y atendiendo la Ciudad á las facultades que le que les estava concedida se nombró entre otros por Acuerdo de 23 de febrero del siguiente año de 1750 para que huviere uno de dichos oficios, y preceder la satisfaccion de la Media-Annata, le despachasteis el título vos el expresado Gobernador en 9 de Mayo del mismo año con la Calidad de llevar mi Real Confirmacion en el termino dispuesto por derecho, y juró personalmente en 16 de Junio inmediato, como todo constava de los testimonios que exhivís suplicando me mandase despachar la enunciada confirmacion: Visto en mi Consejo de Yndias con lo expuesto por mi Fiscal he resuelto negarla, y ordenaros, y mandaros como lo hago dispongaís se buelvan á dar los pregones por el termino, que esta mandado, y que no habiendo postro se nombre por el mencionado Cavildo annualmente en los Regimientos que estuvieren vacantes hasta el numero de seis que están concedidas: Que todos los años repitan pregones admitiendo las posturas, y pujas, y en qualquiera se preceda la confirmacion de vos el mencionado Gobernador para el uso, y ejercicio de los referidos oficios: Y de el recibo de este despacho me dareis

720

-14-

aviso en las primeras ocasiones que se ofrezcan: De Buen Retiro a
20 de febrero del 1752 = Yo el Rey = Por mandado del Rey. Señor Don
Joaquin Joseph Bazquez y Morales.

&

&

&

721

VII

Bando del Gobernador Don Domingo Ortiz de Rozas para que se haga una expedición a las salinas con carretas para abastecer la ciudad. Buenos Aires, 5 de febrero de 1744.- Col. Mata Linares. Copia. lf. T. II. f. 26.

Don Domingo Ortis de Rosas Cavallero del orden de Santiago Mariscal de Campo de los Reales Exercitos de S.M. y su Governador, y Capitan General de estas Provincias del Río de la Plata etc.

Por quanto por el Ylustre Cavildo dá esta Ciudad se me há representado lo combeniente que es el que baya á las Salinas por Sal para el abasto de esta Ciudad, ordeno, y mando, a todos los vecinos de esta Ciudad, que quisieren ir por sal á las Salinas esten promtos con sus Carretas el dia veinte del Corriente en la Estancia que fue del Capitan Don Andrez de Polancor, o en la de Don Bernardo Penalba, de donde han de salir á la disposicion del Maestre de Campo Don Christobal Cabral; y en atencion á la cortedad de medios conque se halla esta Ciudad para pagar los suplementos que se le hicieron para la pacificacion de los Yndios Pampas, contribuira cada Carreta de las que fueren con una fanega de sal entregandola a la persona que para este efecto diputare el Cavildo y para que llegue á noticia de todos se publicara este Vando en los parages publicos y acostumbrados de esta Ciudad, fecho en Buenos Ayres a cinco de Febrero de mil setecientos quarenta y quatro = Domingo Ortiz de Roza = Por mandado de Su Señoria = Francisco de Merlo = Escribano publico y de gobierno.

& &

&

VIII

Bando de Don Alonso de la Vega, Teniente del Rey del Río de la Plata, ordenando a qué hora han de cerrar las tiendas, tendejones y pulperías. Buenos Aires, 24 de noviembre de 1755.- Copia lf. 32 cms. T.II, ff 103. Col. Mata Linares.

Don Alonso de la Vega Teniente de Rey de ésta Provincia, acuyo cargo está el gobierno de ella por Ausencia del Excelentísimo Señor Gobernador y Capitan General propietario. Por quanto sin embargo de estar publicado Vando para que las tiendas, tendejones y pulperías, se cierren de noche en tiempo de Invierno a las nueve y en Verano á las diez se experimenta la ninguna observancia de un mandato tan justo pues mediante el se evitan, muchas quimeras, y hurtos que acada paso se cometen, y para que se observe, y cumpla lo referido; ordeno, y mando a todos los mercaderes, y pulperos como tambien a todas las demas personas que tubieren oficios con puerta á la Calle que por el tiempo de Verano las cierren al toque de la queda de la fortaleza de este Castillo, y en Invierno a las nueve pena de doce pesos al que no lo hiciere aplicados para gastos de guerra, que se le sacarán por qualesquiera de las Justicias de esta Ciudad y oficiales de la patrulla de ronda, dando cuenta de las multas que sacaren, y para que llegue a noticia de todos y ninguno alegue ignorancia se publicará este Vando en la forma acostumbrada, y hecho se fixará Copia en las puertas de las Casas del Ylustre Cavildo. fecho en Buenos Ayres a 24 de Noviembre de 1755 años = Alonso de la Vega = Por mandado de su Señoría = Francisco de Merlo Escribano publico y de Gobierno.

&

&

&

723

IX

Bando de Juan Jose de Vertiz, gobernador Interino del Río de la Plata, sobre armas prohibidas; no se ande a caballo por la noche; faroles ganados; perros médicos; limpieza de calles; enfermedades epidémicas; ocultar esclavos; basuras; vagos; máscaras. Buenos Aires, 20 de septiembre de 1770 Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols 192-198.

Don Juan Jose de Vertiz Cavallero Comendador de Puerto LLano en la orden de Calatrav, Ynspector general de todas las tropas Veteranas y de Milicias de estas Provincias del Rio de la Plata Mariscal de Campo de los Reales Exercitos Governador y Capitan general interino de ellas Etc. Por el presente ordeno y mando a todos los vecinos, y moradores de esta Ciudad y su jurisdicción observen guarden y cumplan lo siguiente.

Primeramente que ninguna persona ande de día ni de noche con dagas, puñales, rejonas, cuchillos, macanas, ni otra especie de Armas prohibidas pena a los que sean aprehendidos con ellas, si fuese Español ó persona que goze de privilegio de tal, de ser desterrado á Malvinas ó las obras del Rio de San Felipe de Montevideo a prizion y sin sueldo por termino de seis años, si fuese negro, mulato ó persona que no gose del referido privilegio de doscientos azotes en las Calles publicas de esta Ciudad, y de tres años de destierro a dicho presidio.

Ytem, Que incurran en esta Pena todos los que a cavallo cargaren cuchillo en su persona como tambien los vendedores de carne que cargasen: Y conciderando la precision que tienen de está Ynstrumento para sus Tareas solamente se

permite que quando salga al Campo lo puedan llevar con su vayna, amarrada al lomillo, los primeros y los segundos afianzados en el frente de la Carreta para que pueda servirles en sus particiones: Con declaracion que siempre que se valiera del Cuchillo que se le permite en la forma referida para acometer o herir a otro aunque no se verifique este acto quedan comprendidos pena impuesta contra los que lo cargan.

Ytem, Que por las particulares Circunstancias de esta Provincia, y para los casos que ocurran de guerra, y defensa contra los infieles, se permite a los Vecinos y habitantes de ella que puedan tener armas de fuego, como son Caravinas, Pistolas de Arzon, y generalmente las que tengan quatro quartas de Cañon, pero absolutamente prohibo que puedan tener ni traer con siigo otra arma corta de fuego y qualquiera persona que de aqui en adelante se le aprehendieren pistoletes o algunas de las prohibidas, por el mismo hecho sin ser necesaria otra causa ni razon y sin admitir sobre ello escusa ni defensa alguna incurra si fuese noble en seis años de destierro á los Referidos destinos, y si pleveyo en la misma pena, con mas cien azotes por las Calles publicas y es declaracion que aun de aquellas armas de fuego que se permiten tengan, no se ha de poder usar dentro de esta Ciudad. (a excepcion de los jueces y ministros y Guardas) sino en las funciones militares respectivas á su obligacion como milicianos, y quando salgan al Campo, para resguardo de sus personas entendiendose comprendidos en la misma pena, los mercaderes y armeros, que vendieren fabricaren y compusiesen tales armas cortas prohibidas.

Ytem, Que ninguna persona á reserva de las Patrullas y ministros de Justicia ande por la noche dentro de la Ciudad a cavallo desde media hora despues de las oraciones en

adelante pena de perdimiento de la Cavalgadura que llevaré, con todo su aparejo apresado a la persona que la aprehendiere por primera vez y por la segunda a mas de la referida veinte y cinco pesos de multa aplicados para las obras publicas, y si fuere negro mulato, ó persona que no tenga excepción pena de cien azotes en el Rollo.

Ytem, Que todas las tiendas, pulperias y quartos de oficios que tengan puerta á la Calle pongan de noche sus faroles en las puertas de ellas si las tienen aviertas baxo la pena de diez pesos y que no se permitan juegos, Cenas ni otras concurrencias, pena de veinte y cinco pesos aplicados al beneficio publico.

Ytem, Que en las casas de juegos de Trucos ni en otras particulares se permitan juegos de envite de ninguna clase de personas conforme á lo dispuesto por Real Cedula que de esto trata, y las penas que prescribe.

Ytem. Que todos los abastos que entran en Carretas y Cavallos para provición del publico pasen en derechura á la Plaza; y durante las quatro horas despues de su entrada, no venda á Pulperos, Regatones y que solo concluidas estas podran en las Calles, o como les paresca solicitar su expendio pena de diez pesos.

Ytem. Que ninguna persona saque de esta Ciudad y su jurisdicción, Mulas, Bacas, Novillos, Cevo, grasa, trigo, ni otros frutos sin licencia de este Gobierno pena de doscientos pesos aplicades para las mismas obras.

Ytem. Que se prohiven los Bayles indecentes que al toque de su tambor acostumbran los negros, si bien podrán públicamente baylar aquellas danzas de que usan en las fiestas que celebran en esta Ciudad, así mismo se prohiven las juntas, que estos, los mulatos, Yndio y mestizos, tienen pa-

ra los juegos que ejercitan en los secos baxo del Rio y extramuros prohibiendoles tambien los mismos juegos de qualquiera clase que sean; todo bajo la pena de doscientos azotes y de un mes de Barranca á los que contravinieren.

Ytem. Que todas las Canchas de juego que hay baxo del Rio, y en otros parajes porque sirven de noche para avrigo de las maldades que se cometen devan precisamente los Dueños de ellas cerrarlas de modo que no se pueda acoger persona alguna, y con la obligación de vigilar sobre esto amas de aquellos reparos que han de poner para atajar su entrada, y se condena al que se cogiere dentro de ella en qualquiera hora de noche en la pena de cien azotes, siendo negro, mulato, Yndio, o mestizo, de dos años de destierro a las Indias Malvinas, siendo Español, duplicados los años de destierro y al dueño de dicha Cancha, en que por el mismo hecho se le destruirá esta inmediatamente, con apercivimiento de que se ejecutará lo mismo si se averigua que de ellas resultan quimeras, ó se permite que se juegue por alguno mas de un real o al fiado, y lo mismo, si conciente que jueguen algunos esclavós.

Ytem. Que los dueños de las ataonas las cierren de noche de suerte que no puedan abrigar en ella los que cometen los exesos que se experimentan y en caso de que á estas horas tengan precision de seguir su trabajo, no permitan que á ellas entre persona alguna, vajo la misma pena contenida en el antecedente Capítulo á el que se cogiere en ella; y á los dueños de que por vía de pena pecuniaria pagarán el valor de la Taona, (que a'no ser necesaria para el publico se debería destruir yualmente) aplicada esta

cantidad en la forma ordinaria.

Ytem. Que ninguna persona corra a cavallo, por las Calles, y que las Carretas ni las Carretillas no puedan descargar ni cargar arrimandolas á las Casas y cruzando las Calles, sino poniendolas á lo largo de ellas y que en su camino no alteren el paso regular para evitar las desgracias que se han experimentado, pena de cien azotes al que no fuere Español, y al que lo fuere de la Cavalgadura i Carruage perdido

Ytem. Que ninguno tenga en sus Casas sueltos y en libertad perros de presa y bravos pena de doce pesos, y demas que tuvieren por convenientes en caso de verificarse algun daño.

Ytem. Que los medicos Cirujanos avisen a las justicias de las personas que mueren de estas y otras enfermedades contagiosas para que se tomen la Correspondiente Pro- videncia.

Ytem. Que los Cirujanos inmediatamente que concurren algun herido den parte a los justicias vajo de las mismas penas o antes si les permitieren las Circunstancias del caso.

Ytem. Que no arrojen a las Calles las almonedas y otros muebles con que llevan a enterrar muertos, pena de diez pesos.

Ytem. Que todos los que padecieren enfermedades epidémicas como la de San lazaro, y otras salga de esta Ciudad y su jurisdicción dentro del termino de dos meses contados desde el dia de la publicación de este Vando, pena de que serán castigados por la inovediencia y que se despacharán a su costa fuera de la Provincia.

Ytem. Que ninguna persona de esta Ciudad y su jurisdicción, oculte esclavo ni esclava con motivo alguno ni

le de fomento para su fuga pena de la resposavilidad de su Valor y de cincuenta pesos de multa aplicados en la forma acostumbrada.

Ytem. Que no hechen ni se permitan en las Calles ni en el baxo del Rio animales muertos basuras ni inmundicias baxo las penas establecidas por mis antecesores, y cuya comoción se repite a los Comisionados en el año de mil setecientos sesenta y seis.

Ytem. Asi mismo ordeno y mando que todos los dueños de las Casas y los avitantes en ellas cumplan en hacer componer las Calles según está dispuesto y mandado por mis antecesores bajo las reglas impuestas observandolas, y haciendolas observar, los destinados en el citado año para este fin, baxo las penas establecidas.

Ytem. Que los aguateros ó acarreadores que venden agua por las Calles, no la cojan ni cargen en la extensión del Rio que está enfrente de la Ciudad por estar en este el agua sucia con la ropa que lavan, y la deverán cargar precisamente desde Santa Cathalina para arriba, sin que por este motivo hayan de alterar el precio, pena de cien azotes al que contraviniere, y un mes de Barranca.

Ytem. Que no se permitan los fandangos que en los dias señalados, suelen formarse en Casas que se alquilan para este fin por los arravales de esta Ciudad por resultar fatales concequencias de heridas y muertes, pena de que si fuere español dos años a las obras del Rey, en Malvinas, y si Negro, Mulato, Yndio ó Mestizo doscientos azotes.

Ytem. Que todos los que traen a vender comestible a la Plaza no dejen en ellas Basuras, y todos los desperdicios, los saquen en el mismo dia al Campo pena de dos pesos al que contraviniere para las obras publicas.

729

Ytem. Que todos los Vagamundos y personas que no viven de su trabajo ni tienen oficio ni Señores salgan de esta Ciudad dentro de tercero dia, y si pasado este término se les aprehendieren seran castigados con Justificación de Causa, por la primera vez en quatro años de destierro á las obras Malvinas y puestos antes publicamente a la Verguenza y por la segunda y tercera aumentada esta pena segun las leyes incurriendo también en estas los que les abrigaren ó encuvrieren sin dar parte a la Justicia.

&

&

&

X

Bando de Don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata, sobre los baños de hombres y mujeres en el río, indicando horas y sitios. Buenos Aires, 5 de diciembre de 1772. Col: Mata Lináres. Copia. Tomo II. Fols. 230-231.

Don Juan José de Vértiz y Salcedo Cavallero Comendador de Puertollano en la orden de Calatrava Mariscal de Campo de los Reales Exercitos Governador y Capitan general de estas Provincias etc.

Pór quanto se distinguen los desordenes que resultan, de la union y mescla de ambos sexos en los Baños del Rio, causando esta las malas concequencias que resultan de ella en grave ofensa de Dios y perjuicio de la Republica: por tanto deseando precaver tan enormes exesos, ordeno y mando que por ningun motivo ni pretexto se bañen juntos hombres y mujeres, de qualquiera estado, Calidad y condicion que sean, Y a fin de que con el correspondiente orden y division puedan disfrutar del Beneficio que les prometen los Vaños en la Rigurosa estación de estío, se declaran las situaciones en que sin aquellos inconvenientes puedan unos y otros bañarse, y son para las mugeres desde la esquina del Asiento, o bajada de Santo Domingo, hasta la Vajada del Convento de la Merced, distancia proporcionada para que todas puedan sin incomodidad verificarlo; y para los hombres se señala el espacio que corre desde la Vajada que está a la espalda del convento de Santo Domingo hasta la Recidencia, por la parte del Sur, y por la del Norte desde la Vajada que cae por detras del Convento de la Merced hasta las Cathalinas quedando en medio de unas y otras distancias quando menos la de una quadra de intermedio en los respectivos puntos que cierran el Vaño de las mugeres: declarandose asi mismo que para los espresados Vaños se señala por tiempo preciso desde las horaciones hasta las once de la noche y por la madrugada

hasta el toque de la Diana hora en que se puedan distinguir los bultos prohibiendo que pasadas estas ninguna persona del estado calidad o sexo que fuere se vañe por evitar desonestidades que causarían las luces del día claro.

Y qualesquiera que contraviniere á lo que va espresado, ya sea propandose de los terminos señalados, acercandose los hombres por tierra ó agua al paraje destinado para el Vaño de las Mugeres; estas á los asignados para los hombres, o despues de las horaciones á los sitios espresados con el pretexto de tomar el fresco hir á conducir agua ó acompañar el marido á la muger , el hijo á la Madre el Padre á la hija el hermano ó pariente á la hermana ó Parienta u otro, como tambien, a el que o a la que se vañare de dia, ó se le encuentre en traje diferente a su sexo se le declara por aora por incurso en la pena, si fuere persona circunstanciada segun lo exija su delito y si es español de un año de prision y cien pesos de multa, aplicados mitad para obras publicas, y mitad para las penas de Camara (entregandolos en Caxas Reales para su distribución) , por la primera vez; si fuere Yndio, Mestizo Mulato o Negro en la de doscientos azotes y tres años de Barranca; Si Yndia mestiza negra o mulata en la de doscientos azotes y destino a la Reduccion que se le señalare por el mismo termino de tres años, con apercivimiento que su reincidencia sera castigada con las mayores penas que correspondan a la malicia con que procedan. Y para que llegue a noticia de Todos se publicará y tixará por Vando, Buenos Ayres cinco de Diciembre de mil setecientos setenta y dos. Juan José de Vértiz.- Por mandado de su señoria. Jose Zenzano Escrivano Publico y de Gobierno.

&

&

&

XI

Bando de Don Diego de Salas, Gobernador Interino del Río de la Plata, sobre la hora a que han de cerrar las puertas de las casas : no anden juntos por la noche mas de tres personas; no corran a caballo Buenos Aires 10 de Abril de 1776. Copia 3 ff. 32 cms. T.II. ff. 297-299.- Col. Mata Linares.

Don Diego de Salas Coronel de los Reales Exercitos Theniente de Rey y Governador Interino de esta Plaza. Etcetera.

Por el presente ordeno y mando á todos los Vezinos y moradores de esta ciudad sin exepción de Persona alguna, y comprehendiendo-se los Negros Mulatos libres y esclavos, y los Indios que observen, guarden y cumplan los Capítulos que se expresarán en este Vando por combenir al bien y quietud del Pueblo servicio de Dios, y del Estado, y son los siguientes.

1º Que desde el día de esta Publicación en adelante, y hasta nueva disposición de este Gobierno, todos los Vezinos y moradores de esta Ciudad desde las diez de la noche hasta el día, cierren las Puertas de sus Casas, y especialmente las de las Tiendas, Pulperías, Tendejones, Boticas, y oficios mecanicos, y Artesanos, procurando vivir con quietud y recogimiento en dichas sus Casas, y sin que en ellas haiga valles ni fandangos, sino hasta la expresada ora de las diez de la noche, y esto en lo que sea lícito y permitido y no mas.

2º Que desde las nueve de la noche en adelante se prohíbe que dan andar por las calles juntos mas número que hasta tres Personas y que estas ó menor numero o mayor que se encontrare se han de poder reconocer por las Justicias y Patrullas, y Alcaldes, de Barrios sin exepción de persona alguna y las que assi anduviesen antes o despues de la ora señalada ha de ser precisamente con farol o linterna.

3º Que la Iluminación de Faroles establecida en esta Ciudad tengan todos gran cuidado en que se mantenga con la mayor fuerza y vigor en lo sucessivo.

4º Que ademas de dicha Iluminación y en las actuales circuns tancias combiene que en las calles donde no se ha puesto dichos faro-

les de Iluminación de que se está tratando, se verifique estén iluminadas; mando que todos los vezinos y moradores de las Casas principales donde no alcanza la Iluminación pongan desde esta noche precisa y puntualmente un Farol en la Puerta de su Casa a la parte de afuera de la calle de modo que la alumbre el que pudiere de vidrio y el que no de papel.

5º Que esta nueva Iluminación que se lleva ordenada en el antecedente Capítulo se há de entender desde el Quarto de Luna Creciente hasta dos días despues de la Luna llena para evitar de este modo el mayor gasto de los Vezinos respecto de la luz, que dá la Luna, pero en las noches obscuras tengan todos cuidado y obligacion de poner dichos faroles.

6º Que de ninguna persona á reserva de las Patrullas, Ministros de Justicia y Ordenanzas, y Guardas de á Cavallo, desde media ora despues de las oraciones, pena de perdimiento de la Cavalgadura que llevar con todo su aparejo por la primera vez, y por la segunda a mas de la referida, veinte y cinco pesos de multa para las obras publicas, y si fuere Negro, Mulato o Persona que no tenga excepcion de cien Azotes en el Rollo.

7º Que ninguna Persona corra á Cavallo por las Calles ni las Carretas y Carretillas, y estas no puedan descargar ni cargar arrimandolas á las Casas y cruzando las Calles sino manteniendolas rectas a lo largo de ellas pena de la Cavalgadura o carruage perdido con todo su avío.

8º Que ninguno tenga Cavallo suelto ni atado en la Calle al frente de las Casas ni se introduzcan en las Calzadas con motivo de comprar en dichas Tiendas y Pilperías u otros pretextos antes dexen el passo libre para la gente que camina á pie pena de perdimiento de la Cavalgadura con su recado y de diez pesos de multa aplicados para las obras publicas.

Y para el cumplimiento de lo que vá mandado en los antecedentes capítulos se encarga el celo y cuidado de los Justicias ordinarias Agua el mayor su Teniente Alcaldes de Barrios Patrullas y demas Ministros e Justicia que los harán verificar con celo y vigilancia por combenir asi al Servicio de ambas Magestades y bien publico, pena que el que contraviniere ó faltare á los puntos prescriptos ó qualquiera de ellos en los que no llevan pena señalada se exigiran diez pesos de multa por

primera vez y veinte por la segunda á disposición de este Gobierno. Y para que llegue á noticia de todos, y ninguno alegue de ignorancia se publicará en los parages publicos en Buenos Ayres á diez de Abril de mil setecientos setenta y seis. Diego de Salas = Por mandado de Su Señoría José Zenzano.- Escribano Real publico y de Gobierno.-

&

&

&

XII

Bando de Don Alonso de la Vega, Teniente del Rey del Río de la Plata, sobre cómo se ha de cobrar el derecho de alcabala. Buenos Aires, 14 de Mayo de 1756.- Copia 2 ff. 32 cms. T.II. ff. 104-106. Col. Mataninenses.

El Coronel Don Alonso de La Vega Teniente de Rey de ésta Provincia, y cuyo Cargo está el Gobierno de ella por Ausencia del Excelentísimo Señor Gobernador, y Capitan General propietario.

Por quanto por pedimento presentado en el Tribunal de Real Hacienda por Don Agustín de Garfias arrendatario del real Derecho de Alcavalas, solicitando providencia para el mejor, y mas facil cobro de lo que se adeuda por éste Real Derecho, la que se publicase por Vando y habiendose determinado por auto de Doce de Mayo del que corre el como y quando se ha de pagar dicho Derecho, para que no se le defraude a la Real Hazienda por lo qual, y arreglado a dicha providencia; ordeno y mando que todos los Arrieros, Carreteros, y Troperos, que conducen generos Mercaderías, y Maderas de qualesquiera parajes, puerto de Santa Feé, Conchos, y otros de ésta Ciudad y su Jurisdicción que antes de descargar, sean obligados y hayan de parcer ante el arrendatario que oy es, y en adelante lo fuere a declarar y manifestar los sugetos a quien pertenescan los efectos que conducen para la averiguación, y comprobación de aquellos, rexi. trandose por dicho Arrendatario, ó sus Cobradores los fardos, y petacos, y lo demas que conduzgan, pena de cinquenta pesos aplicados la mitad para la real amara, y la restante para el acusador, en la que incurran luego de haber empezado a descargar sin haber dado la noticia que se manda.

Hassimismo que todas las personas que tienen tiendas pulperías, de qualesquier classe que sean assí en esta Ciudad como en sus Arrabales, y dentro de su Jurisdicción, y todoa los Mercachifles, y Corredores de Casa, y Vandola dentro del termino de quince dias precisos, y perentorios al principio de cada un año ocurran presisamente en Casa del Arrendatario de éste real Derecho acomponerse, y ajustarse por razon de las Ventas que puedan hacer en cada un Año, por junto, y al menudo bajo de la pena que no lo haciendo así paado dicho termino, hayan de cerrar, y sñen sus tiendas y pulperías sin que le sea consentido vender cosa al-

guna en publico, ni privadamente, sola pena de veinte y cinco pesos aplicados en el mismo modo por cada vez que vendieren o no tubieren serrada las tiendas para cuya execucion se da facultad al Arrendatario y a sus Cobradores para que celen el cum liniento de éste mandato, y hallando haber contravenido, tomando dos soldados del piquete de esta plaza de el presidio, o ocurriendo con ellos al Alguacil mayor de éstas Reales Caxas y en su ausencia al de ésta Ciudad paraen a exigirles la pena de los Contraventores depositandola en el Tral. de Real Hazienda para aplicarla en la manera dispuesto, y que le sea facultativo al Arrendatario cobrar en cada Seis Meses el importe de dicho real Derecho de las personas y sugetos co quienes hubiere ajustado. Y assimismo que pueda obligar a los pulperos y tenderos de quienes hubiese desconfianza y a los Mercachifles y Corredores assi de Vandola como de Capa, a dar fiador de su satisfacion por la cantidad en ue se ajustare, y de no hácerlo assi les pueda sacar prenda equibalente de su importe, incurriendo en la misma pena y prohibision de vender no haciendolo assi; y que los Mercaderes, y pulperos que hiciesen traspaso ó venta de sus tiendas y pulperías, sea del cargo del Comprador retener en si el importe de la Alcavala, con obligacion que no lo haciend se cobrará de su peculio y viend= Yguualmente los Dueños de Navios o sus Administradores, o Factores y demas personas que compren Cueros ayan de r tener en si el importe de dicho derecho entendiendose esta providencia c los que compren ganados y mandadn hacer Corambre y que por el Ofisial de guardia del Riachuelo y demas Ministros no consientan ni permitan embarcar corambre alguno, sin que en las licencias que para ello se dieren conste el pase del Arrendatario y la paga de dicho real Derecho: Cuya orden pasará al Oficial por la Secretaría de éste Gobierno Y que los Escribanos assi publicos como del numero de ésta Ciudad como el dela Real Hazienda no puedan otrogar, ni otorguen scriptura de vanta ni de otra Naturaleza, que se pueda adeudar éste derecho sinque primero preceda papel d estar satisfecho el Arrendatario, y que dentro de tercero dia le hayan de dar y den razón de todas las Almonedas, y remates que ante ellos se hicieren pena de Doscientos pesos por cada vez que nó lo hicieren aplicados e modo dicho; Y para que llegue á noticia de todos y ninguno alegue ignorancia se publicará en los parajes publicos y acostumbrados de ésta Ciudad, y fecho se fixará una Copia de el en las puertas del Cavildo y dandose a Arrendatario las que pidiere: que és fecho en Buenos Ayres a catorce de Mayo de mil setecientos cinquenta y seis años = Alonso de la Vega = Por mandado de su Señoría = Francisco de Merlo Escribano publico y de govier no.

XIII

Bando del Governador Don Domingo Ortiz de Rozas ordenando que cuando los indios vengan a la ciudad a vender sus ponchos no se les entreguen a cambio vinos, aguardientes y armas. Buenos Aires 10 de julio de 1744.- Col. Mata Linares. Copia. T. II. fol. 27.

Don Domingo Ortiz de Rozas Cavallero del orden de Santiago Mariscal de Campo de los Reales Exercitos de S. M. y su Governador, y Capitan General de estas Provincias etc.

Por quanto tiene Su Señoria noticia de que al pago de Lujan han llegado Doscientos Yndios Serranos de Paz y por que con el motivo de su llegada salen muchas personas a comprarles los pnchos que traen , llevando para èsto, Vino, Aguardiente, y Armas y por que esto es en grave perjuicio de lo dispuesto por S.M. y Vandos publicados por èste Gobierno, y para que este perjudicial abuso tenga remedio, y se evite assi al presente como, à lo venidero, ordeno y mando que desde oy en adelante ninguna persona de qualquier estado calidad y condicion que sea que baya à comprar ponchos assi à los Yndios que ahora han llegado como à los demas que llegaren no puedan llevar Vino, Aguardiente, ni Armas de ninguna calidad que sean pena al que lo hiciere si fuere Español de Doscientos pesos aplicados para las obras de S.M. y de seis Años de Destierro al presidio, y plaza de San Phelipe de Montevideo à trabajar en el en las obras de S.M. arracion y sin Sueldo, y si fuere Yndio Negro o Mulato de Doscientos Azotes por las Calles publicas de esta Ciudad, y de seis años de Destierro à otro presidio y para la observación de este Vando su Señoria da orden al oficial del Destacamento que despacha a dichos pagos de Lujan para que aprehenda y remita à todos los que contravinieren a lo referido a este Castillo para executar en ellos las penas que ban expresadas y para que llegue à noticia de todos, y ninguno alegue ignorancia se publicara este Vando en los parajes acostumbrados . fecho en Buenos Ayres a diez de Julio de Mil Setecientos quarenta y quatro años = Domingo Ortiz de Rozas = Por mandado de Su Señoria = Francisco de Merlo Escribano publico y de Gobierno.

& & &

XIV

Bando en el que se manda rellenar los hoyos y pantanos de las calles con piedras y cascotes.(S.A.). Col. Mata Linares. Copia. T.II. fol. 435.

Por quanto es indudable que los malos olores que salen de los oyos y Pantanos que en tiempos de agua se forman en las Calles de este Ciudad y sus salidas al Campo resultan los mas sensibles quebrantos a la Salud publica cuia Conservacion y aumento ha merecido siempre mi particular atencion como lo exige tan interesante objeto: por tanto y conviniendo attajar por todos medios este y otros graves daños mando que desde luego y antes que el proximo Yvierno lo impidan se rellenen dichos oyos, y pantanos con cascotes y desperdicios de las obras cocidas en hornos de ladrillo, cal o tája de suerte que queden llanas las Calles y con la solidez y vertiente devida para que no se detengan las aguas ni se formen nuevos Hoyos y a fin de que los Costps que necesariamente han de hacer como en otras ocaciones se ha practicado, los dueños de las Casas en cuia quadras existan pantanos le sean menos gravosos en quanto sean posible se les franquearan por el Gobierno algunos Prendarios, y el ripio de la piedra que no sirva para el empedrado de las Calles cuia condicion y la de los escombros de los hornos devera hacerse francamente para las Carretas y carretillas que con ladrillo, tejas, cal y abastos publicos entran en la Ciudad prorrrateandose entre todos los viages que a cada una cupieren, y encargo la execucion de dicha obra baxo la direccion del brigadier Don Jose Custodio de Saas y Faria. Director de Obras Publicas al celo y vigilancia del Regidordiputado de Policia y del Procurador de Ciudad quienes cuidaran concurren todos los vecinos interesados en esta obra con los auxilios que se ha acostumbrado siempre franqueando sus peones carretas o animales en la inteligencia de que en el termino de

20 dias contados desde la publicacion deste Vando han de quedar finalisadas dichas obras baxo la pena de 6 pesos aplicados a la Compocicion de las Calles que se exigiran a cada vecino de los que se negasen o sean omisos en el cumplimiento delo que va ordenado, y deseos de remover y cortar de Rain los abusos que mas proxima y principalmente son causa y origen de los hoyos barrancos y pantanos que forman en las calles y las hacen intrancitables mando baxo la misma pena que el vecino que levante algun edificio de ningun modo arroje o amontohe en la Calle la tierra de los Simientos del frente y fondo ni amase en ella la Cal, el barro para construir las paredes ni impida el paso con madera ni otros materiales sin espresa licencia de esta Superioridad. Y para que llegue a noticia de todos y se tenga entendido por todos. Etc. Etc. Etc.

& &

&

XV

Bando de Don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata sobre expulsión de extranjeros. Buenos Aires, 11 de Enero de 1748.-
Copia 2 ff. 32 cms.- T.II, ff 53-54. Col. Mata Linares.

Don Josef de Andonaegui, Mariscal de Campo de los Reales Exercitos de S.M. su Governador y Capitan General de estas Provincias del Río de la Plata.

Por quanto enconformidad de las Reales ordenes de S.M. que Dios guarde en que mandan salgan de estos sus Dominios de ls Indias todos los Extrangeros que hubieren y en cumplimiento de ellas mandandose publicar por mi y mis antecesores diferentes Vandos para que asi lo executen sograves penas assi a ellos como a las personas que los ocultasén, y sin embargo de lo referido se mantienen muchos asi en esta Ciudad como en los partidos de su Jurisdicción sin cumplir con lo mandado éxperimentandose de esto varios Vetos asi en la Ciudad, como en los Caminos a cada paso sin poder ser aprehendidos para su castigo por cuya razon y en cumplimiento de lo mandado por S.M. ordeno, y mando que dentro de veinte dias salgan de ésta dicha Ciudad y su Jurisdicción todos los Extrangeros casados que hubiere como tambien todos los Bagamundos y olgazanes que asimismo hubiese pena a unos y otros que no lo haciendo serán llevados al presidio y plaza de San Phelipe de Montevideo donde se mantendrán trabajando en las obras de S.M. hasta que sean embarcados para los Reynos de España en los Navios que fueren saliendo de este puerto para ellos y ninguna persona de qualquier calidad ó condicion que sea, los oculte ni abrigue en sus Casas Chacras y Estancias, pena de quatro años de destierro a dicho presidio y de mil pesos aplicados para las obras de S.M. y al que no tuviere de donde saçarselos de perdimiento de sus bienes Chacra y Estancia con la misma aplicación que se executará irrimisiblemente y para que llegue á noticia de todos, y ninguno alegue ignorancia, se publicará este Vando en los parajes publicos, y acostumbrados en esta Ciudad y para que se haga lo mismo en las de Santa Feé, Corrientes y Montevideo se remitirán copias a mis lugares Thegientes de ellas, co-

mo tambien a los Alcaldes de la Hermandad de esta Jurisdiccion para que en los pagos de élla lo hagan publicar y procedan contra dichos Extrangeros y Bagamundos á su prisión, remitiendolos a este Castillo como tambien á los que los ocultasen embargandoles sus bienes y dandome cuenta de todo lo que executarán; y assimismo las Justicias de esta Ciudad cuidarán por su parte el que se observe lo contenido por combenir assi al sosiego y quietud de esta republica, y cumplimiento de lo mandado por S.M. fecho en Buenos Ayres á once de Enero de mil setecientos quarenta y ocho = Josef de Andonaegui = Por mandado de Su Señoría = Francisco de Merlo Escribano publico y de gobierno.

&

&

&

742

XVI

Bando de Don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, sobre expulsiones de extranjeros.- Buenos Aires 10 de Octubre de 1761. Copia 2 ff. T.II. ff 132-133. Col. Mata Linares.

Don Pedro de Cevallos Comendador de Sagra y de Senet en la orden de Santiago Theniente General de los Reales exercitos, Gobernador y Capitan Geneneral de estas Provincias del Río de la Plata y Ciudad de Buenos Ayres.

Por quanto por leyes del Reyno y repetidas Cédulas de S.M. y modernamente por una de primero de Febrero de mil setecientos y cincuenta, y otra de treinta de Mayo de mil setecientos cincuenta y tres, este mandado sean expelidos de la Jurisdiccion de este Gobierno los extranjeros que no huvieren obtenido Real permiso para establecerse en ella y teniendo entendido que las Providencias, y vandos publicados, a este efecto no han tenido el devido cumplimiento. Por tanto para ocurrir á los inconvenientes que de este orden se pueden seguir al Servicio de S.M. ordeno y mando que todo extranjero, casado o soltero avenciado, o transeunte de qualquier nación, estado y condición que sea sin exceptuar alguno haya de comparecer y comparezca precisamente dentro de quince dias contados desde la fecha de la promulgación de este Vando, ante el Capitan Comandante de Infanteria Don Nicolas de Elorduy a dar razon por escrito del Reyno y lugar de donde es natural, con que causa ó motivo vino a esta Provincia, quanto tiempo que reside en ella, que officio o ejercicio tiene, si es casado o soltero, y en que casa o Calle vive; Todo lo qual cumplan dichos extranjeros con la mayor exactitud, pena que al que no lo hiciere dentro del termino señalado, sera castigado con el rigor que previenen las leyes, y por que usando S.M. de su Real Clemencia tiene conferida al Gobernador de esta Provincia facultad de indultar a los extranjeros, en quienes concurran las Calidades y circunstancias que las leyes previenen con tal que se solicite su Real confirmación se previene que pueden ocurrir á mi las personas que pretendiesen esta gracia, y para que llegue a noticias de todos se publicará

743

-37-

or Vando en la forma acostumbrada, fijandose tambien copias en los lugares publicos de esta Ciudad, para que ninguno pueda alegar ignorancia Buenos Ayres Octubre diez de mil setecientos sesenta y uno = Don Pedro de Cevallos = Por mandado de su Excelencia = Jose Zenzano Escrivano Publico y de Gobierno.

&

&

&

744

XVII

Bando de Don José de Andonaegui, Gobernador del Río de la Plata, ordenando la limpieza de las calles. Buenos Aires, 21 de febrero de 1755. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 95 y 96.

El Coronel Don Alonso de la Vega, Teniente de Rey de ésta Provincia y á cuyo cargo esta el Governador de ella por ausencia del señor Governador y Capitan General.

Hago saber á todos los Vecinos y Moradores estantes, y habitantes en esta Ciudad de qualquier calidad y condición que sean que desde oy en adelante obserben, y cumplan los Capítulos Siguietes.

Primeramente que ninguno heche vasuras ni inmundicias de dia, ni de noche á las Calles, sino es que las saquen y arrojen en las Sanjas y Muladares, entendiendose que no son Muladares los huecos que lindan con las Calles principales.

Ytt. Que los Sapateros no hechen del mismo modo los fragmentos de Suela y Cordoban en las Puertas de sus tiendas, como tienen de costumbre, sinoque los arrojen a las Sanjas y Muladares.

Ytt. Que las Calles que estubieren descompuestas por causa de los Vecinos que por edificar las atajan y quedan lagunas y se hacen possos que estos los compongan a sus costa.

Ytt. Que ninguna persona tenga Caballo atado á las puertas de sus tiendas dandoles de comer por lo immundo que seponen las Calles y el riesgo de muchas averías que puedan suceder en noches óbscuras.

Ytt. Que las Calles que estubieren descompuestas por la injuria de los tiempos, las compongan entre los Vecinos que fueren de éllas:

Ytt. Que desde oy en adelante ninguna persona que tubiere que

edificar haga barro en la Calle con ningun pretexto ni motivo.

Ytt. Que no se permitan en las Calles animales muertos de ninguna calidad por el riesgo que hay de ápestarse la Ciudad, y se saquen y árrojen al Campo y que por ningun motivo se hechen a la Rivera del Rio pena al que lo hiciere de quatro pesos de multa aplicados para la obra de la Real Carcel, y que sera castigado con un mes de Carcel, y que a su costa se hará arrojar al campo el Animal muerto que fuere.

Ytt. Que la Plaza de esta Ciudad quede desocupada de Carretas pasandolas al otro lado de la Calle, y luego, que esto se execute la barran los Carreteros, arrojando las basuras á las Sanjas, y Muladares, no entendiendose por Muladar la esquina de la Plaza, para que de esta suerte se mantenga con aseo:

Ytt. Que en los dias de concurso de Procesiones, u otros que se ofrezcan, no haiga Bueyes en las Carretas que estuvieren en la Plaza por el riesgo de alguna aberia que pueda suceder y que los que trajeren en dichas Carretas sean muy mansos por el mismo riesgo.

Ytt. Que todos los corrales en que se mata Ganado para el abasto de esta Ciudad que estan en el bajo del Rio, se suban arriba pues estando inmediatos a la orilla del Rio, con las corrientes se lleva todas las Bascosidades de que puede resultar una epidemia á ésta Ciudad:

Todo lo qual cumplirán precisa y puntualmente sola pena de los dichos quatro pesos con la misma aplicación que se les sacarán por la primera vez, y por la 2ª ademas de ellos, la de dos meses de prisión, cuidando del cumplimiento de este Vando el Fiel Executor que al presente es, ó el que en adelante lo fuere. Y para que llegue a noticia de todos, y ninguno alegue ignorancia, se publicará este Vando en los parajes publicos, y acostumbrados, y se fixará una copia en las

puertas del Yll. Cavildo: fecho en Buenos Ayres a 21 de Febrero de 1755 años = Josef de Andonaegui = Por mandado de su Señoria = Francisco de Merlo Escrivano publico y de Gobierno.

&

&

&

747

XVIII

Bando del Gobernador de Buenos Aires sobre que se de cuenta del trigo que se recoja, se eviten los logreros y juegos.- Col. Mata Linares.- (s.a.). Tomo II. Fols.18-19.

Muy Ylustre Cavildo Justicia y Reximiento. El Procurador general de esta ciudad como mas haya lugar en Derecho dice: Al de su parte combiene el que como tiempo preciso y diligencia muy neccesaria se sirba Vuestra Señoria mandar a todos los Jueces Comisionarios de los partidos de esta jurisdiccion, para que en ella exerciten el reconocimiento, y quenta de los trigos que se recogieren, y hubiese en ser dando de todo ello quenta indibidual delas Cantidades, y sugetos, á la persona que Vuestra Señoria sea servido nombrar, para que sepan de dicha disposicion a quien sele deba encaminar dicha Cuenta; Para que con dicha diligencia no hayga facilidad de que se extravien para fuera algunas partidas de dicho efecto exponiendo aque la Ciudad padescas mas necesidad que la que los tiempos suelen ofrecer y para el partido y jurisdiccion de la otra banda de este Rio, sele podra mandar Comission al Capitan Don Luis Antonio de Arroyo, como persona de aloridas obligaciones, que todo lo mira con la piedad y modo que se merece la pobre vecindad, y que dicha Comission baya aubiliada del Señor Governador. Y assimismo para quitar y embarasar los crecidos daños que suelen perseguir el tiempo de las recogidas de trigo que es la de los Logreros y rebendedores quienes llevan efectos de todas calidades y con ellos tiranizan al pobre como ahorcado neccesitado introduciendo al mismo tiempo malas costumbres de juegos

vevidas, y otros caminos que de ellos se orijinan engrave
ofensa de Dios, y de la Republica y sus habitantes, y a-
traso de los Labradores, pues dibertidos los Peones en di-
chos vicios, se pasan lo mas y mejor del tiempo, quitan-
dose unos a los otros la Camisa del Cuerpo sinque ellos,
ni los sembradores puedan aprovechar su sudor, y trabajo:
Y también de tales tratos ocurren muertes, y puñaladas en
cuyo remedio, soy de sentir sele pida al Señor Governador
rompa vando embarasando dichos inconvenientes, y á los
mismos Jueces en dicha orden seles podrá prevenir el cui-
dado y celo enque no consientan semejantes robos, y malos
tratos sino solo al que fuere lícito, en remedio, y alivio
racional para todo Pobre sin malas introducciones segun
las referidas, por tanto A Vuestra Señoria pido y suplico
se sirva proveher y mandar segun y como llevo pedido como
tan de justicia, la que espero de Vuestra Señoria. Etc.=
Luis de Escobar. (sin fecha).

& &

&

XIX

Petición del Procurador Don Francisco Cabrera al Cabildo de Buenos Aires sobre el curso de las aguas por las calles. En dicha ciudad a 1 de Septiembre de 1761. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 129-130.

Muy Ylustre Cavildo Justicia y Reximiento = Don Francisco Cabrera Procurador General de esta Ciudad puesto a la obediencia de Vuestra Señoria con el acatamiento devido dice que habiendose presentado los Vecinos que constan del memorial que antecede ante el Señor Don Alonso de la Vega Theniente de Rey y Governador Ynterino que fue de estas Provincias representando el perjuicio que se les originaba de que las aguas no tubiesen el curso que les corresponde y está determinado desde la primitiva en cuya vista de lo acordado por Vuestra Señoria en el que celebró el día 8 de Mayo de 1759 habiendo hecho inspeccion don Juan Manuel de Labarden que se hallaba de Rexidor y Procurador General, y reconocido ser manifiesto y grave el perjuicio que los Suplicantes representaron todo en Virtud de la Diputacion de Vuestra Señoria mando que a la Calle que expresa en el memorial se le diese el correspondiente rebajo lo que en aquel tiempo no se executó; y habiendo buuelto los dichos Vecinos ha requerir ahora con lo mandado por el Señor Theniente de Rey, y con lo acordado por Vuestra Señoria y hechoso el reconocimiento y evidenciandose el irreparable perjuicio que se les origina a los Vecinos, assi á los que representaron como a todo un Vien comun, mandó el Procurador que los Vecinos judiciales á su costa hiciesen el rebajo a la Calle lo que pucieron luego en execu-

cion, y estando practicando la diligencia, y aun quasi al concluirse se presentó la Reverenda Madre Priora del Monasterio de Santa Catalina ante el Señor Teniente de Rey, y Gobernador Ynterino exponiendo los perjuicios que se les orijinan al Monasterio con lo demás que consta de su Memorial, con lo que su Señoría proveyó lo que consta de su Decreto y hace que Vuestra Señoría y en su vista, y teniendo presente los perjuicios que se orijinaran al comun de esta Ciudad en que no se observe el rumbo que deven llevar las Aguas segun lo dispuesto se sirva acordar que cada Calle principal lleve las Aguas que le corresponden y que a los Vecinos de ellas se les competa á que las pongan en positura que sin perjuicio assi se execute y que mediante a que el rebajo principiado á hacer en la Calle de Don Juan Bautista Bacharno, no es de Detrimento ninguno ni al Monasterio ni a otro Vecino alguno como se experimenta antes si lo será si se deja de proseguir, se sirva representar a Su Señoría de permiso para que lo continuen; Ynter á las demás Calles se les pone el correspondiente remedio para que se observe lo dispuesto y de lo contrario protexta no ser del cargo del Procurador los perjuicios que se orijinaren al bien de la Causa publica. Buenos Ayres. y Septiembre 1 de 1761 = Francisco Cabrera..

& &

&

XX

Bando de Don Marcos José de Larrazabal, Gobernador Interino del Río de la Plata, sobre el curso de las aguas por las calles. Buenos Aires 11 de septiembre de 1761. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 131.

Don Marcos Josef de Larrazabal, Coronel de los Reales Exercitos de S.M. Cavallero del Real Orden de Santiago, Teniente de Rey de esta Plaza y Governador actual de ella por ausencia del Exmo. Señor Propietario: etc.

Por quanto el Y.C.J. y Reximiento há representado los graves daños y perjuicios que se siguen al vien comun de esta ciudad por la desigualdad y falta de corrientes con que se hallan las calles de ella suplicandome el devido remedio y que se observase lo prevenido en el Padron.

Por tanto ordeno y mando á todos los vecinos Estantes y habitantes en esta dicha Ciudad que dentro del termino de 15 dias cada uno arregle y componga supertenencia, observando lo prevenido por el Padron, que es el que desde la Plaza publica para el alto del Norte á Sur por las Calles principales deben tener el corriente y desague las Calles hasta desembocar en la Zanja y desde dicha Plaza para el retiro de Sur á Norte tambien por las Calles principales hasta la Lagunilla ó Zanja que se halla mas adelante de la Quinta del Alferez Real Don Geronimo Matorras, en igual conformidad deben tener su corriente dichas Calles de Sur a Norte y que en las Calles de trabesia debe observarse el que han de correr dichas aguas, de oeste á Leste saliendo cada quadra á su calle principal haciendo en cada esquina su atajadizo para que bayan iguales. En cuya conformidad se debe arreglar cada

uno para su pertenencia dentro del asignado término de 15 dias, pena que al que assi no lo executare se hara a su costa, y mencion, y será responsable á los daños, y perjuicios que se siguieren al Vecindario y se procederá á lo demás que hubiere lugar en Derecho; Y para la execucion y cumplimiento de este Vando se encarga el Celo y Cuidado al Procurador general de esta Ciudad y para que llegue a noticia de todos, y ninguno alegue ignorancia se publicará en la forma acostumbrada. Buenos Ayres y Septiembre 11 de 1761 años = Marcos Josef de Larrazabal. Por mandado de S. Señoría Josef Zenzano Escrivano Publico y de Gobierno.

& &

&

XXI

Bando de Don Diego de Salas, Gobernador Interino del Río de la Plata, sobre calles, hagase calzada de ladrillo o piedra de una vara con postes; curso de las aguas; los carreteros transportarán la piedra que traerán las lanchas Buenos Aires, 21 de marzo de 1763. Copia. Col. Mata Linaires. Tomo II. Fols. 147-149.

Don Diego de Salas Theniente de los Reales Exercitos de su Majestad, Theniente de Rey de esta Plaza, y acuo cargo está su Gobierno por Auciencia del Excmo Señor Don Pedro de Cevallos Governador y Capitan General propietario de estas Provincias Etc.

Por quanto sin embargo de que por repetidos Vandos esta mandado que se compongan las Calles de esta Ciudad sin que muchos vecinos y dueños de las Casas lo hayan cumplido por cuio motivo se hayan en distintos parajes intrancitables, cediendo esto en grave perjuicio del bien común para su devido remedio, ordeno y mando se guarde, cumpla y ejecute el Vando promulgado de orden de S.E. el día 13 de Marzo del año proximo pasado, que su thenor es el siguiente.

Don Pedro de Cevallos Comendador de Sagra y Senet en la orden de Santiago, Theniente general de los Reales Ejercitos, Governador y Capitan general de las Provincias del Rio de la Plata y Ciudad de Buenos Ayres.

Por quanto las Calles de esta Ciudad se hallan en partes intrancitables, especialmente en tiempo de lluvia, que se sigue incontable perjuicio al Pubblico. Por tanto

deseando para evitarlo aplicar el remedio conveniente, ordeno y mando, que todos los vecinos dueños de Casa de esta Ciudad ó las personas que las avitasen á cuenta de los alquileres, hagan sino la tuvieran hecha en su pertenencia una calzada de ladrillo ó Piedra de ancho de una vara tirando á trechos algunos postes para embarazar que pasen por ella Caballos; Asimismo ordeno que los Vecinos de cada quadra concurren, con los de su frente a componer las Calles, que les corresponden, llenando los oyos ó Pantanos que hubiesen de tierra ó cascote, de manera que todas queden llenas con la vertiente que deven tener segun el Padron de la Ciudad en que esta dispuesto que desde la plaza para el alto corran las aguas de Norte a Sur hasta desembocar en la Zanja, y desde dicha Plaza para el retiro se dirijan de Sur a Norte, corriendo en las Calles de Travesía de poniente a Oriente, y que en cada quatro esquinas se haga una calzada de piedra de ancho de una Vara, que cruze de una parte a otra, para que la Gente pueda transitar, cuyo costo se hará en esta forma. Los Dueños de las Lanchas traeran las Piedras que fuesen necesarias, segun lo arreglaren los Rejidores, que el ilustre Cavildo nombrare, para cuidar de que se ejecute esta obra y las otras mandadas por ese Vando. Los Carreteros deveran transportar la Piedra desde el Riachuelo, á los parajes que los mismos Rejidores, les asignasen, y los dueños de dichas esquinas costearan lo demas deviendo ejecutarse en el termino de dos Meses, contados desde la fecha de este Vando, todo lo que en el se manda, pena de que a quien fuere omiso, no solo se le cargan los costos de la obra que le pertenece haciendose esta por direccion á los mismos Rejidores, sino que se le sacaran, treinta pesos de multa, que se aplicarán á la compocicion de las calles en la parte que pertenece a la Gente Pobre. Y para que llegue a noticia de todos, se publicará y fixará este Vando en la forma acostumbrada.

Buenos Ayres trece de marzo de mil setecientos sesenta y dos
Don Pedro de Ceballos = Por mandado de Su Excelencia = Jose
Zenzano Escrivano Publico y de Gobierno = Y para que tenga
su efectivo cumplimiento, tam arreglada Providencia mando
se publique en la forma acostumbrada con impocicion, á quien
faltare á lo mandado de las Multas espresadas. Y se pasará
un tanto de este Vando al Ylustre Cavildo. Buenos Ayres y
Marzo veinte, y uno de mil setecientos sesenta y tres = Die-
go de Salas = Por mandado de Su Señoria = Jose Zenzano Escri-
vano Publico y de Gobierno.

& &

&

XXII

Bando de Don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, ordenando que no se arroje nada a las calles ni a la orilla del río. Buenos Aires, 17 de marzo de 1766 Col. Mata Linaires. Copia. Tomo II. Fols. 163-164.

Don Pedro de Cevallos Cavallero de la insigne y Real orden de San Genaro, Comendador de Sagra y Senet en la orden de Santiago, Gentil hombre de Camara de S. M. con entrada, Theniente General de sus Reales Exercitos, Governador y Capitan general de las Provincias del Rio de la Plata Etc

Hago saver á todos los Vecinos estantes y havitantes en esta Ciudad de qualquier condicion y Calidad que sean observen y cumplan los Capítulos siguientes.

Primeramente que ninguno heche vasuras ni inmundicias ni de día ni de noche á las Calles, sino que las saquen y arrojen a las Zanjas, y limpien en el día cada uno su pertenencia.

Ytem, que los Carpinteros, Herreros y Sapateros, y demas Gentes de Oficios, no hechen del mismo modo los fragmentos, en las puertas de sus tiendas como lo tienen de costumbre sino que los arrojen á dicha Sanja pues de ello resulta el arrojar la corriente á las aguas, y hacerse pantanos y posos poniendose intrancitables dichas Calles.

Ytem, que ninguna persona que tubiere que edificar haga barro en las Calles, ni las embaraze con tierra, ni materias dejando siempre libres los pasos y corrientes.

Ytem, que no arrojen a las Calles animales muertos ni carne podrida por el riesgo que ay de apestarse la Ciudad, lo qual saquen y arrojen al Campo, y con ningun motivo los echen á la Rivera del Rio.

Ytem, que no maten ganado en el bajo del Rio pues estando inmediato á las orillas de el las corrientes llevan toda la Vascocidad de que puede resultar una epidemia á toda la Ciudad.

Ytem, que ninguna persona corra a Cavallo por las Calles, por las tropelías que se experimentan y desgracias que resultan especialmente en los niños a quienes han lastimado varias veces perniquebrandolos, y de que se han dado quejas y tomado Providencias para contener este desorden, ni amarren á las Rejas postes, y Puertas los Cavallos impidiendo el paso en las Calles.

Todo lo qual cumplan precisa y puntualmente pena de diez pesos aplicados para la limpieza y compocion de las Calles, por la primera vez y por la segunda veinte pesos y dos meses de Carcel, y de proceder a lo demas que se hallase por conveniente. Cuidando del cumplimiento de este Vando los Alcaldes ordinarios y Procurador General de esta Ciudad, que al presente son y en adelante lo fueren y demas ministros de Justicias. Y para que llegue á noticia de todos se publicará y tixarán copias en la forma acostumbrada Buenos Ayres Marzo diez y siete de mil setecientos sesenta y seis.

& &

&

XXIII

Bando de Don Juan José de Vértiz, Gobernador del Río de la Plata sobre la plaga de la langosta. Buenos Aires, 24 de enero de 1773. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fol. 232

Don Juan Jose de Vertiz y Salcedo Cavallero Comendador de Puertollano en la orden de Calatrava. Mariscal de Campo de los Reales Exercitos Inspector general de las Tropas Veteranas y Milicias de estas Provincias del Río de la Plata Gobernador y Capitan general de ellas y de las Yslas Malvinas. Etc.

Por quanto ha representado el Procurador general de esta Ciudad de que se hallan los Campos de esta Jurisdicción acometidos de la Plaga de la langosta en Cantidad tan execiva que todos los sembrados de las quintas Chacaras y aun de los pstos del Campo los asolan experimentandose por este daño el perjuicio que se deja conciderar no solo en el abasto del Publico, sino en el preciso alimento de los ganados por cuio motivo y para atajar en la parte que se pueda estos daños que redundan directamente en el bien comun ordeno y mando á todos los Quinteros Chacareros y estancieros se junten y convoquen para matarlas y extinguirlas formando a determinados trechos zanjias en donde conducir las con facilidad por no estar todavia la langosta, en estado de volar quemandola, o enterrandola para cuio efecto su Señoria nombra al Mariscal Provincial Don Diego Mantilla a Don Juan Gonzales Theniente de Cavalleria, el primero pa-

ra que entienda para lo respectivo desde la Quinta del difunto Valente para el Sur, y el segundo desde dicha Quinta para la parte del Norte, quienes podian comisionar las personas que tengan por convenientes procediendo con arreglo a las Instituciones que se les subministrarán para que dirijan estas operaciones sin que ninguno de los referidos se escuse por ningun pretexto á un fin tan preciso y necesario que resulta en su propio provecho y del Comun pena que al que a' ello se escusase se le arrestará su persona y se le hará servir por un año a las obras publicas de esta Ciudad, para que llegue a noticia de todos lo mando publicar. Hecho en Buenos Ayres a 24 de Enero 1773 años Juan Jose de Vertiz Por mandado de S.E. Pablo Veruti Escrivanº.

&

&

&

760

XXIV

Bando de Don Pedro de Cevallos, Gobernador del Río de la Plata, sobre limpieza de calles, curso de aguas; no maten ganado en el bajo río; no se corra a caballo; lugar donde han de coger agua los aguateros; bailes y juegos. Buenos Aires, 6 de mayo de 1766. Copia 6 ff.32 cms. T. II, ff. 165-170. Col. Mata Linares.

Don Pedro de Cevallos, Cavallero del Real orden de San Genaro Comendador de Sagra y Senet en la de Santiago, Gentil hombre de Camara de S.M., con entrada, Teniente General de los Reales Exercitos Governador y Capitan General de estas Provincias del Río de la Plata y Ciudad de Buenos Ayres.

Por quanto han sido infructuosos los repetidos Vandos que se han promulgado hasta ahora, mandando componer las Calles de esta Ciudad, como así mismo sobre otros asuntos convenientes al buen gobierno, y bien publico dando las Reglas, y modo que se han de guardar para ello, sin que se haya verificado cediendo en perjuicio del bien Comun. Y haviendome el Ylustre Cavildo, representado que ha tomado la Providencia de nombrar comisarios de los mismos Vecinos en todas las Quadras de esta Ciudad por lo extencivo de ella para que estos con el auxilio que necesitaren, y se les dara hagan se ejecute la composición de las Calles con arreglo a lo mandado por el Vando que esta razon mande promulgar en 13

761

de Marzo de mil setecientos sesenta y dos. Por tanto ordeno y mando que en el día de la publicacion del presente se ponga en ejecucion la compocicion de las Calles observando el modo siguiente.

Los Dueños de Casas de esta Ciudad o las personas que las havitasen á cuenta de los alquileres hagan, sino la tuvieran hecha en su pertenencia, una Calsada de ladrillo ó Piedra de ancho de vara, fixando á trechos algunos postes para enbarasar que pasen por ella a cavallo, así mismo los vecinos de cada quadra concurren con los de enfrente a componer las Calles que les corresponden llenando los Ojos ó Pantanos que huviere de tierra o cascote de manera que todas queden llenas con la vertiente que deben tener segun el Padron de la Ciudad en que esta dispuesto que desde la Plaza para el alto corran las aguas de Norte á Sur hasta desembocar con las Zanjias; y desde la Plaza para el retiro se dirijan de Sur a Norte corriendo las Calles de Travesía de Poniente á Oriente y que en cada quatro esquinas se haga una calsada de Piedra de ancho de una vara que crece de una parte a otra, para que la Gente pueda transitar, cuyo costo se hará en esta forma. Los Dueños de las Lanchas traeran las Piedras que fueren necesarias segun los arreglasen los Comisarios nombrados para cuidar de que se ejecute esta obra y las otras mandadas por este Vando, los Carreteros deberán transportar la Piedra desde el Riachuelo á los Parajes que los mismos Comisarios, les asignasen, y los Dueños de dichas Esquinas costearan los demas de-

7

viendo ejecutarse todo con la Vrevedad maior sin demora alguna, pena de que al que fuere omiso, no solo se le cargarán los costos de la obra que le pertenece haciendo esta por Direccion de los mismos Comisarios, sino que se le sacará la multa que adelante se espresará, aplicada á la compocicion de dichas Calles.

Y Por que importa a la limpieza de las Calles la observancia de varios Capítulos que por Vando se promulgaron el dia 17 de marzo ultimo, para que así se cumplan, se repite que ninguno heche vasuras, ni inmundicias de dia ni de noche á las Calles, las que deveran sacar y arrojar á la Zanja fuera del Pueblo, cuidando de hacer varrer, y limpiar cada uno su pertenencia.

Los Carpinteros, Herreros, y demas gente de oficio, no hechen los fragmentos en las Puertas de las Calles como lo tienen de costumbre sino que hagan sacar á dichas Zanjas, para evitarse que atajen las corrientes a las aguas de que previene hacerse pantanos y posos poniendose intracitables las Calles.

Ytem Ninguna Persona que tuviera que edificar casa, componerla ó hacer qualquiera otra obra no haga el barro en la Calle ni los Carreteros atraviesen las Carretas en las Calles para descargarlas, antes las mantengan rectas para que no impidan el paso de la Gente, con comodidad, y sin riesgo, para lo que deveran traer Bueyes mansos.

Ytem, que no arrojen a las Calles animales muertos ni carne podrida, lo que saquen, y arrojen al

Campo, y por ningun pretexto ni motivos á la Rivera del Rio.

Ytem, que no maten ganado en el bajo del Rio pues estando inmediato a la Orilla las crecientes llevan toda la Vascocidad de que puede resultar detrimento a la Salud publica.

Ytem, que ninguna Persona corra a Cavallo por las Calles por las tropelias y desgracias que resultan especialmente con los niños lastimandolos, ni amarren á las Rejas y Puertas los Cavallos impidiendo el paso de la Gente.

Ytem, Los Aguateros, ó acarreadores que venden agua por las Calles no la cogan ni carguen en toda la extension del Rio que esta enfrente de la Ciudad por estar en este sitio el agua sucia, con la ropa que se lava y la deveran, presisamente cargar de Santa Cathalina para arriua pena de cien azotes al que contraviniere.

Ytem, que no se permitan bayles indecentes que acostumbran tener los negros, ni juntas de ellos, ni mulatos Yndios ni mestisos, ni tampoco juegos de que usan en quadrillas en el bajo del Rio, ni extra muros, ni en otra parte alguna

Ytem, que yguualmente no se permitan juegos de embite con la Gente española, en las tiendas y Pulperias.

Ytem, que los Corrales de encerrar ganado para abasto de esta Ciudad los saquen de dentro de ella, y los pongan en parajes comodoss de modo que puedan todos los dias sacar á pastar, y ver el ganado como deveran hacerlo, para que así la Carne se mantenga buena.

Ytem, que los que traen a vender comestibles y todo lo demas que diariamente es del consumo, y se ponen en la Plaza no dejen en ella vasuras y todos los des-

perdicios que de ello resulta, lo vuelvan a sacar en el día al Campo para que de ese modo no quede la plaza in-munda como hasta aqui ha sucedido.

Ytem, que los que venden el Carnero o Cordero no vengan a matarlos á la Plaza sino que los traigan muertos, y no maten ni vendan ovejas por Carneros, y así los Carneros que traigan muertos, han de tener la señal en que se verifique serlo, y los que venden las Perdices, y otras aves no las pelen en la Plaza ni en las Calles dejando las plumas, y si quisieren pelarlas las recojan y arrojen fuera de la Ciudad.

Ytem, que los Regatones o Revendedores no compren ni en poca ni en mucha cantidad ningun mantenimiento, Trigo, leña, carbon, Abes, no otra especie sin que primero vengan los que los traen a vender ó por la mañana para que los que necesitaren comprar en el Pueblo acudan y sean preferidos antes que los dichos Revendedores.

Ytem, que todos los dueños de Quintas cierren las Zanjas que tubieren aviertas contiguas a los Caminos, y no abran otras, pues por este motivo los han estrechados de modo que no puedan transitar los Carruajes y Carretas de que resulta el volcarse, y aun estrecharse los caminos excecivamente.

Ytem, Assi mismo, todos los que tubiesen cerrados o cortadas las Calles de las entradas, y salidas de la Ciudad, las hagan abrir, y dejar libres los Caminos en el termino de un mes contado, desde la Publicacion de este Vando, y no verificandolo, se cerraran dichas Zanjass y abriran los Caminos a costa de los Dueños de dichas Quintas. Todos los dichos Capitulos cumplan precissa y puntualmente a cada uno en la parte que le tocara, pena de doze pesos a qualquiera que no los obedeciese. Y por que para el cuidado de la observancia de lo que va

mandado en este Vando estan Diputados los Alcaldes Ordinarios, y Procurador General de la Ciudad y tambien los Alcaldes de la hermandad, especialmente á estos para hacer cerrar las Zanjas de las Quintas, abrir los Caminos, impedir el tambor y bayles indecentes, de los negros, y juegos en el Rio y extramuros se ha tenido por combeniente en concideracion á la grande extencion de la Ciudad y que todo se execute y cumpla con el Zelo devido, nombrar Comisarios de Varrios para que estos con más facilidad, y cada uno en las quatro quadras de la Pertenencia que se les ha señalado, hagan verificar y guardar quanto va mandado, exigiendo a los Contraventores, la multa que va prevenida ocurriendo en caso necesario á los Alcaldes ordinarios para que estos la saquen, y se entregue al Regidor, Don Manuel de Escalada Thesorero nombrado por el Ylustre Cavildo para el fin de emplearlas en la Compocicion de las mismas Calles á favor de los Vecinos indigentes. Y para que llegue á noticia de todos y ninguno pueda alegar ygnorancia se promulgara todo lo referido por Vando y se fixarán copias de el en los Parajes acostumbrados. Buenos Ayres seis de Mayo de mil setecientos sesenta y seis. Don Pedro de Cevallos. Por mandado de su Excelencia. José Zensano Escrivano Publico y de Gobierno.

& &

&

T

766

XXV

Bando de Don Francisco de Paula Bucarely, Gobernador del Rio de la Plata, sobre contrabando y comercio ilícito. Buenos Aires, 22 de septiembre de 1776. Col.Mata Linares. Tomo II. Fols. 177-178.

Don Francisco de Paula Bucarely Ursua Henestrosa Laso de la Vega, Villacis, y Cordoba, Cavallero Comendador del Almendralejo en la orden de Santiago Gentil hombre de Camara de S.M. con entrada Theniente general de los Reales Exercitos, Governador y Capitan general de esta Provincia del Rio de la Plata. etc.

Por quanto el extinguir ó contener en lo posible, el contravando y comercio Clandestino, de uno de los principales objetos que debe llevarse las primeras atenciones, asi por lo que interesa al Real Herario y la Causa publica, como por la utilidad que resulta al Comercio lícito de los Vassallos de su Magestad deseando asi mismo en desempeño de esta obligación, y de las mas presisas ordenes que sobre este particular, me ha dado nuestro Soberano, concaquente á no omitir arvitrio alguno, conque sin erir las leyes de la Justicia, y equidad se logre el fin y queden en adelante el Real Erario, en estado y el comercio, de algun modo reparado de los gravisimos perjuicios que han padecido, he determinado lo siguiente.

de

Que en atención á que los Reynos de España no se comercien a estas partes en los navios de registro, lienzos de lino, Camisas, Calsoncillos de lo mismo, y sombreros de Braga, los quales efectos unicamente vienen por la Colonia del Sacramento den por descomisos todos los de estas espe-

cies que se hallasen en los Almacenes y tiendas de esta Ciudad, y los demas lugares y pueblos de esta Provincia, y que se imponga á las personas en cuyo poder se aprehendieren y constase haverlas introducido, la pena que determina la Real Cedula de S.M. su fecha en San Ildefonso á cinco de Septiembre de mil setecientos y sesenta, y en la que quedan en su fuersa y rigor la pena de total perdimiento de bienes, se manda desterrar á todos los tranguesores á la Isla de la Piedra situada en medio del mar y en la altura del Callao por tiempo de diez años, y á razion y sin sueldo, cuya ejecucion deve entenderse despues de pasados dos meses de esta Publicacion, que se concidera un termino suficiente para el despacho de los que oy huviese, y se señala por perentorio, sin que cumplido dicho plazo pueda ninguno evitar la pena referida, con el pretexto de que tiene a su favor el titulo de haverlas rematado en publica Almoneda.

Que atendiendo á que muchos de los efectos que vienen de España en los Navíos de Registro, se introducen tambien por la vía de la Colonia como son bayetas, paños y Camellones, no pudiendose por esta Causa precaver con una absoluta prohibición, los perjuicios que ocasiona esta ilícita introducción, en la Provincia se observará, y practicara, que todos estos generos que hán conducido, y conduxeren en adelante los Navíos de Registro y se hallasen en las Tiendas de esta Ciudad y jurisdicción se manifieste inmediatamente para sellarse sobre con las Reales Armas, en el cavo y extremo de cada Pieza á fin de que distinguiendose por esta específica señal de los introducidos por la Colonia se puedan dar estos por descomisos, y procédese á las demas penas determinadas, sin otra averiguación que carecer del Real Sello, para lo qual, y teniendo presente el beneficio que tambien puede producirse, esta Providencia al Comercio, concurriran presisa-

mente con uno de los Jueces Oficiales Reales, Representando su derecho en calidad de Diputados Generales de el Don Juan de Leccica, y Torresuri, y Don Domingo de Basavilbaso Sujetos de notoria integridad y satisfaccion que he nombrado para la pronta y suceciba execución de todo lo prevenido en el Asunto sin que alguno pueda percivir emolumentos, por esta fatiga, ni imponer contribucion á las partes que medio Real por cada pieza que se señale para subenir á los gastos, de los Sellos, lacre, y otros que se ofrescan, y inter se elige arbitrio oportuno á establecer un seguro paraje, para la formal y continuada practica de esta diligencia y la evacuaran ahora por sola en las Casas de Almacenes, y tiendas respectivas de los Dueños de los tales efectos y recojan el Real Sello en las Casas con la custodia de dos llaves guardadas la una, los Jueces Oficiales Reales, y la otra los nombrados diputados generales y del Comercio, segun y como mas latamente advierten las particulares ordenes que les tengo comunicadas, a fin de precaver toda sospecha y fraude.

Que para obiar los fraudes practicados por los que manejan, y entretenían el Comercio clandestino, comprando de Almonedas aquellos efectos, y manteniendolos invendibles, á fin de abrigar los que ilícitamente introducian, se practique el mismo arvitrio de sellar en la espresada conformidad todos los generos que se compraron, y remataron en publica Almoneda en inteligencia que siempre, que se encontraren sin aquella Señal ó distintivo se ejecutará la pena determinada.

Que si llegase á tal extremo la malicia que alguno atentase falsear el Sello, fingirle ó suponerlo en dichas especies se le aplicarán las penas que las Leyes determinan contra los que falsean el Sello de el Rey, y tales, que sirvieren de escarmiento todos, y les hagan conocer la gravedad de este delito.

Que respecto á que entre las especies en que verifican los contraventores, este ilicito Comercio, se comprehenden tambien los negros, y que estos subcede venderlos en Almoneda

por el Tribunal de Real Hacienda, y espediendose por los rematadores, no constando el destino que les dieron, usan de arvitrio de franquear posteriormente papeletas para resguardar otros ilicitamente introducidos, mando que para obiar tambien esta trampa, esten estos rematadores obligados a dar por escrito Razon a el Tribunal propio de las Ventas ó destinos que verificaren de los dichos negros assi Rematados, y esto en el propio dia que lo executaren con su filiacion en inteligencia, que no haviendose dado esta determinada noticia no podra alguno valerse de este privilegio.

Y para que llegue a noticia de todos los Vecinos estantes y havitantes en esta Ciudad y su Jurisdicción mando publicarlo por Vando, el que se fixará, en la forma acostumbrada. Buenos Ayrés veinte y dos de Septiembre de mil setecientos y sesenta y seis. Don Francisco Bucarely Ursua.---- Por mandado de Su Excelencia.----Jose Zenzano Escrivano Publico y de Gobierno.

& &

&

XXVI

Real Cédula para que las autoridades civiles y militares de Indias informen sobre la conveniencia de establecer cementerios en las afueras de las poblaciones. Madrid 27 de Mayo 1789.- Copia 2 ff. 32 cms, T.CXIV, ff. 257-258. Col. Mata Linares.

El Rey. Por quanto Don Joseph de Ezpeleta, Gobernador, y Capitan General dela Isla de Cuba, y Ciudad de San Christoval de la Habana hiço presente en carta de tres de Febrero de mil setecientos ochenta, y siete que la mayor parte de enfermedades epidémicas que se conocían con distintos nombres arbitrarios, no tenían en su concepto otro principio que el de enterrarse en las Iglesias los cadáveres lo que era mas obvio en aquella ciudad, assi por hallarse los templos repartidos en toda la población, y convatirla unos ayres corrompidos, é impuros, a causa de su temperamento cálido y húmedo, como por que comprehendiendo maior número de personas que las que permitía su extensión y capacidad, en ciertas estaciones del año eran tantos los que se enterraban que en algunas Iglesias apenas podía pisarse sin tocar sepulturas blandas, y hediondas; bajo de cuyo concepto, para prevenir un daño tan considerable, propúso como medio urgentísimo, y conveniente a la salud publica el establecimiento de un Cementerio fuera de poblado en donde se enterrasen todos, sin excepción de personas, pues ademas de exigirlo assi las reglas de humanidad, en nada opuestas alas de religion eran bien palpables los efectos favorables que ofrescía esta providencia; añadiendo que su mucha escrupulosidad para tan importante prcausion le había hecho consultár este punto con el Reverendo Obispo que fue de aquella Diocesis Don Santiago Joseph de Echeverría, quien n sólo lo había apoyado, sino aun manifestádo lo que este mismo objeto comprendía una de las Constituciones de su nuevo Sínodo, el qual procuraría también promover con sus súplicas; y haviendose visto esta representacion en mi Concejo de las Indias pleno de três Salas, adonde

Rey mi Señor, y Padre, que santa Gloria haya fué servido de mandarla mitir con real orden de quatro de Junio del citado año de mil setecientos ochenta y siete, y un exemplár de la Real Cedula de treinta de ril del mismo, expedida por mi Concejo de Castilla para el establecimiento por punto general, en estos Reynos del uso de Cementerios ventidos, afín de que examinado este particular, consultase lo que tubiese r conveniente, á efecto de resolvér sobre él para todos los Reynos de dias, con presencia de lo representado en carta de la propia fecha r el referido Reverendo Obispo que fué de Cuba, como también en el o de mil sêtecientos setenta y nueve por el muy Reverendo Arzobispo Mexico, y de lo que en inteligencia de todo dijeron mis Fiscales, há rescido para la debida, y perfecta instruxion de un asunto de tanta avedad, pedir los correspondientes informes. Por tanto por esta mi al Cédula ordeno y mándo á mis Virreijes del Perú, Nueva España, y nue Reyno de Granáda, á los Presidentes y Governadores de mis Reynos de s Indias, é Yslas Filipinas, y demás Ministros que exercen mi VicePatro to Real, y ruego, y encargo á los muy reverendos Arzobispos, y reveren- s Obispos de las Iglesias Metropolitanas y Catedráles de los mismos minios, que cada uno por su parte informen por mano de mi infrascripto cretario, con justificacion y la brevedád posible lo que seles ofres- ere acerca del insinuádo establecimiento, con conciderasion a las cir- nstancias territoriales respectivas; comprehendiendo también en caso e que se estime conveniente el estado de las rentas de las Fábricas sus Iglesias. Si estas podrán sufragár el coste de lós mencionados menterios: el numero que se necesita en cada poblacion con proporsion su vecindario: a lo que podrá ascender su costo por un prudente cal- lo: y de que otros arbitrios, o, medios se podrá hechar mano, no siendo uél suficiente, para que tenga efecto su construxion, con el menor gra- men posible demi Real Erario; por ser assí mi voluntad. Fecha en Ma- id a veinte, y siete una rubrica = Por mandado del Rey nuestro Señor. nuel de Nestares = una rubrica = tres rubricas =.

&

&

&

XXVII

Real Cedula dirigida al Virrey del Río de la Plata sobre erección de una Audiencia en la capital de Buenos Aires. Madrid 14 de Abril de 1783.- Col. Mata Linares 2 fol. Tomo CX ff. 444-445.

El Rey: Virrey Gobernador y Capitan General de las Provincias del Río de la Plata. Bien enterado de lo que en Consulta de veinte y siete de Junio proximo pasado me hizo presente mi Consejo pleno de Yndias, despues de haver oido asu Contaduria General, y amis dos fiscales sobre lo combeniente que es ami Real Servicio y beneficio de mis vasallos, la Ereccion de una Audiencia en la Capital de Buenos Ayres, y terminos enque podrá executarse; he venido por mi Real Decreto de veinte y cinco de Julio siguiente en establecer una Real Audiencia Pretorial en la misma Capital de Buenos Ayres, la qual tenga por distrito la Provincia de este nombre, y las tres de Paraguay, Tucumán, y Cuió: Que berificada su establecimiento queden extinguidos en la misma Capital el empleo de Protector de Yndios, el de Defensor de mi Real Hacienda, y de Alguacil Mayor de aquellas mis Reales Cajas, y el de Auditor de Guerra luego que falte de alli el actual Asesor de ese Virreynato pues por aora deven continuar reunidos en el ambos encargos: Que la nueva Audiencia se componga del Virrey como Presidente, de un Regente, quatro oidores y un fiscal con cuió empleo ha de quedar unido el de Protector de Yndios: Que dos de estas plazas se probean precisamente esta primera vez en Ministros dela Audiencia de Lima, otra de ellas en una de la de Charcas; Otra en uno dela de Chile; para las quales , y las dos Restantes he prevenido ala Camara haga las Consultas en la forma acostumbrada. Que el Regente tenga el Sueldo annual de Seis mil pesos: Cada uno delos Oidores quatro mil, y lo mismo el Fiscal entendiendose esto para lo Subcesivo, y para los que aora entraren de nuevo; pues los que pasaren delas Audiencias de Lima, Charcas y Chile aser oidores; fiscal en la nueva Audiencia han de conser-

ar Sus actuales Sueldos mediante Ser mayores que los que van asig-
 dos: Que haya dos Agentes Fiscales, dos Relatores, y dos Escribanos
 e Camara con el Sueldo de quinientos pesos cada uno, y estas escri-
 anías se probean como oficios vendibles y Renunciabiles en cuja cla-
 e han de correr. Que haya un Capellan con el Sueldo de Trescientos
 esos, y la obligacion de decir Misa a los Pobres de la Carcel y en-
 ñarles las Doctrinas Christiana: Un Chanciller y Registrador cuyo
 ficio corra sobre el pie de vendible y renunciabie como en otras
 audiencias. Dos Receptores: Quatro Procuradores: Un Tasador y un Re-
 artidor, y todos estos oficios no tengan Sueldo, y sean vendibles y
 enunciabiles; y Finalmente haya los de Abogado y Procurador de Pobres
 os Porteros y un Barrendero, o dos: cuyos nombramientos se hagan por
 a Audiencia con la gratificazion que la pareciere sobre el ramo de
 enas de Camara. Asimismo he resulto que establecida que sea la nueva
 udiencia procedais con el Regente, y Oidores a formar sin la menor di-
 acion las correspondientes ordenanzas para Su buen Regimen, y gobier-
 o, teniendo presentes las de mis Reales Audiencias de Lima y Charcas
 e las que les pedireis copias como las que se formaron en dos de No-
 iembre de mil setecientos sesenta y quatro, para la que anteriormen-
 e hubo en la misma Capital de Buenos Ayres, de que os acompaño Copia,
 rreglandose para Su formacion a lo dispuesto en las Leyes adaptandose
 e al actual estado de las cosas, poniendolas provisionalmente en exe-
 ucion, y remitiendolas al enunciado mi Consejo, para mi Real aproba-
 ion; Todo lo qual os participo para que lo tengais entendido hagais
 otorio en donde combenga; y concurrais en la parte que os toca a su
 ntual cumplimiento, en inteligencia de expedirse con fecha de hoy
 s correspondientes Cédulas a mis Reales Audiencias de Chile y Char-
 s, para que les conste el Territorio que se agrega de su respecti-
 jurisdiccion y se aplica a la nuevamente establecida; y de esta
 dula se tomara razon en la Contaduria general del Referido mi Con-
 jo. Fecha en Madrid a catorce de Abril de mil Setecientos ochenta
 tres: Yo el Rey: Por mandado de el Rey nuestro Señor: Miguel de San
 rtin Cueto= Hay tres rubricas=.

&

&

&

774

XXVIII

Bando de Don Diego de Salas, Gobernador Interino del Río de la Plata, sobre limpieza de calles; no se echen animales muertos; pantano calzadas; panaderos y pulperías; incendios, rifas. Buenos Aires, 15 de Enero de 1782.-.Copia, 2ff.32 cms.T.II. ff.350-351. Col. Mata Linaires.

Don Diego de Salas Coronel de los Reales Exercitos Theniente Rey y Governador Ynterino de esta Plaza, por ausencia del Excelentísi Señor Virrey de estas Provincias del Río de la Plata. Etc.

Por quanto por repetidos Vandos esta ordenado, y publicado, lo que se d observar, para el aseo policía, y limpieza de las Calles de esta Ciudad con otros puntos interesantes al bien de la Republica, sin que hayan s tido su devido efecto, por lo que ordeno y mando, se observen guarden y plan los expresados vandos y Capítulos siguientes:

Que ninguna Persona eche basuras ny inmundicias en las Calles, rros, ni animales muertos, Carne podrida ni otros desperdicios, que ocasionan putrefacción, por el perjüicio que se sigue a la salud public cuidando de arrojarlas dichas inmundicias afuera de la Ciudad, pena de ze pesos.

Yttem que los dueños o havitantes de Casa, Tienda ó Quartos, dev tener limpia su pertenencia haciendola barrer todos los días, vajo la cha pena.

Ytt. que los Pantanos que hay en varias Calles los llenen de rra, y cascote, dexandole la vertiente correspondiente para que corran aguas, pues según opinión de los Medicos se han experimentado epidemi de Llagas y otras enfermedades ocasionadó de la corrucción que causan las aguas detenidas con las basuras e inmundicias, que arrojan en los tanos, pena que se llenaran a costa de los vecinos de las pertenencias las Casas a mas de que por su inovediencia se les exijira la Multa, a da vecino que corresponda de los doze pessos expresados.

Ytt. que en atención a que las Calzadas o veredas que havian los lados de las Casas para poder transitar en tiempo de Lluvias se demolico y desechon en la Mayor parte las Refracciores y hagan de nue

uno e su pertenencia pena que si pasados dos meses que para esta n se señalan no lo huviesen verificado se hará a costa de los Due- de dichas Casas, y à mas por la inovediencia se les exigirá la misma a de doze pessos.

Ytt. Que los Panaderos, Pulperos, ninguna otra Persona pueda tener enga en sus Casas, Quartos ni Corrales; acopiadas porciones de Leña de o Viznaga, Rama, ni otra que pueda ocasionar incendio en la Ciudad ,y do mas se les permitirá hasta solo la cantidad de quatro pesos, y es- on las precauciones, y cuidado devido a que no prenda fuego so la pena a responsavilidad que por no cuplirse este mandato se siguiese en la ad, y la de 100 pessos.

Ytt. que siempre que por alguna desgracia se prenda en la Ciudad o sea la hora que se fuese dia o noche tengan la obligación de acudir a darle todos, especialmente las Justicias para dár las disposiciones sarias a evitar todo tropel, y desorden: Los Carpinteros y Albañiles hachas, y otros instrumentos para cortarle, donde fuese necesario, y aguateros ó acarreadores del agua para traerla prontamente del Río, la misma pena de doze pessos.

Ytt. que haviendose observado de algun tiempo a esta parte, que ifan varias cosas estando prohibido por las Leyes y providencia de Gobierno, ninguna Persona de qualquier estado calidad, y condeccion sea pueda hacer dichas Rifas por los fraudes que de ello se comete perjuicio del publico, pena de perdimiento de la alaja, o prenda que ifase y de veinte y cinco pesos de multa.

Ytt. que los Panaderos ni otra persona alguna pueda acopiar ni rar porciones de Trigo en la Campaña Quintas ni extrapuros sin que ero venga á la Plaza publica y se mantenga á lo menos veinte y quatro as para que pueda proveerse el vecindario pena de perdimiento del que tra forma se comprase, y de cien pesos de multa.

Todos los quales dichos Capítulos se cumplirán iniolablemente s dichas multas se aplicarán por la mitad para la Camara de S.M. y de Niños Expositos y el celo, y cuidado, de quanto vá mandado á los lidos Ordinarios y de Barrio y demas Justicias, de esta Ciudad. Buenos s 15 de Enero de 1782= Diego de Salas= Por mandado de su Señoría= of Zenzano= Escrivano de Gobierno.

&

&

&

XXIX

Real Orden al Virrey de Buenos Aires para qu proporcione a la Casa de Niños Expósitos de la ciudad otros arbitrios que no sea la exclusiva de venta de catones, catecismos y cartillas. El Pardo, 12 de febrero de 1788. Copia lf. 32 cms T.CXIV, f. 16. Col. Mata Linares.

Don Alfonso Sanchez Sotoca. Capitan retirado a esta Plaza de Buenos Ayres y Administrador de la Imprenta establecida en ella ha ocurrido al Rey exponiendo que don Juan Josef de Vértiz antecesor, que fue de V.E. mandó que disfrutase por diez años privilegio exclusivo de imprimir, y vender en el Distrito de ese Virreynato de Caton, Catecismo y Cartilla con el piadoso fin de dar un buen ingreso para la manutención de la Casa de Niños expositos de esa Ciudad que acabava de erigirse: que el expresado privilegio no ha tenido el efecto deseado con motivo de que los Buques de Comercio conducen de España muchos cajones de las citadas obras, y que aunque a sus Dueños se les ha requerido con el citado privilegio que en Puertos de esta Peninsula han pagado los correspondientes derechos y no se les ha puesto el menor reparo en su embarque. Que con este motivo los Administradores encargados en varias Ciudades de ese Virreynato de la venta de los que se imprimen en Buenos Ayres le representan frecuentemente el ningun despacho que tienen por los muchos exemplares que se remiten de España; de que resulta que lo poco que produce la Imprenta se gasta en los sueldos de Operarios à quienes es indispensable mantener, por que si llegan a faltar no es facil su reemplazo. Que sin embargo del desvelo de este Administrador, va en decadencia la expresada Casa, y para que no llegue el caso de su total ruina concluyo con la pretensión de que se conceda à dicha Imprenta privilegio exclusivo y perpetuo de imprimir el Caton, Catecismo y Cartilla para las Provincias de ese Virreynato, y que a su consecuencia se comuniquen las ordenes correspondientes à las Aduanas de los Puertos de esta Peninsula para que no permita su embarco; bajo la pena de Comiso. Enterado S.M. de esta pretensión no ha venido en conceder el Privilegio que

777

-71-

solicita ,y ha resuelto que V.E. busque, y proponga arbitrios con
e pueda subsistir,y adelantarse la cita Casa de Niños Expositos,fun-
da en esa Capital lo que executará con la brevedad posible a fin de
e un establecimiento tan util a la Humanidad,y tan interesante al
tado no llegue a su total ruina como recela Don Alfonso Sanchez Soto-
. De Real Orden la participo a V.E. para su debido cumplimiento. Dios
arde a V.E. muchos años. El Pardo doce de Febrero de mil setecientos
henta y ocho = Antonio Porlier = Señor Virrey de Buenos Aires .-

&

&

&

XXX

Bando de Don Diego de Salas, Gobernador Interino del Río de la Plata, acerca de lo que deben observar los aguateros. Buenos Aires, 27 de Julio de 1781. Col.Mata Linares Tomo II. Fol. 345.

Don Diego de Salas Coronel de los Reales Exercitos Teniente de Rey y Governador interino de esta Plaza por ausencia del Exmo Señor Virrey. Governador y Capitan General.

Por quanto, sin embargo de que por el Vando de buen Gobierno que se publico en veinte de Septiembre del año pasado de mil setecientos y setenta, entre otras cosas se prohibio, que los Aguateros, ó acarreadores del Agua no la pudiesen cojer en todo el frente de la Ciudad so las penas en el contenidas que és el dicho Capitulo del tenor siguiente

Yttem que los Aguateros ó acarreadores que venden agua por las Calles, no las cojan, ni carguen en la extencion del Rio, que esta frente de la Ciudad, por estar este sitio el Agua Sucia con la Ropa que laban y la deveran cargar precisamente desde Santa Cathalina para arriva, sin que por este motivo, hayan de alterar de precio, pena de cien azotes el que contraviniere, y un mes de Barranda. Yeen atencion á que se ha observado la ignoservancia del capitulo copiado de que se sigue perjuicio al bien Publico en la Salud: Por tanto, ordeno y mando, se guarde y cumpla el dicho Capitulo bajo la pena en el expresada, y á demas la de prendimiento de la Cavalladura, Varriles, y avio de Cavallo, con que se reagravara al que quebrantase este Vando y duplicada pena de Azotes y Varranca llevando solo el medio real por Viage en qualquier dis-

tancia de la Ciudad, se encarga el Celo y cumplimiento de este Vando, á los dos Alcaldes Ordinarios, Regidores y demas Justicias de esta Ciudad, Patrullas y Cabos Militares, para que todos propendan asu observancia fecho en Buenos Ayres á veite y siete de Julio de mil setecientos ochenta y uno = Diego de Salas = Por mandado de S.S. = Josef Zensano: Escrivano de Gobierno.

& &

&

780

XXXI

Real Cédula dirigida al Virrey del Río de la Plata sobre lo propuesto acerca de gravar las especies para ampliar el Hospital General de Buenos Aires, pero S.M. recomienda que no se graven los aguardientes y vinos.- Aranjuez, 24 de mayo de 1795.- Cópia. 3 ff. 32 cms. T. CXVII, ff. 405-407.- Col. Mata Linares.

Virrey Gobernador y Capitan General de las Provincias del Río de la Plara y Presidente de mi Real Audiencia de Buenos Ayrés.

En representación de 12 de marzo de 1787 hizo presente al Procurador General de la Religion Betelemítica que quando se entregó a su Religion el Hospital de esa Ciudad solo matenia 15 camas pero que haviendose aumentado la Poblacion considerablemente aun no eran suficientes ochenta y algunas vezes Cien Camas que mantenía para Europeos, Militares, Marineros, Yndios, Presidarios, Mulatos, y Negros que acudían á curarse de todas enfermedades, aun las incurables, y contagiosas, que eran necesarias á lo menos doscientas Camas, cuya colocacion no permitía la estrechez del Hospital, ni la cortedad de la Renta la extencion de su fabrica; y para ocurrir á uno y otro proponía solicitando mi Real aprovacion el arvitrio de gravar las especies, que no fuesen de primera necesidad, asegurando que el pueblo no llevaría á mal esta carga por hallarse cerciorado de la urgente necesidad que la motibava, lo que apoyaba con varios Informes y Documentos. Y a su consecuencia por Real Cedula de trece de octubre de dicho año de 1787. Se previno á vuestro antecesor que oyendo al fiscal de esa mi Real Audiencia y teniendo a la vista el Expediente causado en esa Yntendencia (que se le pasaría original por la Junta Superior de Real Hacienda) so-

781

bre los arbitrios para dotar dicho Hospital y su traslacion á la Casa llamada de la Residencia, informase con la posible brevedad lo que tubiese por conveniente, y propusiese otros medios si los hallase menos gravosos al publico, y al Comercio, añadiendo noticia circunstanciada de las Reales Cédulas que se huviesen expedido para señalar fondos a dicho Hospital, y de los bienes que hubiesen adquirido los referidos Religiosos por otros títulos. Con igual fecha se expidió otra Cédula á la Junta Superior de Real Hacienda de esa Ciudad y en 18 de Enero de 1791 informó acompañando testimonio del Expediente formado en el particular, proponiendo las especies de puro vicio que le parecía se podían gravar para la aplicación y subsistencia de dicho Hospital. También por parte del Cabildo Secular de esa Capital se hizo instancia al mismo tiempo solicitando se declarase la intervencion y conocimiento que debe tener en el Gobierno, administracion, e interbencion de las Rentas del citado Hospital, y que en caso necesario, y para exponer instructivamente las regalías que en esta parte le corresponden, se le mandase entregar el Expediente. El Virrey vuestro antecesor cumpliendo con lo que se le previno en la citada Real Cédula de 13 de octubre de 1787 expone en representacion de 20 de septiembre de 1792 que por otra de 28 de junio de 1730 se impuso la contribucion de un pesso en Oñre o Barril de Aguardiente de la Tierra que se introduce en esaa Capital para la subsistencia del referido Hospital que es la principal

782

entrada que reconoce y asciende en su mayor ingreso a 7013 pesos al año de 83 y llego a bajar hasta 1017 en el de 89 con motivo de la introduccion de Aguardiente de España que ha facilitado el Comercio libre. Que los demas Ramos que componen sus rentas son eventuales y de cortissimo ingreso reducidos á las Limosnas voluntarias de los fieles al pie del Altar, Estancias de los Militares que curan en el a razon de 4 reales cada uno, las que causan los Esclavos al mismo respecto, algunos censos sobre fincas, que ordinariamente no pueden cobrar, y el Noveno y medio que le asigna la Ley sobre la Media Decimal que todo compone 4192 pesos y 7 reales en cada año girada la cuenta por el Quinquenio de fin de 1784. Que esta igualmente comprobado, y es constante que el referido Hospital con estos cortissimos ingresos mantiene igualmente mas de cien camas diariamente ocupadas, que estan colocadas en grandissima estrechez, y tanto que algunas de ellas se ponen en el suelo por no haver lugar para la Tarima. Que los Religiosos tampoco reservan sus propias Celdas, y las franquean al intento quando lo exige la necesidad. Que en medio de esta opresion admiten a todos los enfermos que llegan a sus puertas con mucha caridad, aun quando algunos vayan tocados de enfermedades contagiosas en que padecen mucho riesgo los demas, y en tan estrechas circunstancias dice se hace ya imposible tratar seriamente de ampliar aquella pobre casa de Caridad, que es la unica que tiene la

Capital de un Virreynato, y aumentar sus camas con amplitud y desahogo, a lo menos hasta el numero de 200, fijando las Rentas competentes a mantenerlas diariamente ocupadas. Que con tan laudable obgeto, como urgente necesidad, se me dirigieron dos expedientes bien instruidos; el primero por la Junta Provincial de Temporalidades, proponiendo la aplicación de Edificio que fue de los Regulares Expulsos nombrado la Residencia para la traslacion del referido Hospital; y el otro por la Junta Superior de Real Hacienda proponiendo gravar el Aguardiente que se lleva de España con un peso por Barril como lo está el de la Tierra. Que en substancia excedis me digne ampliar aquella gracia que ya se concedió por la citada Real Cedula de 28 de junio de 1730, y ademas con dos reales el Barril de Bino de España para poder completar el ingreso necesario a mantener las referidas 200 Camas ocupadas. Que ambos Arbitrios considera son los mas suaves, y proporcionados que se pueden elegir, assi porque recaen sobre especies de puro vicio que conviene gravar como por que una y otra no guardan proporcion en sus cargas con las del Pais, pues el Aguardiente de la Tierra sufre dos pesos por Barril, uno para el Ramo de Sisa y fortificacion, y otro para el Hospital y el Bino un peso para el mismo Ramo de fortificacion, y por esta regla se comence que aun con esta contribucion si me digno aprobarlas quedará el Barril de Aguardiente de España con la mitad del gravamen del de la Tierra y el de Bino con seis reales menos, sobre cuyas diferencias se podrá tratar

784

en su respectivo expediente de la Cantidad que se debre proponer para propios de la Ciudad que se halla también muy necesitada para ocurrir á otras atenciones urgentissimas en particular la de la Carcel que no alcanza a encerrar los delincuentes que produce la Provincia, en cuya consideracion clama el Cavildo en sus Ynformes, pretendiendo tambien sobre las mismas especies su imposicion. Que igualmente merece su lugar para graduar lo suave de este gravamen la consideracion de que el Publico que lo ha de sufrir, vá a disfrutar un setenta y cinco por ciento de baja en el gasto de la curacion de sus enfermos y las de sus Esclavos, por que hasta aqui pagan los que tienen proporcion quatro reales por Estancia, y quando se imponga la citada contribucion solo pagará dos reales y medio a que queda reducida segun lo contratado y convenido con los Religiosos que profesan Caridad y pobreza, y se proponen su merito en asstir por si mismos á los enfermos, como lo executan con mucho esmero, y mi Real clemencia esta pagando en el dia a razon de quatro reales que es precio comun de las que causan los Militares enfermos en el nominado Hospital, y en los años antecedentes han llegado á siete y ocho rreales las de Montevideo, incluso los gastos que causan por la Real Hacienda ademas de las especies que componen la Estancia. Que en el dia se esta subscitando en Jun-

785

ta Superior otro Expediente sobre tomar por Asiento el Hospital de Montevideo, y aunque la propuesta mas baja se ha hecho a quatro reales debe considerarse que saldrá a seis respecto de los renglones que habran de costearse por cuenta de la Real Hacienda los quales los suplen y toman sobre los religiosos en el de Buenos Ayres bajo el expresado equitativo precio de los dos reales y medio por Estancia. Que el manejo y distribucion de estos caudales considera que estaria mejor en las Cajas Reales que en los individuos del Cavildo, sin que la calidad de ser Ramo municipal le de Derecho á su Administracion como lo indican en sus Ynformes y la intervencion que ya les señala la Junta Superior en su ultima providencia es la que con la que conviene que tengan para celar la buena asistencia de los enfermos tomar todo el conocimiento que les pueda competir en los Libros de entrada y salida, y estan a la mira de qualquier abuso que acaso se intente introducir. Y por ultimo manifiesta dicho Virrey que el Ramo nombrado de Guerra que tambien es Municipal, y lo impuso el Cavildo con su Real aprobacion para mantener la tropa de Blandengues, que defienden la frontera de aquella Provincia sufrio muchos quebrantos en los primeros años de su establecimiento mientras se administró por el Cavildo hasta que á presencia de las circunstancias lo mandó enterrar en Cajas Reales y administrar por sus Ministros Don Pedro de Cevallos en su primer Gobierno de esta Provincia y desde entonces no se ha experimentado el menor desfalco y se lleva con mucho acierto y formalidad su cuenta y razon. Visto en

T

786

mi Consejo de las Yndias con lo informado por su Contaduría General y expuesto por mi Fiscal haviendome consultado sobre ello teniendo por conveniente no gravar con cantidad alguna el Bino y Aguardiente de España he resuelto se discurran otros arbitrios para dotar dicho Hospital que no recaigan sobre el Comercio de Generos y frutos nacionales que deseo prosperar y no se lograría imponiéndole sobrecargas. Y en quanto a la traslacion del mismo Hospital á la Cassa llamada de Residencia, he tomado la Providencia correspondiente para su establecimiento en ella. Lo que os participo a fin de que como os lo mando dispongais tenga el debido cumplimiento, la referida Real resolucion por lo tocante a que se propongan arbitrios para la subsistencia del mencionado Hospital de Betelemitas de esa Capital. Fecha en Aranjuez a 24 de mayo de 1795.- Yo el Rey.- Por mandado del Rey Nuestro Señor.- Silbestre Collar.

& &

&

787

XXXII

Real Cédula dirigida al Virrey del Perú ordenándole contribuya con 2.000 pesos al año, y por espacio de ocho de los Ramos que se expresan para el auxilio de la Casa de Misericordia de la Ciudad de Buenos Aires.- El Pardo 11 de Enero de 1777.- Archivo General de Indias. Indiferente General. Legajo 2971.

El Rey = Mi Virrey, Gobernador, y Capitan General del Reyno del Perú, y Presidente de mi Real Audiencia de la Ciudad de Lima. Teniendo presente las justas Causas que semé han manifestado por parte de la Hermandad de la Santa Caridad de Buenos Ayres, para hacer ver el Estado que tiene la Casa de misericordia de aquella Ciudad, donde se recojen las Pobres Huerfanos, y solicitar auxilios con que poder ocurrir á los fines de su establecimiento y con consideracion tambien á lo que en consulta de diez y seis de Diziembre del año proximo pasado, me ha expuesto el Consejo de Indias á cerca de lo necesario que es la subsistencia de dicha Casa de Misericordia como obra tan piadosa, y en que tanto interesa la Causa publica; he venido en hacer la Consignacion de dos mil pesos en cada año por espacio de ocho a favor de la expresada Casa, situando esta Cantidad sobre las Vacantes Mayores, y Menores, Mesada Eclesiastica, y Reales Novenos de ese Reyno del Peru, y respecto á esto os mando dispongais desde luego la verificacion de esta mi providencia, cuidando de hacer se remita su importe anualmente á las Cajas de Buenos Ayres, pues con intervencion del Gobernador de aquella Ciudad, y de los oficia-

les de mi Real Hazienda quiero se entregue este Caudal á la Persona que haga la parte principal de la Referida Hermandad de la Santa Caridad, y Casa de Misericordia, y que en virtud de esta mi Real Cedula queden á cubierto de su erogacion los officios principales de mi Real Hazienda de esa Ciudad, donde deberá tomarse á este fin razon de ella como igualmente en la Contaduria General de mi Consejo de Indias para que se halle con Ynstruccion de esta mi determinacion. Dada en el Pardo á onze de Enero de mil setecientos setenta y siete = Yo el Rey = Don Josef de Galvez Tomose Razon en la Contaduria de las Indias. Madrid. catorze de Enero de mil setecientos setenta y siete = Don Thomas Ortiz de Landazuri.

&& &&

&

789

XXXIII

Real Cédula al Virrey y Audiencia de Buenos sobre los medios y arbitrios para la subsistencia de la Casa de Niños Expositos de Buenos Aires. San Ildefonso, 12 de agosto de 1.792. Col. Mata Linares. Tomo CXVI. Fols. 140-141,

Virrey Gobernador y Capitan general de las Provincias del Rio de la Plata, y Presidente de mi Real Audiencia de la Ciudad de Buenos Ayres.

Con Carta de veinte y uno de Enero de mil setecientos noventa y uno remitisteis el Expediente formado sobre los medios y arbitrios que juzgais mas eficaces para la subsistencia de la Casa de Niños Expositos de esa Capital. De los mencionados Documentos resulta que habiendo solicitado el Capitan Don Alfonso Sanchez Sotoca Administrador que era de la citada Casa de Expositos se le concediese Privilegio exclusivo, y perpetuo de imprimir el Caton, Catecismo y Cartilla, para todo el Distrito de ese Virreynato se le previno en Real orden de doce de Febrero de mil setecientos ochenta y ocho no haberse condescendido a su solicitud, y que buscasse, y propusiese arbitrios con que pudiese subsistir, y adelantarse la misma Casa para precaver la total ruina de este Establecimiento tan interesante á la Humanidad, y al Estado. Que en su cumplimiento y teniendo entendido mi Virrey Marques de Loreto corría a cargo de la Hermandad de Caridad la expresada Casa, y que havia representado el Yntendente General como hermano mayor de aquella la necesidad de arbitrios para su subsistencia y propuesto algunos hizo prevenir a Don Manuel Rodriguez

de la Vega, y Don Pedro Diaz de Vivar como individuos que havian acreditado su celo, el primero en beneficios pecuniarios, y el segundo en el manejo de dicha Casa de Misericordia Ministrasen los precisos conocimientos con que formalizar las actuaciones correspondientes para tomar los necesarios, y señaladamente que aprontasen Documentos de los Propios o fincas de este Establecimiento, y su fundacion, como también de la Real aprobacion que tubiese la Hermandad, y de la autoridad legitima que residiese en ella para el gobierno inmediato de la referida Casa instruyendo assi mismo del liquido producto de las mismas posesiones y propios, ordinarios gastos, y sobrante o empeño. Que luego que estos dos benefactores de la Casa juntaron los indicados Documentos, y evacuaron el Ynforme prevenido resultó de todo que las fincas, y fondos de dicha Casa de Expositos, consisten en una que aplico interinariamente la Juntade Temporalidades de esa Capital para el recogimiento de ellos, y en que los Regulares expulsos daban Exercicios á las Mugeres en otras nueve posesiones biejias entre Casas y Quartos, que producen al año Mil cinquenta y seis pesos sin incluir una de que hasta ahora no se ha satisfecho alquiler alguno y podrá rendir el de doscientos quarenta pesos, en mil que contribuyen los Ympresores de la Casa de Comedias que se duda pueda subsistir por la decadencia en que van ésta; en una que se representa cada año de cuenta de los Expositos, y les produce segun Computo prudencial quinientos pesos en mil quatrocientos del arrendamiento de dicha Ymprenta; y en quinientos pesos a que se consedra ascender cada año las Limosnas de subscripción. Que de los quatro mil quatrocientos cinquenta y seis Pesos anuales total de estos fondos, solo quedan liquidos a juicio prudente quatro mil por imbertirse los quatro cientos cinquenta y seis restantes en los frequentes reparos que necesitan las fincas como antiguas y mal tratadas. Que los gastos de la Casa consisten en cinco mil treinta y un

pesos de salarios de Amas; en ochocientos setenta y seis para la manutención, y subsistencia de ella; y en doscientos quarenta de ropa; y ascendiendo estas partidas á seis mil ciento once pesos (en que se considera habrá subcesivamente aumento por el que va teniendo ese vecindario y vienen a faltar annualmente para los precisos gastos de la Casa dos mil ciento once pesos por cuya causa ascendian sus empeños en fin de Agosto de mil setecientos noventa á veinte mil seis cientos quatro pesos dos y quartillo reales, de los que havia suplido diez y ocho mil trescientos ochenta y cinco pesos uno y tres quartillos reales el citado Don Manuel Rodriguez de la Vega, Thesoroero de ella, y los restantes dos mil doscientos diez y nueve pesos y un quartillo reales Don Martin de Sarratea Administrador que fué de la misma Casa. Que el expresado annual empeño, y el subcesivo aumento de ese vecindario que le ocasionará mayor, la necesidad de ir redificando las fincas como viejas y ruinosas, y la de satisfacer con los sobrantes anuales aquellas quantiosas deudas, expresais en vuestra citada Carta han hecho conocer que para la segura subsistencia de la Casa deben ascender sus Rentas á nueve mil pesos y que para proporcionarlas en la parte que fuese dable, propuso dicho Intendente General como Hermano mayor de la Caridad en representacion de siete de mayo de ochenta y ocho la contribuci'ón de medio real por cada pieza, o media Carga que deba marchamarse en esa Real Aduana, respeto ano satisfacer por ello el Comercio cosa alguna; Y assi mismo la esclavitud en favor de dicha Casa de los Negros y Mulatos que se arrojasen en ella. Que el Derecho de Marchamo podrá ascender annualmente a quatro mil seiscentos setenta y seis Pesos y dos reales segun calculo formado por el Administrador de la misma Aduana cuya aplicacion a beneficio de la Casa haría ascender sus Rentas

con poca diferencia á los expresados nueve mil pesos que necesita para su subsistencia y satisfacer los empeños contrahidos, a que debe agregarse el producto de la Venta de los Negros y Mulatos arrojados al Torno, si me dignase declarar su Esclavitud en vista de las consideraciones con que se propuso; bien que en este caso podria ser raro el que se arrojase, y consiguientemente no mereceria consideracion la utilidad que reportase por ello la Cas. Y por ultimo manifestais que el arbitrio del Marchamo es el unico que se ha escogitado como factible, y suficiente, y por tal lo proponeis a consecuencia de la citada Real Orden, persuadido a que el mismo Comercio lo pague con satisfaccion por refundirse en beneficio de un Establecimiento en que se concilian atenciones Religiosas, humanas y Politicas, segun se ha expuesto por los Diputados del mismo Comercio. Y habiendose visto en mi Consejo de las Indias con lo informado por su Contaduria General expuesto por mi Fiscal y consultandome sobre ello, he resuelto no siendo adactable el medio de que se declare la Esclavitud en favor de dicha casa de Expositos de los Negros y Mulatos que arrenjen a ella; en quanto a la contribucion de medio real que debe satisfacer cada media carga que se marchame en esa Real Aduana, en atencion a la necesidad de aumentar la dotacion del mismo Hospital y que esta se verifique por el medio mas equitativo, y que cause menos perjuicio al Comercio ni a otro Cuerpo en particular se forme en esa Capital de Buenos Ayres, una junta compuesta de vos el Regente, Reverendo Obispo, un Oydor de esa mi Real Audiencia, el Fiscal de lo Civil, el Procurador Sindico, y dos Diputados del Comercio, en cuya Junta tomandose un conocimiento radical del estado de los fondos del Hospital, y sus cargas se propongan y acuerden los medios mas proporcionados para su subsistencia, dandome vos cuenta de aquellos en que se conformare la mayor parte de vocales

y acompañando los Votos particulares si los huviere para que con la mas completa instrucción se pueda resolver, y adaptar el medio mas equitativo para la subsistencia de tan piadoso Establecimiento. Lo que os participo para que como os lo mando dispongais tenga el debido puntual cumplimiento esta mi Real determinacion. Fecha en San Ildefonso a doce de Agosto de mil setecientos noventa y dos = Yo el Rey Por orden del Rey Nuestro Señor = Silvestre Collar = Ay tres Rubricas = Al Virrey de Buenos Ayres: sobre lo resuelto acerca de los medios y arbitrios que ha propuesto para la subsistencia de la Casa de Niños Expositos establecida en aquella Capital.

& &

&

794

XXXIV

Real orden desaprobando el proyecto de gravar el vino y el aguardiente de España para dotar el Hospicio de Buenos Aires. San Ildefonso, 31 de agosto de 1793. Col. Mata Linares. Copia. Tomo CXVI. Fols.467

A consulta de la junta general de Comercio y Moneda se ha dignado el Rey desestimar el proyecto que se ha concebido en esta Ciudad de gravar á los Aguardientes de España con seis pesos y seis reales en cada Pipa y cinco pesos dos reales en las de vino para dotar con este fondo esse Hospicio de Niños Expositos. S.M. mira y mirará con desagrado este y todo proyecto ruinoso del Comercio nacional y me manda decir a V.E. como lo ejecuto que advierta a los Administradores del Hospicio busquen otros Arbitrios que no sean perjudiciales al Comercio lo que de su Real Orden participo a V.E. para su inteligencia y cumplimiento: Dios guarde a V.E. muchos años. San Ildefonso 31 de agosto de 1793 = Gardoqui = el Virrey de Buenos Ayres.

& &

&

795

XXXV

Expediente sobre el establecimiento de una Casa de Niños Expositos hecha por el Virrey de Buenos Aires, y arbitrios de que se ha valido para ello. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 242. 14 fols.

Buenos Ayres. Consejo. 1782.

En cartas de 26 de Enero de 1781, acompañando testimonios expuso en una que no siendo suficientes las aplicaciones de aquella Junta Superior hecha á la Casa de Expositos para su sustentacion entre otros arbitrios que busco para ella sin gravar al publico, fue el uno un establecimiento de una Imprenta, util y necesaria en aquella Capital la que puso desde luego en efecto recogiendo una que havia muchos años estaba abandonada en el Colegio de Monserrate, y pidio por las razones que expresa su aprovacion y confirmacion.

En la otra que acreditada la grave necesidad que avia de que se erigiese en aquella Capital una Casa de Cuna, para evitar los funestos sucesos que se justifican y proporcionada por la Junta de aplicaciones alguna dotacion en los fondos de temporalidades, accedio al establecimiento de que pidio aprovacion y confirmacion.

Por acuerdo del Consejo de 26 de Mayo siguiente se mandaron pasar al Señor Fiscal, y en sus respuestas de 8 de Junio dixo deverse pasar a la Contaduria para que sobre cada una informase lo que se le ofreciese y pareciese, y así lo acordó el Consejo en el dia 16.

La Contaduria en su informe de 7 de Enero de este año expuso que por uno de los dos testimonios resultava que

aviendo representado el Procurador Sindico general de dicha Ciudad de Buenos Ayres la grave necesidad que avia en ella de una Casa de Cuna en que recogerse los Niños que se expusieran en su torno, para que se les alimentase con Amas de Leche y se mantubieran de todo lo necesario, y educasen en el Santo temor de Dios y demas que conviniera á su buena crianza; mandó el Virrey por su Decreto de 17 de Junio de 1779 se recibiera la Informacion que solicitaba el Sindico al tenor de los particulares contenidos en su escrito.

Que evacuadas estas diligencias por el Ayudante mayor Don Josef Borraz á quien se cometieron, se pasaron en vista de otro decreto del Virrey de 5 de Julio del mismo año á la Junta de aplicaciones para que conociendose la urgente necesidad que justificavan tratase de los medios que pudieran repararla.

Que lo hizo así la Junta manifestando entre otras cosas era indispensable y preciso el destinar, y señalar en dicha Ciudad una Casa para que se recogiesen los expositos, que la piedad cristiana determinase para que no experimentasen los peligros espirituales, y temporales que se refieren en dicha Informacion, y teniendo presente que la Casa de ejercicios de Mugeres que casi desde la expulsion estaba sirviendo de Arsenal, era muy comoda y propia para este destino, aunque fuese interinamente, respecto de que por la misma Junta estava aplicada al propio fin de su ereccion, y consultado á S.M. segun constava del acuerdo de 24 de Septiembre de 1773 y que interin se resolvia este punto, se podria pensar en hacer otra con todas las comodidades que requeria su constitucion; y reflexionando que para la ereccion de dicha Casa subsistencia y manutencion de las Amas paga de salarios y demas alimentos y gastos que son indispensables se hacia preciso aplicarle algun fondo; fueron de parecer asimismo los vocales de dicha Junta, se les destinase y aplicasen los nueve quartos ó vobiendas que se especifican, y redituan annualmente 882 pesos liquidados vajadas obras y vacios.

Que por Decreto de 14 del precitado mes de Julio mandó el Virrey se pusiera desde luego en execucion el uniforme dictamen que explicaban los vocales de la Junta en atencion á los hechos que lo fundaban, y resultaban de la Informacion producida por el Procurador Sindico General y ocurrir á la urgentisima necesidad y lamentables sucesos que por Mor se acreditaban.

Que por el otro testimonio constaba que informado el Virrey de que en el Colegio de Enseñanza que llamaban Convictorio nombrado Nuestra Señora de Monserrat de la Ciudad de Cordova de Tucuman se hallaba una Imprenta de que no se hacia uso alguno desde la expulsion de los Exjesuitas, dispuso se conduxese a la de Buenos Ayres; como asi se ejecuto con todos sus efectos y utensilios.

Que en este estado se presento Don Josef de Silva y Aguiar Librero del Rey, y Bibliotecario del Real Colegio de San Carlos en dicha Ciudad por la Junta de Temporalidades representando entre otras cosas ser notorio el beneficio que resultaria á aquella Capital y Virreynato con el establecimiento de dicha Imprenta , aplicando como se pretendia sus utilidades á los Niños expósitos y pidiendo que se le entregase la Casa y viviendas destinadas para dicho Ministerio con todas las circunstancias y comodidades que expresa por ser indispensable para la facilitacion de tan prolijo trabajo. Que se le avia de entregar la mencionada Imprenta con todos sus Instrumentos pertenecientes á ella reemplazandole aquellos que faltasen y subministrandole lo preciso para poder trabajar. Que se le avia de conceder el titulo de Administrador general en nombre del Rey por el tiempo de diez años, sin que otra persona alguna tubiera interbencion en ella mas que la que huviese destinada para tomarle cuentas al fin del año, de los adelantamientos que produxere sacandose, de este Ramo el premio que se huviere de dar á dos ó tres oficiales que por ahora precisaba se

ocuparen en diversos ministerios. Que todos los catones, catecismos que huviere en el distrito del Virreynato se avian de recoger y tasar á un precio justo sin que causase detrimento á nadie y estos se tomasen por cuenta de los Niños Expositos, sellandose en la misma Imprenta para que corriera su estipendio por cuenta de los mismos Niños. Que en todo el distrito del Virreynato no avia de áver otra Imprenta que esta para asi se acreditase el Privilegio de la donacion á favor de los referidos Niños Expositos prohibiendose el que ninguna otra persona pueda imprimir, ni vender Catones Catecismos, ni Cartillas, sino solamente de cuenta de los dichos Niños; y ultimamente el mencionado Librero expuso, que como Administrador se le avian de dar por premio de su trabajo y cuidado la tercera parte de las utilidades que produgere despues de sacados del total los gastos de papel tinta, oficiales, y otros gastos que fuesen precisos, y el año que no hubiese utilidades quedaria satisfecho y contento sin pretender cosa alguna por los respectivo a su trabajo.

Que el Virrey en vista de lo referido, y demas diligencias obradas en el asunto con lo expuesto por el Abogado fiscal proveyo Decreto en 21 de Noviembre de 1780 diciendole que hallandose verificadas la primera y segunda condicion de las seis propuestas, con la entrega que se le tenia hecha al citado Librero de la casa destinada para la dicha Imprenta con todas las viviendas, y oficinas necesarias como tambien los Moldes y utiles de dicha Oficina, y reemplazadas las piezas que faltaban; en quanto á la tercera se le concederia el titulo, cargo y egercicio de Impresor con general administracion de dicha oficina por el tiempo de diez años vajo la calidad de dar en cada uno ordenada la cuenta de dicha administracion para que se viera y examinara; y en orden á la quarta sobre que se recojieran todos

los Catones, catecismos, y Cartillas, se darian las providencias convenientes para que sin perjuicio de los poseedores de estos efectos, se recojieran y pagasen a precios justos en todo el Virreynato, y se vendieran en adelante á beneficio del sugeto agraciado; por lo tocante á la quinta de dichas condiciones, dijo se le concedia el Privilegio exclusivo para la impresion de Cartillas, Catecismos y Catones, con tal que desde luego se procediera a la execucion de impresos de que no podia carecer el publico por los exemplares mas convenientes, y con las condiciones que adaptasen á las circunstancias del Pays, y las licencias prevenidas por las Leyes; y en la sexta y ultima dijo que poniendo la Cuna por fondo de este establecimiento la Casa, moldes, y demas utiles, aviendo expendido solo en muebles y refacciones cerca de tres mil pesos, y lo que era mas el predicho privilegio exclusivo del Ramo de Impresiones aplicado a la dicha Casa de que se hacia participe el Impresor en esta parte, y que no le era ni quedava expuesto á perdidas, parecia equitativo se contentase con la quarta parte de todas las utilidades, deducidas expensas, y los Mozos de hablava en la tercera condicion y que siempre que la dicha quarta parte no alcanzase a 400 pesos en el año se le avia de considerar desatercera parte.

Que considera por una de las obras mas utiles y recomendables que puede promover la piedad cristiana en beneficio de la causa comun, el establecimiento y fundacion de la Casa de Niños expositos que ha proporcionado vajo los términos que quedavan relacionados en la Capital de Buenos Ayres el infatigable celo de aquel Virrey, inspirado de los mas vivos tiernos sentimientos que justamente le causaron los lamentables trajicos sucesos que se han experimentado con la falta de tan apreciable fundacion entre los cuales se cuentan, el averse hallado años

pasados en el Barrio que llaman de San Miguel dos Criaturas comida la una, sin resto de otro fragmento que un brazo que tenia un Perro; y la otra roida hasta las caderas: en otra ocasion se halló una recién nacida y muerta entre unas maderas: en otra dos Niños, uno arrojado a un Albañal, que murio y otro tirado en la calle que se recogio moribundo; y en otra un Niño, comido de los Cerdos, con otros varios que se refieren por los doze testigos que se refieren de la Informacion producida en autos por el Procurador Sindico General sugetos los mas de ellos de la primera reputacion, y todos con noticias individuales de las muchas desgracias que ha producido en dicha Capital la falta de una Casa de Cuna donde recogerse los Niños que se expongan en su torno, para que no se experimentasen peligros espirituales y temporales, y que se alimentasen con Amas de Leche y mantengan de todo lo necesario aducandolos en el Santo temor de Dios, con lo demas que conviniese a su buena crianza.

Que en vista de tan solidos, y calificados fundamentos le parecia á la Contaduria que era digno dela Real aprobacion todo lo ejecutado por el Virrey de Buenos Ayres, asi en quanto á la ereccion de la referida Casa Cuna en aquella Capital por el beneficio que precisamente avia de resultar á su vecindario, y jurisdiccion, con este piadoso establecimiento como por lo tocante a los medios y arbitrios de que se havia valido para afianzar sin gravamen del Real Erario, la subsistencia, y manutencion de las Amas, paga de salarios y demas alimentos, y gastos que son indispensables para dicha Casa, aplicando á este fin con dictamen, y aprobacion de la Junta de temporalidades los nueve quartos ó viviendas, que por menor se expresavan en los autos, cuyos alquileres parecia importavan mensualmente 98 pesos, y respectivamente al año 10.176 de que revajada la quarta parte por razon de obras, y vacios, quedavan liquidos anuales 882 pesos como tambien los productos, y propiedad de la Imprenta que queda referida pues ademas de afianzarse con esta finca la conservacion, y permanencia de tan util obra-pía, si per-

juicio del comun podia el establecimiento de esta Oficina en dicha Capital de Buenos Ayres, facilitar las ventajas que por su medio logren las Artes su incremento en las varias producciones de sus Alumnos que excitados de aquel innato deseo de darles a la luz publica fomentaran, un nuevo, y subcesivo incentivo para otros, que á vista de esta oportunidad quieran emprender igual carrera, como asi lo expuso el Fiscal, y defensor de Real Hacienda á la vista que se le dio de las pretensiones del Impresor, á que se añadia que aviendose aumentado la dependencia de dicha Capital de Buenos Ayres, por muchas Provincias subordinadas, era conocida la falta que havia en ella de una Imprenta para las varias ocurrencias que han de ofrecerse en un tan basto Gobierno, ya de despachar ordenes; circulares avisos al Publico, y ya tambien de formar algunas Ordenanzas el Rezo, ó Kalendario Ecclesiastico en cada un año, asi para aquella Catedral, y sus dependientes, como para otras Iglesias del Virreynato. Por todo lo qual repite la Contaduria le parecia ser utilisima dicha Imprenta en la expresada Capital de Buenos Ayres, y mui benefica para la Casa de Niños Expositos de que se trataba.

El Señor Fiscal en su representacion de 26 de Enero ultimo, dixo que la Contaduria en su Informe de 7 del mismo se hacia cargo por mui menor de quanto expuso el Virrey en sus citadas cartas, y resultava de los testimonios que con ellas acompaño, concluyendo dicha oficina su informe con el dictamen de que era digno de aprovacion quanto avia obrado el Virrey de Buenos Ayres.

Que no podia menos de conformarse con el parecer de aquella oficina, pues se hallava demostrado en el Expediente la necesidad que avia en aquella Ciudad de la ereccion de Casa de Expositos, y la utilidad que resultará de su establecimiento asi el estado, como á la Religion evi-

tandose los males que se avian experimentado; todo lo que siendo constante, como tambien el que el Virrey avia verificado tan importante obra-pía sin el menor gravamen del Real Herario, ni de los Vasallos, manifestava que no solo devia procederse á la aprovacion de lo obrado por el Virrey sino que ademas se le devian dar las gracias por el notorio celo con que se esmeraba en el servicio del Rey, y de la Religion, el que se esperaba continuase como hasta aqui.

El Consejo acordó en 1º de Febrero, se reconociese el establecimiento de Imprentas en Lima, Chile, y Charcas; con que condiciones, y a que obras-pias estaban aplicados los productos que estipularon los Impresores, y el Archivero notó que de los Papeles que existen en el Archivo pertenecientes al presente siglo, nada constaba en quanto al Establecimiento de Imprentas en Lima, Chile, y Charcas, y a mas que comprendia el anterior acuerdo, y por si podia conducir, hizo presente que el Hospital de Expositos de Lima gozaba privilegio perpetuo de la impresion de Cartillas del Reyno del Perú, como resultava de la Minuta de Cédula de 6 de Mayo de 1733 que acompañó; y por otro acuerdo de 9 del mismo mandó el Consejo bolviese este Expediente á la Contaduria citada y el Señor Fiscal con la Real Cédula citada para que en su vista expusiesen lo que se les ofreciese.

La contaduria en otro informe de 15 del corriente mes de Abril, dice que en vista de lo representado por parte de Don Juan Josef de Herrera, Administrador, y Mayordomo dela Casa, y Hospital de Niños Expositos dela Ciudad de Lima; se expidió la precitada Real Cédula de 6 de Mayo de 1733 perpetuando en efecto á dicha Casa Hospital el Privilegio dela citada impresion de Cartillas para aquel Reyno y la de los papeles de combite que hasta entonces avia tenido por tolerancia, y aver reconocido aquel Superior Gobierno la necesidad en que estava el referido Hospital.

Que supuesto este exemplar que es el unico con que se instruye el Expediente, no puede menos la Contaduria general de ratificarse en el dictamen o parecer que tiene expuesto en su citado informe de 7 de Enero ultimo, y reproducirle en todas sus partes, pues en su concepto las circunstancias que en el dia concurren en Buenos Ayres para el establecimiento dela Casa de Expositos, y fondos aplicados para su establecimiento y subsistencia no son menos recomendables que las que intervinieron para la gracia concedida á la de Lima; y el Señor Fiscal en su respuesta de 19 dice no halla motivo para variar el dictamen con que concluió en la de 26 de Enero ultimo, que enteramente reproduce.

& &

&

XXXVI

Establecimiento en Buenos Aires de una Casa para Niños Expositos.- Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 242. 3 Fols.

Con fecha de 7 de Enero ultimo informó la Contaduría general sobre un Expediente relativo al establecimiento hecho por el Virrey de Buenos Ayres de una Casa de Niños Expositos, y arvitrios de que se ha valido para su subsistencia, sin el menor gravamen del Real Erario, ni de los vasallos; manifestando su parecer en los terminos contenidos en dicho informe.

El Señor Fiscal en su vista, y respuesta de 26 del propio mes, dijo no podia menos de conformarse con el parecer de esta Oficina, y que ademas se le debian dar las gracias al Virrey por el notorio celo conque se esmeraba en el servicio del Rey, y de la religion y por el conque se esperaba continuase como hasta aqui.

Y el Consejo por providencia de 19 de Febrero siguiente en sala segunda, mandó se reconociera el Establecimiento de Ymprentas en Lima, Chile, y Charcas; conque condiciones, y a que Obras -pías están aplicados los productos que estipularon los impresores.

En su consecuencia notó la Secretaria; que de los Papeles que existen en el Archivo, que son los pertenecientes al presente siglo, nada consta en quanto al establecimiento de imprentas en Lima, Chile, y Charcas, y demas que comprende la providencia antecedente: Y por si pudiese conducir hizo presente, que el Hospital de Expositos de Lima goza el privilegio perpetuo de la impresion de Cartillas del Reyno del Perú, como resulta de la Cedula que acompaña

Dada cuenta al Consejo en la misma sala segunda en 9 del precitado mes de Febrero, acordó bolvera este Expediente á la Contaduria y el Señor Fiscal con la Real Cedula de 6 de Mayo de 1733 paraque en su vista expongan lo que se les ofrezca.

Y practicandolo asi esta Oficina, debe manifestar al Consejo, que en vista de lo representado por parte de Don Juan Josef de Herrera Administrador y Mayordomo de la Casa y Hospital de Niños expósitos de la Ciudad de Lima, se expidió la precitada Real Cedula de 6 de Mayo de 1733 perpetuando en efecto á dicha Casa Hospital el Privilegio de la citada impresion de Cartillas para aquel Reyno, y de los Papeles de combite que hasta entonces habia tenido por tolerancia, y haber reconocido aquel Superior Gobierno la necesidad en que estaba el referido Hospital.

Supuesto este egemplar, que es el unico conque se ins-true el Expediente, no puede menos la Contaduria general de ratificarse en el dictamen ó parecer que tiene expuesto en su citado informe de 7 de Enero ultimo, y reproducirlo en todas sus partes, pues en su concepto las circunstancias que en el dia concurren en Buenos Ayres para el establecimiento de la Casa de Expositos, y fondos aplicados por el Virrey para su subsistencia no son menos recomendables que las que intervinieron para la gracia concedida a la de Lima: Y por todo lo qual el Consejo acordará y consultará a S.M. lo que gradue por mas conveniente. Madrid 15 de Abril de 1782.

Por ocupacion del Señor Contador general : Pedro de Gallarreta.

El Fiscal, en vista del exemplar unido por Secretaria y de que se hace cargo la Contaduria en su precedente Ynforme = Dice, que conforme con lo ultimamente expuesto por esta Oficina, no halla motivo para bariar el Dictamen conque concluyó en su respuesta de 26 de Enero ultimo el que enteramente reproduce.

El Conssejo sobre todo Acordará: Madrid y Abril 19 de 1782. Una rubrica. Consejo 24 mayo 1782.Sala Segunda.

XXXVII

Providencia de Don Juan José de Vértiz, Virrey del Río de la Plata, sobre erección de un hospicio para mendigos en Buenos Aires. En dicha ciudad a 8 de noviembre de 1783. Col. Mata Linares. Copia. Tomo II. Fols. 357-358.

Don Juan Josef de Vertiz y Salcedo Comendador de Puerto Llano en la Orden de Calatrava, Theniente General de los Reales Exercitos, Virrey, Governador, y Capitan general de las Provincias del Rio de la Plata, Buenos Ayres, Paraguay, Tucumán, Potósi, Santa Cruz de la Sierra, Moxos, Cuyo y Charcas, contodos los Corregimientos, Pueblos, y Territorios a quese extiende su jurisdiccion de la Plata.

Por quanto deseando concurrir á las Piadosas intenciones del Rey, repetidamente manifestadas, he resuelto la ereccion de un Hospicio en esta Capital, donde puedan recogerse y mantenerse de todo lo necesario los Pobres mendigos de ella de ambos sexsos, asi con el trabajo que aproporcion de su aptitud deverá repartirseles, como con las limosnas, que se juntan para la subsistencia de tan util establecimiento, y es de esperar contribuyan los que hasta aora las han dado separadamente á los Niños Mendigos, para cuiu coleccion, cuidado de estos repartimientos de sus tareas, y demas respectivo al economico gobierno de dicho Hospicio que por ahora á deser el Colegio dela Residencia, he elegido al Capitan de Milicias de Cavalleria Don Saturnino Josef Albares: Por tantomando que en el termino de 15 dias que cumplira el 23 del corriente se presenten a este Comisionado los referidos Pobres para que con concepto asu numero y estado de cada uno proceda a disponer, y preparar las abitaciones, camas, vestuario y demas necesario para su asistencia y tareas; señalandoles el dia en que han de acudir á abitar el Hospicio y disfrutar de estos auxilios, con que se livertan en lo su-

ccesivo de la necesidad de mendigar: Y en atencion de este ventajoso medio de subsistir que se les proporciona y se extiende a los que despues viniesen á padecerlas, prohivo que pidan en adelante limosna, asi los Pobres que se hayan recogidos, como los que no se huviesen presentado, bajo la pena de dos meses de reclusion en el mismo Hospicio, por la primera vez, seis por la segunda y perpetua por la tercera y la de quatro pesos de multa á las personas que se la dieran por su inobediencia: pues el que quiere darla en qualquiera Cantidad, la entregará al Comisionado referido ó dará al que por las Calles la pidiere para dicho Hospicio: y para que todo lo referido se cumpla puntualmente, sin que pueda alegarse ignorancia, se publicara por Vando, fixandose exemplares de el en los parages acostumbrados. Buenos Ayres 8 de Noviembre de 1783 = Juan Josef de Vertiz = el Marques de Sobre Monte.

& &

&

XXXVIII

Informe del Tribunal de Cuentas sobre aumentar camas en el Hospital de Buenos Aires y medios para ello. Buenos Aires, 2 de junio de 1786.- Copia, 4 ff. 32 cms. T.LIV.- ff. 142-145. Col. Mata Linares.

El Tribunal visto este expediente, promovido por parte de Fray Felipe de los Dolores, Vice Prefecto del Hospital de esta Ciudad, dice: Que en él resulta bien comprobada, la necesidad de acudir al remedio de dicho Hospital por las Providencias mas activas.

Los empeños que tenía la Casa en Septiembre del año 84 se manifiestan por las 8 Certificaciones del 6 al 13 que ascienden a 14.307 pesos 2 reales, y es preciso hayan supercrecido desde entonces, porque á todos consta, que són cortissimas las Rentas del Hospital, y que se hán aumentado considerablemente los enfermos.

La baja que há tenido el Derecho del Aguardiente, que era su principal ingreso, se comprueba por la certificacion del 14 en que vé, que de cinco á seis mil pesos anuales, en que se calculaba éste Ramo, há bajado á 500 con motivo de las grandes Partidas de éste Licor que vienen de España.

Todas sus entradas, y gastos desde principios del año 80 hasta fin de Agosto de 84, estan manifiestas y distinguidas por ramos en la relación del 15, y en su resumen general del 17 se comprueba el Alcance de los expresados 14.307 pesos 2 reales de su empeño.

A 19 se presentó el Prior del Hospital, al Exmo. Señor Virrey anterior pidiendo que los Maestros Alarifes y de

Carpintería, pasassen á hacer formal reconocimiento del estado de la Fabrica Material de la Yglesia, Combento, Enfermería, y demás Oficinas, y expusiesen bajo la Religión del Juramento, que cantidad podría importar su refaccion, practicándose ésta diligencia con asistencia del Procurador Sindico Geeneral y de uno de los dos Alcaldes Ordinarios.

También pidió en el mismo escrito que se recibiesse Informazion ante Juez Comisionado, con citazion del expresado Prior de la Ciudad sobre la amplitud y liveralidad con que se reciben, y curan en ésta Casa quantos enfermos ocurren a ella, sin excepcion de Personas y el dicho Señor Virrey decretó á 20 b^{ta} que todo se hiciesse con arreglo al Informe del Procurador Sindico General á quien paso la Yns-tancia para el efecto, y cometió su execcion y nombramiento de Peritos, el Alcalde Ordinario de 1º Voto don Josef Blas de Gainza.

En su consecuencia se evagaron estas diligencias, y resulta por las declaraciones de los Peritos á 22 que todos los edificios son de Madera, Barro, y Tapiales viejos, reparados de Cal en partes por su antigua construccion, que és de la fundación de ésta Ciudad; Que particularmente amenaza ruina, la Capilla donde se celebran los Divinos oficios; Que havían suplicado al Ingeniero Brigadier Don Josef Custodio, formasse un Plan para un Hospital de 200 camas, y que por el graduaban la obra en 2.000 pesos, siendo de Boveda, cal y Ladrillo, con lo demás que se manifiesta en su citada declaración.

Subsigue a 23 una completa Informacion de 12 testigos de los principales sugetos de la Ciudad, á 35 una certi-

810

ficacion del Cirujano de la Plaza, Don José Capdevilla, que asiste al Hospital; á 38 otra del Protector de Indios, Don Juan Gregorio Zamudio, y todos contexte afirman que los P.P. Bethlemitas, reciben en el Hospital á quantos enfermos acuden á él, sin distinción de los del Pays, Europeos, Militares, Marineros, Indios, Mulatos y Negros; Que en muchos casos, no haviendo ya Camas desocupadas, los colocan sobre Tarimas en el Suelo, por en medio de las Crugías, ó Salas de enfermería; que á todos los asisten, con el mayor celo, amor y Caridad; que aún admiten también á los que van con enfermedades contagiosas, sin embargo de no tener Sala para separarlos; y ultimamente para corrovoración del esmero y cuidado con que estos Religiosos desempeñan las obligaciones de su Instituto, és digna de leerse la expresada Certificacion del Médico Don José Capdevilla f. 35.

El Cavildo de ésta Ciudad, en sus actas de f. 39 b^{ta} y f. 44 expone lo mismo; y el Sindico Procurador General Don Domingo Belgrano Pérez, en su Informe que hizo al Cavildo a f. 42 se extiende de manera, que no deja que dudar sobre la urgente necessidad de acudir á ampliar ésta Casa, y subministrarla los arvitrios con que subsiste.

El Exmo. Señor Virrey, há pasado á V.S. el expediente con sus Oficios de f. 45 y 48 para que en su vista, se sirva V.S. comunicar a su Excelencia los medios y arvitrios que considere oportunos, y con que se pueda contribuir al remedio de ésta urgente necessidad; y és-

811

te es el punto sobre el que principalmente deve el Tribunal extender su Informe, por que todo lo demas resulta completamente justificado del expediente y aunque se há detenido á extractarlo, ha sido con el celoso objeto de que V.S. pueda imponerse brevemente de su estado; bajo cuio concepto pasa á exponer a V.S. lo que alcanza sobre el Asunto.

Por la citada Relación de f. 15, se evidencia, que se gastaron en el Hospital 59.280 pesos 6 reales en 4 años y 8 meses, manteniendose diariamente de 80 á 100 camas, que corresponden a 12.702 pesos en cada uno, y por consiguiente se comprueba, que son indispensables 25.406 pesos para sobstener 200 Camas diariamente ocupadas, que és lo menos que deven considerarse en las presentes circunstancias, según lo gradúa el Medico del mismo Hospital Don Josef Capdevilla, y deponen los demas Testigos.

No pueden calcularse con mas economia estos fondos, pues en ellos corresponde, á menos de 3 rreales cada estancia; precio tan equitativo, que solo puede conseguirse en un Hospital ya establecido, y servido por unos Religiosos, que no buscan otro interes, que el servir a los Pobres Enfermos, en observancia de su Ynstituto.

En el mismo Hospital, abona hoy la Real Hazienda 4 rreales por estancia de cada Yndividuo Militar, que se cura en él, según la disposicion de V.S. aprovada en Junta Superior; y el Boticario Don Francisco Marúll, en su escrito de Propuesta, para tomar por Asiento el Hospital,

812

que de Cuenta de la Real Hazienda se há de establecer en Montevideo, pide 6 rreales por cada estancia, y no és excessibo éste precio, con concepto á lo que importan las que se causan en el Hospital que existe en aquella Plaza, y está servido provisionalmente por soldados del Regimiento de Savoya, segun se acredita de sus respectivas cuentas, sobre que tiene el Tribunal fidedignas Noticias, que se podrán justificar siempre que convenga con lo qual viene á comprovárse que por menos de la mitad de la propuesta de Marúll, y del costo que se está causando en el Hospital de Montevideo, serán perfectamente asistidos los enfermos en el de ésta Capital; siendo digno de notarse que en los referidos 3 rreales á que sale la Estancia está comprehendido no solo el Considerable gasto de Camas, Ropa, y demas utensilios del Servicio del Hospital, sino también el Bestuario y subsistencia de los 26 Religiosos de que se compone esta Comunidad, cuios Renglonos, si fueran a distinguirse por partes, se comprovaria no poder sufragár los 25.406 pesos anuales á tantas atenciones.

La Real Hazienda, gozará el ahorro de mas de 2 mil pesos anuales en que puede mui bien calcularse su desembolso segun el primer Pagamento que yá se há hecho en las diferencias de las estancias de los Militares por que de los 4 rreales en que está arreglada cada una (como queda dicho) paga el soldado real y medio, y el Rey dos y medio, y á proporción por los Cavos, y Sargentos; y los Religiosos en este caso no llebarán mas que lo que corresponde á la Tro-

813

pa, segun lo prometieron en aquel expediente, y bajo cuio concepto está hecha la regulazion. El trasladar el Hospital a la Casa que llaman de la Residencia és otra de las partes principales de esta grande obra, por que á todos es bien manifiesto, que donde oy se halla no puede subsistir sin mucho perjuicio de los mismos enfermos, y aún con riesgo proximo de contaxiarse la Ciudad; Las Salas són muy reducidas para el número de enfermos que acuden, y por consiguiente, las Camas no pueden guardar la distancia competente: las 200 que se consideren indispensables, concepto á la Poblacion de ningun modo se pueden colocar en él, aún quando se intentara hacer alguna obra; su situación tiene las dos Calidades mas contrarias, y arriesgadas para Hospital, la 1ª está bajo, y rodeado de otros edificios; y la 2ª en el centro de la Poblacion; La Residencia por el contrario, es la mas oportuna y aparente que se puede desear por que su Fabrica está en alto con mucha ventilacion, y al extremo de la Ciudad que es lo que se busca siempre con particular cuidado para edificar los Hospitales.

Por fortuna la Parte que ocupan en la Residencia las Mujeres recogidas que pudieran pasarse mui bien al Hospital actual, tiene el Tribunal entendido que pertenece a los P.P. Bethlemitas, no destinandose á Casa de Exercicios, segun la mente del Testador; y correspondiendo la otra Parte á las Temporalidades, sería muy conforme al Piadoso Destino que se ha dado á todas sus fincas que ésta se le aplicasse al Hospital solicitandose la aprovacion de S.M. en cuio caso, se establecería perfectamente se colocarían las 200 Camas con desahogo, quedando Terreno competente para aumentar en adelante su numero segun lo exija la necesidad; se destinaría

814

una sala con la devida separacion para los enfermos contagiosos; se podrian elegir otras para combaleescencias. Tendrian los Religiosos Avitaciones decentes en que subsistir, pues hoy havitan unos Aposentos Miserables, y llenos de humedad; y ultimamente se perfeccionaria una obra que en todos los Payses del Mundo ocupa su lugar preéminente en la atencion del Gobierno, y lleva trás si los primeros sentimientos de la Humanidad.

Sobre la aplicacion de éste edificio al Hospital, se sigue expediente muy adelantado en Junta de Temporalidades, y combendia agitarlo con éste objeto para que declarado el punto á su favor, pudiesse desde luego dárse principio á su arreglo, y hacerse la Traslacion que tanto urge.

Al Tribunal no se le ocultan los considerables gastos, que precissamente se han de causár en el arreglo de aquella Casa, Aumento de Camas; Pago de Deudas atrasadas; y Traslacion del Hospital, para lo qual no produce medios, pero considera deve dejár alguna parte al desempeño de los fieles, que no es dudable concurriran á el con sus Limosnas, mirando emprehendida una obra tan grata a Dios, y benefica al Publico.

Para que el Tribunal pueda calcular los derechos que deverán imponerse hasta el Completo de los 250 pesos sobre las especies que no sean de absoluta necesidad teniendo en consideracion los fondos del Hospital, se hace precisso que V.S., si lo tubiesse á bien se sirva mandár, que el contador de la Real Hazienda de ésta Capital con pñdixo reconocimiento de los Libros de su Cargo, certifique las entradas que há havido en el Quinquenio fin de 84 (para ir conforme

815

en el tiempo, con el que abraza la Relacion de f. 15) de las Partidas de Aguardientes, Vinos, Licores, y demas especies que se explican en la adjunta Relacion, y són los que desde luego, conceptua el Tribunal, que podran gravarse sin perjuicio del Publico, como que la maior parte són de su puro vicio, y ninguno de absoluta necesidad.= Que el Capitan del Puerto forme y presente á V.S. una Relacion de las Lanchas que hacen el Trafico de este Río (cuyos marineros por lo comun se curan sus dolencias en el Hospital) y que el Prefecto, exhiba otra de las entradas que tubo la Casa en el mismo Quinquenio, distinguida por Ramos, con inclusion de los Zensos que se deven cobrar (aun quando no se huviesen cobrado) y exclusion de las Haciendas, porque absolutamente no rinden utilidad alguna, y estan puestas a Publica Subhasta, para venderlas en el Punto que se presente Comprador, y con éstos Documentos que vuelva al Tribunal el expediente para que haga manifiesta la expressada Calculación; considerando á cada especie aquella contribucion que pueda sufrir con concepto á su uso, y á su necesidad = 0 como fuese del maior agrado de V.S.= Tribunal y junio 2 de 1786 = Josef Antonio Hurtado y Sandoval = Francisco de Cabrera = Alexandro de Ariza.

& &
&

816

XXXIX

Informe del Cabildo de Buenos Aires sobre poner 200 camas al Hospital de la ciudad, fondos, intervención de cuentas. Buenos Aires. 27 de octubre de 1788. Copia. Col. Mata Linaires. Tomo LIV. Fols. 146-149;

Para evaquár el Cavildo de ésta Capital el Informe que se le ordenó en 13 de Marzo de este año, há examinado los dos quadernos de autos que se han formado sobre dotar el unico Hospital de hombres que hay en élla de los fondos necesarios para su subsistencia, con el aumento de Camas á que executa el considerable de su Población; há tenido presente la Real Cedula expedida en 13 de Octubre de 1787 a instancias del Procurador general de la Religion Bethlemítica, á cuio cargo se halla dicho Hospital; y después de haver reflexionado sobre la triste situación en que se halla esta Ciudad, gravada con muchas penciones, verdaderamente casi insoportable que carece de Carcel, capaz de custodiar los Delinquentes; que sus escasos Propios estan en el día gravados con el principal de mas de 300 pesos: y que para ocurrir a las urgencias precissas é interesantes, há propuesto por otra parte a V.E. y V.S.S. varios articulos de donde pudiera deducirse fondos competentes, movido de las repetidas ordenes que se expidieron para el efecto, á consecuencia de lo prevenido en las Reales Ordenanzas de los Señores Intendentes deve informar a V.E. y V.S.S. en quanto al primer punto contenido en la expressada Real Cedula que la Traslacion del Hospital á el Colegio de Bethelén, y Casa que llaman de la Residencia que era de los Expatria-

dos Jesuitas, es muy importante, y muy util á el Publico, assi por su situacion, como por su mayor extencion, sobre cuyo particular siempre há opinado en la misma conformidad que oportunamente lo executa el Tribunal de la Contaduria maior a f. 52 quaderno 1º : pues á la verdad sobre la Casa de Exercicios que está contigua á la de la Residencia, tiene derecho el Hospital en virtud de su fundacion, y por que a esta no puede darsele de aplicacion mas piadosa, ni mas util al Publico, ni parece justo se dé un destino profano á una Yglesia que ha sido Tabernaculo del Señor; y teniendo entendido éste Cavildo, que éste punto se promuebe por Expediente separado en la Junta Provincial de Temporalidades, y que el distinguido Celo del Exmo Señor Virrey lo afirma con su singular afecto a los pobres, y su superior autoridad, se lisonjea tendrá el gusto de ver verificado dicha Traslacion, como conviene al beneficio Publico.

En quanto al 2º y ultimo punto de proveér de fondos competentes al referido Hospital, sin embargo de que sobre esto expuso éste Ayuntamiento por el año pasado, segun hace reminiscencia, que dotado competentemente el Cavildo de Propios, procuraría tambien abastecer el Hospital como es de su peculiar inspección, proponiendo los arbitrios que fuesen menos grabosos al Publico; pero como la resoluzion acerca de los Arbitrios para Propios se retarda, y las necesidades del Hospital estrechan cada dia mas, y se aumentan, pues consta de los expedientes, y es notorio á todos se halla en la maior pobreza é indigencia, y que una de las Causas, es haver quedado, quasi inutil la gracia, y fondo que le señaló S.M. de la contribución de un peso por cada Odre, Botija, ó Barril de Aguardiente que se introducía para el consumo de ésta Ciudad, de las de la Provincia de Cuyo, por que despues del establecimiento del Comercio libre se han introducido de España, la Habana y otras partes

por la Mar, tantos Aguardientes, que no pudiendose costear los que venian por Tierra de las Ciudades de dicha Provincia de Cuyo, se suspendieron aquellas entradas, y consiguiientemente el principal fondo que sufragaba a la subsistencia, y necesidades de éste Hospital.

Supuesto todo lo referido como constante y notorio, y en vista de lo que expone el Sindico Procurador General en su representacion de f. 11, 2º quaderno, conceptua este Cavildo, que el medio mas proporcionado, y accequible que se presenta para ocurrir de pronto en parte á la gravissima urgencia y necesidades del Hospital, que se halla en éstado, de que no auxiliarsele de algun modo, será preciso suspender en la mayor parte la admision de los miserables enfermos, porque los Religiosos no tienen como curárlolos, y substentarlos, és el de que desde luego se sirvan V.E. y V.S.S. determinar que sin perjuicio de lo que siempre la misma especie tiene este Cavildo pedido para sus Propios, se exija á cada Barril de Aguardiente, y si viniesse en Pipas, Quarterorales, u otras Racijas, Graduando lo correspondiente á Barriles, sea de la Calidad, y del paraje que se fuere que entre por agua; el mismo pero que contribuyen los que entran por tierra, conforme á la gracia que le tenia concedida S.M. pues éste gravamen és el menos honeroso al Publico que se puede arbitrar; yá considerando que la especie, no solo no es de la primera necesidad, sino de vicio, y que por el abuso que hace de ella la Plevé y Esclavos, és combeniente recargárle, por que se experimenten en lo Morál, físico y Politico; yá por que S.M. lo tenia concedido, y aplicado á este tñ piadoso; y recomendable objeto; yá por que á proporcion de lo que sufre ésta especie en otras Ciudades del Distrito de menos atenciones que ésta es moderada la pención de 19 rreales que entre todos se le imponen, quando en la Ciudad de Salta sufre la de 13 pesos por cada carga, como és constante; y yá por que se halla dicho Hospital, parece indispensable se arvitre mo-

do de auxiliarme promptamente, para que no cesse el ejercicio de la Caridad con los Pobres miserables enfermos, que acuden á esta sola Casa de Misericordia, que hay en esta Populosa Ciudad: no pudiendose tampoco dudár que la Piedad y Magnanimo Corazon de nuestro Soberano, aprobará ésta determinacion, que exige la mas urgente necessidad; assi por que en ello no se hace otra cosa, que executar lo mismo que S.M. tiene concedido sobre los Aguardientes que se consumian en esta Ciudad, y entraban por Tierra, á los que se hán subrogado los que se introducen por el agua; como por que si en aquel tiempo en que se concedió ésta gracia, huviera estado en practica el Comercio de esta especie por el Agua, se debe considerar se havria pensionado igualmente, y por otra parte són manifiestas á V.E. V.S.S. y á todos, las piadosas y generosas intenciones de S.M. y se hallan bien explicadas sus deseos de acudir al remedio de éstas necesidades en la propia Real Cedula; y ésto no se puede conseguir, ni proporcionar, si inmediatamente no se sirven V.E. y V.S.S. determinar la referida exaccion.

Con este derecho que se exija generalmente á todos los Aguardientes que por Agua, o tierra se introduzcan en esta Capital, y con las demas entradas que tiene hoy el Hospital, y constan de los estados que se hallan agregados, considere el Cavildo podrá ocurrir á las actuales urgencias, y socorrér las mayores necessidades y concluidos los expedientes que se hallasen pendientes sobre otras gravissimas urgencias, á que tambien es preciso atender, y arregladas las contribuciones sobre las especies que hán de hacér el fondo de los Propios competentes para éllas, podran medirse las que se puedan gravar para aumentar la Renta de dicho Hospital hasta la Cantidad que justamente se estime necesaria, y precissa para completar el numero de 200 camas diariamente ocupadas, cuio Calculo en el n^o y en el gusto,

esta girado con moderación; y entre tanto podra tambien verificarse la Traslacion al Colegio de Bethlén, que és donde puede pensarse establecér dichas Camas; pues donde se halla el Hospital, ni hay proporcion, ni combendria hacerse: y sobre éstos supuestos, a su tiempo, y con la oportunidad combeniente podrán reiterár sus instancias los Religiosos Bethlemitas, proponiendo nuevos medios, y arvitrios, y á todo concurrirá gustoso este Cavildo, segun lo executa ahora, como está ultimamente persuadido de las utilidades, y beneficios pocos que se consultan, en facilitár a dichos Religiosos los medios de que establescan dicho Hospital en lo material, y formal, con las mayores ventajas que sea posible, para que la Humanidad, y la Religion, cojan los frutos que se deben esperar, y á que todos devemos concurrir.

Lo expuesto, és lo que a este Cavildo le parece deve informar á V.E. y V.S.S., cuja justificacion sera preciso tenga presente, que en el caso de verificarse la Traslacion del Hospital al Colegio de Bethlén, y Residencia será consiguiente y de Justicia, que los edificios, y Terreno que actualmente ocupa dicho Hospital, queden á disposicion de éste Cavildo, como que de él són en propiedad, para disponer de éellos en beneficio del Publico, estableciendo otros objetos piadosos y utiles: Assimismo que alimentándose, y sobsteniendose dicho Hospital de las contribuciones y Limosnas que dispensa el Publico, se hace de Justicia, que éste Cavildo como que representa el mismo Publico alimentante, tenga la Competente Authoridad, y Jurisdicción, para que conforme á las Leyes, tome las Cuentas todos los años á los Administradores de dicho Hospital de la imbercion de sus Rentas, y de visitarlo por medio de los Yndividuos que para el efecto dipute, todas las vezes que la necessidad lo exija, ó lo halle por combeniente, que són las precissas calidades

y condiciones con que propone éste, y los demás arvitrios concedidos, y que en adelante se le concedieren, siendo de la aprovacion de su Magestad. A dicho Hospital, para que de éste modo, y por éste medio que se hace indispensable no obstante la arreglada Conducta, y laudable Celo de los Religiosos, se conserva el buen Orden tanto en la inberción de las Rentas, como en la asistencia, limpieza y aceo del Hospital y sobre todo V.E. y V.S.S. con sus superiores luces, y facultades determinarán lo que estimassen más combeniente.

Sala Capitular 27 de Octubre de 1768 = Exmo Señor = Manuel Antonio Warnes = Miguel Saenz = Diego de Mantilla, y los Rios = Gregorio Ramos Mexia = Benito Gonzalez Ribadavia Mathias de Abarca Barrera = Manuel Lezica = Agustin Antonio de Erezcano = Bentura Llorente Romero = Felipe Gonzalez de Castilla = José Romero del Villár.

&

&

&

Real Orden comunicada por D. Eugenio de Ilaguno al Virrey de Buenos Aires dando permiso a los religiosos betlemitas de Buenos Aires para que trasladen el hospital que tienen a su cargo a la casa de religiosos expulsos de la Compañía de Jesús llamada la Residencia Aranjuez, 25 de Mayo de 1795.- Copia 1 f. 32 cms. T.CXVII, 2.418. Col. Mata.Linares.

Excelentísimo Señor= Con motivo de lo representado por el Procurador General de la Religión Betlemitica de esa Ciudad sobre que el hospital que tiene en ella se traslade a la Casa que fue de los Regulares expulsos nombrada la Residencia por la suma estrechez en que hallan los enfermos y otras consideraciones; se ha servido el Rey resolver a consulta del Concejo de Indias de 18 de Octubre ultimo que citado Hospital se traslade a la mencionada Casa llamada de Residencia y encargar de V.E. que conforme a lo prevenido en el Capítulo 25 Ley 5ª título 4º libro de las Municipales esté a la mira para que Cuentas del incinuo Hospital las tomen annualmente los Oficiales con asistencia del Fiscal, y del Procurador sindico de esa Ciudad Examinandose después por el Tribunal de Cuentas para la aprovacion V.E. que deverá dar cuenta á S.M. de Real orden lo participo a V. para su inteligencia y debido puntual Cumplimiento= Dios guarde a muchos años. Aranjuez 25 de Mayo de 1795= Eugenio de Laguno= Señor Virrey de Buenos Ayres= Es copia= Manuel Gallego.

&

&

&

XLI

Real Orden al Intendente de Buenos Aires para que envíe las
rbas medicinales que especifica como la llamada "cabello de an-
. San Ildefonso 3 de Septiembre de 1785. Col. Mata Linares.
ia. Tomo CXII. fol. 292.

Ha merecido la Real aprobacion que V.S. haya mandado que se
pien pequeñas porciones delas Yervas , Balsamos y Aceytes que
dan adquirirse en las Provincias interiores de ese virreynato;
esde luego deverá V.S. embiar dos arrovas dela Yerva llamada
ellos de Angeles, que se cria en Montevideo con relacion de su
ndancia, virtudes, y demas noticias que puedan adquirirse= Con
pecto á la dificultad que V.S. manifiesta para el desempeño de
encargos de esta naturaleza por falta de inteligentes prevengo
.S. que para asegurar el acierto se valga por ahora delos Ynfor-
e Ynstrucciones que podra subministrarle el Proto-Medico de ese
reynato Don Miguel Gorman, asi sobre el modo de adquirir los sim-
s y noticias relativas á sus usos, y virtudes como de la eleccion
orciones que de cada clase convenga remitir a estos Reynos. Dios
rde a V.S. muchos años. San Yldefonso 3 de Septiembre de 1785=
e de Galvez =Señor Intendente de Buenos Ayres.

&

&

&

XLII

Real Cédula dirigida a la Audiencia de Charcas regulando el uso y ejercicio de la medicina. Madrid 22 de Enero de 1700. Col. Mata Linares Copia Tomo CI. Fol.I.

El Rey : Presidente y Oidores de mi Audiencia de la Ciudad de la Plata en la Provincia de los Charcas. Por informes que han llegado á mi Consejo de Indias se ha entendido el gran desorden que hay en ese Reyno en el uso y exercicio de la Medicina, pues la exercen los mas sán entenderla, ni ser de su profecion respecto de que en llegando á ser medianaes sirujanos se valen de empeños para que el protomedico del Perú les conceda lissensia de curar de que se siguen gravissimos daños pues los enfermos a que a ten se mueren por impericia de este genero de medicos. Y habiend conferido sobre ello en dicho mi Consejo con lo que dijo, y pidio má Fiscal de el, ha parecido ordenaros y mandaros (como lo hago) atendaís mucho ala observancia delo que prebienen las Leyes dela Recopilacion de Indias acerca de los grados y examenesque hande tener los medicos, siruganos, y Boticarios, para exercer estos empleos zelando con particular cuidado que ninguno cure sin tener los requisitos que expresan, y que esto se haga con el rigor, vigilancia, e integridad que oonviene a la Salud publica de ese Rey y conservacion de mis vasallos. Fecha en Madrid á 22 de Enero de 1700 años = Yo El Rey= Por mandado del Rey Nuestro Señor= Don Tomas de Sierra alta.

&

&

&

825

XLIII

Representación del Consejo de Miguel Gorman como Protomedico. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires, Legajo 335. 9 Fols.

El Fiscal ha visto una Representación del Doctor en Medicina Don Miguel Gorman, Proto-Medico, por nombramiento del Virrey delas Provincias del Rio de la Plata del Tribynal establecido - en Buenos Ayres, en la que solicita Real aprobación del citado establecimiento y la correspondiente confirmación desu empleo - de Proto-Medico, cuja representazión se remitió al Consejo con Real Orden de 22 de Abril ultimo, afin de que en vista deesta - instancia ladé el curso que tenga por conbeniente.

Tambien ha reconocido el Fiscal, los antecedente que se - han unido por la Secretaria conforme a lo Acordado por el Conssejo con fecha 24 del citado mes de Abril, y lo que conpresencia - del expediente ha Informado la Contaduria General en 31 de Mayo del corriente, y en inteligencia de todo, Dice, que con Real Orden de 30 de Henero de 1.778, se remitió al Conssejo Afin deque informase loque se le ofreciere y pareciere, una Representación de Don Mucio de Zona, primer medico de S.M. en la que haciendo - presente la escasez de 'rofesores' creara facultad en Buenos - - Ayres y demás Provincias hasta Lima, propone será muy acertado - el formar un Proto-Medicato, o Subdelegación Medica, en el nuevo Virreynato de Buenos Ayres, bajo el Patrocinio del de Ca tilla, nombrando este los Jueces como lo hace respecto de Aragon y - - Cathaluña, y delas Subdelegaciones Generales de Valencia y la Coruña.

Haviendose visto en el Consejo esta instancia de D. Mucio de Zona, con lo que en su inteligencia expuso el Señor Fiscal, Compañero. del que responde, acuerdo en Providencia de 6 de Abril del citado año del 78 que remitiendose copias de la citada Representación al Virrey del Rio de la Plata, Proto-Medicato de Lima, y Real Audiencia de Charcas informasen con arreglo a lo prevenido en la Ley 1.^a Título 6.^o Libro 5.^o de las Indias.

Esta Providencia del Consejo solo ha tenido efecto por lo respectivo al Virrey que evacuó su informe, con fecha 5 de Febrero del 79, sin que hasta el día se hayan recibido los del Proto-Medico de Lima, y Audiencia de Charca.

En el informe del Virrey se concreta la excusa de Profesores de Medicina en aquellas Provincias, y lo útil que será el establecimiento como Proto-Medico, en los mismos terminos que se halla establecido en Lima, y que será conveniente recaiga ese nombramiento en el Doctor Don Miguél Gorman, primer medico de la última expedición a la America Meridional, añadiendo ultimamente no ser conveniente que el Proto-Medico establecido en Buenos Ayres tenga dependencia del Proto-Medicato de Castilla, que por razón de las distancias nunca podría ocurrir, oportunamente, -- consus providencias, con la facilidad que puede ejecutarlo respecto de las Subdelegaciones, de Aragon, Cathaluña, Valencia y la Coruña.

Posterior a este Informe, y con fecha 24 de Octubre de 17 expone el mismo Virrey los buenos efectos que ha producido el nombramiento de Proto-Medico, que ha ejecutado en el Doctor Don Miguel Gorman, solicitando por lo mismo que se apruebe lo determinado en ese asunto.

Todo lo que se ha referido manifiesta, que en concepto del primer médico de S.M., es útil, conveniente y necesario, el establecimiento de Proto-Medico en el Virreynato de Buenos Ayres.

Conforme con este Servicio es lo informado por el Virrey de Buenos Ayres, como practico conocimiento de aquellas Provincias

acreditado celo en el Servicio del Rey, y bien desus Basallos, - produce un relevante merito para que sus Informes, en esa parte se miren como unico y principal fundamento, para el acierto en - la resolución, pues ni la Audiencia de Charcas, ni el Proto-Medico de Lima, tiene motivos para proceder con igual Instruccion - en el asunto presente, por hallarse como se hallan, tan distantes y asi cree el Fiscal, que sin embargo cree que ni la citada Audiencia ni el Proto-Medicato han eacuado los Informes que seles mandado egecutar en cedula de 2 de Mayo de 78, puede desde luego procederse a egecutar el Informe prevenido por S.M. en la la citada Real Orden de 30 de Henero de 78, Lo primero porque siendo tan - recomendable e interesante al citado la conservación de la salud publica, deve desde luego adoptarse, y ponerse en egecucion todo medio que se proponga, util a este fin no manifestandose desde - luego ensu practica graves inconvenientes, y lo 2º, porque no -- solo la utilidad dela creación del Proto-Medicato en Buenos Ayres sino es también sunecesidad se halla contextado por el principal facultativo del Reyno y por el Magistrado que tiene mayor conocimiento practico delas Provincias del Rio dela Planta y sus avitanes y por lo mismo no deverian ser de aprecio alguno, aun quando llegare el caso de que nollegaren conformes con el Sentir del -- Virrey y de D. Mucio de Zona los informes de la Audiencia y Proto Medico de Lima pues nunca pueden egecutarse con la misma Instrucción como queda insinuado y Jamas podran persuadirse ser inutil - el establecimiento del Proto-Medicato en Buenos Ayres, por ser -- como es notoria la distancia que media de estas Provincias y las de Lima, donde reside el establecido por la Ley.

Por todo loque queda dicho, conceptua el Fiscal que se -- esta en el caso de Informar a S.M. sea combeniente y necesario el establecimiento de Proto-Medicato en Buenos Ayres, para el distrito de aquel Virreinato, con independendencia delde Lima, y las mismas facultades que por las Leyes del titulo 6º Libro 5º de las de Indias tiene aquel.

Siendo este el sentir del Fiscal, enquanto al punto principal, para oi abrir dictamen sobre los otros dos que comprehende este expediente, reducido el primero asi adaser dependiente del

del Tribunal del Proto-Medicato de esta Corte, el Proto-Medico que se establezca en Buenos Ayres, como solicita D. Mucio Zona; y el segundo, asi se ha de aprobar y confôrmar el nomvramientode Proto-Medico que ha egecutado el Virrey en la persona de Don -- Miguel Gorman.

Por lo que hace al primer punto se funda Don Mucio de Zon en los exemplares de las Delegaciones, de Aragon Cathaluña, Valen^{cia}, y la Coruña, pero si se atiende como propone el Virrey, a la desigualdad que versa en la corta distancia de los exemplares, - con la que ay a Buenos Ayres, se vendrá en conocimiento de que no es util, que el Proto-Medico que se establezca en aquella capital este subordinario y dependiente del Tribunal de Proto-Medicato de esta Corte.

Por otra parte, los Tribunales del Proto-Medicato de Lima - y Medico, son Superiores en sus respectivos distritos e independientes del Proto-Medicato de Castilla, según se manifiesta en -- las Leyes del Título 6º Libro 5º de la de Indias, y dejando propuesto que de Proto-Medico que se establezca en Buenos Ayres, deve tener las mismas facultades que elque reside en Lima, no parece conforme con las Leyes, elque se le sugete y haga dependiente del de la Corte.

En quanto al Segundo punto sin aprobación de nombramiento - de Proto-Medico que ha egecutado el Virrey, contextando como contexto este de propio conocimiento, practica y experiencia, la buena conducta, acreditado celo, y actividad del Doctor Don Miguel - Gorman, ya que este paso por primer medido dela ultima expedición a aquellas Provincias y ordenando como ordena la Ley 3º Título 5º Libro 6º de la de Indias, que sin embargo de estar unido el Proto-Medicato de Lima a la Cathedra de Prima de Medicina haya de sacar cathedratico Titulo del Virrey enque le nombre por Proto-Medico parece desde luego deve reconocerse en el Virrey de Buenos Ayres la facultad para proceder al Nombramiento de Proto-Medico como - - lo ha egecutado : Por loque con atencion a todo conceptua el Fiscal que sin embargo deque no se han recibido los informes que han

devido evacuar la Audiencia de Charcas y Proto-Medico de Lima, - puede el Consejo conmutar a S.M. con el Dictamen que es util y - necesario que se establezca en Buenos Ayres para el distrito de aquel Virreynato un Proto-Medico, en el modo y forma que prebienen las Leyes de Indias en el citado Titulo 6º con absoluta independencia del Tribunal del Proto-Medicato de esta Corte y el establecido en Lima : Que asi mismo es digno de aprobacion todo lo obrado en este asunto por el Virrey de Buenos Ayres y Deque se confirme el nombramiento de Proto-Medico que ha egecutado en el Doctor Gorman, y que todo sele deve manifestar así al Virrey encargandole procure el perfecto establecimiento y arreglo del Tribunal dando cuenta de sus resultas.

El Consejo sobre todo acordara.

Madrid, y Julio 26 de 1781.

830

XLIV

Informe del Virrey Vértiz sobre escasez de profesores en Medicina. Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires Legajo 335. 8 Fols.

Por Real Despacho fecho en Aranjuez a dos de Mayo de mil - setecientos y setenta y ocho me manda V.M. informar en cuanto a la escasez de Profesores de Medicina en estas Provincias.

En su cumplimiento debo exponer, que la falta es notoria, consiguientes la malas experiencias, que se padecen, con impondrable detrimento en la salud, y conservación de los vasallos de V.M. que havitan estas partes, y que el medio de crear en esta Capital un Prothomedico, que exerza con amplia facultad quanto por los Derechos de estos, y aquellos Reinos e instrucciones de la materia, le esta concedido, es manifiestamente util, y conducente repararlo, y contener tambien los abusos, que se tocan; porque así havrá quien teniendo el preciso conocimiento pueda mas de cerca cuidar de la observancia de las Leyes contenidas en el Título 6 libro 5 delas recopiladas para estos Dominios: y por consiguiente, que ningún Cirujano Medico, Barbero, cure, o use de estos exercicios sin la correspondiente licencia calificante de su haviidad, y suficiencia : de que las Boticas estén provistas de Medicamentos simples, o compuestos, no desvirtuados, o trabajados sin las reglas del arte : y de todas las demas incunvencias, que les son anexas, y requiere lo importante del asunto en que se versa la misma vida, y salud delas gentes.

Y desde luego la detención, que para el arreglo de los Hospitales, y economizar sus consumos, fue preciso hacer del Doctor Don Miguel Gorman primer Medico de la Expedición a la America Meridional, proporciona la mejor ocasión, paraque continuándole el mismo sueldo, que goza, recaiga en este facultativo el nombra

iento de tal Prothomedico, a lo menos durante executa este pri
er establecimiento, y arregla todas sus dependencias : su sufi
ciencia la tiene acreditada en el mismo exercito, a que vino --
destinado, y aun la experimento tanvien este vecindario en la -
epidemia, que seha padecido, haviendo tomado de mi orden las --
más acertadas medidas, no solo para quehubiese los auxilias pre
cisos, expecialmente en las Campañas, donde causa maior estrago,
sino igualmente para conocer la raiz e infección de que provenia
esta cuasi general enfermedad, y hacer consiguientemente uso de
los medicamentos adecuados : su adquirido conocimiento del Pais,
y de la calidad de los accidentes mas frecuentes en el : su apli
cación, celo y desinterez que me consta, y el tener ya observa
dos los abusos, quehay en estos exercicios; todo influye paraque
esta elección haya de hacerse de su persona, e idoneidad ya gene
ralmente experimentada : y en efecto por este conocimiento, y --
por que lo exigian asi las actuales circunstancias, y la necesi
dad de courrir en lo posible a la corrección de los mismos per
judiciales abusos, que damnificaban la salud publica, le tengo -
caracterizado con el Título de Tal Prothomedico interim resida -
en estas partes con arreglo a la Ley 3ª del citado Título, y Li
bro, y la que desde luego havria de abolirse para este Virreina
to, con cohartación manifiesta de la facultad por ella concedida
a los mismos Virreyes : si este establecimiento se hubiese de --
hacer con la conexion, y dependencia del Prothomedicato de Casti
lla, que en estas distancias nunca podria ocurrir oportunamente,
y con la facilidad, que lo executara a los de Aragon o Cataluña,
y otros de aquella Peninsula : Que es cuanto tengo que informar
a V.M. sobre el asunto.

Dios dilate, y prospere la importante vida de V.M. para el
bien, y felicidad de esta Monarquia. Buenos Aires, 5 de Febrero
de 1.779.

Circular anunciando el envío a Indias de una expedición médica, cuyo fin es vacunar a sus habitantes de la viruela y - extender el uso de esta vacuna.

San Ildefonso 5 de Septiembre de 1.803 - Copia
Tomo CXXI Fols. 240-241. Col. Mata Linares.

Deseando el Rey ocurrir a los estragos, que causan en sus dominios de Indias las epidemias frecuentes de viruelas, y proporcionar a esos sus vasallos los auxilios que le dicta la humanidad, el bien del Estado y el interés mismo de los particulares, así de las clases más numerosas, que por menos pudientes sufren mayores daños, como de las otras, acreedoras todas a su Real beneficencia se ha servido resolver oído el dictamen del Consejo, y de algunos sabios que se propague a ambas Américas, y si fuere doble a las Islas Filipinas, a costa del Rey Erario, la inoculación de la vacuna, acreditándola en España y en casi toda Europa, como un preservativo de las viruelas naturales.

A este fin ha mandado S.M. formar una expedición marítima compuesta de Profesores hábiles, y dirigida por su Médico honorario de Cámara D. Francisco Xavier de Balmes que deberá hacerse a la vela quanto antes del Puerto de la Coruña, llevando número competente de niños que no hayan pasado viruelas, para que inoculado sucesivamente en el curso de la Navegación, pueda hacerse - al arribo a Indias la primera operación de brazo a brazo, que es medio más seguro de conservar y comunicar el verdadero fluido-vacuno con toda su actividad.

El buque conductor de los 10 individuos, que componen la - expedición y de los de niños, dirigirá su rumbo en primer lugar - a la Havana haciendo escalas en las Yslas de Tenerife, y Puerto Rico, para reponer algunos otros niños, si hicieran falta : para introducir en ellos tan precioso descubrimiento, y para comisionar algunos Individuos al Virreynato de Sta. Fé, a las Provincias de Caracas, u otra parte de la tierra firme, según conviniere

el resto de la expedición continuará su derrota a Vera Cruz, y - haciendo el giro por Nueva España y el Perú, terminará la Comisión en Buenos Ayres, después de haber enviado algunos de ellos a Filipinas en la Nao de Acapulco, o desde el Callao de Lima.

En todas las Capitales y en los pueblos principales del - tránsito residirán los Comisionados los días precisos para comunicar a los naturales y habitantes el fluido vacuno gratuitamente, enseñar la práctica de la operación a los facultativos y demás personas, que quieran aprovecharse de esta oportunidad, repartiendo con acuerdo de los Jefes respectivos entre los más - - adictos a ella algunos vidrios, en que se transportará el fluido y libros de los 500 Ejemplares que lleva el Director, costeados por la Real Hacienda, del tratado histórico de la vacuna, obra - la más completa e instructiva en esta clase, escrita por Moreau de la Garthe, y traducida por el Director, y para reponer algunos niños, quando este los pida prefiriendo los expositos, donde los haya, y precediendo el consentimiento de los padres, si los tubieren conocidos en la inteligencia de que serán bien tratados mantenidos y educados, hasta que tengan ocupación ó destino con que vivir conforme a su clase, y debultos a los pueblos de su - naturaleza los que se hubiesen sacado con esta condición.

Convencido V. de la importancia de la empresa, y de las - benéficas intenciones del Rey, dirigiolas a extirpar la más hono rosa plaga, con un preservativo inocente, y que mejora la consti tución física de los niños y adultos según acredita la experien cia espera S.M. del celo de V. a su Rey el servicio que por los medios suaves que estime oportuno, y conformes a la Moral - - Christiana contribuya a introducir y conservar en los pueblos - de su Diocesis, la saludable práctica de la vacuna exhortando a los Curas Doctrineros, y Misioneros a que protejan la expedición y auxiliar a sus individuos, y a los niños, a facultarles, valiéndose del influjo que regularmente tienen los Ministros del - Santuario sobre la opinión pública, para disipar cualquiera -- preocupación contraria. Dios guarde a V.M.S.A. - San Ildefonso y Septiembre 5 de 1.803.

Circular para que en Indias se reserven salas especiales - para la conservación de la vacuna contra la viruela - Aranjuez - 20 Mayo 1.804 - T. CXXI - F. 370. Col. Mata Linares.

El Rey ha tenido la grata noticia de haber arribado con felicidad al continente Americano la expedición Marítima destinada a propagar entre sus amados vasallos de Yndias el admirable descubrimiento dela vacuna, después de haberla introducido en las - Yslas Canarias y de Puerto Rico, y aunque espero que el Director y demás individuos comisionados desempeñarán las obligaciones - que tienen contraídas de comunicarla en los pueblos principales de su vasta dominación, conforme al derrotero que les prescribio y que V. les auxiliara en esta importante empresa, en cumplimiento de la circular de primero de Septiembre del año proximo pasado : no satisfecha la paternal solicitud del Rey con haber proporcionado este inmenso beneficio a la generación presente aspira a perpetuarlo para las futuras.

Con este objeto quiere S.M. que a imitación de lo que se ha dignado resolver para la península destine V. una Sala en el hospital de esa Capital, y otra en cada uno de las Provincias de un distrito donde se conserve fresco, y comunique el fluido precisamente de brazo a brazo, a quantos concurren, y de balde siendo pobres, practicando el facultativo que elija, las operaciones periodica y constantemente por tandas, y en corto número de personas, proporcionando al de los que nazcan de ordinario en un año común en esa y en las otras Capitales de su mando, por cuyo medio tendrán recurso seguro los habitantes de ellas, y los de las Provincias respectivas, y se evitarán las contingencias de extinguirse o de alterarse el fluido.

Conviniendo adoptar todos los medios posibles para la subsistencia y gobierno económico y facultativo de estos establecimientos formará V. el Reglamento que le parezca más oportuno - oyendo al Director D. Francisco Xavier de Balmis, o al Individuo que en su ausencia arribe con la expedición, o parte de ella po-

835

-129-

uéndolo en práctica provisionalmente hasta la aprobación de - -
S.M. a cuyo fin me dará V. aviso, y de quanto ocurra para su so-
berana inteligencia.

Dios guarde a V. muchos años. Aranjuez 20 de Mayo de 1.804

XLVII

Informe sobre la epidemia declarada en Buenos Aires en 1802.- Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires. Legajo 335.

En el día se está experimentando en la ciudad una Peste casi general, y que ocasiona los estragos, que son notorios: Se habla con variedad acerca de su principio, origen, y causas; y el Cavildo que nota tantos padecimientos, y perjuicios en el Publico, no puede ya desentenderse, ni mirar con indiferencia este conjunto de males y daños : Há acordado imponerse, y tomar conocimiento de las causas de ésta peste, y de las precauciones que podrán ser conducentes a ebitar el contagio; y como por ningún conducto mejor, que por el de ese Real Tribunal podrá arriivar ál esclarecimiento de lo que desea, se ha de serbir V. con= vocar á Junta á los Facultativos de ésta Ciudad, conferenciar la materia en los terminos que corresponde, y segun el resultado de ésta Junta, y concepto que se forme pasár abiso a éste Cavildo oon la brevedad que exige el asunto, manifestando quales sean, ó puedan sér las causas dela Peste, y quales las Precauciones, que se juzguen oportunas, á ebitarla, para que el Cavildo con estas noticias pueda en cumplimiento de sus deberes valerse de los arbitrios, que considere más á proposito. Dios guarde á V. muchos años Sala Capitular de Buenos Ayres Diciembre primero de mil ochociën= tos y dos. Cristoval de Aguirre, Francisco de la Mata, y Bustaman= te. Francisco de Lezica. José Hernandez. José Mateo de Echevarria Manuel Ortiz de Bastualdo. Juan Antonio de Selaya. Señor Doctor Don Miguel Gorman.

Es Copia. Firmado: Fabre.

Con fecha primero del corriente recibió este Real Tribunal de rotomedicato el oficio de V.S. por el que le pide, que con audiencia de los Facultativos de esta Capital le exponga las causas que son ó pueden ser exitantes de la Peste, que actualmente ocasiona tantos extragos, como así mismo de las precauciones oportunas de evitarla, pues con estas nociones espera llenar el cumplimiento de sus deberes. Como el instituto de éste Real Proto-Medicato es ver sobre la salud publica, há observado, y observa diariamente con la mas prolija exactitud los pasos de la constitucion epidemica reynante, que el terrór panico bulgar llama indevidamente Peste; y no habiendo hallado hasta ahora justos motivos que impulsen á alarmar á los animos abatidos, por las gravísimas resultas de unas pre-aturaciones determinaciones, se há mantenido convatiendola con los medios facultativos, mediante los quales apenas há finado uno por ciento de los enfermos, segun el calculo prudente de los consultores. Conociendo la gran necesidad, y el considerable beneficio que recibirá el Publico de que se tomen con actividad todos los medios que puedan evitar el terrible incremento á que pueden llegar sus presentes males, ya por la permanencia, y graduacion de su genuina causa ya por la cooperacion de otras muchas que se desatienden hasta que el peligro las dispierta; uniendo sus ideas este Cuerpo facultativo con las beneficas laudables de V.S. le recuerda el dictamen que dió á ese Muy Ylustre Cavildo en orden á la policia salutifera el 15 de Marzo de mil setecientos ochenta y ocho, que debe obrar en el Archivo de la Ciudad, y que en caso necesario dará traslado completo. En él se aconseja la limpieza de las Calles, la inhumacion de los animales muertos, principalmente en seguida de las corridas de Toros, en cuyo estivo tiempo son insufribles las nauseosas putridas exalaciones que infestan algunas distancias. Se propone que los Curtidores, Zurradores, Almidoneros, Beleros, y otros iguales Artesanos tengan sus Laboratorios en los Arravales, como así mismo se situen en ellos todas las Ataónas: Que se reconozcan los corrales de las Casas, en los que se mantienen Lagunas pantanosas, ó Jagueyes, que son el deposito de los excrementos, e inmundicias, y componen un crecido

numero de Estanques de putrefaccion que impregnan el ayre atmosferico de sus miasmas: Que se arrojen las Vasuras muy distantes de la Poblacion: Que se cuide la limpieza delos Corrales del Ganado que abastece la ciudad, alternandose en ellos la matanza; que se pastoreen, y reconozcan antes de matarlos por si reyna entre ellos algun mal epidemico, como el carbunco bacuno: Que el agua potable se baya a tomar lo mas retirado que sea posible delos vertientes dela Ciudad, que llevan al Rio todas las inmundicias, sin contar las del crecido numero de personas sanas, enfermas y contagiosas, que en el se bañan: Que se recojan los Lazarinos, cancerosos, sarnosos, y otros que vagan por la Poblacion libremente, se rozan con la moneda y otras cosas, cuyo contacto inmediato es contagioso: Que se examinen con frecuencia, y exactitud los comestibles, y las bebidas para cortar el fraude, y los perjuicios delas alteradas: Que por lo que respecta á las Basijas de cobre y su estañado, y a las de barro bidriadas ya ha tomado las correspondientes providencias este Superior Govierno en virtud dela Real Cedula, que recibio ultimamente: Que los Hospitales carceles, y Presidios, si no se cuidaba mucho dela purificacion, y ventilacion del ayre, que encerraban, eran otros tantos espiraculos de corrupcion, cuyos dos ultimos establecimientos habian dado origen á algunas Pestes, y epidemias: Que ventilasen los Templos, antes que entrasen los fieles en ellos; por que los desmayos, afectos vaporosos, syncopes, y otras enfermedades contrahidas en ellos acreditaban indubitablemente el delsterio character delas cadavericas exalaciones; y ahora con mucha mas razón insistimos en recomendar la creacion de sementerios, que alli deseabamos igualmente ver establecidos, por que el numero de las gentes se ha aumentado dos terceras partes mas desde aquella hasta la presente fecha, sin que se hayan erigido mas Yglesias. Este religioso, politico y saludable proyecto tan antiguo como autorizado y puesto en practica por toda la Europa culta, en muchas partes dela Asia, y del Africa, mandado observár por los Soberanos, deseado, propuesto y aconsejado por los Principes eclesiasticos, por los Magistrados, y finalmente digno objeto de tantas doctas, y erudititas plumas, que se han empeñado en revatir vigorosamente, preocupaciones bulgares sobstenidas acaso por traslucidos fines, lo pasó

S.M. ultimamente a informe al Excelentísimo Señor Marques de Loreto Virrey que fue de estas Provincias por su Real Cedula de 27 de Marzo de 1789 expedida a representacion de Don José Espeleta Gobernador y Capitan general de la Ysla de Cuba, á causa delas enfermedades epidemicas, que se originaban del crecido numero de cadaveres, que se enterzaban en los Templos, la que fue aprobada, mandada guardar y cumplir por voto comun de tres Salas en la Villa y Corte de Madrid en tiempo del Señor Don Carlos tercero de gloriosa memoria mandando se circulase por todos los Dominios Americanos de S.M. y que el expresado Excelentísimo Marques de Loreto en su consecuencia probeyo Auto en 19 de Junio del año Proximo; pero a pesar de tantos recuerdos vemos sepultado en el mas profundo letargo un asunto de tanta importancia en medio de un Pueblo tan culto; en el que se admira la mas grande feliz revolucion, que anuncia elebar sus conocimientos y prosperidad hasta aquel punto, que lo hagan el envidioso objeto de los mas felices y civilizados. Confia pues este Proto-Medicato en el activo zelo de V.S., que llevara éste ramo de la mejor policia hasta el ultimo termino de su consecucion. Es igualmente de la mas importante atencion el destino retirado que debe señalarse al ramo de Negros, que continuamente arriva á este Puerto y que muchos de ellos están esparcidos en varias partes del centro de la Ciudad, frustrando la vigilancia del Superior Gobierno bajo el pretexto de las quarentenas, y estar domiciliados en distancias conocidas; pues consta de experiencia, que a proporciona que se ha ido aumentando este comercio, se han hecho quasi endemicas las viruelas, la sarna, y las erupciones herpeticas, que antiguamente afligia la primera cada dos, o tres quinquenios, y las otras eran quasi enteramente desconocidas. Ultimamente consultando V.S. el enunciado dictamen del año de 1788 hallará en él los medios que conceptuamos oportunos, para evitar en lo posible la graduacion de la presente constitucion epidemica, acaso podrá contribuir a disminuir su actividad pero seguramente impedirá se experimenten otras de peor indole, que atribuyendose á distintas causas, se engendrarán probablemente de algunas, ó de la reunion de todas las referidas. Asi lo sentimos. Dios guarde á V.S. muchos años. Buenos Ayres nueve de Diciembre de mil ochocientos y dos. Muy Ylustre Cavildo, Justicia y Regimiento. Es Copia. Una firma. Fabre.

Numero 3

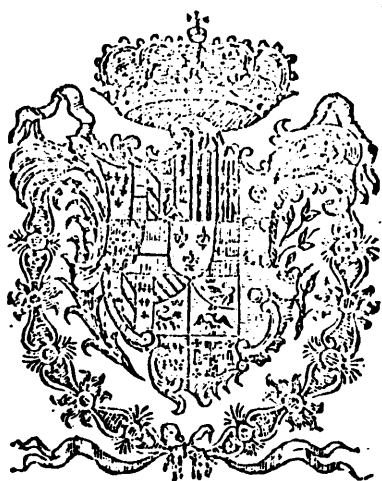
Con fecha (en blanco) contextó éste Real Tribunal al oficio de primero de Diciembre de ochocientos dos, que V.S. le dirigió con el objeto de desempeñar prontamente el maior de sus deberes, y en él se hizo mension del parecer, que por la policía salufera dió este Pr to-Medicato en el año de mil setecientos ochenta y ocho. Y aunque e bien notoria la actividad con que se estan haciendo carros para la limpieza, los progresos con que camina la actual epidemia nos oblig a recordarle a V.S.: Que se cieguen prontamente las lagunas pantanosas del centro, y arredebres dela Ciudad, principalmente la dela Sa ja de Viera; y Hueco de los Fideos, pues sus exalaciones no solamen engendran epidemias, sino tambien la Peste, como refiere Pedro Salio Diverso, que con solo desaguar los Fosos de una Plaza de Armas en Y lia cesaron las fiebres pestilentes, que padecian sus moradores, sin que se volviesen a experimentar. Que se cubran los muladares con tierra, y se sepulten animales muertos: Que no se arrojer inmundicias los expresados lugares: Que barran y rieguen los vecinos sus pertenencias en las horas oportunas: Que se tome precisamente en Palerm el agua potable, y que no se aguarde a alejar tarde les los perjudicialisimos vapores cadavericos. Dios guarde a V.S. muchos años . Buenos Ayres catorce de Enero de mil ochocientos tres/ Muy Ylustre Cavildo. Justicia y Regimiento.

Es Copia. Fabre.

& &

&

775



REAL DECRETO

EN QUE S. M. HA RESUELTO
ampliar la Concesion del Comercio libre, con-
tenida en Decreto de 16. de Octubre de 1765.
Instruccion de la misma fecha, y demás Reso-
luciones posteriores, que solo comprehendieron
las Islas de Barlovento, y Provincias de Campe-
che, Santa Marta, y Rio del Hacha, incluyen-
do ahora la de Buenos-Ayres, con interna-
cion por ella à las demás de la America Me-
ridional, y extension à los Puertos habilitados
en las Costas de Chile, y el Perú, &c.

Expedido en 2. de Febrero
de 1778.

DE ORDEN DE SU Magestad.

En Madrid: Por Juan de San Martin, Impresor de la Secretaría de
Estado, y del Despacho Universal de Indias. Año de 1778.



Ovido del paternal amor que me merecen todos mis Vasallos de España , y America , y con atencion à que no subsistiendo yá la Colonia del Sacramento sobre el Rio de la Pla-

776

ta , ha faltado la causa principal , que motivó la prohibicion de hacer el Comercio de estos Reynos à los del Perú por la Provincia de Buenos-Ayres: he resuelto ampliar la concesion del Comercio libre , contenida en mi Real Decreto de 16. de Octubre de 1765, Instruccion de la misma fecha, y demás Resoluciones posteriores, que solo comprehendieron las Islas de Barlovento, y Provincias de Campeche, Santa Marta , y Rio del Hacha , incluyendo ahora la de Buenos-Ayres , con internacion por ella à las demás de la América Meridional , y extension à los Puertos habilitados en las Costas de Chile, y el Perú , y mejorando en beneficio universal de mis Dominios las condiciones de aquella gracia , baxo las reglas y articulos siguientes.

I.

Que todos mis Vasallos de España puedan llevar , ò remitir con Encomenderos , y Factores , segun las Leyes de Indias , los Frutos , Generos , y Mercaderías de estos Reynos , y tambien los Extrangeros , introducidos legitimamente en ellos (excepto los Vinos , y Licores de estos , que han de ser siempre estrechamente prohibidos) con la libertad que les tengo ya con-

concedida de los derechos de Palmeo , Toneladas , San Telmo, Extrangería, Visitas , Reconocimientos de Carenas , Habilitaciones, Licencias para navegar , y de todos los demás gastos consiguientes al Proyecto del año de 1720 , y formalidades que estavan en uso , pagando solo al tiempo del embarco en las respectivas Aduanas de la Peninsula el tres por ciento de los Generos , y Frutos Españoles , y el siete establecido sobre los Estrangeros , además de lo que hayan contribuido al tiempo de su introduccion en estos mis Dominios ; sin que jamás puedan , ni deban confundirse con los efectos, y manufacturas de España, ò suplantarse en lugar de ellas , bajo las penas de ser confiscadas unas , y otras , y de que los complices incurran en la del perdimiento de sus Empleos , y en las demás que corresponden à los defraudadores de mis Rentas Reales.

II.

Otra igual cantidad del tres , y siete por ciento se exigirá al tiempo del desembarco en Buenos-Ayres , y demás Puertos del Perú , y Chile , Santa Marta , Hacha , è Islas de Cuba , Santo Domingo , Puerto-Rico , Margarita , y Trinidad , en alivio de mis amados Subditos Españoles , y Americanos.

III.

Que para habilitar las Embarcaciones de mis Vasallos , y sus Cargas basten el Pasaporte , y Real Patente de estilo , despachada por vuestro
Mi-

Ministerio, y las Guías correspondientes de los Administradores de mis Aduanas, con la obligacion de responsivas que califiquen el parage, y transitos donde, segun el Artículo VII. de este mi Real Decreto, se hayan desembarcado el todo, ò parte de los Generos, y Frutos, y arribado la Embarcacion por destino, ò por accidentes del tiempo.

777

IV.

Que verificado el adeudo al tiempo del embarco en los Puertos habilitados de España, se pasen por los Administradores de sus Aduanas, Notas firmadas de las Cargazones, con entera separacion de los Generos naturales, y extranjeros, à los Jueces de Arribadas de Indias, y que estos Ministros os las dirijan para la debida noticia, y providencias que convengan expedir à la America por vuestro Departamento.

V.

Que las Naves destinadas à este Comercio hayan de habilitarse, y salir precisamente de los Puertos de Sevilla, Cadiz, Malaga, Alicante, Cartagena, Barcelona, Santander, Coruña, y Gijón del continente; y el de Palma, y Santa Cruz de Tenerife, por lo respectivo à las Islas de Mallorca, y Canarias, segun sus particulares concesiones.

VI.

Que todo lo que se cargue en dichas Embarcaciones de Comercio libre, tanto à la salida de los Puertos de España, è Islas de Canarias, y Mallorca, como à su regreso de los de
Amc-

América, ha de ser precisa, y formalmente registrado en las respectivas Aduanas, ò Caxas Reales, baxo la pena irrimisible de comiso, por el mero hecho de no contenerse en las Guias, ò Registros.

VII.

Que si por temporal, ò falta de despacho conviniese à los Dueños, ò Conductores de los efectos comerciabiles variar el destino en Indias, puedan hacerlo con los documentos correspondientes, siendo à Puertos comprendidos en esta concesion, y anotandose à continuacion de las Guias dadas en las Aduanas de España la variacion, y el motivo, y quedar pagados los derechos de la parte de generos desembarcados en el primer Puerto en que arribare la Embarcacion, sin cobrarlos nuevos por los que siguiesen à otro, excepto si se cargaren frutos, ò efectos del Pais, en aquel en que huviese hecho escala, ò tocado el Bagél. Pero con la precisa advertencia, de que si por accidente inopinado arribaren las Naves de este Comercio libre à otros Puertos no habilitados para él, les será prohibido el desembarco, y venta de lo que conduzcan, y tambien el abrir registro para recibir efectos, ni frutos del Pais.

VIII.

Que entre las Provincias, è Islas contenidas en esta concesion, puedan comerciar mis Vasallos con los frutos, y generos respectivos, baxo estas mismas reglas.

IX.

Que del dinero, y demás efectos registrados que traigan los Buques Mercantes à su regreso de los Puertos de América, paguen por ahora á su salida de ellos, y à la entrada en los de España los derechos establecidos en los Reglamentos de Indias, quedando el Comercio de la Luisiana sugeto à su particular concesion. 778

X.

Y que los Jueces de España, è Indias, Administradores de Aduanas, Oficiales Reales, y demás empleados en el resguardo de mis Rentas, no puedan pedir, ni tomar derecho, gratificacion, ni emolumento alguno de los Dueños de las Embarcaciones, sus Capitanes, y Encomenderos de los generos, y frutos, que cargaren por las diligencias del registro, y demás necesarias para su habilitacion, y pronto despacho, exceptuando solamente el costo del Papel, y derechos de lo escrito, y asistencias de los Escrivanos de los Puertos de Indias, segun el nuevo Arancel, que he mandado formar. Bien entendidos todos, que de lo contrario incurrirán en mi Real desagrado, y en otras penas correspondientes à las circunstancias de los casos; antes bien les mando, que les protejan, y den todos los auxilios que necesiten. Lo tendreis entendido, dando las Ordenes en la parte que os toca para su puntual observancia, y al mismo fin pasareis Copias de este mi Real Decreto al Ministerio de Hacienda, que cuidará tambien de su cumplimiento, y à los

Tri-

Tribunales, y Jueces que corresponda, à efecto de que conste à todos mis Vasallos de estos Dominios, y los de Indias. Señalado de la Real mano de S. M. en el Pardo à dos de Febrero de mil setecientos setenta y ocho. = A Don Joseph de Galvez.

Es Copia del Original que S. M. me ha dirigido. = Tore e Saber.

a ella que queda en la Secret.^a del Virreyn.

Cargo.

Para servir

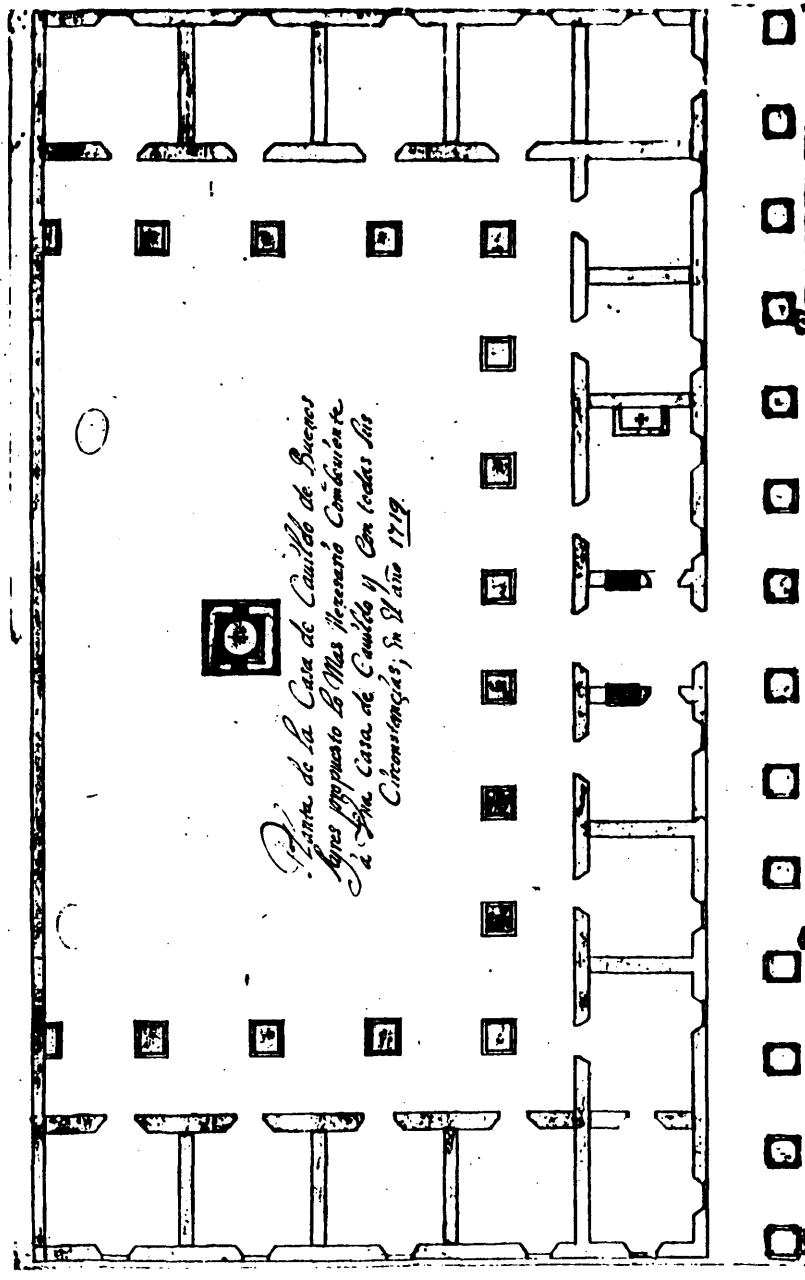


849

-I-

Plano que manifiesta el repartimiento de solares
que hizo Garay. Año 1583. Archivo General de In-
dias. Buenos Aires 555.

Plano de la Casa Cabildo de Buenos Aires que se
había de hacer por estar en mal estado la antigua. Por
el hermano Primoli de la Compañía de Jesús. 1.719. Ar-
chivo General de Indias. Charcas 221.

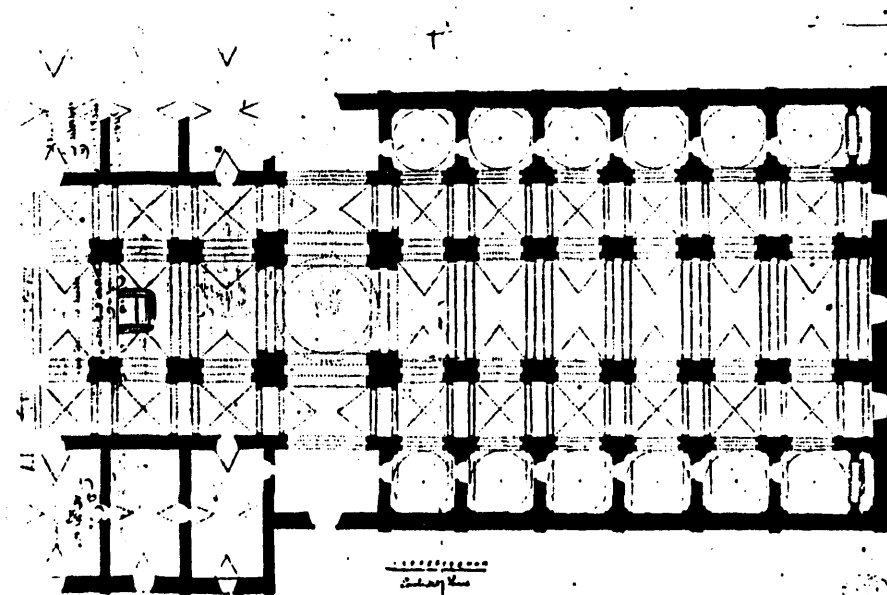
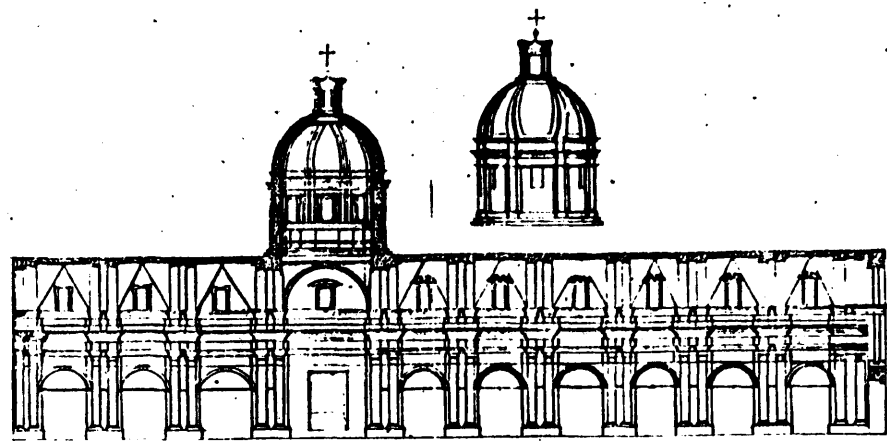


853

-III-

Planta de la Catedral nueva de Buenos Aires. Archivo
General de Indias. Charcas: 373

854

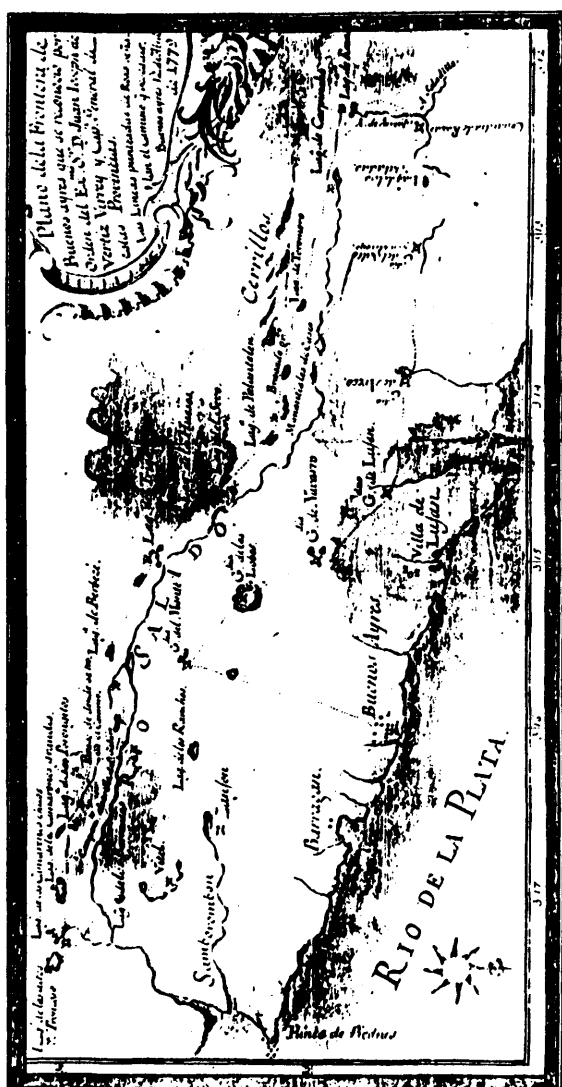


Plano que manifiesta la frontera de las Pampas de Buenos Aires que se reconoció por orden del Excmo. Sr. D. Juan Joseph de Vértiz, Virrey y Capitán General de estas provincias. 1.779. Archivo General de Indias. Est. 122. Caj. 5. Leg. 11.

857

-V-

Plano de la Frontera de Buenos Aires que se reconoció por Vértiz. 12 de abril de 1.779. Comprende el curso del Río Salado y desembocadura de la del Plata. Archivo General de Indias. Est. 125. Caj. 4. Leg. 2 (5).



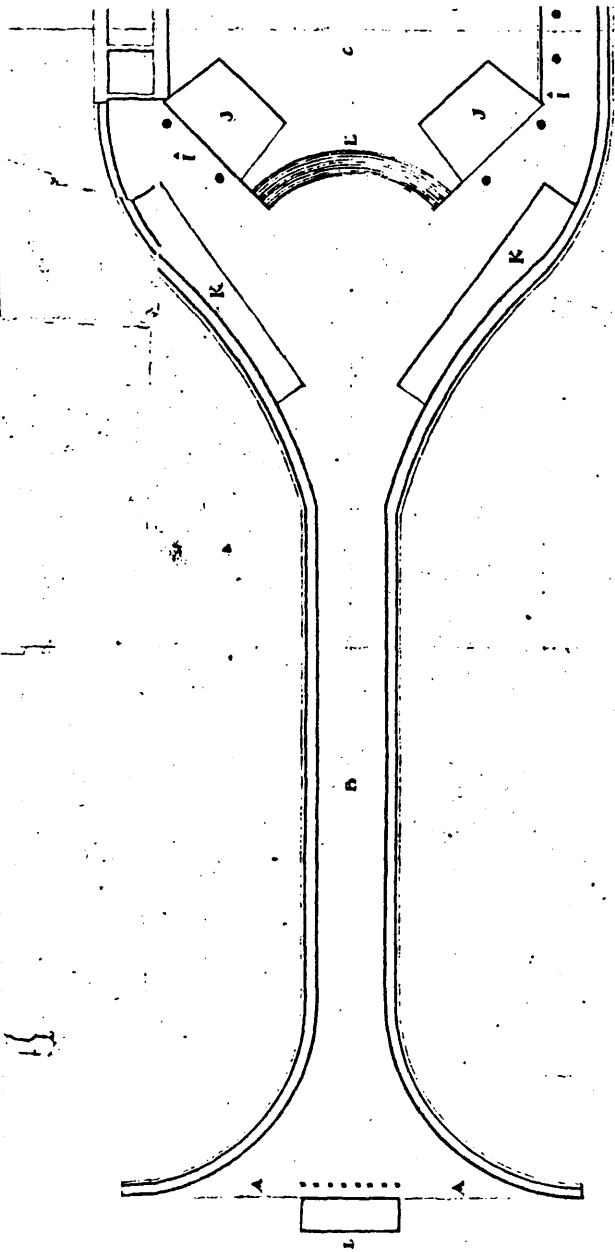
858 675

-VI-

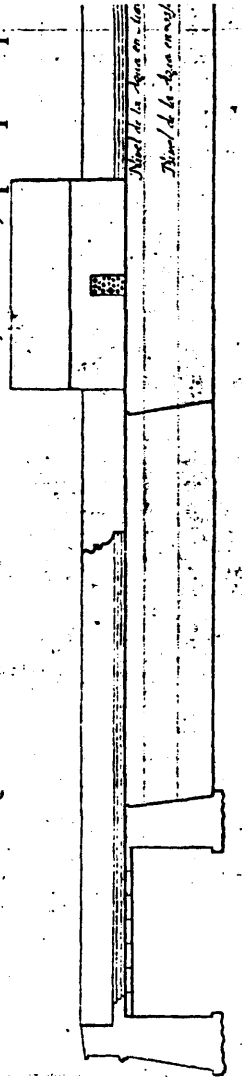
859

Plano y perfil de una Darsena para la ciudad de
Buenos Aires. Joachin del Pino. 1772.- Servicio Histórico
Militar de Madrid. Sig. E-15-19. l. H.

860



Perfil, i Vista, que pasa po



862

PLANO Y PERFIL DE UNA DARCENA PROI

Ayres, à fin de que sirva de abrigo à las Lanchas de su Comercio: cuya situacion
las Calles de la Merced,
EXPLICA

A. Diferencia por donde se entra à dicha Darcena...

B. Muelle que une la Darcena con la Tierra firme...

C. Puente para el abrigo de las Lanchas, deviendo todo el exararse lo necesario, hasta que tenga por todas partes 8. pal-
mos de Agua en las Dofas Marcas: Para cuyo efecto se excava antes toda la Agua, despues de cerrada su entrada
con un Cofon, segun se practica en los Diques de Cienega...

D. Puente donde à el construyase la Dofa deve ya haver 8. palmos de Agua en Marzas vagas...

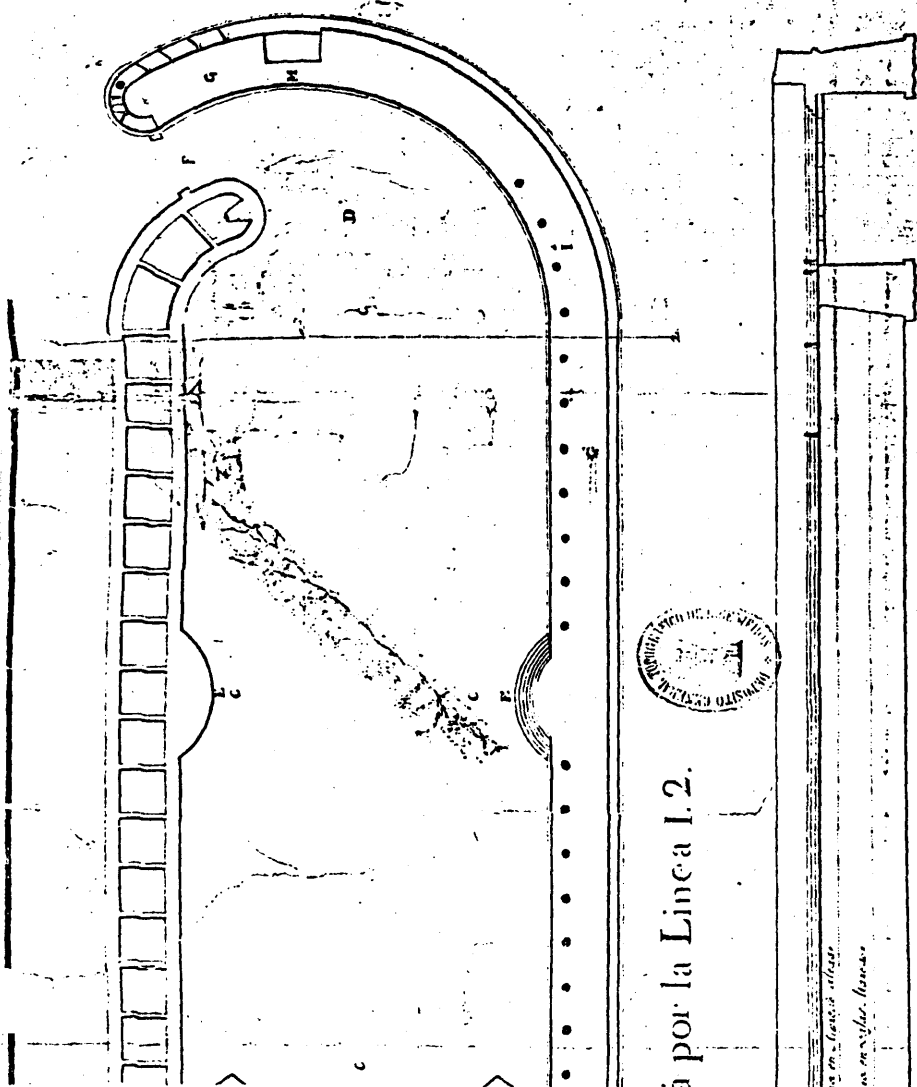
E. Escaleras para el embarco y desembarco...

Escala de 100. Varas para el Plano.



864

765



866

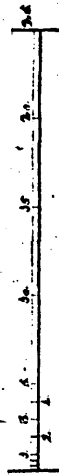
OIECTADA PARA LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

cion se considera la más acomodada en frente de la Quadra de Casa
ced, y Santa Lucia.

CACION.

- F. Entrada, la que puede cerrarse con Cadena en caso necesario...
- G. Batana de Cánones de a. s. o de a. s. para su defensa...
- H. Lugar donde puede colocarse una mostrada linterna...
- I. Muro de piedra o Cánones de Fuso de derecho, para amarrar las Lanchas...
- J. Rampas para dar las Cadenas...
- K. Almohadones para depósito de los efectos que se embarcan, y desembarcan...
- M. Pigeña An lazada para custodiar la Batana... L. El Cuerpo de Guardia principal...

Escala de 25. Varas para el Perfil.



Monedas 6 de 1/2, 1/4, 1/8, 1/16

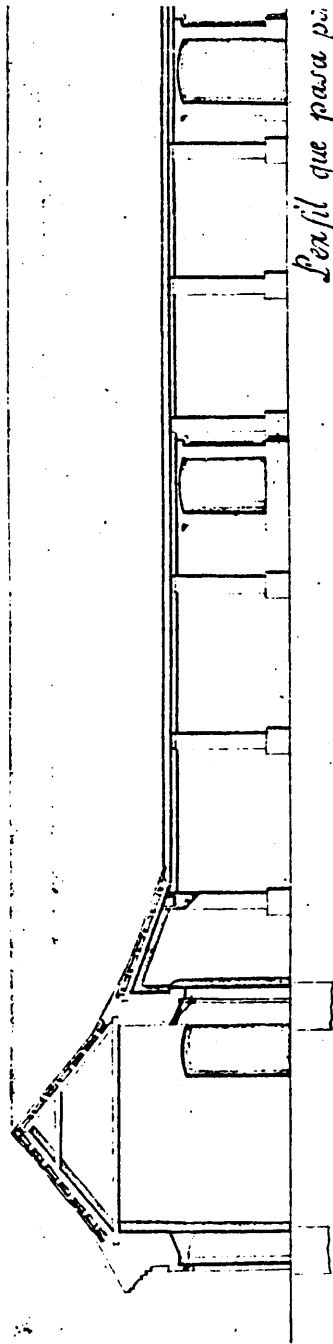
Toración del Píng

868

Plano y perfiles de un edificio que puede servir para cuartel de presidiarios que debe construirse en esta capital de Buenos Aires. J. García Martínez de Cáceres. Años 1.793-94. (dos hojas). Servicio Histórico Militar de Madrid. Sección de Mapas y Planos. Sig: E-15-21.

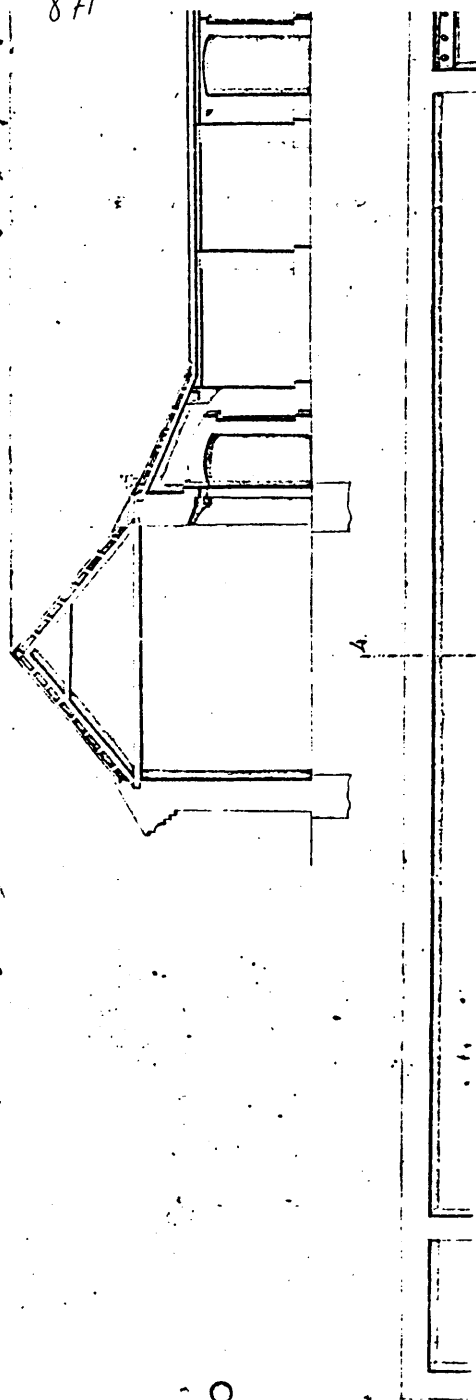
870

Perfil que pasa por



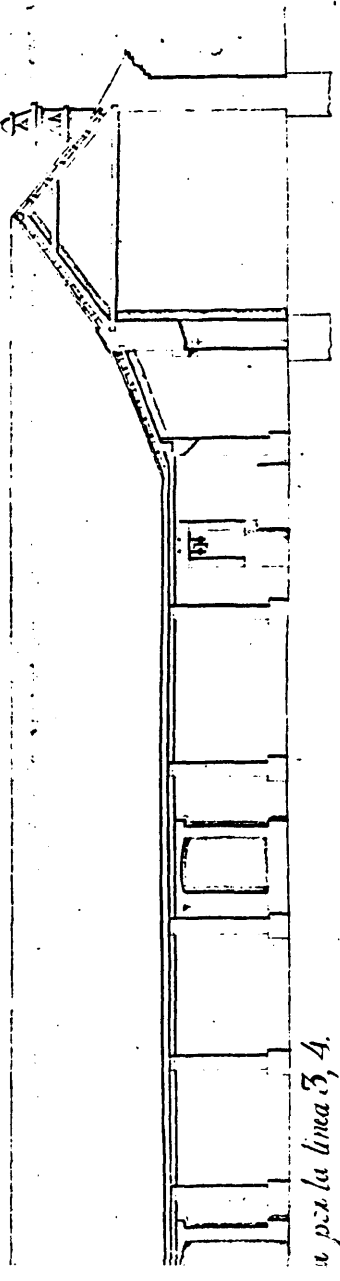
Perfil que pasa por

871

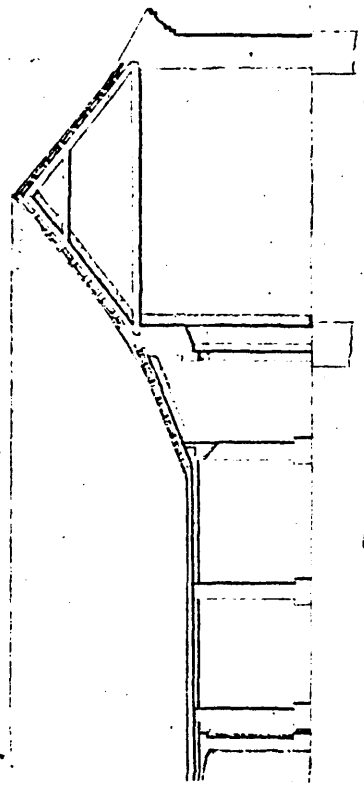


872

a por la linea 3, 2.



a por la linea 3, 4.

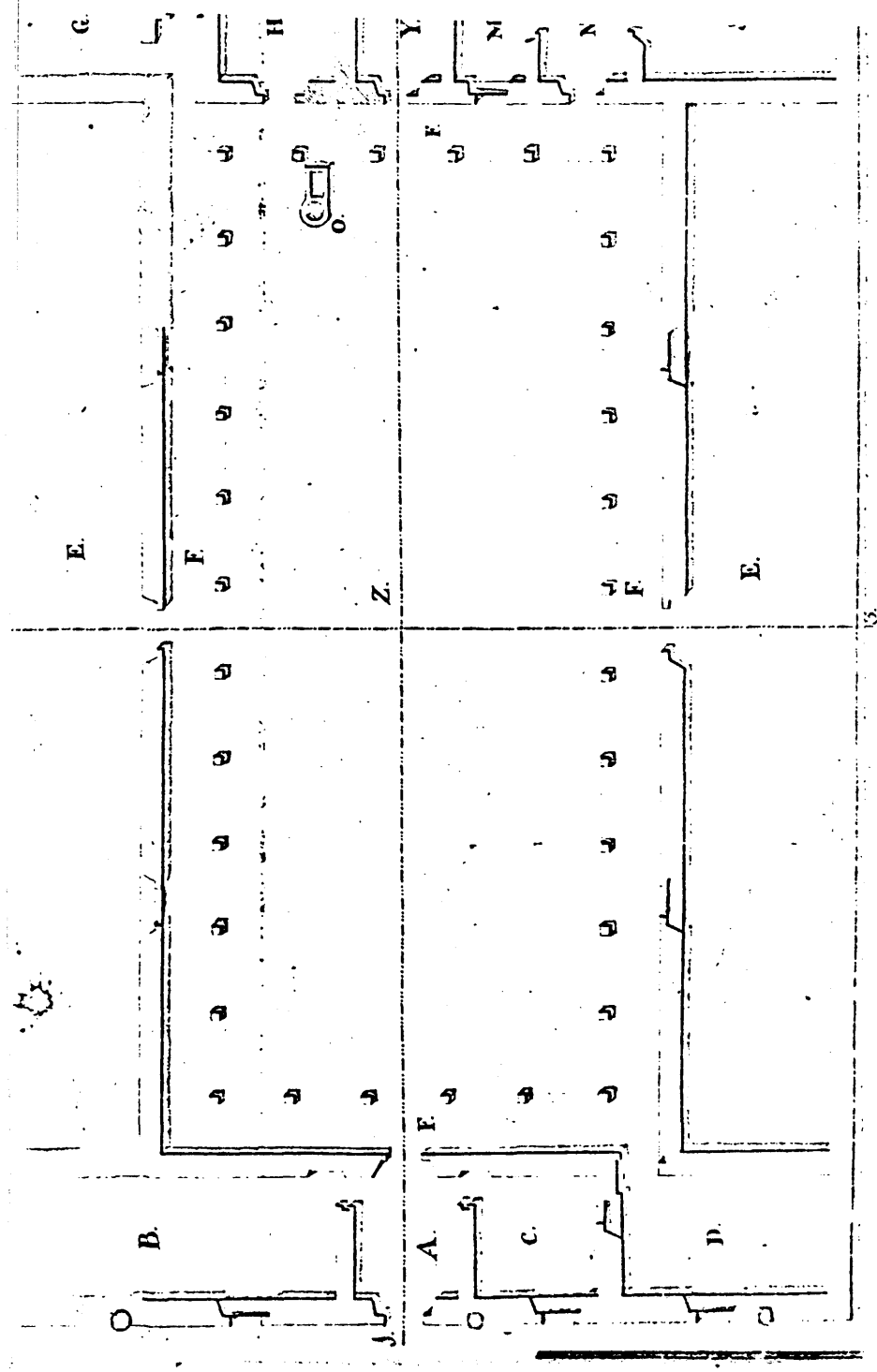


Viola de la Fuchada



874

875



876

Plano Perfiles y Fachada de un Edificio proyectado para Custodia de Presidarios que
debe construirse en esta Capital de Buenos Ayres.

2

Explicacion.

- | | |
|--------------------------------------|--|
| A. Logia. | H. Corina. |
| B. Cuadro de Sordidos p. los Jueces. | I. Cuarto p. los desayunantes y Prisioneros. |
| C. Cuadro de Sordidos p. el oficial. | M. Cuarto para los Ventaneros y Uteridos. |
| D. Calabozo. | N. Cuarto para el Sargento. |
| E. Guardias p. Presidarios. | O. Piso con su pila. |
| F. Inquilino. | S. Cuarto para los Leños. |
| G. Comunas. | Z. Pila. |

Es Copia del Original. Buenos Ayres 1.º de Julio de 1793.

José María de Urquiza
Arquitecto

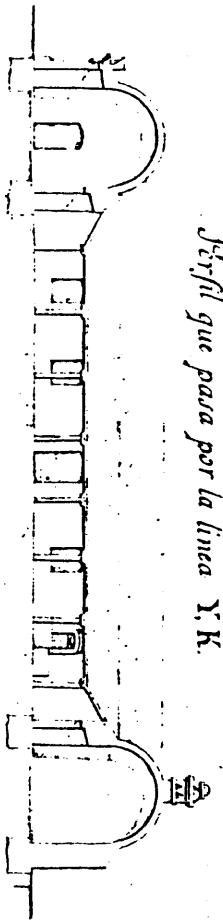
(Signature)

Escala del 1 2 3 4 5 10 20 30 Suab Plano

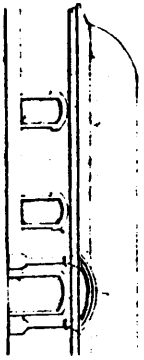
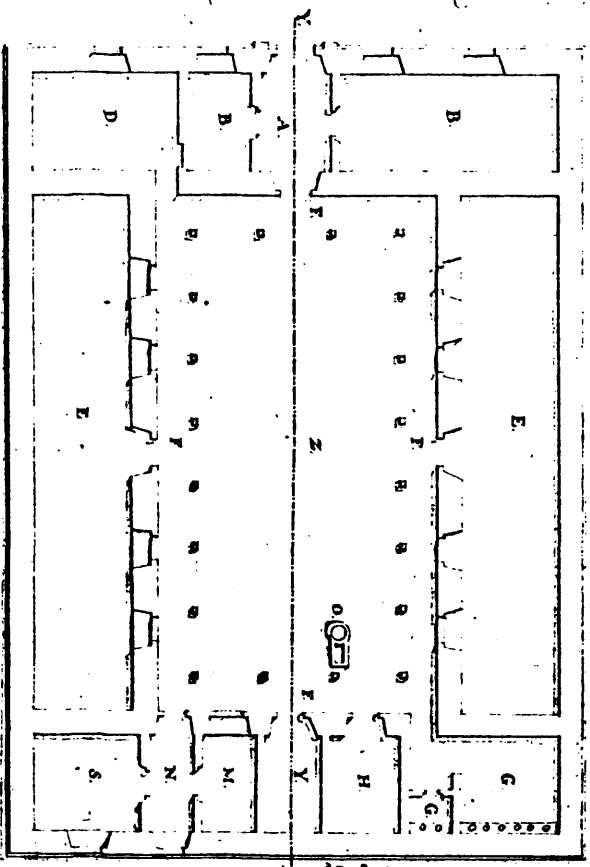
Escala del 1 2 3 4 5 10 20 30 Suab Plano y Fachada

878

Perfil que pasa por la linea Y.K.



Vista de la Fachada



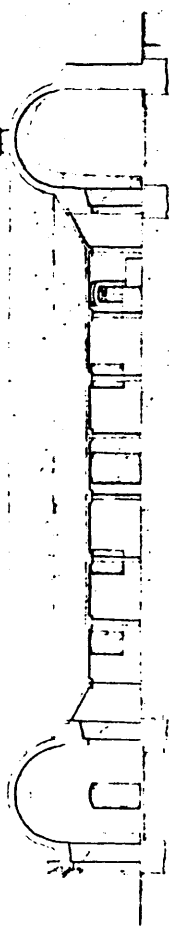
Plano Perfil y Elevacion de un Edif.
 Cuartel de Hacienda, p. Union de H.
 p. Cuartel de un Cuadrante de Siquiera
 su Detall interior segun el fin para que
 explicaci.

A. Zaguera.
 B. Cuartel de Hacienda.
 C. Cuartel de Hacienda.
 D. Cuartel de Hacienda.
 E. Cuartel de Hacienda.
 F. Cuartel de Hacienda.
 G. Cuartel de Hacienda.
 H. Cuartel de Hacienda.
 I. Cuartel de Hacienda.
 J. Cuartel de Hacienda.
 K. Cuartel de Hacienda.
 L. Cuartel de Hacienda.
 M. Cuartel de Hacienda.
 N. Cuartel de Hacienda.
 O. Cuartel de Hacienda.
 P. Cuartel de Hacienda.
 Q. Cuartel de Hacienda.
 R. Cuartel de Hacienda.
 S. Cuartel de Hacienda.
 T. Cuartel de Hacienda.
 U. Cuartel de Hacienda.
 V. Cuartel de Hacienda.
 W. Cuartel de Hacienda.
 X. Cuartel de Hacienda.
 Y. Cuartel de Hacienda.
 Z. Cuartel de Hacienda.

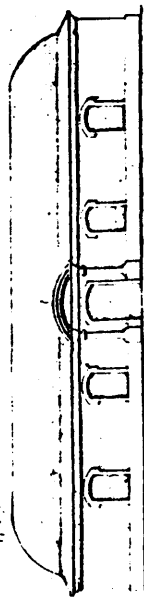
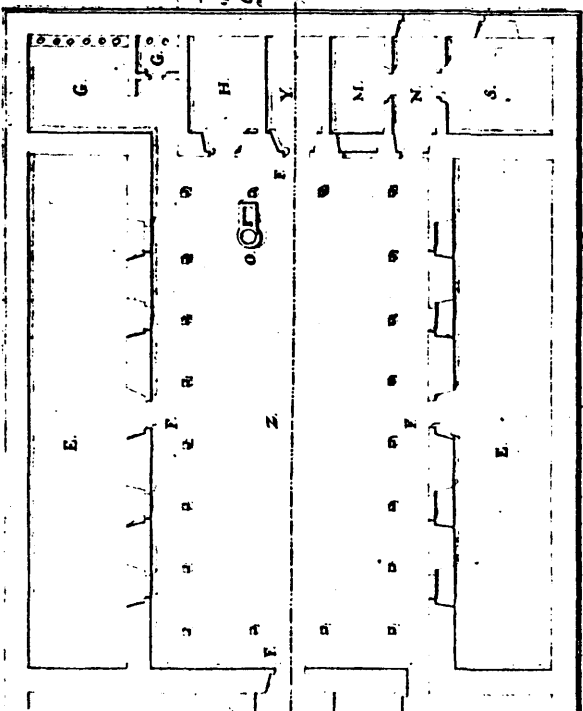
Don Juan de los Rios de los Rios

880

Persil que pasa por la linea Y.K.



Vista de la Fachada principal.



Plano Perfil y Elevacion de un Edificio que puede servir p.
Guardia de Prisionarios, p. Almacan de Armerias de Artilleria o
p. Guardid de un Equacion de Dragones con algunas variacion en
su Detall interior segun el fin para que se determine.

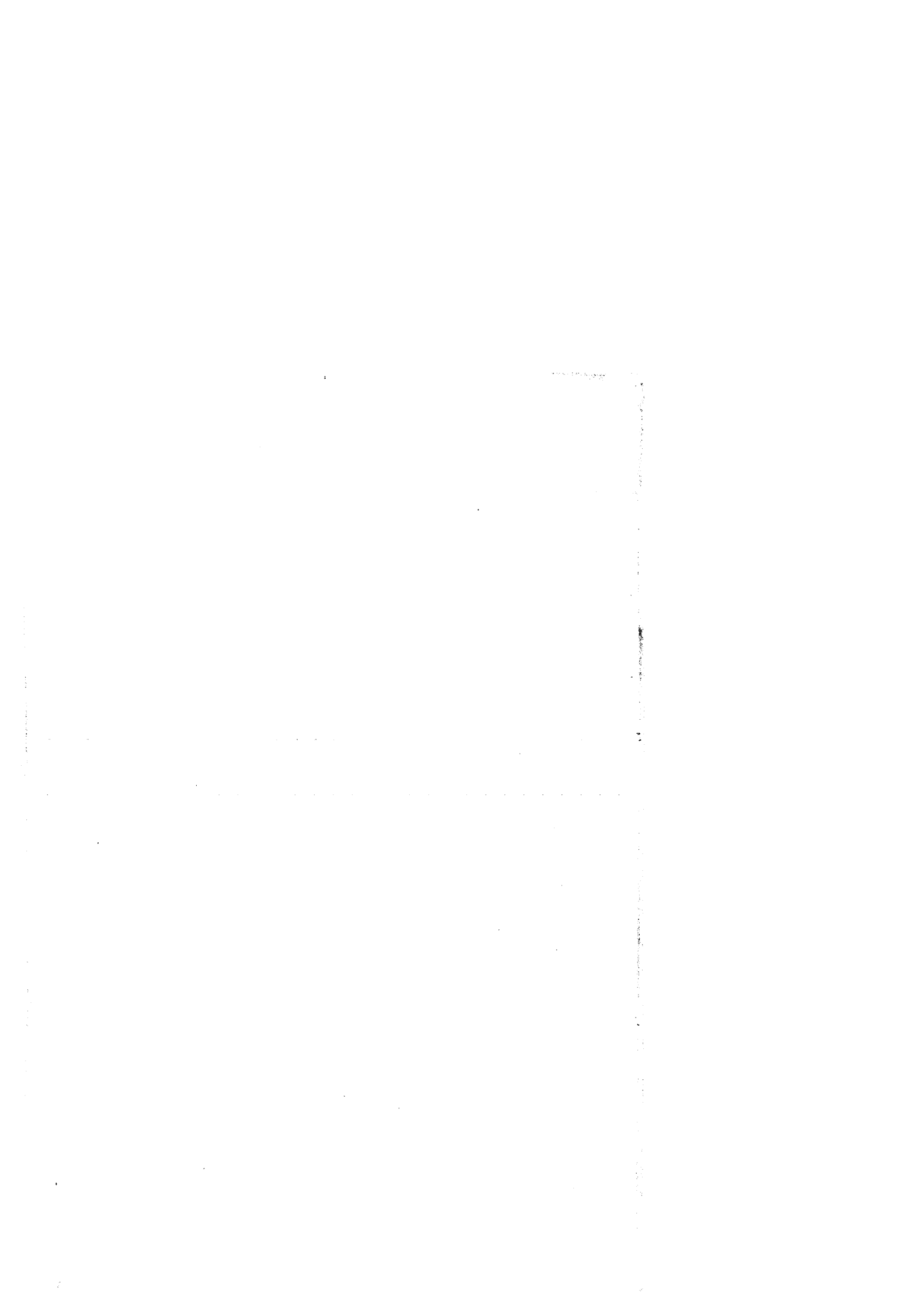
EXPLICACION.

- A. Zaguin.
- B. Cuartel de Guardia.
- C. Cuartel de Guardia.
- D. Cuartel de Guardia.
- E. Cuartel de Guardia.
- F. Cuartel de Guardia.
- G. Cuartel de Guardia.
- H. Cuartel de Guardia.
- I. Cuartel de Guardia.
- J. Cuartel de Guardia.
- K. Cuartel de Guardia.
- L. Cuartel de Guardia.
- M. Cuartel de Guardia.
- N. Cuartel de Guardia.
- O. Cuartel de Guardia.
- P. Cuartel de Guardia.
- Q. Cuartel de Guardia.
- R. Cuartel de Guardia.
- S. Cuartel de Guardia.
- T. Cuartel de Guardia.
- U. Cuartel de Guardia.
- V. Cuartel de Guardia.
- W. Cuartel de Guardia.
- X. Cuartel de Guardia.
- Y. Cuartel de Guardia.
- Z. Cuartel de Guardia.

Pa. Puente de la 12. de Agosto de 1794.

11 2 4 3 3 20 30

880 515



-VIII-

881

Plano general, perfiles y elevación del Parque de Artillería de esta capital de Buenos Aires. J. García de Cáceres. 1.798. Servicio Histórico Militar de Madrid. Sección de Mapas y Planos. Sig. E-15-27.

882

*Plano del Parque provis-
rial de Artilleria construi-
do en la Plata forma que
hay entre la Ciudadela y el
Cubo del Sur.*

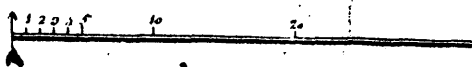
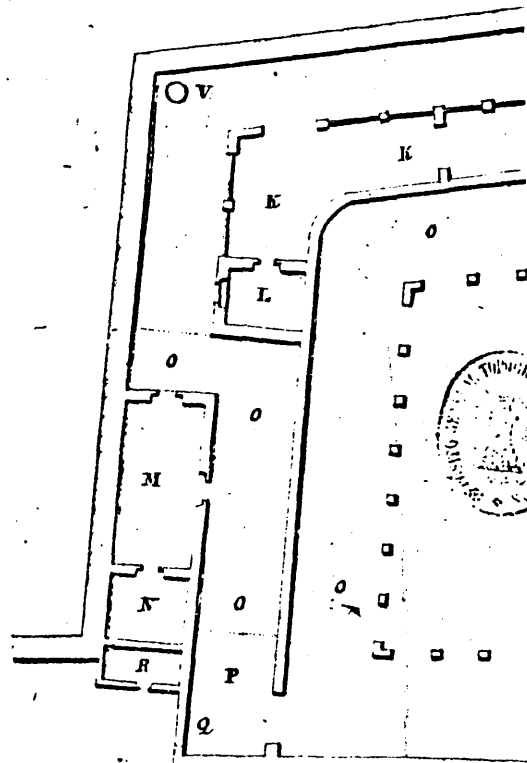
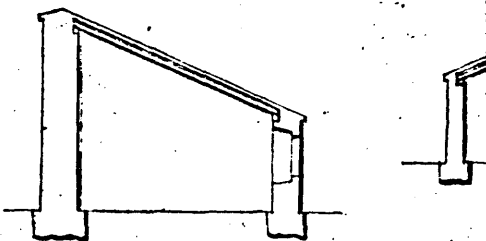
Explicacion.

- Entrada.
B. Quarto del Director
C. Basadizo
D. Contraluzia
E. Cuerpo de Guardia
F. Cocina.
G. Comun para los Oficiales.
I. Vm. para la Cocina y Operarios
Y. Carbonera de repuesto.
K. Carpinteria
L. Quarto del Centro mayor de Vm.
M. Herreria.
N. Carbonera para el consumo diario
O. Píngoles cubiertos.
P. Vm descubiertos.
Q. Almaco tapado p.^a en caso necesario sacar
los Efritos y Cañones a la Muelle.
R. Cuerpo de Guardia situado fuera del
Parque.
S. Alampara para rutas al terraplen.
T. Terraplen y Base de siete Cañones.
V. Alameda.

Francia, 18 de Febrero de 1797.

José María Martínez
de Caceres

Perfil cortado sobre la línea - A. S.

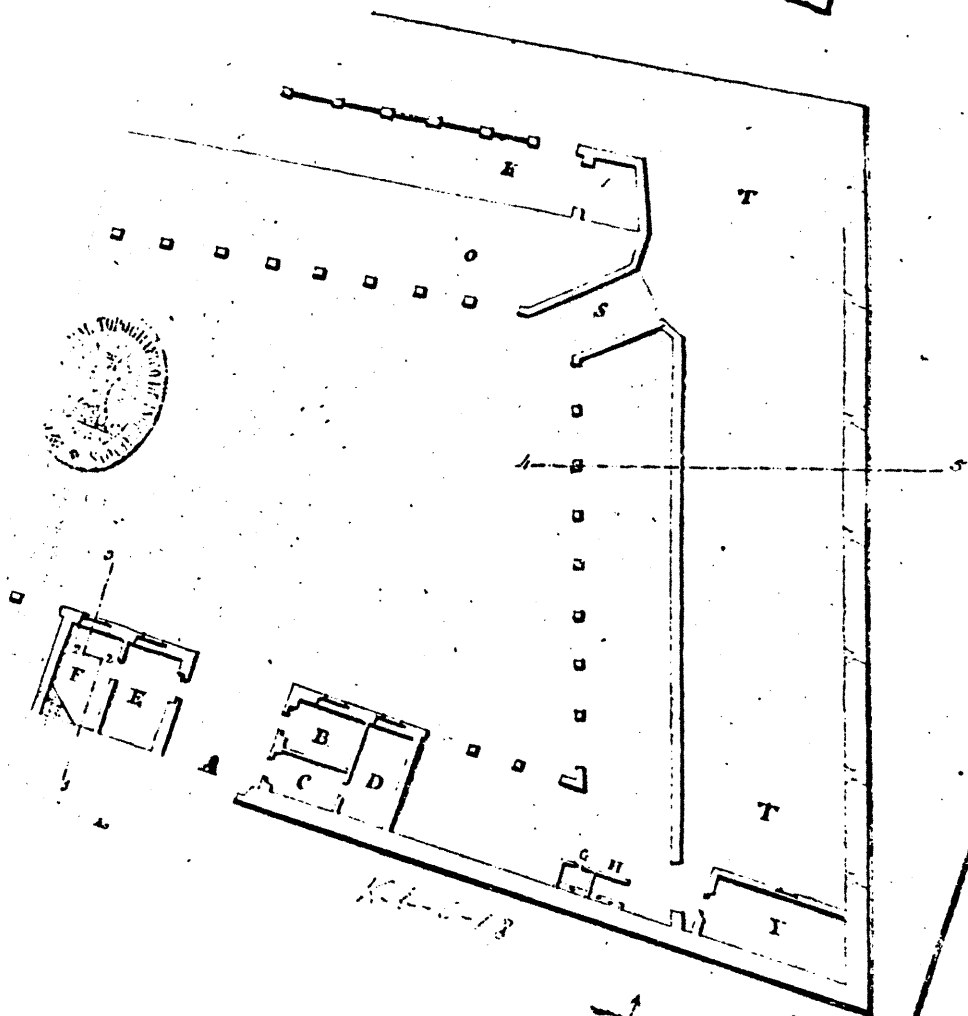


884

885

Perfil cortado sobre la línea 1.2.3.

26



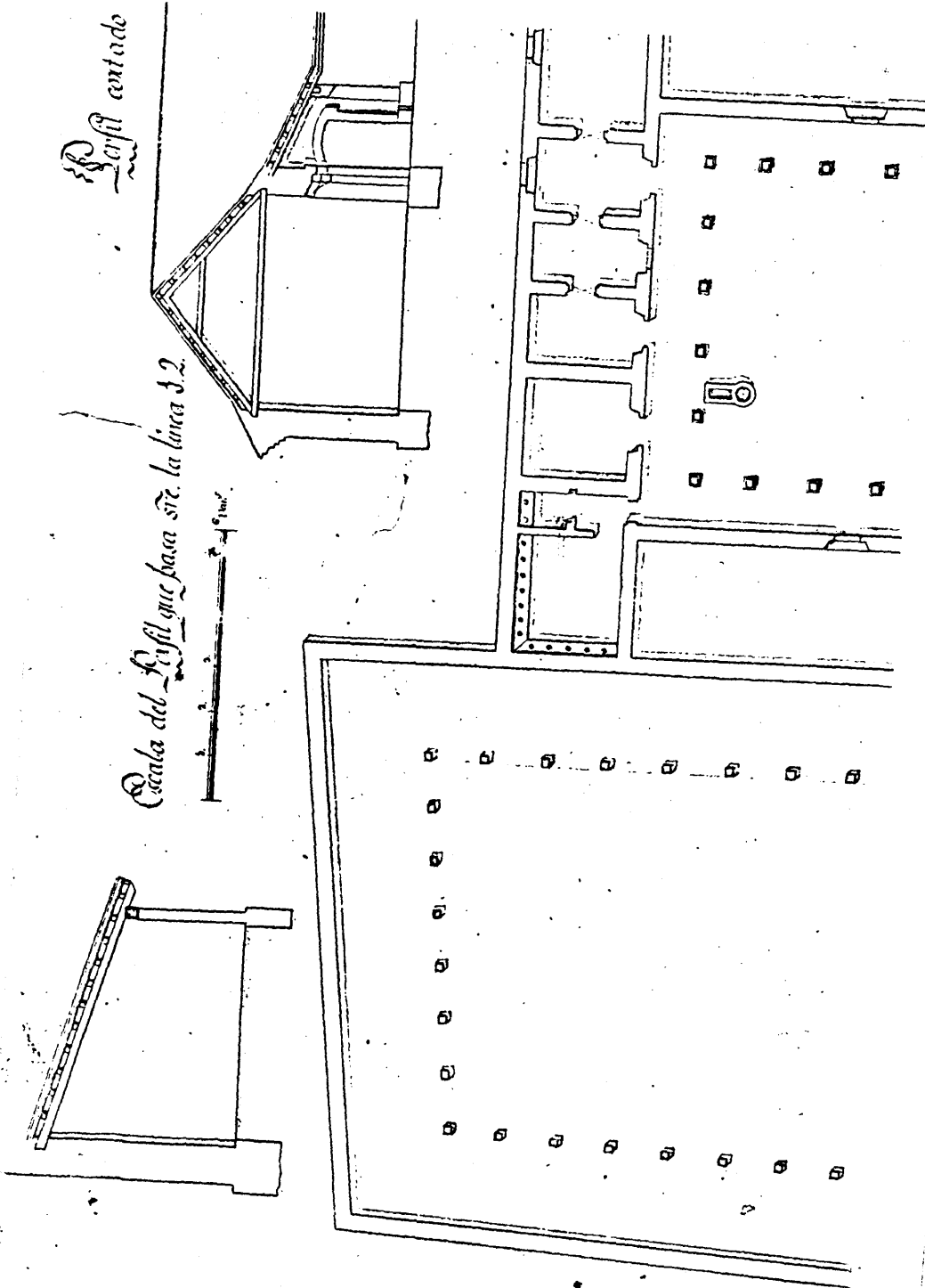
K-1-13

un plano

886

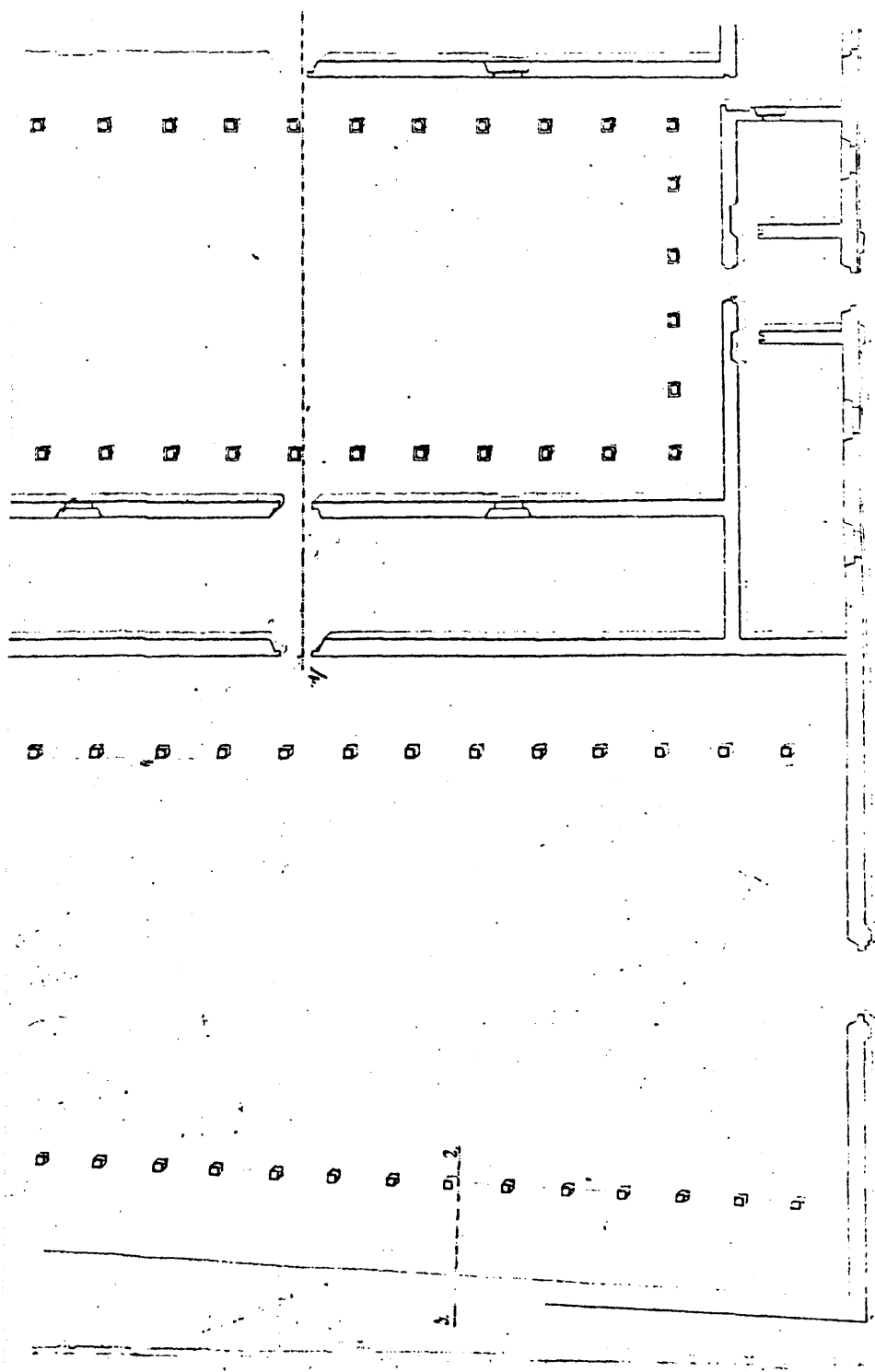
Escal. antiguo

Escal. del Escal. que pasa por la línea 32.



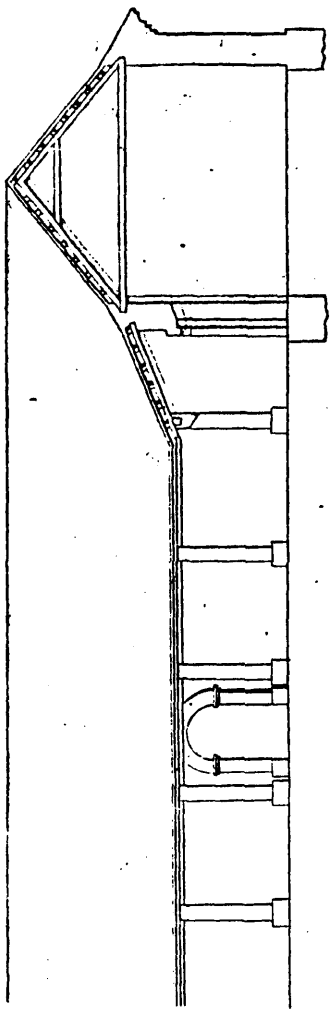
888

889



890

ido sobre la línea 3-4.

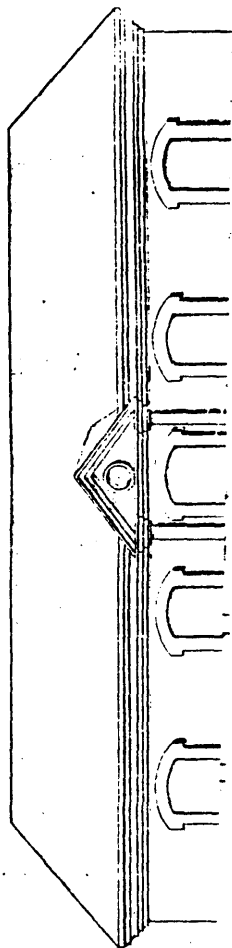


891

Cala del Norte y Perfil que pasa por la línea 3-4.



Vista del Frente



892

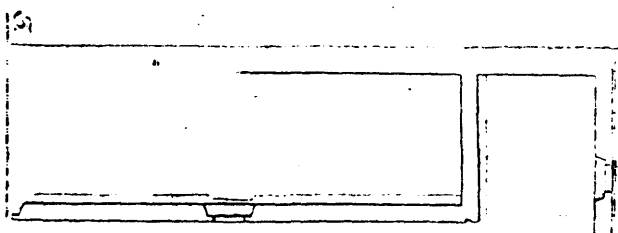
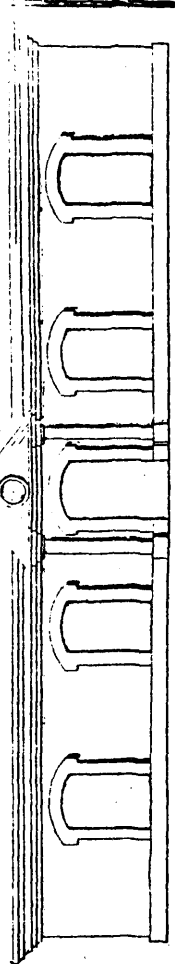
Plano genl. Perfiles y Elevacion del Parque
de Artilleria de esta Capital.

Quinto de Agosto de 1858.

Prof. Juan de Dios

Locda. del Plano genl.

Recd. en C.



894

Plano del palacio situado dentro del recinto de la Real Fortaleza de esta capital de Buenos Aires. Año de 1.798. J. García de Cáceres. Servicio Histórico Militar de Madrid. Sección de Mapas y Planos. Sig. E-15-28.

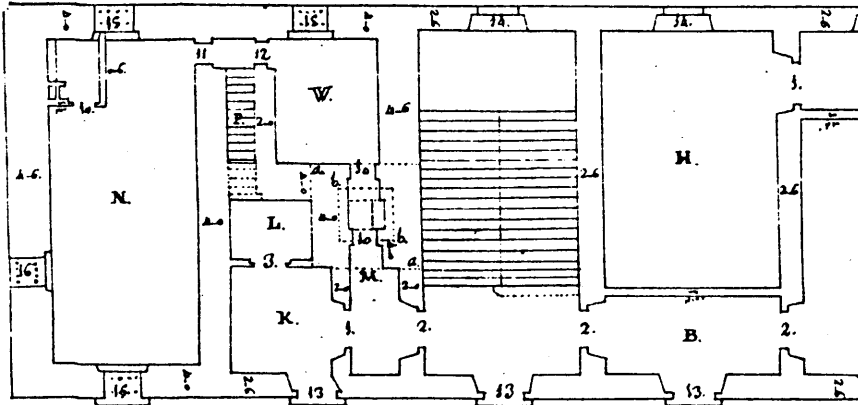
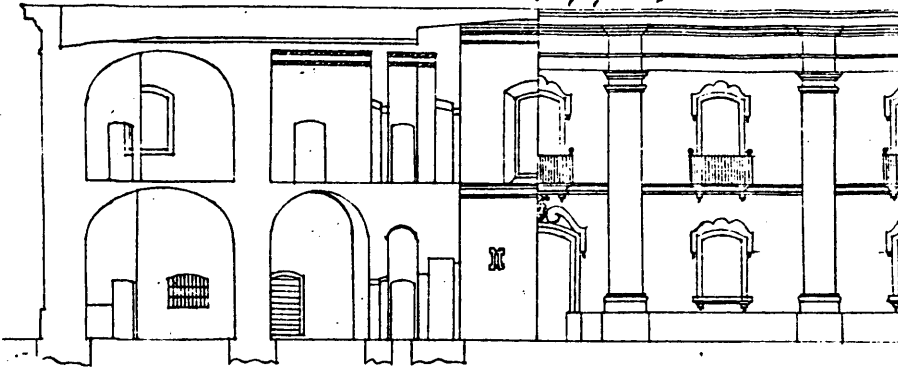
896

897

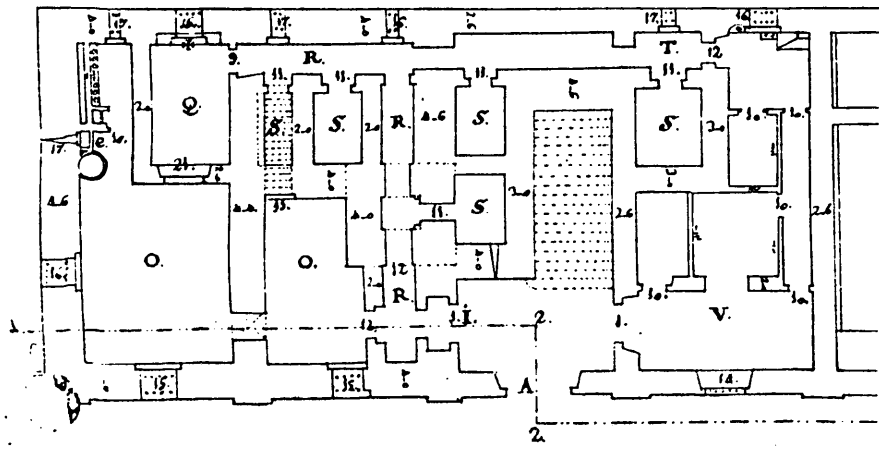
Se muestra a la planta exterior, y el interior de la
 casa en 6. exterior, y 3. interior, y a la forma 6. planta
 y a la 3. y 3. al exterior al patio y a la forma 6. planta.
 La casa tiene, los muros de A-L pueden verarse a A-L.

Perp. y Vista por 1, 2, 3.

Proyecto
 la reforma

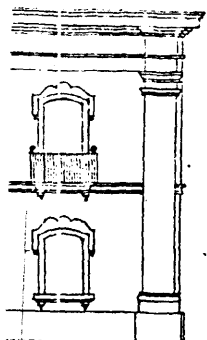


1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 100



898

negro de una Cruz Roja Americana y Oficial asistente al Mayor del Hospital General de la Cruz Roja Americana en la zona, y Roberto Lina el poseedor de la finca.



- A. ¿A qué día se celebra?
- B. ¿A qué hora se celebra?
- C. ¿Dónde se celebra?
- D. ¿Qué se celebra?
- E. ¿A qué hora se celebra?
- F. ¿A qué hora se celebra?
- G. ¿A qué hora se celebra?
- H. ¿A qué hora se celebra?
- I. ¿A qué hora se celebra?
- J. ¿A qué hora se celebra?
- K. ¿A qué hora se celebra?
- L. ¿A qué hora se celebra?
- M. ¿A qué hora se celebra?
- N. ¿A qué hora se celebra?
- O. ¿A qué hora se celebra?
- P. ¿A qué hora se celebra?
- Q. ¿A qué hora se celebra?

- R. *Rosa al. Canum y f. can.*
- S. *Calceol.*
- T. *Coronilla al. Canum* y *al. Canum*
- V. *Viburnum al. Canum*
- X. *Xanthoxanthum al. Canum*
- Z. *Zinnia al. Canum*
- d. *Dianthus al. Canum* y *tambien al. Canum*
- e. *Erythraea al. Canum* y *tambien al. Canum*

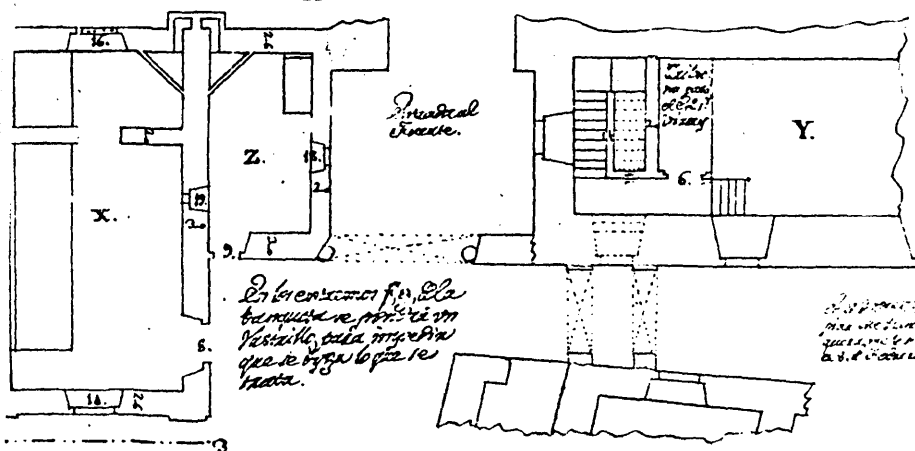
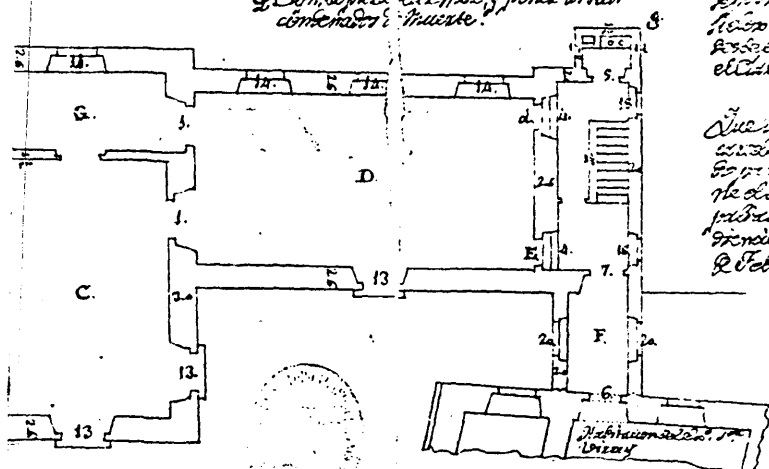
Page 2

[illegible]

57a

Valle de Antioquia, 18 de
 Agosto de 1875.
 Don Juan de Dios, mi querido
 hijo. He recibido tu carta
 y he leído con mucho interés
 lo que me has escrito. Me
 da mucho gusto saber que
 estás bien y que estás
 estudiando. Sigue así y
 pronto serás un hombre
 de bien. Te quiero mucho.
 D. J. Ferrero D. 1875.

3. (c) (c)



900

901

-X-

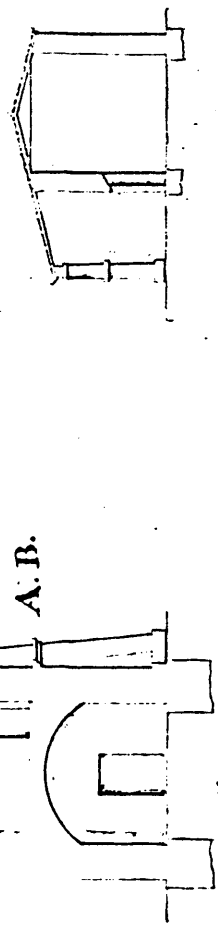
Plano de los edificios contruidos dentro de la
Real Fortaleza de esta capital de Buenos Aires. J.García
de Cáceres. Servicio Histórico Militar de Madrid. Sección
de Mapas y Planos. sig. E-15-32.

902

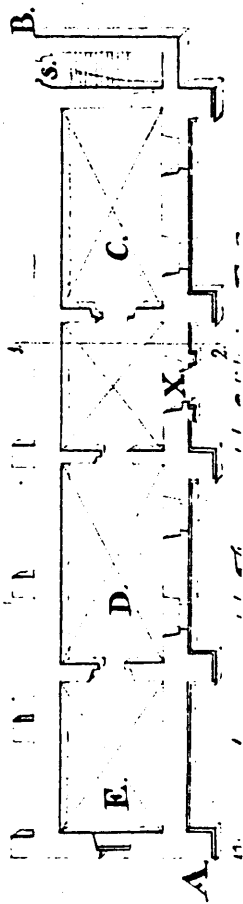
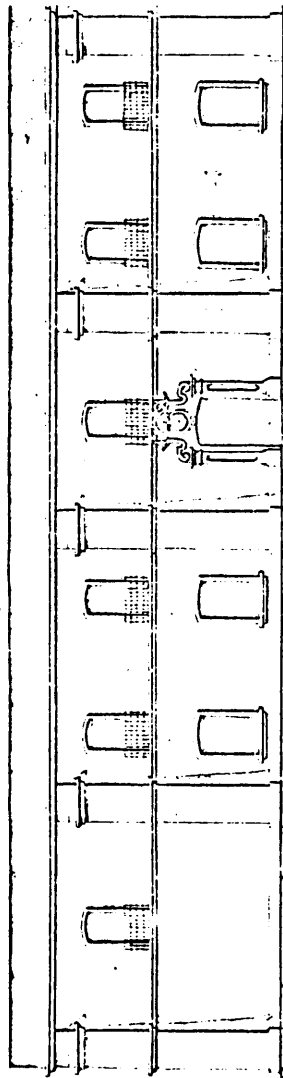
Perfil
por la
del Edificio

corla o
línea-1, 2. en
A. B.

Perfil cortado por la línea-1, 2. en el Edif



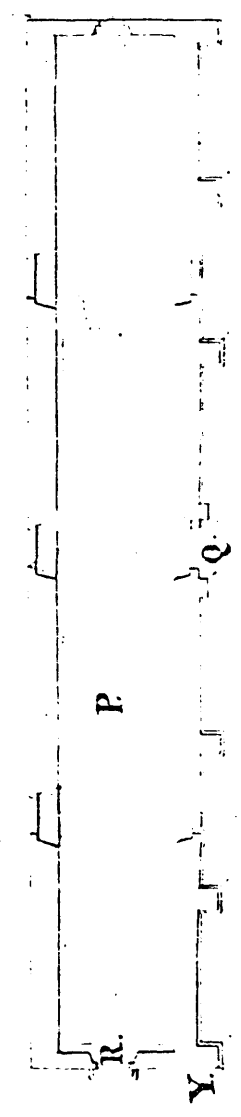
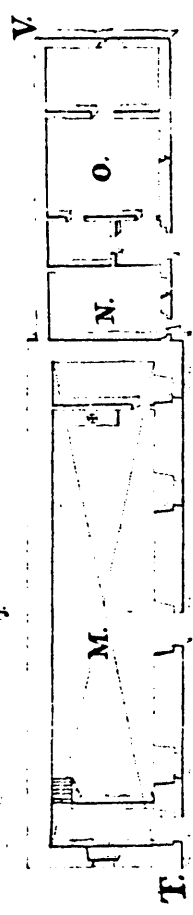
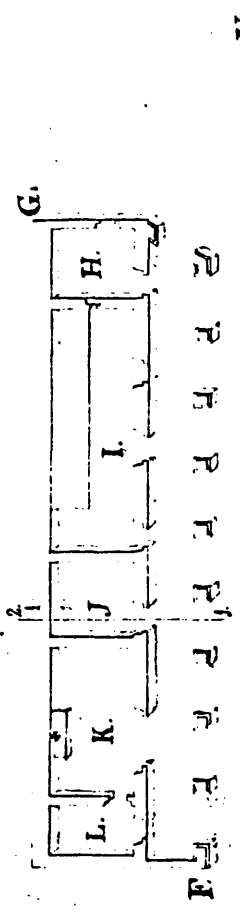
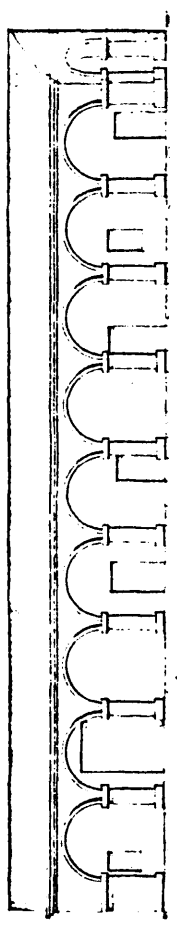
Vista y elevación del Frente principal del Edificio-A. B.



904

A. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

Vista y Cieracion del Prese del Edificio = F. G.



706

de los Edificios construidos dentro de la R. Fortaleza de esta

Capital.

Explicacion.

Edificio = A. B.

C. Contaduria de Cño. D. Terrenos idem. E. Cuarto de los Cuñales de S. N.

X. Entrada al Edificio. S. Puerta y Cuchera que da a la Sala de Armas que tiene en la extension del Edificio.

Edificio = F. G.

H. Cuarto para el Oficial de la Guardia del S. Virey. I. Cuerpo de Guardia p. la Propa.

J. Cuarto p. el Artilero de Guardia. K. Capilla. L. Sacristia.

Edificio = T. V.

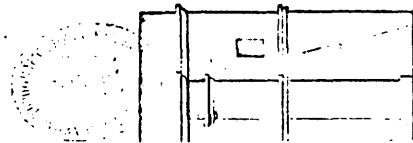
M. Capilla de la N. Audiencia. N. Cuarto de Trastos de Armas, y otros efectos de Arteria.

O. Oficina de el Guarda-almacen general.

Edificio = Y. Z.

P. Almacen genl. de N. Hacienda, y Arteria. Q. Entrada al piso bajo.

R. Entrada al piso alto.



908

909

Quincy, Mass. June 27, 1895

Prof. E. A. Munn
Bellevue, C.

③

12345	50.	Escala para las plantas	20.	30.	40.	50.	60.	70.	80.	90.	100.
-------	-----	-------------------------	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	------

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	43	44	45	46	47	48	49	50	51	52	53	54	55	56	57	58	59	60	61	62	63	64	65	66	67	68	69	70	71	72	73	74	75	76	77	78	79	80	81	82	83	84	85	86	87	88	89	90	91	92	93	94	95	96	97	98	99	100
Creada para las Elecciones y prefijos.																																																																																																			
30 lines.																																																																																																			

N

910

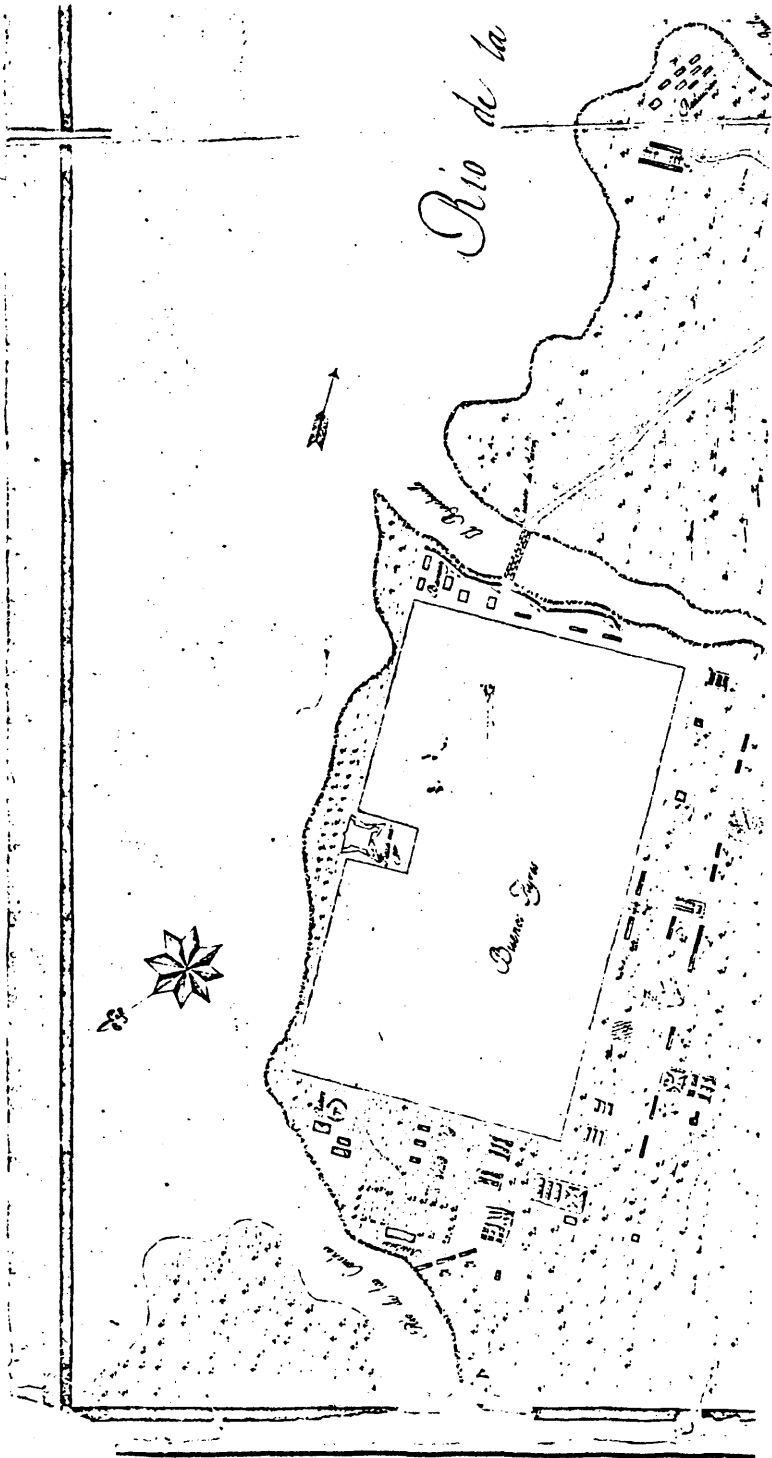
911

-XI-

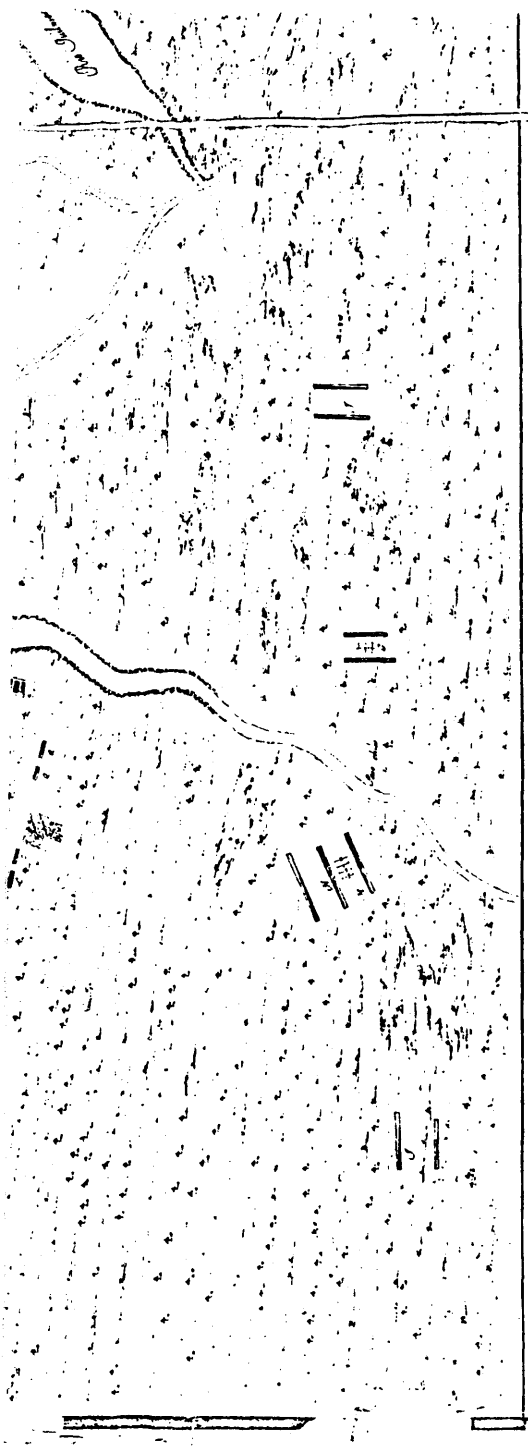
Plano hidrogeográfico del Río de la Plata y costa de
Buenos Aires. Año de 1.807. Servicio Histórico Militar de Ma-
drid. Sección de Mapas y Planos. Sig. E-16-6

T

912



91h



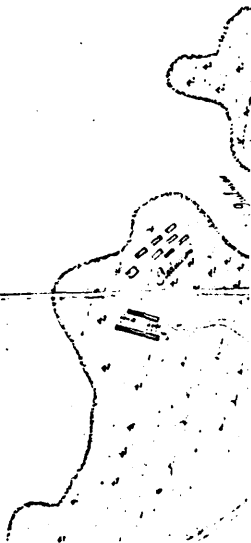
Il Piano della Provincia di Torino, della Valle d'Aosta e della Valle Aosta, è diviso in tre parti: la prima, la seconda e la terza. La prima parte, che è la più estesa, è divisa in tre sezioni: la prima, la seconda e la terza. La seconda parte, che è la più piccola, è divisa in due sezioni: la prima e la seconda. La terza parte, che è la più piccola, è divisa in due sezioni: la prima e la seconda.

916

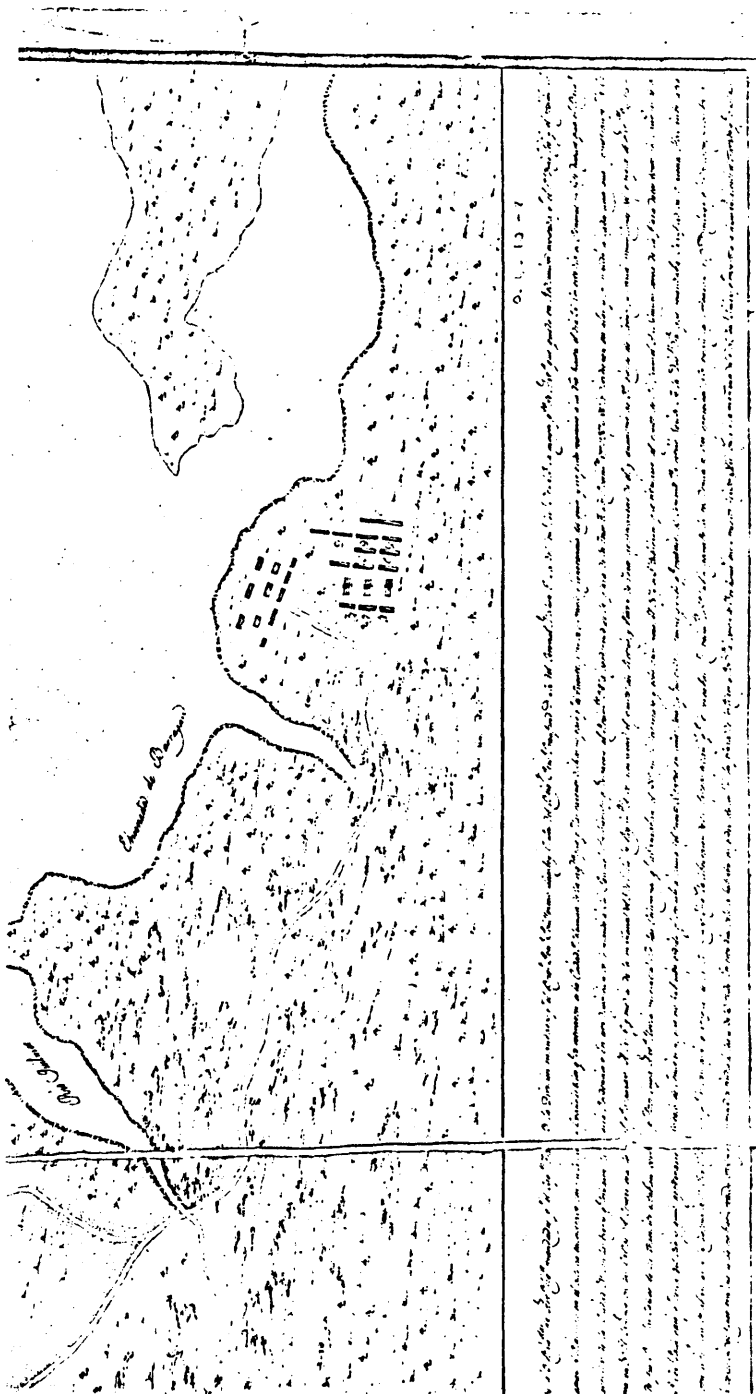
Plan de la Estación del Río de la Plata y zona de Buenos Ayres situada entre los 60 y 62 de latitud meridional de París de orden del Comodoro Capitán General de Andalucía Mariscal del Campo por el Teniente del R. Cuerpo de Artillería Legados en octubre de 1807



Río de la Plata.



918



919-13-1

Map of the Azores, showing the coastline and the location of the town of Ponta da Formosa. The map is oriented with North at the top. The town is located on the right side of the bay, with several buildings and a church spire. The surrounding area is marked with numerous small dots, possibly representing vegetation or a specific terrain type. The map is oriented with North at the top.

920

921

-XII-

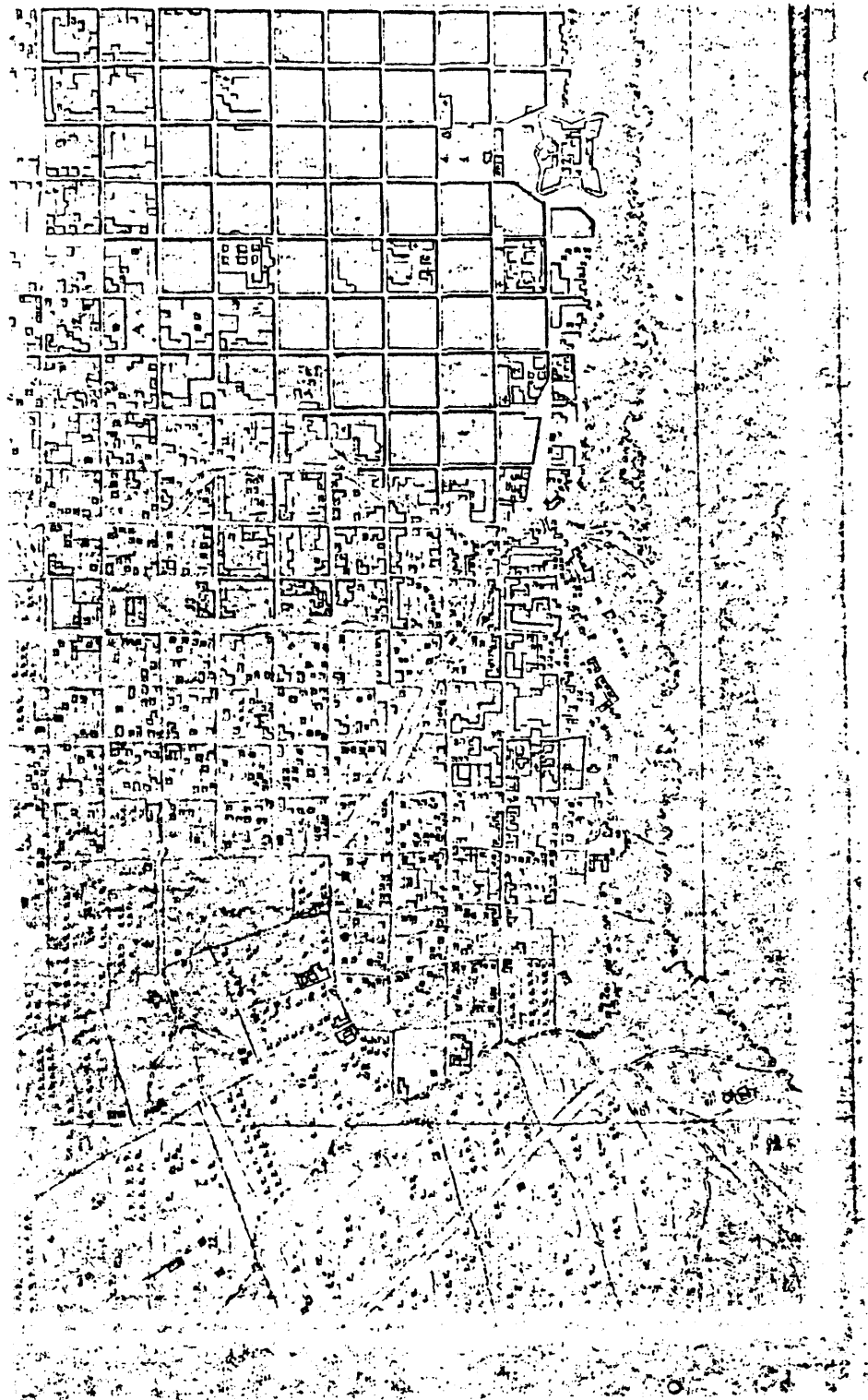
Planta de la ciudad de Buenos Aires capital del
Virreinato del Río de la Plata. Servicio Histórico Militar
de Madrid. Sección de Mapas y Planos. Sig. E-16-8.

922

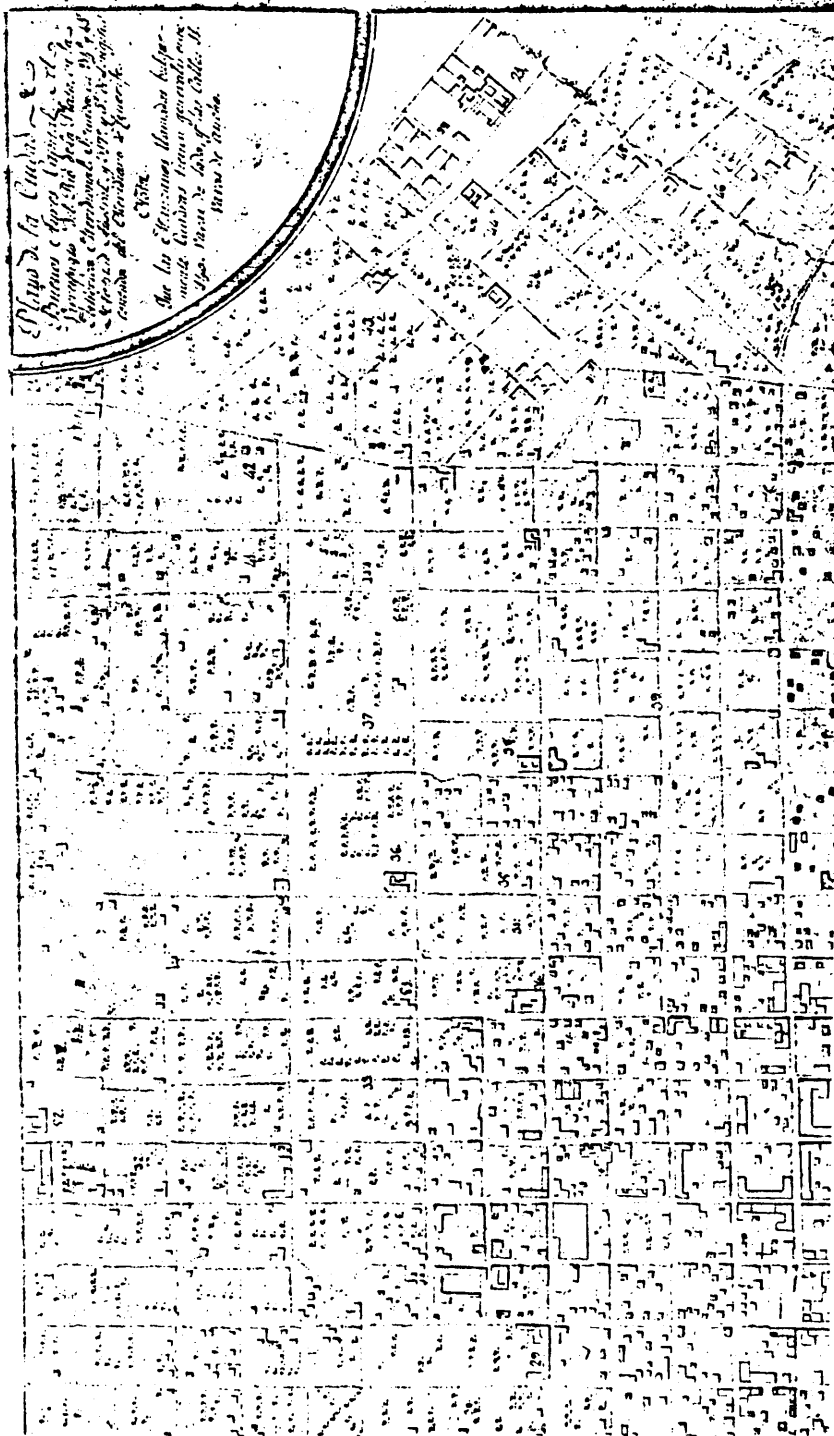
Capitulos	
1. De la materia	1. De la materia
2. De la forma	2. De la forma
3. De la causa	3. De la causa
4. De la consecuencia	4. De la consecuencia
5. De la oposicion	5. De la oposicion
6. De la contradiccion	6. De la contradiccion
7. De la negacion	7. De la negacion
8. De la afirmacion	8. De la afirmacion
9. De la modificacion	9. De la modificacion
10. De la division	10. De la division
11. De la union	11. De la union
12. De la separacion	12. De la separacion
13. De la mezcla	13. De la mezcla
14. De la purificacion	14. De la purificacion
15. De la conservacion	15. De la conservacion
16. De la destruccion	16. De la destruccion
17. De la generacion	17. De la generacion
18. De la corrupcion	18. De la corrupcion
19. De la transmutacion	19. De la transmutacion
20. De la metamorfosis	20. De la metamorfosis
21. De la imitacion	21. De la imitacion
22. De la imitacion	22. De la imitacion
23. De la imitacion	23. De la imitacion
24. De la imitacion	24. De la imitacion
25. De la imitacion	25. De la imitacion
26. De la imitacion	26. De la imitacion
27. De la imitacion	27. De la imitacion
28. De la imitacion	28. De la imitacion
29. De la imitacion	29. De la imitacion
30. De la imitacion	30. De la imitacion
31. De la imitacion	31. De la imitacion
32. De la imitacion	32. De la imitacion
33. De la imitacion	33. De la imitacion
34. De la imitacion	34. De la imitacion
35. De la imitacion	35. De la imitacion
36. De la imitacion	36. De la imitacion
37. De la imitacion	37. De la imitacion
38. De la imitacion	38. De la imitacion
39. De la imitacion	39. De la imitacion
40. De la imitacion	40. De la imitacion
41. De la imitacion	41. De la imitacion
42. De la imitacion	42. De la imitacion
43. De la imitacion	43. De la imitacion
44. De la imitacion	44. De la imitacion
45. De la imitacion	45. De la imitacion
46. De la imitacion	46. De la imitacion
47. De la imitacion	47. De la imitacion
48. De la imitacion	48. De la imitacion
49. De la imitacion	49. De la imitacion
50. De la imitacion	50. De la imitacion
51. De la imitacion	51. De la imitacion
52. De la imitacion	52. De la imitacion
53. De la imitacion	53. De la imitacion
54. De la imitacion	54. De la imitacion
55. De la imitacion	55. De la imitacion
56. De la imitacion	56. De la imitacion
57. De la imitacion	57. De la imitacion
58. De la imitacion	58. De la imitacion
59. De la imitacion	59. De la imitacion
60. De la imitacion	60. De la imitacion
61. De la imitacion	61. De la imitacion
62. De la imitacion	62. De la imitacion
63. De la imitacion	63. De la imitacion
64. De la imitacion	64. De la imitacion
65. De la imitacion	65. De la imitacion
66. De la imitacion	66. De la imitacion
67. De la imitacion	67. De la imitacion
68. De la imitacion	68. De la imitacion
69. De la imitacion	69. De la imitacion
70. De la imitacion	70. De la imitacion
71. De la imitacion	71. De la imitacion
72. De la imitacion	72. De la imitacion
73. De la imitacion	73. De la imitacion
74. De la imitacion	74. De la imitacion
75. De la imitacion	75. De la imitacion
76. De la imitacion	76. De la imitacion
77. De la imitacion	77. De la imitacion
78. De la imitacion	78. De la imitacion
79. De la imitacion	79. De la imitacion
80. De la imitacion	80. De la imitacion
81. De la imitacion	81. De la imitacion
82. De la imitacion	82. De la imitacion
83. De la imitacion	83. De la imitacion
84. De la imitacion	84. De la imitacion
85. De la imitacion	85. De la imitacion
86. De la imitacion	86. De la imitacion
87. De la imitacion	87. De la imitacion
88. De la imitacion	88. De la imitacion
89. De la imitacion	89. De la imitacion
90. De la imitacion	90. De la imitacion
91. De la imitacion	91. De la imitacion
92. De la imitacion	92. De la imitacion
93. De la imitacion	93. De la imitacion
94. De la imitacion	94. De la imitacion
95. De la imitacion	95. De la imitacion
96. De la imitacion	96. De la imitacion
97. De la imitacion	97. De la imitacion
98. De la imitacion	98. De la imitacion
99. De la imitacion	99. De la imitacion
100. De la imitacion	100. De la imitacion

En Cádiz a 6 de Mayo de 1817.
D. D. Canales

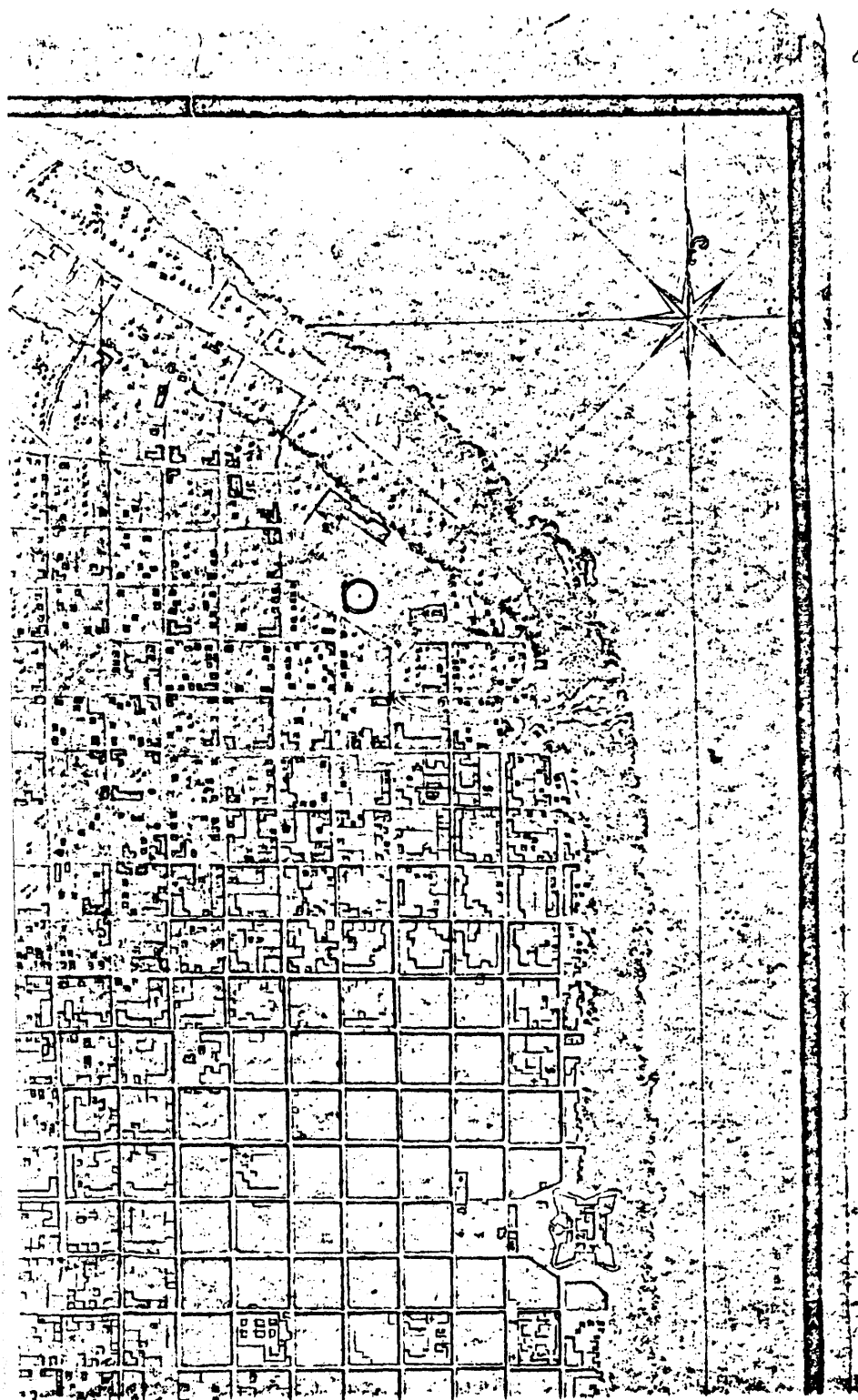
924



926



928



930

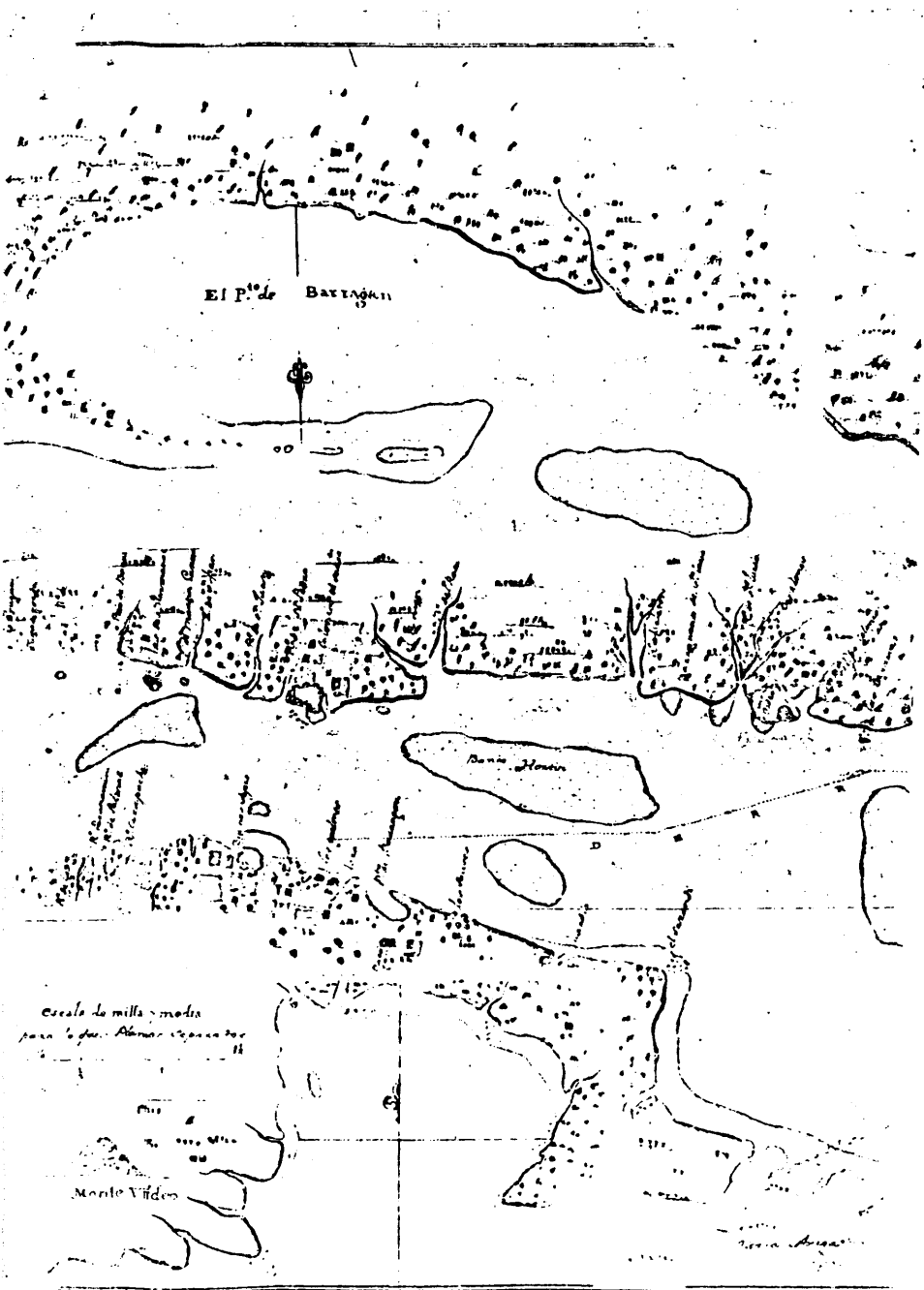
-XIII-

931

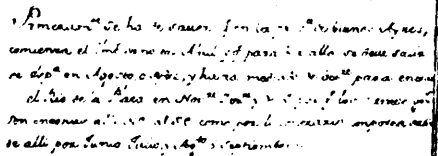
Plano del Río de la Plata y ruta para ir desde
España a la capital de Buenos Aires. Servicio Histórico
Militar de Madrid. Sección de Mapas y Planos. Sig. E-16-
23.

932

933



934



No me acordé en la 3ª reunión haberle dicho a los señores que por ser bastante grande, me acordé de ir a la 4ª reunión y poníame al día y luego a continuación las 5ª, 6ª, 7ª, 8ª, 9ª, 10ª, 11ª y 12ª y más o menos me dio la idea de ir a la 13ª (Riendo) y de ir a la 14ª y 15ª en la banda del río, por haberse ido a comprar, me al día y ponerle la lista "Quincenal" el día 15 de 1940 y por más a por el día de domingo me molestó de ir a la reunión de la 16ª y 17ª y 18ª y 19ª y 20ª y 21ª y 22ª y 23ª y 24ª y 25ª y 26ª y 27ª y 28ª y 29ª y 30ª y 31ª y 32ª y 33ª y 34ª y 35ª y 36ª y 37ª y 38ª y 39ª y 40ª y 41ª y 42ª y 43ª y 44ª y 45ª y 46ª y 47ª y 48ª y 49ª y 50ª y 51ª y 52ª y 53ª y 54ª y 55ª y 56ª y 57ª y 58ª y 59ª y 60ª y 61ª y 62ª y 63ª y 64ª y 65ª y 66ª y 67ª y 68ª y 69ª y 70ª y 71ª y 72ª y 73ª y 74ª y 75ª y 76ª y 77ª y 78ª y 79ª y 80ª y 81ª y 82ª y 83ª y 84ª y 85ª y 86ª y 87ª y 88ª y 89ª y 90ª y 91ª y 92ª y 93ª y 94ª y 95ª y 96ª y 97ª y 98ª y 99ª y 100ª y 101ª y 102ª y 103ª y 104ª y 105ª y 106ª y 107ª y 108ª y 109ª y 110ª y 111ª y 112ª y 113ª y 114ª y 115ª y 116ª y 117ª y 118ª y 119ª y 120ª y 121ª y 122ª y 123ª y 124ª y 125ª y 126ª y 127ª y 128ª y 129ª y 130ª y 131ª y 132ª y 133ª y 134ª y 135ª y 136ª y 137ª y 138ª y 139ª y 140ª y 141ª y 142ª y 143ª y 144ª y 145ª y 146ª y 147ª y 148ª y 149ª y 150ª y 151ª y 152ª y 153ª y 154ª y 155ª y 156ª y 157ª y 158ª y 159ª y 160ª y 161ª y 162ª y 163ª y 164ª y 165ª y 166ª y 167ª y 168ª y 169ª y 170ª y 171ª y 172ª y 173ª y 174ª y 175ª y 176ª y 177ª y 178ª y 179ª y 180ª y 181ª y 182ª y 183ª y 184ª y 185ª y 186ª y 187ª y 188ª y 189ª y 190ª y 191ª y 192ª y 193ª y 194ª y 195ª y 196ª y 197ª y 198ª y 199ª y 200ª y 201ª y 202ª y 203ª y 204ª y 205ª y 206ª y 207ª y 208ª y 209ª y 210ª y 211ª y 212ª y 213ª y 214ª y 215ª y 216ª y 217ª y 218ª y 219ª y 220ª y 221ª y 222ª y 223ª y 224ª y 225ª y 226ª y 227ª y 228ª y 229ª y 230ª y 231ª y 232ª y 233ª y 234ª y 235ª y 236ª y 237ª y 238ª y 239ª y 240ª y 241ª y 242ª y 243ª y 244ª y 245ª y 246ª y 247ª y 248ª y 249ª y 250ª y 251ª y 252ª y 253ª y 254ª y 255ª y 256ª y 257ª y 258ª y 259ª y 260ª y 261ª y 262ª y 263ª y 264ª y 265ª y 266ª y 267ª y 268ª y 269ª y 270ª y 271ª y 272ª y 273ª y 274ª y 275ª y 276ª y 277ª y 278ª y 279ª y 280ª y 281ª y 282ª y 283ª y 284ª y 285ª y 286ª y 287ª y 288ª y 289ª y 290ª y 291ª y 292ª y 293ª y 294ª y 295ª y 296ª y 297ª y 298ª y 299ª y 300ª y 301ª y 302ª y 303ª y 304ª y 305ª y 306ª y 307ª y 308ª y 309ª y 310ª y 311ª y 312ª y 313ª y 314ª y 315ª y 316ª y 317ª y 318ª y 319ª y 320ª y 321ª y 322ª y 323ª y 324ª y 325ª y 326ª y 327ª y 328ª y 329ª y 330ª y 331ª y 332ª y 333ª y 334ª y 335ª y 336ª y 337ª y 338ª y 339ª y 340ª y 341ª y 342ª y 343ª y 344ª y 345ª y 346ª y 347ª y 348ª y 349ª y 350ª y 351ª y 352ª y 353ª y 354ª y 355ª y 356ª y 357ª y 358ª y 359ª y 360ª y 361ª y 362ª y 363ª y 364ª y 365ª y 366ª y 367ª y 368ª y 369ª y 370ª y 371ª y 372ª y 373ª y 374ª y 375ª y 376ª y 377ª y 378ª y 379ª y 380ª y 381ª y 382ª y 383ª y 384ª y 385ª y 386ª y 387ª y 388ª y 389ª y 390ª y 391ª y 392ª y 393ª y 394ª y 395ª y 396ª y 397ª y 398ª y 399ª y 400ª y 401ª y 402ª y 403ª y 404ª y 405ª y 406ª y 407ª y 408ª y 409ª y 410ª y 411ª y 412ª y 413ª y 414ª y 415ª y 416ª y 417ª y 418ª y 419ª y 420ª y 421ª y 422ª y 423ª y 424ª y 425ª y 426ª y 427ª y 428ª y 429ª y 430ª y 431ª y 432ª y 433ª y 434ª y 435ª y 436ª y 437ª y 438ª y 439ª y 440ª y 441ª y 442ª y 443ª y 444ª y 445ª y 446ª y 447ª y 448ª y 449ª y 450ª y 451ª y 452ª y 453ª y 454ª y 455ª y 456ª y 457ª y 458ª y 459ª y 460ª y 461ª y 462ª y 463ª y 464ª y 465ª y 466ª y 467ª y 468ª y 469ª y 470ª y 471ª y 472ª y 473ª y 474ª y 475ª y 476ª y 477ª y 478ª y 479ª y 480ª y 481ª y 482ª y 483ª y 484ª y 485ª y 486ª y 487ª y 488ª y 489ª y 490ª y 491ª y 492ª y 493ª y 494ª y 495ª y 496ª y 497ª y 498ª y 499ª y 500ª y 501ª y 502ª y 503ª y 504ª y 505ª y 506ª y 507ª y 508ª y 509ª y 510ª y 511ª y 512ª y 513ª y 514ª y 515ª y 516ª y 517ª y 518ª y 519ª y 520ª y 521ª y 522ª y 523ª y 524ª y 525ª y 526ª y 527ª y 528ª y 529ª y 530ª y 531ª y 532ª y 533ª y 534ª y 535ª y 536ª y 537ª y 538ª y 539ª y 540ª y 541ª y 542ª y 543ª y 544ª y 545ª y 546ª y 547ª y 548ª y 549ª y 550ª y 551ª y 552ª y 553ª y 554ª y 555ª y 556ª y 557ª y 558ª y 559ª y 560ª y 561ª y 562ª y 563ª y 564ª y 565ª y 566ª y 567ª y 568ª y 569ª y 570ª y 571ª y 572ª y 573ª y 574ª y 575ª y 576ª y 577ª y 578ª y 579ª y 580ª y 581ª y 582ª y 583ª y 584ª y 585ª y 586ª y 587ª y 588ª y 589ª y 590ª y 591ª y 592ª y 593ª y 594ª y 595ª y 596ª y 597ª y 598ª y 599ª y 600ª y 601ª y 602ª y 603ª y 604ª y 605ª y 606ª y 607ª y 608ª y 609ª y 610ª y 611ª y 612ª y 613ª y 614ª y 615ª y 616ª y 617ª y 618ª y 619ª y 620ª y 621ª y 622ª y 623ª y 624ª y 625ª y 626ª y 627ª y 628ª y 629ª y 630ª y 631ª y 632ª y 633ª y 634ª y 635ª y 636ª y 637ª y 638ª y 639ª y 640ª y 641ª y 642ª y 643ª y 644ª y 645ª y 646ª y 647ª y 648ª y 649ª y 650ª y 651ª y 652ª y 653ª y 654ª y 655ª y 656ª y 657ª y 658ª y 659ª y 660ª y 661ª y 662ª y 663ª y 664ª y 665ª y 666ª y 667ª y 668ª y 669ª y 670ª y 671ª y 672ª y 673ª y 674ª y 675ª y 676ª y 677ª y 678ª y 679ª y 680ª y 681ª y 682ª y 683ª y 6

Seo^{to} muelar al N del Cas^{to} de m^{to} ma. - a una l^a de 15 m.
 n^o 10 g. toda en una pieza con un solo pico o pico ad^o m^o a la l^a
 n^o 10 g. a la l^a de 15 m. con un solo pico o pico ad^o m^o a la l^a

El día 16 de febrero de 1900 en este mes, me permitieron salir a mi casa
por una semana para visitar a mi familia en la ciudad de San Diego, y al
regresar, los señores no me permitieron volver a salir
de mi casa ordinaria con el 11/00

En los diversos caminos que puede tomar y valer a
este fin, el mar cuando viento no es contrario al viento
la tierra del N.º es elisoria, que en esta, en otras el N.º
los Vela de Vela, aunque se arriega una milla a la costa por
Vela

[illegible]